



*¿Podrá el amor alcanzar su destino?*

# Contrapunto

Elizabeth Farinango

Future  
★ Editions

Elizabeth Farinango

*Contrapunto*

¿Podrá el amor alcanzar su destino?

Primera edición: agosto de 2019

Copyright © 2019 Elizabeth Farinango

Editado por: Future Editions

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

<mailto:elizabethfarinango.escritora.ec@gmail.com>

Diseño de cubierta: F&P Design

# Índice

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1: MENCIÓN

CAPÍTULO 2: PRIMERAS IMPRESIONES

CAPÍTULO 3: ENCUENTROS INESPERADOS

CAPÍTULO 4: INVITACIÓN

CAPÍTULO 5: SENTIMIENTOS OCULTOS

CAPÍTULO 6: VISITA INOPORTUNA

CAPÍTULO 7: ANIVERSARIO

CAPÍTULO 8: ARMADURA

CAPÍTULO 9: CRUCE DE CAMINOS

CAPÍTULO 10: LA OTRA CARA DE LA MONEDA

CAPÍTULO 11: QUIÉREME

CAPÍTULO 12: MOMENTO DE LA VERDAD

CAPÍTULO 13: PRIMERA CITA

CAPÍTULO 14: ERICA

CAPÍTULO 15: CONFESIÓN

CAPÍTULO 16: FELICIDAD PERFECTA

CAPÍTULO 17: TIEMPO AL TIEMPO

CAPÍTULO 18: GIROS DEL DESTINO

CAPÍTULO 19: VOLVERTE A VER

CAPÍTULO 20: A PESAR DEL OLVIDO

CAPÍTULO 21: MEMORIA DEL CORAZÓN

CAPÍTULO 22: INICIO DEL CAMBIO

CAPÍTULO 23: CRUDA REALIDAD

CAPÍTULO 24: NUEVOS COMIENZOS

CAPÍTULO 25: FUTURO INCIERTO

CAPÍTULO 26: RUTA CORRECTA

CAPÍTULO 27: ¡SORPRESA!

CAPÍTULO 28: DESLIZ

**CAPÍTULO 29: VOTO DE CONFIANZA**

**CAPÍTULO 30: DESPEDIDA**

**CAPÍTULO 31: LONDRES**

**CAPÍTULO 32: DOLOR OCULTO**

**CAPÍTULO 33: MÁS QUE UN SUEÑO**

**CAPÍTULO 34: MARIDO Y MUJER**

**CAPÍTULO 35: SOMBRAS DEL PASADO**

**CAPÍTULO 36: SEGUIR ADELANTE**

**CAPÍTULO 37: BENDICIÓN Y PÉRDIDA**

**CAPÍTULO 38: DESPEDIDA**

**CAPÍTULO 39: DEJAR IR**

**EPÍLOGO**

**¡GRACIAS!**

**NOTAS DE LA AUTORA**

# AGRADECIMIENTOS

Gracias Dios por ser mi guía y mi aliento.

A mis padres: Luis y Gloria, que siempre creyeron en mí y estuvieron dispuestos a apostar por mis sueños. Les debo todo.

A mis hermanos: Pedro y Estefanía, que supieron expresar sus opiniones con sinceridad y respeto, guiándome con cada nuevo conocimiento adquirido en sus carreras universitarias. Gracias, mis amores, me llenan de orgullo.

A mi hermano, Diego, y a su esposa, Dámaris; gracias por su preocupación y por estar al pendiente de cada uno de mis proyectos. Dios bendiga a su hermosa familia.

A mi hermano Justin: aunque no te conozco, te quiero, y sé que pronto tendremos la oportunidad de darnos ese ansiado abrazo.

A mi sobrina, Abigaíl: llegaste a mi vida y la iluminaste en el momento preciso. Te amo, nena. Eres mi principal fuente de inspiración.

A todos y cada uno de los miembros de mi familia, que, de alguna forma, me ayudaron a convertirme en lo que soy, quizá no sea perfecta, pero cuando estamos juntos, siento que puedo llegar a serlo. No saben lo mucho que valoro sus sinceras muestras de afecto y todo lo que he vivido a su lado. Los amo.

Y a mis dos primeras lectoras: Samaniego Cynthia, de Paraguay, y Verónica Luna Espinoza, de México. Ustedes fueron las primeras críticas de este libro y se emocionaron tanto como yo con cada nuevo capítulo. Se han ganado un lugar muy especial en mi corazón.

## PREFACIO

30 de marzo de 2014.

El reloj marcaba las doce del día de un espléndido domingo con un hermoso e infinito cielo azul celeste que prometía una tarde apacible y refrescante, ideal para pasear en bicicleta por las calles y estrechos senderos de la rupestre naturaleza de *Athens*<sup>[i]</sup>, o simplemente caminar por ellos.

Las risas y voces de quienes disfrutaban del agradable clima podían escucharse hasta su habitación, sin que en ella produjeran algún sentimiento de bienestar, como solía ocurrir a menudo. Amaba la primavera, pero se sentía tan apática ese día, que prefirió quedarse en casa y mirarse al espejo; era la quinta vez que lo hacía desde que había despertado.

A mi querido lector podría resultarle sencillo imaginar que dicho proceder guardaba el único propósito de admirar un rostro candoroso y armonioso, o que, como *Narciso*<sup>[ii]</sup>, era el excesivo engreimiento lo que orillaba a nuestra heroína a practicar a diario tan fastidioso hábito; sin embargo, nada puede estar más alejado de la verdad.

Frunció el ceño y entornó los ojos totalmente exasperada por su aspecto. Estaba segura de que no existía en el mundo muchacha más pálida, desgarrada y enclenque que ella. Su cabello no era más que un cúmulo de enredaderas largas y tan negras como el azabache que se empleaban únicamente para cubrir su rostro con débiles facciones; ocultándolo así de las miradas curiosas de la gente. Tal vez lo que pensaban al verla era que aparentaba ser una especie de criatura extraña que algún científico debía hacer objeto de estudio.

«¡Qué fastidio!», pensó en voz alta.

No obstante, cada cuanto se alentaba a sí misma imaginando que en realidad lucía como la mayoría de las jóvenes a los diecinueve años. Su estatura era aceptable: 1, 66 no estaba mal. No le hacía merecedora de sobrenombres como «enana» o «duende», ni la bautizaba como un *Gulliver*<sup>[iii]</sup> en *Lilliput*<sup>[iv]</sup>, pero, aun así, no podía evitar sentirse cohibida.

Su personalidad no parecía compensar lo que, en cuanto a físico —según su propia opinión—, le faltaba. No era graciosa, no era interesante; su timidez

resultaba ridícula y sus habilidades comunicativas eran tan pobres como sus inútiles intentos por mejorarlas.

«Ojalá Mila estuviera aquí», pensó con tristeza y se dirigió a la ventana, a suspirar.

Victoria era una muchacha sumamente taciturna e ingenua, dueña de un corazón tan puro y límpido como las aguas del más hermoso manantial, el mismo que era incapaz de albergar algún tipo de resentimiento por nadie —a excepción de ella misma—. Ni siquiera por su progenitor, quien les había abandonado cuando ella era apenas un indefenso bebé. ¿Las razones?, las desconocía, pero no las necesitaba, después de todo, su madre le había colmado de atenciones y de todo el amor que cualquier ser humano hubiese podido desear.

Con la cabeza gacha se dirigió a la pequeña estantería de roble, acomodada en el rincón derecho de su estrecha habitación, y tomó una de sus obras literarias favoritas: *Romeo y Julieta*<sup>[v]</sup>. Era la quinta vez que la leía y lo hacía siempre con igual fascinación que la primera.

«¿Realmente puede existir un amor así?», se preguntaba cada vez. Sabía que probablemente no y eso la frustraba. La realidad del romanticismo moderno contribuía únicamente para reafirmar su convicción de que un enamoramiento, en los años venideros, le sería imposible. Había leído tanto... Su mente había viajado a siglos pasados y conocido a románticos caballeros de brillante armadura, que sus expectativas en ese campo eran difíciles, sino imposibles, de llenar.

A sabiendas de esa realidad, de vez en cuando, se permitía soñar e imaginar que, en algún momento de su vida, conocería a su propio *Romeo*, un héroe digno de admirar; alguien que la llevaría de la mano a recorrer y descubrir las maravillas del mundo... Un noble caballero capaz de trepar hasta su ventana sin considerar los riesgos que eso implicase.

«¡Absurdo!», le gritaba la pequeña voz de la razón, la misma que solía atormentarla a diario, arrastrándola a la realidad, que caía sobre ella como un balde de agua helada, frustrando sus utopías. Lo que en secreto añoraba, resultaba más difícil de conseguir que una aguja en la arena, porque el hombre perfecto o algo parecido, solo podía existir en las novelas clásicas que leía o en las películas de amor que prometían los finales felices que tanto adoraba.

«Esas cosas no son para mí», murmuró en voz alta y se miró al espejo por

sexta vez.

Era imposible que así sucediese, pues tampoco se parecía a ninguna de las heroínas de dichas historias.

«Es solo un día más», pensó, esta vez, para sus adentros. «Solo uno más». Dejó de fantasear y volvió a su libro, esperando que, al día siguiente, todo mejorara.

Una vez realizado este importante paréntesis en el que mi querido lector pudo conocer un poco sobre una de las caras de la moneda, creo pertinente hacer lo mismo con el contrapunto de esta, puesto que, de este modo, podrá ir forjándose opinión sobre los protagonistas de nuestra historia. Dicho esto, empezaré.

Su día no había estado nada mal.

Sentándose en la negra silla de piel que se ubicaba frente a su enorme e impoluto escritorio de cristal, hizo un recuento de las acciones que habían ocupado su tiempo aquella mañana: las reuniones le dejaron medianamente satisfecho; había conseguido cerrar un par de tratos millonarios, lo que no era nada excepcional para alguien como él. Su habilidad para los negocios le habían convertido en uno de los hombres más importantes en Londres y Estados Unidos. Ganaba miles de dólares a diario, lo que le permitía mantener una vida llena de lujos y extravagancias.

Ethan Mills era un hombre cautivador... Apuesto como pocos. Su cabello cobrizo armonizaba perfectamente con el leve tono beige de su piel, y en su rostro con facciones pulcras, se podía admirar unos preciosos e hipnotizantes ojos negros, profundos e impenetrables; capaces de congelar a cualquiera que los mirase, y su cuerpo, bien marcado y en forma por el constante ejercicio que realizaba, robaba el aliento.

Ethan era el tipo de hombre con el que un gran número de féminas, seguramente, ha soñado alguna vez en su vida. No solo por su espectacular atractivo, sino también por su inteligencia, elegancia y la distinción que le proporcionaba el origen ilustre de su cuna, pues pertenecía a una de las familias más importantes de Inglaterra —personas adineradas con modales refinados—. Él ocupaba el segundo lugar de nacimiento de entre cuatro hermanos, todos con características similares, sino idénticas, a las suyas. Ya te imaginarás, lector, a lo que me refiero.

Su personalidad seductora le permitía conseguir a cuanta mujer desease: guapas, de cuerpos esculturales y, en su mayoría, coquetas, por lo que ninguna

trascendía a más que una aventura pasajera. Él así lo prefería.

Cualquier mortal con estas características supondríamos tendría una vida placentera y feliz: dinero, excelente posición social, belleza y juventud. ¿Quién podría ser desdichado? Muchos eran los que pensaban de este modo, apeteciendo encontrarse en sus zapatos en más de una ocasión. Pero permíteme hacer un paréntesis, lector, y citar la memorable frase: *no todo lo que brilla es oro*, pues, para él, definitivamente, nada lo era.

Tras un desastroso suceso que marcó su vida de una forma trascendental, Ethan, se había convertido en un hombre frío, implacable e incluso cruel. Su alma sombría y triste le frenaba para demostrar afecto a otros, alejándose así de su familia, amigos y de cualquier otra persona por la que pudiera sentir algún tipo de apego.

Decidió, en su lugar, centrar toda su energía y tiempo en lo que mejor se le daba, finanzas, y el resultado fue sin duda el esperado. Triunfó solo, sin hacer uso de ninguno de los privilegios que conllevaba el pertenecer a tan distinguida sociedad inglesa.

Su enardecido orgullo y las formidables ganas de sobrepasar sus propios límites y demostrar qué tan lejos podía llegar fueron, en suma, alicientes suficientes para convertirle pronto en el hombre poderoso que era.

Controlaba firmemente cuanto lo rodeaba, dominaba sin problemas a todo tipo de personas, y se sentía complacido por ello; algo fastidiado tal vez, por todos esos aduladores carentes de dignidad que se desvivían por complacerlo, dejándose humillar con groserías a las que él se abandonaba por mera diversión.

Lo tenía todo, pero, a pesar de eso, sus días se tornaban largos, aburridos y monótonos. Cuando no estaba navegando, viajando o simplemente disfrutando de un buen libro, ocupaba su tiempo en las diversas empresas que había adquirido, incluso un domingo como aquel.

Se puso de pie y admiró, a través de los enormes ventanales panorámicos de su oficina, en la vigésima primera planta del edificio de *EM Digital Corporation*<sup>[vi]</sup>, la inmensidad de la ciudad que parecía estar a sus pies, o al menos así era como él lo veía.

Después de dar un rápido vistazo al costoso reloj que adornaba su muñeca, entornó los ojos: la una menos veinte, y lo más interesante que había hecho era despedir a dos de sus empleados por hacerle perder una mínima cantidad de

dinero, la misma que recuperaría en cuestión de horas.

«¡Maldita sea!», se dijo para sus adentros, fastidiado porque tendría que viajar esa misma tarde a Georgia para lidiar con el problema.

No era amigo del clima de Athens, y su único alivio era el hecho de que aprovecharía la oportunidad para quitarse de encima a Julian Greene, hijo de un viejo amigo de la familia, quien había estado insistiendo en que su agencia publicitaria era la indicada para realizar la campaña de lanzamiento de la nueva aplicación de EMDC. Ethan iría a su sucursal en dicha ciudad e investigaría un poco acerca de qué tan conveniente podría resultarle firmar con ellos.

A las cuatro menos cuarto se encontraba sentado en su avión privado, partiendo de Queens. Bebió de su copa el último sorbo de vino y cerró los ojos para escuchar a Sinatra y pensar en el tiempo que le tomaría resolverlo todo.

«Espero que sus propuestas sean medianamente aceptables», pensaba en ese instante. Había aceptado tomar en cuenta a *GAA*<sup>[vii]</sup>, únicamente como un benévolo favor personal, por los muchos años de amistad, pero si el proyecto no le convencía, lo cancelaría todo, sin contemplaciones.

\*\*\*

—¡Mami! ¡Mami! —gritó Ethan, tomando entre sus pequeñas manos el filo de la falda plisada del vestido de Victoria.

Ella acarició su melena dorada y halo uno de los pequeños rizos que le caían sobre la frente. El pequeño rio y se abrazó a sus piernas.

—¡Ilas! ¡Ilas, mami! —repitió con emoción.

—Está bien, cariño, ve a esconderte. Me cubriré los ojos y contaré. ¡Ve!

Hizo lo que su madre le pidió. Ella pronto le perdió de vista en medio de los rosales del jardín. Victoria empezó a contar en voz alta para que él pudiera escucharla: «uno, dos, tres...»

Ethan era un niño maravilloso, adorable en todos los aspectos. Su carita, adornada por aquellos dos faros color cielo, inspiraba paz. A su madre le costaba trabajo creer que estuviera a tan solo meses de cumplir dos años, pues sentía su nacimiento como un suceso del día anterior. Recordó entonces la tarde en que se encontraba en aquella sala de hospital, ansiando con todo su corazón tener a su pequeño entre sus brazos.

Siguió contando mientras reflexionaba sobre lo curioso que resultaba el

curso de la vida, que transcurría de una forma veloz, sin dudas, ni titubeos, dejando a su paso el agrisabor de la nostalgia. Los acontecimientos más hermosos y felices se convertían, para muchos, en vagos y borrosos recuerdos, al menos una gran parte de ellos. Los más insignificantes detalles se desvanecían de a poco, como la espesa niebla en las montañas al salir el sol. Sin embargo, en su mente, esos mismos detalles permanecían nítidos y relucientes, como si el tiempo se hubiese encargado de congelarlos y revivirlos constantemente en su corazón, para recordarle todo lo que había sido su vida desde aquel primero de abril, hace más de diez años.

# CAPÍTULO 1: MENCIÓN

2014

El tercer aviso del despertador llegó a mis oídos como el sonido de la vida renaciendo a mi alrededor. Estiro la mano desde la cama para apagarlo: son exactamente las cinco treinta de la madrugada, y Athens, con cada primavera, ofrece un espectáculo digno de ser admirado. Me levanto con ese fin. Pego un brinco para salir de la cama y abro la ventana de par en par.

El sol aborda de a poco el horizonte, brindándome algunos de sus débiles rayos que, acompañados por la suave brisa primaveral, me resultan reparadores.

¿Acaso no tengo derecho de disfrutar de este momento?

De mantener mi mal humor de ayer quizá no, pero, por fortuna, este ha mejorado tanto, que tengo la certeza de que me espera un gran día por delante.

Estudio publicidad en la Universidad de Georgia y hoy empiezo un nuevo semestre. Sí, estoy algo emocionada; negarlo sería absurdo, pues empezaba a extrañar el contacto con el mundo, aunque el mundo no extrañara el contacto conmigo.

Busco entre los cajones del pequeño ropero de roble que complementa el mobiliario de mi habitación —un escritorio, un librero, un par de mesas auxiliares, una cama y un sofá— y frunzo el ceño. «Es inútil», pienso con irritación, después, una repentina inquietud se apodera de mí. ¿Qué me sucede?, en mi vida me había preocupado lo que llevara encima, ¿por qué hacerlo hoy? De todas formas, use lo que use, sé que nadie lo notará. Para todos seguiré siendo un cero a la izquierda: la chica invisible. En fin, mis vaqueros negros favoritos y la sudadera gris de la suerte me irán bien.

Una vez que decido la envoltura para mi cuerpo, me dispongo a librar otra batalla campal, esta vez, con la enorme pelusa que tengo sobre la cabeza a la que llamo «cabello», aunque parezca todo menos eso. Tomo el cepillo y el secador para con cuidado y mucha paciencia empezar mi mantra diario: «peinar, secar y recoger». Debería ser sencillo para alguien que lo ha practicado miles de veces en su vida, pero para mí, cada mañana resulta una verdadera tortura. Lo recojo en una coleta alta y bajo triunfante a desayunar

tras ganar la cruzada.

Una vez que llego a la estancia de la cocina, busco con la mirada a mamá: no está. «Trabajo», me recuerdo mentalmente. Su jornada en el hospital apenas y le da tiempo para el descanso.

Desearía poder pasar un poco más de tiempo con ella, como cuando era niña, entonces éramos inseparables. Pero ahora su profesión es copiosamente absorbente y los años han pasado, alejándonos, aun a nuestro pesar.

Me acerco a la mesa de cristal para tomar la pequeña nota que acompaña al desayuno que habitualmente prepara como compensación a su ausencia. ¿Lo compensa? No; pero es un gesto que agradezco porque de alguna forma me hace sentir mejor. Leo.

*Cariño, no te quise despertar para despedirme, pero preparé tu desayuno favorito. Suerte en tu primer día.*

*Te ama, mamá.*

Su nota me hace sonreír.

Tal vez podría pasarme esta tarde a visitarla, sé que eso le haría feliz. Hace mucho que no tenemos una tarde para las dos y quizá, con algo de suerte, consiga raptarla por un par de horas. Sí, la idea me satisface. Casi puedo ver la cara de sorpresa que pondrá cuando me vea llegar.

Sonrío y me siento para disfrutar los deliciosos gofres con fruta y mantequilla de maní que tan amorosamente preparó: ¡están fantásticos!

Es un verdadero deleite salir de casa y encontrarse con una mañana tan encantadora y preciosa como esta: los árboles gozan de un divino color verde, tan vivo como el aroma que emanan; las plantas y las flores parecen haberse multiplicado sublimes, anunciando por todo lo alto que su vida empieza.

Cierro los ojos y lleno mis pulmones de ese aire puro y maravilloso que trae consigo una promesa de digna felicidad mientras tarareo en mi mente la letra de «*Mirrors*» y espero el autobús.

Mamá ha insistido tanto en que debería comprarme un coche, pero no me parece que sea algo necesario. Es un lujo que he rechazado apasionadamente.

¿Por qué iría en auto cuando disfruto tanto viajar en transporte público? Adoro imaginar todas las historias que se ven reflejadas en los rostros de las personas que, como yo, lo utilizan. Hoy, por ejemplo, logro sentarme al fondo

del vehículo que va repleto con personas dirigiéndose a su trabajo o centro de estudio, seguramente.

Como de costumbre, mis ojos empiezan a examinar su entorno hasta que el rostro nostálgico de un hombre anciano llama su atención. Él tiene la mirada perdida, clavada en algún punto triste de su vida; quizá junto a algún hijo ingrato que no lo ha visitado desde hace mucho, o con su fallecida compañera, a la que añora con todo su corazón. Su mejilla reposa algo arrugada sobre la ventanilla y sus labios, a momentos, se vuelven temblorosos. Evidentemente está triste. ¿Qué le ocasionará tanta pena?

El anciano deja escapar un profundo suspiro antes de volverse para mirarme. Me ruborizo momentáneamente al verme descubierta, pero, inmediatamente, le dedico una sonrisa cálida que él no demora en devolver, aunque esta no se refleja en sus ojos.

Hago un breve ademán como despedida cuando llego a mi destino; el amable hombre hace lo mismo y regresa a su ensimismamiento. Así pongo punto final a mi acostumbrado examen visual y bajo del autobús con algo de tristeza, turbación y miles de preguntas en mi mente: ¿lo volveré a ver? ¿llegaré a conocer el motivo de su desdicha? Lo había visto un par de veces antes, estoy segura, y también estoy segura de que su expresión no ha cambiado. Suspiro e intento apartar el malestar que ese pensamiento me produce.

—¡Feliz cumpleaños! —exclama Mila llena de júbilo, con su típica sonrisa de oreja a oreja que emana sinceridad mientras sus brazos me envuelven en un fuerte abrazo del que me es difícil escapar.

—Shhh... No quiero que todos se enteren, Mili. Han pasado más de diez días desde mi cumpleaños. —Mila entorna los ojos—. También te extrañé. Te ves... increíble —murmuro admirando el hermoso tono beige de su piel que le hace ver más atractiva de lo habitual.

—Lo sé. Lo sé... Me veo fenomenal —contesta levantando los brazos hasta formar una gran V con ellos mientras da un giro dramático en cámara lenta para que le aprecie mejor.

Debo decir, con total convicción, que Mila es una de las personas que más amo en el mundo. Nos conocemos desde que íbamos en pañales, ya que vivió en *Woodland Hills* hasta hace un par de años, después se mudó al otro lado de la ciudad con su padre. Fue duro al principio, pero ni siquiera la distancia ha logrado romper ese lazo tan fuerte que nos une desde aquella primera

conversación que mantuvimos cuando niñas, por una de mis muñecas rota. Desde ese momento nos volvimos inseparables, como hermanas. Tuvimos largos días de juegos alocados, y en la adolescencia, largas noches de confesiones amorosas.

¿Cómo podría describirla? Bueno..., Mila es todo lo que yo no soy —creo que esa es una buena forma de hacerlo—: alta, guapa, rubia, con grandes y preciosos ojos azules tan profundos como el mar, curvas bien marcadas y, en este momento, con un bronceado que le sienta genial. «Cortesía de la costa azul francesa», me recuerdo mentalmente. Ahí había pasado este último mes.

—¡Debes contarme a cuántos muchachos conociste en mi ausencia! —continúa, sin parar de dar pequeños saltos a mi alrededor mientras caminamos hasta el edificio de la facultad.

—No puedes estar hablando en serio. Mili, sabes muy bien que no soy buena en el arte de conocer gente. A veces siento que soy una especie de repelente que ahuyenta a las personas —sonrío—. ¿Por qué no me cuentas cómo estuvieron tus vacaciones? Seguramente fueron más emocionantes que las mías.

—¡Está bien, aguafiestas! Ya que insistes... Además de los viajes y de todo lo que compré, que por cierto son cosas extremadamente hermosas; voy a contarte que conocí al hombre de mis sueños. ¡Te lo juro, es todo un dios inglés! Sexi, atractivo... Imagino que habrás escuchado de él, puesto que no es un tipo común. Bien, ¡preparate! Tiene veintiocho años, como ya te dije es inglés, y lo mejor de todo, además de su perfección, ¡es que es uno de los empresarios más importantes de la década en su país y en el nuestro! Eso según varias revistas económicas que lo mencionan como el máximo genio de *Wall Street*<sup>[viii]</sup>. ¡Victoria, fue amor a primera vista! ¡No puedo dejar de pensar en él!

—Suen a que es muy importante...

—¡Lo es!

—¿Y cómo fue que se hicieron novios? Porque imagino que lo son.

—Bueno, lo vi en una reunión que organizó papá. Él fue amable y atento, y es obvio que también le gusté por cómo se comportó conmigo... ¡Los noviazgos no se dan de la noche a la mañana, Vic!

Entorno los ojos. Me sorprende verla así: mejillas sonrojadas, pestañas inquietas... ¿Acaso está nerviosa? ¡Lo está! La miro boquiabierta sin poder

creer que la señorita Rushforth, la mujer con más indiferencia al amor que he conocido me estuviera hablando de eso precisamente: amor.

Quizá este sea el momento adecuado para mi charla de: «Cómo evitar enamorarse de un completo extraño», aunque no creo que funcione y realmente, si analizo mi vida, no soy la persona indicada para hablarle al respecto. Mi historial amoroso no es nada en comparación al suyo.

¿Habrá algo serio en ella? Sé que no, y mucho menos en este aspecto. Su tendencia a enamorarse del primer tipo mono que se encuentra por la calle, lo pinta así.

—¿Te enamoraste de un desconocido, de un importante empresario que seguramente tiene mujeres en cada ciudad?

Casi me sorprende mi juicio anticipado hacia alguien que no conocía. Tal vez el ver a Mila tan entusiasmada activó mi alarma interior y mi espíritu de protección. Temo que le hagan daño.

—¡Basta de regaños, Victoria! El que sea un hombre de mundo no lo convierte automáticamente en un seductor profesional. ¡Deberías aprender a separar la realidad de la ficción de las novelitas cursis que lees!

—Mili, solo quiero lo mejor para ti.

—Él es muy serio. Quizá demasiado... —frunce el ceño—. Pero me encanta y es lo único que importa.

—Ya veo —le digo exasperada por su renuencia a razonar.

Sé que no importa lo mucho que le aconseje, jamás entenderá mi punto; por otro lado, siempre he considerado que toda persona merece un voto de confianza. Tal vez Mila tenga razón y me apresuraba a juzgar a alguien de quien en mi vida había escuchado, o ¿sí? Bueno, siendo uno de los genios de las finanzas, imagino que su nombre no me puede resultar del todo ajeno.

—¿Cómo se llama? —pregunto resignada.

—Ethan Mills.

¿Ethan Mills? Hago una rápida revisión en mi mente, pero su nombre no me dice nada. Definitivamente no lo conozco.

—¡No me digas que no lo conoces! —exclama Mila, abriendo los ojos con exageración para mirarme como si de pronto me hubiese salido otra nariz—. ¡Ya te lo dije! Es uno de los jóvenes millonarios más exitosos de la década —insiste, intentando hacerme comprender con el movimiento de sus brazos, la magnitud de la importancia de ese hombre.

El nombre no me suena para nada, pero debe ser muy importante si Mila lo

dice.

—La verdad es que no lo conozco. Sabes muy bien que prefiero leer «novelitas cursis» a revistas económicas —murmuro con irritación.

¡Vaya! Debería leer un poco más sobre los hombres que manejan el país; después de todo, mi futuro también se encuentra en sus manos.

Entorno los ojos algo enfadada por mi falta de conocimiento en esa rama.

—En fin, suerte con eso, amiga. Cuida mucho ese corazón.

—No se preocupe, señorita amargura. Sé perfectamente cómo atraparlo.

Mila le da un rápido vistazo al reloj de oro importado que rodea su muñeca, me toma del brazo y me lleva, prácticamente a rastras, a clase.

El día transcurre con normalidad, claro, si obvio el hecho de que Mila no ha dejado de hablar de su hombre de millones de dólares —lo que empieza a irritarme—. Sé que es probable que logre conquistarlo; ella es muy guapa y me alegrará mucho si al fin sienta cabeza, aunque no puedo evitar preocuparme. Siempre la he visto como mi hermanita menor —a pesar de tener la misma edad—, a la que tengo que cuidar y proteger.

Después de despedirme de mi alocada amiga, me dispongo a cumplir con la visita sorpresa a mamá. Camino hasta la plaza principal para tomar el autobús mientras disfruto de la tarde más agradable que he podido presenciar. Sin duda, una de las más preciosas.

El manto verde brillante que cobija la ciudad es todo un espectáculo.

En mi trayecto puedo ver a varias personas haciendo ejercicio sobre el césped, a otras cuantas, paseando a sus mascotas, a niños que ríen mientras juegan y a un par de parejas tomadas de la mano, caminando por la acera. Todo, en su conjunto, forma un fastuoso cuadro, digno de ser admirado.

Continúo mi camino, ahora con la mirada clavada en mis pies, pensando en lo maravilloso que es estar vivo y poder tener la fortuna de apreciar tanta belleza. Definitivamente soy afortunada por estar en donde estoy, aunque, de vez en cuando, mi mente viaja a países lejanos como Francia. Me encantaría conocer París, recorrer sus calles y admirar la ciudad desde lo más alto de la *Torre Eiffel*<sup>[ix]</sup>. —Suspiro—. Sería fabuloso poder ir algún día, pero ni siquiera he logrado salir de la ciudad.

¿No es ridículo que viviendo tan cerca de la costa, no conozca el mar?

Sí, lo es, pero sé que es probable que, dentro de algunos años, pueda

conocerlo, y que, cuando pueda costearme un viaje al extranjero, vaya a París y a todos los lugares que ya he visitado en mi mente.

¿Cuál será mi destino dentro de tres o cuatro años? ¿Seguiré viviendo aquí? Si tan solo pudiera saberlo... Este sería el momento ideal para obtener una bola de cristal y echarle un vistazo a mi futuro.

## CAPÍTULO 2: PRIMERAS IMPRESIONES

«¡Maldición! ¿¡Por qué no aprenderé a mirar por dónde voy!?!», refunfuño en mi mente.

Estoy en el piso, con las mejillas encendidas, muerta de vergüenza. Por andar volando alto, no advertí que otra persona venía contra mí y choqué. Mi enajenamiento a la realidad provocó que en cuestión de segundos me encuentre en medio de la situación más bochornosa de mi vida.

¡Trágame tierra!

—¿¡Por qué no se fija por dónde camina!? —reclama una voz masculina grave.

¡Maldición! Bien hecho, Victoria.

—Lo siento —susurro avergonzada, sin mirar quien me habla. No tengo tiempo para eso, me duelen las rodillas. ¡Genial! Las tengo todas raspadas al igual que las palmas de las manos, que sirvieron como amortiguadores de la caída.

—¡Imagino que acostumbra a ir golpeando gente por la calle! —vuelve a refunfuñar el extraño.

¿Acaso mi disculpa no le bastó?

Veo su mano con largos dedos extenderse frente a mí para ayudarme a levantar: la dejo en el aire. La culpa que había sentido hace tan solo segundos desaparece para dar paso a la irritación. Es verdad que no me fijé por donde iba, pero para chocar se necesitan dos y solo una de las partes se había disculpado: YO.

Me incorporo como puedo y levanto la vista, dispuesta a enfrentar al extraño que no ha tenido la delicadeza de disculparse, pero, cuando lo hago, enseguida siento como mi cuerpo entra en una especie de trance hipnótico al ver a la figura que se levanta frente a mí.

¡Qué guapo es!

Alto, fornido, de cabello cobrizo corto y ondulado. Lleva pantalones de vestir color beige, cazadora marrón impecable y zapatos oscuros que combinan con el resto del atuendo. Sus ojos son negros, muy negros; como una oscura noche sin luna, sin estrellas, y van en perfecta armonía con su piel blanca y lozana, levemente besada por el sol. Y sus labios... ¡Dios mío, sus labios! Paso saliva. No puedo dejar de mirarlos.

—Pierdo mi tiempo —murmura con desdén, sacándome de mi ensoñación. Me ruborizo al darme cuenta de que lo miraba con la boca abierta.

«Tranquila, Victoria, relájate, respira», me repito mentalmente.

¡Santo cielo, me siento tan torpe!

Sus ojos me observan con cierto aire de curiosidad mezclada con diversión.

¡No, no, no! «Por favor que no haya notado mi reacción», suplico en mi mente e intento retomar mi actitud protestante y furiosa.

—¿No piensa disculparse? —reclamo con voz chillona.

¡Dios, relájate de una vez!

Él esboza media sonrisa incrédula.

—¿Disculparme? ¿Yo? —ríe burlón—. No es mi estilo, señorita. Le aseguro que, a diferencia de usted, no acostumbro a caminar por las nubes.

¿Caminar por las nubes? ¿Se está burlando de mí?

Cruzo los brazos para frenar los repentinos gimoteos que oprimen mi corazón y luchan desesperados por salir a la superficie.

—Bien. Imagino que su padre no supo enseñarle buenos modales —refuto, de nuevo con voz chillona.

¡Maldita sea!

Sus ojos pasan de la ironía al enojo en cuestión de segundos: ahora echan chispas. Me toma del brazo con violencia y me acerca a él, clavándome su mirada furibunda. No me acobardo. Lo miro desafiante, dispuesta a defenderme de ser necesario. Ambos mantenemos una contundente batalla de miradas hasta que me percató de lo agitada que se ha vuelto mi respiración y del fuerte cosquilleo que apareció de repente en mi estómago, mientras que una corriente fría, más bien helada, que se esparce por todo mi cuerpo, me produce un jadeo involuntario. Él arruga el entrecejo y me suelta.

—¡No le permito...!

—¡Y yo no le permito que me trate como se le antoje! —levanto la voz tan fuerte como puedo y me acerco de nuevo a él—. ¡Es un grosero, un mal educado; un patán que no sabe cómo tratar a una mujer!

La batalla de miradas se reanuda, aunque por alguna extraña razón me parece que la suya es más bien cauta y escrutadora, como si buscase descifrarme con ella.

—¡Señor, debemos irnos! —le dice un hombre de traje oscuro que espera a unos cuantos metros de nosotros. Este encoge los hombros ante la mirada

glacial que le dedica el patán que tengo en frente.

Pobre, definitivamente este tipo no sabe tratar a las personas.

Sus ojos impasibles regresan a mí.

—No vale la pena —murmura con un aire despectivo y se va.

Me quedo callada, con varias palabras por decir atravesadas en la garganta, palabras que soy incapaz de articular. ¡Jamás había conocido a alguien tan grosero! Su actitud le quita todo el atractivo físico que pueda tener.

¿Atractivo? ¿Cómo pude haber visto algo atractivo en él!?

Le sigo con la mirada sintiéndome cada vez más impotente por no haberle respondido como se merecía. Cuando está a unos diez metros, a punto de subir a lo que parece ser su auto, voltea y me sorprende mirándolo. Doy media vuelta de inmediato y empiezo a jugar con mis manos.

¡Rayos! ¡Rayos! ¡Rayos! ¿Por qué no pude enfrentarlo!?

Escucho el motor encenderse: se fue.

Mi corazón no hace más que latir a toda prisa, frenético. Y ¿qué es este estúpido cosquilleo?

Me siento en la banqueta más próxima e intento tranquilizarme.

¡Qué desagradable! No es más que un idiota sin modales, pero... ¿por qué me desconcierta tanto? Tal vez fue su mirada profunda... No había visto otra como esa, o quizá la amargura que claramente lleva en el alma. Sí, debe ser eso. Es una pena que alguien tan joven sea tan ¿infeliz?, bueno, eso es lo que me pareció.

Casi tambaleándome, subo al autobús para regresar a casa. No creo ser capaz de ir a ver a mamá en este estado. Seguramente volvería a tropezar con alguien, o lo que es peor, ella podría notar mi injustificada inquietud y preocuparse. ¡No, definitivamente no iré!

Una vez que llego, busco con torpeza las llaves de la casa y abro la puerta.

Mi ánimo se encuentra por los suelos, es como si, a raíz de ese encuentro, toda mi energía se hubiese marchado con ese hombre. ¡Cielos! Todo lo sucedido me indispone y perturba mi razón de una manera desconcertante.

«¡Ya basta, Victoria! No es para tanto y, por fortuna, no te lo vas a volver a encontrar en la vida», me regaña.

Levanto la vista y veo a mamá sentada sobre nuestro sofá marrón de tres puestos; principal atracción de la sala de estar.

—¡Mamá! —le saludo sorprendida. Ella se pone de pie y camina hacia mí para rodearme con sus brazos.

Las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos ante su inoportuna muestra de afecto.

¡No puede verme en este estado!

Doy un par de pasos a un costado, evitando así su intensa mirada maternal que es capaz de adivinar lo que oculta mi alma.

—Mi amor... ¿Cómo te fue? —pregunta con dulzura. Tiemblo.

«Vamos, solo intenta parecer normal», me digo. No quiero que se preocupe y sé que si le cuento lo sucedido lo hará.

—Genial —titubeo, con una sonrisa fingida.

—Me alegro mucho, cariño. ¿Cómo está Mila?

Mamá frunce el ceño, me da la espalda y va a la cocina. Parece haber comprendido que necesito mi espacio, lo que es un alivio.

—Como siempre. Sus vacaciones en *Cannes* le sentaron de maravilla. Me hizo bien volver a verla.

—No podría ser de otra manera. Ustedes han sido como hermanas desde niñas —murmura sonriente y por su mirada soñadora y nostálgica, sé que está recordando mi niñez.

No pude probar ni un solo bocado de la cena, me esforcé, pero fue inútil. No hago más que pensar en ese hombre. Su rostro está por todas partes y su mirada..., aún la tengo clavada en la mía, quemándome, consumiéndome completamente como el fuego al papel. Es extraño y ¡tan frustrante!

Me recuesto en la cama y me cubro totalmente con las sábanas. «Mañana será otro día. Mañana será otro día», repito en mi mente una y otra vez hasta que el sueño consigue atraparme.

\*\*\*

—Victoria, ¿me escuchas?

Mila me baja de mi nube de pensamientos, todos dedicados al hombre que no volveré a ver nunca más.

—Lo siento...

—¿Qué te ocurre? —inquieta arrugando su perfecto entrecejo—. ¡No! ¡No me digas que es por un muchacho! —exclama prestándome toda su atención.

¿Qué diablos se supone que deba responder? Sé que no parará hasta que le cuente algo convincente que satisfaga su curiosidad.

—No es eso... —murmuro jugando nerviosa con mis manos, escabullendo mis ojos con desesperación a todas partes, menos a los suyos. Nunca he

podido escapar viva de sus interrogatorios—. Sabes muy bien que no me interesa nadie de la universidad.

—Lo sé, pero no dije que se tratara de alguien de la universidad.

—Ni de aquí, ni de ningún otro lugar —apunto enfática. Debería contarle el motivo de mi inquietud. Por supuesto, obviando el hecho de que no me puedo sacar de la cabeza al sujeto en cuestión—. Ayer tropecé con un tipo desagradable y me caí. Me duelen un poco las rodillas —mascullo acariciándolas al recordar el dolor que hasta hace unos minutos había olvidado.

—¿¡Estás bien!? ¿¡Te lastimaste!?

—Estoy bien. No te preocupes, Mili —la tranquilizo.

—Lo que te tiene mal es el tipo con el que tropezaste. ¿Te gustó?

Cualquier rastro de preocupación desaparece por completo del rostro de Mila para dejar en su lugar una desmesurada curiosidad.

¿Que si me gustó? Analizo por unos cuantos segundos lo que eso implicaría. ¡No! ¡Alguien como él no puede gustarme! Acepto que su atractivo, que no parecía ser de este mundo, me dejó perpleja, pero su actitud... ¿Cómo podría gustarme alguien así?

—¡No digas tonterías! —replico con voz ronca—. Fue desagradable. Un patán sin modales... Nadie me había tratado así en mi vida.

Nadie me había tratado tan mal e increíblemente no dejo de pensar en la primera persona que lo hizo. ¡Bravo, Masterson!

—Amiga, tranquila. —Mila acaricia mi cabello con súbita delicadeza, como si yo fuese un cachorrito asustado e indefenso. En medio de mi irritación por sus suposiciones, sonrío agradecida por su sincera muestra de afecto—. Ahora, sé que te pasa algo más.

¡Mila, déjalo ya! ¿Acaso es tan evidente mi malestar? Quizá no, pero mi casi hermana siempre ha tenido la extraordinaria capacidad de mirar a través de mis ojos.

¿Qué puedo hacer?

¡Sí! Si le hablo de tarea sé que dejará de insistir. No hay mejor repelente para su curiosidad que hablar de nuestras obligaciones como estudiantes.

—Vamos a trabajar con grandes agencias publicitarias, ¿lo recuerdas?

—Es cierto. Espero que vayamos juntas.

Sonríe y yo suspiro discretamente de alivio. Es complicado distraerla, pero hoy resultó sumamente sencillo.

La señora Goot es una mujer de avanzada edad, o al menos eso es lo que dice su cabello blanco y sedoso. Su rostro, adornado por contadas arrugas, es muy dulce y agradable. Seguramente debió ser muy guapa en su juventud, bueno, aún lo es. Goot es una de las maestras más antiguas de la facultad y ha impartido por muchos años la clase de publicidad estratégica.

Es muy difícil que su talento pase desapercibido, sobre todo en su oficina, que está totalmente cubierta por cientos de diplomas, títulos y reconocimientos que alaban sus años de trayectoria como publicista. Al parecer es alguien muy importante, y tiene varios contactos en casi todas las agencias publicitarias del país, por lo que no le fue difícil conseguir que trabajáramos como auxiliares en dos de ellas.

—Los equipos están distribuidos. Cada uno tendrá que coordinar con las personas encargadas y colaborar en lo que se les pida. Recuerden que esto es una especie de entrevista anticipada, así que es su futuro el que está en juego —apunta la señora Goot mientras revisa un par de hojas de papel que tiene en las manos y empieza a nombrar a todos y cada uno de mis compañeros, incluso a Mila, pero en ningún momento a mí.

—Son los equipos finales, reúnanse y ya les entregaré toda la información.

—Señora Goot —me acerco cuando vuelve a su escritorio dejando mi nombre en el desconcierto. Está bien que no hable demasiado en clase, pero me pregunto si llegué al punto de que por esa razón se olvide de mí—. No estoy en ninguno de los equipos.

—Ah, sí, Victoria. Sabía que olvidaba algo importante. Querida, tú tienes un trabajo especial. —Sus ojos azules me miran a través de los grandes cristales de los anteojos que lleva. Sonríe y revisa con rapidez una carpeta blanca de cartón—. Tus calificaciones han sido sorprendentes desde el inicio de la carrera, así que, para galardonar tu esfuerzo y dedicación, he decidido que realices tus prácticas en la agencia más importantes del país.

—¿Lo h-h-haré s-s-sola? —tartamudeo horrorizada.

—Así es. Podrás poner en práctica todo tu conocimiento y tus habilidades como publicista. Ven esta tarde a mi oficina y te entregaré la información que necesitas. ¡Felicidades! —exclama dándome una leve palmada en la espalda, ignorando mi pánico por completo.

Regreso a sentarme como si fuese un zombie, sin alma.

«Esto no puede ser, no estoy lista para trabajar sola. No todavía». De pronto siento un fuerte retorcijón en el estómago. ¡Estoy aterrada! Sumida en la

inquietud y el pavor.

—Vic, ¿todo bien? ¿Por qué no estás en ninguno de los equipos? — pregunta Mila, que me sorprende por la espalda.

—Tendré que hacerlo sola —murmuro entre dientes con la vista clavada en un papel que está en el piso, junto al basurero. Se ve tan seguro ahí, tan tranquilo... Quisiera ser ese papel.

—¿Sola?

—Por mis excelentes calificaciones —explico entornando los ojos—. Ahora mismo quisiera no tenerlas.

—¿Sabes con quién trabajarás?

—No, y no lo sabré hasta esta tarde.

Lo que me paraliza aún más. ¿La agencia más importante del país? Solo viene un nombre a mi mente.

—¡Señorita Rushforth! —riñe la señora Goot, dedicándole una mirada reprobatoria a Mila, cuando la ve a mi lado.

—Hablaemos luego, Vic —musita ella y se va.

Horas más tarde, me encuentro abandonando la oficina de Goot a tropezones.

Bien, el misterio fue develado. Trabajaré con GAA (Greene Advertising Agency), una importante agencia que maneja campañas para las más grandes empresas del país. Sus oficinas principales están en Nueva York, pero tienen una sucursal aquí, así que no tendré que viajar.

Camino de regreso a casa con el corazón latiéndome a toda velocidad desde que supe que trabajaría con ellos. Me emociona y me aterra a la vez. Trabajar con un grupo de expertos es algo intimidante y sé que debería estar saltando de felicidad por la oportunidad que tengo en las manos, pero no es así. Solo quisiera ser más valiente y decidida en estos momentos.

Subo corriendo a mi habitación y revuelvo todo para preparar mi material de apoyo, documentos personales y varios de los proyectos que he realizado para la universidad. Supongo que eso servirá como una buena carta de presentación.

Las horas pasan y pronto mi tarde se esfuma entre libros e investigación sobre el lugar en el que trabajaré durante una semana. Si voy a hacerlo sola, será mejor que lo haga bien e intente estar a la altura de mis futuros colegas.

¿Qué se pone uno para un trabajo de ese tipo? ¿Eso importa? «¡Por

supuesto que importa!», replica indignada la razón. Está claro que no puedo ir con vaqueros y zapatillas, aunque me encantaría hacerlo. Me parece haber visto un par de vestidos refundidos en algún rincón de mi guardarropa.

El reloj marca las once de la noche cuando termino de prepararlo todo. Estoy agotada.

Me tumbo sobre la cama y fijo la mirada en la ventana, que está levemente abierta, mientras mi mente regresa al día anterior, a ese hombre, a su rostro y a su voz.

¿Por qué no puedo quitármelo de la cabeza?

De forma inconsciente acaricio el brazo que sostuvo y me parece sentir que aún está entre sus manos.

¿Por qué sentí ese extraño cosquilleo cuando me tocó? Es tan desconcertante... ¿Cuál será su nombre? No parecía ser un tipo común; bueno, solo bastaba ver su coche para darse cuenta de que no era así.

## CAPÍTULO 3: ENCUENTROS INESPERADOS

El edificio es enorme e impresionante. Diez pisos con la mayoría de sus paredes internas de cristal y solo unas cuantas, de concreto, lo que me permite observar a varias personas que trabajan muy concentradas en sus escritorios mientras espero, sentada en un sofá de piel color negro, en la recepción de la quinta planta del edificio de GAA, a Flora Miller, encargada de esta sucursal.

Le doy un rápido vistazo a mi ropa. Espero ir bien vestida. Me puse lo mejor que encontré: un vestido tipo lápiz blanco, chaqueta negra y zapatos de tacón no muy altos. Odio los tacones, pero bien merece la pena el sacrificio por estar aquí.

—¿Victoria Masterson? —me dice una mujer alta, de brillante cabellera castaña que le llega hasta los hombros. Lleva un enterizo negro en crepé elegante y zapatos escandalosamente altos.

¿Es posible caminar con algo así?

—Eh... Sí... Buenos días. Soy yo... Soy Victoria Masterson —me yergo e intento parecer profesional.

—Bienvenida, soy Flora Miller. Ven conmigo.

Da vuelta y empieza a caminar. Recojo mis cosas y la sigo con torpeza por un largo corredor hasta lo que parece ser su oficina.

Es muy grande y aséptica, aunque su escritorio, algo desordenado con varios papeles sobre él, desentona con la armonía del lugar.

—Tienes muy buenas referencias —murmura revisando a detalle el portafolio que armé con toda mi información—. No es usual que aceptemos auxiliares que no se hayan graduado, pero dado tu impresionante historial y lo bien que habló Regina de ti, hemos decidido ignorar las reglas.

—Le agradezco la oportunidad —respondo con timidez.

¿Regina? ¡Claro! Regina Goot. ¡Cielos! Aún no me creo que vaya a codearme con lo que es como la «realeza» de la publicidad.

—Trabajar en GAA no es sencillo. En este momento intentamos firmar con EM Digital Corporation. Buscamos encargarnos de la campaña de lanzamiento de su nueva app. Imagino que sabes de qué te hablo. —Flora arquea una de sus perfectas cejas y me mira expectante.

—Sí. —¡Gracias a Dios, lo sé! —. Se trata de una multinacional que desarrolla aplicaciones para todo tipo de tecnología y para diferentes usos,

centrándose en la comunicación; es decir, para que las personas puedan comunicarse a bajo costo. Además, la compañía está catalogada como principal inversionista en varios campos empresariales.

—Exactamente. Vaya..., me alegra no haberme equivocado contigo. El lanzamiento de su nueva aplicación está cerca y si logramos cerrar el trato, estaremos del otro lado.

—Seguro lo lograrán.

—Lo sé, requiere de mucho trabajo y dedicación. El presidente y dueño de la compañía es... algo difícil —afirma haciendo una pequeña mueca de disgusto—, pero muy inteligente y atractivo —se ruboriza—. Además, exigente.

—¿De verdad? —intento parecer interesada.

Si es atractivo o no, me tiene sin cuidado. Mi única preocupación es hacer lo que me pidan y hacerlo bien.

—Así es; vendrá hoy para revisar nuestras propuestas y, si acepta, a darnos los últimos detalles para arrancar la campaña. Alguien debe atenderlo, hablar con él... Estaría encantada de hacerlo, pero como ves tengo mucho más que trabajo por hacer. —Flora entorna los ojos señalando una pila de archivos que reposan sobre su no tan immaculado escritorio—. El resto de los ejecutivos no se encuentra en Georgia y como fue una reunión que solicitó de última hora, no estarán aquí a tiempo.

—¿Y viene él personalmente? Digo, siendo un hombre tan importante, imagino que tendrá personal que se encargue de todo este proceso, ¿no?

—Lo tiene, pero supe que estaba de paso en la ciudad y aprovechará para visitarnos. Ya sabes, para que todo salga como debe.

—Ya veo —me limito a responder.

La verdad es que había escuchado de esa compañía, pero no tengo ninguna idea de quién es el propietario.

—Tú lo harás —declara con seriedad.

Palidezco.

—¿Yo?

¿Qué quiere decir con que yo lo haré?

—Sí, Victoria. En realidad, no tienes que hacer mucho más que hablarle de nuestras propuestas y lograr que firme el contrato.

—P-p-pero es mi primer día y pensé que...

—¿No te sientes capaz?

Frunzo el ceño.

Flora me mira inquieta esperando a que hable.

Claro que soy capaz, lo sé, pero es muy pronto. Como si me lanzara al agua sin saber nadar. ¡Diablos! No puedo negarme.

Inspiro profundamente.

—Lo voy a hacer —respondo aceptando el desafío.

Flora sonrío satisfecha y me entrega una carpeta marrón. La abro y leo la primera parte: es el diseño de la campaña.

—Tienes hasta las tres de la tarde para empaparte con toda esa información; el señor Mills llegará entonces y lo recibirás en la sala de reuniones de este piso. Si tienes alguna duda puedes llamarme, pídele a Ruth que te facilite la extensión. Suerte, Victoria, aunque sé que no la necesitas.

—Entiendo —musito y salgo mecánicamente para ir a la sala de reuniones.

¿Esto está pasando? «En qué lío me metí. En qué lío me metí», repito una y otra vez en mi mente.

Son las tres menos diez. Faltan tan solo minutos para que el «señor importante» llegue y las palabras de Flora vuelven a mi mente: «El presidente y dueño de la compañía es algo difícil». ¿Qué habrá querido decir con eso? No creo que sea tan malo, aunque me dio la impresión de que Flora no quería lidiar con él.

¡Esto es una estupidez! ¿Cómo pueden dejar el futuro de la empresa en manos de una simple auxiliar?

Bien, ya está. Y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Flora me dio instrucciones claras. Revisé el proyecto y sé exactamente cómo moverme en esta situación, sin embargo, tengo miedo. ¿Y si lo echo todo a perder? Este hombre parece ser vital para la agencia.

Inspiro hondo una y otra vez para darme valor. Ni siquiera pude disfrutar de mi almuerzo por los espantosos nervios que se acrecientan como espuma dentro de mí.

Estoy sola, sentada en un extremo de la enorme mesa de cristal con veinte puestos, deseando con todas mis fuerzas que este día termine.

Doy un respingo cuando escucho el sonido del teléfono color marfil que tengo a mi cotado derecho. Contesto con torpeza sin poder evitar que este se me resbale un par de veces de entre las manos.

—Señorita Masterson. El señor Mills acaba de llegar, se dirige a la sala

de reuniones.

—¿Ahora? —inquiero con dificultad.

Está aquí y su llegada cae sobre mí como un balde de agua helada. Ni siquiera lo anunciaron.

—Disculpe, pero no dejó que lo anunciara —dice Ruth avergonzada, como si hubiese adivinado mis pensamientos.

—No te preocupes. Gracias. —Cuelgo.

Llegó el momento. Extrañamente siento que toda mi vida depende de esta entrevista, al menos mi vida profesional.

«Esta es la oportunidad que he estado esperando, la oportunidad de demostrar todo lo que puedo hacer, y si resulta como planeo, sé que conseguiré buenas relaciones que me serán de utilidad en el futuro», intento animarme.

Me levanto, plancho con mis manos las leves arrugas de mi vestido y me yergo.

En medio de la conversación interna que mantenía sobre lo que conlleva ser una estudiante en prácticas con una gran empresa entre las manos, escucho un fuerte carraspeo detrás de mí. ¡Llegó!

Me vuelvo con torpeza para enfrentar al magnate que tiene mi futuro en sus manos. Sonrío, pero antes de que pudiera articular palabra alguna, palidezco y me paralizó al ver la mirada impasible que tengo sobre mí.

¡Esto debe de ser una broma! ¡Es el patán con el que tropecé el otro día!

Me quedo sin habla y empiezo a temblar.

¿Qué hace aquí?

Paso saliva.

—¡Qué magnífica coincidencia! —dice él después de varios segundos, con un aire arrogante—. ¿Es usted la persona con la que tengo que tratar? —asiento con timidez sin poder apartar mis ojos de los suyos. Él frunce el ceño—. Dígame, señorita. ¿Piensa quedarse con la boca abierta por más tiempo o va a cumplir con su trabajo?

¿Boca abierta? ¡No!

Me ruborizo al darme cuenta de que en efecto mi boca formaba una gran O y que lo miraba con demasiada atención. ¡Tonta, tonta y mil veces tonta! Debes recuperarte, recuperar la compostura. Tal vez todo parezca negro y mucho más complicado ahora, pero lo harás bien, Victoria. Lo harás bien.

—Bienvenido —mascullo con voz temblorosa.

Me acerco como toda una profesional y extendo mi mano a manera de saludo, pero él no me la estrecha; la deja en el aire como yo dejé la suya la primera vez. No hay duda de que es el hombre arrogante que recordaba.

Ignoro su actitud y vuelvo a mi papel de mujer segura y confiada.

—Tome asiento, por favor. —Hace lo que le pido sin emitir palabra—. Soy Victoria Masterson, y estoy aquí para...

—Cumplir mis órdenes —espeta inmutable.

Frunzo el ceño.

¡Qué irritante! Sus palabras hacen que sienta náuseas. Quisiera gritarle que es un idiota sin un gramo de educación, pero si lo hago la agencia perderá el contrato. Cierro los ojos un momento e intento luchar con mi lado rebelde y digno que protesta. ¿Acaso intenta provocarme? Eso no. También sé jugar, señor Mills o como se llame.

—Así es, señor. Estoy aquí para cumplirlas —respondo. Mills ladea la cabeza y palmea un par de veces sus labios con su largo dedo índice—. ¿Desea algo de tomar? —pregunto ya más relajada. Seguro que no era la respuesta que esperaba y por su expresión diría que está decepcionado. Bien. Sé que en otra circunstancia no habría tolerado su arrogancia, pero ahora no se trata solo de mí.

—Whisky.

Tomo el teléfono y le pido el trago a Sofía, la secretaria de Flora que por hoy está a mi disposición.

—Se lo traerán enseguida —le informo mientras ordeno con torpeza los documentos que tengo en frente, evitando a toda costa su intensa mirada.

—¿Trabaja desde hace mucho en este lugar?

—No, señor.

¿Y si le digo que soy una estudiante en prácticas? «¡Claro que no! ¿Cómo crees que lo va a tomar? Primero te gritaría y después cancelaría el proyecto. No puedes arriesgar demasiado diciendo la verdad», me aconseja la razón. «Una mentira piadosa es la mejor solución».

—Hace un par de meses —miento.

—Ya veo. Míreme —ordena.

Inmediatamente levanto la vista para encontrar mis ojos con los suyos, que son fríos e hipnotizantes. Me pierdo observándolo. El recuerdo que guardaba de él no le hace justicia en lo absoluto, es mucho más atractivo. Lleva un oscuro e impecable traje sastre, camisa blanca, corbata gris y un pañuelo

blanco sobresale al costado izquierdo de su saco, adornando el atuendo. Mantiene las piernas cruzadas y la espalda recargada en la silla, mientras que su mano izquierda reposa sobre su muslo, la derecha acaricia su perfecto mentón.

Su rostro es de un perfecto perfil griego: tez lozana, cejas oscuras y pobladas; ojos: ni grandes ni pequeños, diría que tienen las dimensiones correctas; nariz recta y una boca de labios carnosos y tan firmes como el concreto; a todo esto, le acompaña un semblante airoso, confiado y varonil, aunque, ahora, este refleja cierta inquietud.

Esta es una extraña coincidencia. No pensé volver a verlo. Las probabilidades de que eso ocurriera eran de una en un millón; sin embargo, aquí estamos ambos, frente a frente: ojos negros, seguros y penetrantes en contienda con ojos verdes, tímidos y cohibidos.

Pierdo la batalla y bajo la mirada.

La atmósfera de la sala de reuniones se ha tornado tensa y electrificante, y yo no puedo hacer más que preguntarme: ¿por qué no ha dejado de mirarme?

Después de segundos eternos, Sofía aparece en la puerta con una bandeja de plata en las manos. Le indico que pase con un movimiento de cabeza.

¡Dios, agradezco tanto que esté aquí!

—Permiso —murmura nerviosa—. Señor Mills, su bebida. ¿Desea algo más? —le pregunta con exagerados gestos de coqueteo, pero él apenas se da por enterado. Lo único que hace es observar destemplado cada uno de mis movimientos.

—Si se le ofrece algo más te lo pediré —respondo por él, totalmente irritada por la falta de discreción de Sofía.

—Claro. Con permiso —musita de mala gana y se retira.

De pronto me siento rara. No esperaba dar órdenes a nadie y mucho menos en mi primer día.

Vuelvo a mirarme los dedos cuando el silencio se cierne con más fuerza entre los dos. Debería abordar el tema de una vez y acabar pronto con esta reunión que se me ha hecho eterna.

—Bien, señor Mills —aparento seguridad—. Hablemos de lo que nos compete. Tiene nuestras propuestas frente a usted, los detalles de la campaña y el contrato. Vamos a revisar punto por punto y...

—¿Nerviosa? —Lo miro intrigada. ¿Nerviosa? Supongo que mi pánico es evidente—. ¿Dónde está la muchacha que gritaba que soy un... patán? —ríe

falsamente.

¿Qué es lo que pretende? ¿Incomodarme?

—Su presencia no es necesaria y espero no necesitarla en el transcurso de la reunión. ¿Le importaría si nos concentramos en el trabajo?

Mills levanta las cejas y me mira intrigado por un par de segundos.

—La escucho —dice al fin y se yergue para empezar a revisar los documentos.

Me toma un minuto volver a mi actitud profesional, pero lo consigo.

—Bien. En las primeras tres páginas podrá encontrar la información concerniente al estudio de mercado que hemos realizado para diseñar la campaña. Creemos que al ser una aplicación con grandes ventajas comunicacionales debe ser direccionada a todas las masas, por lo que nuestra estrategia de marketing abarca todos los medios, sin excepción.

Sus ojos me miran con extrañeza. Aparto los míos y continúo con mi explicación que se alarga una hora.

A momentos parece aprobar lo que digo o meditarlo a profundidad, otras veces le sorprendo mirándome con demasiada atención; esto me inquieta porque hace que dude de mis propias palabras y él parece notarlo porque he captado un par de medias sonrisas burlonas en su rostro, aunque no estoy segura.

Lo cierto es que, en estos sesenta minutos, apenas y ha pronunciado palabra. Ha permitido que me explaye con toda la información que pude absorber de los documentos que me entregó Flora, así que, aunque quise formarme una opinión profunda y neutral con respecto a su personalidad, lo único que he podido confirmar con certeza es que es un hombre adusto, algo huraño y, en efecto, arrogante. Eso me dice su mirada y su semblante.

—¿Cree usted que el proyecto es adecuado?

¿Que si es adecuado?

—Sin duda, señor. Me parece que está muy bien estructurado. Pero nadie como usted para decidir; tal vez tenga una visión distinta sobre él.

Mills se abandona a la reflexión.

—Estoy de acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Señorita Masterson, soy un hombre de negocios y no tengo tiempo para perder. Si le digo que estoy de acuerdo, es porque revisé a detalle cada punto y me parece una propuesta conveniente, a pesar de la vaga explicación que

usted me proporcionó.

—Yo...

—Solo espero conseguir lo que quiero. Si todo se lleva a cabo como está estipulado, me daré por satisfecho —agrega examinándome con detenimiento.

¿Eso quiere decir que lo conseguí? No lo puedo creer... ¡Firmará el contrato!

—Así será, se lo aseguro —le digo en voz baja intentando controlar el desbordante sentimiento de triunfo que invade mi interior—. Es una aplicación asombrosa y muy útil, señor. Me parece que su valor ha sido fijado bajo principios filantrópicos, tomando en cuenta el sin fin de utilidades que ofrece.

—Filantrópicos... —repite como sopesando el significado de esa palabra a profundidad. Enseguida su expresión cambia y se vuelve seria—. Debería limitarse a realizar su trabajo. Cuando requiera de sus comentarios, se los pediré; por ahora, me son innecesarios e inútiles —apunta malhumorado.

¿Qué demonios le sucede? Es tan... arrogante.

La sangre se me sube rápidamente a la cabeza.

«Respira, Victoria, respira», intento tranquilizarme en vano. ¿Por qué tengo que tolerar esto? Por supuesto que no me voy a dejar tratar así. Soy una persona y este hombre debe aprender a tratar a las personas.

—Con todo respeto, señor. Le informo que soy libre de expresar mis opiniones cuando así lo deseo.

Lo imito y le dedico una mirada congelada. Él suelta una risita simulada y entorna los ojos.

—Sabe que puedo hacer que la despidan por su altanería, ¿verdad?

¿Me está amenazando? No lo puedo creer. ¿Por qué me siento como el ratón en este juego de poder?

Por supuesto que no pienso someterme. ¡Se acabó!

—¿¡Mi altanería!? —levanto la voz—. ¡No soy yo la que tiene la idea errónea de que está por encima de todos por tener los bolsillos llenos de dinero, señor! ¡Soy una persona que merece ser tratada con respeto, porque, por si no lo sabía, a las personas se les trata así, con respeto!

Casi estoy gritando, pero no me importa. Solo quiero ponerlo en su lugar.

—¿Qué le hace pensar que alguien como usted puede hablarme de esa manera?

—¿Alguien como yo? —inquiero sintiéndome agraviada.

Me levanto y me acerco a él con el firme propósito de demostrarle que no

le tengo miedo.

—Sí, alguien como usted, que no es más que una simple empleada —añade con una arrogancia que ya me es imposible tolerar.

No lo pienso dos veces; recojo de la mesa el vaso con whisky que hasta hace unos minutos él bebía y se lo arrojó a la cara.

—¡Pues esta simple empleada le dice que se vaya a la mierda! —le grito y salgo de la sala de reuniones con paso firme en dirección al baño.

En el trayecto me encuentro con Flora y Sofía que me miran horrorizadas, seguramente porque fueron fieles testigos de todo. Las ignoro y continúo mi camino.

## CAPÍTULO 4: INVITACIÓN

Soy consciente de que, después de esto, mi carrera terminó. Tal vez le cueste el contrato a la agencia, lo que les hará perder millones de dólares. Pero si puedo decir algo en mi defensa, es que no podía seguir agachando la cabeza ante ese tipo. ¿Quién se cree? ¿La última botella de agua en el desierto? No puedo creer que haya alguien tan... detestable. ¡Un idiota niño rico! Seguramente todo lo que tiene se lo dieron sus padres. No debe saber lo que es luchar por un sueño o esforzarse para conseguir algo.

Miro mi cara en el espejo: está totalmente roja por el coraje.

«Cálmate, Victoria, cálmate», repito en mi mente mientras mis ojos se llenan de lágrimas impotentes.

¿¡Cómo pude perder el control de esa manera!? Se lo merecía, pero pude haberlo tolerado solo un poco más. Caí como una estúpida en su juego y ahora...

Flora aparece en la puerta. Me seco las lágrimas con rapidez.

Viene a echarme a patadas de GAA, eso es seguro, pero merezco explicarme.

—Victoria...

—Necesito explicarte, Flora —le interrumpo—. ¡Debes saber que ese tipo es un idiota prepotente! ¡Un imbécil que se cree dueño del mundo! Si hice lo que hice fue porque lo merecía.

—Victoria... —insiste, pero la ignoro y camino de un lado a otro sin parar. Si ya perdí la oportunidad más importante de mi vida, ¿qué más da si me desahogo?

—Y no me arrepiento —continúo—. Lo volvería a hacer. Flora sé que le ocasione una gran pérdida a la empresa, pero de verdad, ese idiota...

—¡Victoria! —exclama y yo me quedo inmóvil—. ¿Me dejas hablar? —asiento, avergonzada—. Ese idiota como lo llamas firmó el contrato —dice al fin, con los ojos centelleantes de emoción.

—¿Qué?

—¡Sí! No sé por qué hiciste lo que hiciste, pero Ethan Mills aceptó todas nuestras propuestas y finalmente firmó. ¡Lo conseguiste!

Flora se abalanza sobre mí y me abraza.

¿Firmó? No lo puedo creer. ¿Por qué lo hizo?

—Yo...

—¡Excelente trabajo! —me felicita.

Está tan contenta y yo tan perdida y confundida.

—¿Quieres decir que no tengo que irme?

—¿Bromeas? La agencia está en deuda contigo. Puedes ir a casa. Te veré mañana. —Me da un último abrazo y se va.

Me apoyo contra las encimeras de mármol que están junto al lavamanos para intentar procesar lo que acabo de escuchar.

Firmó... Pensé que después de arrojarle whisky en la cara, se iría furioso y no querría saber nada de la GAA, pero me equivoqué: lo hizo. ¿Por qué lo hizo?

\*\*\*

Toda la noche soñé con elegantes trajes oscuros y profundos ojos negros: soñé con él. ¡Qué bizarro! Jamás había soñado con un hombre y cuando por fin sucede, es con el orgullo personificado.

«*Debe de ser muy impropio que una joven sueñe con un caballero antes de saber si el caballero ha soñado con ella*»<sup>[x]</sup>, cita la vocecita que habita en mi cabeza. Sí, *Austen* sabía lo que escribía. Eso es tan cierto... Pero ¿es él un caballero? y ¿por qué habría de soñar con la persona que le arrojó licor en su esculpido y bien delineado rostro?

Repaso en mi mente el desagradable encuentro con Ethan Mills y su forma de proceder. ¿Por qué siento que no es él mismo? He tenido esa impresión desde que tropezamos. Siento que ese hombre arrogante y lleno de poder, no es él. ¿Acaso intenta alejar a la gente con esa actitud grosera y déspota? Puede ser. Recuerdo cuando lo miré; sus ojos reflejaban a momentos a un hombre diferente.

«¡Ya basta, Victoria! ¿Acaso estás otorgándole el beneficio de la duda? ¡No, no, no! Ese hombre te trató como un trapo, menos que un trapo», protesta mi orgullo. Quizá no esté del todo equivocado. Un hombre así no puede tener nada bueno; solo su inteligencia, eso no se puede negar.

¿Ahora qué sigue? Ya consiguieron el famoso contrato. ¿Qué voy a hacer hoy? ¿Lo veré de nuevo? ¡No! Espero que no, porque no podré soportar sus ofensas, eso es seguro.

«¡Ya déjalo, Victoria!», me regañó y continuó con lo mío.

Tuve que desordenar todo mi ropero para encontrar algo decente que

ponerme. Debería ir de compras y odio hacerlo, pero no tengo nada para un trabajo de oficina y es indispensable. Finalmente escojo un vestido de rayas verticales blancas y negras, los únicos zapatos de tacón que poseo y recojo mi cabello en una coleta alta. Bien, estoy lista.

—Hola, Victoria —me saluda Ruth, la recepcionista.

Al verla no puedo evitar sentirme fuera de lugar. Todas las mujeres que trabajan aquí siempre lucen increíble y son guapas; nada que ver conmigo.

—Hola, Ruth —le sonrío—. ¿Flora llegó?

—Hace unos minutos. Te espera en su oficina.

—Gracias. Que tengas un buen día —le digo y presiono el botón del ascensor que no demora en llegar.

Me pregunto si todo va bien. Bueno, tengo la seguridad de que no tendré que enfrentarme de nuevo a otro egocéntrico millonario, y eso es un alivio.

Toco con timidez la puerta de la oficina de Flora.

—Pasa, Victoria. Dime, ¿cómo estás? —Habla, pero no me mira porque está concentrada revisando varios documentos.

—Bien, eso creo —mascullo—. ¿Necesitas que te ayude en algo? Creo que te estás volviendo loca con tantos papeles.

—Ah, esto. No te preocupes, ya lo resolveré, pero me puedes ayudar con otra cosa.

—Por supuesto, dime.

—Mira... tal vez no te guste lo que te voy a pedir —me dice vacilante y sus ojos que hasta unos segundos me ignoraban por fin se centran en mí, lo que me hace saber que lo que me pedirá no será algo bueno—. El señor Mills tiene varias ideas para la campaña, así que se dará tiempo el día de hoy y mañana para reunirse contigo y hablarlas.

¡Oh, no!

—¿C-c-conmigo? —La garganta se me seca y mi pulso se acelera. Palidezco—. ¿Tengo que ser yo? Digo, tú sabes lo que sucedió ayer. No es que no quiera atenderlo, pero creo que no sería conveniente. Además, creí que de eso se encargaban los creativos, ¿no?

¿Yo? ¡No! ¡No me agrada ni un poquito volver a tratar con ese sujeto sobre todo después del estúpido sueño que tuve!

—Así es, pero resulta que el señor Mills pidió trabajar contigo —murmura sin poder ocultar su decepción. Es evidente que preferiría ser ella, y estaría encantada de cederle mi lugar.

—¿De verdad? ¿Conmigo? —inquiero en un hilo de voz. Seguro desea seguir tratándome como un trapeador sucio o algo peor.

—Es el cliente y no le podemos negar nada. Te pido que lo soportes un par de días más, después, todo habrá terminado —suplica.

—No creo que...

—Lo puedes hacer. Sabes lo importante que es esta cuenta.

¡No! Quisiera decirle que no, pero es cierto, sé lo importante que es.

¿¡Por qué a mí!?

Tengo dos salidas: la primera sería negarme y echar a la basura mi vida profesional, o podría acogerme a la segunda, armarme de valor y enfrentar de nuevo al nada humilde Ethan Mills. Si lo hago venceré mis propias inseguridades y miedos, pero es que... realmente no quiero verlo.

—Supongo que puedo hacerlo —acepto en un susurro. Un triste y resignado susurro.

—¡Perfecto! Ahora sígueme, vamos a tu oficina.

Flora se levanta y yo salgo detrás de ella.

—¿Mi oficina?

—Así es. Necesitas un lugar tranquilo para trabajar. La sala de reuniones estará ocupada y esta oficina no. —Nos detenemos frente a una puerta de cristal adornada con extrañas formas dibujadas en metal negro—. La ocuparás tú, esta semana que trabajarás con nosotros.

Flora abre la puerta y lo primero que veo es a otra mujer, de vestido elegante, que está ordenando el escritorio. Es rubia rojiza, con largas piernas. «Como todas», me recuerdo mentalmente.

—Buen día, señorita Miller. Señorita Masterson —saluda, efusiva.

¿Cómo es que me conoce?

—Ella es Tia, tu secretaria.

¿Tendré secretaria?

—Hola, Tia —sonrío con timidez.

No puedo creer que tenga una secretaria y una oficina en una de las agencias de publicidad más importantes del país. ¡Es como un sueño!

—Estaré aquí para lo que necesite —me dice ella con suficiencia.

—Bien, entonces te dejo. El señor Mills llegará en menos de dos horas. Sabes lo que tienes que hacer, Victoria. Confío en ti.

¡Maldita sea! Quisiera no haber escuchado esas palabras. Son como una correa que me ata a tolerarlo y a no hacer lo que desearía en caso de que sea

el mismo idiota de ayer, lo que es seguro porque nadie cambia de la noche a la mañana.

—Gracias, Flora. Gracias por todo. —Ella vuelve a dedicarme su enorme sonrisa de satisfacción y sale junto a Tia de la oficina.

Esto es mucho más de lo que esperaba: una oficina, una secretaria, y todo por arrojar whisky en el rostro de uno de los clientes más importantes de Greene Advertising Agency.

Le echo un vistazo a mi nuevo sitio de trabajo por una semana.

Es una oficina muy bonita, con paredes de cristal —como el resto del edificio—; el escritorio también es de cristal y está adornado por una pequeña *bromelia* plantada en una maceta de porcelana; un computador, un teléfono y un portalápiz —lleno de ellos— también forman parte del contenido del escritorio. Hay una enorme silla de piel color blanco detrás de él, y al frente, otras dos, pero más pequeñas. Al costado derecho, un sofá de tres puestos a juego con las sillas y una mesita de café de madera oscura.

Me siento en la enorme silla y cierro los ojos por un momento para disfrutar de la gratificante sensación de estar en este lugar: es maravillosa. Estar aquí hace que desee con más fuerza tener mi propia agencia, realizar campañas importantes y que todo el mundo diga que es la mejor.

Una vez que dejo de pensar en mi futuro, me concentro en el verdadero problema: Ethan Mills —entorno los ojos—. Espero que no se atreva a faltarme al respeto de nuevo porque esta vez le arrojaré café muy caliente.

Me pregunto ¿por qué insistió en trabajar conmigo? ¿Y si busca seguir torturándome? Eso sería muy infantil, aunque no sé qué más pueda esperar de él.

Enciendo el ordenador para investigar un poco más sobre el señor «todo se hace como quiero». Tecleo «Ethan Mills» en el buscador y enseguida saltan millones de resultados.

¡Uau! Al parecer sí es muy importante.

Leo el primer título: «**El creador de Sendx, gana millones de dólares con su asombrosa aplicación**». Busco en imágenes y aparecen miles de ellas. Abro una en la que está solo, sosteniendo lo que parece ser una placa o un reconocimiento, pero no puedo leer lo que dice. Se ve muy bien, a pesar de esa media sonrisa forzada que se dibuja en sus labios.

Mills, Mills, Mills, mirándote en fotos nadie pensaría que eres como eres: un ególatra pretencioso con aires de ser el dueño y señor de todo lo que le

rodea.

Me quedo observando la pantalla como una boba, admirando todas y cada una de sus fotografías hasta que me percató de que Tia entra a la oficina.

—Señorita Masterson —me dice.

Doy un respingo y cierro todas las pestañas abiertas en el navegador. De pronto me siento como si me hubiese sorprendido cometiendo un crimen. ¡Cielos! El tiempo se me pasó en un abrir y cerrar de ojos.

—Solo Victoria, por favor.

—Victoria —se corrige—. Disculpa que te interrumpa, pero me acaban de informar de recepción que el señor Mills está subiendo.

—¿Llegó? —pregunto sin poder ocultar mis nervios—. Bien, ¿lo haces pasar, por favor?

—Como digas. —Tia sonrío y se va.

«Cálmate, Masterson, actúa con naturalidad. No pasa nada. No debes disculparte si él no lo hace. Recuerda: solo te defendiste», recito en mi mente infundiéndome valor. Como si eso le importara.

Un minuto después lo veo salir del ascensor. Aparto rápidamente la mirada y finjo revisar papeles sin prestarle atención, pero la verdad es que no puedo estar más pendiente de cada paso que lo acerca a mí.

—Por aquí, señor Mills. —Tia abre la puerta y lo hace pasar. Me pongo de pie.

Nuestros ojos vuelven a encontrarse y mi cuerpo se tensa bajo su penetrante mirada. Tia sale y cierra la puerta.

—Bienvenido, señor —carraspeo—. Tome asiento, por favor.

Pienso en extenderle la mano, pero el temor a que la rechace de nuevo es más fuerte, así que solo le señalo la silla.

Hace lo que le digo, de nuevo sin decir ni una sola palabra.

Con una elegancia impresionante se desabrocha el único botón del saco que complementa su impecable traje gris, se sienta y cruza las piernas.

—Es un placer volver a verla, señorita Masterson —murmura con total serenidad.

¿Un placer? Arrugo la frente, confundida por sus palabras.

—Flora me comentó que tiene varias ideas para la campaña —evado su mirada. Ese cambio de actitud me pone mucho más nerviosa y, realmente, no sé si sea beneficioso que lo note—. Quiero decirle que estamos abiertos a todos los cambios que usted desee realizar.

Lo miro de reojo un instante. Sus manos reposan con gracia en los brazos de la silla. Verlo con tanta tranquilidad me resulta extraño y peligroso, es algo así como la calma que antecede a la tormenta.

—Pequeñeces —admite con indiferencia.

Intento encontrar en su voz algo que me haga saber lo que piensa o por lo menos algo que me diga de qué humor se encuentra, pero no hay nada. Sigue siendo fría.

—¿Por qué quiso tratar conmigo?

¡No! La pregunta se me escapa antes de que la pudiera detener.

Me vuelvo valiente y lo miro a los ojos. Él arruga la frente como si analizara mi pregunta. ¡Maldición, tú y tu enorme boca!

—No lo sé.

¿¡Qué!? ¿Que no lo sabe? ¿¡Y eso qué demonios significa!?

Levanto las cejas, sorprendida. De hecho, por su expresión, diría que él mismo está sorprendido por lo que dijo. Carraspea.

—Bien —me limito a responder mientras juego nerviosa con mis manos.

Estoy perdida. ¿Qué debo hacer? De nuevo esa extraña energía electrizante se cierne en la oficina. Si no hago algo pronto saldré corriendo, lo sé.

—¿Desea algo de tomar?

Ethan esboza media sonrisa, olvidando por completo el malestar reflejado hace un momento.

—Imagino que es algo temprano para tomar whisky y, realmente, no sé si me convenga pedírselo —murmura divertido. De pronto siento un ardor insoportable en las mejillas. Obvio lo dice por el incidente de ayer. Bajo la mirada—. Café, cargado, sin azúcar —añade finalmente.

—Claro. —Tomo con torpeza el teléfono y llamo a Tia. Responde enseguida.

—Dime, Victoria.

—¿Podrías traer un café cargado, sin azúcar y un vaso con agua? Por favor.

—Enseguida.

—Gracias, Tia. —Cuelgo.

Estúpidos nervios, aparecen cuando no los necesito. Maldita sea, ¿¡por qué no me quita los ojos de encima!?! Y ¿¡por qué no puedo sostenerle la mirada? Quisiera salir corriendo y refugiarme en la seguridad de mi habitación, pero no puedo hacerlo. ¡Por qué no puedo hacerlo!

—¿Cómo está? —pregunta y ese repentino interés me deja fuera de base.

—¿Cómo estoy? —Mills arquea ambas cejas al escucharme. Sí, seguro piensa que soy una idiota. ¡Solo responde, con un demonio! —. Bien.

—¿Bien?

¿Qué quiere que le diga? Tal vez quiere que me ponga a dar brincos para vea que estoy super bien. Debes ser más convincente, Masterson. Tal vez lo pregunta por tu aspecto desaliñado y fantasmagórico. No debe haber visto nunca a nadie así.

—Más que bien. De hecho, me siento estupendamente. —«Querrás decir estúpidamente nerviosa», refunfuño en mi mente—. ¿Y usted? —Mills vuelve a arrugar el entrecejo.

—Supongo que bien —musita después de segundos eternos.

Su respuesta no ha sido diferente a la mía. Quizá también pueda dejarlo fuera de base si le pregunto ¿supone?, pero no, eso me haría parecer interesada en él y no es así.

—Me alegro.

Le miro extrañada. No parece el mismo hombre de ayer, es como si estuviese frente a otra persona. Ahora podría decir que me produce ¿ternura?

Mi alma regresa al cuerpo cuando veo a Tia aparecer en la oficina con lo que le pedí.

—El café es para el señor Mills —consigo decirle, y al verla agradezco por no ser la única nerviosa por su presencia; ella está peor que yo.

Le entrega el café con una ridícula sonrisa que él ignora, solo lo recibe, sin decir gracias, después, Tia me entrega el vaso con agua.

Gracias a Dios... Tengo la garganta seca.

—Gracias, Tia —le digo con cierto énfasis en la palabra «gracias». Ethan esboza otra pequeña sonrisa. Supongo que captó el mensaje.

—De nada, Victoria.

Tia sale casi a tropezones de la oficina y yo la sigo con la mirada hasta que veo que se sienta segura en su escritorio. Desearía ser ella y poder escapar de esos ojos que tanto me perturban.

—¿Vive en Athens?

Ethan toma la taza de café y la bebe con tranquilidad. Su pregunta vuelve a sorprenderme. ¿Y a él qué le importa en dónde vivo?

—Sí.

—¿Desde hace cuánto?

¿Acaso vino a investigarme?

Sus ojos no se apartan de mí. Yo solo lo miro de vez en cuando; me pone muy nerviosa.

—Toda mi vida.

—¿Sola?

Pero ¿qué...? Bien, se acabó el interrogatorio. No estoy aquí para satisfacer su curiosidad.

—Mi vida no es importante en este momento, señor Mills. Creo que su tiempo es demasiado valioso como para perderlo en mis cosas. ¿Trabajamos?

—No considero que conocer algo sobre usted sea una pérdida de tiempo. —¿Qué? Ahora sí que estoy perdida. ¿Por qué le interesa saber de mí? —. Pero haremos las cosas como usted diga —añade.

Siento un alivio evidente. Hablar de trabajo me hace sentir segura y mucho más confiada. Necesito eso. Lo necesito con desesperación.

—Hablemos de sus ideas, señor Mills.

Ethan asiente y empieza a departir sus opiniones.

Le observo con detenimiento mientras me explica todo sobre el funcionamiento de la aplicación. Sus ojos se iluminan al hacerlo; obvio, está en su elemento, como un pez en el agua.

Mills habla de una manera muy especial y desenvuelta, que no deja espacio para la vacilación y la duda. Es como si lo conociera todo, sobre todo. Escucharlo resulta refrescante. Su voz es modulada, clara y grave; enérgica, por así decirlo, lo que me hace saber que es un hombre de decisiones firmes; por su exposición: sumamente inteligente, además de profesional, lo que ha contribuido en gran medida a mantenerme serena, por lo menos durante estos cuarenta minutos que hemos permanecido encerrados en esta oficina.

Por supuesto que los nervios siguen latentes, pero supongo que es natural; él es muy apuesto. Solo hay que ver cómo reaccionan todas las mujeres al verlo; lastimosamente, yo no soy la excepción, pero imagino que, en mi caso, se debe a su radical cambio de actitud, que es muy desconcertante.

«De haber sabido que con alcohol en el rostro se volvería más amable, se lo habría arrojado apenas llegó ayer», pienso con diversión.

Cada una de sus palabras resuena en mi interior como un eco dulce y permanente mientras él expone los cambios que para mi sorpresa no son demasiados. Si continuamos a este ritmo, la reunión de mañana no será

necesaria.

Extrañamente, la idea me deja una sensación agrídulce.

—Creo que, a este ritmo, la reunión de mañana no será necesaria —le digo con una sonrisa, pero el frunce el ceño.

—Supongo, pero aún hay cosas que quisiera... —enmudece por unos segundos y parece pensar seriamente en algo—. Continuaremos mañana —añade y suena a orden.

¡Genial! Vuelve a ser el frío y autoritario magnate que, para mi pesar, aún tiene mi futuro en sus manos.

—Como diga —musito sumisa.

No me desagrada del todo la idea de volver a verlo, sobre todo si mantiene su amable comportamiento. ¿Pero qué estoy pensando!? Aparto de un manotazo mis descarriados pensamientos.

—Podríamos reunirnos en otro lugar —murmura con inquietud. ¿En otro lugar? —. La invito a comer.

—¿C-c-comer? ¿J-j-juntos? —tartamudeo.

—Si le parece bien, por supuesto —aclara al ver el terror y el asombro reflejados en mi rostro.

Nadie me había invitado a comer, solo mi madre, y Mila. ¿Y ahora él? ¿Por qué él?

—Está bien —balbuceo.

Mills se yergue triunfante mientras yo cuestiono mi respuesta.

Él sonrío complacido, pero esta es una sonrisa diferente a las que había visto antes. Me atrevería a decir que es... más sincera.

—Perfecto. —Se pone de pie. Hago lo mismo.

—Sí —es lo único que puedo decir porque mi mente sigue en shock intentando comprenderlo.

—La veré mañana, señorita Masterson.

Vuelve a abrocharse el saco y extiende su mano para despedirse.

Lo miro boquiabierto. ¿De verdad quiere estrechar mi mano?

Dudo un momento antes de darle la mía y cuando lo hago, siento de nuevo esa extraña corriente que me deja sin respiración. La recojo rápidamente; él sonrío de nuevo y se va.

Lo sigo con la mirada hasta que entra al ascensor y las puertas de este se cierran.

¿Qué demonios fue eso?

Me dejo caer en la silla para intentar recuperar el aliento y analizar cómo es que terminé aceptando almorzar con él.

¿Por qué me lo pidió? ¿Por qué su súbita amabilidad?

Hay miles de preguntas sin respuesta en el aire y lamentablemente no soy yo quien puede despejarlas.

## CAPÍTULO 5: SENTIMIENTOS OCULTOS

Revuelvo toda la ropa que compré, buscando algo que ponerme. No son prendas que vayan conmigo, pero la vendedora insistió en que eso era lo que necesitaba, así que la mitad de mis ahorros desapareció en vestidos elegantes, zapatos de tacón, faldas, blusas y chaquetas.

Mientras seco mi cabello vuelve a mi mente el nombre de Ethan Mills —lo que ya no es una novedad—. No está aquí, pero aún me parece ver su mirada penetrante, oscura e impasible. Aún me es posible apreciar esa sonrisa sincera y real que me regaló al despedirnos. Fue... lindo. Eso creo.

Espero que mi atuendo me haga parecer un poco más segura y confiada porque lo necesitaré con desesperación. ¡Como si eso fuera posible! Tal vez el primer paso para conseguirlo sea explicarme a mí misma por qué me desarmo completamente cuando estoy frente a él. Sé que firmó el contrato, pero también sé que nada está seguro hasta que la campaña arranque. Imagino que es la presión la que hace que no pueda serenarme a su lado.

Me miro en el espejo por última vez antes de salir a tomar el autobús. Estoy más pálida de lo habitual. Podría darme un poco de color con maquillaje, pero nunca me gustó usarlo; a lo máximo que he llegado es a un poco de brillo labial y eso ya me parece demasiado. Seguro que mi cabello excesivamente negro es el que le da a mi apariencia un toque mucho más fantasmagórico.

Bien, este será el recuerdo que se llevará Ethan Mills de mí, ya que hoy será el último día que lo veré. Ahora que lo pienso, no sé dónde vive; él sí me lo preguntó, pero estaba tan nerviosa que olvidé preguntarle lo mismo. Me parece haber leído que nació en Londres o en algún lugar de Reino Unido.

¿Quién eres Mills? La forma en la que nos conocimos no fue nada convencional y estaba convencida de que no te volvería a ver. Sin embargo, el destino quiso que te encuentre de nuevo, en el lugar que menos esperé.

Después de saludar a Ruth, Flora, Tía y a un par de ejecutivos más, voy con paso firme a mi oficina para revisar uno de los proyectos que me encargó Flora. Al parecer confía mucho en mí, aunque no sé por qué. Será mejor que me ponga en eso.

Un par de horas más tarde, termino de analizar la campaña completa. Le

doy un vistazo al reloj de pared que tengo frente a mi escritorio y guardo todos los documentos en perfecto orden, de nuevo en su carpeta.

Es una idea muy bien planteada; de hecho, diría que es sumamente buena, lo que me confirma que Flora es brillante en su campo.

Voy a la oficina de mi jefa para entregarle su diseño.

—Es una propuesta genial.

Más que genial. Es evidente que ama su trabajo y estoy segura de que podré aprender mucho de ella.

—¿Lo crees? —pregunta nerviosa.

—Estoy segura. Será un éxito, Flora.

—Gracias, Victoria —dice y suelta una bocanada de aire, aliviada—. Eso espero. Ahora cuéntame, ¿cómo te fue ayer?

—¿Con el s-s-señor M-Mills? —tartamudeo. ¡Maldición!

—Sí —murmura ella, arqueando una ceja.

—Supongo que bien —contesto mientras recuerdo que aquellas fueron las mismas palabras de Mills cuando le pregunté cómo estaba.

—¿Supones? —Flora suelta una pequeña risita haciendo que me sienta estúpida con mi respuesta.

—Bueno, fue amable... Nada que ver con su actitud anterior. Él fue muy profesional. —La mirada de Flora se vuelve inquisitiva. Será mejor que la distraiga antes de que continúe con el interrogatorio. Gracias a Mila, sé cómo lidiar con una conversación incómoda—. Te dejé un informe ayer, antes de irme.

—Lo revisé —masculla y vuelve a sus papeles—. Sus propuestas son interesantes. Gracias por atenderlo, Victoria. Me alegro de que pudieras resolverlo todo en un día.

¿Un día? ¡Claro! No sabe nada de la dichosa comida con Mills. ¿Qué pensaría si supiera de la invitación? Tal vez sea mejor no contarle para que no se preste a malentendidos, aunque si no lo hago y después se llagara a saber, no creo que lo tome muy bien, después de todo, se trata de la agencia.

Es un hecho, no hay lugar para secretos.

—Eso no es todo —aclaro, mirándome las manos—. Él vendrá hoy.

Listo, lo dije.

—Ah, ¿sí?

Mi evidente timidez capta de nuevo su atención. ¿Cómo le explico?

—Comeremos... juntos —le digo y vuelvo a preguntarme por qué acepté.

Flora me mira boquiabierto, con los ojos fuera de órbita.

—¿Te pidió que comieras con él!?

Entorno los ojos totalmente irritada.

Supongo que su reacción se debe a que no puede creer que alguien como Ethan Mills desee comer con alguien como yo, y está bien que no sea tan guapa como ella o como la mayoría de las mujeres que trabajan aquí, pero su incredulidad, de alguna manera, me ofende. Yo podría salir con alguien como él en plan personal, aunque este no sea el caso, o ¿no?

Asiento.

—Victoria. ¡Uau! ¿Qué le hiciste?

—¿A qué te refieres?

—A que he escuchado que es un tipo bastante arrogante, como me dijiste tú misma, y que se limita a tener un trato frío y distante en los negocios. Jamás escuché que invitara a alguien a comer.

—¿Sí? Bueno, es una comida de negocios.

¡Dios, es solo una estúpida comida de negocios! Ella no puede saber si hace ese tipo de cosas o no.

—Si tú lo dices. —Flora ladea la cabeza y regresa a lo suyo—. Me cuentas más tarde cómo te fue en tu «comida de negocios» —murmura imitando comillas con sus dedos antes de contestar su teléfono que lleva sonando un largo rato.

Me despido con la mano y salgo.

Creo que su reacción fue excesivamente exagerada. Mills es un hombre muy profesional y si se le ocurrió invitarme, debió ser porque eso es lo que hace cuando no tiene otra cosa mejor en su apretada agenda, o sea, cuando le sobra tiempo. Aunque, si lo pienso mejor, su invitación si tiene algo de extraño. ¿Por qué lo hizo?

Y si...

Tal vez...

¡Pero en qué estoy pensando! No, claro que no. No podría haberse fijado en mí. Obvio no.

Entro a la oficina, absorta en mis pensamientos, y voy a sentarme en la enorme silla, detrás de mi escritorio.

Dejo escapar el aire que contenía en la boca desde que estaba en la oficina de Flora y cierro los ojos por unos segundos para relajarme y descartar las ideas locas que empiezan a formarse en mi cabeza.

Ethan Mills interesado en mí. ¡Eso sí que es una locura!

Suelto una pequeña risita nerviosa antes de volver a abrir los ojos para continuar con mi trabajo.

Lo que veo me paraliza.

¿¡Qué demonios!?

Ethan se encuentra cómodamente sentado en el sofá de tres puestos, mirándome.

¿Cómo...? ¿Desde hace cuánto...?

Empiezo a temblar, como de costumbre, y me levanto de un brinco al darme cuenta de que es real y no un juego de mi imaginación.

—¡S-s-señor Mills! —tartamudeo.

Genial, Victoria. ¿Es lo único que se te ocurre? Él sonríe divertido.

—Espero que no le moleste que haya decidido esperarla en su oficina — musita poniéndose de pie para plantarse frente a mí. Me quedo inmóvil, incapaz de apartar mis ojos de los suyos—. Quise venir antes para tener tiempo de salir a comer con usted.

—¿De verdad? ¿Salir? Quiero decir... ¿Salir a comer? —inquiero con voz chillona. ¡Rayos!

—Sí —sonríe—. Será un respiro después de permanecer encerrados entre estas cuatro paredes. —Ni siquiera puedo concentrarme en lo que dice. Ahora que lo tengo tan cerca, puedo admirar mucho mejor su rostro. Cielos... ¡Es realmente guapo!, demasiado para ser de este planeta—. ¿Acepta?

El corazón se me sube a la garganta y mis piernas se vuelven dos tiras de papel al viento. Dejo de respirar.

—Por supuesto. Quiero decir... claro. Yo... Sí.

¡Maldición!

—Excelente. ¿Empezamos?

Mills regresa a sentarse, esta vez en una de las sillas para visitantes. Yo solo asiento.

Intento calmarme, mantenerme serena y concentrarme en cada una de las palabras que salen de su boca, pero es imposible. ¿Por qué quiere que salgamos? Sé que ahora ya no se trata de trabajo; no podría porque hemos finiquitado todo en este punto. Seguramente desea cerciorarse de que la campaña sea un éxito, pero si es así, no es a mí a quién debe invitar a comer.

Después de reunirnos brevemente con Flora y que él diera luz verde para

que la agencia empiece a trabajar, nos dirigimos a su lujoso e intimidante auto: un A... A8 color negro, brillante y reluciente; como él. Ambos nos sentamos en la parte posterior del vehículo mientras que el mismo hombre que le acompañaba el otro día, cuando chocamos, conduce. Ni siquiera nos presentó. Bueno, no es que tuviera que hacerlo, pero una persona con modales lo habría hecho.

No tengo ni la más remota idea de a dónde vamos.

¡Qué estupidez! Estoy con un completo extraño, en su auto y ni siquiera sé a dónde me lleva. ¡Debo de haber perdido el juicio!

Me limito a mirar por la ventanilla, recordando los exagerados gestos de amabilidad y coqueteo de mi jefa hacia Ethan; él, en cambio, fue muy cortante y hasta grosero con ella, de hecho, es cortante y grosero con todos, la mayoría del tiempo.

—Llegamos —declara con media sonrisa tensa.

El hombre que conducía se apresura a bajar para abrirme la puerta del lujoso auto.

—Gracias —murmuro con timidez.

Debe tener alrededor de cuarenta años. Su piel es similar a la mía; claro, no tan pálida. Es alto, rubio y muy fornido, como un soldado del ejército, aunque no lleva uniforme verde, ni enormes botas negras; va de traje y corbata. Me hace una reverencia en respuesta.

—Espero que la comida italiana sea de su agrado.

Ethan, con un movimiento de cabeza, señala el edificio que se alza frente a nosotros.

—¿italiana? —Leo el brillante y sobrio letrero que lleva el nombre del restaurante, colgado fuera de la estructura de ladrillo.

Nunca he tenido oportunidad de probar la comida italiana, ni la francesa, ni la tailandesa; en realidad, no creo haber probado nunca algún platillo internacional.

—Permítame —me dice Ethan antes de tomarme de la mano.

Lo miro sorprendida, pero él ignora mi reacción y esboza media sonrisa.

¿Qué cree que hace?

Inspiro profundamente intentando controlar la ansiedad que me produce su contacto mientras que mi corazón vuelve a latir como si hubiera corrido la maratón. Una vez que estamos del otro lado de la calle, me suelta. Vuelvo a respirar con normalidad.

Cruzamos la puerta de cristal de la entrada y enseguida se acerca un joven más o menos de mi edad con actitud solícita.

—Bienvenido, señor Mills —le dice. Él no responde—. Señorita —me saluda haciendo una reverencia y yo le devuelvo el gesto. Esto es raro. ¿Dos reverencias en un solo día? —. Por aquí, por favor —nos señala el camino. Ethan me indica que pase primero, así que él me sigue—. Esta es su mesa —informa el joven mientras retira una de las sillas para ayudarme a sentar.

—Gracias.

¿Acaso soy la única que tendrá que agradecer? Alguien tendría que enseñarle modales al señor Mills.

—¿Desean algo de tomar?

—*Brunello di Montalcino* —responde Ethan.

¿Eso será algún tipo de licor?

—Enseguida.

El joven de ojos marrones desaparece al instante, me atrevería a decir que huye. No lo juzgo, Mills, con esa actitud, forzaría a huir hasta al ser humano más valiente. ¿Acaso soy ese ser? No, para nada. Aunque me sorprende seguir junto a él.

—Nunca he probado la comida italiana —contesto a la pregunta que me hizo al bajar del auto mientras le doy un vistazo a la tarjeta del menú. La mayoría de los platillos tienen nombres extraños escritos en italiano. Obvio, es un restaurante italiano, y aunque lo entiendo, no estoy de humor para lidiar con él.

—Si desea puedo ordenar por usted —asiento. Lo que menos puedo hacer en este momento es pensar en comida—. Bien.

El camarero vuelve enseguida con la botella y dos suntuosas copas de cristal que llena frente a nosotros. En efecto, parece ser alguna especie de vino o algo parecido. No soy amiga de la bebida, pero en este instante quisiera tomar una botella completa del licor más fuerte que tengan en este lugar. Me caería muy bien.

—*Risotto alla milenese*, para ambos.

—Enseguida.

—Gracias —añado y le dedico una sonrisa al camarero antes de que se vaya.

Ethan entorna los ojos y yo le doy el primer sorbo al vino: está delicioso. Quizá esto logre relajarme.

—Le agradezco la invitación. Aunque no sé por qué lo ha hecho.  
Vuelvo a beber.

—¿Lo agradece todo? —pregunta con evidente incomodidad, como si hacerlo fuera algo desagradable.

—Sí, es lo que la mayoría de gente hace cuando recibe un buen trato. Usted no, ¿verdad?

—¿Le parece que tengo que hacerlo? Pago para que me atiendan bien. Estas personas no hacen más que su trabajo —replica sin un gramo de humildad.

¡Qué irritante! Mills, no eres el dueño del mundo o de las personas.

No hay duda de que continúa mirando a la gente desde arriba, lo que hace aún más extraña su invitación. Ahora más que nunca necesito saber por qué estoy aquí.

—¿Por qué me invitó?

Parece que mi pregunta le toma por sorpresa. Aparta su mirada de la mía y recarga la espalda en el soporte de la silla mientras sus dedos bailan sobre la mesa.

—Pensé que debía compensarla —dice finalmente—, por la forma en que la traté el otro día.

¿Compensarme?

Sus palabras provocan un pequeño brote de decepción que se acrecienta en mi interior. Quería compensarme... Obvio. ¿Qué más va a querer contigo, Victoria?

—Esto no era necesario, señor. Con un simple «lo siento» habría bastado —musito con el orgullo herido. ¡Qué idiota! ¿Cómo pude pensar que...? —. Además, no creo que lo suyo sea pedir disculpas —añado y bebo todo el vino que queda en mi copa.

—Me sentí comprometido a...

—No se sienta comprometido a nada, señor Mills —le interrumpo.

Sé que no debería sentir la humillación que siento, pero es que yo pensé... Maldita sea, ¡qué pensé!

El vino se me sube rápidamente a la cabeza y pronto me vuelvo víctima de él y de mis deseos irrefrenables por escapar y esconder la cara bajo mis almohadas o en cualquier otro lugar, lejos de él.

—Lo que sucedió, lo olvidé. Si me lo hubiera preguntado antes seguramente se habría ahorrado el dinero que inútilmente tendrá que pagar por

una comida que disfrutará solo. —Mis palabras salen disparadas ante su mirada perpleja. Es que me siento tan avergonzada, tan tonta—. Si me disculpa.

Me pongo de pie y salgo con paso firme hasta la calle.

¡Genial! Está lloviendo, lo que no es raro en esta época del año, pero no importa.

Camino sin dirección y escucho a Ethan gritar mi nombre detrás de mí. No me detengo, pero él me alcanza y me toma del brazo con fuerza, haciéndome girar hasta que prácticamente quedo entre sus brazos.

—Victoria yo... —me dice en un susurro y deja la frase sin terminar.

Y aquí estamos ambos, bajo la lluvia. Miro sus ojos perdidos y siento unas terribles ganas de llorar. Frente a él me vuelvo vulnerable, mis emociones parecen magnificarse.

—Discúlpeme si dije algo que la ofendió —masculla, consternado.

¿De verdad se está disculpando?

—Usted no... —mi voz se quiebra—. Debo volver a la oficina.

—No puede hacerlo en ese estado. Está empapada. La llevaré a su casa.

—No hace falta, señor Mills. Conozco perfectamente el camino de regreso.

—Señorita Masterson...

—Agradezco su preocupación —le interrumpo—, pero debo irme. —Ethan frunce el ceño tras dedicarme una fugaz mirada llena de exasperación—. ¿Tiene algo que decir, señor Mills? —le pregunto cuando me percató de que sus labios se abren levemente.

No responde, se limita a mirarme confuso, como si librara una feroz batalla en su interior. Me suelto con fuerza de sus manos.

—Gracias por todo. Adiós, señor.

Me vuelvo y continúo mi camino con lágrimas corriendo por mi rostro; lágrimas que ya no pude contener.

¡No puedo creer que me afecte tanto! Ni siquiera logro entender por qué reaccioné así, ni por qué estoy llorando.

¿Qué es lo que esperaba? ¿Que su invitación se debiera a algún tipo de interés personal en mí? Eso sería imposible. ¡Más que imposible!

Me quedo bajo el agua pensando en los deseos que tenía, que ignoraba y que ahora estaban en la cloaca.

El único consuelo que tengo es que no lo veré más. Me quedan dos días en

la agencia y en cuanto a la campaña... Ya no tengo nada que ver con eso. No quiero tener nada que ver con Ethan Mills. Nunca.

## CAPÍTULO 6: VISITA INOPORTUNA

Mi estado de ánimo muchas veces me sorprende. Me sorprende darme cuenta de que no tengo el control de mis propios sentimientos y decisiones. Soy como una rueda de la fortuna que gira y se detiene constantemente en diferentes e impredecibles estaciones. Hasta hace unas horas estaba decidida a no pensar más en el hombre que, sin querer, había herido mi orgullo, pero aquí estoy, de nuevo en mi oficina, en GAA, deseando con todo mi corazón volver a verlo.

¡Soy tan patética!

Toda la mañana mientras organizaba las diferentes campañas que ha realizado la agencia en lo que va del año, no he dejado de mirar por largos periodos de tiempo aquel sofá de piel desde el que Ethan me miraba la última vez, o esperaba que en cualquier momento se abriera la puerta y me sorprendiera su rostro con esa sonrisa tan sincera que me impresionó descubrir. Lamentablemente mis deseos se han visto frustrados, no se han cumplido, y creo que es momento de aceptar lo que en el fondo siempre tuve presente: Ethan ya no tiene ningún motivo para volver, y mucho menos con la intención de verme. Esa es la realidad y no me puede resultar más amarga.

Archivo la última factura del mes y le doy otro vistazo el reloj: casi es hora de marcharme.

Miro las gotas de lluvia resbalar vacilantes por el cristal de la ventana para morir en el pequeño borde de concreto que las limita. Afuera todo se ve gris, borroso... Por un momento me parece que el invierno se adelantó unos cuantos meses.

Debo decir que, a pesar de todo, me sentí halagada con la gratitud que me mostró Flora esta mañana. Al parecer estaba impresionada con mi desempeño.

«Es bueno que alguien sea feliz», pienso y dejo escapar un profundo suspiro.

Guardo mis cosas en mi pequeña bolsa de cuero negro y me pongo de pie, lista para marcharme, cuando me percato de que la puerta se abre y una cabellera rubia y un par de ojos azules muy profundos me sorprenden detrás de ella.

—¿Victoria Masterson? —indaga el desconocido con mucho interés cuando se ve dentro de mi espacio de trabajo.

El extraño es de tez cetrina, viste con elegancia un traje sastre azul que resalta el color de sus ojos. Su rostro es armonioso y su cabello —un poco largo— brilla y se menea de un lado a otro conforme se aproxima al escritorio.

—La tiene frente a usted —respondo—. ¿Puedo ayudarle?

—Julian Greene, hijo del propietario de GAA. ¡No sabes cuánto me complace conocerte al fin! He venido siguiendo tu trabajo muy de cerca ¡Me tienes gratamente impresionado!

Le observo desconcertada.

¿Julian Greene? No sabía que el dueño de la empresa tuviera un hijo, ni que este estuviera en la ciudad y mucho menos que vigilara mi trabajo. Flora no mencionó nada al respecto.

—Mucho gusto, señor Greene —le digo titubeante y le extiendo la mano, pero Julian, en lugar de estrecharla, la besa. La aparto inmediatamente.

—En efecto, es un verdadero gusto poder conocernos al fin... ¡Pero vamos, déjate de formalismos! He venido a invitarte personalmente a la fiesta de aniversario de mi compañía. ¡Siéntate! Sé que ibas de salida, pero no te quitaré mucho tiempo. Te llevaré a tu casa —añade con familiaridad.

¿Cómo que va a llevarme a casa? Ni siquiera me lo preguntó.

Lo miro perpleja, sin poder ocultar mi incomodidad, y enseguida me doy cuenta de que Julian emana cierto aire de superioridad que me resulta en extremo irritante, y esa confianza con la que se dirige a mí, me molesta. ¿Acaso las formas y modales de las personas con dinero son distintas a las de la gente común?

Hago lo que me pide para no parecer grosera.

—Se lo agradezco, señor, pero no hace falta. Yo... tengo que cumplir con otras obligaciones antes de ir a casa.

—Eso no es problema. Como verás tengo todo el tiempo del mundo. ¡Ventajas de ser el jefe! Ahora, como tal, debo decir que has rendido estupendamente y eso me agrada. Las personas competentes somos escasas. Ya sabes, he tenido que despedir a más de un empleadillo por su incompetencia. En los negocios no puedes darte el lujo de ser débil, ni dejarte llevar por súplicas y perdones, sobre todo, si vienen de ese tipo de gente. En fin, a lo que vine. Estoy muy seguro de que podré contar con tu encantadora presencia en la fiesta.

Greene coloca su mano sobre la mía y la sostiene con firmeza, lo que me

impide apartarme.

¿¡Quién demonios se cree este tipo!?

Su contacto me resulta insoportable, y lo que es peor, me hace sentir desgraciada, porque deseo con todo mi corazón que este roce tan brusco se transforme de pronto en aquel sentimiento inmenso y distinto que sentí hace tan pocas horas, cuando Ethan tomó mi mano para cruzar la calle y entrar al restaurante.

El leve sonido de la puerta abriéndose hace que abandone momentáneamente mi lucha por escapar de las garras de Julian para levantar la vista y averiguar quién es el nuevo visitante.

Enseguida, el rostro que tanto había ansiado ver, la hermosa figura que extrañaba con desesperación; la única mirada que ha sido capaz de paralizarme cruza el umbral, deteniéndose en seco un par de pasos delante de Greene.

¿Ethan? «¡Está aquí!», celebra mi corazón, emocionado.

Me toma unos segundos darme cuenta de la escena que Ethan estaba presenciando; su rostro turbado me lo advierte: Julian aún sostiene mi mano.

«¡No!», grito mentalmente y la recojo de inmediato para, de un brinco, ponerme de pie.

Intento articular alguna palabra, pero es inútil: la sorpresa, el disgusto y el nerviosismo me dejan sin habla.

—¿Ethan, hermano! ¡Qué sorpresa! —Greene se aproxima con la mano extendida hasta donde Ethan le observa impávido.

—Julian —responde él con frialdad—. No imaginé encontrarte aquí.

—El señor Greene... —balbuceo.

—Victoria y yo somos muy buenos amigos, precisamente estábamos por salir a su casa.

¿¡Qué!? ¿¡Amigos!?

De pronto siento que la sangre de todo el cuerpo sube de a poco a mi cabeza. ¿Cómo puede mentir de esa manera? No existe tal amistad y lo que más me enferma es el modo en que lo dijo. Cualquiera que pudiera escucharle pensaría que no habla de un encuentro sincero entre amigos, sino de algo mucho más íntimo.

—¿Necesitas tratar algún tema con ella? —le pregunta a Ethan.

En medio del ataque interno de vulnerabilidad, que me arrastra al borde de las lágrimas, del cual soy víctima, surge en mi interior una profunda necesidad

de explicarle a Ethan la verdad.

«Por favor, di que deseas hablar conmigo, dilo», le suplico con la mirada. Él me observa reflexivo y por un momento me parece apreciar algo similar a la decepción en sus ojos.

Mis labios empiezan a temblar.

—No quisiera interrumpir. Arreglaré todo con la señorita Miller. Disculpen —dice con voz áspera y sale de la oficina.

¡No, Ethan!

—¡Espera! Te acompaño.

Greene me hace un breve movimiento con la mano a manera de despedida y sale corriendo detrás de Ethan.

Me dejo caer en la silla para que las lágrimas que hasta el momento había contenido, escapen de mis ojos: me saben amargas e inútiles.

Ethan... Seguramente piensa lo peor de mí.

No puedo evitar sentirme ultrajada. Greene no tenía ningún derecho de asegurar algo a lo que ya me había negado. ¡Maldita sea! No conseguí decir nada para defenderme, para explicarle...

Pero... Tal vez... si consigo alcanzarlo... Si voy a la oficina de Flora con el pretexto de entregarle las facturas, lo veré y entonces podré aclarar la situación. ¡Sí! Es lo que debo hacer.

Corro al baño y me miro en el espejo para asegurarme de no llevar los ojos llorosos o hinchados y una vez que compruebo que no es así, salgo, tomo los documentos y me encamino a la oficina de mi jefa.

Toco la puerta con algo de recelo, manteniendo la esperanza de encontrarlo ahí, y después de escuchar el consentimiento de Flora para pasar, giro el pestillo y lo primero que hago es buscar con la mirada a Ethan: no está.

¿Su visita fue tan rápida?

—¿Qué necesitas? —pregunta Flora. Como de costumbre no me mira, lo que agradezco; estoy segura de que mi desilusión es evidente.

—Las facturas están en orden. Te las traje.

—No debiste molestarte. Sofía se encargaría de archivarlas.

—Se las entregaré entonces. —Doy media vuelta para salir.

¿Y si le pregunto? Tendría que ser muy astuta para sacar el tema sin que note mi interés y, lamentablemente, la astucia no es una de mis virtudes.

Bien, no importa. Si no se lo pregunto, no podré estar tranquila.

¡Hazlo de una bendita vez, Masterson!

—Me alegra mucho no haber interrumpido tu reunión con el señor Mills.  
—Flora levanta la vista y me mira intrigada, después menea la cabeza en negación.

—El señor Mills no ha venido por aquí. ¿Estuvo en la agencia?

—Sí, creí que vendría a hablar contigo.

—No teníamos ninguna reunión programada y por aquí no ha pasado. Tal vez tuvo que marcharse, ya sabes cómo es. De todos modos, si se trata de algo importante vendrá de nuevo, estoy segura.

—Claro. Le entregaré esto a Sofía y me iré a casa. Hasta mañana.

Salgo de su oficina con un sentimiento extraño oprimiéndome el pecho. No la vio. Eso solo podría significar una cosa: vino única y exclusivamente a verme.

¡Dios, vino a verme! Quizá tenía algo importante que decir; tal vez lo que no dijo ayer, por eso entró de esa forma a la oficina.

«Y con qué se encontró», pienso en voz alta, con amargura, cuando recuerdo su fría mirada.

Debo encontrar el modo de explicarle. Mañana es mi último día aquí y podría ser una oportunidad valiosa para limpiar mi imagen ante él.

\*\*\*

Describir cómo me sentí los días que sucedieron al último en que lo vi, resulta angustiante, pues él nunca volvió. De pronto me consumía la desesperación, me invadía un extraño remordimiento, me sentía como si hubiese cometido el peor de los crímenes: desgraciada, desdichada, así me sentía, hasta que la razón vio la luz. En medio de mi abatimiento comprendí que ese no era mi caso porque no había hecho nada malo. Lo que Ethan Mills había presenciado no me condenaba y ahora, después de todas esas horas de inexplicable llanto, estaba muy segura de que a él no le importaba en lo absoluto. Era yo quien quería creer que le podía interesar. Sin embargo, consciente de esa realidad, sentía la odiosa necesidad de aclararlo todo.

¿Qué sabía yo si Julian Greene, al salir prácticamente detrás de él, no le había contado alguna otra mentira? No era de hacerme un juicio anticipado de las personas sin darme tiempo a conocerlas, pero Julian me producía cierta animadversión y se me antojaba posible que pudiese haberme desacreditado, después de todo, ¿a quién le satisface verse calumniado? Seguramente a nadie y yo no era la excepción. Era por eso, por ese motivo tan solo, que deseaba

poder explicarme, pero sabía que no tendría oportunidad de hacerlo. Sería inútil esperar volver a verlo.

Entre tanto, volví a ser la chica común y corriente que siempre fui. La que pasa desapercibida e ignorada por todos. Está bien, supongo, es mejor así, y en días de tanta aflicción, lo agradezco. Solo quisiera poder borrar su recuerdo, que se ha convertido en una tortura constante que no me permite respirar con libertad.

Las noches pasan lentas ante mis ojos, recordándome continuamente lo estúpida que fui por haber esperado más de lo que se me estaba permitido esperar.

—¡Cielo santo! Debería ser un delito ser tan atractivo... ¡Míralo, Vic! ¡Nos saluda!

—Aja...

—¡Espera! ¡Te saluda a ti!

—Aja... —murmuro sin apartar mis ojos del libro que simulo leer.

Hemos pasado más de una hora sentadas en las banquetas colindantes al campo de fútbol de la universidad. Es hora del entrenamiento del equipo y Mila no ha querido perdérselo. Así que finjo que me interesa.

Mila se planta frente a mí y cierra de sopetón el tomo que sostenía para dedicarme una mirada reprobatoria.

—¡Vas a decirme en este momento lo que te sucede! —exige con voz autoritaria.

—Intentaba estudiar... —miento y antes de que Mila pudiera continuar con el interrogatorio, siento el repiqueteo de mi móvil en el bolsillo de mi chaqueta gris. Me agarro de ese sonido como si fuese la tabla de salvación que evitará que me ahogue en el mar tormentoso de la curiosidad de mi amiga.

No reconozco el número. Contesto.

—¿Victoria?

—¿Sí? —titubeo extrañada por recibir una llamada de un número que no ha sido registrado en mi agenda.

Las únicas llamadas que recibo suelen ser de mi madre, o de Mila, pero ella está aquí, y no es mamá.

—Soy Flora, de GAA.

¿Flora?

—¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Te llamo porque quiero hacerte una invitación.

—¿Invitación? —pregunto dando un par de pasos al costado para alejarme de la mirada escrutadora de Mila.

—Mañana será la fiesta de aniversario de la agencia y queremos que nos acompañes.

¿Fiesta?

Vienen a mi mente las palabras de Greene: «Estoy muy seguro de que podré contar con tu encantadora presencia en la fiesta». Lo había olvidado, la dichosa fiesta de aniversario de la agencia. Cuando me lo dijo no lo tomé como una invitación formal, después de todo, ¿qué tendría que hacer allí una muchacha como yo?

—Gracias a ti conseguimos el contrato más importante del año. El evento es de etiqueta. Un auto pasará por ti a eso de las siete. —Sus palabras salen como balas sin darme tiempo de procesar la información—. Te esperamos. Hasta entonces. —Cuelga.

Me quedo perpleja con el teléfono pegado al oído.

Oh... El estúpido contrato que convirtió mi vida en un desastre. ¿Tendré que vivir con ese «triunfo» a costas?

—¿Qué sucede? —Mila me observa con el rostro ceniciento.

—Eh... Me acaban de invitar a la fiesta de aniversario de Greene Advertising Agency —contesto casi sin aliento.

Otra en mi lugar saltaría de emoción, pero yo... solo quisiera desligarme de todo esto. De todo lo que me recuerda a él.

—¡Maldita sea, Victoria! ¡En qué rayos estás pensando! Por poco me matas de un susto —refunfuña. No le pongo atención, divago y analizo la importancia de mi presencia en ese lugar: definitivamente no es vital.

—Lo lamento, Mili. Es solo que no sé por qué me han invitado. No lo entiendo.

—¿Eso? Victoria, ¿qué tiene de malo?

¡Todo! Tiene todo de malo porque deseo olvidar esa etapa de mi vida y esta invitación no me ayuda.

—Que no sé qué ponerme —aseguro, pero no es mentira. Nunca he asistido a una fiesta de ese tipo. No podría sentirme cómoda utilizando un vestido o, de nuevo, zapatos de tacón.

Mila entorna los ojos.

Siempre le ha molestado mi abandono por la moda y eso, en el fondo, me divierte mucho. He sido para ella más como un hermano que se viste con

vaqueros y zapatillas de deporte, todo el tiempo.

—Vamos a casa.

Mila toma mi brazo y me lleva prácticamente a rastras hasta su auto, un v... rojo, último modelo. Me coloca el cinturón de seguridad y segundos después está a mi lado, frente al volante.

—¿A tu casa? —inquiero agitada cuando el motor enciende y el vehículo arranca como si nuestras vidas dependieran de ello.

—¡Necesitamos algo que te haga ver despampanante!

—No es necesario, Mili. No voy a ir.

Bastó con que terminara de pronunciar la última palabra para que mi cuerpo se precipitara con violencia hacia adelante amenazando con atravesar el parabrisas.

Mila frenó en seco para dedicarme una mirada de censura que debería ser más bien para ella. Gracias a Dios llevaba el cinturón.

—Nada de eso, Vic. Yo me aseguraré de que vayas —sentencia y volvemos a incorporarnos al tráfico.

Tras un rápido y salvaje recorrido de veinte minutos, por fin puedo verme sana y salva en la lujosa casa de la familia Rushforth. Respiro con tranquilidad cuando mis pies tocan tierra firme.

¡Dios! Mila no se mide al conducir. No hemos tardado nada.

Su padre no está —como de costumbre—. Sus responsabilidades como empresario millonario, representante de varias celebridades de *Hollywood*, le absorben tanto, como a mi madre, el hospital. Sé que muchos esperarían que siendo así, lo más lógico sería que su residencia permanente se encontrara en California, pero, según lo entiendo, el señor Alfred quiso darle a su hija una vida normal, sobre todo tras la muerte de su madre en un accidente automovilístico. Mila era muy pequeña cuando sucedió y creo que esa fue una de las razones por las que nos entendimos tan bien desde el primer momento. Ella acababa de perder a su madre y yo, aún resentía la ausencia de mi padre.

Una vez dentro de su enorme e impresionante habitación que es más grande que mi casa, Mila desaparece en su vestidor, que cabe decir que es de dimensiones similares a las de mi habitación.

—¡Mili! ¡De verdad! ¡Esto no es necesario! —insisto con la esperanza de que abandone su papel de hada madrina.

—¡Solo cállate y siéntate! —ordena desde el interior.

Hago lo que me pide. Caigo derrotada en el borde de su cama y espero

impaciente.

Se escuchan cajas caer, envolturas romperse y uno que otro grito de dolor. La preocupación empieza a inquietarme, pero se esfuma cuando la veo aparecer con varios vestidos, zapatos, bolsos y accesorios, que lleva a cuestas. Son tantos, que no consigo ver su rostro.

Coloca todo sobre la cama.

—Bien, estos modelitos no los he usado. No he tenido ocasión —dice haciendo un pequeño mohín, pero enseguida vuelve a su enorme sonrisa—. ¡Pruébatelos!

Los miro con recelo. Son bellos, no hay duda, delicados y costosos, pero demasiado cortos; escandalosamente cortos. No me atrevería a asistir vestida de esa manera, pero sé que Mila no me dejará en paz hasta que no agote todos sus recursos en ayudarme, así que empiezo a probármelos, uno por uno.

La tarde se esfuma en un pequeño e improvisado desfile de modas «by Mila». Hemos pasado más de dos horas en esto y concentrado todos nuestros esfuerzos en encontrar el atuendo ideal. Cada vestido es hermoso, pero muy corto o escotado para mí. No creo que algo así vaya conmigo. Obvio, no tengo ni la mitad del cuerpo que tiene mi amiga, sin embargo, me alegra y disfruto el poder pasar un momento agradable con ella. No hemos tenido una tarde de chicas en meses. Había olvidado lo liberador que es.

—Es inútil... Ninguno es para mí.

Me dejo caer en el cómodo sofá rosa que se acomoda frente a su cama.

—¡Aguarda! —exclama Mila, haciendo que pegue un brinco y que casi me dé un infarto—. ¡Aún hay algo!

Vuelve a desaparecer dentro del vestidor y a los pocos minutos regresa con una gran bolsa y esa típica sonrisa de triunfo y orgullo que me hace saber que encontró el indicado.

—¡Este es!

Tomo la bolsa con timidez.

¿Qué puede tener de diferente este vestido a todos los demás? Mila y yo tenemos estilos opuestos.

Saco de la bolsa un delicado pedazo de tela de satén negro y lo extiendo sobre la cama para apreciarlo mejor.

¡Uau! Es... precioso. Una belleza salida de alguna revista, seguramente.

—Es perfecto —murmuro. Mila asiente.

El vestido es medianamente corto, adornado únicamente con algo de

pedrería, nada ostentosa, en la cintura; elegante, sofisticado y a la vez seductor. ¿Yo estoy pensando eso? Imagino que muy en el fondo sigo siendo una chica con algo de coquetería y vagos conocimientos sobre moda.

—No... No puedo. Es tuyo.

—Vic, no pensaba utilizarlo. Ni siquiera sé por qué lo compré; no es para nada mi estilo, pero a ti... A ti te va perfecto.

—Mili...

—¡Ya basta! —me interrumpo—. Eso y esto, dejará sin aliento a todos en esa fiesta, te lo aseguro.

Mila me entrega una gran caja de cartón. La abro y en su interior descubro un par de sandalias plateadas y un bolso de mano a juego con el vestido.

—Quiero que los uses. Es un regalo. Una forma de agradecerte por ser mi mejor amiga, por ser mi hermana y estar conmigo incondicionalmente.

—Mili, sabes que te adoro y que te considero más que una hermana, pero todo esto no es necesario.

Es demasiado para mí. Niego con la cabeza. No puedo aceptarlo.

—No te perdonaré si me dices que no —asegura mientras guarda todo en una bolsa y me la entrega.

—Pero...

—¡Nada! Por cierto, te aconsejo que lleves el cabello recogido. Eso te dará puntos extra.

Ni siquiera he resuelto asistir. No siento que mi presencia sea imperativa en ese lugar. Seguramente, una vez ahí, pasaría desapercibida, escondida en algún rincón lejano y oscuro; apartada de las miradas de toda esa gente adinerada y elegante.

¡Maldición! ¿Por qué resolvieron realizar la celebración en Georgia? Imaginaba que ese tipo de eventos tendrían cabida en Nueva York. Si fuese de ese modo, no me vería obligada a asistir; por otro lado, Flora me advirtió que un auto pasaría por mí.

¿Acaso tengo salida?

## CAPÍTULO 7: ANIVERSARIO

Inspiro hondo intentando controlar la enorme ansiedad que he sentido en el transcurso del día mientras recuerdo los múltiples regaños de Mila para que prestara atención en clase: no podía. Solo pensaba en que tal vez volvería a ver a Ethan en la fiesta de aniversario, lo que fue otro aliciente para decidirme a asistir.

Necesito verlo por última vez, así sea solo para convencer a mi corazón de que alguien como él no es para mí. ¡Sí, lo sé! Puede sonar a que carezco de amor propio, pero muchas veces es ese mismo amor propio el que solicita límites a nuestros deseos, cuando estos se elevan muy alto y se niegan a descender.

La chica pálida y sin chiste que normalmente me devuelve la mirada desde el espejo parece haberse tomado vacaciones, dejando en su lugar a una mujer elegante y diría que hasta guapa.

¿Esa soy yo?

«Lo que hace el dinero», pienso en voz alta.

Por poco me desmayo al ver la etiqueta de precio del vestido. Nada más que 6,000 dólares; demasiado dinero para un pedazo de tela, pero supongo que Mila está acostumbrada a permitirse ese tipo de lujos.

Luzco distinta a como me veo con vaqueros y sudaderas. Sin embargo, sé que este atuendo no es más que una especie de disfraz, porque esta muchacha bien vestida no soy yo. En fin, recojo el bolso de mano y salgo en dirección al coche enviado por GAA que ya se encuentra esperando por mí.

«¿Qué es lo que haces aquí?», me pregunto mientras juego con mis manos en el interior del lujoso auto que me lleva a un evento con el que no tengo nada que ver.

Miro por la ventanilla hacia el cielo que está completamente despejado, adornado con miles de estrellas que titilan junto a la inmensa luna. ¡Qué preciosa luna! Quizá debería tomar su imponente presencia como un buen augurio.

¿Qué es lo peor que podría pasar?

«Que no lo veas», responde mi corazón con tristeza.

—Señorita.

El chofer, que bajó rápidamente para abrirme la puerta al llegar, me

extiende la mano para ayudarme a salir.

—Gracias —le sonrío tímida. Él asiente y entra de nuevo al coche; en segundos ya no está.

Bien, aquí estoy, y lo único que me queda por hacer es fingirme serena y normal.

Camino con falsa seguridad hasta la entrada. Ahí se encuentra un hombre regordete, de esmoquin, que me recibe con una sonrisa muy amplia.

—Bienvenida, señorita —me dice y con su mano me invita a pasar.

—Gracias —respondo.

Pronto me encuentro en un enorme salón en donde el dorado predomina. Mesas y más mesas están muy bien distribuidas por todo el lugar, excepto en lo que parece ser la pista de baile, que está ubicada frente a un gran escenario desde donde un cuarteto de músicos interpreta una deliciosa pieza de jazz.

Hay mucha gente: todos vestidos con elegancia. Al verlos empiezo a agradecer por llevar encima el costoso obsequio de Mila y haber seguido sus consejos para mi cabello. Quizá no sea ni la mitad de guapa de lo que son las mujeres que me rodean, pero estoy razonablemente presentable. Eso creo.

Me quedo de pie en la entrada buscando con la mirada a Flora, Tia o Ruth, pero no las localizo.

«¿Qué haces aquí?», vuelvo a preguntarme.

Empiezo a sentirme sola, empiezo a sentirme fuera de lugar. Como una pequeña campanilla en medio del cultivo más bello de orquídeas.

—¡Victoria! —Me vuelvo al escuchar mi nombre y veo que Flora se aproxima hacia mí. Lleva un fabuloso vestido azul muy ceñido que le favorece por completo—. Pensé que no vendrías.

¡Gracias a Dios, por fin un rostro conocido!

—¡Hola, Flora! No sabes el gusto que me da verte.

—Ven, quiero que conozcas al señor Greene y a su hijo. Están muy interesados en conocer a la chica estrella.

—¿Estrella?

—Sí, ¡vamos!

¿A qué se refiere con eso? Claro —recuerdo—, el contrato con Mills.

Ethan...

Mientras avanzamos hasta la mesa del señor Greene, busco con la mirada, por todo el salón, un rostro armonioso que emane altivez, seguridad y cierto grado de desdén. Mi búsqueda concluye sin éxito; encuentro varios con las

mismas características, pero ninguno es el suyo.

Flora me detiene frente a la mesa más elegante del salón, en donde se encuentra sentado un hombre de avanzada edad que usa un sencillo esmoquin negro. Al vernos nos sonríe con amabilidad y nos presta toda su atención; a su lado se encuentra Julian que es todo sonrisas.

¿Cómo puede sonreír después de lo que hizo?

Desvío mis ojos hacia los de su padre y de inmediato me percato de la gran diferencia que existe entre los dos. El señor Greene parece ser un hombre recto, sencillo y sin aires de superioridad. No podría decir lo mismo de su hijo.

—Señores, les presento a Victoria Masterson —dice Flora con una serie de ademanes, como si estuviera presentando a la ganadora del *Óscar*. Me ruborizo—. Victoria, el señor Hans Greene, dueño y fundador de GAA.

El amable hombre no ha abandonado su sonrisa, así que se la devuelvo y extendiendo mi mano; él no demora en recibirla.

—Mucho gusto, señor Greene. Encantada de conocerlo.

—Señorita Masterson, es un placer para mí saludarla. Me han hablado mucho de usted.

—Y el señor Julian Greene, su hijo y socio de la agencia —continúa Flora.

¿No sabe que nos conocemos? Evidentemente no. Pero si no fue ella, ¿quién le habló de mí? ¿cómo supo mi nombre y dónde encontrarme?

Julian se aproxima y antes de que pudiera reaccionar, su mano sostiene la mía y sus labios saltan sobre ella.

—Sabía que vendrías —me susurra al oído. No respondo, me aparto con discreción y recojo mi mano.

—Espero que nos concedan el privilegio de su compañía —añade el señor Hans señalando un par de los cuatro lugares libres que hay en su mesa.

Flora acepta por las dos y se apresura a sentarse junto a él. Me acerco e intento imitarle, pero Julian, con fingida caballerosidad, retira la silla y me ayuda a sentar, después se acomoda a mi lado.

Soy consciente de que lo tendré pegado a mí toda la noche, y no es que me considere una mujer interesante para afirmararlo; es solo que dada la intensa y poco delicada personalidad que puedo percibir en Greene hijo, doy por sentado que no se apartará, a pesar de las miradas congeladas que le he dedicado.

Resignada a mi triste porvenir, al menos para las futuras horas, desvíó mis ojos hacia la refinada mujer que canta «*Dream a little dream of me*». La melodía me reconforta.

—Bien, señorita Masterson. Cuéntenos más sobre usted —solicita Hans.

—¿De mí? —carraspeo. Seguramente espera una respuesta interesante, pero mi vida para nada lo es—. Bueno..., estudio publicidad en la universidad de Georgia.

—Y es excelente en el campo —añade Flora.

—¿Se recibirá pronto?

—Dentro de dos años, señor.

—Victoria, tu desempeño en GAA fue impresionante. Habría jurado que llevas años ejerciendo. ¡Eres toda una profesional! —me alaba Julian.

—Estoy de acuerdo —asegura una voz ajena a la mesa que nos sorprende a todos haciendo que levantemos la vista para descubrir de quién se trata.

Me quedo helada. Ethan está a mi costado izquierdo y tiene una sonrisa sumamente cautivadora dibujada en el rostro.

Verlo es un verdadero deleite. Lleva un traje de tres piezas color negro con su usual pañuelo decorativo en el saco, y luce impecable, como siempre. Sus ojos imponentes y penetrantes se clavan en los míos dejándome sin respiración. Me ruborizo.

«¿¡Cómo puedes perder el control de esta forma!?!», me regaño mentalmente e intento disimular mi emoción.

Cuando consigo desviar un poco mi atención de Ethan, me percató de que no ha llegado solo; una mujer alta, delgada, de cabellera rubia y ondeante, va de su brazo: es guapa y su vestido dorado, muy escotado, la convierte en toda una visión.

—¡Ethan! —lo saluda efusivo el señor Hans—. Qué bueno que pudiste venir, hijo.

—Hans.

Ethan lo saluda con medio abrazo y un par de palmadas en la espalda.

Me doy cuenta de que se conocen desde hace tiempo, por la familiaridad con que se dirigen un par de palabras.

Después de Hans, empieza una cadena de saludos: primero Julian, Flora... Ethan, como de costumbre, responde con frialdad. Me tensó cuando llega mi turno.

—Señor Mills —murmuro con voz temblorosa y muevo un poco la cabeza

a manera de saludo.

—Señorita Masterson —responde él después de examinarme por varios segundos—. Ella es Erica, una amiga y colaboradora en varios de mis proyectos —prosigue, sin quitarme los ojos de encima.

¿Es una explicación?

«¡Claro que no! ¿Por qué se tomaría la molestia de darte explicaciones a ti? Si la presenta es por educación, o porque simplemente la señorita es alguien importante para él. ¿No te sientes ridícula? Te morías por aclararle lo que había visto por miedo a que algún sentimiento por ti se viese estropeado, pero mira, no le importa. Ni siquiera se debe haber tomado la molestia de pensar en ti. ¿Cómo podría? Abre bien los ojos y observa a su acompañante. No tienes nada que hacer junto a ella, así que olvida todas esas tonterías que te impiden razonar», me recrimina la pequeña y fastidiosa vocecita que susurra con frecuencia en mi interior. Esta vez tiene razón. Debo de dejarlo de una vez.

—Acompañénnos, por favor —les pide Hans e inmediatamente ellos ocupan las dos últimas sillas libres de la mesa.

Bajo la mirada y me esfuerzo por dejar mi mente en blanco, pero me resulta imposible; mis oídos están pendientes a su voz mientras él habla con Greene de inversiones y adquisiciones. El tema me es ajeno, y está bien mientras se mantengan ocupados en su conversación y me dejen pasar desapercibida. Tal vez, con algo de suerte, consiga marcharme sin que lo noten.

—Veo que conoces a la señorita Masterson —le dice Hans a Ethan.

¡Maldición!

—La señorita Masterson fue quien me convenció de firmar con ustedes.

Sus palabras me hacen sonreír. ¿Convencerlo? Supongo que arrojar whisky en su rostro fue algo convincente.

—Hablábamos de su desempeño —añade Flora—. Fue muy eficiente a pesar de ser una auxiliar temporal.

¡Rayos! No le dije que tuve que mentir en eso.

Me hundo en mi silla.

¡Qué vergüenza! La cara me quema cuando siento la mirada de Ethan sobre mí. No, no tengo el valor de levantar la cabeza.

—Fue muy hábil y convincente. Una auxiliar brillante —replica Ethan con un deje de diversión en la voz.

Sí, Victoria. Se divierte a costa tuya. ¿Acaso no tiene derecho? Por supuesto que lo tiene. Descubrió mi mentira de la forma más humillante.

—¡Enhorabuena, señorita Masterson! Aceptarla en nuestras filas ha sido un gran acierto —celebra Hans—. Espero que considere trabajar con nosotros definitivamente, una vez que se haya recibido.

¿Me está ofreciendo trabajo?

—Eh... Muchas gracias, señor. Es usted muy amable —mascullo.

El ofrecimiento de Hans me ha tomado por sorpresa, tanto, que no puedo hacer más que responder con esa sencilla frase de agradecimiento antes de sumergirme en el más absoluto silencio. ¿Qué más podría decir?

Por fortuna, en pocos minutos, he dejado de ser el tema de conversación.

¿Por qué no puedo relajarme? Mis intentos por serenarme han sido en vano. Todos parecen ajenos a mi nerviosismo y a mis ganas de salir corriendo; todos menos él, que sonrío cada vez que nuestros ojos se encuentran. En respuesta: me ruborizo y escondo la mirada.

A mitad de la noche, después del largo discurso del señor Greene sobre cómo levantó su agencia con mucho esfuerzo y dedicación, se escucha una gran ovación. Dejo de lado mis temores e imagino los años futuros. Estaría en un lugar similar al suyo, hablando orgullosa de mi propia agencia de publicidad y de todo lo que trabajé para levantarla. Quizá dentro de tres o cuatro años más. ¿Qué será de mí hasta entonces?

—¿Bailas conmigo? —Julian me devuelve a la tierra.

Está de pie con la mano extendida esperando a que la tome. Inconscientemente volteo para ver que Ethan nos observa inmutable, y por alguna extraña razón que no puedo explicar, siento que sus ojos me hablan y me dicen que no lo haga.

¿Es lo que piensa? ¿No quiere que baile con Julian?

¡Santo cielo, debo estar loca! Mi obsesión me está volviendo loca.

Le regreso la mirada a Julian y tomo su mano. En cuestión de segundos estamos en la pista de baile, en medio de varias parejas que mueven sus cuerpos al ritmo de «*Perhaps*».

Debo confesar que, aunque mi pareja de baile no es de mi total agrado, siento que podría tolerarlo, así sea solo para demostrarle al señor Mills que lo que pueda pensar de mí, me tiene sin cuidado, aunque eso sea una vil mentira.

—Eres hermosa —me susurra Greene al oído. ¿A qué viene eso? —. ¿Tienes novio?

—Sí —espeto con frialdad y cambio de tema—. ¿Conoce desde hace mucho al señor Mills?

—¿A ese imbécil? —ríe.

¿Imbécil?

Al escucharlo un insensato deseo de gritarle que retire lo dicho asalta mi interior. De pronto una dama con capa asoma la cabeza dispuesta a defender el honor que cree mancillado. Le dedico una mirada reprobatoria y esta regresa a su sitio con la cabeza gacha. ¿Por qué habría de salir en su defensa?

—Nos conocemos desde niños —continúa Julian— y fuimos compañeros en *O...* Veo que no ha cambiado. Sigue siendo el mismo calienta faldas de siempre. Solo hay que ver a la de turno.

Miro de reojo que Ethan charla con Hans. «La de turno», como le dice Julian, está a su lado, ensimismada en la plática.

«Así que sale con muchas mujeres», pienso, sin darme cuenta, en voz alta. Me ruborizo, pero Greene no parece darse cuenta de que fue un pensamiento y no una pregunta, así que responde.

—Así es. Ese idiota me ha robado muchas mujeres.

Me quedo boquiabierta. Ethan no parece ser un hombre de robar mujeres.

«¿Qué sabes tú? Ni siquiera lo conoces y la opinión que te has hecho de él es que es un idiota arrogante», me regaño.

—¿De verdad?

—Eso qué más da. El mundo está lleno de mujeres bellas. Es una lástima que tengas novio; ambos podríamos llevarnos muy bien —vuelve a susurrar en mi oído y yo siento que se me revuelve el estómago.

—¿Me permites? —pide una voz profunda, que me es muy familiar.

Es Ethan, que está junto a nosotros, mirándonos con el ceño fruncido, esperando la respuesta de Julian.

Me quedo inmóvil.

—Por supuesto —murmura Julian con mala cara y enseguida se marcha.

¿Esto está pasando? ¿Estoy a punto de estar de nuevo entre sus brazos, como aquella tarde en que bajo la lluvia estuve en ellos?

Respiro con dificultad, presa de una deliciosa sobredosis de adrenalina. Él me dedica una mirada intensa y extiende su mano.

—¿Puedo? —pregunta vacilante.

Asiento.

## CAPÍTULO 8: ARMADURA

Coloco mi mano sobre la suya, que me recibe con firmeza y dulzura.

Ethan me pega a él, adueñándose por completo de mi cintura. Doy un respingo al sentir cómo la calidez de sus dedos traspasa la delicada tela de mi vestido, provocándome un ardor inusual en la piel que me estremece.

¡Dios, estoy tan cerca de él!, de su cuerpo, de su corazón...

Con algo de timidez coloco mi mano derecha sobre su hombro y así, empezamos a bailar.

Su delicioso aroma embriaga mis sentidos y me envuelve en un mar de sensaciones hasta ahora desconocidas. Lo disfruto. Disfruto tanto este precioso acercamiento, que me parece irreal.

Levanto la vista con timidez y encuentro la suya: imponente, profunda, sensual. Me pierdo en ella y una vez que lo hago, todo desaparece a mi alrededor; todo excepto él. Miro su boca, sus labios entreabiertos e inconscientemente dejo escapar un débil suspiro mientras que la misma corriente fría y deliciosa que he sentido en reiteradas ocasiones, cuando estamos cerca, vuelve a recorrer mi cuerpo.

¿Qué es esto que siento? ¿Deseo? No lo sé, pero es asfixiante y arrebatador.

Ethan me hace girar al ritmo de la música con una agilidad sobrehumana, después, me pega a su musculoso cuerpo. Yo no puedo hacer más que tensarme bajo su mirada invasiva que hace que cada parte de mí arda en llamas.

—Baila muy bien —murmura con voz ronca.

Me tomo un momento para normalizar la respiración.

—En realidad, es la primera vez que lo hago —contesto con dificultad—. Pero usted consigue que un novato se vea como todo un experto.

Ethan sonríe y yo me derrito.

¡Dios, su sonrisa!

¿Hay algo en este hombre que no me desarme? ¿Por qué cuando estoy con él pierdo la voluntad? Lo sé. Ethan, de buen humor, es sumamente adorable. Quizá pueda aprovechar este momento de calma para explicar la mentira que me vi obligada a decir y que hoy fue descubierta.

—Yo... lamento mucho haber tenido que mentirle —susurro, avergonzada.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué lo hizo?

—La verdad es que... temí que, al enterarse usted de que yo no era más que una estudiante en prácticas, optara por cortar todo tipo de relación con GAA. Imaginé que no le agradaría saberlo.

Ethan me mira meditabundo y el silencio se alza como una cortina entre los dos por unos instantes.

—¿Fue Julian quien le pidió que se ocupara del contrato?

—No, señor.

—¿Quién?

—Con todo respeto, señor Mills, prefiero guardar esa información.

—¿Teme que tome represalias contra esa persona?

Me quedo callada.

Claro que ese es mi mayor temor. Aunque mi corazón le tenga una fe ciega, mi razón aún se mantiene alerta. No podría condenar a Flora a quedarse sin trabajo porque seguro eso es lo que sucedería. Yo, por el contrario, no tengo nada que perder.

—Es eso —asegura con firmeza—. Dígame, señorita Masterson. ¿Qué opinión guarda usted de mí?

¿Mi opinión? ¿Por qué le interesa lo que pienso de él?

Bajo la mirada.

—Muchas personas afirman que... es usted... un hombre inclemente... que no conoce la compasión y que...

—Le pregunté por la suya. ¡Míreme! —espeta autoritario.

Vuelvo a mirar sus insondables ojos negros que ahora contienen cierta mezcla de impaciencia, ansiedad y temor, o al menos es lo que me parece.

¡Vaya, no me imagino a Mills sintiendo temor! Creo que estoy proyectando. En el fondo la que entró en pánico, soy yo.

Respondo.

—Cuando lo conocí compartí esa opinión, pero ahora..., sé que estaba equivocada.

Las palabras salen solas de mi boca.

—¿Equivocada? —inquire con media sonrisa irónica—. Oh, no, Victoria. Creo que no hay nada más acertado que su primera impresión. Soy un hombre inflexible que no ha sentido compasión por nadie. Si un vagabundo muriese de hambre en mis brazos, pudiéndole yo haber salvado la vida, le aseguro que sería un deceso que no sentiría en lo absoluto. No conozco la pena, ni el

remordimiento. Gozo con placer de todas las mieles que el dinero es capaz de proporcionar y lo hago sin la menor culpa.

Sus ojos centellean mientras habla. ¿Por qué siento que ni él mismo cree lo que dice? Es como si me describiera a otra persona.

» Hizo bien en guardar el nombre de la persona que colocó en manos de alguien ajeno a su empresa algo tan importante. En este momento estaría desempleada y le sería muy difícil emplearse de nuevo, se lo aseguro. Por supuesto que, no me costaría nada averiguarlo y cumplir con mi objetivo. Es algo que haría únicamente por diversión. Después de saber esto, ¿aún se cree equivocada?

—Sus acciones no pueden ser tan detestables, señor Mills. Las personas, muchas veces, se dejan llevar por lo que salta a la vista. No se permiten mirar con los ojos del alma. Pero yo..., de alguna forma..., siento que he logrado ver la suya.

—¿Del alma? —ríe—. ¿Le parece a usted que poseo una?

—Sí, señor. A pesar de su ironía, usted, al igual que todos, posee una. ¿Me preguntó mi opinión? Bien. Como le dije, cuando lo conocí compartí la apreciación de aquellas personas que no se han atrevido a mirar más allá de sus narices. Usted me pareció un hombre arrogante y prepotente. Una persona que creía ser el dueño del mundo. Pero... cuando veo sus ojos, esos ojos que parecen indolentes y gélidos, me doy cuenta de que en realidad no lo son. Veo en usted a un ser humano capaz de sentir afecto; alguien que sería incapaz de dejar morir de hambre a un vagabundo, aunque asegure lo contrario. Sé que su corazón contiene sentimientos hermosos, los mismos que esconde con celo bajo esa fachada de egocentrismo y tiranía. Desconozco los motivos que le empujen a hacerlo, pero sé muy bien que no es como todo el mundo lo ve.

¿Yo dije eso?

Ethan aparta su mirada de la mía y en ese momento dejamos de bailar. Su expresión se endurece cuando vuelve a mirarme.

—Por supuesto que usted no me conoce.

—Pidió mi opinión y yo se la di.

—¡Es suficiente! Le acompaño a la mesa —replica grosero. De nuevo el caballero de armadura se convierte en un tirano.

Con mi mano bajo la suya se dispone a regresar, pero no es lo que quiero ahora; no podría permanecer a su lado porque, aunque sé bien que su actitud no es más que una máscara, me molesta.

Me suelto como puedo y me alejo en dirección a lo que parece ser el tocador para damas, dejándolo solo en medio de toda esa gente, en la pista de baile.

Suspiro.

Ethan Mills... ¿Acaso eres un caso perdido? ¿Es tanto tu empeño por aparentar lo que no eres que terminará alejándome de ti? ¿Como si hubiese estado alguna vez cerca! Estoy convencida de que no tengo cabida en tus pensamientos y que si hay alguien a quien jamás considerarías más que una simple empleada, soy yo, y eso me duele.

Me miro en el espejo. Tengo las mejillas coloradas y la mirada encendida, como sucede cada vez que me enfado. Cierro los ojos e intento tranquilizarme.

«Victoria, no insistas en lo que es inútil. Es evidente que Ethan prefiere conservar su armadura de hombre sin corazón a mostrarse como es en verdad. Sigue tu camino y olvida. Ahora vuelve ahí y continúa como si nada», me aconseja la voz de la razón, que de nuevo me deja sin argumentos para rebatirla. Sí. Es lo que debo hacer, regresar..., actuar como si nada, como si no me afectara; como si su presencia me fuera indiferente, como si no sintiera nada por él. ¿Seré capaz de hacerlo? ¿Podré ignorarlo?

¡Dios! ¿En qué momento terminé involucrada en todo esto?

Tomo un poco de aire y emprendo mi camino de regreso.

La mesa está prácticamente vacía, únicamente ocupada por Ethan y Julian, que parecen mantener una conversación absorbente. Bien. Decido no interrumpirlos. Me quedo de pie un poco alejada mientras en mi mente intento comprender, por millonésima vez, la actitud de Ethan: no hay manera. Él parece poseer el don de leer mis pensamientos en todo momento, pero yo no puedo hacer lo mismo con los suyos. ¿Cómo podría?

Hay gran alboroto por todas partes: risas, conversaciones, gente saludando, chocando copas... ¿Qué hago aquí? Quería verlo por última vez para darle paz a mi alma, pero creo que lo único que conseguí fue sentirme peor. El remedio fue peor que la enfermedad.

—¡Mills! ¡Mills! ¡Mills! —la voz engorrosa de Julian llega a mis oídos con una claridad asombrosa. ¡No lo puedo creer, puedo escucharlos! —. Dime, ¿qué piensas hacer con la linda señorita que te acompaña? Lo puedo imaginar, pero es mucho mejor cuando alguien te lo relata —le dice Julian a Ethan; él no responde—. ¡Por favor, Mills! ¡Vamos! ¡Recordemos viejos tiempos! Ahora, no entiendo por qué deseas acaparar la atención de todas las

damas; puesto que tienes la tuya, deberías dejarme a Victoria.

¿¡Qué demonios...!?

—No creo que la señorita Masterson sea el tipo de mujer que frecuentas —replica él, con sequedad.

—Lo sé, por eso es interesante. ¿Qué pasa Mills? He notado cierto comportamiento en ti... Estoy convencido de que Victoria tampoco es tu tipo, pero debo preguntar: ¿acaso te interesa?

Paso saliva.

Llegó el momento. Y aunque me sienta una criminal por escuchar conversaciones privadas, sé que no puedo hacer oídos sordos a la respuesta que sigue a continuación. Solo un par de palabras afirmativas podrían calmar la agonía que habita como un parásito en mi corazón desde que lo conocí.

Empiezo a jugar con mis manos.

«¡Solo dilo! Dale tranquilidad a mi alma», suplico en mi mente.

—En lo absoluto. Alguien como ella no podría estar a mi lado.

—¿Por qué le pediste que bailara contigo, entonces?

—Erica charlaba con Hans, empezaba a aburrirme en la mesa. No tenía opción, así que hice lo que quise.

Las personas tienden a tener reacciones extrañas cuando sufren una desilusión. Los más afortunados se dejan ir en llanto en el mismo lugar en donde se encuentran, algunos otros gritan con todas sus fuerzas y acaban con todo, por rabia. Pero yo... ¿qué derecho tengo de acogerme a alguna de las dos? Ninguno. Estoy obligada a llorar y a gritar en silencio.

Mi mundo empieza a convertirse en ceniza, la misma que cae, junto con mis esperanzas ya inertes, a mis pies, mientras que el nudo que se acrecienta en mi garganta me impide respirar.

No soy nada para él. ¡Nada más que su última opción para evitarse el aburrimiento!

Veo a Julian Greene levantarse y alejarse de la mesa, sin percatarse de mi presencia. Él y todo lo que me rodea se torna borroso por todas las lágrimas agolpadas en mis ojos.

¡No siente nada por mí! No lo siente, y aunque en el fondo lo sabía, es muy duro confirmarlo.

—¡Aquí estás! —exclama Flora con una sonrisa que se desvanece en cuanto ve mi rostro.

Ethan la escucha y voltea.

¡No! ¡Que no te vea llorar!

Seco con rapidez una lágrima traicionera que baila en mi mejilla y le dedico media sonrisa a mi delatora.

—¿Me buscabas?

—Sí..., nada importante. ¿Estás bien? Tus ojos... —masculla con preocupación.

¿Bien? ¿Qué implicaría responder a esa pregunta? No. No lo estoy. No puedo siquiera fingirlo. No puedo siquiera respirar sin padecer el ahogo de mi corazón en la más profunda decepción.

—Creo que me resfrié un poco. Quisiera ir a casa. ¿Me disculparías con el señor Greene, por favor?

—Por supuesto. Informaré para que te lleven.

—Yo me ocupo. —La voz de Ethan se impone a la música. Está junto a mí. Flora me mira cauta, pero puedo ver la sorpresa reflejada en sus ojos—. Estaba por marcharme, podría acercarla.

La rabia aflora en mi interior y mi orgullo herido protesta ante la lástima de mi verdugo, porque soy consciente de que cualquier sentimiento que provenga de él hacia mí, no puede ser más que eso, lástima. No es lo que quiero.

—Se lo agradezco, señor Mills, pero no hace falta —me vuelvo hacia Flora—. Flora, no te preocupes, tomaré un taxi. De verdad, es lo que deseo.

—Te lo pido enseguida. Cuídate —me susurra al oído en medio de un abrazo breve que me vuelve ridículamente vulnerable.

—Gracias por todo. Disculpen.

Hago un par de ademanes como despedida y salgo a toda prisa sin poder contener el llanto por más tiempo. Solo dejo que fluya en mi trayecto a la salida.

¡Por Dios! ¿Qué pensaba? Que alguien como él... ¡Tonta, ilusa! Me atreví a esperar después de lo que pasó la última vez, cuando me dejó claro que no deseaba nada de mí. Así como ahora, sus palabras me dolieron más que cualquier golpe. Siento la misma horrible decepción.

«Alguien como ella no podría estar a mi lado». Alguien como yo... Una muchacha sin chiste. Una idiota que miró demasiado alto.

El llanto se vuelve incontrolable.

¡Quiero irme! ¡Necesito estar lejos de él! ¡Apartarlo de mi vida!

El porche se encuentra en tinieblas. Me detengo a esperar al taxi mientras

las palabras de Ethan vuelven a mi mente: «No tenía opción, así que hice lo que quise».

Abrazo mi cuerpo intentando protegerlo del dolor. Sé que ya es tarde para salvaguardarlo, pero necesito este abrazo. Lo necesito.

Cierro los ojos y en medio de las sombras siento que alguien cubre mis hombros desnudos con una cálida tela. Doy un respingo y me vuelvo para descubrir que el saco de Ethan descansa sobre mis hombros protegiéndome del frío.

Me quedo pasmada frente a él. Su expresión seria se suaviza al ver mi rostro empapado por las lágrimas.

¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué no me deja llorar mi decepción en paz!?

—Si lo que tiene es un refriado, no me parece sensato que se exponga de esta manera —murmura perplejo—. Victoria, permítame llevarla a su casa.

¿Llevarme a casa?

Mis sentidos se encienden en alerta y se predisponen en su contra. «Recuerda —me advierte la razón—, esta súbita muestra de amabilidad, nada propia de él, se debe a la lástima». ¡No, eso no!

Le doy la espalda.

—El taxi debe estar por llegar. No se preocupe —gimoteo.

Pronto veo a su auto detenerse frente a nosotros. El hombre que ya había visto en algunas ocasiones con Ethan, baja con paso firme, rodeando el vehículo, y abre la puerta trasera, manteniéndola de esa forma.

—Le pedí a la señorita Miller que lo cancelara. Ahora, venga conmigo —me toma de la mano.

¿¡Que hizo qué!?

—¿¡Por qué lo hizo!? ¿¡Con qué derecho!?

 —exclamo indignada.

—La voy a llevar quiera o no. No puede marcharse sola en ese estado.

—¿Quiera o no? ¿Se le olvida que no tengo nada que ver con usted?

—Súbase —me dice en tono autoritario.

Esto es... ¿Quién demonios se cree?

—¡No! ¡No pienso ir con usted a ningún lado!

Cruzo de nuevo mis brazos, aparto mi mirada de la suya y me planto lejos de él. Sin embargo, Ethan se acerca y con un movimiento rápido me toma entre sus brazos y me echa sobre su hombro.

—¿Cómo se atreve! ¡Bájeme ahora! ¡Bájeme! —chillo.

—No quería llegar a este punto, Victoria. Me obligó a hacerlo.

—¡Le digo que me baje!

Pataleo, lucho con mis manos, con mi voz... Nada funciona. Me ignora por completo y al poco tiempo ya me veo dentro del auto, a su lado.

—¡Permítame bajar! ¿¡Sabe que esto podría considerarse un secuestro!?

—continúo con mi protesta.

—A casa de la señorita Masterson, Mason —le ordena al hombre rubio que ya está frente al volante, después me dedica una mirada intensa que no soy capaz de descifrar.

—Enseguida, señor —responde Mason.

—¿Secuestro? La verdad es que solo me aseguro de que llegue sana y salva a su casa. No creo que las autoridades lo consideren un delito.

—¡Me subió a su auto en contra de mi voluntad! Por supuesto que es un secuestro. ¿¡Cómo se atrevió!? ¿¡Qué soy yo para usted!?

Apenas y hemos cruzado un par de palabras por lo que su preocupación de cómo llegue a mi casa está demás, ¡ahora déjeme bajar!

—Señorita Masterson, es usted la mujer más caprichosa que he conocido... —sonríe—. Yo, por el contrario, soy un hombre que se jacta de conseguir todo lo que quiere porque puede. Ahora, quiero llevarla a su casa porque puedo hacerlo. ¡No pienso discutirlo más!

Me quedo en silencio y me vuelvo para observar por la ventanilla mientras el auto se pone en marcha. Como la primera vez que lo vi, todo lo que tengo para decirle se ha quedado atravesado en mi garganta, asfixiándome.

¿Cómo puede hacer algo así? ¿Es que no conoce límites?

Paso saliva cuando siento su intensa mirada sobre mí, sin embargo, yo no tengo el valor de devolvérsela. Estoy tan indignada... Pero si piensa que se lo voy a agradecer, está equivocado.

No hablo y así nos mantenemos durante todo el trayecto: en silencio.

El motor se apaga frente a mi casa. Frunzo el ceño. ¿Mi casa? Estamos en mi casa y ni siquiera tuve que decirle cómo llegar.

¡Maldita sea, sabe mi dirección!

Me bajo antes de que Mason me abra la puerta y camino hasta la entrada. Ethan me sigue.

—¿Cómo sabe en dónde vivo?

—Le sorprendería lo mucho que sé de usted, Victoria. Entre.

¿Lo que sabe de mí? ¡Qué hombre más extraño e irritante!

Inspiro hondo.

—¿Por qué lo hace?

—Porque quiero. Usted más que nadie debería saberlo, pues presume conocerme. ¿Le parece que mi comportamiento fue el de un hombre afectuoso? ¿Sigue creyéndolo? —Niego con la cabeza, exasperada.

¿Por eso hizo todo esto? ¿Porque quiere convencerme de que no hay nada bueno en él?

Le dedico una débil sonrisa irónica.

—¿Sin duda fue el comportamiento de un bruto! Un caballero jamás habría tratado así a una dama. Pero está aquí, con el firme propósito de convencerme de que es un mal hombre cuando sus acciones, aunque usted lo ignore, demuestran todo lo contrario.

Su mirada pronto denota confusión; como si mis palabras le hubiesen iluminado ante una idea desagradable.

—¿Cree que la traje porque me interesa su bienestar? —se apresura a decir—. Si es así, permítame decirle que está equivocada. Lo hice para demostrarle que hago lo que quiero y que nada me lo impide. Por favor, señorita Masterson, no me conoce. Debería escuchar a los demás; ellos tienen razón.

Entorno los ojos, irritada.

¿Que escuche a los demás? ¡No! No puedo hacerlo porque las palabras despectivas que salen de sus bocas, aunque no sean para mí, me hieren.

Me acerco a él para poder mirarlo a profundidad. Su mirada inmediatamente se vuelve tensa, como si mi cercanía le incomodara o le fuese hacer algún tipo de daño.

—Los escucho —susurro— y lo escucho a usted. ¿Sabe qué es lo más triste de todo esto? Lo más triste, para mí, es que también puedo verlo. Sé quién es y por lo tanto no puedo... Yo no puedo...

Me es imposible continuar sin que mi voz se quiebre.

Ethan no dice nada. Se limita a observarme desconcertado.

«Bien, Masterson, ya nada tienes que hacer aquí», me recuerda la razón.

Así es, llegó el momento que más temía: la despedida. Es inútil intentar describir el amargo sabor que me deja el saber que tengo que separarme de él, pero es lo único que me queda por hacer.

—Gracias por traerme. Adiós, señor Mills —le digo con debilidad. Después entro a casa con paso firme y el corazón desgarrado.

No puedo creer que...

Hasta hace pocos minutos estaba furiosa con él, ni siquiera planeaba agradecerle, y luego esas palabras... ¿de dónde salieron?

Sí, estuvo bien. Dije lo correcto. No tenía nada que perder al sincerarme porque a pesar de todo, a pesar de que no sienta nada por mí, sé que es un buen hombre. Pero la pregunta sigue latente: ¿por qué se empeña en aparentar lo contrario?

«Le sorprendería lo mucho que sé de usted, Victoria».

¿Lo que sabe de mí? ¿Qué más puede saber además de mi nombre y que soy una estudiante universitaria?, y mi dirección, por cierto.

Me dejo caer sobre la cama con los ojos clavados al techo.

¿Cómo debo tomar lo que pasó? ¿Cómo? Si en el fondo mi corazón salta rebosante de alegría porque quiere creer que, a su manera, le importo.

## CAPÍTULO 9: CRUCE DE CAMINOS

Me parece que estos días han sido los más largos, tristes y solitarios de mi vida. El frío que siento es insoportable y agotador. Todo es absolutamente patético; sobre todo yo, que me he aferrado, como único consuelo, a una costosa pieza de fina tela. Tengo su saco conmigo, y ni siquiera lo noté hasta después de que él se marchara.

Huele a Ethan. Su dulce aroma está impregnado en cada fibra de la prenda. Cuando me cubro con ella me permito imaginar que son sus brazos los que me rodean. Sus brazos que me resultan cálidos, protectores...

Puede que esta sea la única prueba física fehaciente que me quede para convencerme de que él fue real, y a partir de esa realidad, mi futuro se ve sombrío y sin vida.

Ya no puedo negarlo: me enamoré como una imbécil de él, de alguien que evidentemente no es para mí y que está fuera de mi alcance, quizá a millones de años luz.

¿Cómo puede ser posible? Siempre fui en extremo cuidadosa con mis sentimientos, me esforcé por mantenerlos a raya para no involucrarme en ningún tipo de lío amoroso, pero entonces llega Ethan Mills, un hombre que no es de mi mundo, que no se parece en nada a lo que había soñado y que llegó a mi vida con el firme propósito de poner mi mundo de cabeza.

No he prestado atención en clase; las últimas horas han sido para mí un completo calvario y en las noches, llorar se ha vuelto un ritual.

¡Maldita sea! Quiero arrancar su imagen de mi corazón, pero no importa cuánto luche, simplemente no se va.

—Vic, ¿qué te sucede? Toda la semana has estado apagada, como muerta en vida —inquire Mila, llena de compasión.

Muerta en vida... Sí, es así exactamente como me siento. Como si la sangre hubiese dejado de circular por mis venas, como si mi corazón hubiese estallado en mil pedazos, loco de tanto dolor. Pero esta solo es una respuesta para mí. No puedo decirle a Mila que me enamoré de Ethan, ¡es absurdo! Quizá debería contarle que mamá se mudará a otra ciudad, puesto que ese es otro motivo para mi infelicidad. Me encantaría ir con ella y dejar atrás estos inoportunos sentimientos que me estrujan el corazón, pero no puedo; mi vida, o lo que queda de ella, se encuentra aquí.

—Mamá será transferida a Indiana. Viviré sola.

—Lo siento amiga —me dice y acaricia mi cabello con desmesurado cuidado—. Pero no te preocupes. Recuerda que existen los fines de semana.

—Supongo —murmuro sin ánimo—. Tengo que irme, pasaré por la biblioteca a devolver un par de libros y a conseguir otros.

—O puedes venir conmigo. Peter organiza una fiesta esta noche, ¿sabes? No está mal que te diviertas de vez en cuando. ¡Vamos, abuela! Por favor...

—Me gustaría, pero tengo varias cosas pendientes, Mili. Ahora que mamá se va, quisiera aprovechar el tiempo que me queda con ella. Me entiendes, ¿verdad?

Mila asiente.

Odio mentirle, pero es la única manera de despistarla.

Mamá ni siquiera está en la ciudad. Viajó a arreglar todo para su traslado y no volverá hasta pasado el lunes; en fin, esa mentira es mejor que decirle que quiero estar sola.

Salgo de la facultad en dirección a la biblioteca —eso era verdad—. Solía visitar ese lugar con frecuencia, cuando mi vida era como la de cualquiera, sin complicaciones o enredos amorosos. Quizá si intento retomar mis actividades cotidianas, me sea más sencillo olvidarme de Ethan y su extraña personalidad.

Frunzo el ceño cuando, al pasar por la plaza principal de Athens, de forma instantánea, llegan a mi mente recuerdos reconfortantes y a la vez dolorosos.

Aquí lo conocí. Aquí admiré sus ojos por primera vez; esos profundos ojos negros que me robaron el aliento desde el primer momento.

Suspiro y miro a mi alrededor, guardando la esperanza de verlo, pero no está.

¿Por qué estaría? Seguramente ya ni siquiera se encuentra en la ciudad.

La bibliotecaria es una amable y adorable señora de no más de sesenta años, lo asumo por los largos cabellos de plata que le cubren una gran parte de su perfilado rostro.

Su historia, a mi parecer, es bastante trágica. Varias veces me he preguntado: ¿cómo puede mantener su sonrisa después de todo lo que ha sufrido? Perder a su esposo y a sus tres hijos en un estrepitoso accidente de tránsito debió de haber sido devastador para ella, sin embargo, no hay día en que una sonrisa no esté perfectamente enmarcada en sus labios.

Cuando me ve entrar me dedica una dulce mirada de bienvenida, después

continúa tarareando la letra de «*Brown Sugar*». Le devuelvo el gesto e inconscientemente empiezo a cantar en mi mente el éxito de los *Rolling Stones* mientras busco lo que necesito: un par de tomos de historia y una que otra novela en la que no exista ningún tipo de romance.

—¡Gracias, señora López! —le digo y me encamino a la salida.

—De nada, Victoria. Salúdame a tu madre.

—Seguro. Hasta pronto.

—Hasta pronto, hija —se despide.

Me siento fatal, no solo mi ánimo se encuentra por los suelos; mi cuerpo también parece resentir mi continua aflicción: tiembla, se tambalea y parece estar dispuesto a dejarse caer en cualquier sitio. ¡Maldición! ¿Acaso se debe a mi falta de apetito de los últimos días? La respuesta es obvia: apenas y he probado bocado desde el viernes de la semana pasada.

¿Por qué seré tan tozuda?

«Porque te gusta sufrir como una mártir», me responde la razón, que ha adoptado su forma humana y me mira con el entrecejo fruncido.

La ignoro y cruzo el umbral, pero enseguida me sujeto con fuerza de una de las cuatro columnas de concreto del porche de la biblioteca, víctima de un fuerte mareo que hace que abandone mi autocrítica sobre la cantidad de sufrimiento que una mujer está supuesta a tolerar.

Tomo un poco de aire e intento avanzar prácticamente a ciegas, porque la vista se me ha nublado de repente. Doy un par de pasos hasta el borde de la acera, pero antes de que pudiera dar un paso más, mi cuerpo cede a sus caprichos y se deja caer, enviándome directamente al piso, junto con los libros que llevaba en las manos.

¡Mierda, soy un desastre! Y, ahora, un desastre sin un gramo de energía.

Levanto la vista, totalmente avergonzada por la falta de coordinación de mis pies y pronto, como si fuese una especie de aparición divina, me es posible admirar el hermoso y varonil rostro del único hombre que ha sido capaz de robarme el aliento. Él se apresura a rodearme con sus brazos para ayudarme a poner de pie.

—Señor Mills... —consigo decir, casi sin aliento, cuando sus musculosos brazos me abrazan.

—Victoria, ¿se encuentra bien?

Sus ojos me examinan ávidamente de pies a cabeza, con preocupación.

«Ethan, estoy bien. Ahora que te veo me siento mejor», contesto en mi

mente.

Asiento.

—Disculpe... Debería haberme fijado.

—¿Iba a su casa? —pregunta sin abandonar su mirada inquieta.

—Sí. Será mejor que me vaya de una vez —declaro en un hilo de voz y me dirijo a Mason para que me entregue los libros que se apresuró a recoger.

Me siento tan avergonzada... Aunque la abrumadora felicidad que me embarga, aparta de a poco ese incómodo sentimiento.

Ethan me sujeta con más fuerza, impidiendo que me aparte de su lado.

—Permítame llevarla. Se ve usted muy pálida y débil.

Frunzo el ceño. Definitivamente debo estar hecha un desastre para ser merecedora de tan gentil ofrecimiento, y claro, me siento pésimo.

Sus dedos acarician delicadamente mis nudillos.

—No se preocupe, señor. Yo...

¡No! Todo empieza a girar, a oscurecerse a mi alrededor. Mi cuerpo no responde y lo último que escucho es el grito ahogado de Ethan pronunciando mi nombre.

\*\*\*

—¿Quiere que contacte a su familia, señor?

—No, me ocuparé de ella. Es todo.

—Señor.

El murmullo de voces y el sonido de una puerta cerrándose me devuelven a la realidad. Intento abrir los ojos, pero no puedo, no tengo fuerza.

¿Por qué no puedo hacerlo?

Y esas voces...

¿Ethan? ¿está aquí? ¿es su voz?

Poco a poco los recuerdos regresan a mi mente como la neblina esparciéndose al atardecer: Ethan y yo... nos encontramos fuera de la biblioteca y...

¡No es posible!

Me levanto sobresaltada cuando recupero la razón en su totalidad, pero el movimiento brusco de mi cuerpo me ocasiona un gran mareo que me deja atontada por unos instantes.

—¡Victoria! —grita Ethan alarmado y se apresura hacia donde estoy—. ¿Cómo se siente? —reemplaza su tono de alarma por uno mucho más suave.

Ahora me habla como si se dirigiese a una niña pequeña.

—¿Dónde estoy?

¡Qué dolor! Intento con torpeza sobar mi cabeza que bombea como si hubiera recibido un fuerte golpe.

Un segundo... esta no es mi cama. Esta no es mi casa. Estoy...

—¿Estoy en su casa? —inquiero con voz ronca. Maldición. ¡Por supuesto que estoy en su casa! —. ¡Cómo se atreve a traerme aquí sin mi consentimiento!

—Señorita Masterson, no podía esperar a que despertara para atenderla. Se veía muy mal —replica en tono conciliatorio.

—¡Necesito ir a mi casa de inmediato!

—El médico recomendó reposo.

Parece irritado con mi negativa.

—¡Pues ya me siento mejor!

¿Ahora pretende hacerse el héroe?

Me levanto decidida a marcharme, pero fracaso en el intento y vuelvo a caer en la cama.

¡Maldita sea!

Levanto la vista. Ethan lleva un cómodo pantalón chandal gris y una ajustada camiseta polo teñida en blanco. Va descalzo y tiene el cabello elegantemente alborotado. Miro sus profundos ojos negros y me doy cuenta de que su expresión fría es menos intensa, pero aún distante.

—Creo que no lo está —me dice con sequedad mientras toma el filo de la manta para cubrirme, rozándome la mano con sus dedos. Empiezo a temblar—. Victoria, es mi responsabilidad asegurarme de que esté bien.

¿Su responsabilidad?

Sus palabras le provocan un leve dolor a mi corazón.

Así que de nuevo quiere compensarme. ¿Por qué no aprendo? Debo meter esa idea en mi cabeza y procurar que se quede ahí: su forma tan atenta de comportarse se debe a que su sentimiento de responsabilidad es más fuerte que su aversión por mí.

Paso saliva.

Sé que si hablo empezaré a llorar y aunque quisiera decir mucho, me contengo; primero: porque no quiero dar un espectáculo de llanto frente a él; segundo: porque sentirlo cerca me perturba.

—Tomaré su silencio como un sí —murmura esquivando mi mirada con

algo de incomodidad y se incorpora hasta quedar de pie junto a la cama—. Descanse.

Ethan sale de la habitación antes de que pudiera responderle.

¡Dios! ¿Por qué no puedo mantenerme serena cuando estoy con él?

«Respira, Victoria, respira», me digo mentalmente.

Hay toda una telaraña de sentimientos dentro de mí. Sé que estoy molesta por todo, pero al tiempo, estoy confundida por su cambio y por su desconcertante forma de proceder. Es un hombre... ¿extraño? ¿misterioso? No sabría decirlo con exactitud, pero me inquieta y mucho. Quisiera poder entenderlo, pero Ethan es como un crucigrama sin solución.

¿Quién es? ¿Por qué no desaparece de mi vida?

\*\*\*

—¡Ethan! —grito en medio de la absorbente oscuridad que me rodea.

¿Dónde estoy? ¡Quiero salir! ¡Necesito salir!

—¡Ethan! —vuelvo a gritar, pero mi voz se ahoga en un eco lastimero.

Miro a mi alrededor y lo único que puedo encontrar es oscuridad y soledad. Camino sin rumbo e intento encontrar una salida, pero solo consigo adentrarme más en este tenebroso lugar, y aunque lucho por salir de él, no puedo hacerlo.

Tengo miedo.

—¡Ethan!

Su nombre salta de mis labios cuando consigo ver a su luminosa figura avanzar hacia mí. Yo corro a su encuentro y pronto me veo envuelta por sus brazos y su cuerpo, que me protege con su calor.

Gracias a él, el miedo ha desaparecido por completo.

Estoy feliz.

\*\*\*

Despierto con una enorme sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro.

«¿Dónde estoy?», me pregunto mientras intento recuperar el norte.

Ah, sí. Estoy en su casa. En la casa de Ethan. Y el sueño... Ethan y yo...

Vuelvo a sonreír.

«Solo en sueños te tengo y así te prefiero: imposible y posible a la vez»,

pienso en voz alta y dejo escapar un profundo suspiro.

Una vez que consigo dejar de lado mis ensoñaciones, desvío la mirada para examinar mi entorno: estoy en medio de una inmensa habitación color gris platino.

¿Será su habitación?

Miro el mosaico formado por pinturas abstractas que adorna una de las immaculadas paredes a mi costado izquierdo: es exquisito e impresionante.

Hay un sofá de piel frente a la inmensa cama con sábanas de seda en la que me encuentro.

«Este lugar es gigantesco», reflexiono mientras mis ojos se distraen con la pequeña lámpara de cerámica que adorna una de las mesitas de noche de madera oscura que se acomodan a cada lado de la cama. El estilo de la habitación es sobrio y elegante, pero no me parece que sea de Ethan.

Cierro los ojos para abandonarme a la reflexión:

¡Estoy tan confundida! Sé que debería darme temor encontrarme sola en la casa de un desconocido, y sí, lo sentía al principio, sobre todo cuando desperté, pero extrañamente ya no es así. El sueño que tuve fue como una revelación; no sabría decir de qué, pero siento que derribó la gran barrera que existía entre los dos. Ahora la familiaridad y la culpa por cómo lo traté, crecen en mi interior.

Supongo que tendré que hablar con él y agradecerle por no haberme dejado sola e inconsciente en la calle.

—Buen día, señorita —masculla con timidez una muchacha rubia que asoma la cabeza detrás de la puerta—. Disculpe mi intromisión... pensé que aún dormía.

—Hola, no... no te preocupes. Pasa —consigo decirle con amabilidad a pesar de mi turbación.

Hace lo que le pido.

Va vestida con algo que parece ser un uniforme azul cielo. Es muy joven y bonita, me doy cuenta, aunque sus ojos exageradamente grandes y azules se mantienen apartados de mí.

—Le traigo su desayuno —continúa.

La rubia de trenzas deja la bandeja con comida sobre una mesa auxiliar junto a la cama, y algunas bolsas de las típicas tiendas departamentales, sobre el sofá.

—¿Eso es...?

—El señor Mills se lo envía. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?  
Miro las bolsas, inquisitiva. ¿Qué puede haber en ellas?

—¿En dónde se encuentra el señor Mills?

—En su estudio, trabajando.

—Bien. Gracias —sonrío.

—Estoy para servirle. Con su permiso —hace una reverencia y sale de la habitación a toda velocidad.

«¿Qué es eso?», indaga la razón.

Me levanto cuidando de no caer de nuevo en la cama, dejo de lado la comida y me apresuro a revisar el contenido de las bolsas misteriosas.

En una de ellas hay: ¿ropa interior?

Me quedo helada, con las intimidantes prendas suspendidas en mis dedos.

«¿Te ha comprado ropa interior?», murmura ronca la vocecita de la razón.  
«Lo ha hecho», convengo y carraspeo para controlar mi incomodidad.

En efecto, un precioso sujetador blanco con encaje en los bordes, que hace juego con las bragas que aún sostengo en mi mano, es el contenido de la primera bolsa. Reviso con temor el contenido de la segunda bolsa: un vestido rosa pálido de lino; en la tercera: flats a juego, y en la última: varios artículos de aseo personal.

Frunzo el ceño, y con las mejillas teñidas de rojo vuelvo a sentarme al borde de la cama.

Bien, tengo varios puntos claros: es su casa, seguro, y es obvio que es un hombre de dinero, eso lo sé porque recuerdo haber leído algo sobre los miles de dólares que gana a diario.

¿Qué hago en la casa de un hombre como él? Y ¿por qué se tomó la molestia de comprar todo esto?, sobre todo la ropa interior —vuelvo a ruborizarme—.

La única explicación posible sería que está acostumbrado a hacer este tipo de cosas. Seguramente así es como impresiona a todas esas mujeres que lo persiguen, comprándoles cosas. Sin embargo, dudo que el fin de Ethan sea impresionarme.

¡Dios! No estoy nada cómoda con lo que hizo, pero debo admitir que es exactamente lo que necesito.

Vuelvo a mirar el contenido de las bolsas y me doy cuenta de que, por todo lo que hay en ellas, sabe exactamente lo que necesita una mujer. Tal vez porque varias han estado aquí, quizá en esta misma cama, o en la suya.

Se me forma un nudo en la garganta cuando esa dolorosa idea pasa por mi mente: Ethan con alguien que no soy yo...

«¡Basta, Victoria! No tienes derecho de sentirte así. Él no es más que un conocido para ti», me recrimina la voz. Sí, un conocido que parece no querer salir de mi vida, pero ¿quiero que lo haga? No... Sí... ¡No lo sé! En este momento no consigo pensar con claridad.

El hambre ha desaparecido. Estoy segura de que no podría pasar ni un solo bocado. Lo mejor será que me vista de una vez.

Voy al cuarto de baño para tomar una ducha y dejar de pensar en ojos negros, sonrisas perfectas y extraños comportamientos. En cuanto entro mi mandíbula se va al piso.

¡Es inmenso!

Piso de mármol con un sutil tono dorado, paredes blancas adornadas con pequeños y bellos cuadros que cuelgan junto a las encimeras color chocolate, que lucen impecables con el lavamanos de un blanco luminoso, y en el centro, la ducha con paredes de cristal y una enorme bañera.

¡Uau! —dejo escapar un pequeño silbido y entorno los ojos.

Todo este lujo no es necesario. Es como despilfarrar el dinero. Claro que alguien como él puede permitírselo. Es evidente que su estilo de vida no es para nada modesto.

Cuando termino de ducharme, envuelvo una toalla en mi cabello y cubro mi cuerpo con una de las batas de baño que encuentro sobre las encimeras, después voy de vuelta a la habitación con la mente más despejada y con la idea fija de marcharme cuanto antes de este lugar.

—¿Cómo se encuentra?

Doy un respingo cuando escucho la voz de Ethan. Está de pie, recargado en el umbral de la habitación.

¿¡Qué narices hace aquí!?

Mi rostro se pinta de todos los colores mientras desvío mis ojos muy lejos de lo suyos.

«¡Muerta de vergüenza!», exclamo mentalmente.

—Me siento mejor, gracias —contesto totalmente azorada por lo poco que llevo encima. Es un alivio que no haya decidido salir desnuda del cuarto de baño.

Me armo de valor y decido mirarlo. Sus ojos se mantienen fijos en mí, examinándome con atención. Carraspeo.

—Bien. Pensé que necesitaría ropa limpia.

¿¡Y ahora me lo dice!?

—Se lo agradezco, pero no debió. El que usted esté acostumbrado a comprar ese tipo de cosas para las mujeres con las que trata o para las que trae aquí, no debe hacerle pensar que tiene que hacer lo mismo conmigo —le digo con censura, ignorando la tristeza que me produce pensar en eso.

Ethan frunce el ceño y momentáneamente me parece que sopesa mis palabras. Continúo.

—De verdad se lo agradezco, pero no puedo aceptarlo. Esto es demasiado, señor Mills.

Baja la mirada, meditabundo, después la vuelve a fijar en mí con más intensidad.

—Usted es la primera —confiesa en un hilo de voz. ¿La primera en qué? ¿Qué quiere decir con eso? —. Vístase —ordena fastidiado antes de salir, dejándome con miles de cosas por decir atravesadas en la garganta.

Me siento en el sofá, totalmente desconcertada, e intento analizar sus palabras. ¿La primera? ¿Qué significa? Y ¿por qué siento esta enorme felicidad desde que lo dijo?

¡Maldición!, de nuevo me quedé sin habla frente a él y eso me hace sentir impotente. ¡Soy tan débil!

En cuanto termino de vestirme y de darle una forma bizarra a mi cabello, me doy un último vistazo en el espejo para estar segura de no ir demasiado arreglada, pero pronto me encuentro con la misma chica pálida de ojos verdes, sin gracia, que normalmente veo en él.

«Bien, esa soy yo», me digo en voz alta y salgo de la habitación sin rumbo.

Tengo que hablar con él, pero ¿cómo demonios voy a adivinar en dónde está?

La casa es gigantesca. Igual de impresionante que la habitación y el cuarto de baño, nada sencilla, por supuesto. Las paredes interiores son de piedra y madera, con cierto aire rústico-moderno, y hay varias pinturas extrañas adornándolas, pero ninguna fotografía familiar o algo que me diga más sobre Ethan.

Bajo las escaleras, guiada por mi instinto, y camino por un pequeño corredor hasta que llego a una puerta de cristal que parece llevar a una especie de jardín. Me asomo con timidez y veo a Ethan sentado frente a una pequeña mesa, cubierta con un parasol.

El corazón se me desboca al mirarlo.

¡Cielos! Se ve tan guapo. Su semblante despreocupado, su perfecto perfil griego, su mentón varonil y sus labios apretados le convierten en una fantástica figura mitológica, en un dios sobrenatural que representa la belleza masculina a la perfección.

## CAPÍTULO 10: LA OTRA CARA DE LA MONEDA

Está sumido en la lectura: «*El Proyecto Esposa*»<sup>[xi]</sup> —leo la cubierta—. Esto es inquietante. Imaginaba que acostumbraría a leer otro tipo de libros. Tal vez enormes volúmenes de finanzas o algo parecido. No creo que el poderoso Ethan Mills tenga problemas para salir más de una vez con una mujer, puesto que ellas lo persiguen y se derriten cuando lo ven.

«¡Y yo tan ingenuamente enamorada!»

Estoy segura de que mi nombre no podría aparecer en la lista de candidatas para un posible romance y mucho menos si lo que busca es una mujer que se ajuste a alguna especie de cuestionario creado por él.

¿Cómo debo acercarme? ¡Me siento tan torpe!

Doy paso tras paso conteniendo cada vez más la respiración conforme me aproximo. Tenía tantas cosas para decirle y ahora, ya no las recuerdo.

Inspiro hondo y lleno mis pulmones de aire para darme valor.

—Un libro absorbente —comento con extrema timidez.

Ethan se vuelve y me observa con avidez por unos segundos, seguramente pensando en lo horrible que me veo, después se levanta presuroso y retira la silla para que me siente a su lado.

—Espero que no le moleste que haya tomado prestado uno de sus libros; me pareció una elección interesante que no pude resistir —me dice sacudiendo un poco el tomo que ahora reposa sobre la mesa de cristal—. ¿Gusta algo de tomar?

—No, gracias —musito y bajo la mirada.

—Su semblante ha mejorado.

—Eh... sí... me siento mejor. Usted ha sido muy amable.

Tras esa corta, pero firme respuesta, un largo silencio se cierne entre los dos. Empiezo a jugar con mis dedos buscando en vano relajarme. Él solo me mira, de una forma abrazadora e intensa, como una violenta tormenta que me deja sin respiración. Carraspeo e intento controlar mi ansiedad en la mayor medida de lo posible.

Ethan cruza las piernas y palmea sus labios con su dedo índice, inmerso en sus pensamientos.

—Cuénteme sobre usted.

—¿Sobre mí?

Asiente con una media sonrisa enmarcada en los labios.

¡Dios! ¿Cómo puedo concentrarme en mí, si el corazón no hace más que latir como un loco cuando está junto a él?

—Bueno, usted sabe que estudio publicidad.

—Y que fue una auxiliar temporal en GAA —añade divertido.

Me ruborizo.

No creo que quiera recordar lo que sucedió esa noche. Yo misma estoy tratando de dejarlo de lado.

—Señor Mills, de verdad estoy muy agradecida por las atenciones que ha tenido conmigo, pero... me confunde.

—Ah, ¿sí? —Se yergue inclinándose hacia mí—. ¿Cómo podría confundirla?

—Al traerme a su casa a pesar de lo que dijo la última vez que hablamos. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me ayudó?

Ethan ladea la cabeza y frunce el ceño por millonésima vez.

—«Los proyectos importantes requieren persistencia» —cita una de las frases del libro, pero, por alguna extraña razón, siento que no ha respondido a mi pregunta, o que lo ha hecho planteándome un acertijo que no podré resolver jamás. Qué extraño—. El médico concluyó que su desmayo fue una consecuencia de una mala alimentación —me dedica una mirada reprobatoria.

¿Acaso está regañándome?

—La verdad es que me siento mucho mejor y...

—Necesito estar seguro de que se encuentra totalmente bien —masculla raptando mi mano, acariciándome los nudillos. Dejo de respirar—. Permítame cuidarla, por favor.

¡Cielo santo, quiere cuidar de mí! ¡De mí! ¿Estoy soñando? No puedo creer lo que acabo de escuchar.

Tengo mil y un sentimientos, todos revueltos, en mi corazón: emoción, temor, amor...

Lo miro con timidez y enseguida me doy cuenta de que Ethan se ve diferente; luce tranquilo, despejado y ha suavizado la mirada.

¿A qué se debe su cambio?

No, en realidad no es un cambio. Este hombre dulce y preocupado que tengo en frente es él verdaderamente; sin máscaras, ni disfraces; es simplemente él.

—¿Por qué quiere cuidar de mí? —inquiero en un hilo de voz, con el poco aliento que me queda. Respirar a su lado se convierte en un verdadero desafío —. Usted ha hecho mucho; quizá más de lo que merezco.

Él ladea la cabeza nuevamente y sonríe.

—¿Eso cree? —arquea una ceja y frunce los labios. Asiento—. No podría responderle, Victoria. No podría porque no lo sé. No consigo entender lo que usted...

De nuevo deja sus palabras en el aire. ¿Por qué no lo dice?

¡No! No puedo armar ideas locas en mi cabeza. No de nuevo. Pero ¿cómo negarme? ¿cómo?, si también deseo estar cerca de él. Deseo su compañía.

—Me quedaré —convengo finalmente, incapaz de resistirme a las suplicas de la mujer que está dispuesta a complacerlo en todo; la misma que toma el control de mi cuerpo, de mi razón y de todos mis sentidos cuando está junto a él.

Una mirada intensa es su respuesta, y el brillo que se refleja en sus dos oscuros faros, se queda grabado dulcemente en mi corazón.

Definitivamente es un hombre atrapante. Su sonrisa, sus ojos, la manera en la que se expresa... Ethan Mills es como una especie de droga altamente adictiva. Es interesante, inteligente...; me siento cómoda a su lado, a pesar de ese poder incomprensible que ejerce sobre mí; como nunca me había sentido con nadie.

¿Puedo permitirme sentir lo que estoy sintiendo? No lo sé y ahora, aunque me esté prohibido hacerlo, ya no hay marcha atrás. Estoy atrapada en la oscuridad de sus ojos que a la vez son mi luz.

—Señor.

Mason aparece en el jardín, sacándome de mi análisis sentimental. Él e Ethan cruzan miradas, después Mason desaparece.

—Lo había olvidado —murmura Ethan con mala cara y le da un rápido vistazo a su reloj de pulsera—. Tengo un compromiso en un par de horas. Una cena benéfica.

Y hasta aquí llega el día feliz.

—No se preocupe, señor. Atienda sus asuntos. Tomaré un taxi para volver a casa.

—Esperaba que aceptara acompañarme, señorita Masterson.

¿¡Qué!?

—¿A-a s-su c-c-cena? ¿E-elegante? —tartamudeo.

¿Ahora quiere salir conmigo?

—Como todas —sonríe.

Supongo que mi pregunta le resulta graciosa y ahora me parece realmente tonta. Obvio que Ethan debe asistir únicamente a eventos de alta gama. ¿De beneficencia? También es filantrópico, aunque, de alguna forma, lo sabía, sin embargo, es placentero comprobar una vez más que *el león no es como lo pintan*. Ethan es totalmente diferente a lo que aparenta, lo puedo ver en sus ojos.

Asiento.

—Será mejor que nos preparemos. ¿Vamos?

Me extiende la mano, la tomo y vuelvo a asentir en respuesta.

Miro su mano sobre la mía mientras caminamos hasta la casa. El que la tome se ha vuelto algo normal y satisfactorio para mí, cada vez que lo hace el cuerpo se me llena de mariposas. Me pregunto si él también las siente.

Entramos a la sala de estar principal para encontrarnos con la rubia de ojos grandes. Frunzo el ceño. La muchacha lleva en sus manos tres bolsas como las de la mañana.

¡No otra vez!

—Necesita algo especial para la ocasión —explica Ethan.

—¿Cómo sabía que aceptaría acompañarlo?

—Siempre consigo lo que quiero —alardea sonriente.

Inconscientemente entorno los ojos, un poco fastidiada por su falta de humildad, o quizá por lo predecible que puedo parecerle.

—Señor Mills, no puedo aceptar. Esto es demasiado.

Y de verdad lo era: la ropa de la mañana, estar aquí en su casa y ¿ahora esto? No estoy acostumbrada a recibir regalos de hombres que apenas conozco; de ningún hombre en realidad.

—Victoria, puedo permitirme estas cosas.

Por supuesto que puede permitirse estas cosas, pero yo no. No puedo permitir que gaste su dinero en mí.

Mis labios se entreabren para refutar su vaga explicación, pero Ethan se adelanta y coloca su pulgar sobre ellos para silenciarme. Paso saliva ante su sorpresiva caricia.

—La veré después —musita con voz ronca y se marcha sin más.

De nuevo me deja sin palabras. Es increíble la facilidad con la que logra desarmarme.

Llevo mis dedos a mis labios y los acaricio también, imitándolo. Mi cuerpo se estremece.

—Señorita, le acompaño a su habitación. —La rubia de trenzas me devuelve a la realidad. Asiento y la sigo por la escalera.

Estoy abrumada por todo lo que ha pasado en tan poco tiempo. ¿Cómo terminé aquí?, en su casa, en su espacio. De nuevo vienen a mi mente sus palabras: «Usted es la primera». ¿Cómo puede emocionarme tanto una frase tan simple? Tal vez por la forma en que la dijo o por su sinceridad, que fue tan evidente en ese momento.

No puedo creer que haya aceptado acompañarlo cuando lo que menos deseo es estar en un lugar repleto de personas con los bolsillos llenos de dinero. Preferiría quedarme, pero acepté; en un momento de debilidad acepté.

El vestido es bellísimo: largo, de un hermoso tono beige con transparencias en los brazos y cintura, que acompañan con elegancia a un pronunciado e intimidante escote en forma de corazón.

Recojo mi cabello en un moño y me pongo los accesorios que venían en las bolsas: pendientes de diamante y una gargantilla bastante discreta a diferencia del atuendo que llevo. Me maquillo un poco, por primera vez, y me miro en el espejo.

¡Vaya! Apenas y puedo reconocerme. Me veo... distinta. Con este vestido hasta parece que tengo curvas. Imagino que se debe a lo ajustado que me queda al cuerpo.

Mientras bajo las escaleras, que en este momento parecen ser eternas, me pregunto si no me veo ridícula vestida así. No soy buena con esto de los vestidos, tacones y peinados.

«¿Por qué habré aceptado?», me recrimino internamente.

Veo a Ethan, de espaldas, con las manos en los bolsillos, mirando hacia el jardín desde el gran ventanal del vestíbulo. Se ve tan... atractivo, incluso de espaldas.

—Lamento mucho haber tardado —carraspeo—. Espero estar a la altura del evento.

Ethan se vuelve al escucharme. Sus bellos ojos negros me observan con detenimiento de pies a cabeza, y lo hacen de una forma intensa. Me remuevo un poco incómoda por el frío que recorre mi espalda. Jamás me habían mirado así.

—Estoy algo nerviosa —continúo—. Es la primera vez que asisto a un

evento como ese y...

—Perfecta —masculla acercándose para tomar mi mano y darle un tierno beso.

Intento mantenerme serena cuando sus labios tocan mi piel, pero es imposible, todo mi cuerpo arde en ese instante.

Ethan lleva un sencillo y elegante esmoquin negro que le hace lucir impresionante. Es la perfección personificada.

—¿Vamos? —Coloca su brazo derecho en jarra. Dudo un poco antes de tomarlo, pero lo hago al final.

Salimos de la casa.

La residencia de Ethan Mills es la más lujosa e imponente del lugar, aunque algo apartada de las demás; como él. Debe ser cierto cuando dicen que las cosas se parecen a su dueño; esto es una prueba de ello.

No he sido capaz de emitir palabra y él parece estar en la misma situación. No ha dicho nada desde que subimos en su suntuoso auto. Es extraño, pero a pesar del largo silencio que hay entre los dos, no me siento incómoda, aunque me gustaría saber qué es lo que piensa.

—Luce deslumbrante esta noche. Es una mujer encantadoramente bella, Victoria —murmura.

Me vuelvo hacia él, sorprendida por sus palabras que por un momento me parecen graciosas, tanto, que dejo escapar una pequeña risa.

—¿Dije algo gracioso? —pregunta extrañado.

—Que soy bella —le digo riendo con discreción, pero mi diversión se esfuma al ver su rostro sin un gramo de humor.

¿Dije algo malo? No lo creo, pero su mirada congelada me paraliza.

—Es verdad —apunta y vuelve sus ojos a la ventanilla.

¿Qué le sucede? Sus repentinos cambios de humor me confunden.

—Nadie me lo había dicho nunca, a excepción de mi madre.

Ahora que lo pienso, de verdad nadie me lo había dicho, solo Julian Greene, pero prefiero no recordar a ese sujeto.

—Eso es imposible —replica sin mirarme.

¿Imposible? ¿Por qué habría de serlo? No me considero una chica guapa, de hecho, pienso que soy como el promedio, no más que una chica común.

¿Por qué me lo dice? ¿Piensa que soy bella?

¡Qué pregunta más estúpida! Por supuesto que lo piensa, por eso me lo dijo.

—Tal vez es algo que solo usted puede ver —susurro y enseguida miro mis pies, con nerviosismo.

¿Yo dije eso?

En cuestión de segundos sus dedos están sobre mi rostro, levantándolo para que mis ojos encuentren a los suyos.

—Es algo que muchos pueden ver, se lo aseguro, pero yo veo más... mucho más, Victoria.

—¿Y qué es lo que ve? —inquiero casi sin aliento por su cercanía.

Aguardo su respuesta con una ansiedad incontrolable que me carcome el interior. Su mirada es abrumadoramente intensa y ahora va dirigida a mis labios. ¿Qué es lo que espera para hacer lo que creo que va a hacer? Quiero que me bese. Este es el momento propicio para un beso, y yo ¡lo deseo tanto!

—Lo sabrá a su tiempo —contesta, apartándose sin dejar de mirarme, y esboza una sonrisa misteriosa y sexi que termina de derretirme.

Saboreo cada una de sus palabras a pesar de la desilusión que me provocó el que sus labios no hayan tocado los míos. Siento que hay una especie de promesa escondida en ellas.

Mason aparca frente a un edificio gris, mediano. Ethan baja y rodea el auto con elegancia para abrirme la puerta.

—¡Mills! ¡Bienvenido! —dice casi a gritos un hombre simpático que se acerca a saludarnos con una enorme sonrisa. Lleva un esmoquin negro que combina con el color de su cabello.

—Ralf, te presento a la señorita Victoria Masterson —indica Ethan sin soltar mi brazo que cruza al suyo desde que bajamos del auto.

—Señorita. —Ralf hace una reverencia—. Estoy completamente a sus pies —continúa recorriéndome por completo con la mirada.

Miro de reojo a Ethan: tiene el entrecejo demasiado fruncido —más de lo habitual— y observa a Ralf con displicencia.

—Gracias, mucho gusto.

—Por favor, sigan —añade recuperando la compostura, tal vez intimidado por la mala cara de mi acompañante.

Entramos y en cuestión de segundos todas las miradas del lugar se nos clavan.

Pronto empieza un largo desfile de personas que se acercan por turnos a saludar a Ethan durante nuestro trayecto hasta la mesa central; todos con la misma sonrisa que Ralf tenía al vernos llegar. Cuando las atenciones

concluyen, Ethan abre la silla para que me siente, después se acomoda a mi lado.

—Todos lo miran.

Desde que entramos es así. ¿Y cómo no hacerlo? Él se ve impresionante.

—La miran a usted. Es una mujer abrumadoramente bella y eso llama su atención, además, jamás me han visto acompañado. Acostumbro a estar solo en este tipo de eventos.

—No en todos —pienso con tristeza recordando a la mujer que lo acompañó a la fiesta de aniversario de GAA. Ethan me mira intrigado.

¡Maldita sea, lo dije en voz alta!

—Erica apareció en la entrada y no pude zafar de ella —aclara sin darle mayor importancia.

—Ya veo.

Quizá diga lo mismo de mí en un futuro no tan distante, aunque ¿por qué habría de hacerlo si fue él quien me pidió que le acompañara?

Decido olvidarme de las ideas turbias que cruzan por mi mente y me concentro en mi entorno.

Hay varias gigantografías, colgadas en los muros del salón, que hacen referencia a alguna campaña dedicada a la reconstrucción de la vida de niños, adolescentes y jóvenes con adicciones. Me pregunto si Ethan será el principal benefactor. Obvio sí —sonríó—. Es un hombre admirable, con muchas cosas buenas en su interior.

Continúo con mi inspección, y en medio de ella, veo a una mujer alta y rubia que se acerca a nuestra mesa. Es... Erica.

—¡Ethan, cariño! ¡Qué placer tenerte aquí! ¡Pensé que nos ibas a plantar! —exclama plantándole un atrevido beso muy cerca de los labios.

Cierro los ojos e intento controlar el repentino deseo de apartarla de él a jalones.

El otro día no le presté demasiada atención, pero es exactamente a como vagamente la recordaba. A pesar de mi infundada apatía hacía ella, debo reconocer que es una mujer muy guapa, quizá demasiado, pero Ethan está rodeado de mujeres como ella todo el tiempo. Lleva un vestido rojo intenso, corto y muy escotado, que apenas le cubre lo necesario, y unos tacones abrumadoramente altos.

¿Cómo consigue caminar con esa monstruosidad?

—Victoria, ¿recuerda a Erica Michaels? La conoció en el aniversario de

GAA. —¿Cómo olvidarla? Muevo ligeramente la cabeza a manera de saludo —. Erica, la señorita Victoria Masterson.

—Victoria, no pensé volver a verte. Es un... verdadero placer.

Su saludo es frío y evidentemente forzado, y, por la mirada incuriosa que me dedica, está claro que mi presencia no le hace feliz.

Vuelve a centrar sus ojos de nuevo en Ethan.

—Ethan Mills viene acompañado. Si me lo cuentan, no me lo creo —farfulla recorriéndome de nuevo con el desdén reflejado en los ojos—. En fin, quiero que me acompañes, hay alguien que desea conocerte. Se trata de un empresario alemán que está muy interesado en invertir y colaborar con la fundación.

—Estaré encantado de conocerle si la señorita Masterson me acompaña.

Frunzo el ceño.

«No, no creo que mi presencia sea importante, y tal vez Erica desee estar contigo a solas», respondo en mi mente.

—Si no le importa, preferiría quedarme aquí —le digo a modo de disculpa. Él me responde con una sonrisa dulce que es interrumpida por la señorita «lo nuestro todo».

—Ethan, hablaremos de negocios y cosas que Victoria seguramente no entendería. Querida, quedarte es una idea inteligente.

¡Bruja!

—Tiene razón, señor Mills, vaya tranquilo y atienda sus asuntos.

—Regreso enseguida —responde él con un rápido guiño que me ruboriza.

Erica se despide con media sonrisa y se van.

Un molesto sentimiento oprime mi corazón. ¿Qué es? ¿Celos? ¡No, no, no! No tengo derecho a sentirlos. Ethan es libre de estar con quien quiera.

«No eres nadie en su vida, recuérdalo».

¿De verdad no soy nadie para él?

La pregunta no tiene respuesta porque sus acciones me impiden encontrar una.

Mientras sigo con la mirada a Ethan y a su «amiga», escucho a los músicos que están en el escenario tocar: «*Round Midnight*». La melodía me relaja. Puedo decir que sé de música, ya que es algo que también me apasiona, aunque no he tenido tiempo de aprender a tocar ningún instrumento.

Los veo saludar a un hombre alto de mediana edad. Erica está colgada del brazo de Ethan mientras hablan con él durante un par de minutos.

La mirada que le dedica Erica a Ethan es de admiración; está claro que a ella le gusta, ni siquiera se esfuerza por disimularlo, pero ¿a él? Siento náuseas al pensar que también le pueda gustar.

Sé muy bien que no tengo derecho, pero me molesta su cercanía.

De repente todos vuelven la mirada hacia mí.

¡No! ¡Me descubrieron mirándolos!

Aparto rápidamente la vista y en el acto me doy cuenta de que un hombre corpulento se encuentra sentado a mi lado.

—Hola preciosa —me dice.

Es un hombre rubio, de ojos exageradamente verdes, y si no fuera por ese aire de villano de película que emana, diría que hasta mono. Le ignoro.

—Vamos, nena, ¿te comieron la lengua los ratones? —insiste.

Lo fulmino con la mirada con la esperanza de que capte el mensaje y se vaya, pero no lo hace.

—Si me disculpa —me levanto lista para marcharme, pero el gorila rubio me toma del brazo con demasiada fuerza que por poco me envía al piso—. ¿Qué cree que hace? ¡Suélteme ahora mismo! —protesto, consciente de que nadie me escucha por el volumen elevado de la música, aunque algunas miradas curiosas se nos han clavado, pero ninguna con la intención de involucrarse.

—Tranquila, cariño, solo quiero conversar. Dime ¿qué hace una belleza como tú tan sola?

—La señorita no está sola —gruñe Ethan tomando mi mano, liberándome de las garras del extraño. Su voz es fría e implacable y va acompañada de una mirada iracunda dedicada al desconocido que desaparece en el acto.

—¿Todo bien, Victoria? ¿Ese imbécil le faltó al respeto? —inquiere aún furioso.

—¡No, y yo podía manejarlo, señor Mills! —replico de mala gana, soltando su mano. No debió abandonar a Erica para venir a socorrerme. No lo necesitaba.

Ethan saca el móvil del bolsillo y presiona la pantalla un par de veces. Le responden enseguida.

—Encárgate —ordena y cuelga.

Me vuelvo y veo que Mason sale presuroso del salón. Está claro que habló con él.

—No lo dudo, pero ese hombre tiene muy mala fama —continúa nuestra

conversación.

—¿Lo conoce?

—Sí —hace una pequeña mueca de asco—. Fue mi socio hace años; cancelé nuestros negocios porque acosaba a Erica.

Paso saliva.

Los canceló para defenderla. Supongo que está bien que lo haya hecho, pero me pregunto si lo hizo porque es un caballero o por algún otro tipo de interés. Contengo el aliento. Me duele pensar que él pudiera estar interesado en la señorita llena de curvas.

Su rostro se mantiene turbado cuando regresamos a la mesa. Parece como si alguna idea desagradable hubiese cruzado por su mente.

No me gusta verlo así. ¿Es por aquel hombre?

—Ya, ¿cuando tenía diez? —bromeo.

Necesito que se relaje para poder hacerlo también. Ethan esboza media sonrisa, divertido con mi pregunta. Pero es cierto, se le ve tan joven...

—No, Victoria. Cuando tenía veintiséis —contesta tomando un sorbo de whisky, sin apartar los ojos de mí.

¿Veintiséis? ¿Cuántos años tiene?

—Tengo veintiocho —añade como si hubiera leído mi mente—. No soporté ver que ese imbécil la tocaba —musita con los ojos cerrados, intentando controlar el enojo que no ha desaparecido del todo.

—Ah, ¿sí?

¿Qué significa? ¿No soportó que ese tipo me toque?

De repente se acerca y acaricia mi sien con el pulgar. Mi corazón amenaza con salirse del pecho, late a toda prisa, desenfrenado. En un acto reflejo cierro los ojos para disfrutar de su inesperada caricia.

—Cambiaste mi mundo —susurra tan bajo que lo escucho de milagro.

Sus palabras parecen un pensamiento dicho en «voz alta». Un pensamiento que me deja totalmente perdida; inmersa en la profundidad de sus ojos, temblando sin saber qué hacer o qué decir.

¿Cómo podría cambiar su mundo?

Él cambió el mío. Lo convirtió en uno lleno de posibilidades.

## CAPÍTULO 11: QUIÉREME

La noche transcurre muy normal —o algo así—. Gente saludando, brindis y más brindis, donaciones millonarias anunciadas por el maestro de ceremonias..., en fin, Ethan me ha presentado a tantas personas que me es muy difícil recordar sus nombres, aunque no he podido dejar de notar que la mayoría de estas han agotado todos sus esfuerzos para conseguir congraciarse con él, a pesar de su actitud cortante y poco amable con la mayoría. Me recordó a la primera vez que nos vimos.

—¿En qué piensa?

—Es una buena causa la que apoya. No conozco a muchas personas interesadas en el bienestar del prójimo.

—Un hombre de negocios debe crear puntos de inversión para aumentar su capital —señala con cierto aire de irritación.

¿Inversión? No creo que una fundación genere algún tipo de ganancia.

—¿Y esto aumenta el suyo? No veo por dónde. En realidad, me parece que usted posee un corazón compasivo. Esto prueba que es así.

No me mira. Se limita a pasar los dedos por su brillante y ahora despeinada cabellera castaña y frunce el ceño.

—¿Aún piensa que hay algo bueno en mí? No lo haga, Victoria. No intente encontrar agua en el desierto porque sería inútil.

—Señor Mills...

—Ha llegado el momento de marcharnos.

Su voz áspera me congela.

¿Por qué reacciona de esa manera?

Está molesto y por un segundo me siento culpable por lo que dije, pero sé que, aunque continúe intentando convencerme de lo contrario, es un hombre excepcional.

Mientras regresamos a su casa pienso en todo lo que me llevó a estar sentada junto a un hombre que guarda una pésima opinión de sí mismo. Han ocurrido una serie de extraños acontecimientos que parecen haber conspirado para acercarnos. Es como si la vida hubiese puesto en marcha un plan del que ni él ni yo podemos escapar, o ¿tal vez soy yo la que quiere verlo de esa forma?

Ethan ha sido gentil conmigo últimamente, tan diferente a como actúa con

los demás; eso me confunde, porque cada vez que me agarro de algo que parece ser constante en su vida e intento descifrar su personalidad más a fondo, esto simplemente se desvanece.

—Es muy analítica, señorita Masterson. Esa es una excelente cualidad, aunque variablemente perjudicial. No olvide que: «*El que puede cambiar sus pensamientos puede cambiar su destino*»<sup>[xii]</sup>, y usted está muy a tiempo de cambiar el suyo.

Ethan me mira con una intensidad que me paraliza.

Siento que sus palabras son más bien una especie de advertencia para que no indague más de lo que él me lo permite, pero no puedo. Necesito que todas mis preguntas tengan respuesta.

—Intento comprender. ¿Por qué es tan atento conmigo? ¿Se siente culpable por lo ocurrido fuera de la biblioteca?

Y si es así, ¿quiero saberlo?

Ethan se queda callado, pensativo, y mientras espero su respuesta me doy cuenta de que su expresión pasó de la dulzura a la incomodidad.

—Estoy seguro de que no faltará ocasión para responder a su pregunta — murmura con seriedad y vuelve a mirar por la ventanilla.

Decido no insistir. Tal vez porque lo que dije le incomodó, o porque su respuesta, de alguna forma, me llena de esperanza.

Llegamos a casa sin decir ni una sola palabra desde su abrupto cambio de humor. ¡Es tan frustrante! Siento que debo cuidar meticulosamente todas y cada una de mis palabras, al menos frente a él.

Miro mis pies mientras caminamos hacia el vestíbulo. Es tarde y yo ya no tengo nada que hacer aquí, excepto pedirle a Ethan su teléfono y solicitar un taxi, aunque lo último que desee hacer en este momento sea marcharme.

¿A qué se habrá referido con eso de que no faltará oportunidad para responderme? ¿A que nos vamos a volver a ver?

Pronto nos encontramos en una sala de estar muy acogedora, con una inmensa chimenea —encendida—, un piano de cola color negro y un par de sofás a juego. Nos sentamos en el más amplio.

—¿Cansada?

Ethan parece preocupado.

Agotada, sería la palabra correcta. Mi cerebro ha trabajado arduamente armando y desarmando ideas sobre él sin obtener un resultado satisfactorio,

que está rendido. ¿Algún día podré descifrarlo? Otra pregunta que no tiene respuesta.

—Solo un poco. No se preocupe, ya podré descansar cuando llegue a casa. Me gustaría... pedir un taxi, si no le molesta.

¿Le estoy pidiendo permiso?

Lo miro con timidez, intentando adivinar su estado de ánimo. ¡Misión imposible! ¿Cómo adivinar algo en un hombre que es como la bóveda de seguridad de un banco?

—Es muy tarde, Victoria. Yo mismo me ocuparé de llevarla mañana — replica con tanta autoridad que me es imposible refutar u oponerme.

Miro las llamas bailar consumiendo de a poco los leños en la chimenea y de pronto me siento como ellos, como un indefenso trozo de madera que se quema bajo la ardiente mirada de Mills, sin opción a salvación.

—¿Algo de tomar?

Ethan vuelve a ponerse de pie y camina hasta una especie de vitrina que contiene varias botellas de vino y otros licores.

—Sí, gracias —respondo.

No me vendría mal una copa. Tengo la garganta seca.

Le observo con atención mientras llena las copas y regresa junto a mí para ofrecerme una de ellas. La tomo, agradecida.

Vuelve a sentarse.

—Es una noche muy bonita —mascullo buscando conversación, antes de beber el vino. Sabe bien.

Ethan tiene buen gusto en lo que a vinos se refiere. Bueno, en realidad tiene buen gusto para todo.

—Su timidez es adorable. —Parece encantado.

¿Adorable? Sus palabras vuelven a ser dulces y ahora, una sonrisa se enmarca perfectamente en su rostro. Suspiro con discreción y bebo otro sorbo de mi copa.

—Siempre he sido una muchacha de pocas palabras.

«Invisible y torpe, en lo que a motricidad se refiere», me recuerdo mentalmente.

—Además, es usted una mujer muy fuerte y valiente. —Lo miro intrigada. ¿Valiente? Tal vez no pensaría eso si supiera que desde hace mucho deseo salir corriendo y esconderme de él—. Nadie se había enfrentado a mí — murmura arrugando la frente, como si aún no pudiera creer lo que hice cuando

nos conocimos.

—Bueno, nunca había reaccionado así, con nadie.

—Supongo que lo merecía —añade ensimismado, y noto una especie de arrepentimiento en su voz.

«¡Oh, Ethan! En ese momento sí que lo merecías, pero ahora que puedo conocerte haría todo menos eso. No eres lo que pensé».

—¿Cómo se siente? —interrumpe mi análisis sobre su personalidad.

—Estoy mejor. Definitivamente todas las atenciones que ha tenido conmigo ayudaron. Muchas gracias.

—Lo agradece todo —afirma con un deje de irritación—. No tiene por qué hacerlo.

Recuerdo haber tenido una conversación parecida con él, pero al parecer lo olvidó.

—Es lo que la gente hace cuando recibe un buen trato —le digo en tono sarcástico.

—¿De verdad?

Ethan sonríe.

«Quizá yo pueda enseñarle modales», pienso mientras me imagino con esa tarea entre manos.

—Debería intentarlo. Decir gracias de vez en cuando —aclaro cuando me percato de su mirada perdida—. Podría sorprenderse.

—Tal vez —responde arrugando el entrecejo y por su mirada pensativa sé que lo está considerando.

Ethan abandona el sofá y va hacia el reluciente piano que está al costado derecho de la comfortable habitación. Me vuelvo para observarlo sentarse frente a él.

Sus dedos empiezan a danzar con suavidad sobre las teclas y una melodía muy bella y dulce que no logro reconocer nace con su movimiento.

—«*Quiéreme*» —indica sin mirarme.

Obviamente la pieza se llama «*Quiéreme*».

Aquella palabra se graba en mi mente con una suavidad encantadora.

¿Intenta decirme algo?

Ethan ¿por qué siento que me hablas en clave?

Sus habilidosos dedos continúan en lo suyo.

¡Dios, se ve increíble! Es tan competente...

Sin duda, esta es una magnífica forma de terminar el día. Ethan frente al

piano, es una perfecta visión que me deja sin aliento.

Cierro los ojos para empaparme por completo del delicioso sonido e incluso así, en la oscuridad, lo veo. Tengo su imagen grabada en mi mente; dulce, serena, y a la vez imponente e indescifrable.

«Quiéreme, quiéreme», repito para mí, una y otra vez, como si se tratara de una oración, hasta que poco a poco la melodía se convierte en un eco lejano a causa del profundo sueño en el que me adentro.

\*\*\*

Como si fuese una especie de alucinación, o una de las múltiples fantasías en las que me ha sucedido algo parecido, me es posible sentir la cálida respiración de Ethan sobre mi rostro, tan real, tan palpable...

—«¿Qué estás haciendo conmigo?»—susurra antes de acariciar mi sien.

Su voz seductora me arrastra con suavidad a la realidad. Me tomo unos segundos para apartar la somnolencia y distinguir con claridad lo que ocurre a mi alrededor: estoy despierta, pero no abro los ojos; estoy despierta y aún me es posible percibir su aliento rozándome la piel. Sus caricias se convierten en algo real y de inmediato me doy cuenta de que no estoy soñando: Ethan está a mi lado.

Mi cuerpo se estremece y mi pulso se acelera. Su calor y su aroma penetran en cada uno de mis poros. Él se acerca mucho más, lo puedo sentir.

¿Qué va a hacer? ¡Cielo santo, me va a besar!

No me muevo, casi no respiro, y espero ansiosa a que sus labios toquen los míos. Los segundos pasan eternos mientras aguardo a su boca con una desesperación inaudita. Pero él se detiene.

Ethan se aparta dejándome con ganas de sentirlo.

¡Mi corazón va a explotar! Está lleno de emoción y de muchos otros sentimientos desconocidos hasta hoy.

Después de un par de minutos, Ethan me cubre con una manta y se marcha.

Abro los ojos.

Estoy en la misma habitación en la que desperté la última vez.

«Debió de haberme traído aquí cuando me quedé dormida», me explico internamente.

¡Oh, mi Dios! ¡Estuvo a punto de besarme! ¡Sucedió de verdad!

Sonríó y pataleo sobre la cama, víctima de un ataque de asombrosa felicidad.

Yo lo deseaba. Deseaba que me besara con una desesperación casi religiosa.

Sus palabras vuelven a mi mente como un dulce sueño: «¿Qué estás haciendo conmigo?»

¡Ethan! ¡Ethan! ¡Eres tú el que puso de cabeza mi vida que hasta hace poco era tan centrada! Me desarmas con solo una mirada o un par de palabras, con tu voz... ¿Es que no lo ves? Tienes un poder total sobre mí y eso me asusta, porque no sé si puedo permitirme sentir lo que ya estoy sintiendo.

Abandono la cama y empiezo a recorrer la habitación de un lado a otro.

Sé que no puedo quedarme por más tiempo. Necesito irme y ordenar todo en mi interior, porque soy consciente de que si permanezco cerca de él no lograré más que la confusión. Su sola presencia me deja fuera de mí, incapaz de pensar con claridad.

Le hecho un vistazo al reloj: son las dos de la madrugada.

Busco mi ropa con la mirada y la encuentro limpia y perfectamente doblada sobre el sofá junto a la cama. Bien.

Mientras me visto reanalizo los últimos acontecimientos: han sido demasiadas emociones para un solo fin de semana y, realmente, no me siento capaz de hablar con él. Tengo miedo. Siento pánico. Me aterra la velocidad con que crece este sentimiento en mi corazón.

Escribo una nota rápida de agradecimiento y la dejo junto a la ropa y joyas que compré.

Bajo las escaleras a hurtadillas para llamar un taxi; una vez que lo hago salgo sin hacer ruido, como si estuviese huyendo de algo, pero es así, estoy huyendo de lo que siento por él.

Antes de subir al taxi miro su casa por última vez, con los ojos llenos de lágrimas.

«Ethan, lo único que puedo hacer es desear que te vaya bien en la vida, porque sé que no te volveré a ver. Soy una cobarde y no quiero seguir acrecentando las ilusiones que tengo contigo. No eres para mí y yo... Alguien como yo no podría estar junto a ti; jamás».

\*\*\*

Solo doy vueltas en la cama tratando de asimilar todo lo que ha ocurrido en mi vida en estas últimas semanas.

¿Cómo es que un desconocido te puede calar tan hondo? ¿Me quiere? No

lo creo. Tal vez le gusto un poco, nada más. Es por eso por lo que no puedo permitirme sentir algo por él.

¡Pero que tonta, si ya lo siento!

Estoy irremediablemente enamorada de Ethan Mills, que es el hombre con el que he soñado, incluso sin conocerlo, aunque al principio no haya querido aceptarlo. Sin embargo, la razón me frena y me dice que su vida es el contrapunto de la mía y que eso hace imposible cualquier tipo de relación entre los dos, porque nuestros mundos no coinciden y nunca lo harán.

Se olvidará de mí, estoy segura, y será feliz. Volverá a su mundo lleno de mujeres bellas y despampanantes, como Erica. Pero ¿quiero que eso suceda? ¡No! La sola idea de verlo junto a ella me produce un dolor agudo e insoportable en el corazón, pero, aunque eso me mate, ya no es algo que me incumba, y por mi bien, será mejor que olvide todo.

\*\*\*

He logrado sobrevivir. Sí, sobrevivir, porque cada día que pasa siento que se cae un pedazo de mi alma.

Ha pasado un mes desde que lo vi por última vez y no he vuelto a saber de él más que por un par de entrevistas en la televisión, la semana pasada. Regresó a Nueva York, a su casa, a su vida; lo que me confirma que hice bien al marcharme sin despedirme. Obvio no le importó.

Ahora, mi objetivo es olvidar, aunque me está costando la vida hacerlo.

Mis días se han vuelto monótonos: casa, universidad, estudio y tarea; es lo único que me mantiene alejada de mis deprimentes recuerdos.

Le doy un último vistazo al proyecto de investigación que ha consumido todo mi tiempo en esta semana: «Tendencias publicitarias de la última década». Más de sesenta páginas llenas de gráficas e información sintetizada sobre la bien llamada «moda de los publicistas».

Lo dejo a un costado y me pongo mis zapatillas negriazules favoritas y una sudadera beige. Necesito salir a tomar un poco de aire.

Busco mi iPod, coloco los audífonos en mis oídos y salgo sin rumbo fijo.

Deben pasar de las diez. La gente es escasa y las pocas personas que quedan en la calle me observan con curiosidad.

¿Es tan extraño que una chica salga sola por la noche?

¡Qué más da! He tenido ese tipo de miradas sobre mí toda la vida.

¿A dónde podría ir? Quizá a mi lugar favorito; esa sería una excelente

opción. Visitar el mismo lugar al que voy desde que tenía cinco años, cuando inevitablemente me volvía víctima de la soledad, o simplemente quería escapar de la realidad. He visitado ese hermoso puente varias noches y he contemplado las aguas del lago que reside debajo de él por muchas horas, en silencio. Es mi escondite secreto para cuando necesito pensar y distraerme, como hoy.

La noche es preciosa: cielo despejado y muchas estrellas que parecen titilar al ritmo de la canción que escucho: «*Water under the bridge*».

Sonrío con ironía.

No me parece que *Adele* sea apropiada para este momento; su canción no hace más que recordarme, por millonésima vez, como se veía Ethan frente al piano y lo que sentí; después esas palabras que no abandonan mi mente: «¿Qué estás haciendo conmigo?» ¿Tienen explicación? ¿Por qué lo dijo? Yo soy la que debería decirlo, porque es él quien desordenó mi vida y me convirtió en una sombra que se la pasa suspirando con tristeza porque no lo verá más.

Sin proponérselo logró que me enamorara de él, aun a sabiendas de que era un imposible, por lo distintos que somos, y aunque siempre he pensado que las clases sociales no interesan, debo admitir que es diferente vivir una situación así en carne propia.

Sé que tengo que superarlo de una vez por todas, de hecho, es lo que me repito constantemente antes de dormir, y al despertar, pero no puedo volverlo una realidad.

Descanso mis manos sobre el borde de piedra del puente en el que estoy sentada mientras mi mente empieza a divagar sobre tonterías intentando apartar pensamientos tristes e inútiles.

«¿Qué tan profundo puede ser este lago?» Recuerdo que solía venir aquí con Mila para arrojar rocas e intentar adivinar su profundidad. Extraño eso. La extraño a ella. Y extraño mi vida antes de él.

—Señorita Masterson.

¿Ethan?

Vuelvo la mirada inmediatamente y pronto mis azorados ojos verdes se encuentran con unos imponentes y preciosos ojos negros, que me miran insondables.

Me paralizó.

¡No lo puedo creer! ¿Está aquí? ¿Qué hace aquí?

—S-Señor Mills —tartamudeo—. ¿¿Qué hace aquí!?

Ethan esboza media sonrisa.

—El ambiente monótono de cuatro paredes no ofrece ningún atractivo, así que decidí salir a caminar, solo un poco. Me acerqué porque me pareció haberla visto. ¿Disfruta también de los paseos nocturnos?

Paso saliva intentando mantener la calma y devolverle la serenidad a mi corazón.

¡Maldición! No soy capaz de ordenar mis ideas. Estoy temblando como gelatina y él... él se ve tranquilo y seguro, como siempre, como si tuviese al mundo en sus manos y a mí en él.

Me tomo unos instantes para observarlo a profundidad. Se ve increíble. Lleva vaqueros, una impecable americana gris y una camisa de un blanco deslumbrante. Sus manos reposan en los bolsillos de la americana, y una media sonrisa adorna su rostro perfecto.

Asiento, incapaz de emitir palabra.

—No tuve oportunidad de despedirme de usted la última vez. Cuando desperté, se había marchado.

¿Es una recriminación?

—Le pido que me disculpe —carraspeo—. Tenía que volver a casa y no quise molestarlo.

Ethan me observa con detenimiento.

—¿Viene a menudo?

—Sí —respondo automáticamente, como de costumbre. El efecto que tiene en mí no ha cambiado y eso me irrita.

¡No puede ser que sea tan débil!

—¿Qué ocurre, Victoria? —inquire cuando nota que mis manos no han dejado de moverse.

—Usted me pone nerviosa.

¡No! ¡No! ¡No era lo que quería decir!

—Ah, ¿sí? —vuelve a arrugar el entrecejo, pero después de unos segundos sonrío—. ¿Por qué?

¡Por tu imponente presencia, por tu voz, por tu mirada que me congela! ¿Es que no lo ves?

Un intenso brillo aparece en sus ojos.

—Bueno, pensé que se había marchado de la ciudad. No esperaba encontrármelo y mucho menos en este lugar.

—¿No le agradó? —La pregunta me sorprende. ¿Que si me agradó verlo?

Obvio que sí. Estar cerca de él es lo que más he deseado, pero no puedo decirle eso. Me quedo callada—. Para mí es un placer volver a verla —confiesa encogiendo los hombros—. Usted tiene algo que... me hace desear estar cerca.

¿¡Qué!? ¡Dios, desea estar cerca de mí!

Lo miro boquiabierta, con el corazón en la garganta. Él parece sopesar sus palabras.

—Ya veo. —Mi voz se quiebra.

Quisiera decir mucho más que eso, pero no puedo. Mi cerebro trabaja a toda prisa intentando procesar toda esta extraña información.

¿Será posible que sienta lo mismo que yo? ¿Por eso desea estar cerca? ¿Por eso está aquí?

Ethan fija de nuevo su profunda mirada en la mía, y yo trato de controlar mis emociones lo mejor que puedo.

—Victoria, yo quisiera... —continúa, acercándose más, tanto, que me es posible escuchar los latidos de su corazón y percibir su delicioso aroma.

Tengo la garganta seca, la adrenalina al máximo y un deseo irracional de salir corriendo se apodera de mí. No estoy preparada para lo que tenga que decir, sea lo que sea.

Examino mis opciones de escape: la primera sería saltar al agua, cosa que no haré porque no nado bien y hacerlo sería estúpido; y la segunda: bajar del borde del puente y correr sin mirar atrás. Opto por la opción número dos. Bajo sin medir la fuerza de la caída, lo que me ocasiona un dolor agudo en el pie cuando este aterriza en tierra firme.

¡Rayos!

—¡Victoria! —me grita él con censura cuando dejo escapar un leve quejido de dolor.

—Estoy bien —intento tranquilizarlo y me sobo el tobillo.

¡Maldita sea, cómo duele!

Él se inclina para examinarme. Desliza suavemente la bota derecha de mis vaqueros hasta que mi tobillo queda a la vista, después lo acaricia con sus cálidas manos, formando pequeños círculos con los dedos a manera de masaje.

Me estremezco. Es la primera vez que alguien toca mi pierna, bueno, mi tobillo, y lo único que puedo hacer es temblar como una hoja al viento.

—No se preocupe, estoy bien —insisto con la voz ronca.

Ethan menea la cabeza y esboza media sonrisa.

—Señorita Masterson, ¿usted cree que todos nuestros encuentros serán accidentados?

¿Está bromeando? Eso es nuevo.

Me yergo despacio con el rostro totalmente pintado de rojo. Ahora que lo pienso mejor, me doy cuenta de que lo que acabo de hacer fue realmente estúpido.

Ethan, que continuaba revisando mi tobillo, también se incorpora, pero no se aparta; se mantiene peligrosamente junto a mí.

Ahora estamos frente a frente, y su mirada impetuosa atrapa a la mía, arrebatándome la capacidad de razonamiento. Me mira de una forma extraña, entre dulce y salvaje; no podría describirla con exactitud, pero es intensa, sumamente intensa.

De pronto sus manos suben hasta mi cuello, después a mis mejillas, y sus dedos acarician mi sien de una forma ceremoniosa; es como si, al hacerlo, me contemplara.

¡Oh, mi Dios!

Cierro los ojos instintivamente cuando su mano empieza a recorrer mi mentón y baja paulatinamente hasta mi cuello para sujetarlo con suavidad. Respiro con dificultad e intento apartarme, pero ya es tarde. Estoy perdida. Solo puedo tomar una pequeña bocanada de aire antes de que sus labios aprisionen los míos con una fuerza arrebatadora que me impide escapar.

Lo siento completamente: su cuerpo, su calor, sus manos deslizándose por mi cuello, acariciando mis hombros para finalmente descansar en mi cintura y aferrarme a él. Su lengua experta explora mi boca con vehemencia. Yo lo imito con timidez hasta que el deseo escondido en mi interior aflora y me posee. Mis manos que yacían inertes a los costados cobran vida y ascienden con torpeza hasta su rostro, luego a su cabello, en donde se entretienen para jugar con él, halándolo, acercándolo más a mí.

¡Cielo santo! ¿Qué es esto? ¿Qué es esta sensación de dulce placer arrebatador que invade todo mi cuerpo?

Después de varios segundos, Ethan se aparta lentamente para permitirme respirar. Ambos estamos sin aliento, agitados por la intensidad de nuestro primer beso.

Él busca mi mirada y yo la suya. Sus ojos brillan con una violencia inverosímil, pero su mirada emana confusión, como si intentara encontrar

alguna explicación a lo que acaba de suceder.

No dice nada y eso me mata. ¿Está arrepentido? No... Sí...

La presión que siento es demasiada y me impide pensar con claridad, así que solo sigo mi instinto.

Salgo corriendo, olvidando por completo el dolor de mi tobillo. Corro y corro hasta llegar a casa, entrar en mi habitación y tumbarme en la cama.

¿¡Esto está pasándome!?! Ese beso... ¿Siente lo mismo que yo? Pero si es así, su expresión final... El que no dijera ni una sola palabra y que no intentara siquiera detenerme, no parece confirmar nada.

¿Ahora qué sigue? No sé si volveré a verlo o si él volverá a buscarme. Ni siquiera sé si está arrepentido, aunque eso fue lo que me pareció al final.

Seguramente sí se arrepiente, después de todo, ¿qué pudo haber visto en mí? En una completa extraña que no es para nada como las mujeres que lo persiguen o lo admiran.

¡Dios! Aún siento su fresco aliento, el sabor dulce de su boca en la mía...

Cierro los ojos para recordar sus caricias y la placentera sensación que produjeron en mi interior, y la conclusión es esta: lo deseo, lo deseo con todas mis fuerzas; de una forma loca e incontenible, así lo deseo. Pero Ethan... No sé si pueda esperar algo de él.

Para mí, la vida no siempre tuvo sentido. Cada día la misma rutina, las mismas personas, los mismos lugares; todo fue así hasta que llegó él, de la forma más estúpida, increíble y accidentada, con sus absurdos aires de superioridad y su exorbitante falta de humildad que inexplicablemente me atrajeron, como la abeja a la miel. Soy la mariposa y él es la luz, mi luz, porque sé que, en realidad, es mucho más de lo que aparenta. Lo puedo ver a través de sus ojos, que son como dos cristales transparentes para mí.

Lo veo y lo siento.

## CAPÍTULO 12: MOMENTO DE LA VERDAD

La noche se esfuma lenta ante mis ojos. No he podido dormir y el sol empieza a hacer su entrada, listo para iluminar un nuevo día.

¿Y si el beso fue como una especie de premio consuelo que me condena a una vida sin él?, o tal vez sea una señal; debe serlo porque cuando pensé que no volvería a verlo, aparece de nuevo en mi camino con lo que espero sea la confirmación a todos mis deseos.

El sonido del móvil me devuelve a la realidad. Es un mensaje de texto. ¿Quién podrá ser? El número me es desconocido por lo que dudo un momento antes de leerlo, pero lo hago al final.

«Buen día, señorita Masterson. Me gustaría hablar con usted. Considero necesaria una pronta reunión, puesto que tenemos un asunto pendiente. La espero a las ocho, frente al lago. E.M».

¿Ethan? ¡Es él!

La emoción crece en mi interior.

¡Quiere verme!

Leo una y otra vez su mensaje mientras río como una loca, víctima de un repentino ataque de júbilo.

Un momento. ¿Cómo consiguió mi número?

¡Ay, por favor! Sabía mi dirección, así que no creo que le sea difícil conseguir un simple número móvil, además, me lo dijo... Me dijo que sabía mucho sobre mí. Evidentemente es así.

¿Y si le respondo? Me vería muy descortés si no lo hago, y por supuesto que quiero hacerlo. ¿Pero qué debo decirle?

«Buen día, señor Mills. Lo veré en la noche».

Sí, supongo que eso será suficiente. Presiono enviar y espero ansiosa su respuesta.

«Será un verdadero placer volver a verla. Hasta entonces».

Un placer... Un verdadero placer, Ethan. Se me hace tarde para volver a verte.

Beso la pantalla del móvil, sin abandonar mi enorme sonrisa de ganadora de lotería.

\*\*\*

—¡Victoria! —Mila me grita al oído.

Estamos sentadas en una de las mesas apartadas de la cafetería del campus.

—¿Qué pasa? —le pregunto, adolorida por su nada cortés forma de devolverme a la tierra.

—¡Solo que mi mejor amiga está volando alto mientras le cuento mis cosas!

—Lo siento, Mili. No dormí muy bien —le digo a manera de disculpa, aunque, en el fondo, soy consciente de que me hablaba del Adonis que conoció en Cannes.

¿De qué otra cosa podría hablarme? Ese ha sido el único tema de conversación de los últimos meses.

Me siento mal por no prestarle mi entera atención, pero no puedo evitar sentirme en las nubes. ¡El tiempo parece tan lento! No he hecho más que mirar el reloj una y otra vez, deseando que la noche me alcance.

—Bien, como te decía. Papá ofrecerá una cena en honor al hombre de mi vida y ¡tienes que acompañarme! Será la noche perfecta para hacer oficial mi relación con él. Vendrás conmigo, ¿verdad?

—Seguro.

—Victoria. ¡Es muy serio! Él es el hombre que quiero para mí. Sé que soy muy joven para decir esto, pero puedo imaginar una vida a su lado.

La miro boquiabierto al escucharla.

¿Mila deseando comprometerse? No me lo creo. Es la primera vez que parece interesarse en serio por alguien.

—Ya veo que es muy serio, y me alegra verte tan feliz, Mili.

Le doy un abrazo lleno de buenos deseos.

Mila es como la hermana que nunca tuve; la quiero de verdad y ahora la envidia, ella habla de su amor con total libertad y yo... no puedo siquiera considerarlo.

Me duele no poder compartir lo que me está pasando, pero aún es muy

pronto para asegurar algo. En la noche mi vida cambiará. Puede que se convierta en una sombra mucho más oscura de lo que ha sido en estas últimas semanas, o que se ilumine y se llene de vida con la esperanza de una nueva ilusión.

Debería existir un manual que te enseñe a enfrentar las decepciones amorosas, o por lo menos que te hable de cómo evitar enamorarte de alguien. Estoy segura de que muchas mujeres lo agradecerían; yo lo haría.

Suspiro de alivio cuando las clases terminan.

Cada vez que miro el reloj siento como una bola de ansiedad crece y crece en mi interior, oprimiéndome el corazón. Me cuesta respirar y no he dejado de temblar. Debo admitir que me irrita un poco no tener el control de mis emociones.

—¿Quieres ir a casa?

Mila se da una manita de maquillaje. No sé por qué lo hace, ella no lo necesita.

—Me encantaría, pero no puedo. Hoy tengo mucho que hacer.

—¡Vamos, Victoria! —Abandona su ritual de belleza para mirarme con el ceño fruncido haciendo un pequeño mohín.

—Prometo que mañana te dedicaré mi tarde completa, y si no es mañana, recuerda que el jueves te acompañaré a la dichosa cena con tu galán.

—Bien —responde resignada—. ¡Te quiero!

—¡Yo más!

Salgo corriendo a casa.

Las calles jamás me habían parecido tan largas y el autobús tan lento.

«¡Vamos, Victoria! ¡Debes relajarte!», me regaño.

En cuanto bajo, veo a Mamá esperándome en la puerta con su típica sonrisa maternal.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí tan temprano?

No es lo usual.

—Vine un momento porque quería verte, mi amor. Casi no hemos tenido tiempo para platicar. ¿Cómo estás?

—Estoy contenta, mami. Tengo muchas razones para estarlo y una de ellas es que te tengo a ti.

Mamá me dedica una dulce sonrisa acompañada de un abrazo que agradezco, porque de alguna forma calma mis nervios. ¡La extrañaba tanto! Ella me da fuerza y confianza.

—Me gusta verte así, mi vida. Ahora que sé que mi hija es feliz y está bien, puedo regresar al trabajo. Nos vemos en la mañana. Tengo guardia en el hospital y ya sabes cómo es eso.

—Sí, cuídate mucho —vuelvo a abrazarla. Ella me da un beso en la frente y desaparece tras la puerta.

Otra persona a la que debo ocultarle mis cosas, pero no puede ser de otra manera. Me encuentro a ciegas con Ethan. Volver a verlo después de ese beso, me emociona, pero ¿qué tal si me dice que para él no significó lo mismo?, ¿y si quiere disculparse como es su costumbre?, ¿y si me dice que todo fue un error? ¡No, no, no!

«No pienses estupideces, Masterson. No creo que se tome el trabajo de venir hasta aquí para decirte que no quiere nada contigo», me anima la razón.

¡Cielos! Es la primera vez que siento algo como esto, algo capaz de desequilibrar mi vida. Bueno, no puedo saber lo que sucederá hasta que llegue el momento, así que, a esperar, Victoria. A esperar...

Son las ocho menos diez y estoy lista desde las seis en punto. Fue muy difícil escoger algo que ponerme.

¿Qué debe usar una chica para ver al hombre que puede salvarla o sepultarla en un segundo? Al final me decidí por vaqueros simples, una blusa color vainilla y una chaqueta beige. No quiero parecer muy producida, sobre todo si la cita llegase a mal termino.

Voy en camino, a paso lento, pero decidido, y conforme me acerco a nuestro punto de encuentro siento que el corazón se acelera de tal forma que no sería nada raro que me dé un infarto. Mi vida va a cambiar hoy, lo siento, lo respiro...

Me detengo un momento antes de doblar la esquina para llegar al lago.

«Respira, Victoria, respira», repito en mi mente y tomo varias bocanadas de aire.

Continúo mi camino con algo de temor, excitación y otros sentimientos igual de intensos hasta que lo veo, de espaldas, mirando hacia el lago.

Inspiro hondo y me acerco lento, sin hacer ruido, casi sin respirar. Sin embargo, Ethan nota mi presencia y se vuelve, quitándome el poco aliento que me queda.

Se ve... ¡Uau!

Lleva un elegantísimo traje negro, camisa blanca y esta vez, para variar, no

usa corbata.

No sé si algún día dejaré de admirarlo, es... ¡tan divino!

—Victoria —me dice seduciéndome de entrada con su voz. Sus ojos negros tienen un brillo intenso que me pone a temblar.

—Ethan —balbuceo con dificultad. «¡Tranquila, respira y actúa con naturalidad!», me regaño—. ¿Cómo está?

Sonríe levemente.

—La verdad, no sabría cómo responder a esa pregunta —murmura y enseguida me doy cuenta de que lo miraba con la boca abierta. Me ruborizo.

¿No sabe cómo responderme?

El miedo se acrecienta al escucharlo. Seguro que no sabe qué decir porque está aquí para disculparse por lo que sucedió ayer. Su mirada perdida me hace pensar que puedo estar esperando inútilmente algo que quizá él no quiera.

Me vuelvo valiente y me acerco al borde del puente, consciente de que sus ojos no se han apartado de mí.

Será mejor que termine con su tortura de una vez.

—Señor Mills, no tiene que sentirse comprometido a nada. Lo que sucedió ayer no fue nada.

Ethan frunce el ceño antes de cerrar sus ojos por un par de segundos. Cuando los vuelve a abrir son como una tormenta abrazadora que me arrastra a su profunda oscuridad.

—Victoria, yo... —guarda silencio, dejando sus palabras en el aire, como de costumbre.

—De verdad, señor, está todo bien. Si eso era todo, será mejor que me vaya. Que tenga una buena noche —le digo sin poder ocultar mi decepción.

Ethan parece estar luchando contra él mismo, quizá buscando alguna especie de explicación consuelo para ofrecerme, pero eso no es lo que quiero oír ahora.

Giro sobre mis pies, lista para marcharme con el corazón roto y mis esperanzas por los suelos, pero Ethan me detiene tomándome del brazo hasta que de nuevo me encuentro frente a él.

Sus pulgares acarician mis mejillas con suavidad mientras ambos nos miramos fijamente. Él respira con brusquedad antes de volver a poseer mis labios. Su boca me invade, salvaje, depredadora, dándome y quitándome todo en un instante.

—Victoria... —susurra sin dejar de besarme.

El deseo y el miedo se mezclan peligrosamente en mi interior.

¿A qué está jugando? ¿Acaso piensa que puede besarme cuando se le antoje?

Me aparto sin poder contener las lágrimas.

—¿Qué es lo que quiere, señor Mills? —sollozo.

Vuelve a acercarse, pero retrocedo. Me siento vulnerable en este momento, cualquier paso en falso puede ser mortal para mí.

—A ti —vuelve a susurrar.

—¿A mí? ¿Y qué es lo que quiere de mí?

—¿Es que no lo sabes? —inquire con irritación—. Victoria, cuando nos conocimos... tu mirada, tu valentía... —Mi corazón hace un esfuerzo sobre humano para comprender lo que dice. Ethan ríe con enojo, como si no pudiera creer lo que está diciendo—. No sabes lo mucho que me costó aceptar que alguien que apenas había visto una vez lograra contrariarme de esa manera. ¡Pusiste mi mundo de cabeza desde el primer momento! Me quitaste el sueño, la calma, y debo admitir que me sentí aliviado al saber que no te volvería a ver —acepta de mala gana. Palidezco. ¿No quería volver a verme? —. Pero apareciste de nuevo en mi camino, con esa fuerza, con ese coraje, con tu inteligencia. —Ethan cierra los ojos con fuerza, después de unos segundos los abre y me mira, atrapándome de nuevo en ellos, sumergiéndome a su lado en su mar de confusión—. ¡Victoria, te enfrentaste a mí! Eres la primera persona que lo hace ¡y eso me volvió loco!

¿Qué es todo esto? Tengo tantos sentimientos encontrados... Quiero entenderlo. ¡Necesito entenderlo!

—¿Por eso firmó el contrato?

—Sí.

Vaya... lo hizo por mí.

Una súbita alegría crece en mi interior, pero al verlo desaparece. No sé si todo esto sea bueno. Ethan no parece estar feliz. Mantiene esa mirada perdida que encoge mi corazón. Es como si luchara contra miles de cosas a la vez.

—El primer día, después de abandonar GAA, hice lo que nunca había hecho por una mujer: investigué todo sobre ti —masculla encogiéndome los hombros antes de tomar mi mano—. No soy bueno para estas cosas y aún no consigo comprender del todo que es lo que estoy haciendo aquí. Solo sé que quiero tenerte conmigo, que me mata imaginarte con otro hombre. Me mata pensar que alguien que no sea yo pudiera llegar a tocarte.

Me quedo sin habla, conteniendo la respiración. No sé qué hacer o cómo actuar. Solo quiero besarlo y calmar la tempestad que veo en sus ojos.

Su mirada es suplicante, triste y está llena de miedo. Todo lo que dijo me llegó al alma. Siento que era precisamente lo que quería escuchar y ahora, estoy segura de que no es un juego de mi imaginación.

¿Esto es una declaración? Quizá sí; a su manera, por supuesto.

Me acerco y tomo su rostro entre mis manos para acariciarlo. Él cierra sus bellos ojos para acoger mi caricia.

Ya no puedo contenerme. Me vuelvo valiente y le doy un tierno beso en los labios.

—También deseo estar cerca de ti —murmuro pegando mi frente a la suya—. Es lo que más deseo.

—La razón me pide que te deje ir. Victoria, yo no soy...

—Shhh... No la escuches. Ethan, estoy aquí. Quiero estar aquí, contigo.

Ethan sonrío y con un movimiento rápido me envuelve entre sus fuertes brazos.

Por primera vez en mi vida siento que estoy en el lugar correcto, y es a su lado, sintiendo su calor, percibiendo su aroma tan dulce...; sintiendo su protección.

Lo abrazo con más fuerza deseando con todo mi corazón que no se aparte de mí nunca más. Sus ojos brillantes se encuentran con los míos y enseguida el tiempo se detiene para contemplar la danza de nuestros labios al son de la más dulce melodía.

En este instante le entrego oficialmente mi vida y mi alma; me abandono completamente a este sentimiento que es más grande que todo, incluso más grande que el universo, el mismo que propició nuestro encuentro.

—Victoria... —vuelve a susurrar y mi nombre de pronto parece ser la más bella oración que he escuchado—. Dime que te quedarás a mi lado.

—No pienso ir a ninguna parte, Ethan. Estaré contigo hasta cuando quieras que esté.

—Y será por mucho tiempo, señorita Masterson, se lo aseguro.

Rodeo su cuello con timidez para admirar sus preciosos ojos negros.

«Ethan, estás aquí, conmigo, y todavía no lo puedo creer».

Nos fundimos en otro profundo beso; otro beso lleno de pasión y necesidad. Cada parte de mí lo desea en demasía y sé que él también porque lo percibo.

—Esto es mágico. Todo parece encajar ahora. Yo encontré mi lugar y es junto a ti. ¡Quién lo diría, hace unas semanas...!

—Victoria —Ethan me aparta para poder mirarme. Se ha puesto muy serio —, necesito que me ayudes a entender lo que estoy sintiendo. Todo esto es nuevo y lo único que tengo claro es que te quiero junto a mí —dice hundiendo su nariz en mi cabello. Frunzo el ceño.

Yo tengo claro que estoy enamorada de él. ¿Qué se supone que debo decirle? ¿Exigirle que sienta lo mismo por mí? No, eso no me haría feliz. Sé que todo es un proceso. No me ha pedido que sea su novia y soy consciente de que si lo hace será porque él también lo desea.

—Tengo que irme —musito después de darle un vistazo al viejo reloj de pulsera que me regaló mi madre.

El tiempo se pasó en un abrir y cerrar de ojos. Estoy feliz por todo lo que está iniciando entre los dos, pero no puedo evitar preguntarme si puede ser pasajero, al menos para él.

Ethan frunce los labios.

—Está bien. Le acompaño, señorita Masterson.

—No es necesario, seguramente tienes otras cosas que hacer y yo...

—Me entiendes, ¿verdad? —pregunta acariciándome la sien.

Asiento y le doy un beso tímido en los labios para confirmar mi respuesta.

Caminamos tomados de la mano por la estrecha callejuela que conduce a mi casa. No he dicho ni una sola palabra, a pesar de que tengo varias atravesadas en la garganta. Tengo mucho en qué pensar. Tal vez no deba preocuparme por lo que suceda en el futuro y solo deba dedicarme a disfrutar del presente, además, sea cual sea el resultado de esto, ya es tarde para arrepentimientos; mi corazón está muy comprometido.

—No tengo que decirte que esta es mi casa, ya lo sabes —le digo con ironía. Ethan sonrío.

—Thomas hace muy bien su trabajo.

—¿Quién es Thomas?

—Mi jefe de seguridad.

La verdad es que no me sorprende que lo hiciera, eso es algo que esperaría de él. Me pregunto si es así con todas las cosas que le interesan, tan... intenso. Bueno, yo le intereso, y se tomó el trabajo de hacer que Thomas investigue todo sobre mí.

—Entonces sabías que no trabajaba en la agencia.

—Lo supe todo el tiempo.

—Y no dijiste nada.

—Bueno, usted hacía muy bien su trabajo, señorita Masterson. No tenía ninguna queja al respecto, así que decidí dejar las cosas como estaban.

—¿También sabías quién me puso a cargo? —asiente—. Y fingiste no estar al tanto de nada.

—Quería que me lo dijeras. Realmente pensé que lo harías, pero no fue así. Debo decir que me llevé una muy grata sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Protegieste a Flora —frunzo el ceño—. No todas las personas poseen el don de la lealtad.

—Y tú no hiciste nada en su contra —murmuro. Ethan me mira escrutador—. Gracias. Y gracias por no alejarte —beso su mejilla adornada por pequeños brotes de barba. Le queda muy bien.

—Mañana pasaré por ti.

—Está bien —contesto con una sonrisa ridícula que no soy capaz de ocultar.

De un tirón estoy pegada de nuevo a su cuerpo. Ethan rodea mi cintura con sus brazos para darme un beso profundo que me deja sin aliento.

—Hasta mañana, nena.

—Hasta mañana —contesto.

Veo a Mason a unos cuantos metros de nosotros, junto al auto.

¿Hace cuánto llegó? No me había dado cuenta.

Me quedo de pie en el porche, mirando a Ethan alejarse, y mientras lo hace, un dolor agudo oprime mi pecho. Es tan cruel para mi corazón dejarlo ir después de una noche tan bella como esta...

Subo a mi habitación.

Todo parece diferente. ¡Se ve diferente! Ahora hay luz por todas partes. Ethan dejó de ser un sueño para convertirse en mi realidad, o al menos una parte de ella.

A pesar de no tener una relación oficial, me siento la mujer más afortunada y feliz del planeta, porque puedo darme cuenta de que para él no es fácil aceptar sus propios sentimientos y es por eso por lo que no quiero forzarlo. Supongo que puedo vivir con eso por un tiempo. Sí, está bien para empezar. También quiero guardar el secreto para mí sola, por lo menos hasta que sepa qué es lo que tenemos en realidad. Por lo pronto, quiero disfrutarlo sin

preguntas, ni acechos de mi madre y mi atolondrada amiga.

Será mi secreto. Nuestro secreto.

\*\*\*

Me despierto con el habitual sonido del despertador, que hoy parece tener algo extra: esperanza.

Ethan estuvo presente en mis sueños. ¡Nos besábamos! ¡Nos prometíamos amor eterno! ¡Nos prometíamos el mundo! Me decía que me amaba...

¡Deseo tanto verlo!

Ahora, al mirar mi vida y darme cuenta de cómo esta conspiro para que él y yo nos encontráramos, comprendo por qué nunca me interesó nadie, pues lo esperaba a él, esperaba algo diferente e Ethan sobrepasa todas mis expectativas. Desde el primer momento me cautivó.

¡Quién lo diría! Se fijó en mí también desde el primer momento. Es como si nuestro encuentro hubiese estado planeado o escrito en algún punto mágico del universo en donde todo es posible.

«Me espera una eternidad por delante», pienso en voz alta y me encamino a la ducha.

Mamá está en la cocina, invitándome a la mesa con su dulce sonrisa.

—Buen día, mi amor. ¿Descansaste?

—¡Hola, mami! Descansé como nunca —sonríó—. ¡Es una mañana maravillosa! ¡Hoy va a ser un día maravilloso! ¡Eres maravillosa! —Corro a abrazarla por la espalda sin poder ocultar mi emoción.

—Me alegra verte tan feliz.

—¿Sabes...? No tengo motivos para estar triste si te tengo —la abrazo de nuevo.

Aunque quisiera contarle lo que sucede en mi vida, aún no es el momento. Sentirla conmigo es todo lo que necesito.

Sé que mamá me conoce mejor que yo misma y debe de imaginar el motivo de mi felicidad, pero siempre ha sido comprensiva y respetuosa con mis cosas, lo que agradezco, porque eso me da la certeza de que no tendré presiones. Por lo menos no aquí.

La mañana es preciosa... El sol parece brillar más que nunca prometiendo otro bello día de primavera, cálido y espectacular. Cierro los ojos para sentir

su calor penetrando cada poro de mi piel.

No he podido borrar de mi rostro la enorme sonrisa que me acompaña desde anoche, pero eso es bueno. ¡Me siento plena, capaz de lograrlo todo!

La alerta de un nuevo mensaje en mi teléfono me devuelve a la realidad. Es Ethan.

«Buen día, señorita Masterson. Le complacerá saber que no he podido apartarla de mis pensamientos. Dígame, ¿qué está haciendo conmigo?»

Mi sonrisa se hace más amplia al leer su mensaje.

¡Ha pensado en mí!, y por supuesto que me complace saberlo. Quizá lo que estoy haciendo con él sea meterme en su corazón y si es así, me alegro, porque es lo que más deseo. Respondo.

«Buen día, señor Mills. Saber que ha pensado en mí me complace, y mucho, porque también he pensado en usted y, para serle sincera, lo único que deseo es hacerlo feliz. Inmensamente feliz».

Espero su respuesta en la puerta de entrada de la facultad.

—¡Victoria! ¡Baja ya de tu nube o no podremos entrar a clase! —me regaña Mila que me toma del brazo para que avance a su ritmo.

No me había dado cuenta de que iba tarde.

—No hay ninguna nube... —murmuro nerviosa y agitada, intentando seguirle el paso—. Solo disfrutaba del aire de la mañana.

«Y le enviaba un texto al amor de mi vida», pienso para mí.

—Bueno, pues ¡no hay tiempo para eso! ¡Vamos ya!

Llegamos justo a tiempo.

El señor Adams es un excelente maestro: joven, moreno, de no más de treinta y cinco años, que nos tiene aprecio, aunque es muy estricto con eso de la puntualidad.

Una vez que la clase empieza, escucho al maestro hablar sobre el inventor del primer televisor y cómo se manejó entonces la publicidad. Escondo el móvil entre las páginas de mi libreta de apuntes y leo el nuevo mensaje de Ethan.

«¿No debería estar en clase?»

¿Eso es todo? ¿Por qué ese cambio abrupto? ¿Le incomodó que le haya dicho que deseo hacerlo feliz? No lo creo. Eso no tiene nada de malo, ¿o sí?

«Quizá debería prestar atención a la clase de historia, aunque sería mucho más fácil hacerlo, si deja de distraerme. ¿No debería estar trabajando?»

«Tiene mucha razón. Me concentraré en mi trabajo y dejaré que usted se concentre en el suyo. Que tenga un buen día, señorita Masterson. Hasta la noche».

Frunzo el ceño, confundida por su cambio de humor. Incluso por mensajes lo noto.

«Necesito que me ayudes a entender lo que estoy sintiendo. Todo esto es nuevo y lo único que tengo claro es que te quiero junto a mí». También deseo que estés a mi lado Ethan, pero no estoy segura de lo que realmente quieres de mí.

Espero tener tiempo para descubrirlo; para descubrirte. Lo único que sé de ti es lo que todo el mundo comenta: que eres un hombre arrogante y prepotente; yo misma lo pensaba cuando te conocí, pero en este tiempo he podido darme cuenta de que eres todo lo contrario a lo que aparentas. Eres tierno, amable — al menos conmigo— y poseedor de muchas otras virtudes que escondes tras esa barrera que te aísla, esa fachada de hombre sin corazón que solo aparta a la gente. ¿Por qué lo haces? ¿Acaso temes recibir afecto? Bueno, eso explicaría tu frialdad ante mis muestras de cariño.

Miro por millonésima vez el viejo reloj de pared que cuelga sobre la pizarra digital de la clase. Son las cuatro de la tarde y la jornada universitaria por fin termina.

Guardo los libros en mi mochila y me dispongo a volver a casa, consciente de que antes me espera un duro interrogatorio, pues Mila había notado mi falta de interés en clase. Imagino que debió parecerle extraño.

—¿Me vas a contar al fin qué te tiene así? ¡Victoria! —me zarandea insistente.

—Mila, por favor... —la ignoro y continúo con lo mío.

¿Qué pensaría si supiera que salgo con alguien como Ethan?

—¡Por favor, tú! Está bien que una de nosotras se distraiga, pero ¿las

dos...? Te observé todo el día y noté tu sonrisa de boba, y tu mirada era exactamente igual a la mía cuando veo una tienda de zapatos. ¡Es amor!

—Amiga, créeme cuando te digo que no hay nada que contar, y si lo hay... muy pronto lo sabrás. —Mila cruza los brazos, enfadada por mi hermetismo. Será mejor que la distraiga antes de que extienda su irritante pesquisa—. ¿Cómo va la cena para tu galán? —le pregunto. Eso hará que se olvide de mis cosas.

—Genial. Aunque ya no será mañana.

—¿Por qué?

—Al parecer el amor de mi vida estará ocupado durante un mes completo. Su asistente llamó a papá para reagendar todo.

—Ah, ¿sí? Eso es algo desconsiderado, ¿no crees? ¿Cambiarlo todo a última hora?

—Seguramente tiene compromisos ineludibles y no tuvo otra salida más que cancelar.

—Lo disculpas porque te gusta, y para serte sincera, eso empieza a asustarme. Jamás te había visto tan entusiasmada con alguien y temo que sufras. Mila no has tenido contacto con él y...

—La verdad es que no es así, o no lo será por mucho tiempo. Ahora debo irme. Te veré mañana, Vic. ¡Te quiero!

Mila me abraza con rapidez y en segundos desaparece de mi vista. Ella sí que sabe cómo eludir mis regaños.

Me preocupa. Parece fuerte, pero en el fondo es muy frágil y sé que no soportaría el rechazo de ese hombre porque ninguno lo ha hecho. Puedo decir, con seguridad, que ha conseguido a todos los muchachos que ha querido, y no me extraña, es muy bonita y podría tener al hombre que se le antoje, pero esta vez es más que una simple atracción; de verdad parece estar enamorada. Solo espero que ese tipo sea alguien digno de ella porque sería muy extraño verla llorar o deprimirse. Ni siquiera puedo imaginarlo.

## CAPÍTULO 13: PRIMERA CITA

—¡Mason! —exclamo sin poder ocultar mi sorpresa cuando al abrir la puerta lo veo a él y no a Ethan—. Hola.

—Señorita Masterson —me saluda con un gesto amable y una reverencia—. El señor Mills me envía por usted. La espera.

Abre la puerta del auto. Le sonrío y subo inmediatamente.

Mason es muy serio y, evidentemente, muy profesional en su trabajo. Ethan debe tenerle mucha confianza y me parece que son cercanos, aunque no puedo asegurarlo puesto que no sé nada de él más que su nombre.

¡Tengo tanto por aprender y descubrir sobre la vida de Ethan!, pero para eso tenemos mucho tiempo por delante. Eso espero.

Miro por la ventanilla, distraída por todos los árboles que pronto nos rodean, cuando entramos en una especie de sendero sin asfaltar. No tengo ni la menor idea de a dónde vamos, pero tampoco me preocupa y no quiero preguntar. Lo único que deseo es ver a Ethan y estar con él, el lugar es lo de menos, aunque está claro que nos adentramos en un bosque.

—Llegamos, señorita —me informa Mason tras apagar el motor—. El señor Mills la verá adentro.

Mason baja y abre la puerta para que haga lo mismo.

Lo primero que veo es una casa rústica muy hermosa e impresionante, con enormes ventanales adornados por pequeños faros que brillan solemnes a su alrededor.

—Gracias, Mason —le digo. Él solo hace otra reverencia y regresa al auto.

Camino vacilante hasta la puerta de madera oscura que está entreabierta y, sin demora, entro a un pequeño vestíbulo con paredes de piedra que contienen varios cuadros victorianos en blanco y negro colgados a lo largo de la escalera que conduce a una segunda planta. El piso de madera está perfectamente pulido y brilla reluciente junto a todo el mobiliario que se acomoda sobre él: un par de sofás, una mesita de café y varias plantas decorativas.

—Bienvenida, señorita Masterson. ¿Me permite su abrigo? —pregunta una joven morena de ojos grises y sonrisa de anuncio, que me sorprende por la espalda.

—Hola...

—Soy Rose —me informa al darse cuenta de que no tengo idea de quién es, pero obviamente ella si sabe quién soy. Me quito la chaqueta marrón y se la entrego—. El señor Mills la está esperando. Por aquí, por favor.

Asiento y camino junto a ella por un amplio corredor mientras observo las mesas que hay en las diferentes estancias por las que cruzamos en nuestro trayecto, lo que me indica que este debe ser una especie de restaurante, aunque ahora está desierto.

Llegamos a otra elegante puerta de cristal oscuro que apenas me permite ver lo que hay del otro lado.

—Adelante —me dice Rose.

—Gracias —musito con timidez y enseguida la veo desaparecer por el mismo corredor.

«Ethan debe estar esperándome tras esta puerta», reflexiono y enseguida mis piernas se vuelven masas temblorosas.

¡Dios! ¿Es que nunca voy a poder serenarme cuando se trate de él? ¿Pero de qué tengo miedo? Tal vez me asusta pensar que haya cambiado de opinión.

«¡Ya basta, Victoria! No puedes vivir con miedo», me regaño. De todas formas, sé que no me voy a enterar de nada si me quedo aquí, llenando mi cabeza con ideas negativas.

Inspiro hondo.

Cuando cruzo la puerta corrediza me tomo unos segundos para absorber el maravilloso espectáculo que tengo frente a mí.

Estoy en el pequeño jardín posterior, rodeado por una bien formada cerca de arbustos cubiertos por diminutas luces que se encienden y se apagan — como luciérnagas—. Bajo la luz tenue me es posible apreciar también un pequeño sendero bordeado con pétalos de rosa que conduce hasta una mesa con dos puestos que tiene sobre ella: un par de copas, una botella de vino — me imagino— y velas encendidas. De inmediato la dulce voz de *Sarah Vaughan* cantando «*Tenderly*», resuena en mis oídos.

Mis ojos divisan maravillados a Ethan, que aparece desde un rincón oscuro y avanza hacia mí, sonriente. Mi corazón se desboca, dejándome inmóvil, completamente azorada por todo, sin poder emitir ni una sola palabra.

Esto es...

—Señorita Masterson —murmura cuando llega a mi lado, en medio de un casto beso que sus labios le obsequian a mi mano—. Permítale decirle que

luce... encantadora. —Sus palabras se graban dulcemente en mi interior. Me ruborizo—. ¿Baila conmigo?

—P-pero no sé... No sé bailar —tartamudeo.

Recuerdo la última vez que bailé con él, prácticamente dejé que me guiara.

—No es lo que recuerdo —susurra muy cerca de mi oído y enseguida ese frío delicioso, que ahora me es familiar, recorre todo mi cuerpo al sentir su aliento acariciando mi piel.

Tomo su mano, temblorosa, conteniendo la respiración, cuando me veo junto a él. Me pega con fuerza a su cuerpo para empezar a bailar al ritmo lento de la canción. Mis ojos se encuentran con los suyos, negros y penetrantes; pronto me sumerjo en ellos, encantada por todo lo que hizo.

Es dulce, quizá mucho más de lo que quiere aceptar.

—Gracias..., esto es especial. Es tan... tú.

—¿Tan yo?

Ethan me mira con inquietud.

—Sí, maravilloso.

Es todo lo que consigo decir. Examino su rostro y su expresión: Ethan encoge los hombros.

—Te lo mereces todo —replica y con su mano me hace girar.

No puedo evitar sentirme confundida. Dijo que no tiene claro lo que está sintiendo, pero hace y dice cosas como esta y es difícil no pensar que siente lo mismo que yo. ¿O es que está acostumbrado a tener este tipo de atenciones con todas las mujeres? La idea me desagrada. No quiero siquiera imaginar que lo haya hecho por alguien más. Sin embargo, la curiosidad es mucho más fuerte que el miedo y me aconseja que obtenga información para saciarla.

—Seguramente estás acostumbrado a hacer este tipo de cosas.

—¿Quieres saberlo?

—Solo si me lo quieres contar —sonríe, y me parece que reflexiona al respecto.

Sus manos suben desde mi cintura hasta mi cuello, acariciándolo. Sus ojos se tornan brillantes, su mirada intensa... En cuestión de segundos su boca abate a la mía en un beso intenso y salvaje que hace que el deseo invada mi cuerpo, quemando cada centímetro de mi piel.

Acaricio su rostro para atraerlo más hacia el mío y hacer el beso más profundo, pero Ethan, tras esbozar una pequeña sonrisa, se detiene, dejándome con ganas de más y sin aliento.

—Curiosidad, curiosidad, curiosidad... No es más que «*insubordinación en su forma más pura*»<sup>[xiii]</sup>, señorita Masterson —susurra acariciando mi sien mientras intento recuperarme del beso.

Ethan menea la cabeza, con diversión.

—Será una charla interesante. Vamos a sentarnos.

Toma mi mano para llevarme a un sofá de jardín que se acomoda a un par de metros de nosotros, junto a unos preciosos rosales.

—Pregunte todo lo que quiera —indica recargando la espalda en la silla mientras cruza las piernas y me mira con atención.

Se ve tan seguro..., como aquella vez en GAA, cuando temblaba igual que ahora.

—Bien. —Entrelazo mis dedos—. Por dónde empiezo... —¿Qué puedo preguntar? No puedo ir directamente al punto que me interesa —el de las mujeres que ha tenido en su vida—. ¡Diablos! Me siento estúpidamente tímida y nerviosa. Bueno, Ethan es muy intimidante—. En realidad, hay mucho que no sé de ti —balbuceo—. Primero: ¿Mason es tu amigo?

—Mason es mi hombre de confianza y mi guardaespaldas. —Guarda silencio por unos segundos, como sopesando al respecto—. Y sí, diría que mi amigo —responde al fin, con mucha seguridad, como si se tratase de una entrevista, pero es lo que parece. Debe estar acostumbrado.

—¿Guardaespaldas?

¿Necesita que lo protejan? ¿De qué?

—Por mi trabajo —explica sin darle la menor importancia.

No sabía que su trabajo requería seguridad, aunque la verdad es que no sé cuál es realmente su ocupación. Pero no quiero ni pensar en que alguien pudiera llegar a hacerle daño.

—No es más que una simple formalidad —añade al ver mi rostro lleno de terror.

Será mejor que deseche esos horribles pensamientos de mi cabeza para no arruinar la noche.

—Y en concreto ¿a qué te dedicas?

—Soy un hombre de negocios. Invierto en varios campos, tengo empresas y todas esas tonterías —contesta, y de nuevo me siento una reportera que busca obtener información privada de la vida del multimillonario Mills.

No me había puesto a pensar en lo importante que es en realidad. Me

pregunto si eso será un problema en el futuro.

—Evidentemente no eres una aficionada del mundo financiero, de otro modo no me preguntarías todo esto.

—No lo soy —acepto totalmente avergonzada por mi falta de conocimiento en esa rama—. Claro que había escuchado hablar de tu compañía, pero no supe nada de ti hasta que estuve en GAA.

Y ahora entiendo por qué todas las personas lo miran con admiración y se desviven por atenderlo de la mejor manera.

—Eso no es importante. Vine aquí para atender un par de negocios, solo por un tiempo corto, y encontré algo interesante que podría ser la razón para prolongar mi estancia indefinidamente —expone mirándome con profundidad. Arqueo una ceja, intrigada.

¿Soy yo esa razón?

—¿Piensas dejarlo todo?

—Pienso proceder conforme a mis deseos.

Carraspeo.

No puedo evitar que sus ojos centelleantes me desconcentren.

Conforme a sus deseos... ¿Lo dijo por mí?

—Ya veo —mascullo—. ¿Y dónde vives?, es decir, imagino que tendrás una residencia fija.

—Nací en Londres. Viví ahí hasta los dieciocho años, después me fui por mi cuenta. Mi familia reside en Kensington. No voy muy seguido. La mayoría de mis asuntos los atiendo desde Nueva York, así que supongo que esa sería mi residencia fija. Ahora, como te he dicho, pienso prolongar mi estancia en Georgia. Por lo demás, tengo apoderados que se encargan de todo —dice despreocupado, de nuevo con ese aire de ser el dueño del mundo.

—¿Y tu familia está de acuerdo?

—Desde muy joven hice mi vida solo. Trabajé para mí y así conseguí todo lo que tengo. Mi familia no tiene por qué oponerse a mis decisiones.

—Es que eres tan joven y mayor... —pienso en voz alta.

¡Rayos!

—¿Joven y mayor? —inquire ladeando la cabeza con una evidente diversión reflejada en los ojos.

—Me refiero a que tienes veintiocho años, lo que te hace joven, pero tu forma de ser, tu forma de pensar y todo lo que has construido solo, te hacen parecer mayor.

Ethan arruga la frente como si estuviera analizando a profundidad mis palabras.

—La edad es solo un número, Victoria —murmura y enseguida su expresión cambia de divertida a seria—. Como adolescente, hice lo que me vino en gana, pero al empezar la universidad supe que quería muchas cosas y que conseguirlas requeriría de mi total concentración, así que estudié, me relacioné, conocí a las personas correctas y obtuve todo lo que ahora tengo. Me convertí en lo que ves: un hombre joven y mayor —añade recuperando su humor con una pequeña sonrisa.

Mis mejillas arden. ¿Se está burlando de mí?

—Ya veo —carraspeo avergonzada—. Al hablar de tu familia, te refieres a tu padre, tu madre y...

—Mi madre, mi hermano mayor y mis dos hermanas, que alcanzan más o menos tu edad.

—¿Y tu padre? —pregunto y enseguida me arrepiento de haberlo hecho. Ethan se incorpora y frunce el ceño.

—No es un tema que desee tocar —indica con sequedad.

¡Maldición! ¡Tú y tu estúpida curiosidad!

Bajo la mirada sintiéndome culpable. ¿Por qué habré preguntado eso? Cuando Ethan lo nota, toma mi mano y la acaricia.

—Quizá muy pronto te lo cuente —me dice con suavidad e intenta dedicarme una vaga sonrisa, pero no lo logra.

Bien, ahora sé cuál es el punto «débil» de Ethan Mills: su padre. ¿Por qué no quiere hablar de él?

—Está bien —musito y me doy cuenta de que no ha dejado de lado su incomodidad.

¿Qué puedo hacer para que se relaje de nuevo? Hablar con él es como estar en medio de un campo minado, cualquier paso en falso puede ser terrible. Si continuamos de este modo, puede que no consiga la información que me interesa.

¡Directo al grano, Masterson!

—No has respondido a mi pregunta. ¿Acostumbras a hacer este tipo de cosas con...?

—No —responde—. No sé qué es lo que estás haciéndome. Antes de ti todo parecía sórdido, gris...

Inconscientemente acaricio su barbilla con suavidad, conmovida por la

sinceridad que veo en sus ojos y por la dulzura que contienen sus palabras, y le doy un beso casto que le toma por sorpresa, lo sé porque me mira perplejo. No parece estar acostumbrado a las muestras de afecto. Quizá yo pueda hacer que se acostumbre. Estoy segura de que sería una tarea sumamente sencilla, porque cada vez que dice cosas como esa logra derretirme por dentro, pues sé que el que habla es su corazón y cuando eso sucede, deseo besarlo, llenarlo de amor, deseo ayudarlo a que pueda expresar sus sentimientos sin ese miedo que le impide hacerlo.

Ethan cierra los ojos en respuesta a mi caricia, después sonrío.

—¿Eso le preocupaba, señorita Masterson? —inquire recuperando ese aire juguetón que adoro.

—¡No! —me defiende—. Es solo que me doy cuenta de que muchas mujeres te admiran, por eso supuse que lo habías hecho antes; ya sabes, en relaciones pasadas.

—¿Mujeres que me admiran? No lo había visto de esa manera —murmura absorto. ¿Cómo es que no se da cuenta si es evidente? —. No he tenido relaciones formales en mucho tiempo, aunque hubo alguien que... Bueno, eso fue algo prolongado que estuvo a punto de terminar en boda.

¿Boda? Paso saliva. Si pensaba en boda quiere decir que esa mujer fue o es muy importante para él.

—¿Y por qué no se concretó?

Él continúa pensativo.

—Llevábamos cuatro años de relación. Nuestras familias han sido cercanas toda la vida, así que puedo decir que Cathy y yo nos conocemos desde la cuna. Imagino que esa fue la razón principal que nos instó a un compromiso. —Ethan menea ligeramente la cabeza en negación, un poco abstraído—. Entonces hice cosas que no me enorgullecen. No era un hombre de compromisos, por eso decidí poner fin a la relación.

¿Y ahora sí lo es?

—¿La has visto? —La pregunta se me escapa en voz alta.

Me ruborizo momentáneamente mientras mi corazón ruega por un NO como respuesta.

—Sí. —¡Oh, no! Aún la ve—. En reuniones familiares y en varios eventos.

Genial, solo ha tenido una relación seria en su vida, tan seria que llegó a pensar en casarse, y todavía sigue viendo a la mujer en cuestión.

«El pasado es pasado», me anima el corazón.

—Tu vida es muy interesante —musito acomodándome un mechón de cabello detrás de la oreja.

—También quiero saber de ti.

¿De mí? Creo que después de su investigación, lo sabe todo, y no es que haya mucho que saber.

—Bueno, jamás he salido de Athens. Nací aquí, vivo sola con mi madre y no tengo hermanos.

—¿Y tu padre?

—No lo conocí. Mamá dice que salió un día y jamás volvió, pero eso no es algo que me afecte.

En realidad, sí que me afecta. ¿Cómo un padre puede abandonar a su familia sin sentir remordimiento? Siempre me he preguntado si se arrepiente o desea verme, pero es obvio que no es así.

—Supongo que estudiar ha sido mi vida.

—¿Por qué terminó tu última relación amorosa?

Frunzo el ceño.

—¿Sabes de Gabriel? —Asiente. «Thomas», me recuerdo mentalmente. Entorno los ojos—. En realidad, no puedo decir que haya sido una relación formal. No duramos más que un par de meses, pero imagino que también sabes eso.

Ethan me dedica una sonrisa de «ni te molestes en omitir detalles».

¿Cómo rayos se las ingenia su jefe de seguridad para conseguir tanta información?

—No pudimos resolver nuestras diferencias. Creo que no puedo agregar más que eso.

—Seguramente no fue un digno merecedor de todo lo bueno que posees.

—Creo que... cuando algo no es para ti, se convierte en una brisa pasajera —murmuro con tristeza.

«Quizá eso pase entre nosotros, Ethan».

—Puede ser —musita ceñudo. Después, su mirada se pierde en algún punto lejano del universo. Me acerco a él.

—Ahora no me interesa nadie más que tú.

—¿De verdad, señorita Masterson? —me dice y me dedica una mirada dulce.

—De verdad, señor Mills. Eso lo convierte en un hombre muy afortunado.

—Sé que lo soy —susurra.

Es un alivio verlo relajado, aunque lo haga por intervalos de tiempo muy cortos. Sé que con el tiempo podré seguirle el ritmo.

—La única que hace de mi vida una aventura, es mi mejor amiga Mila —continúo—. Ya lo verás cuando la conozcas; es increíble, especial... y siempre consigue lo que quiere. Aunque somos diferentes, somos amigas desde niñas; algo así como hermanas.

—Dijiste más de ella que de ti misma —comenta intrigado. Frunzo el ceño. No me había dado cuenta.

—No hay mucho que saber de mí. Es evidente que Thomas se encargó de averiguarlo todo —replico a manera de broma.

—Es bueno en lo que hace. Gracias a su estupendo trabajo estoy contigo. —Ethan acaricia mis nudillos—. Eres una mujer sublime, Victoria.

Contengo el aliento. ¿De verdad piensa eso de mí?

—Lo dices porque me miras con ojos de amor —digo sin pensar.

Lo miro de reojo: sus ojos pensativos se encuentran con los míos.

—Victoria, eres fantástica. Una mujer admirable.

—¿De verdad piensas eso de mí?

¿Me admira? ¿Por qué?

—Lo pienso porque es así —es su corta respuesta.

Tomo su rostro entre mis manos y acaricio sus sienes. Estoy segura de que no hay mujer más feliz que yo en este momento. Él es todo lo que soñé.

Mis ojos se desvían de los suyos a sus labios, que son como imanes que me atraen y roban la voluntad. Me acerco deseosa por sentirlos, pero, antes de poder cumplir mi objetivo y besarlo, veo a Rose, que nos mira desde la puerta. Me aparto y regreso a mi lugar.

¿Cuánto lleva ahí?

—Disculpen —carraspea sin poder ocultar el rubor de sus mejillas—. La cena está lista.

—Gracias, Rose —responde Ethan.

Lo miro boquiabierta. ¿Dijo gracias? Esto sí que es una novedad.

Ethan toma mi mano para ir a la mesa.

El aroma de la cena me resulta familiar, pero es imposible que se trate de algo que haya probado antes, pues, la mayoría del tiempo, mi dieta consiste en comida chatarra y estoy segura de que Ethan está acostumbrado a esos platillos cuyos nombres son impronunciables. Recuerdo la comida fallida en el restaurante italiano y lo que pidió.

Aún no me hago a la idea de salir con un hombre como él.

—Que tengan buen provecho. Con su permiso.

Rose deja la bandeja en la mesa.

—Gracias —vuelve a decir Ethan. Rose se ruboriza y desaparece a la velocidad del rayo.

No puedo evitar sonreír.

—¿Y esa sonrisa? —pregunta él cuando me regresa la mirada.

—Dijiste gracias.

Ethan sonríe también.

—Le dije que lo iba a considerar y lo hice. Tenía razón; la sensación al pronunciar esa palabra es sumamente agradable. Gracias por el consejo, señorita Masterson. Como siempre fue acertado. Si me permite... —Retira la silla para que me siente: lo hago—. Espero que le guste —añade y una sonrisa, similar a la de un niño a punto de recibir dulces en navidad, se adueña de su rostro. Es fascinante.

Ethan retira la cubierta de la bandeja.

—¡Pizza! —exclamo. Jamás me sentí tan feliz por comer.

—Mi favorita: pizza con todo.

—¡Me encanta!

Su mirada se entenece al ver mi emoción desmedida por la comida.

¡Estoy encantada! Por un momento temí descubrir algún tipo de platillo extravagante, pero no fue así... Ethan es genial. No aparenta nada, ni trata de impresionarme, aunque, sin proponérselo, lo hace.

Terminamos la pizza entre risas y besos, y no puedo evitar sentir que somos los mejores amigos, a pesar del poco tiempo que llevamos de conocernos. Es como si nuestras almas se hubiesen reconocido desde el primer momento en que nos vimos. Me siento una reina en sus brazos. Lo amo profundamente y aunque él no me lo haya dicho aún, siento que es así. Bueno, es lo que quiero creer.

Sé que tiene miedo de abrir por completo su corazón y no sé cuál sea el motivo, pero estoy dispuesta a ayudarlo a darse cuenta de que sentir amor no tiene nada de malo.

—¿Algún día podré adivinar lo que piensas?

—Pienso en ti. En lo afortunada que soy y en lo feliz que me siento cuando estamos juntos.

No dice nada. Solo me mira de una forma ausente, absorto en sus

pensamientos.

Ahora soy yo quien desea adivinar lo que cruza por su mente.

Decido hacer caso omiso a su ensimismamiento y obedecer a mi corazón, que suplica por un beso suyo. Me acomodo sobre sus piernas y paso mis manos por su sedosa cabellera castaña mientras una enorme necesidad de él invade mi cuerpo.

Lo beso con fuerza, con deseo, con amor... Sus manos expertas se deslizan suavemente por mi espalda, acariciando todo a su paso. Su lengua juguetea con la mía, hábil, segura, sensual, y, así, mantenemos el beso por varios minutos.

Ethan busca mi mirada aún con la respiración trabajosa cuando nos tomamos un descanso.

—¿De verdad soy tan importante para ti? —Asiento. Su expresión vuelve a ser seria y distante—. Tampoco soy un digno merecedor de tu afecto, pero ya es tarde. No puedo dejarte ir.

—No quiero que lo hagas. Ethan, eres un hombre excepcional. Estoy segura de que no me voy a arrepentir de poner mi corazón en tus manos.

Él esboza media sonrisa tensa y menea la cabeza en negación, como si no aceptara mis palabras.

—Te llevaré a casa —murmura bajándome con cuidado de su regazo.

—Está bien.

Casi estoy exasperada. No entiendo su renuencia a los sentimientos. Lo que hizo esta noche fue mágico, pero parece no darse cuenta.

\*\*\*

No ha dicho ni una sola palabra desde que subimos al auto. Su mirada sigue perdida en algún pensamiento triste y distante.

Me vuelvo valiente y me acurruco en su cálido pecho para descansar. Siento que se remueve incómodo al principio, pero no me aparta y eso me tranquiliza.

Cierro los ojos al percibir su aroma embriagador y varonil, y me dejo acunar por los latidos de su corazón y el sube y baja de su pecho al respirar. Estoy convencida: este es mi lugar.

—Despierta dormilona. Llegamos. —Sus manos acarician mi cabello.

—Mmm... Me quedé dormida... Tus brazos son muy cálidos. —Ethan sonrío con ternura—. Esta noche fue increíble. Gracias.

—Lo mejor para usted —me dice antes de bajar del auto para abrirme la

puerta.

Cuando nos volvemos a encontrar le sorprende con un beso en la mejilla e intento disimular la tristeza que siento por tener que separarme de él.

—Me gustaría estar contigo todo el tiempo —confieso con timidez.

—También me gustaría. Sabes, Victoria, no me reconozco. Yo...

Sus ojos vuelven a perderse en sus pensamientos. Sé que le cuesta mucho abrirse, así que me apiado de él: no necesita decir nada.

—Lo sé. Recuerda que también conocí la otra cara de la moneda, pero sabía que ese no eras tú. —Ethan frunce el ceño—. Y lo sé porque también lo siento —continúo—. Conocerme es lo mejor que me ha pasado. Estoy convencida de que, si mis antiguos intentos de enamoramiento no funcionaron, fue porque simplemente te esperaba a ti, porque sabía que ibas a llegar y ahora estás aquí.

—Victoria... —Coloco mi índice en sus labios para que no diga nada.

—Te veo mañana. —Sonrío y me vuelvo para entrar a casa, pero Ethan, con una maniobra muy rápida, logra pegarme de nuevo a él.

Sus ojos me miran con profundidad y algo parecido a la adoración. Cuando me doy cuenta lo estoy besando con fervor y ternura.

¡Lo necesito tanto!

—Que tengas dulces sueños y, si no es pedir demasiado, me gustaría estar en ellos.

—Desde la primera vez que nos vimos todo de mí te pertenece; mis sueños también.

Ethan sonrío complacido y sube al auto.

Me quedo mirándolo desaparecer por la carretera, sin poder evitar que un nudo enorme se me forme en la garganta.

«Hasta mañana, mi amor».

## CAPÍTULO 14: ERICA

—¡Te veré mañana!

—Está bien, cuídate.

Me despido de Lea, la muchacha de nuevo ingreso a la que tengo que ayudar y guiar para que se acople al ritmo de mitad de semestre. Ella sonrío y se marcha.

Camino abrazando mi cuerpo por fuera del edificio de la facultad, pensando en la última semana de mi vida que, de cierta forma, ha sido la más feliz.

Ethan me hace sentir diferente, importante..., y cada noche a su lado ha sido más que maravillosa, incluso aquella noche, cuando me llevó al autódromo de Athens para compartir conmigo una de sus pasiones: las carreras automovilísticas, o cuando me confesó su afición con el universo y todo lo que este contiene, en especial las estrellas.

¡No puedo creer que haya pasado una semana desde que empezamos a salir!

Él es... perfecto. A su lado siento que estoy dispuesta a darlo todo sin dudarlo ni un solo segundo. Sin embargo, hay algo que me preocupa y que borra constantemente mi sonrisa precisamente cuando más confiada me siento: me preocupa pensar que esto pueda ser pasajero.

En los últimos días he librado una feroz batalla interna, analizando mi vida y mis expectativas, que no parecen coincidir con las suyas. ¿Qué soy para él? Obvio no soy su novia; no me ha pedido que lo sea, ni siquiera me ha dicho que me quiere, mucho menos que me ama. Me necesita, eso lo sé, pero ¿hasta qué punto?

Pensar en eso me atormenta, porque sé que estoy completamente enamorada de él y me asusta imaginar que un día va a despertar y decidir que no quiere verme más.

El corazón me ruega, me suplica, que me quede a su lado e insiste en que me ama, aunque no lo diga, pero la razón... La razón quiere alejarse porque siente que no tenemos futuro y, realmente, temo que sea así.

Esta situación se sale de mis manos, me estresa, me vuelve vulnerable, frágil...

—¿Qué crees que haces?

Me vuelvo para mirar a la persona que me habla: es Erica.

—¿Disculpa?

Erica está plantada con firmeza frente a mí. Lleva el cabello recogido en una coleta alta y ropa de deporte, como si acabara de salir del gimnasio. Su mirada es displicente.

—Estoy segura de que eres mucho más inteligente que esto, Victoria.

—No sé de lo que...

—Hablo de Ethan —añade con frialdad.

¿¡Qué demonios!?

—No tengo por qué hablar de él, y mucho menos contigo. Disculpa, pero debo irme.

Le doy la espalda y me dispongo a marcharme, pero su insistente voz hace que me detenga.

—¡Intento ayudarte! —me dice—. Ethan no es del tipo de hombre que busca compromiso, ¿sabes? Él está acostumbrado a divertirse con quienes le dan oportunidad.

Le regreso la mirada.

¿Qué es lo que quiere esta mujer? ¿Y qué tiene que ver con Ethan?

—Gracias, pero estoy muy segura de que Ethan no...

—Lo conoces desde hace ¿cinco minutos? ¿Cuánto crees que le dure la novedad por ti? ¿Un par de noches más? ¿Un par de impresionantes citas y cenas? ¿Un par de bailes en medio del bosque?

—¿Cómo...?

—Es lo que acostumbra a hacer, Victoria. Cuando encuentra a una muchacha desesperada por atención, la seduce, la enamora y después de que consigue lo que quiere... No creo que deba decirte lo que sucede. Es su patrón.

De pronto siento una enorme punzada de dolor, como si me hubiesen herido en el único punto en que era posible herirme. Sabe sobre nuestras salidas, sabe lo que hemos hecho. Nadie más se lo pudo haber dicho; nadie más que...

—¿Lo hizo contigo? ¿Por eso estás diciéndome todo esto? —inquiero en voz baja. Erica sonríe.

—Conmigo es diferente. Él tiene muchas mujeres, sí, pero lo nuestro es más que todo eso. Cuando se cansa de ellas, siempre vuelve a mí. Soy lo único constante en su vida.

Paso saliva.

No puedo creer lo que estoy escuchando.

Le dedico una mirada gélida a la mujer que se autodenominó «lo único constante» en la vida del hombre que amo y enseguida siento náuseas.

No, eso no es verdad. Ethan me ha demostrado que soy...

«Tampoco soy un digno merecedor de tu afecto, pero ya es tarde. No puedo dejarte ir».

¡Por supuesto que lo que dice esta mujer es falso! Yo he visto la sinceridad reflejada en sus ojos cada vez que me habla, he sido testigo de su dulzura.

¡Es imposible!

—Tal vez, en el pasado, Ethan haya llevado la vida que describes, pero ahora...

—Nena —me interrumpe—, si te digo esto es porque, a diferencia de las demás, siento cierto tipo de... lástima por ti. Eres muy joven e ingenua para entenderlo y créeme, lo hago por tu bien, para que no salgas lastimada y puedas dar un paso al costado antes de que sea tarde. Se cansará de ti, como se ha cansado de todas. Dime, ¿acaso te ha pedido que formalicen su relación?

—No respondo. No puedo hacerlo porque siento que cada una de sus hirientes palabras, me ahoga—. ¿Lo ves? Perdóname por ser tan cruda, pero alguien tenía que abrirte los ojos. No pierdas tu tiempo. Ambas sabemos que él no es para ti.

Mis labios tiemblan levemente mientras imagino a Ethan en brazos de Erica. ¡Dios, qué horrible pensamiento!

¿Que Ethan no es para mí? Sí, tengo claro que Ethan no es para mí; siempre lo tuve presente, pero me permití creer que el universo me convertía en una excepción y que él, si bien no al inicio, ahora accedía a sentir lo mismo por mí.

Erica me observa inmutable, con un aire de triunfo, quizá porque es consciente del dolor que me ha causado.

—Fue un gusto conocerte, Victoria —murmura—. Adiós.

Me quedo perpleja mirándola subir a su auto y marcharse después de cometer el más atroz de los crímenes.

¡Esto no puede ser real! Ethan no es la persona que ella describió, o ¿sí? ¡No, por supuesto que no! Debe haber otra explicación a todo esto. Quizá me lo dijo por despecho. ¡Sí, debe ser eso!

Limpio un par de lágrimas que ruedan por mis mejillas antes de que las

palabras de esa mujer regresen a mi mente: «Cuando encuentra a una muchacha desesperada por atención, la seduce, la enamora y después de que consigue lo que quiere... No creo que deba decirte lo que sucede». «¿acaso te ha pedido que formalicen su relación?»

Esto está mal. No puede ser cierto. No, porque eso significaría que...

Saco el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros cuando escucho la alerta de un nuevo mensaje entrante: es Ethan.

«Paso por ti en 30 minutos. Quiero tenerte conmigo el resto del día».

Mi vista vuelve a nublarse cuando termino de leer.

¡No, no puede ser cierto!

«Eres una mujer sublime, Victoria».

¿Me mintió?

«No sé qué es lo que estás haciéndome. Antes de ti todo parecía sórdido, gris...»

No puedo verlo ahora. Necesito espacio para pensar. No soy capaz de mirarlo a los ojos en este momento porque si todo resultara ser verdad, estoy segura de que confirmarlo, acabaría conmigo.

Le escribo un mensaje rápido.

«Lo lamento, pero tengo mucha tarea. No podré verte hoy. Disculpa. Que estés bien».

Dudo un poco antes de pulsar enviar, pero lo hago al final.

Quiero estar sola, necesito estar sola para pensar en todo lo que está ocurriendo en mi vida. Me siento perdida, sobre todo después de esto. Sé que es probable que todo no sea más que una mentira, pero sé también que cada día junto a Ethan es como si me adentrara más y más en un laberinto lleno de trampas y que, tal vez para cuando quiera salir, me sea imposible hacerlo.

Apago el móvil, consciente de que no tardará en responder o llamar y si así lo hace estoy segura de que cederé. Soy tan débil ante él.

—¡Victoria! Iba a buscarte —me dice Brad, que baja de su motocicleta y se acerca sonriente a mí. Seco mis lágrimas con rapidez y le dedico una débil sonrisa también.

—Hola, Brad. ¿Necesitas algo?

—Bueno, pensé que podríamos adelantar algo de la tarea. El

entrenamiento se canceló y tengo la tarde libre. Podemos ir a la biblioteca. ¿Estás bien? —pregunta con preocupación tras un breve examen visual—. Olvídalo, lo dejaremos para otro día.

—¡No! Quiero decir..., estoy bien. Me parece una idea fantástica.

Necesito ocupar mi mente en algo que me ayude a olvidar por unas horas todas mis dudas y miedos con respecto a Ethan. No será sencillo, pero debo intentarlo.

—Bien, sube.

Brad señala la parte trasera de su intimidante vehículo de dos ruedas.

—¿Ahí? —inquiero con nerviosismo. Una motocicleta es como una bicicleta, ¿no?, y no me he subido a una desde que tenía siete años, cuando me caí y fracturé el brazo—. ¿No será mejor ir caminando? La biblioteca no queda muy lejos.

—Prometo que estás segura conmigo —me dice guiñando uno de sus penetrantes ojos azules.

¿Segura? Bueno, ¿qué puede ser peor que lo que ya estoy sintiendo?

Asiento y subo temerosa hasta acomodarme detrás de mi amable compañero de tarea.

—Solo tienes que sujetarte de mí y todo irá bien. —Brad toma mis brazos y los coloca alrededor de su cintura. Me ruborizo.

Cierro los ojos, apretándolos con fuerza, cuando escucho el primer rugido de la motocicleta y esta empieza a rodar; después de un par de minutos, ya más confiada, los abro.

Es un alivio darse cuenta de que Brad sabe conducir.

Decido disfrutar de la maravillosa vista y de la cálida brisa golpeando mi rostro mientras avanzamos, a una velocidad intermedia, hasta la biblioteca.

Brad es un muchacho agradable y en extremo atractivo, dueño de un carisma impresionante que lo ha convertido en uno de los jóvenes más populares de todo el campus. Es muy atlético, pero supongo que así debe ser el mariscal del equipo de fútbol. Ahora es mi compañero de equipo para la clase de la señora Goot.

Son las cinco menos diez cuando terminamos. Después de un par de horas encerrados entre libros y tarjetas de estudio, lo único que deseo es ir a casa y leer un buen libro para escapar de la realidad. Ni siquiera Brad y su contagiosa alegría consiguieron que se me olvidaran mis preocupaciones.

—¡Mereces un premio! Eres muy inteligente, Victoria. Gracias a ti logramos terminar este trabajo que parecía eterno —me alaba mientras guarda todo el material en su mochila—. ¿Helado?

—En realidad...

—¡Vamos! Te lo mereces. Yo invito.

Su mirada es suplicante.

Estoy cansada, pero no me creo capaz de rechazar su invitación.

—Está bien.

Recojo mi bolso y ambos salimos de la biblioteca.

Brad no ha parado de hablar en todo el camino, pero apenas y puedo escucharlo, pues no hago más que preguntarme si Ethan respondió a mi texto o si ha intentado llamarme. No he encendido el móvil desde que le envié el mensaje cancelando nuestra cita.

Una vez que llegamos espero a mi compañero de estudio y nuevo amigo, en una de las mesas exteriores mientras él va por los postres.

Sonará extraño, incluso ridículo, pero estando aquí sentada no puedo evitar sentir la presencia de Ethan. Es algo así como un presentimiento, como si fuese a aparecer en cualquier momento.

Miro en todas las direcciones para cerciorarme de que no está y, en efecto, no lo encuentro.

«¿Cómo podría saber en dónde estoy?»

Entorno los ojos, frustrada conmigo misma cuando recuerdo que no hay nada oculto o difícil de averiguar para él. No sería raro que estuviera enterado de cada uno de mis movimientos.

Brad regresa en un par de minutos con dos copas enormes llenas de helado de chocolate y pistacho. A pesar de mi abatimiento me permito emocionarme por ellos. Ahora que lo pienso no he comido uno desde hace mucho; no he tenido tiempo, de hecho, hay muchas cosas que he dejado de hacer. Ya ni siquiera he salido con Mila y ahora, para ser honesta, me siento mucho mayor de lo que soy.

—¿Por qué no habíamos hablado antes? —Brad frunce el ceño.

—Supongo que no teníamos temas en común. Siempre estás ocupado con el fútbol y yo, con mis libros —contesto con timidez.

—Es cierto, el equipo consume mucho de mi tiempo. Ni siquiera tengo novia —murmura ladeando la cabeza para mirar a una chica rubia muy bonita que cruza la calle. Sonrío.

—Quizá sea cuestión de que organices mejor tus actividades.

—Tienes razón. ¿Y tú? ¿Tienes tiempo para algún tipo afortunado?

—¿Yo?

Me ruborizo, me vuelvo torpe y dejo caer la cuchara con helado sobre mi chaqueta gris. ¡Maldición!

—Creo que eso es un sí —ríe—. Permíteme ayudarte.

Brad se acerca con una servilleta y ambos nos concentramos en limpiar los restos de helado que empiezan a esparcirse por la tela.

¿Tiempo para un tipo afortunado? Si él me lo permitiera le dedicaría mi vida, pero creo que eso no es lo que quiere. Ahora ya no estoy segura de nada.

Levanto la vista por un momento y enseguida mis ojos avergonzados se encuentran con los ojos furibundos de Ethan.

¡Lo sabía, estaba aquí!

Palidezco.

Él camina a grandes zancadas hasta nuestra mesa y aparta a Brad con violencia. Cuando consigo reaccionar él está en el piso e Ethan sobre él, golpeándolo.

¿Qué demonios hace?

—¡Ethan, no! —grito, pero no se detiene. Golpea como un salvaje a Brad.

—¡No vuelvas a tocar a mi...!

Sus palabras llenas de rabia se quedan suspendidas en el aire.

—¡Ya basta, Ethan! ¡Déjalo, por favor! —vuelvo a suplicar entre sollozos.

No puedo contener las lágrimas por más tiempo. Estoy furiosa y siempre lloro cuando me siento así, además, ver a Brad en el piso, sin poder defenderse...

—¡Detente!

Por fin me escucha y para de golpearlo. Toda la gente que pasaba por el lugar se detuvo a mirar el espectáculo, pero a él parece no importarle. Se levanta y camina hasta donde estoy. Sus ojos son fríos y aún están llenos de enojo.

—¿¡Por esto cancelaste nuestra cita!? —pregunta a gritos—. ¿Por este imbécil? ¿Qué pasa, Victoria? ¿Él tiene más dinero que yo?

¿¡Qué!?

Mi corazón se rompe en mil pedazos al escucharlo. No puedo creer que me esté diciendo esto.

Mi paciencia llegó al límite y no sé si es por la euforia del momento, por

el desagradable encuentro con Erica, o porque simplemente todo el estrés y el miedo de los últimos días se acumularon dentro de mí hasta explotar, pero no puedo contenerme más; levanto la mano y cuando me doy cuenta, la he estampado en el rostro de Ethan.

Él palidece, se queda inmóvil con la mirada llena de incredulidad.

—Vete —le pido—. Tú y yo... Todo fue un error.

Ethan piensa que soy una interesada. Piensa que estoy con él por su dinero. Siento como si me hubiesen golpeado brutalmente el corazón.

—Victoria, no puedes dejarme. Eres mi...

De nuevo se corta antes de terminar la frase.

El nudo que tengo en la garganta se hace más grande y me impide respirar. ¡Quiero que se vaya!

—Eso. No puedes decirlo porque no soy nada para ti.

No soy nada más que una oportunista. Quizá solo la siguiente en la lista.

Aparto mis ojos de los suyos para observar cómo dos hombres ayudan a Brad hasta instalarlo en una silla.

¡Dios! Tiene la boca llena de sangre.

—¡Quiero que te vayas! —le grito a Ethan, llena de impotencia, y le dejo atrás para ir a ayudar a mi pobre amigo.

Esto es demasiado. No es justo que él haya tenido que pagar por la indecisión de Ethan.

Lo miro de reojo, aún está de pie, unos pasos detrás de mí. Después de pasar las manos por su cabello varias veces, por fin se marcha.

—Lo lamento —le susurro a Brad. Él me devuelve una sonrisa tranquilizadora acompañada de una mueca de dolor.

\*\*\*

Camino de regreso a casa después de dejar a la víctima de Ethan en la suya. Lo golpeó muy fuerte, tenía la cara llena de moretones y el labio partido.

Pobre. Me siento muy mal por él, me siento mal por mí y por...

No lo entiendo. ¿Por qué Ethan reaccionó así? ¿Qué es lo que quiere? No le importó dar un espectáculo en la calle; estaba lleno de enojo, y lo que me dijo sobre el dinero... No puedo creer que piense eso de mí. Sus palabras fueron peor que los golpes, me lastimaron profundamente.

Las lágrimas vuelven a desfilan una tras otra por mis mejillas.

¿Es que no ve lo que siento por él? No. Obvio que no lo ve, obvio que no

lo sabe porque si lo supiera no habría hecho lo que hizo.

¡Dios, todo esto es tan confuso!

Ni siquiera sé lo que siente por mí, no sé qué tipo de relación tenemos, o si existe una relación. Lo único que tengo claro es que no quiero verlo, al menos no por ahora. Debo alejarme porque sé que merezco más que esto.

Llego a casa y por primera vez me alivia que mamá no esté; no quisiera que me vea en este estado. Subo a mi habitación y me escondo bajo las sábanas para poder sacar toda la impotencia que tengo dentro.

¡Esto se acabó! Mis sueños, mis ilusiones con Ethan; todas se fueron al piso.

Él nunca va a aceptar sus sentimientos —si es que los tiene— y yo no puedo hacer más que alejarme, aunque eso me desgare el alma y el corazón. Es lo que debo hacer, por el bien de ambos.

\*\*\*

—¿Cuál crees que debo usar? Necesito verme espectacular el próximo miércoles.

Mila ha decidido traerme todo su guardarropa para que le ayude a escoger un atuendo que la haga lucir despampanante en la dichosa cena con el hombre de su vida.

Sé que me ha hablado muchísimo de él, pero no le he prestado atención. Después de una semana lejos de Ethan, soy como una mujer sin alma que deambula por las calles fingiendo que está bien. Casi no he comido y cada noche se ha convertido en un tormento lleno de pesadillas y gritos que mamá intentó contener hasta que tuvo que marcharse de la ciudad por su trabajo, así que ahora solo hablamos por teléfono. Sé que está preocupada, aunque, como siempre, ha respetado mi privacidad.

—Todo te queda perfecto, lo sabes.

—Eso no me ayuda mucho, Vic. Tengo que verme maravillosa. —Hace un mohín y me desfila un hermoso vestido de seda color plata.

—Y te verás maravillosa. Es más, ese vestido es perfecto; con él te ves bellísima.

—¿De verdad lo crees?

—Es el indicado, amiga.

Mila se abalanza sobre mí y me da uno de sus típicos abrazos que quitan el aire.

—¡No sé qué haría sin ti! ¡Gracias, Victoria!

—Sabes que te quiero y te querré más si me dejas respirar —le digo con dificultad con una mueca de fingido dolor. Me suelta.

—Lo siento. Ahora vas a contarme todo sobre el galán con el que sales, y no me digas que no existe porque sé que sales con alguien.

—No existe ningún galán —murmuro dejando escapar un suspiro de tristeza—. Bueno, ya no es importante.

Mila se acerca y me mira con compasión.

—¿Estás bien?

—Lo intento.

Su desmesurada muestra de afecto hace que sienta unas ganas terribles de llorar y no quiero hacerlo, pero ahora me siento como un animalito herido que busca que lo curen y lo cuiden. Se me escapa una lágrima.

—¡Ahora mismo me vas a decir quién es el imbécil que te rompió el corazón! —exige y su voz suena enfadada y autoritaria. Niego con la cabeza—. ¿Quién es? ¿Estudia aquí? ¿Cómo se llama? —insiste poniéndose cómoda para realizar un listado de preguntas que seguramente tenía guardadas.

—No vale la pena, Mili. Es mi culpa. Sabía desde el principio a qué me atecía cuando empezamos a salir y las cosas terminaron como esperaba.

—¡No puedes pensar que eres la culpable! No sé lo que sucedió y por primera vez voy a respetar tu privacidad, solo quiero que sepas que aquí voy a estar, lista para escucharte cuando decidas sacarlo todo. —La miro con los ojos muy abiertos. Este sí que es un cambio drástico en ella—. Solo quiero saber algo, Vic —continúa y yo me tenso. Sabía que había algo detrás de su extraña renuncia a la información sobre mi estado de ánimo—. Victoria, no me digas que él y tú ya...

Mila me mira expectante. ¿Ya qué? No estará pensando que...

—¡No, claro que no! —exclamo con voz chillona, escandalizada por su suposición.

—Eso es un alivio.

Ahora que lo pienso, Ethan jamás intentó nada de esas cosas. Claro que nuestros besos eran apasionados y había caricias, pero de ahí a algo más... Puedo entender por qué no sucedió: no me amaba y yo sí. Yo sí lo deseaba y me engañaba pensando que él sentía lo mismo.

La sola idea de que no llegó a sentir nada importante, me enferma.

—Debo irme, te veo el lunes.

Me levanto y salgo lo más rápido que puedo antes de que Mila pueda continuar con su tortura inquisitiva.

Solo quisiera olvidarlo de una vez y volver a ser la de antes. Era invisible, pero feliz.

Después de hacer una cantidad exagerada de tarea voy al cuarto de baño para tomar una ducha y relajarme. Los libros me mantuvieron ocupada toda la tarde y eso es bueno. Al salir me pongo mi pijama de franela rosa y bajo a la cocina por un vaso con agua.

La estancia luce impecable, pero ya no brilla como solía hacerlo, ahora se ve gris. De nuevo siento esa horrible sensación de soledad que aparece con mayor frecuencia en estos días desde que se fue mamá.

La extraño mucho; Indiana está muy lejos y ahí la transfirieron. Se fue hace cuarenta y ocho horas y ya siento que son meses. La casa se siente lúgubre sin ella.

## CAPÍTULO 15: CONFESIÓN

*«Me encantaba oír sus opiniones sobre cuadros y libros, porque, sin pretender ser un entendido, expresaba su propio parecer, que siempre era original: sus comentarios eran con frecuencia justos y atinados. También era muy grato contarle algunas cosas que él no sabía... ¡escuchaba de un modo tan cortés y educado! No parecía temer que, al inclinar su hermosa y brillante cabeza para recibir las confusas y balbuceantes explicaciones de una mujer, pudiera peligrar su dignidad masculina. Y cuando él puntualizaba algo, lo hacía con una lúcida inteligencia que dejaba sus palabras grabadas en la memoria.»*<sup>[xiv]</sup>

Dejo de lado a *Charlotte Brontë* y miro el antiguo reloj de pared que cuelga junto a las escaleras que conducen a la segunda planta: son las tres de la madrugada, y como cada noche durante estos tormentosos siete días, no he conseguido conciliar el sueño.

Subo a mi habitación guardando la esperanza de una noche más amable.

«Cuando amanezca veré la vida de un modo distinto», sentencio en mi mente y me escondo bajo las mantas, dejando que el silencio me consuma.

De pronto me siento perdida, sin rumbo fijo.

Aprieto los párpados, pero antes de que pudiera perderme completamente en la oscuridad, escucho el sonido del móvil anunciando una llamada. Lo miro con recelo por unos cuantos segundos.

«¿Quién puede ser a esta hora? —reflexiono—. No creo que sea mamá y Mila..., bueno, puede ser ella».

Lo levanto y miro la pantalla, llena de ansiedad. Para mi sorpresa no es ninguna de las personas que esperaba: es Ethan.

Inmediatamente el corazón se me sube a la garganta y ese frío que no había sentido desde hace más de una semana vuelve a aparecer en todo mi cuerpo.

Me está llamando... No esperaba que lo hiciera.

Respondo.

—¿Ethan...? —susurro.

—Victoria... —dice él del mismo modo.

Me quedo en silencio, escuchando su débil respiración mientras siento que una avalancha de sentimientos atenaza mi corazón. No puedo creer que sea él.

Inspiro hondo e intento ahogar las lágrimas que ya empiezan a agolparse en mis ojos.

¡Sé fuerte, Masterson!

—¿En qué puedo ayudarte? —le digo con voz la voz apagada.

—Quería saber de usted, señorita Masterson. ¿Cómo está?

—¿Cómo estoy? —su pregunta me sorprende. No digo nada y analizo seriamente mi respuesta. No puedo decirle que mi vida se ha convertido en solo un triste recuerdo de lo que era desde que no lo veo. No, esa no es una opción—. Bien, supongo que bien.

—¿Supone? —inquieta con algo de diversión en su voz. Casi me parece estar viendo su sonrisa burlona detrás del teléfono.

—Estoy bien, Ethan. Ahora que lo sabes, ¿me dirás la verdadera razón de tu llamada?

—Quiero verla.

¿Está bromeando?

—No creo que sea una buena idea, Ethan. Todo entre los dos...

—Estoy frente a su casa, señorita Masterson —me interrumpe— y no me iré hasta que hable personalmente con usted. La espero. —Cuelga.

Pero ¿quién cree que es? ¿Está aquí? ¿Cómo que está aquí?

Salgo de la cama y me asomo levemente tras las cortinas de mi habitación.

Ethan está sobre su lujoso auto, cruzado de brazos, tan elegante como siempre. Lleva vaqueros negros, cazadora del mismo color y camisa blanca.

Ahora que lo veo ahí, esperando por mí, me doy cuenta de que lo extrañaba más de lo que quería aceptar.

Inspiro hondo para intentar controlar el ritmo frenético de mi corazón.

¿Qué se supone que haga? Si no bajo, estoy segura de que no se irá, pero si lo hago, sería aceptar seguir en el limbo y no es lo que quiero.

¡Maldita sea, Mills! ¿Por qué apareces de nuevo cuando empezaba a resignarme a estar sin ti?

Está bien, hablaremos por última vez, pero únicamente porque deseo finiquitar todo entre los dos. Sé que hacerlo podría traerme algo de paz y ayudarme a sacarte definitivamente de mi vida.

Me pongo los vaqueros que mejor me quedan y una blusa blanca sin botones muy favorecedora. Por primera vez quiero dejar sin aliento al señor Ethan Mills. Es una tarea difícil, pero no imposible.

Después de atarme las cintas de las zapatillas, recojo mi cabello en un

enorme moño y bajo a enfrentarme al que pudo ser el hombre de mi vida.

«Quizá no debería verlo, sigo estando vulnerable», reflexiono. «No sé si pueda mantener el control sobre mis emociones estando frente a él».

Vuelvo a inspirar hondo antes de abrir la puerta, que me parece que pesa toneladas, y salgo temerosa, como si mis pies se hubiesen convertido en plomo.

Ethan se yergue apenas me ve aparecer y camina con su habitual elegancia hasta donde estoy.

¡Cielos! Se ve tan guapo a pesar de ese característico ceño fruncido.

Se detiene guardando una distancia prudencial que agradezco, pues mi respiración es demasiado acelerada y mi cuerpo no ha parado de temblar como siempre lo hace cuando lo siente cerca. Paso saliva.

—Bien. ¿Qué necesitas? —le pregunto con fingida valentía. Él se toma su tiempo para recorrer mi cuerpo con la mirada antes de responder.

—Señorita Masterson, es un verdadero placer volver a verla —me dice casi en un gruñido. Bien, mi plan parece haber surtido efecto y eso me da una leve seguridad. Me muestro indiferente—. Permítame decirle que luce deslumbrante —murmura adoptando un tono de voz seductor y de pronto, esa seguridad que había ganado gracias a mi atuendo se esfuma bajo su ardiente mirada y esa sonrisa encantadora que derrite mi corazón.

Amo a este hombre; lo amo, aunque sea un idiota capaz de golpear a todo el que se me acerque. Carraspeo.

—No creo que hayas venido hasta mi casa, a las tres de la madrugada, solo para decirme que luzco deslumbrante.

Entorno los ojos.

¡Esto es verdaderamente frustrante! Me descoloca por completo con un par de palabras y él, está tranquilo y sereno, como si no pasara nada.

—Quiero que me acompañe a un lugar.

—¿Por qué haría eso? —replico con ironía, desafiante.

Ethan menea la cabeza en negación y rompe la distancia que nos separaba. Ahora lo tengo a escasos centímetros, frente a mí, quemándome con esa mirada impetuosa que no me permite pensar con claridad.

—Porque usted y yo tenemos algo pendiente —musita rozando mis labios con su pulgar. Cierro los ojos para absorber la dulce sensación que su caricia me produce—. Ven conmigo —susurra en mi oído y yo tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerme en pie.

—Ethan...

—Por favor —suplica pegando su frente a la mía.

¡Dios! ¿Cómo negarme? No tengo la fuerza necesaria para hacerlo. Asiento, derrotada por su proximidad; él sonrío, toma mi mano y de esta forma subimos al auto.

¿Qué es lo que estoy haciendo? Quería olvidarme de él y ahora estoy a su lado sin la menor idea de a dónde vamos. ¡Maldición, no pude resistirme! Ethan es como un imán que me atrae; no importa cuánto luche, siempre termino cediendo.

Mason conduce sin emitir palabra. Ethan y yo vamos en la parte posterior del coche.

No he sido capaz de mirarlo, pero sí puedo sentir sus ojos acosadores sobre mí.

Observo de reojo que pulsa una especie de botón que tiene a su costado izquierdo. Enseguida un cristal oscuro se alza frente a nosotros ofreciéndonos la privacidad que en este momento no quiero.

Me remuevo en el asiento cuando me doy cuenta de que la atmósfera se ha vuelto intensa y electrificante. Levanto la vista con timidez y veo a Ethan observándome como un depredador a su presa. Vuelvo la vista a mis pies y empiezo a temblar.

En una fracción de segundo me toma entre sus brazos, levantándome para sentarme sobre sus piernas. Sus labios envuelven los míos con intensidad; mordiéndolos, robándome el aliento y devolviéndome cada recuerdo que, con creces, había conseguido esconder en el fondo de mi memoria. Jadeo en respuesta.

—¿Qué haces? —musito sin apartar mi boca de la suya.

—Te... deseo... No... quiero... perderte... —responde él con extrema dificultad.

Al escucharlo regresan a mi mente un sin número de imágenes desagradables que hacen alusión a la última vez que nos vimos, cuando golpeaba a Brad y este tenía la boca llena de sangre.

Me aparto con brusquedad y vuelvo a mi lugar, lejos de él. Estoy agitada por el beso y confundida por sus palabras.

—¡Esto no está bien! ¡No puedes pretender que todo siga como si nada después de lo que pasó!

—Sé que lo que hice no estuvo bien —dice entornando los ojos.

¿Es todo lo que dirá?

—Fue mucho peor de lo que quieres aceptar. ¡Ethan, no puedes ir por la vida golpeando a cada hombre que se me acerque! Brad es solo un compañero que tuvo la mala suerte de trabajar en equipo conmigo y que ahora tiene la cara llena de moretones gracias a ti. —Niego con la cabeza recordando cómo se veía.

—Victoria...

—¡Y luego, entre golpe y golpe le dices que se aleje! ¿Con qué derecho lo haces? ¿Con qué derecho, si no eres capaz de admitir lo que sientes! Si es que de verdad sientes algo por mí.

Prácticamente estoy gritándole, pero es la única forma de liberar toda esa rabia, miedo y todos esos sentimientos negativos que he acumulado en estos días.

—¿Eso piensas? ¿Que no siento nada por ti? —replica dolido.

—¡Y qué esperabas! Si cada vez que te digo que te quiero, te vuelves un tempano de hielo. Cada vez que intento demostrarte mi amor, me evades o cambias de tema. Ethan, no es lo que quiero para mí. No deseo tener que pensar las cosas meticulosamente antes de decirlas por miedo a que te incomoden mis sentimientos. ¡No puedo y lo siento!

Empieza el desfile de lágrimas contenidas. Necesitaba desahogarme y ahora que lo hice, no logro sentirme mejor.

Me cubro la cara con las manos para llorar con algo de privacidad.

Ethan se queda pasmado por un momento, pero finalmente habla.

—Estoy al tanto de tu encuentro con Erica —murmura en voz baja—. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Eso no es importante, Ethan. Ahora ya no importa.

—Sí que importa. ¿Qué fue lo que te dijo? —insiste. Levanto la vista.

—Cosas que... no había querido admitir. —«Y que quizá sean ciertas», pienso con tristeza.

—¡Victoria, dímelo! —Me mira fijamente.

¿Cómo voy a decírselo sin desmoronarme?

—Sabía todo sobre nosotros —susurro—. Y me habló de su relación, de lo que estás acostumbrado a hacer... Ella lo llamó un «patrón». Me dijo que pronto te cansarías de mí y regresarías a sus brazos, como siempre lo haces.

Ethan cierra momentáneamente los ojos y cuando los abre me parece ver un destello de rabia en ellos. Está furioso, pero soy yo la que debería estarlo.

—¿Le creíste?

—La verdad es que no sé en qué creer. Tu comportamiento es tan extraño... Siento que no te conozco y es frustrante porque no me permites hacerlo. Y luego ella me dice que está contigo y yo... —Mi voz se apaga.

—Eso se terminó mucho antes de conocerte.

Aparto mi mirada de la suya y observo a los árboles perderse fugaces en la carretera.

—Quiero creerte, Ethan. De verdad es lo que más deseo, pero...

Ethan se acerca cauto y me rodea con sus brazos. Su cercanía me vuelve más frágil, tanto, que el llanto se vuelve incontrolable. No consigo entender qué espera de mí. No consigo entenderlo a él.

En medio de mi ataque de aflicción, levanta mi rostro con sus manos y seca mis lágrimas. Cuando abro los ojos veo los suyos desesperados y tristes.

—Yo... te amo —murmura vacilante—. Me daba miedo aceptarlo. Me daba miedo aceptar que eras capaz de alterar mi mundo, porque nadie lo había hecho hasta ahora. Pero me da mucho más miedo vivir sin ti. Lo padecí estos días y no quiero volver a eso. Victoria, te amo. Te amo y sé que te voy a amar hasta la muerte, incluso más allá de ella.

Lo miro llena de incredulidad. Sus ojos reflejan tantos sentimientos a la vez...: miedo, desesperación, amor y algo parecido al alivio, toda esa mezcla de emociones se asoma tras la cortina vulnerable de su alma.

Él me ama.

El corazón se me encoge de repente al ver su fragilidad. Es como si me enseñara su único punto débil. Es evidente que es la primera vez que expone sus sentimientos de esta manera y eso es todo para mí.

Empiezo a reír entre lágrimas y vuelvo a sus piernas para besarlo con toda la dulzura con que me es posible hacerlo.

Mi Ethan... ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado contigo?

—Gracias —mascullo—. Sé que no fue fácil exponer tus sentimientos, pero quiero que sepas que eso hace que te ame mucho más.

Ethan sonrío y me da un beso tierno en la frente.

—No podía imaginar mi vida sin usted, señorita Masterson.

—Te amo, Ethan.

—Y yo a usted. —Acaricia mi cabello con la nariz.

No lo puedo creer. Las cosas cambiaron en cuestión de segundos y ahora, después de sentirme miserable, vuelvo a ser la mujer más dichosa. ¡Cuánta

razón tenía en mi sentencia de un amanecer diferente!

—Quiero que lo conozcas todo de mí, Victoria. Pero mi pasado..., no es algo de lo que me sienta orgulloso.

—No tienes que contarme si no quieres. Me basta con saber que me amas tanto como yo a ti.

—Es así, pero quiero contarte.

Vuelvo a sus brazos y dejo que continúe.

—Hace algún tiempo era una persona totalmente diferente a la que ahora te abraza. No me importaba jugar con los sentimientos de nadie y sí, solía tener a muchas mujeres a mi disposición, entre ellas, a Erica. No sé si pueda llamar relación a lo que tuvimos, pero nuestros encuentros se extendieron más de lo que yo deseaba. Afortunadamente lo noté a tiempo y lo terminé, un mes antes de conocerte. Sin embargo, ella insistió. No había querido ser duro con Erica, pero cuando supe que había ido a buscarte decidí romper todo tipo de vínculo que existía entre los dos.

—¿Los negocios que tenían juntos?

—Así es.

Vaya... En el fondo siento algo de compasión por Erica. Se enamoró de Ethan. ¿Quién puede culparla por eso?

—¿Cómo sabía los detalles de nuestra relación?

Ethan encoge los hombros.

—Ella contrató a alguien para que te siguiera.

—¿¡Qué!?

¿Pagaba para que me vigilen?

—Sé que es algo intimidante, pero se acabó. Ahora está muy lejos de aquí.

—Lo es, sí. No puedo creer que no lo notara.

—Ya pasó. —Ethan acaricia mi brazo.

—¿Solo intentaba obtener información?

—Es lo que quiero pensar —murmura ensimismado.

¿Cómo no me di cuenta de que había alguien siguiéndome todo este tiempo? Tal vez pretendía llegar más lejos y la visita que me hizo fue una advertencia. ¡No, no, no! Aparta esos malos pensamientos de tu cabeza, Masterson. Ahora estás segura en brazos del hombre que amas.

Me hundo más en su pecho. Ya no quiero pensar en lo que pudo haber sucedido con esa mujer. Ethan dijo que está muy lejos y yo le creo.

Varios minutos después me doy cuenta de que el auto no se ha detenido.

—El viaje durará un par de horas más —me dice tímido, como si hubiese leído mis pensamientos. Debe ser un don.

—¿A dónde vamos?

—A Savannah.

Me aparto para mirarlo con la boca abierta. Su sonrisa es cálida y cautelosa.

—¿A Savannah, de verdad? —pregunto con incredulidad, sin poder ocultar mi emoción. Ethan asiente y acaricia mi mejilla.

¿Puede ser más perfecto? Probablemente sí y eso me encanta.

Esta es una verdadera sorpresa porque a pesar de vivir en Georgia, no he salido nunca de Athens y hacerlo ahora, junto a él, es lo que más adoro.

—Lo único que deseo en esta vida es hacerte feliz.

—Soy feliz porque me amas.

—Y así será, eternamente —me dice con una sinceridad arrebatadora que me deja flotando en el aire.

Me doy cuenta de que la ventanilla oscura se mantiene arriba frente a nosotros. No la quería al principio, pero ahora agradezco que esté ahí. No lo pienso dos veces y con las manos enredadas en su cuello lo atraigo hacia mí para besarlo como nunca, como una salvaje, como una loca, deseando sentir sus labios, su aliento, sus caricias que estremecen cada parte de mi ser. Ethan me besa de la misma forma, con intensidad y con esa dominante necesidad arrebatadora que tiene de mí. Es tierno, dulce y, a la vez, tan varonil, tan sexi, tan guapo... Me pregunto si hice algo extraordinario para merecer semejante regalo.

Abro los ojos. El auto sigue en marcha y los brazos de Ethan me rodean completamente: está dormido.

No me muevo demasiado para no despertarlo.

¡Cielos! Se ve tan frágil e indefenso... Es la primera vez que tengo el placer de verlo dormir y es una visión maravillosa.

Lo observo con detenimiento. Admiro su nariz respingada, sus labios perfilados, en los que se dibuja media sonrisa, y esa barba que empieza a crecer que me encanta. Parece un inocente angelito, pero soy consciente de que es todo menos eso.

Río en mi interior pensando en una forma más adecuada para describirlo.

—No hay mucho que admirar, señorita Masterson —murmura sin abrir los

ojos.

¡Estaba despierto!

—No tengo muchas oportunidades de mirarte con calma. Quise aprovechar esta al máximo. —Su sonrisa se enmarca aún más formando dos pequeños hoyuelos en sus mejillas.

Me derrito, pero eso ya no es una novedad.

—¿Qué hora es? —pregunta.

Me aparto a regañadientes de él para echarle un vistazo a mi reloj de pulsera.

—Alrededor de las ocho.

—Bien.

Ethan se yergue y saca el móvil del bolsillo de su cazadora. Sus largos dedos oprimen la pantalla con rapidez antes de pegarlo a su oído.

—Llegaremos pronto —informa con aire autoritario y guarda silencio mientras le responden—. Perfecto.

Cuelga.

—Aquí estaremos tranquilos. —Vuelve a abrazarme.

Se me seca la garganta cuando me doy cuenta de que estaremos solos un fin de semana completo. No lo había visto desde ese punto.

—¿En qué piensas?

—Yo..., solo pensaba en que todo es perfecto cuando estamos juntos.

—Lo es.

Antes de que pudiera retomar mis pensamientos sobre lo que traería consigo el fin de semana, el auto se detiene en un pequeño aparcamiento. Ethan me dedica una amplia sonrisa de satisfacción antes de bajar para abrirme la puerta, cuando lo hago también, me tomo unos segundos para examinar mi nuevo entorno.

Hay un par de imponentes motocicletas descansando junto al A...

¿Serán de Ethan?

Obvio que sí.

Entorno los ojos y continúo con mi inspección.

Ahora caminamos en medio de un precioso jardín que rodea una intimidante casa con paredes de piedra.

—Hay algo que he estado deseando hacer —masculla con voz ronca, plantándose frente a mí.

—¿Qué?

Ethan sonríe y antes de que pudiera darme cuenta estoy volando entre sus brazos. Río en medio de la sorpresa.

 Me siento feliz, la mujer más feliz del mundo! Estoy con el amor de mi vida en este lugar que es tan hermoso... Mi boca busca desesperada la suya, ansiosa por hacerle saber que lo amo y que lo necesito más que a nada en el mundo.

—Te amo —susurra con los ojos centelleantes y me parece que est  encantado de decirlo. Me da la impresión de que se siente libre de hacerlo.

—Y yo a ti. Ethan, eres todo lo que quiero —le digo y vuelvo a besarlo, después él toma mi mano y caminamos hacia la casa.

Veo a Mason que vuelve a entrar al auto y arranca para salir de nuevo a no s  dónde, pero en un par de segundos ya no est  a la vista.

Sigo a Ethan por el patio principal, en él hay una piscina bastante grande y profunda, llena de agua límpida que deja traslucir los azulejos rosáceos que cubren sus paredes; junto a ella se alzan un par de pequeñas cabañas que cubren un área de mesas de madera brillante y oscura. El piso del patio es de mármol y llega hasta el porche de la casa, bordeado por césped.

«Definitivamente estoy frente a una hermosura arquitectónica digna de admirar», pienso.

Cruzo el umbral que nos lleva al interior con algo de temor por todo el lujo que aún me espera por descubrir; un temor muy bien justificado, porque pronto me encuentro admirando los grandes ventanales de cristal que van desde el piso de madera oscura, perfectamente pulida, hasta el techo que también es el soporte de la segunda planta. Las paredes son de un sutil color durazno contrastadas con una variedad de cuadros pintorescos con aire elegante y muebles, en su totalidad, de caoba.

Me resulta imposible no incomodarme frente a todo este derroche de dinero.

«Ethan puede permitírselo», me recuerdo mentalmente y de nuevo viene a mi mente la pregunta:  ser  todo esto un problema en el futuro?

— Te gusta?

Ethan interrumpe mis reflexiones.

—Es preciosa —murmuro intimidada—.  Es tuya? —Asiente.

—No vengo con frecuencia. Mi personal se encarga de mantenerla.

—Ya veo.

Es ridículamente rico. Las personas normales no necesitamos de tanto

dinero para vivir, y tal vez no me molestaría tanto si consiguiera sacar de mí mente esas palabras que me dolieron hasta el punto del llanto: «¿Qué pasa Victoria? ¿Él tiene más dinero que yo?» Frunzo el ceño. No hemos discutido sobre lo que dijo y quizá este sea el momento indicado para hacerlo, ¿o no?

—¿Qué sucede?

—Es... todo esto. Me abruma —confieso entornando los ojos—. Hasta ahora me di cuenta completamente de que no tenemos vidas similares.

—Con eso me quieres decir que...

—Que todo sería más sencillo si tú...

—Nena, entiendo lo que quieres decir, pero no estoy de acuerdo. —Acaricia mis hombros—. No soy más que un tipo que ha tenido suerte con el trabajo que ha realizado, y que ahora desea compartir el fruto de ese trabajo con la mujer que adora. ¿Está bien?

—Pero...

—Vamos a relajarnos, a eso vinimos.

Ethan me dedica una mirada suplicante que me dice: «Déjalo de una vez». Asiento e intento apartar mi malestar de un manotazo, momentáneamente.

Por una de las muchas puertas veo aparecer a una mujer joven, como de mi edad, morena, alta, de curvas exuberantes, apenas cubiertas por un atrevido traje de baño y un diminuto pareo. Se aproxima hacia nosotros con una enorme sonrisa.

—Bienvenido, señor Mills —le saluda ruborizada, incapaz de controlar el aleteo de sus largas pestañas. Ethan hace un breve movimiento con la cabeza a manera de saludo—. Bienvenida, señorita. —Ahora centra su atención en mí para examinarme con detenimiento. Me remuevo incómoda por su nada discreta forma de proceder e imito el saludo de Ethan—. El desayuno está listo. Por favor, acompáñenme.

Ethan toma mi mano para seguir a la señorita llena de curvas hasta el comedor.

No debería sentirme incómoda por su presencia, después de todo, Ethan siempre está rodeado de mujeres bellas, como Erica, Rose, la muchacha de su casa en Athens y ahora ella. Aunque él parece ajeno a todas sus muestras de admiración.

En la barra de desayuno de la bellísima cocina con azulejos grises, está dispuesto un verdadero banquete: jugo de naranja, fruta de todo tipo, café, tortitas y un sinfín de platillos adicionales.

—¿Para los dos?

Esto es demasiado.

—Sí, vamos a desayunar muy bien porque nos espera un día muy activo, Victoria. Necesitarás energía.

—No creo que pueda con todo.

—Sé que sí. Empecemos —indica con dulzura.

Me vuelvo y me percató de que la muchacha semidesnuda aún se encuentra junto a nosotros, admirando boquiabierto a Ethan. Cuando se ve descubierta, se retira rápidamente, casi a tropezones.

Ambos nos sentamos a desayunar y al poco tiempo me sorprende darme cuenta de que tenía un hambre voraz. Pensé que no lograría comer nada, pero por poco arraso con todo. Imagino que se debe a que mi falta de apetito de toda la semana volvió tras nuestra reconciliación.

Sorprendo a Ethan mirándome con una sonrisa tierna en el rostro.

—Sabía que tendrías hambre —apunta orgulloso, como si hubiese obtenido un diez en un examen importante.

—Al final resultó que tenías razón —contesto y bebo el último sorbo del delicioso jugo de naranja que queda en mi vaso.

Seguramente decidió disponer este banquete después de ver mi cuerpo extremadamente delgado; eso debió asustarlo. No me parezco en nada a las mujeres que le rodean. Lo que me recuerda...

—La muchacha que nos recibió ¿vive aquí?

Intento que parezca una conversación casual.

—Rachel vive en la pequeña casa del fondo. Sus padres estaban a cargo de la propiedad, pero sufrieron un desafortunado accidente en el que fallecieron. Le ofrecí quedarse y ahora es ella quien se ocupa de mantenerlo todo.

—Entiendo.

Ethan es un gran hombre y lo que hizo por esa muchacha lo confirma, aunque ella parece estar más que agradecida por eso.

—Sabes que eres la mujer que amo, ¿verdad? Dime si lo sabes.

Sus palabras llegan como una respuesta a mis descarriados pensamientos. Como si hubiese leído mi mente, notando que tengo miedo de que en cualquier momento conozca a alguna chica guapa, de su mundo y termine olvidándose de mí. Al imaginarlo siento un nudo fuerte en la garganta.

—¿Por qué yo? Me doy cuenta de que puedes tener a la mujer que deseas.

Esas que son altas, de piernas torneadas y guapas. Yo no soy más que una chica común.

Delgada en demasía, piel translúcida, muy torpe y desgarbada. ¿Qué le puede atraer de mí?

Al escucharme se acerca rápidamente y levanta mi rostro para que pueda mirarlo.

—No tienes nada de común. Nadie me había dejado sin aliento y tú lo hiciste. Victoria, eres más de lo que piensas... Veo en ti todo lo que puedo desear en una mujer y mucho más. Eres perfecta, bella, amorosa, sincera y sumamente inteligente. Y te amo. ¿Es que no lo puedes sentir? ¿No sientes mi amor? —agrega exasperado.

—Lo siento...

Soy todo eso para él, quizá más de lo que jamás fui para nadie.

¡Estúpida inseguridad!

Ethan levanta mi rostro hasta que pronto vuelvo a apreciar sus preciosos ojos negros que se ven llenos de amor y de algo más que no sabría describir. En cuestión de segundos tengo su boca sobre la mía, ansiosa y demandante.

¿Cómo puedo dudar si ha sido totalmente transparente con sus sentimientos? Lo ha sido desde aquel momento en el que me confesó que era la primera en estar en su casa, desde entonces me ha demostrado que me ama tanto como yo a él.

Se aparta lentamente para mirarme.

¡Uau, qué beso! ¡Ha sido increíble!

—¿Mejor? —inquire con dulzura. No puedo hablar. Todavía no me recupero del todo, así que solo afirmo con la cabeza—. Bien, será mejor que nos preparemos. Es un día estupendo y quiero que vayamos a dar una vuelta.

Abro los ojos que había mantenido cerrados y lo miro inquisitiva, imaginando lo que me dirá a continuación.

—Pensé que necesitarías algunas cosas, así que me tomé la libertad de comprarlas —murmura vacilante, encogiendo los hombros a manera de disculpa—. Están en tu habitación.

—Ethan...

Entorno los ojos.

No me agrada la idea de que me compre cosas; me hace sentir como una de esas mujeres que salen con hombres de dinero por eso: su dinero.

—Por favor —suplica.

Sus ojos me miran con tanta ternura que me es imposible discutir, y soy consciente de que no serviría de mucho. ¡Es tan obstinado!

—¿Dónde está mi habitación? —le digo resignada.

—Te acompañaré.

Toma mi mano para subir a la segunda planta. Las paredes son del mismo color que las del piso principal, pero en este hay una cantidad inimaginable de puertas.

—Esta es tu habitación. —Señala la primera puerta de la izquierda—. La mía es esta. Está cerca por si llegas a necesitar algo.

¿Habitaciones separadas? No era lo que esperaba.

Ethan se acerca peligrosamente para tomarme de la cintura y pegarme a su cuerpo.

—Baja cuando estés lista. Estaré esperando en el vestíbulo. —Casi no escucho lo que dice porque sus dedos que rozan mis mejillas me distraen, pero asiento—. Avísame si necesitas ayuda para cambiarte, nena.

Sonríe, me guiña uno de sus preciosos ojos negros y se retira a su habitación.

¿Qué? ¿Cómo que si necesito ayuda?

«¡Victoria, por favor! Sabes a lo que se refiere y debes admitir que te encanta el Ethan sexi y provocativo, aunque no lo hayas visto a menudo», me susurra la razón. La mayoría del tiempo he tratado con el romántico y caballero príncipe de armadura.

¿Acaso intenta decirme algo?

Me pinto por completo de rojo cuando imagino a Ethan ayudándome a vestir. No sé cómo reaccionaría si eso ocurriera.

La habitación es espaciosa, con ventanas similares a las del piso principal, apenas cubiertas por finas cortinas, casi transparentes, que me permiten apreciar una magnífica vista del bello y bien cuidado jardín.

Me quedo embobada unos minutos, disfrutando del paisaje, pensando en lo afortunada que soy por estar en un paraíso como éste con el amor de mi vida. Cuando salgo de mi ensoñación voy a lo que parece ser el cuarto de baño.

Lo primero que llama mi atención es la gran tina dorada que se impone a todo: es preciosa. Las paredes de piedra color esmeralda van en perfecta armonía con el retrete y el lavamanos, que también son dorados. Un poco más al fondo está la ducha, junto a unas encimeras en las que hay una cantidad exagerada de esencias y demás utensilios de aseo. Un poco más arriba otra

encimera que contiene toallas de color dorado perfectamente dobladas.

Mi mirada se desvía a una de las mesitas auxiliares color negro que se acomodan junto al lavamanos, sobre ella hay una bolsa blanca. Me acerco para descubrir su contenido: bloqueador solar, crema hidratante y un bronceador, además de un cepillo de dientes; al ver esto agradezco que Ethan lo haya comprado porque de haber sabido que vendríamos aquí podría haberme preparado como debía. Aunque en el fondo sé que quien compró todo esto fue la simpática mujer que lo mira con adoración cada vez que puede.

La ducha me resulta renovadora. Al salir me envuelvo rápidamente el cabello con una toalla y con otra el cuerpo, cepillo mis dientes, agarro el resto del contenido de la bolsa y regreso a la habitación.

«¡Bien, ahora a enfrentarme con uno de mis mayores temores!», decreto en mi mente.

Abro con timidez el guardarropa de caoba que se encuentra frente a la gran cama matrimonial con sábanas de seda blanca.

«¡Oh, mi Dios!», consigo articular antes de que mi mandíbula se vaya al piso al ver la cantidad de ropa recién comprada —lo sé porque aún llevan etiquetas— que cuelga dentro de él. Me apresuro a revisar los cajones y descubro otra cantidad exorbitante de vestidos de baño de varios diseños y colores, además de ropa interior bellísima.

¿Cómo pudo comprar tanto para un solo fin de semana?

Mills, Mills... ¿Qué voy a hacer contigo?

Definitivamente tendré que hablar con él más tarde, o tal vez cuando regresemos a Athens porque lo último que quiero es arruinar nuestro viaje de descanso.

Me siento en el borde de la cama para colocarme bloqueador y crema hidratante mientras decido si debo o no utilizar alguna de todas esas prendas.

¿Qué otra cosa podría usar?

Ya sin opción opto por un conjunto de traje de baño color rosa —mi favorito— de dos piezas, que me resulta intimidante. Nunca había usado algo tan sexi, pero no hay nada más discreto. Para cubrirme me pongo encima un vestido blanco muy ligero y sandalias a juego. Por último, recojo mi cabello en un moño.

Regreso al cuarto de baño para mirarme al espejo antes de salir.

¡Santo cielo! La mujer que se refleja en él se ve sensacional. ¿Soy yo?

Estoy tan... diferente.

Quizá sea la ropa cara que llevo, o el amor, que hace que mi rostro se ilumine. Nunca me había sentido guapa y hoy me siento así.

Bajo titubeante y veo que Ethan se encuentra ensimismado, mirando el jardín a través de las ventanas panorámicas del vestíbulo.

—Estoy lista. —Carraspeo.

Enseguida se vuelve para mirarme con ojos centelleantes y la boca abierta. Debo admitir que causar esa reacción en él me gusta.

—Soy un maldito afortunado —murmura lleno de admiración—. No hay palabras para describirte que te hagan justicia.

Vuelvo a pintarme de rojo. Siento que mis mejillas arden.

Verlo resulta un verdadero deleite. Lleva pantalones blancos, livianos, camisa del mismo color con los botones superiores abiertos, lo que me deja apreciar parte de su musculoso pecho; los puños de su camisa permanecen doblados hasta los codos, y el cabello sensualmente revuelto.

¡Dios, es el hombre más atractivo del mundo!

—Te ves preciosa —añade y me da un tierno beso en los labios—. ¿Nos vamos?

Asiento.

Salimos de la casa para volver al aparcamiento. Mason no ha regresado; eso sí que es extraño.

Mis ojos se entretienen admirando la motocicleta a la que nos dirigimos: una preciosa e imponente *V... 987 C3 4V*, color negro.

—¿Es tuya?

O debería preguntar ¿son tuyas?, pues la otra es igual de impresionante.

Ethan asiente con una sonrisa de oreja a oreja; esa típica sonrisa que suelen tener los hombres cuando se sienten orgullosos de haber realizado una estupenda compra.

—¿Saldremos en ella?

—Así es. Este fin de semana es solo para los dos. Mason también merece vacaciones, ¿no lo crees?

Oh. Eso explica su ausencia.

¿Ethan conduciendo motocicleta? Otra novedad.

—Supongo. Es muy bonita.

—Sí que lo es —conviene, me coloca el casco y él se ajusta el otro.

Ethan sube primero, después me tiende la mano para ayudarme a subir

también. Me sorprende la emoción que siento al subirme a su vehículo de dos ruedas. El miedo me ha abandonado, es más, diría que estoy ansiosa por verlo en acción.

—¿Me dirás a dónde vamos? —le pregunto mientras me abrazo a su cintura.

—A un lugar que te va a encantar —contesta con cierto aire de misterio.

El recorrido empieza sin contratiempos. Ethan es un experto y domina a la perfección a su monstruoso vehículo.

Lo abrazo con más fuerza y disfruto del paisaje que pasa veloz ante mis ojos mientras él serpentea por la carretera, rebasando a todos los automóviles que nos encontramos en ella.

¡Es increíble! Por primera vez en mi vida disfruto de un viaje como este. Y ¿cómo no hacerlo? Este lugar es fantástico. Él es fantástico.

Quince minutos después nos encontramos en un gran muelle. Hay varios botes anclados en él, todos lujosos e imponentes. Junto a uno de ellos se halla un hombre entrado en años con el cabello blanco y barba perfectamente recortada del mismo color. A primera vista me recuerda al capitán del *Titanic* en la película de *James Cameron*.

Él se apresura hacia nosotros cuando se percata de nuestra llegada.

—Bienvenido, señor Mills —le saluda con indulgencia.

—Travis. —Ethan le estrecha la mano—. Te presento a mi novia, Victoria Masterson.

—Mucho gusto, señorita —dice sonriente. Extiendo mi mano y enseguida Travis corresponde a mi saludo.

—¿Todo listo?

—Sí, señor. Pueden zarpar cuando lo deseen.

¿zarpar? ¿acaso vamos a viajar en este bote? ¿quién lo va a conducir?

—Gracias, Travis. Saldremos ahora.

—Que tengan buen viaje. Señorita... —se despide haciendo reverencia con su sombrero de marino y yo me quedo mirándolo mientras se aleja.

¿Ethan también conduce yates?

—No tienes por qué preocuparte —murmura Ethan, divertido por la inquietud que seguramente se refleja en mis ojos—. Sé muy bien lo que hago. Conduzco mejor en el agua que en el asfalto.

—¿Vamos muy lejos?

—No mucho. —Extiende su mano para ayudarme a subir.

El bote es enorme. Totalmente blanco a excepción de los asientos de piel, el piso y varios muebles color marrón que adornan la cubierta. Todo luce impecable.

—¿Nerviosa?

Ethan tira de mi mano para pegarme a él y dejarme sin aliento con un profundo beso. Cuando se aparta me mira con una intensidad arrebatadora mientras me recupero.

—Para nada —contesto dedicándole una sonrisa maliciosa, algo que es raro en mí. Él me responde con otra igual.

Navegamos sin novedad por las azules aguas de *Wassaw sound*, en el atlántico norte.

Es hipnotizante ver las olas chocar con el casco del bote.

Estoy recargada en la baranda de estribor mirando la espuma que nace a nuestro paso a causa de la velocidad. Cierro los ojos y disfruto de las caricias del viento en mi rostro y ese peculiar aroma a mar; cuando los abro, me encuentro con la dulce mirada de Ethan, que me observa desde la caseta del timón, con admiración, veneración o algún otro sentimiento que desconozco, pero me gusta.

Estoy maravillada por todo lo que estoy viviendo, por todo lo que he vivido desde que lo conocí. Mi mundo dio un giro de ciento ochenta grados tras nuestro accidentado encuentro. Muchos dirían que amarlo fue algo precipitado, pero puedo asegurar que todo ocurrió en el momento preciso para los dos.

De nuevo siento que era mi destino pasar aquel día por aquella plaza y encontrarme con él, con este hombre inteligente, noble, tierno, que siempre sabe cómo sorprenderme.

¿Hay algo que no sepa hacer? La respuesta salta en mi interior de inmediato: por supuesto que no lo hay.

—¿¡Estás bien!?! —me grita desde el timón.

—¿¡De verdad me lo preguntas!?!

Me parece la pregunta más absurda que me han hecho en toda la vida.

¿Cómo podría estar mal en un lugar así? ¿Cómo podría sentirme mal estando a su lado?

Estoy bien, ¡más que bien!

Ethan sonrío aún más, complacido, y vuelve la vista al frente.

Voy hasta donde se encuentra y le sorprendo con un abrazo por la espalda.

Pego mi mejilla sobre ella y le repito innumerables veces que lo quiero; él me dice lo mismo, después me planto a su lado para admirar la increíble vista del mar en todo su esplendor.

No lo puedo creer... ¡Al fin pude conocerlo! ¡Al fin estoy aquí!

Beso el hombro de Ethan un par de veces y vuelvo a abrazarme a su espalda.

Si de algo estoy segura en este momento, es que con él iría hasta el fin del mundo, sin importarme nada.

—Se llama Victoria —me dice sin mirarme.

¿Victoria? ¿Bautizó al bote con mi nombre?

—¿De verdad?

Asiente.

—Lo acabo de comprar, hace un par de semanas. Un nombre encantador, ¿no lo crees?

No respondo, no tengo palabras para hacerlo; solo lo abrazo, sin poder ocultar la enorme sonrisa de felicidad que se dibuja en mi rostro.

## CAPÍTULO 16: FELICIDAD PERFECTA

A lo lejos observo lo que parece ser una isla. Ethan se dirige hacia ella y conforme nos acercamos disminuye la velocidad hasta tocar puerto. Miro en todas las direcciones posibles buscando a alguna persona, pero no hay nadie. Únicamente estamos él, el pequeño muelle que nos recibe y yo.

—¿Es una isla desierta?

—Por hoy.

¿Por hoy? ¿Acaso él se encargó de que sea así?

Ethan baja primero y me ayuda a que lo haga también.

Una vez en la isla caminamos de la mano unos cuantos metros por la blanca y suave arena que empieza a escabullirse entre los dedos de mis pies. La brisa es cálida y el sonido del mar, como una suave canción de cuna que me eleva al cielo.

Es un lugar precioso.

—Espera. —Ethan saca su immaculado pañuelo blanco del bolsillo—. Esto es una sorpresa, así que tendré que vendarte los ojos —me dice risueño.

—¿Es necesario?

—Sí que lo es, señorita. Dame tus zapatos. —Hago lo que me pide. Me quito las costosas sandalias y él se quita sus zapatos, que ya no lucen tan impecables—. ¿Me permite?

Asiento y enseguida quedo en total oscuridad.

Mientras me cubre los ojos me doy cuenta de que Ethan ha mantenido ese humor dulce y sereno desde que salimos de Athens, y eso me encanta. Es adorable verlo tan despreocupado.

—Si me encuentro con una serpiente venenosa serás el único responsable —bromeo.

—Te aseguro que no permitiré que nada te ocurra. No hay nadie que pueda conmigo —alardea.

No lo dudo. Él es capaz de apartar de mi lado a toda clase de ser vivo. Suena intenso, pero en este punto me parece dulce.

Ahora lo único que escucho es el sonido de las olas arrastrándose de vuelta al océano después de mojar la arena; el canto lírico de las aves y el aleteo de las palmeras a causa del viento. Mis sentidos se agudizan de inmediato y captan hasta el más mínimo sonido y aroma de la isla. Percibo el

olor salado del mar, la frescura que emanan las plantas, la dulzura de la brisa y el delicioso aroma de Ethan. Todo, en su conjunto, es una mezcla embriagadora.

Después de un par de minutos nos detenemos. Ethan me sorprende con un inocente beso en los labios.

Inspiro profundo.

—Te voy a quitar la venda —me informa y sus dedos acarician mi rostro antes de devolverme la luz.

Abro los ojos muy despacio y me concentro en lo que tengo a mi alrededor.

Estamos en un espacio abierto, despejado, no muy alejado de la orilla del mar, que está rodeado por árboles, palmeras y plantas. Frente a nosotros se alza una especie de cabaña, aunque esta no tiene paredes; su estructura consiste en cuatro postes de madera bien plantados que sostienen una cubierta de paja o algo parecido; es muy bella y cumple con el propósito de cubrir un par de encimeras que contienen comida y lo que parece ser un reproductor de sonido, además de una pequeña mesa redonda de madera. Al costado izquierdo de la cabaña hay una cama diván con dosel muy amplia que parece más bien una tienda de campaña, y diría que es para dormir. Pero solo hay una. ¿Cómo puede haber solo una si somos dos personas?

Miro de reojo a Ethan, totalmente ruborizada, imaginando que pasaremos la noche juntos. Él me dedica una de sus típicas sonrisas sexis que me ponen a temblar.

¿Estará pensando lo mismo que yo?

Desvío mi mirada de la suya y continúo observando cada detalle del lugar: más a la derecha hay un círculo de piedra con madera en el centro, para hacer una fogata, imagino, y flores, muchas flores y pétalos sueltos por todas partes.

—¿Te gusta? —inquire él, expectante.

¿Que si me gusta? La respuesta es obvia.

—Me encanta —murmuro emocionada y corro hacía él para abrazarlo, besarlo y agradecerle por ser el más perfecto de los hombres.

—Te lo mereces todo porque me das la felicidad que necesito.

Su sinceridad es abrumadora. Si supiera lo feliz que él me hace...

—Esto es el paraíso en la tierra —musito mientras doy vueltas admirando la belleza que me rodea y disfruto del contacto de mis pies con la arena.

Estoy encantada por todo. Encantada por él.

—Eres mi paraíso en la tierra —replica.

Sus palabras contienen ternura, amor y una docilidad incomparable que logra acariciar lentamente mis oídos.

Soy su paraíso en la tierra... La chica que siempre se sintió fuera de lugar, el tímido ratón de biblioteca que osó robarle el corazón a este hombre encantador y maravilloso.

\*\*\*

—Es el atardecer más bello que he visto en mi vida —murmuro pegada contra su pecho.

Casi está anocheciendo. La tarde se nos fue de las manos hablando de todo, sin reservas, sin miedos, sin secretos. Y ahora, estoy a punto de presenciar una maravillosa puesta de sol en sus brazos, disfrutando de su calor, percibiendo su aroma dulce y varonil. Esto es más de lo que esperaba.

—Te aseguro que no hay nada que se compare a tu belleza —me dice y acaricia mi cabello—. Pero tienes razón. Disfrutar de este espectáculo es algo que no tiene precio. Es la primera vez que lo hago.

Es tan galante... Me pregunto si con su exnovia también lo fue. La idea me desagrada por completo. No puedo imaginarlo en un lugar como este con otra mujer, aunque aquella noche en el bosque me confesó que no había hecho este tipo de cosas por nadie antes de mí, pero las palabras de Erica...: «Es su patrón». Parecía tan segura de lo que decía que por un momento le creí.

—Me encantaría saber lo que estás pensando. Te pusiste muy seria.

No quiero arruinar el momento preguntándole sobre todo lo que dijo esa mujer, después de todo ya lo hablamos y estoy segura de que no puede ser verdad.

—Me preguntaba si de verdad no hay nadie más que tú y yo en este lugar.

—¿Eso te preocupa? —Me mira fijamente.

Sus palabras suenan a desafío, un desafío que decido aceptar. Estoy nerviosa, pero deseo jugar su mismo juego.

Lo miro directamente a los ojos, tomando una postura que yo creo es provocativa y respondo.

—Créeme, esa es la menor de mis preocupaciones.

Ethan sonríe y cierra los ojos por un momento, después inspira hondo.

—Había olvidado lo valiente que eres.

¿Valiente? Ahora soy yo la que desearía saber lo que piensa, aunque, por

su mirada ardiente, no es difícil adivinar; quizá en lo mismo que yo desde que descubrí el diván.

¿Cómo sabe una chica cuando llegó el momento de hacer el amor por primera vez? ¿hay un momento indicado? ¿y si es este? Debo ser honesta conmigo misma: deseo a Ethan con todas mis fuerzas; cada célula, cada poro de mi piel arde cuando me toca, cuando me besa, y la verdad es que nunca nadie me había hecho sentir de esa manera. Estoy convencida de que no tengo miedo de entregarme a él, es más, lo anelo; anelo ser suya en todos los sentidos.

Contengo la respiración cuando el cielo empieza a teñirse de naranja, rosa y rojo formando una acuarela exquisita e impresionante mientras el sol se pierde de a poco en el horizonte, fundiéndose con el mar para dar paso a la magnánima luna, que hoy parece estar más luminosa y esplendida que nunca.

Pronto hay miles de estrellas brillando y titilando, latiendo al ritmo de mi corazón, sobre el espacioso lienzo negrizul que nos cubre.

Me pregunto si habrá más personas admirando este bello espectáculo, o disfrutándolo tanto como yo.

—Ha sido precioso...

Me desprendo despacio de los brazos de Ethan para poder mirarlo a los ojos.

—Precioso no sería la palabra —replica él, y por un instante pienso que no se refiere a la puesta de sol—. Ven, debes comer algo.

Toma mi mano y vamos a la mesa, en la cabaña.

No había pensado en comer, pero, ahora que lo menciona, me doy cuenta de que, en efecto, tengo mucha hambre.

Sobre las encimeras hay fruta perfectamente picada: algunas van solas y otras cubiertas con chocolate. Leo la etiqueta de la botella que está sobre la mesa mientras Ethan prepara los platos: *B... R...*

No sé mucho de licores, mucho menos de champán —de hecho, no sé nada—, pero conociéndolo, imagino que debe ser delicioso.

Ethan regresa junto a mí con la comida que coloca sobre la mesa, luego retira la silla para que me siente —mi caballero de armadura—; él hace lo mismo.

—¿Hay algo que no puedas hacer? —le pregunto deslumbrada—. Eres como el *genio* de la lámpara de *Aladino*, haces lo imposible, posible. —  
Sonríe.

—Me encantaría ser como él, pero me conformo con hacer todo lo que esté a mi alcance para que seas feliz.

Mi Ethan... Si supiera lo feliz que soy. Si supiera lo mucho que lo amo.

—Y yo ¿te hago feliz?

¿Por qué pregunté eso? Es obvio que sí, de otro modo no estaría conmigo; podría tener a la mujer que se le dé la gana, pero me escogió a mí.

Entorno los ojos, fastidiada conmigo misma y con las estupideces que se me escapan.

Ethan me mira pensativo, como si intentara comprender algo muy complejo, después se pone en pie y se planta frente a mí para terminar de rodillas.

¡Oh, Dios!

—Creo que la comida tendrá que esperar —susurra y baja la mirada tímidamente—. Jamás había sido tan feliz. Victoria, eres mi vida, lograste cambiarla, lograste entrar en mi corazón y logras que sea yo mismo. No era nada antes de ti; nada más que un tipo cualquiera. Cuando te conocí, el vacío que tenía en el corazón simplemente desapareció. Tú consigues que todo el dolor del pasado desaparezca. Sabiendo eso..., ¿me preguntas que si me haces feliz?

Mueve la cabeza en negación, como si no diera crédito a mi pregunta. De nuevo me siento una estúpida por no poder controlar lo que sale de mi boca.

Ethan saca una pequeña caja negra del bolsillo derecho de su pantalón de franela.

Contengo la respiración.

¿Qué es lo que va a hacer?

—Tú... —balbuceo.

—Esta es mi respuesta. —Ethan vuelve a clavar su penetrante mirada en la mía—. Me haces tan feliz, que deseo pasar cada minuto del resto de mi vida a tu lado.

¿Qué?

Siento que mi corazón se paraliza cuando él abre la caja que deja al descubierto un precioso anillo de oro blanco y diamantes.

¿Esto es una broma?

Lo miro llena de incredulidad.

—Cásese conmigo, señorita Masterson. Sea mi esposa —me pide en un susurro.

—Tú... —vuelvo a balbucear—. ¿Me estás... pidiendo que me... case contigo?

—Es lo que acabo de hacer.

No lo puedo creer.

—Pero, Ethan, ¿estás seguro? Quiero decir... nos conocemos hace tan poco...

—Jamás estuve más seguro de algo en mi vida. Te quiero conmigo, Victoria.

—¿Matrimonio?

—Matrimonio —repite con seguridad.

Siento que los ojos se me llenan de lágrimas. No lo puedo creer, ¡de verdad me está pidiendo que sea su esposa! Contengo el aliento y de forma mecánica me pongo también de rodillas, frente a él. Ethan me mira expectante.

—¿Piensa hacerme esperar por mucho tiempo, señorita Masterson?

—Es que... no lo puedo creer... Yo...

Me quedo sin palabras.

¿Qué debo responder? ¿matrimonio? No había pensado en eso; es decir, me imaginaba a su lado por mucho tiempo, pero esto...

Miro sus preciosos ojos negros, que brillan como nunca lo habían hecho esperando mi contestación, y sus palabras, su tímida confesión de amor, regresa a mi mente como una respuesta clara y firme que aparta la incredulidad: «Victoria, te amo. Te amo y sé que te voy a amar hasta la muerte, incluso más allá de ella».

—Sí —susurro mirándolo a los ojos—. Acepto ser tu esposa. Acepto casarme contigo.

Estallo en llanto y risas incontrolables. Ethan coloca la sortija en mi dedo antes de llevárselo a los labios para besarlos con ternura.

—Victoria, te amo, y prometo que te haré la mujer más dichosa de la tierra.

Estoy viviendo el momento más perfecto de mi vida junto a un hombre excepcional, que acaba de pedirme que una mi vida a la suya para siempre. No me lo creo, no lo asimilo, solo lo disfruto.

Busco su boca con desesperación y me adueño de ella, dejándome llevar por el latido de nuestros corazones que palpitan acelerados por la emoción y por todo el amor que sentimos el uno por el otro.

No lo puedo creer, ¡seré su esposa! Seré completamente suya y él será

completamente mío. ¡Mío!

¿Se puede ser más feliz? Lo que parecía ser el final de mi cuento de amor, se convirtió en la promesa de una vida llena de sueños cumplidos.

Ethan me mira con amor y ternura cuando se concentra en secar las lágrimas que corren descontroladas por mi rostro mojando todo a su paso. Después, con mucho cuidado, me ayuda a ponerme de pie y me envuelve completamente con sus brazos protectores.

Yo soy sollozos, sonrisas y nada de palabras.

—Hay que brindar —dice.

Lo suelto a regañadientes y ambos volvemos a la mesa.

Con gran habilidad lo veo abrir la botella de champán y llenar dos copas.

—Por ti —apunta alzando la suya; hago lo mismo con la mía—. Porque soy el hombre más afortunado del planeta por tenerte y porque aceptaste ser mi esposa.

—Por nuestro amor —consigo gimotear—, que es el tesoro más grande que tengo, y por nuestro accidentado encuentro. —Sonrío al recordarlo.

—Salud, futura señora Mills.

—Salud, futuro esposo.

Bebo el champán de un solo bocado, lo saboreo y saboreo también las palabras que acaban de salir de mi boca: futuro esposo... Mío.

—Ahora, si me permite, deseo que me conceda la siguiente pieza.

Presiona el mando a distancia del reproductor y toma mi mano para acercarnos a la fogata que encendimos hace poco.

*Frank Sinatra* canta «*It had to be you*».

Ethan me acerca a él para que sus manos puedan adueñarse de mi cintura y que las mías hagan lo mismo con su cuello. Empezamos a bailar, dejándonos llevar lentamente por la melodía, disfrutando y saboreando cada segundo de preciosa intimidad que la danza nos obsequia. Yo solo lo miro y aunque suene redundante, no puedo creer que un hombre como él se haya enamorado de mí, pero es cierto: me ama como yo lo amo.

Los recuerdos invaden mi mente. De pronto revivo la primera vez que nos vimos y me doy cuenta de que lo que sentí en ese momento fue amor, aunque, entonces, ninguno de los dos lo quiso aceptar. Recuerdo la tristeza que me invadió al pensar que no lo vería nunca más; nuestro primer beso, frente al lago, y todo lo que hemos vivido a partir de entonces. Cada instante juntos ha sido mágico. Lo amo, lo amo y estoy segura de que será así para siempre.

—Dime que esto no es un sueño —murmuro acariciando su cuello.

—No lo es. Esta es nuestra hermosa realidad. Estamos en este bello lugar y te acabo de pedir que seas mi esposa.

Sonrío como una boba.

—Y yo acabo de aceptar.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del planeta.

Giro por última vez para terminar en sus brazos, con su dulce voz en mi oído cantando el final de la canción: «Tenías que ser tú. Maravillosa tú... Tenías que ser tú», y enseguida me derrito por dentro, porque es la primera vez que lo escucho cantar y lo ha hecho para mí.

—Te amo —musita recorriendo con sus ojos cada parte de mi cuerpo. Me ruborizo—. ¿Champán?

—Sí, por favor.

Regresamos a la pequeña cabaña en donde se encuentra la comida y la botella de *B... R...* Es extraño, pero el hambre se me ha ido por completo, ahora lo único que deseo son sus besos y caricias.

—¿Cuánto tiempo lleva planeando esto, señor Mills?

Lo miro inquisitiva.

—Una semana —contesta sin titubear—. Es solo que no quiero estar lejos de ti por más tiempo. Quiero sentirte mía. Quiero despertar cada mañana contigo a mi lado. Quiero darte el mundo, Victoria.

Deseo lo mismo que él, deseo hacerlo feliz y curar lo que sea que lo atormente, porque ahora estoy segura de que hay algo que no le permite ser completamente feliz.

—Te amo —le digo y lo beso.

En medio del beso escucho un sonido extraño que me distrae, algo similar a una pequeña explosión. Me aparto para mirar de qué se trata y me percató de que todo a nuestro alrededor se ha iluminado. Miro a Ethan, sorprendida, él sonrío y con un movimiento de cabeza me invita a que investigue lo que sucede: lo hago sin perder tiempo.

Salgo de la cabaña y presencio, incrédula, un hermoso espectáculo de luces multicolores que se reflejan en la arena, en el cielo y en el mar. Son como luces de faros que se mueven de un lugar a otro.

Dios mío... ¿Cómo ha podido hacer esto?

Ethan se me acerca por la espalda y empieza a repartir pequeños besos por mis hombros desnudos. Me estremezco.

—¿Te gusta? —inquire con voz ronca, sin detenerse.

Cierro los ojos para disfrutar de la dulce sensación que dejan sus labios en mi piel.

—Me encanta...

El tormentoso deseo contenido estalla en mi interior, como un volcán en plena erupción. Me vuelvo y sujeto su rostro con fuerza para mantenerlo pegado al mío; él rodea mi cuello con sus manos y estas bajan paulatinamente por mi cuerpo hasta posarse en mi cintura. Mi boca besa la suya como nunca lo había hecho. Ardo de deseo por él. No tengo miedo ni nada parecido. El amor y las ganas de ser suya por completo sobrepasan mi razón. Ethan responde de la misma forma.

Sus labios no se separan de los míos ni un segundo, torturan dulcemente mi boca sin la intención de detenerse y, realmente, no quiero que lo hagan. Estoy sumida en un mar de sensaciones deliciosas que me encantan, que me estremecen, que jamás nadie había despertado en mí.

En medio de mis ganas incontrolables por ser suya, Ethan se detiene. Su mirada es invasiva, salvaje, al igual que su respiración.

¿Por qué se detiene? No quiero que lo haga.

—¿Segura? —me pregunta con dificultad.

¿Es que no es obvio?

Lo beso de nuevo con esa fuerza y esa pasión incontrolable que me hierve la sangre y le susurro que lo quiero a él, en este mismo instante, en este maravilloso lugar; lo deseo.

—Te deseo ahora mismo.

Ethan vuelve a besarme e inmediatamente me levanta en brazos para llevarme hasta el diván. Sus manos se enredan en mi cabello, después bajan hasta mis hombros y apartan las delgadas tiras que sostienen mi vestido que enseguida cae al piso. Hace lo mismo con el sujetador del bikini, después, sus labios se apartan de los míos y bajan muy despacio besando cada parte hasta depositarse en mi ombligo. Mantengo los ojos cerrados.

¡Uau! Esto es...

Sus dedos recorren mis piernas y desatan los nudos de los costados de mis bragas. Cuando estoy completamente desnuda, a merced de él, se aparta para dedicarme una mirada ardiente, intensa y, a la vez, suplicante que recorre mi cuerpo.

—Eres preciosa... Cada parte de ti es divina —gruñe.

Sus palabras terminan de encender totalmente mi cuerpo. Ethan se quita la ropa de a poco sin dejar de mirarme. Yo solo soy capaz de ruborizarme frente a él, admirando su musculoso cuerpo que parece tallado por los mismos ángeles.

Una vez que se ha deshecho de ella completamente, vuelve junto a mí. Sus manos acarician cada centímetro de mi cuerpo, su boca se desliza desde la mía hasta la punta de los dedos de mis pies, estremeciéndome, dejando a su paso una estela de sensaciones indescriptibles, seguramente similares a las de estar en el paraíso. Siento que toco las nubes, como si de pronto todo lo que me pareció inalcanzable, hoy lo tuviera en la palma de la mano.

La experticia de Ethan anula mi timidez. Decido que es hora de dejar salir ese lado sensual que se esconde muy dentro de mí. Mis manos ansiosas por explorar su cuerpo lo hacen sin recelo, mis labios anhelan el sabor de su piel, y mis ojos ansiosos desean vislumbrar el brillo extasiado de los suyos mientras se hunde en mí.

Me dejo llevar por Ethan, por cada dulce sensación que atormenta mi cuerpo, que arde, se retuerce y explota bajo el suyo... Me pierdo en él. Hacemos el amor.

\*\*\*

El sonido del mar, de las aves y la luz del sol me despiertan. Estoy sola, cubierta por una menuda manta de seda, hecha un pequeño ovillo, en el lado derecho de la cama diván.

Busco a Ethan con la mirada, pero no está.

¿A dónde iría?

Sonrío recordando lo que sucedió anoche y cuando lo hago, una breve molestia en mi cuerpo me lo recuerda con mayor claridad.

«Ahora soy completamente suya», pienso para mis adentros y contemplo el anillo en mi dedo.

¿Quién lo iba a decir? Me voy a casar con el hombre de mis sueños, mejor dicho, con el hombre de los sueños de muchas, pero eso qué más da si soy la afortunada. Soy la mujer que eligió para ser su compañera de vida, para ser su amiga y su amante.

¿Cómo lo tomará mamá? Quizá le sorprenda un poco, o mucho, pero terminará estando feliz por mí, eso es seguro. ¿Y Mila?: ella me apoyará, lo sé.

Me levanto despacio para recuperar algo de mi ropa; me pongo las bragas del bikini y la camisa de mi ahora prometido, que recojo de la arena y, mientras lo hago, disfruto del contacto de la suave tela en mi piel, recordando sus caricias y besos.

Ha sido increíble...

Abrazo mi cuerpo y doy pequeños saltitos de felicidad en mi interior. Soy su mujer... Le pertenezco en cuerpo y alma, y él me pertenece. ¡Soy tan feliz! ¡Me siento tan afortunada!

Doy un salto y me vuelvo con rapidez cuando siento sus manos rodear mi cintura. Ethan está completamente mojado, únicamente cubierto con un bañador, mirándome sonriente. Las gotas de agua se deslizan brillantes por su perfecto torso dándole una apariencia angelical.

—¿Cómo durmió, señorita Masterson?

—Estupendamente, señor Mills. Como nunca —contesto con timidez. Su sonrisa se hace más amplia.

—Me alegra escuchar eso. —Ethan hunde su nariz en mi cabello, que ahora es como una pelusa gigante—. Estuviste fantástica —murmura y un orgullo inmenso crece dentro de mí. Eso quiere decir que para ser la primera vez lo he hecho bastante bien—. No me habías dicho que era tu primera vez.

Me ruborizo ante sus brillantes e intensos ojos negros.

—Bueno, no acostumbro a pregonarlo por todas partes, señor Mills. Además, ha pasado tanto entre los dos que... no se me ocurrió que fuera el tema de mayor importancia. —Le guiño un ojo.

—¿Está coqueteando conmigo, señorita?

Asiento.

No me había dado cuenta de que coqueteaba; ni siquiera sabía que era capaz de hacerlo, pero imagino que al verlo de tan buen humor mi subconsciente decidió jugar un poco. Le doy un beso tierno en la barbilla.

—¿Estás bien? ¿Cómo te sientes?

—No te preocupes, me siento de maravilla. Tengo esto.

Le enseño mi mano para que vea el anillo de compromiso.

—Te queda perfecto. No puedo esperar... Desearía que nos casáramos hoy mismo. —Mi boca se abre demasiado al escucharlo y creo que mi mandíbula ha llegado hasta la arena. Ethan sonrío al ver mi expresión—. Pero quiero hacer las cosas bien. Sé que para las mujeres el tiempo y la ceremonia son muy importantes, además, quiero conocer a tu madre y que conozcas a mi

familia.

¿Conocerlos?

La idea me horroriza. ¿Cuál será la reacción de su familia al saber que se va a casar y no precisamente con Cathy, la chica que adoran y que es tan allegada a ellos? Probablemente no les haga gracia. ¿Qué tal si no me aceptan? ¿Qué tal si no les agrado y me rechazan?

—Te van a adorar. —De nuevo Ethan parece leer mis pensamientos. Su sonrisa me tranquiliza un poco, pero la duda persiste en mi mente—. Vamos a desayunar —añade y volvemos a la cabaña.

\*\*\*

—¿Quieres que demos un paseo por la playa?

Termino el último trozo de la tortita de maracuyá mientras Ethan bebe su café y espera mi respuesta.

—Quisiera nadar un poco.

—Necesitarás tu vestido de baño.

Su sonrisa juguetona se prolonga hasta las orejas. Sé a dónde va.

—Lo sé. ¿Me acompañas?

¿De verdad dije eso?

Me sorprendo del valor de mis palabras, pero este juego de seducción me resulta excitante y quiero seguirlo jugando.

Ethan no responde, solo esboza media sonrisa y toma mi mano para llevarme de regreso al diván, después se sienta al borde de este y me observa sin pestañear.

—Adelante —ordena.

Paso saliva.

Le doy la espalda, recojo mi cabello en una coleta y empiezo a desabrochar uno por uno los botones de su camisa hasta que esta cae sobre la blanca arena. La recojo lentamente y me vuelvo para lanzársela. La alcanza en el aire.

—¡Buena atrapada! —celebro. No responde. Se limita a mirar.

Ahora no llevo más que bragas encima.

En otra circunstancia exhibirme de esta forma no se me habría pasado por la cabeza ni por error, pero, de alguna forma, Ethan me inyecta seguridad. Me hace sentir bella.

Me acerco provocativa, fingiendo hacerlo para recuperar el sujetador del

traje de baño que reposa a su lado, pero, en el fondo, lo que espero es que me tome entre sus brazos y me haga el amor nuevamente.

Mi respiración se acelera cuando mis brazos rozan levemente los suyos. Él se mantiene inmutable, aunque advierto un ligero gruñido, casi imperceptible que nace del fondo de su garganta.

No me toca. Deja que continúe vistiéndome.

Así que, como si fuera una especie de danza erótica, me vuelvo a cubrir con el costoso trozo de tela rosa, algo decepcionada porque no pasó lo que quería, pero vaya que ha sido excitante.

—Soy un hombre de mucho control, Victoria. Aunque debo admitir que estuve a punto de perderlo. —Ethan me dedica una feroz mirada de triunfo, yo entorno los ojos—. Vamos a nadar un poco.

\*\*\*

Siento sus suaves y tiernos besos en mi frente tratando de despertarme. He dormido casi todo el camino de regreso a casa; es de madrugada y apenas tengo tiempo de darme una ducha e ir a la universidad.

—Estamos en casa.

En casa... ¿Por qué me deprime tanto estar de vuelta?

—Ha sido un fin de semana mágico. Gracias, amor.

Sonrío recordando las últimas horas en la casa de Savannah, cuando hicimos el amor por segunda y tercera vez.

—Gracias a ti por aceptar ser mi esposa —murmura besando el dedo en el que llevo el anillo, con galantería. Después baja del auto, rodeándolo, para abrirme la puerta.

—Espero ansioso nuestro próximo encuentro, futura señora Mills —me dice cuando volvemos a encontrarnos.

Que bien suena eso de «señora Mills», mucho más cuando él lo dice.

—También lo espero.

Entro a casa cuando Mason arranca y el auto desaparece por la carretera.

Me siento diferente. A mis diecinueve años conocí el amor, el verdadero amor, y ahora llevo en mi dedo el anillo más hermoso que he visto; el anillo que confirma una dulce realidad. Mi realidad.

Fue un fin de semana intenso, fuera de este mundo. Me entregué total y completamente a él, y no me arrepiento, porque sé que estoy segura en sus manos.

Miro embobada el anillo de diamantes mientras, en mi mente, hago el recuento de nuestra historia, desde que tropezamos en aquella plaza hasta nuestra despedida, hace unos minutos. Extraño a Ethan, su calor, sus besos, su cuerpo... Me gustaría dormir un poco y soñar con él, pero debo ir a la universidad.

¡De vuelta a la realidad, Victoria!

Me doy una ducha rápida, me visto a la velocidad del rayo y salgo corriendo porque voy tarde. Cuando abro la puerta veo que Mason me espera junto al auto.

¿Qué hace aquí?

—¡Mason! ¿Pasó algo? —pregunto alarmada.

—El señor Mills ha pensado que necesitaría un transporte veloz para llegar a tiempo a su centro de estudio.

Suspiro de alivio. No sé por qué siempre debo imaginar lo peor.

—¿Está aquí?

—No, señorita. Atiende algunos pendientes en este momento. Suba, por favor —me pide y abre la puerta para que entre.

Mason y yo no cruzamos palabra hasta que se detiene frente a la facultad. Es muy serio y se limita a cumplir con su trabajo, pero, a pesar de eso, ha logrado ganarse mi cariño. Quizá sea por la cercanía que mantiene con Ethan.

—Gracias por traerme.

Él hace una reverencia y baja del coche para cumplir con la ceremoniosa tarea de abrirme la puerta.

Creo que no será fácil acostumbrarme a una vida así, pero ¿tengo que hacerlo? Tal vez. Soy consciente de que muchas cosas cambiarán en mi vida cuando me case con Ethan.

—Que tenga un buen día —me dice y me entrega una menuda caja dorada.

—Esto...

—De parte del señor Mills.

Sonrío de oreja a oreja y, en un acto fortuito, abrazo a Mason. De verdad se ha ganado mi cariño. Él se remueve un poco incómodo ante mi sorpresiva muestra de afecto, pero no me aparta.

—Gracias —le digo con dulzura; él asiente, sube al auto y se va.

Abro la caja y enseguida me encuentro con un hermoso collar de oro con un dije en forma de corazón y la leyenda: «Te amo», grabada en la parte frontal, y en la posterior, sus iniciales: «E.M.»

Es precioso... También hay una nota.

*Gracias por decirme que sí.*

*Este es mi corazón. Te lo entrego porque sé que lo cuidarás como yo cuidaré  
del tuyo.*

*Te amo.*

*Tu futuro esposo, Ethan Mills.*

## CAPÍTULO 17: TIEMPO AL TIEMPO

La nota termina de derretirme el corazón. No hay duda, Ethan es el hombre perfecto que seguramente escapó de algún cuento de hadas.

Sonrío al pensar en lo dulce y tierno que es y saco el collar de la caja para colocarlo sobre mi cuello.

Su corazón... Tengo su corazón y él tiene el mío.

Beso la tarjeta imaginando que son sus labios suaves y cálidos, después, guardo la caja en mi bolso y entro al edificio de la facultad.

Cuando llegó al salón encuentro a Mila cómodamente sentada en su lugar. Qué sorpresa... Nunca ha sido de las que llega puntual. ¿A qué se deberá el cambio? Al percatarse de mi presencia levanta la mano para que vaya a su lado.

—¡Mira qué color traes, amiga! ¿Fuiste a la playa?

—Eh... Sí... Este fin de semana fue... especial —mascullo sin evitar sonreír recordando todo lo que pasó. Fue mágico, no tendría palabras para describirlo.

—Espera, ¿qué es eso!? —exclama de repente, mirando el anillo.

¡No, olvidé quitármelo!

—Victoria, esto es un anillo de...

La miro con timidez. Mila tiene la boca muy abierta y sus ojos parecen querer escapar de sus órbitas.

—Compromiso —contesto nerviosa—. Me voy a... casar.

¡Bien, lo dije! Y creo que en el fondo me hace bien poder compartirlo con alguien.

—¡Amiga! —Pega un grito que por poco me provoca un infarto, y empieza a dar saltos a mi alrededor, captando la atención de todos nuestros compañeros que la miran divertidos—. ¡No me lo creo! ¿Cómo que te vas a casar!? Pero...

—Shhh... Mila, por favor. —Le hago un gesto para que baje la voz. No quiero que toda Georgia lo sepa.

Por desgracia la vida de Ethan es de interés público, y quizá esté actuando como una loca paranoica, pero no quiero que esta noticia aparezca en primera plana como hace algunos días, cuando me encontré con la imagen de Ethan golpeando a Brad en los principales periódicos de la ciudad. Ni siquiera noté

que había alguien capturando la escena.

—Si te sientas podré contarte —le pido.

Lo hace y toma mi mano para observar a detalle la sortija.

—¡Uau, Vic, estos son diamantes! Este anillo debe costar una fortuna.

Mila levanta una de sus bien definidas cejas y me mira escrutadora, lo que me hace saber que se avecina una tormenta de preguntas de la que difícilmente podré escapar.

—También me intimida, pero no es el valor lo que importa. Este anillo es el compromiso de un amor eterno —respondo.

¿A quién engaño? Por supuesto que me intimida. Evidentemente no es nada barato, y el collar, mucho menos. Frunzo el ceño cuando recuerdo toda la ropa que había en la casa de Savannah y los caros atuendos que Ethan me ha comprado. Definitivamente no puedo seguir aceptando este tipo de cosas.

—¿Eso quiere decir que limaste asperezas con tu galán misterioso?

—Sí.

—Y ahora te vas a casar con él. —Asiento.

Un silencio incómodo se cierne entre las dos. Puedo ver la desaprobación reflejada en sus azulados ojos. Seguro le parecerá extraño y ridículo que me vaya a casar con el hombre por el que hasta hace unos días lloraba.

—Vic, ¿estás segura?

—Lo estoy, Mila. Estoy completamente segura de lo que siento y de lo que él siente por mí.

Ella me mira con seriedad por unos cuantos segundos.

—Evidentemente debes estarlo para que hayas tomado esta decisión. Es obvio que ese hombre te hace feliz y eso es lo que importa. Aunque, también es obvio que no es cualquier tipo. Solo hay que ver el anillo para darse cuenta de ello.

No, Mila, desgraciadamente no es cualquier tipo. Me pregunto ¿qué pensaría si supiera que es uno de los hombres más importantes de Estados Unidos? Seguramente las preguntas serían eternas, así que será mejor conservar el anonimato de mi prometido, solo un poco más.

—No es un hombre común. Es el amor de mi vida.

Eso lo hace diferente.

—Lo sé, lo sé, pero dime algo más —insiste, ávida de información.

—Mili, prefiero que sepas quién es cuando estemos los tres juntos. Será más personal, ¿no lo crees?

—Está bien —conviene haciendo un fugaz gesto de disgusto que se esfuma dejando en su lugar una enorme sonrisa—. No estoy muy de acuerdo con que te cases a los diecinueve, pero quiero que sepas que estoy feliz por ti y que te voy a apoyar en cada decisión que tomes.

—Gracias, Mili.

La abrazo.

Sus palabras llegan directamente a mi corazón. La quiero demasiado y saber que cuento con ella me llena de tranquilidad.

Aunque quisiera gritar mi felicidad a los cuatro vientos, creo que no es el momento y justamente por esa razón agradezco que la clase empezara antes de que Mila pudiera continuar con el interrogatorio.

La publicidad comparada: variables y perspectivas, me resulta aburrida; todo parece tornarse aburrido después de un fin de semana como el que viví. Acaricio la sortija una y otra vez, y me permito imaginar que lo acaricio a él... A mi sueño hecho realidad.

Por fortuna el día se esfuma en un abrir y cerrar de ojos. Me pregunto si veré a Ethan hoy. Tal vez no sea así. Después de un fin de semana completo en la playa seguro tiene mucho trabajo que hacer y yo, mucha tarea.

—Mila, tengo que ir volando a casa. Te veo mañana —le digo mientras guardo mis libros.

—Pero, Victoria...

—¡Te quiero!

Salgo a toda prisa del salón porque no quiero responder ni una sola pregunta más. Ya llegará el momento para despejar sus dudas.

En la entrada de la facultad de nuevo me encuentro a Mason, esperándome. ¿Esto va a ser así a partir de hoy? ¿Se va a convertir en mi chofer?

La idea no me gusta para nada, pero ¿qué otra opción tengo? Debería hablarlo con Ethan.

—¡Mason! —Le sonrío.

—Señorita.

Hace una pequeña reverencia y abre la puerta del auto. Subo e inmediatamente nos incorporamos al tráfico.

—¿También te encargó que me llevaras a casa? —le pregunto y le dedico una mirada amable al retrovisor.

—El señor Mills desea verla —contesta con suficiencia—. La espera.

Dejo escapar un profundo suspiro seguido de una vivaz sonrisa. Obvio que

voy a verlo, y no hay nada que desee más en este momento, hasta entonces quizá pueda aprovechar el tiempo a solas con Mason para conocerlo un poco más.

—¿Trabajas desde hace mucho con Ethan?

—Diez años, señorita.

—Debes conocerlo muy bien.

—Lo creía así, pero me complace decirle que estoy descubriendo nuevas facetas en él.

—¿Nuevas facetas?

—Bastante agradables, se lo aseguro.

Aparcamos frente a la inmensa e intimidante casa de mi multifacético futuro esposo, lo que pone punto final a mi conversación con Mason. Él me acompaña hasta el vestíbulo y se retira.

¿A qué se habrá referido con eso de nuevas facetas?

Doy un par de pasos hasta que pronto me encuentro en la elegante sala de estar principal, pero no hay rastro de Ethan. ¿Dónde estará?

Me siento cómodamente a esperarlo en el sofá en forma de L que tengo a un costado mientras recuerdo la última vez que estuve en este lugar. Salí huyendo entonces, sin imaginar que pronto volvería. ¡Y de qué forma!

Escucho su voz. Me parece que habla por teléfono.

—¿¡Cómo que no pueden resolverlo sin mi presencia!?! —Casi está gritando—. ¡Maldición, desembolso miles de dólares en salarios; cumplan con su trabajo! ... ¡Sí, lo sé, pero en este momento me es imposible ausentarme por tanto tiempo de la ciudad!

¿Ausentarse?

Ethan cruza el umbral con el teléfono pegado al oído, hecho una furia. Levanta la vista y me dedica una mirada desconcertada, después relaja la expresión.

—¡Qué remedio! —añade con sequedad—. Nos veremos allá. —Cuelga y se me queda mirando por un par de segundos sin decir nada, como si estuviese frente a una aparición.

Sus ojos son cautos y contienen cierto destello de tristeza que me es imposible ignorar. Voy decidida hacia él y le rodeo con mis brazos mientras mis labios buscan los suyos: salvajes y desesperados. Lo beso con pasión, como si se acabara el mundo. Cuando me aparto me toma un tiempo recuperar el aliento.

—Victoria... Mi Victoria... No sabes... la falta que me has hecho —susurra entrecortadamente, sin apartar sus ojos de los míos.

—También me hiciste mucha falta, amor. Espero no haber interrumpido nada importante. Parecías ocupado.

Ethan entorna los ojos.

—Debo salir de viaje —contesta irritado.

—¿De viaje? ¿Por qué?

«¡No!», grita mi corazón alarmado.

—Surgieron problemas en una de las empresas de Londres, que requieren mi presencia para resolverse. —Su mirada preocupada se clava en la mía, evidenciando su malestar. Parece que la situación es grave—. Pero si me lo pides me quedo, después de todo no perdería nada. Lo único que deseo es estar contigo.

Lo miro sorprendida y alagada a la vez por lo importante que soy para él. Sin embargo, no podría pedirle que deje de lado algo que seguramente también lo es.

—No voy a mentir, no quisiera sepárame de ti, pero no pienso interferir en tu vida, ya te lo dije. No te pediría que dejes algo que sé que es importante para ti.

—Sabía que esa sería tu respuesta, por eso pensé que podrías venir conmigo.

¿Qué?

—Ethan, me encantaría ir contigo, pero mi vida está aquí. Recuerda que intento obtener un título universitario. No puedo abandonar mis estudios, así como así. —Acaricio su mejilla—. No te vas por mucho tiempo, ¿o sí?

—Un mes.

¡Un mes!

—Esos son muchos días... —Mi voz se convierte en un susurro. Carraspeo para controlar el repentino río de lágrimas que se empeña en desbordarse—. Pero entiendo que debes ir; es tu trabajo y yo te voy a esperar. Recuerda que tenemos la tecnología del siglo 21, podremos hablar todo el tiempo —finjo serenidad.

—No quisiera dejarte, pero tienes razón —me dice y camina de un lado a otro pasando sus manos por su brillante cabellera cobriza—. ¡Maldita sea! Son cosas que debo hacer —continúa, con la mirada llena de irritación.

—Te voy a esperar, mi amor. Aquí voy a estar, siempre para ti.

Apenas termino de decir la última palabra cuando Ethan se abalanza sobre mí, como un león sobre su presa, para besarme con vehemencia.

Oh, Dios... No quiero que me deje, no quiero que se vaya. Pero sé que no importa la distancia ni el tiempo; somos el uno para el otro y eso no va a cambiar nunca.

Ethan me levanta en sus brazos y yo grito por la sorpresa.

—¿A dónde me lleva, señor Mills? —inquiero cuando sube las escaleras conmigo a cuestas.

—Te necesito, Victoria —gruñe—. Te deseo ahora mismo.

Sus palabras me estremecen por completo. Yo también lo deseo, ahora más que nunca. No puedo siquiera imaginar separarme de él por tanto tiempo sin que el corazón se me encoja.

En un dos por tres estamos en su habitación, en su cama, dejándonos llevar por el inquebrantable deseo y la ansiedad que esta repentina separación produce en ambos. Jamás me voy a cansar de esto, jamás me voy a cansar de sentir sus manos sobre mi piel; jamás me voy a cansar de sentirlo a él. Nos entregamos a la pasión y a nuestro amor, que cada minuto que pasa parece magnificarse.

Estamos tumbados sobre su cama, desnudos y sin aliento, después de hacer el amor. Juego con mis dedos sobre su pecho.

—Debo partir en dos horas. —Acaricia mi cabeza, masajeándola. Se siente bien—. Te echaré de menos, nena. Un mes se volverá un siglo.

—Para mí también lo será, pero vamos a estar en contacto. Promete que te cuidarás y que pensarás en mí.

Levanto la cara para poder mirarlo a los ojos.

—Lo prometo —murmura—. ¿Y tú? ¿Prometes que apartarás a todos los imbéciles que quieran acercarse a ti?

—Ethan, soy tuya, recuérdalo.

Entorno los ojos y le enseño el anillo, que luce imponente en mi dedo. Él sonrío.

—Me sentiré más tranquilo cuando nos hayamos casado; cosa que haremos en cuanto regrese.

—No tengo ninguna objeción, señor Mills. Lo amo y ser su esposa es lo único que deseo.

Mason se detiene frente al porche de mi casa y baja del auto para darnos

privacidad.

Debo controlarme para no llorar. ¿Cómo ser indiferente ante la idea de que el amor de mi vida se tiene que ir por lo que me parece mucho tiempo? Siento que los ojos se me llenan de lágrimas. Él besa mi frente.

—Sé que todo se va a solucionar, amor. Lo harás excelente —le digo y me acurruco entre sus brazos.

—Te amo —susurra.

¡Qué enorme tristeza siento! Es como si me arrancaran un pedazo gigante del corazón, pero no puedo permitir que me vea llorar. Seguramente querría abandonarlo todo.

Vamos, ¡sé fuerte, Masterson!

—Debes irte ya. No quiero que pierdas tu vuelo.

—No lo perdería. Es mi avión —sonríe con orgullo. «Es millonario», me recuerda mi subconsciente. ¿Voy a poder olvidarlo alguna vez? —. Cuando vuelva, juro que no nos volveremos a separar.

—Te creo. Voy a esperar todo el tiempo que sea necesario.

Una lágrima traicionera se me escapa. Me siento tan vulnerable que ya no consigo contenerme y exploto en llanto.

—No llores, nena. —Ethan pasa su pulgar por mi mejilla para secar mis lágrimas—. Me quedaré —apunta enfático.

¡Maldición! Por esto debí contenerme. Me yergo y seco mis lágrimas para entrar en el papel de novia enfadada.

—De ninguna manera. Estoy bien.

—No voy...

—No vas a abandonar tus obligaciones, Ethan. No quiero que lo hagas.

—Mis obligaciones me importan muy poco. No puedo dejarte.

—Pero a mí sí que me importan. Promete que irás. —Menea la cabeza en negación—. ¡Promételo! —insisto.

—¿Es lo que quieres?

—Lo que quiero es que resuelvas lo que tengas que resolver, de otro modo, sé que no podrás estar tranquilo y tampoco podré estarlo. No deseo que detengas tu vida por nada. Cuando volvamos a estar juntos... seremos marido y mujer, y verás que entonces, todo valdrá la pena.

Menea la cabeza en negación y sopesa mis palabras.

—Lo haré —acepta con irritación—. Puedes ser muy convincente cuando te lo propones.

—Hay muchas cosas que puedo hacer si me lo propongo, señor Mills.

Ethan sonríe lacónicamente.

¿Por qué no habré podido contener mis estúpidos impulsos de mártir? Está preocupado por mí, lo veo. Sin embargo, no puedo permitir que abandone sus responsabilidades por mi causa, aunque de buena gana aceptaría que se quedara conmigo.

—Esto te queda muy bien.

Acaricia el collar que me regaló.

—Me gusta mucho —musito—. Deja de preocuparte por mí, Mills. Estaré bien.

Entorna los ojos y vuelve a rodearme con sus brazos.

El beso que nos dimos al despedirnos me dejó una sensación extraña, pero supongo que se debe al hecho de que verlo partir me mata. Quisiera que el tiempo pasara en un abrir y cerrar de ojos, pero no va a ser así. Se fue hace un par de minutos y ya siento que he pasado una eternidad sin él. El único consuelo que tengo es saber que cuando regrese seré su esposa y que no nos volveremos a separar, nunca.

\*\*\*

Marco otro día en mi calendario: van quince.

Ethan y yo hemos mantenido una comunicación constante desde su partida; la tecnología ha sido muy útil y beneficiosa para acortar la distancia de cierto modo, pero..., a pesar de eso, me siento triste. Imagino que el sentimiento se refleja claramente en mi rostro, pues no ha habido día en que Mila no me pregunte qué me pasa. He decidido no hablar al respecto. ¿Para qué lo haría? Únicamente conseguiría preocuparla y no es lo que deseo.

Falta poco. Eso espero.

—Te ves triste. —Ethan suena preocupado.

Son las cuatro de la tarde en Georgia; nueve de la noche en Londres, y aquí estoy, frente al portátil, en medio de una videollamada con el amor de mi vida.

—No es nada. Solo estoy un poco cansada. Ha sido una semana complicada con todos esos exámenes... No te preocupes, se resolverá con descanso. Deberías hacer lo mismo; pienso que es algo tarde para que estés despierto, y por lo que me contaste, tu día fue mucho más agotador que el mío.

—No me parece que sea tan tarde. No pasan de las nueve. —Me dedica una de las típicas sonrisas de Ethan Mills que me derrite el corazón—.

¿Sabes?, daría todo lo que tengo por darte un beso y estrecharte entre mis brazos.

—Y a mí me encantaría que así fuera, pero falta poco ¿no?

Intento inútilmente sonreír.

—Así es.

¡Maldita sea, Masterson! ¿Es que no te puedes controlar?

—Debo irme, tengo mucha tarea por hacer —miento.

Necesito colgar ya, porque mis ganas de llorar son evidentes y no quiero que me vea hacerlo; se preocuparía y querría volver antes de solucionar completamente sus problemas.

—Está bien, espera mi llamada mañana —acepta ceñudo.

—Lo haré. Cuídate mucho, por favor, y no olvides que estás presente cada minuto del día en mi corazón. —Se me quiebra la voz.

—Nena...

—Te amo —musito con dulzura antes de que diga algo más.

—También te amo. Hasta mañana, cariño.

Cuelgo.

No tengo tarea acumulada, ni siquiera algún plan con mi madre, ella no ha podido venir en tres semanas; lo único que tengo son lágrimas en mis ojos.

Hablar con Ethan es un alivio, pero, a la vez, una tortura, porque odio despedirme de él y hoy, por alguna extraña y tonta razón, no he podido controlar mis emociones.

Me recuesto en la cama y dejo que el inquebrantable llanto caiga sobre la almohada. De pronto siento una fuerte opresión en el pecho que me impide respirar.

¿Qué demonios me pasa?

Mi cerebro trata de explicar lo que le sucede a mi corazón, pero no lo logra. No hay más consuelo que saber que mañana volveré a hablar con él.

Acaricio el dije que lleva sus iniciales y cierro los ojos para intentar conciliar el sueño mientras dejo que una ola de recuerdos hermosos abata mi mente: como la última vez que estuve entre sus brazos, el día que se fue.

\*\*\*

—Vic, sabes que quisiera quedarme, pero no me es posible. Papá debe atender sus negocios y no puedo dejarlo solo. Me entiendes, ¿verdad?

Asiento.

Mila trata de explicar el porqué de su repentino viaje a Londres y el motivo por el que me deja sola; sola, como lo hizo él.

Han pasado cinco meses desde la última llamada de Ethan. No he vuelto a saber de él y mis intentos por localizarlo han sido inútiles. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Debo admitir que estoy preocupada, pero cuando pienso en que tal vez su desaparición se deba a que se aburríó de mí, siento una rabia incontrolable.

¿Me engaño? ¿Es eso? ¡Qué más da! Gracias a él me he convertido en una sombra lúgubre y oscura, y aunque no quiero ser así, es algo que está fuera de mi control; y ahora esto..., mi mejor amiga, la única persona que ha estado dándome apoyo todo este tiempo a pesar de mi hermetismo, se va.

Me dejo ir en llanto.

—¡Por favor, no llores! Sabes que estaremos en contacto. —Trata de consolarme con un abrazo.

—No te preocupes, Mili. Debes ir lo sé. Si lloro es porque somos hermanas y me vas a hacer muchísima falta, de verdad.

Me limpio la cara con las manos y sonrío falsamente.

—Y tú a mí. Pero, Vic, te pido que salgas de ese pozo en el que estás, porque si no lo haces no podré estar tranquila. —Sus ojos azules me miran con compasión—. Ese tipo que te lastimó no merece que sufras así. Amiga, debes volver a ser la misma, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo —convengo entre sollozos—. No te olvides de mí, por favor.

—Eso nunca —responde en medio de un abrazo fuerte.

¿Cómo pueden cambiar tanto las cosas en tan poco tiempo?

Siento que mi vida es solo un triste recuerdo de lo que un día fue y que jamás volverá a ser la misma.

## CAPÍTULO 18: GIROS DEL DESTINO

La vida es un ciclo lleno de estaciones repetitivas, que, de cierta forma, aunque repetitivas, en cada vuelta nos obsequia algo diferente; un plus que te incentiva a retomar el camino y dejar atrás aquello que un día fue un sueño feliz, pero que, de pronto, terminó convirtiéndose en una horrible pesadilla en donde el dolor hace de las tuyas con total libertad, sin siquiera detenerse a mirar el desastre que crea. Es lo que he hecho. Siento que he retomado el camino. Bueno, al menos una parte de él.

Ha sido difícil sobrellevar mi vida y salir del agujero oscuro en el que caí, pero lo conseguí; cumplí la promesa que le hice a Mila y que me hice después. Logré ponerme de pie y sonreírle a la vida de nuevo. Ahora, después de dos años, Ethan es como un sueño que prefiero guardar en el fondo de mi corazón. No tengo esperanzas de volver a verlo y tampoco quiero hacerlo. Mi vida volvió a su eje y no piensa salir de él.

Cumplí veintiuno hace unos cuantos meses. Sí, han sido dos cumpleaños los que he pasado sin mi mejor amiga, a la que por cierto extraño demasiado. Mila trata de llamarme a menudo, o por lo menos una vez al mes. Debo decir que acostumbrarme a estar sin ella ha sido una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida y, para ser franca, me muero por verla.

Sé que está bien y que es feliz. Hace seis meses recibí una de sus típicas llamadas de buenas nuevas para informarme que oficialmente había conquistado al hombre de sus sueños con el que se volvió a encontrar en Londres. ¿No es fantástico? No cabe duda de que el destino tiene un plan trazado para cada uno de nosotros y que, tarde o temprano, tendremos que encontrarnos con él. Así le sucedió a Mila, que finalmente encontró el suyo, y no puedo estar más feliz por ella. Nunca se dio por vencida.

Supongo que conoceré al afortunado cuando vaya a visitarla. Mila ha insistido tanto, que no pude negarme, así que viajaré después de la graduación. He estado ahorrando mucho para ese viaje. Será la primera vez que salga del país, porque sí he salido de la...

Mi mente empieza a llenarse de recuerdos de mar, arena, luces y besos, que aparto de inmediato. No los quiero más en mi cabeza.

Mamá está de vacaciones, así que vino a pasarlas conmigo, además de que la graduación está cerca. Daré el discurso de la generación en la ceremonia, lo

que me pone nerviosa porque lo mío nunca fue hablar en público, pero Mila me ha estado ayudando con eso. Claro que sería mucho más fácil si estuviera aquí, pero ella también se graduará, y en una de las más prestigiosas universidades de Inglaterra: *O...*

En lo que a mí respecta, puedo decir que me ha ido bastante bien. Por fortuna, no he tenido ningún tipo de inconveniente a lo largo de mi carrera. Mi promedio es el más alto de la generación y eso contribuyó en gran medida a que pudiera realizar mis prácticas preprofesionales en una prestigiosa televisora de Georgia. Todo resultó como esperaba. Ahora sé mucho de medios, he aprendido su funcionamiento y he logrado relacionarme con las personas que los manejan.

Sí, Victoria Masterson volvió. ¡Volví a ser yo!

\*\*\*

—¿Llevas todo lo importante?

Mamá revisa mi maleta gris por décima vez, asegurándose de que no olvide nada.

Sigue tratándome como una niña a pesar de que ahora soy toda una publicista. Recuerdo que no paraba de llorar el día en que me recibí; siempre tan sensible y preocupada por mí.

—Claro que sí. No te preocupes... Ya no soy una niña, mamá. —entorno los ojos para ocultar la ternura que me produce su preocupación maternal.

—Es la primera vez que te vas por tanto tiempo. ¡Un mes! No me pidas que deje de preocuparme. —Sus brazos toman la forma de las agarraderas de una jarra.

No me resisto y corro a sus brazos.

—Te quiero, ¿sabes?

—Lo sé —me dice con su dulce sonrisa de madre abnegada.

—Vámonos ya. No quiero perder el vuelo por nada del mundo.

Salimos de casa para subir al taxi que nos ha esperado por más de cinco minutos.

Miro por la ventana de la sala de abordar del *Ben Epps Airport*, hacia la gigantesca pista en la que se encuentran los aviones.

Aviones... Se me revuelve el estómago solo de verlos. ¿Cómo es que algo tan pesado puede mantenerse en el aire? Bien, lo entiendo, pero, aun así, no me lo creo y eso me produce algo de temor. ¿Los aviones son realmente

seguros?

Fue difícil despedirme de mamá, fue difícil despegarme de sus brazos. Lo debo reconocer: por dentro aún soy esa pequeña niña que necesita sentirse querida y protegida por su madre. No sé si eso cambie algún día. De lo único de lo que estoy segura es que este viaje es el inicio de una nueva vida y que, aunque temo a lo desconocido, no debo ni puedo detenerme.

Mientras volamos sobre el inmenso océano atlántico acuden a mi memoria los recuerdos que, en contra de mi voluntad, me siguen atormentando, como el día en que navegué junto a Ethan en su lujoso yate.

¿Y si llegase a encontrarme con él?

Mi corazón se pone a mil ante la idea de volver a verlo. ¡No! Eso es imposible. Londres no es pequeña y las oportunidades de encontrarnos son de una en un millón, además, nadie me asegura que esté en Inglaterra. Desapareció completamente de mi vida y creo que eso fue lo mejor.

«¡Ya, Victoria! Debes sacártelo de la cabeza. No significaste nada para él», me regaña la razón. Nada, lo sé, pero, aunque quiero, hay algo que no me permite olvidarlo por completo; la misma extraña sensación que ocasionó la batalla interna que libré mientras empacaba: no sabía si debía o no traer conmigo el collar que me regaló, pero lo hice.

Busco la ostentosa joya en el bolsillo de mi chaqueta marrón y la miro ensimismada. Sigue como el primer día; para ella el tiempo no ha pasado.

Leo por millonésima vez la leyenda del dije de la gargantilla: «Te amo», y sonrío con tristeza.

Así quedó nuestro amor, en un par de palabras grabadas en oro y en un anillo que no volveré a usar, pero que tampoco tengo el valor de tirar.

¡Patética, patética y mil veces patética! ¿Cómo puedes vivir de un recuerdo? Porque Ethan es eso, un recuerdo.

\*\*\*

Nubes negras, truenos y relámpagos. Así es como me recibe Londres, lo que es extraño, pues apenas empieza el otoño en esta región. Pero, a pesar del frío, la humedad y la oscuridad de la noche, la belleza del país, escenario en el que se han desarrollado varias de mis obras literarias favoritas, logra imponerse a sus desavenencias climáticas.

Acabo de bajar del avión y de nuevo siento que este viaje será una parte fundamental para empezar el inicio de mi nueva vida.

—¿Victoria Masterson? —Me vuelvo al escuchar la voz familiar que pronuncia mi nombre—. ¡Eres tú, no lo puedo creer! ¡Es una magnífica coincidencia!

La que me habla es Alex, principal reportera de la televisora en la que realicé mis prácticas, en Athens. Ambas nos encontramos en la sala de espera del aeropuerto.

—¿Alex? ¡Uau! ¡Qué alegría volver a verte! —exclamo en medio de un cálido abrazo. Sí que ha sido una grata coincidencia.

—Una verdadera alegría, en verdad. Empezaba a sentirme sola en este inmenso lugar. ¿Vienes de vacaciones?

—Eh..., no. Visito a una amiga, ella vive en Richmond.

—Ya veo, pero son vacaciones después de todo.

—Eso creo.

—Eres muy afortunada —dice entornando los ojos—. Yo, por el contrario, tengo como misión cubrir el acontecimiento del año. Verificarlo, en realidad.

—Ah, ¿sí? Debe ser muy importante si te lo delegaron a ti.

—Me conoces bien. Se trata de confirmar ciertos rumores acerca de la próxima boda del genio de las finanzas Ethan Mills. ¡Dime tú si no es importante!

La sangre desaparece de mis mejillas y el aire se me antoja escaso mientras intento procesar lo que acabo de escuchar.

¿Ethan? ¿Boda?

—¿D-dijiste E-Ethan M-Mills? —pregunto casi sin aliento.

—En efecto. Desapareció por un tiempo de la palestra pública y ahora sabemos por qué. Se dice que se ha comprometido con una muchacha de origen norteamericano, que pertenece a su círculo social.

Esto no puede ser cierto... ¡No, no puede ser cierto! ¿Una muchacha de su círculo social? ¿Cathy?

Palidezco y mi cuerpo empieza a temblar a causa del repentino frío que me cuece los huesos.

—¿Estás bien? Te has puesto muy pálida. —Alex se apresura a tomarme la temperatura de la frente.

—Lo estoy... Sí, lo estoy... Es solo que no había viajado en avión. Esta fue mi primera vez.

—Sucede con frecuencia. Aún recuerdo mi primer viaje, no fue muy lejos, pero vaya que me dejó estragos. Te entiendo completamente.

—Claro... —murmuro ahogando un sollozo—. ¿Así que ese hombre se casa con una muchacha de nuestro país?

—Eso reveló una fuente, pero no es algo seguro. Sea como sea, ¿te imaginas la suerte que tiene esa mujer? Atrapó a un hombre millonario, talentoso y guapo... ¡Qué envidia! Se creía que Mills nunca se casaría, pero mira que la vida da sorpresas.

Se va a casar... Por eso no regresó, por eso no volví a tener noticias tuyas... El viaje no fue más que una simple excusa para alejarse de mí porque no tuvo el valor de terminar la relación.

¡Dios mío!

Inspiro hondo para ahogar las lágrimas y bajo la mirada mientras Alex habla. Su voz, su imagen y el resto de lo que me rodea se torna borroso y confuso.

Se va a casar...

De pronto siento que me asfixio. Siento que mi alma me abandona dejando únicamente mi cuerpo inerte e insulso en este lugar.

—¡Oh! Tengo que dejarte; han llegado a buscarme. Ha sido un gusto verte, Victoria. Ya nos hablaremos.

Alex me da un fugaz abrazo y desaparece en medio de la gente sin darme tiempo a responder.

Me siento como puedo en una de las sillas que tengo a mis espaldas y me cubro el rostro con las manos, cerrando los ojos con todas mis fuerzas, guardando la esperanza de que, al abrirlos, todo no sea más que un mal sueño, pero no; los abro y todavía me es posible sentir el mismo crudo y tormentoso dolor que no hace más que ahogarme quitándome el poco aire que mis pulmones son capaces de procesar.

¿¡Qué es esto!?

Vuelvo a inspirar profundo.

Las voces se han convertido en susurros, las personas en sombras bizarras... y yo, en una atormentada alma en pena.

«Ethan se va a casar. Se va a casar», repito una y otra vez en mi mente sin poder comprender lo que significa; solo soy capaz de menear la cabeza en negación ante lo absurdo de la noticia, después se me escapa una pequeña risa, pero no sé por qué.

—¡Victoria! ¿¡No me escuchas!?! ¡Llevo horas gritando tu nombre!

Mila está plantada frente a mí con cara de preocupación. No respondo y

me lanzo a sus brazos como un animal herido sobre el que ha de ser su salvador. Empiezo a gimotear.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien? —pregunta sin apartarme. No respondo—. ¡Victoria, me estás asustando! —exclama con clara alarma en su voz.

—Te extrañé.

Ya está. No soy capaz de decir más que eso. Lo único que anhelo es desaparecer.

—Yo también, pero... Olvídalo, ven conmigo. Vamos a casa.

Miro por la ventanilla. El coche avanza hacia la casa de Mila. Ella no ha dicho nada y yo tampoco, porque no puedo hacerlo sin que mi voz se ahogue. Sin embargo, advierto la turbación en su rostro.

¿Es así como debía ser nuestro reencuentro? Por supuesto que no. No puedo arruinar este día, este viaje... Aunque me sienta morir, debo mantenerme fuerte.

Esbozo media sonrisa y por primera vez, desde que llegué, me concentro en mi mejor amiga. Luce radiante: su rostro, su semblante... Es evidente que es feliz.

—Te ves increíble —murmuro. Mila me dedica una mirada cauta.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. El cambio de aire me dejó aturdida por...

—Vic, sabes que nunca has podido mentir. Dime la verdad. ¿Es que no has olvidado al infeliz que te hizo sufrir?

—Mila, por favor.

—¿¡Cómo es posible!? ¿Después de todos estos años?

—No quiero hablar del tema. No ahora.

—Me preocupas...

—No tienes por qué. Milla estoy bien. Estaré bien. Quiero olvidarlo todo, pero no voy a poder si insistes con eso.

—Está bien. Prometo que no lo volveré a mencionar.

—Bien. Dime, ¿cómo estás? —inquiero con dulzura, cambiando por completo mi tono de voz. Mila no merece que le atormente con mis desventuras amorosas.

—¡Victoria! —responde ella recuperando ese aire infantil que le caracteriza—. No sabes la falta que me has hecho, sobre todo en este momento.

Mila extiende su mano para que vea el enorme diamante que adorna su

dedo. La miro incrédula.

—¿Es lo que estoy pensando que es?

—¡Sí! —exclama con una sonrisa que intenta ocultar, pero no puede.

—¡Oh, Mila! No puedo creerlo... ¿Es real? ¿Te vas a casar?

No puedo asimilarlo. ¿Mila comprometida?

Vuelvo a sonreír, pero esta vez es de verdad.

—Todo sucedió tan rápido... —musita con nerviosismo—. Él sufrió un accidente, ¿sabes?, hace un par de años. Perdió la memoria, así que tardo un tiempo en recordarme. No la ha recuperado por completo, pero el médico dijo que sus lagunas mentales seguramente las ocupaban cosas sin importancia.

—Ah, ¿sí?

—Te cuento todo cuando llegemos a casa, ¿de acuerdo?

Sí que fue una gran sorpresa, aunque en el fondo sabía que eso sucedería. Se va a casar y yo ni siquiera conozco a mi futuro cuñado, ni siquiera sé su nombre; Mila siempre lo llama «amor». Imagino que me lo habrá dicho alguna vez, pero seguramente no la escuché. Ahora me siento culpable por no haberle prestado toda la atención que merecía un asunto tan importante como la felicidad de mi hermana.

Mila no ha parado de hablar desde que subimos al auto y yo, en parte, no puedo estar más encantada. Extrañaba sus pláticas eternas, su voz, esa sensación de hermandad... La extrañaba a ella en su totalidad.

Diviso la ciudad, sus calles, sus casas, su gente, mientras avanzamos por la carretera.

Enterarme de la próxima boda de Ethan y al mismo tiempo saber que mi mejor amiga se encuentra en la misma situación, enreda mis sentimientos, que ahora son una rara mezcla de inmensa felicidad y la más abrumadora tristeza.

¿Es este el cambio radical que anuncia una nueva etapa de mi vida? ¡Cuán equivocada estaba al pensar que sería para bien! Sin embargo, no puedo ser egoísta y empañar la felicidad de mi amiga con asuntos que evidentemente no tienen solución.

—Hoy tendremos la cena para anunciar el compromiso a nuestros padres y lo haremos en mi casa. ¡Llegas en el día perfecto, Vic! Ahora todas las personas que quiero están conmigo en uno de los momentos más importantes de mi vida. Estoy segura de que, cuando conozcas a mi prometido, lo amarás tanto como yo.

—Definitivamente será así. Siento mucho el accidente que sufrió.

—No te preocupes, se recuperó, aunque, como te dije, no ha logrado recordar algunas cosas, su vida volvió a su eje.

Me quedo callada pensando en lo terrible que debe ser perder todos tus recuerdos y recuperar tan solo una parte de ellos. Pobre hombre... No puedo evitar que mi corazón compadezca al prometido de mi amiga, incluso sin conocerlo.

Llegamos a East Twickenham, una localidad ubicada cerca del *punte de Richmond*. En este lugar se encuentra la residencia, por ahora permanente, de los Rushforth. Su enorme mansión estilo victoriano, se alza sola, muy apartada de las otras casas con estilos similares, en medio de un inmenso jardín lleno de flores y esculturas elaboradas en mármol.

Al bajar del coche, un hombre alto y rubio nos abre la puerta de la casa.

—Victoria, él es Evan, el mayordomo de la familia. Ha vivido aquí por muchos años, cuidando de la casa.

—Bienvenida, señorita —me dice con seriedad. Lo saludo con una sonrisa y él hace una especie de reverencia.

¡Cuánta formalidad! Había olvidado ese tipo de saludos.

Antes de que pudiera decir algo más, Mila pega un brinco que por poco me provoca un infarto.

—Pero ¡qué tonta, seguro estás agotada! Ven, te voy a llevar a tu habitación, ahí podrás refrescarte y prepararte para la cena.

Apenas tengo tiempo de asentir. Mila me toma del brazo para llevarme corriendo escaleras arriba hasta la segunda planta.

—¿Te sientes mejor? —inquire una vez que llegamos a la puerta de la habitación destinada para mí.

—Lo estoy. Sobre todo, por lo que estás viviendo. Mili, me siento feliz por ti.

—Gracias, Vic. Obvio serás mi dama de honor, ¿verdad? —pregunta dedicándome una mirada suplicante. Una de las típicas miradas de Mila de las que no puedes escapar.

—Sabes que sí.

—¡Estupendo! —celebra y abre la puerta que tenemos por delante—. Esta es tu habitación. ¿Te gusta?

La habitación es preciosa: paredes color rosa pastel, adornadas con cuadros de formas extrañas, pero que de seguro valen más que mi casa en Georgia. Todo el mobiliario es de un blanco lucidor y, en el fondo de la

habitación, hay una chimenea encendida que emana un calor agradable.

—Es preciosa —balbuceo.

—Quiero que descanses. Vic, este viaje te hará mucho bien, estoy segura; solo tienes que poner de tu parte. Nos vemos más tarde.

Mila me da un beso en la frente y sale disparada. En segundos la pierdo de vista.

¿De verdad me hará bien estar aquí?

Sí, Mila tiene razón. Todo depende de mí. Debo serenarme e intentar seguir con mi vida, o con los pedazos que quedan de ella. Ahora tengo claro que Ethan jamás fue para mí y que sus intenciones no iban más allá de la búsqueda de diversión, y yo estuve presta para dársela.

¡Dios, cómo no me di cuenta! ¡Cómo pude ser tan ciega!

El corazón no hace más que sangrar por la herida, negándose rotundamente a aceptar la realidad, aunque esta le fue restregada en el rostro. ¡Qué ingenuo es! Todavía mantiene viva la esperanza de hallarse en medio de una pesadilla. Pero yo no tengo la más mínima intención de seguirme engañando. En este punto estoy con la razón, que se mantiene firme en la decisión de olvidarlo y desechar sus recuerdos.

Me siento al borde de la cama de cuatro postes con dosel que adorna el centro de la habitación y me abandono a la reflexión y al inevitable llanto. Definitivamente no puedo quedarme encerrada, atormentándome con un tema inútil, porque realmente es inútil esperar consuelo o alguna explicación que me deje medianamente tranquila.

La verdad me sabe amarga.

Estoy segura de que si no me ocupo en algo pronto me voy a volver loca. Lo sé, debo enfocarme en la felicidad de Mila, es todo lo que debe ocupar mi mente durante este tiempo en Londres. ¡Está decidido!

Me levanto, seco mi rostro empapado y abro la maleta para buscar algo decente que usar. ¿Qué se pone uno para una cena de compromiso? No tengo ni la menor idea. Por fortuna, guardé un par de vestidos de noche, pero no sé cuál utilizaré. Hace mucho que no uso uno y realmente no creo estar en condiciones de preocuparme por eso.

Es temprano aún, pero ya que no consigo sosegarme, decido darme un baño y arreglarme para la cena. Esto me dará tiempo para dar una vuelta por la casa, eso es mucho mejor que permanecer cautiva sintiéndome desgraciada.

Me decido por un vestido negro corto y zapatos de tacón a juego. Supongo

que esto servirá.

Salgo de la habitación dispuesta a iniciar mi recorrido. «Tal vez debería solicitar un guía», pienso para mí. No sería raro que terminara perdida en algún rincón de este lugar, ¡es enorme!, y yo no he mejorado mucho en lo que a orientación se refiere.

Bajo tímida por las escaleras hasta que de nuevo me encuentro en el vestíbulo.

¿Dónde estará Mila? Seguramente preparando todo para la gran noche, una de las más importantes de su vida. Yo debería estar ayudándola con todo eso.

En medio de mis reflexiones sobre las responsabilidades que conlleva ser una dama de honor, escucho varias voces que provienen de lo que parece ser un salón. Me acerco para saludar y veo al papá de Mila charlar muy animado con una mujer rubia, muy elegante, que sin duda es la suegra de mi amiga; con ellos, aunque algo apartado e indiferente a la conversación, se encuentra un hombre, de espaldas, mirando por la ventana. «Ese debe ser el afortunado prometido», reflexiono en mi mente.

Quizá no sea buena idea interrumpirlos; deben estar tratando asuntos familiares, además, Mila no se encuentra con ellos por lo que mi presencia no es necesaria.

Me vuelvo lista para marcharme, pero la voz imponente del padre de Mila me detiene.

—Ethan. ¡Ven aquí, hijo! —dice el señor Rushforth.

Me paro en seco al escucharlo.

¿Ethan? ¿Dijo Ethan?

Mi cuerpo se convierte en gelatina e inmediatamente empieza a temblar. Vuelvo la mirada hacia él y enseguida me quedo sin respiración.

Es él... Es Ethan... ¡Mi Ethan!

## CAPÍTULO 19: VOLVERTE A VER

Me paralizó. No puedo emitir palabra. Y las lágrimas recorren triunfalmente mis mejillas bajo mi mirada incrédula.

¿Ethan es el prometido de Mila?

«Se dice que se ha comprometido con una muchacha de origen norteamericano, que pertenece a su círculo social». Era ella. Mi mejor amiga.

¿¡Qué es esto!? ¡Dios mío, qué es esto!

Siento que el alma me ha abandonado por completo. Todo dentro de mí se ha quedado en blanco y lo único que soy capaz de hacer es salir corriendo sin que lo noten.

Doy media vuelta y huyo despavorida, sin rumbo fijo. ¿A dónde podría ir? ¿Dónde podría esconderme? ¿Qué puedo hacer? ¡Solo quiero desaparecer!

Sin apenas notarlo, pronto me encuentro en otra estancia, un pequeño salón beige, y lo único que consigo ver, a través del borroso cristal que han formado las lágrimas en mis ojos, es a Mason, sentado en un sofá apartado. Cuando me ve enseguida se pone de pie.

—Victoria. ¿Qué hace aquí? —pregunta con el rostro pálido como una hoja de papel en blanco.

No puedo respirar... Tengo un nudo enorme atravesado en la garganta, un nudo lleno de rabia y de dolor.

—Así que está bien... —consigo murmurar.

Ethan está aquí, está bien, es feliz, y está a punto de comprometerse con mi mejor amiga mientras yo... me rompo en mil pedazos.

—Hay mucho que usted ignora.

—¡Ignoro! —levanto la voz—. Sí, Mason. Veamos qué es lo que ignoro. Ignoro por qué Ethan se burló de mí. Por qué me hizo sufrir. Por qué me propuso matrimonio para luego dejarme. ¡Lo esperé como una estúpida todos estos años y ahora...! Ahora se va a casar con ella... —susurro con la voz apagada.

Lo que hasta ahora me había mantenido en pie desaparece ante mis ojos. «Dios, por favor... que esto sea un mal sueño», rezo en mi mente y me dejo caer en una de las sillas que tengo a mis espaldas.

—¡Victoria! —grita él alarmado—. ¿Está bien?

Mason se apresura a llegar a mí para ayudarme, pero ahora mismo no

tolero que me toque, así que, con las pocas fuerzas que tengo, logro apartarme.

—¿Bien? ¿De verdad quiere saberlo? No, Mason. No estoy bien. Siento que mi mundo se derrumba por completo y yo ya no...

No puedo seguir hablando porque no hay palabras que describan todo lo que estoy sintiendo. Solo soy capaz de cubrirme el rostro con las manos para abandonarme al incesante llanto.

—Si me permite, voy a despejar sus dudas —me dice, después guarda silencio por un par de segundos, como esperando mi aprobación—. Sé que no me corresponde hacerlo, pero soy el único que puede.

Sí, Mason, no le corresponde, pero ahora mismo necesito algún tipo de consuelo, o por lo menos saber la razón por la que Ethan jamás volvió como lo prometió.

—Hable —le ordeno entre sollozos.

—La noche... La última noche, después de que usted y el señor hablaran, salimos a una reunión en Birmingham. Él estaba muy feliz porque volvería pronto junto a usted; era una sorpresa que había guardado, pues en dos días estaba programado nuestro regreso, pero entonces... ocurrió lo peor —continúa con voz temblorosa—. La noche estaba nublada, las carreteras húmedas por la fuerte lluvia que caía y ahí, en medio de una de ellas, fuimos embestidos por otro vehículo que apareció de la nada. Yo perdí el control y...

En medio de mi desesperación intento procesar lo que Mason dice, pero todo es tan absurdamente confuso que solo consigo recordar a Mila mencionando algo al respecto. Sí, me lo había dicho. Me había dicho que su «novio» sufrió un accidente hace dos años. Contengo el aliento y vuelvo a caer en la silla. ¿Un accidente?

¡Dios, esto no puede estar pasando!

» Fue espantoso —prosigue—, pero el que se llevó la peor parte fue el señor Mills. Lamentablemente se encontraba en el sitio de mayor impacto. Pasó seis largos meses en coma y otros cuatro en rehabilitación por la grave lesión cerebral que sufrió, lo que le ocasionó una pérdida de memoria temporal. Con el tiempo recordó todo; todo excepto...

—A mí... ¿Es eso lo que me quiere decir? —pregunto en un susurro. Asiente.

—Los médicos dijeron que podría ser un mal pasajero o, en el peor de los escenarios, permanente, por lo que recomendaron no forzar su memoria. No obstante, intenté hacerle recordar, pero fue inútil, y ha sido inútil hasta el día

de hoy.

Un accidente... ¡Dios mío! Se me eriza la piel imaginando cómo fue.

—¿Y Mila?

Paso saliva. No sé si quiero escuchar lo que me va a decir, pero tengo que saberlo.

—Tras su recuperación retomó sus actividades, entre ellas, varios negocios pendientes con el señor Rushforth. Desconozco los detalles de cómo inició su relación.

¿Qué es esto? ¿Una pesadilla? Debe serlo, porque solo así se explica que mi corazón se rompa una y otra vez provocándome un dolor agonizante que me impide exiliar el llanto. ¡Necesito llorar! Todo esto es como una lúgubre historia de terror y sé que si no saco todo el dolor que tengo dentro es probable que llegue a asfixiarme.

» Quiero que tenga claro que él la amaba de verdad. Jamás lo vi tan feliz como cuando estaba con usted, ni siquiera ahora, que está a punto de casarse. Creo que usted es su verdadero amor y quizá, ahora que por azares del destino volvieron a encontrarse, ustedes puedan...

—¡No siga, por favor! Esperé noticias suyas en medio de interminables noches de llanto que se volvieron un calvario para mí. —Me estremezco al recordar lo mucho que sufrí—. Pero con el tiempo me recuperé y ahora que sé que no fue su culpa y que me olvidó... No pienso interponerme en su felicidad. Será... como si nunca hubiese sucedido nada entre nosotros.

—Pero si la ve puede recordar y...

—No es lo que quiero. ¿Ya qué sentido tiene, Mason? Él ya no es el mismo y yo tampoco. Mila es como mi hermana y si fue el destino el que quiso que las cosas sucedieran así... ¡Que así sea! Ahora, si me disculpa.

Tambaleo un poco al ponerme de pie, pero me recupero enseguida y salgo de la habitación haciendo oídos sordos a las insistentes palabras de Mason.

No sé si este era el consuelo que buscaba o si fue el tiro de gracia que terminaba de matarme. Sin embargo, en medio de todo mi abatimiento, hay algo que tengo muy claro: no puedo interponerme en la felicidad de ambos, porque, después de todo, si Ethan decidió casarse con Mila es porque la ama. Él me olvidó y yo... también voy a olvidarlo. Ya no es mío y ya no soy suya.

Me siento vulnerable, frágil, inestable emocionalmente y sé que verlo de nuevo sería un golpe mortal para mi corazón. No tengo la fuerza suficiente para enfrentar mi nueva realidad. Estoy confundida. No sé qué hacer o a dónde

ir... Estoy perdida y no logro encontrar mi norte.

—Vic, ¿dónde te habías metido? —Mila baja las escaleras. Me apresuro a limpiar mis lágrimas con las manos. ¡Tranquilízate, Victoria! — ¿Qué te pasa? Amiga, ¿estás bien? —inquire llena de preocupación cuando llega hasta mí.

—No te preocupes. Es un leve dolor de cabeza, creo que me va a dar gripa o algo así. ¿Mili, podrías disculparme con todos? Me temo que no voy a poder acompañarlos en la cena.

—¡Pero, Victoria!, es muy importante para mí que estés. ¡No puedes hacerme esto!

Genial...

—Perdóname, Mili, pero, de verdad, no me siento bien y me gustaría descansar, por favor.

Mila me mira escrutadora por varios segundos, seguramente intentando adivinar lo que me sucede. Si supiera...

—De acuerdo. Pero mañana estarás presente, aunque tenga que amarrarte, ¿entendido?

—Por supuesto. —Le dedico media sonrisa. Ella me abraza y de pronto me siento la villana de la historia.

Estoy en este lugar, destrozada porque mi mejor amiga va a casarse con el hombre que pensé había superado, pero no fue así. Ahora mi sufrimiento se hace más intenso, es como si miles de cuchillos se clavaran en mi corazón. Es insoportable.

—Mila, ¿eres feliz? —le pregunto casi sin aliento, en medio de nuestro abrazo.

—¡Por supuesto que lo soy! Soy inmensamente feliz.

—Es todo lo que quiero. Prometo que nadie va a arruinar tu felicidad. Te quiero mucho.

Mila me aparta para observarme sin pestañear. Sus ojos dejan ver claramente su confusión. Empiezo a llorar desconsoladamente, víctima de la presión.

—Vic, veo que de verdad te sientes mal... Debes calmarte porque si no lo haces te pondrás peor. También te quiero y te quiero bien. Ahora vete a la cama —me ordena con dulzura.

Hago lo que me pide. Subo temblorosa a encerrarme en el único lugar en el que puedo sentirme segura.

¿Todo esto es justo? Mila siempre, todo el tiempo, me hablo de él y en

todos estos años jamás me pude dar cuenta de que se trataba del mismo hombre que...

Todo pasó de un sueño a una pesadilla. Pensé que no lo iba a volver a ver, estaba segura de ello, y ahora, resulta que lo tengo a escasos metros... Tan cerca y tan lejos a la vez.

Dios, ¿qué va a ser de mí, de mis sentimientos...? El resentimiento por su desaparición, que de alguna forma era lo que me mantenía firme, desapareció para dejar en su lugar un mar de confusión. Sí, sé que no tengo derecho a sentirme así, lo sé, y es por eso por lo que necesito escapar. Necesito irme y dejar que sean felices, porque ya no encajo en sus vidas.

El fuerte resplandor que entra por la ventana me despierta: amaneció. Me enjuago los ojos con mucho cuidado mientras intento adivinar en qué momento dejé de llorar y logré conciliar el sueño. La cabeza me palpita con fuerza.

Salgo de la cama con un poco de dificultad y voy al cuarto de baño para mirarme al espejo y verificar que no haya nada que delate mi estado de ánimo o la noche angustiosa que viví. Por fortuna, no tengo ojeras, solo la habitual palidez de mi piel podría resultar alarmante, pero con algo de suerte nadie lo notará.

Llegó el momento de tomar decisiones y la primera es que debo marcharme inmediatamente de este lugar. Tengo que salir de aquí sea como sea.

Me visto con lo primero que encuentro: vaqueros azules, sudadera gris y zapatillas de deporte. No estoy de humor para lidiar con mi cabello, así que lo recojo en una gran coleta y salgo de la habitación para buscar a Mila y comunicarle mi decisión. Por supuesto tendré que omitir los motivos reales de mi huida y espero convencerla del todo para que me deje ir.

Tomo una bocanada de aire antes de bajar por las escaleras e ir de habitación en habitación, buscándola, sin obtener ningún resultado.

¿Dónde se habrá metido? ¿Estará con él?

¡Maldita sea! Lo único que deseo es volver a Georgia y encerrarme para siempre en mi casa, en mi cuarto y olvidarme de esta pesadilla.

¡Dónde estás, Mila!

Solo me queda un último sitio por revisar, un pequeño salón, algo apartado de todo. Pego el oído a la puerta y escucho un leve murmullo.

«Quizá esté aquí», resuelvo y giro el pestillo.

Entro a la estancia con la esperanza de encontrar a Mila, explicarle e irme de una bendita vez, pero, en lugar de eso, me encuentro con Ethan, que está cómodamente sentado en un amplio sofá hablando con Mason.

Dios mío. Me quedo petrificada. Intento retroceder, pero sus ojos absurdamente negros secuestran los míos y terminan de paralizarme.

Ethan me observa con sorpresa, después, con curiosidad y, por último, con inquietud. Yo soy incapaz de quitarle la vista de encima. Mis ojos, en su afán por reconocerlo, lo recorren de pies a cabeza.

Mi Ethan... Sigue igual a como lo recordaba, con esa impecable y elegante forma de vestir y esa mirada profunda y penetrante que me desarma por completo. No puedo creer que lo tengo de nuevo frente a mí.

Casi puedo ver a mi corazón salirse del pecho, extasiado con la maravillosa figura que contempla con fascinación. Sin duda para él, el tiempo no ha pasado y mantiene la esperanza de que lo que está sucediendo sea solo un mal sueño.

«Masterson, sabes muy bien que no tienes derecho ni siquiera a mirarlo. ¡Actúa normal, con un demonio!», la voz de la razón vuelve a tener sentido.

Doy un par de pasos dentro de la habitación, decidida a controlarme y no arrojarme a sus brazos, aunque eso me resulte un verdadero reto.

¿Y si me habla? ¿Debería decir algo? No. Por supuesto que no.

Consciente de que no me recuerda, saco fuerzas de donde no las tengo e intento parecer serena y normal, aunque no sé qué puedan abarcar esas palabras en estos momentos.

—Señorita Masterson.

Mason rompe el incómodo silencio que se había cernido en la habitación y el intenso contacto visual que Ethan y yo manteníamos.

—Mason —balbuceo, porque no puedo hacer otra cosa.

Antes de que pudiera decir algo más, Mila me saluda efusiva por la espalda.

—¡Victoria! Veo que estas mucho mejor. ¡Me alegra tanto! —celebra mientras sus brazos aprisionan los míos y sus dedos pellizcan mis pálidas mejillas.

—Sí, Mili. Estoy mejor —musito nerviosa—. Tengo que hablar contigo.

Es ahora o nunca. No hay tiempo para alargarlo.

—De acuerdo, pero antes deja que te presente a mi novio.

¡No! ¡No! ¡No! Palidezco e inconscientemente retrocedo un par de pasos.

Mila, que apenas se da por enterada del pánico que me embarga, toma mi mano y me acerca a Ethan. No soy capaz de mirarle, así que me concentro en examinar las agujetas de mis zapatillas.

—Amor, ella es Victoria. ¿Recuerdas cuánto te he hablado de ella? Es mi amiga, mi hermana —indica Mila y hace una pausa para abrazarme brevemente—. Victoria, él es Ethan Mills, mi prometido.

Su prometido... Al escucharla siento una enorme punzada de dolor en el corazón.

«Sí, Victoria, ahora es su prometido. Su futuro y no el tuyo. Grábatelo muy bien».

—Mucho gusto, señor Mills —le digo sin apenas mirarlo.

—Señorita Masterson —replica él, extrañado, y antes de que pudiera reaccionar rapta mi mano y la estrecha con firmeza. Me estremezco en respuesta.

Ahí está de nuevo esa deliciosa corriente tan típica entre los dos, que vuelve a aparecer con más fuerza, recordándome todo lo que había intentado olvidar.

¡Esto es más de lo que puedo soportar!

Aparto mi mano de un tirón, ignorándolo a él y su sonrisa perpleja.

—Mila, debo regresar a casa —le digo con determinación cuando recupero algo de seguridad.

—¿¡Qué!? ¿¡Por qué!?

¡Oh, Mila! No compliques las cosas.

—Olvidé que tengo varios pendientes por resolver..., entrevistas de trabajo... y ese tipo de cosas. Mili, no puedo quedarme. Por favor, entiéndeme —suplico.

Necesito salir de aquí cuanto antes porque temo cometer una locura, sobre todo ahora, que confirmé que mis sentimientos por Ethan se mantienen firmes.

—No te preocupes por eso. Puesto que ayer no pudiste cenar con nosotros, no te pudimos contar que Ethan y yo planeamos establecernos en Nueva York y abrir una casa productora. Y obvio, tú trabajarás con nosotros. ¡Vamos, mi amor! Díselo. —Zarandea a Ethan. Él continúa mirándome intrigado, sorprendido, confundido... ¿Por qué lo hace?

¡Santo cielo! Qué difícil es esto.

—Victoria —dice él y escuchar mi nombre salir de su boca se convierte de pronto en una dulce tortura—. Mila habla maravillas sobre sus

capacidades, tanto que, estoy convencido, será un miembro vital en nuestra empresa. Contar con su colaboración será sumamente beneficioso para ambas partes, se lo aseguro.

Ethan guarda silencio por varios segundos, como si estuviera reflexionando profundamente sobre lo que acaba de decir, después me dedica su típica mirada persuasiva; esa mirada que enseguida me arrastra dos años atrás, a la isla en la que, arrodillado sobre la arena, sosteniendo la pequeña caja negra que contenía el anillo que guardo como mi más valioso tesoro, me propuso matrimonio.

Mis ojos empiezan a volverse cristalinos.

—Sé que acabamos de conocernos —continúa—, pero de verdad, espero que acepte.

¿Por qué siento que sabe quién soy? ¿Por qué siento que en cualquier momento me va a tomar entre sus brazos para devolverme la vida con un beso?

Miro rápidamente a Mila, ella está atenta a lo que él dice. Lo mira encantada. De manera evidente lo adora, evidentemente lo ama y a pesar de tenerlo muy claro no puedo desear apartarme de él, pero tengo que hacerlo para acabar con esta tortura insoportable.

—No —contesto. Mila aparta sus ojos de él para mirarme con la boca abierta—. Quiero decir... Agradezco mucho su ofrecimiento, pero debo rechazarlo. Si Mila le habló de mí, debe saber que no me gustan las cosas arregladas y mucho menos en el campo profesional. Quiero ganarme un puesto de trabajo y lo haré en otro lugar, como corresponde.

El silencio se alza por unos instantes en la habitación. Ethan cruza los brazos y palmea sus labios con su largo índice, perdido en sus pensamientos.

—¿Orgullo, señorita Masterson? Permítame decirle que no suele ser beneficioso, sobre todo cuando se trata de abrirse camino en la vida. Es una pose que no brinda ningún buen resultado —replica con un aire de arrogancia y desafío.

¿Y él me lo dice? ¿Él, que es el orgullo personificado?

Su actitud me recuerda el día en que le arrojé whisky en el rostro. Su comportamiento era similar, creyéndose dueño de las personas. ¿Por qué volvió a ese papel que sé que es solo una máscara?

—No podría decir que se trate de orgullo, señor Mills. Es más bien mi deseo de ser autosuficiente. Imagino que para algunas personas de dinero esa palabra no les es familiar —concluyo.

—Prejuiciosa y grosera... —murmura como si fuese un pensamiento dicho en voz alta y suelta una risita irónica.

¿Prejuiciosa yo?

—¡Ya basta a los dos! ¿Qué les sucede? Ustedes son dos de las personas más importantes de mi vida... ¿Podrían hacer un esfuerzo por llevar la fiesta en paz?

Mila intenta mediar, pero estoy muy molesta y no puedo decaer, porque ese es mi único mecanismo de defensa y control.

—Mila, discúlpame. Sabes que te adoro, pero no puedo aceptar tu ofrecimiento. Tengo que irme.

—¡Está bien, no trabajes con nosotros, pero, por favor, no te vayas! Te necesito —me suplica y yo vuelvo a sentirme la más miserable de las mujeres, la más cruel. Me duele verla tan desesperada, pero quedarme sería mortal.

—Mila...

—¡Por favor! —insiste.

Quisiera decirle que no. Deseo decirle que no, ¡pero no puedo! No puedo abandonarla. Fue la única persona que estuvo para mí cuando lo necesité y ahora ella me necesita. No puedo hacerle esto, no puedo ser egoísta y pensar únicamente en mí.

¡Dios, esta es una prueba muy dura!

—Está bien —susurro con tristeza y resignación. Yo no importo, pero ella sí y quiero que sea feliz—. Perdóname por hacerte pasar por esto, no fue mi...

—Los voy a perdonar a ambos si me conceden un deseo —nos dice mirándonos a Ethan y a mí—. ¡No es nada del otro mundo! Quiero que se den un abrazo y que mantengan una buena relación a partir de hoy.

¿¡Qué!? ¿Abrazarnos?

Mi cuerpo empieza a temblar por la anticipación.

¡No, no puedo abrazar a Ethan! ¡No puedo!

Mi sistema de alerta se enciende y la sirena de mi corazón grita PELIGRO. La razón se opone vehemente, hacerlo sería traicionar a Mila en sus narices. Sin embargo, cada parte de mí lo desea. Desea sentirse de nuevo entre sus brazos.

—¡Vamos! —insiste Mila, empujándome hacia Ethan.

Jugueteo con mis manos intentando encontrar alguna salida a esta incómoda situación, pero no la hay.

Levanto la vista, nerviosa, y descubro a Ethan observarme con inquietud.

Su mirada es cauta, sus ojos parecen buscar en los míos alguna especie de aprobación en el más absoluto silencio. No sé lo que se puede reflejar en los míos, pero sí sé que mi alma está llena de ansiedad y temor; dividida entre emociones y recuerdos.

Ethan extiende vagamente los brazos, esperando a que también lo haga. Me acerco lentamente, suplicando en mi interior que suceda algo que impida este abrazo, pero nada ocurre. Inspiro hondo y lo rodeo con torpeza; él hace lo mismo.

Vuelvo a percibir su perfume, a sentir su calor, sus brazos, su cuerpo... Escucho a su corazón latir con violencia, igual que el mío, y mis ojos se humedecen en el acto.

No puedo creerlo, después de años vuelvo a estar entre sus brazos, en medio de una situación que jamás imaginé; en medio de mi dolor, de mi angustia y de su amor por Mila...

¡Mila!

Me aparto de una forma violenta cuando su nombre me devuelve a la realidad. Llevábamos abrazados mucho tiempo. Ethan tiene la mirada confusa y perdida como si intentara entender lo que sucede.

—¡Bien! —grita Mila sacándome del trance en el que me sumergió el abrazo—. No saben lo feliz que me hacen. —Después de esas palabras se abalanza sobre Ethan y le planta un beso largo y apasionado.

¡Esto es más de lo que puedo soportar!

Ese dolor agudo, que tanto me lastima, vuelve con más fuerza indicándome que es momento de retirarme. Salgo de la habitación sin decir nada, con lágrimas en los ojos; preguntándome si él sintió lo mismo que yo.

¿Acaso el amor que alguna vez sintió por mí sigue vivo en su interior? ¿Eso es posible? No quiero engañarme, pero es lo que percibí. Sentí su amor como la última vez, hace dos años.

¡Dios! No puedo irme, pero tampoco puedo soportar ver a mi mejor amiga besar y tocar al hombre que amo, aunque él no lo sepa.

Varias horas más tarde, continúo sola, dando vueltas por toda la habitación, que empieza a tornarse asfixiante. Empiezo a pensar en que debí aceptar la invitación de Mila y sus amigas para salir de compras, pero la rechacé.

¿Para qué?

Supongo que, para poder seguir lamentándome por mi suerte, y porque

detesto ir a esos lugares; eso no ha cambiado. ¿Cómo podría? Todo lo que sucede es terriblemente tormentoso y, en el fondo, sé que tomé la decisión correcta al quedarme. Digo, es mejor estar aquí que escuchar todo sobre los preparativos de su boda.

Sin embargo, estar encerrada en medio de estas cuatro paredes no parece ser la mejor de las ideas. No puedo seguir así. Necesito respirar...

## CAPÍTULO 20: A PESAR DEL OLVIDO

El puente de Richmond es precioso. La última de las brisas cálidas del otoño, que está por extinguirse, acaricia mi rostro de una forma sublime y dulce. Me hace sentir frágil y pequeña frente a la enormidad del *Támesis*<sup>[xv]</sup>.

Este lugar es tan mágico... ¿Por qué no logra revivirme? A pesar de estar aquí, no logro sentirme parte de nada. Soy ajena a toda la hermosura que me rodea. Soy ajena a mí misma.

Cierro los ojos y dejo que *Fergie* se apodere de mis oídos cantando una y otra vez: «*Ahora es tiempo de ser una chica grande, y las chicas grandes no lloran*». Yo hago todo lo contrario. Me voy en llanto y dejo caer mis lágrimas para que las aguas del río se las lleven junto con mi dolor y desesperación.

¿Cuál es el paso para seguir?

No puedo irme porque estoy comprometida con Mila, pero tampoco puedo quedarme porque mi corazón no soporta mirar como ella lo besa, como lo abraza... No lo soporta porque deseo ser yo la que lo hace. Deseo decirle que soy esa parte que no logra recordar, que me amaba y que lo amo, que me mata tenerlo cerca y no poder tocarlo; que mi cuerpo grita su nombre con todas sus fuerzas, incluso cuando pierde el aliento.

Tengo un puñado de sentimientos, todos enredados en mi corazón, que me impide razonar. Pero en medio de toda esta confusión hay algo que sí tengo claro: Mila no tiene por qué pagar por mi desafortunado destino. Ella será feliz con él, se casarán..., tendrán hijos, una hermosa familia y así, lo que un día tuvimos quedará en el pasado porque eso es lo correcto.

Camino sin rumbo fijo bajo la intensa luz de la luna y pronto, sin darme cuenta, me encuentro donde empecé.

Aquí estoy, de nuevo frente a la casa de Mila, que de un sueño que prometía un futuro feliz y apacible, pasó a convertirse en una pesadilla insoportable.

Me quedo mirando la puerta por varios segundos, intentando decidir si debo o no debo entrar.

¿Para qué? Si está de regreso lo único que escucharía serían historias que solo conseguirán lastimarme.

Siento el repiqueteo de mi móvil en el bolsillo frontal de la sudadera. Es una llamada y es de... ¿Mila?

Contesto.

—¡Te tengo una sorpresa! —exclama antes de que pueda decir algo—. Quiero que entres al pequeño salón que está junto al comedor. ¡Vamos, ve!

¿Sorpresa?

—Mila, sabes que no me gustan las sorpresas. Yo...

—¡No digas nada y hazlo! Es una lástima que no pueda verte ahora, pero imaginaré tu expresión en cuanto veas mi regalo.

Esto solo me hace sentir peor. ¿Por qué se le tenía que ocurrir hacerme un regalo justo ahora?

Hago lo que me pide. A regañadientes entro en la casa y voy hasta el salón en el que hoy me encontré con Ethan. Abro la puerta y me quedo estupefacta al ver un hermoso piano acomodado en la esquina derecha de la habitación.

—Mila...

—¡Sorpresa! —exclama—. Recuerdo perfectamente que aprendiste a tocarlo, amiga. Y recuerdo también que no he tenido oportunidad de escucharte hacerlo, así que decidí que ya es tiempo.

Un piano...

Es cierto que aprendía a tocar; lo hice el año pasado. Quería... «Buscabas una forma de sentirte más cerca de Ethan», me recrimina la razón. Debo admitir que ese fue el motivo principal. Deseaba, de alguna forma, tenerlo conmigo, por eso me esmeré en aprender, pero, sobre todo, quería aprender aquella pieza musical que él tocó esa noche, después de la cena de beneficencia, en Athens.

—No puedo...

—Oh, Vic. ¡Te quedaste sin palabras! Mira, me sentí mal por dejarte sola y esa fue la única forma que encontré para redimirme. ¡Disfrútalo! Ahora tengo que irme, las chicas me esperan. ¡Te quiero, Vic! Te veo luego.

Mila cuelga.

Admiro el reluciente instrumento, anonadada. Es negro y tiene aspecto de ser una antigüedad muy bien conservada. Camino hasta él y paso mis dedos sobre las teclas...

No he tocado en meses, pero recuerdo perfectamente lo bien que me hacía sentir. Sobre todo, cuando entonaba...

Me siento en el pequeño taburete de gamuza que está frente a él y, como si

estuviese poseída por un fantasma del pasado, empiezo a tocar.

Mis dedos parecen avanzar solos, sin ayuda, sin necesitar partitura; solo hacen lo suyo. De pronto, mientras la dulce melodía inunda mis oídos, mi mente vuelve un par de años atrás y visualiza la tierna imagen que había guardado como un tesoro dentro de mi corazón.

—«*Quiéreme.*»

La voz de Ethan hace que dé un respingo y que, en el acto, deje de tocar y me ponga de pie. ¿Desde hace cuánto está aquí?

—¿Cómo dijo? —balbuceo.

Ethan sonríe. ¡Maldita sea, eso no me ayuda!

—Es el nombre de la melodía que interpretaba.

—Sí. ¿Qué hace aquí? Mila, no está.

—Sé que Mila salió de compras o algo así. Me sorprende que no fuera con ella puesto que a las mujeres les gusta comprar.

—Quizá yo sea la excepción —le digo cuando logro recuperarme y tomar una postura fría y valiente.

—¿Por qué se detiene? Hace mucho que no escuchaba esa canción.

—Ya me iba —respondo dando un paso al costado.

Ethan, sin embargo, se acerca y ocupa mi lugar frente al piano, ensimismado.

—Ahora veo por qué Mila lo necesitaba con urgencia —dice y vuelve a mirarme—. Este piano tiene mucha historia, ¿sabe? Ha pasado de generación en generación desde hace más de cien años. Las últimas manos que lo tocaron, además de las suyas, fueron muy queridas para mí.

—No sabía que fuera suyo... Ni que significara tanto para usted. Le pido que me disculpe si...

—Le aseguro que no tiene que disculparse por nada. De haber sido una interpretación mediocre, aceptaría su disculpa, pero no lo fue. Me pareció que usted sentía cada nota.

Me ruborizo. ¿Ahora me halaga?

—No soy más que una aficionada, señor.

—No me lo parece. Un aficionado no podría haberme encantado de esta manera.

¿Cómo que le he encantado?

Ethan me mira con una intensidad que me paraliza. Paso saliva y me sumerjo en el más absoluto silencio.

—Lamento lo sucedido en la mañana —susurra, de nuevo con la mirada fija en el piano—. Por supuesto usted está en su derecho de tomar sus propias decisiones.

¿Se está disculpando? El corazón se me encoge, conmovido por la vulnerabilidad que percibo en él. ¿Es por el piano? Dijo que alguien muy querido lo había tocado por última vez. ¿A quién se refiere?

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no abrazarlo, aunque sea lo que más deseo en este momento.

—Todo está olvidado, señor Mills. Mi comportamiento... tampoco fue ejemplar.

Ethan me observa con curiosidad y una media sonrisa adorna sus preciosos labios.

—Victoria... —murmura y vuelve a ensimismarse.

No lo tolero más. No puedo permanecer a su lado sin sentir que me consumo por completo.

—Que pase buena noche, señor —le digo y me vuelvo sobre mis pies para abandonar el salón, pero Ethan me detiene con rapidez, plantándose frente a mí.

Me mira perplejo por unos instantes, después, como si lo hiciera de forma inconsciente, coloca su pulgar sobre mis labios repasando su contorno con delicadeza.

Dios mío...

—Dígame, Victoria —susurra—. Usted y yo... Necesito saber si nos conocimos en algún punto de mi vida. —Cierra los ojos y extiende su caricia a mis sienes.

¿Por qué me lo pregunta? ¿Es que recuerda? ¿Me recuerda? No, eso es imposible.

Me vuelvo un corderillo bajo su penetrante mirada. Ardo de deseo, de amor..., pero en el fondo sé que no puedo y no debo permitir este acercamiento, aunque sea mi más ferviente anhelo. Mi corazón grita su nombre a todo pulmón y siente que muere al no poder contarle quien soy.

—Tengo que irme... —susurro jadeante.

—¿Por qué huye de mí? —replica del mismo modo.

Apenas puedo mantener el ritmo moderado de mi respiración, apenas puedo mantenerme en pie. Siento que si me suelta caería de inmediato al piso, pero es necesario apartarme. Con las pocas fuerzas que me quedan consigo

escabullirme de él y dar un par de pasos al costado.

—No tengo por qué huir, señor. Le puedo asegurar que no lo conozco y que jamás en mi vida lo había visto hasta hoy.

—Entonces puede decirme ¿por qué cuando nos abrazamos...? ¿Por qué cuando estamos cerca mi corazón late como nunca lo había hecho y no desea separarse de usted? —Vuelve a tomar mi mano.

¡Dios, no lo puedo soportar! No resisto su contacto y sé que si me quedo un segundo más a su lado voy a ceder a mis deseos y no quiero.

¡Sé fuerte, Masterson!

—Le dije que no le conozco, y por lo demás... Seguramente tiene ese problema con todas las mujeres. Solo le pido un favor, señor Mills; no lastime a Mila, no la haga sufrir porque ella no se lo merece.

Abandono el salón sin mirar atrás, sintiendo su tierna e impetuosa mirada en cada paso que me aleja de él.

Me queda claro que no debemos estar cerca; es peligroso y mortal para mí porque siento su amor, aunque él no lo recuerde.

¿Por qué tuvo que suceder así? Éramos felices, nos amábamos, todo era perfecto hasta el día en que tuvo que viajar, tener ese accidente, olvidarme y enamorarse de mi mejor amiga, y ahora... tengo que alejarme de él y luchar contra mis sentimientos, porque no puedo ni quiero lastimar a Mila.

\*\*\*

—¡Victoria, apresúrate! —insiste Mila a gritos.

No sé qué hora es. Estoy en el cuarto de baño terminando de ducharme a toda velocidad porque a mi querida amiga se le ocurrió que sería una buena idea presentarme a uno de sus tantos primos. Así que está esperándome desde muy temprano.

—¡Voy! No entiendo cuál es la prisa.

Salgo casi a tropezones a vestirme.

—Tienes que conocer a Carl, es encantador, además es uno de los mejores médicos del país —apunta llena de orgullo.

—¿Y eso tiene algo que ver conmigo?

—¡Estoy segura de que le vas a encantar!

Entorno los ojos. Sí, sé a dónde va todo esto.

—Mila no puedes ir por la vida buscándome pareja. Estoy bastante bien sola.

—¡Por favor! Solo sé amable, ¿sí? —suplica con un desmesurado entusiasmo que me resulta contagioso.

Supongo que no tengo salida.

—Imagino que podré sonreír un par de veces.

—¡Gracias, amiga! —exclama ella y se abalanza sobre mí para darme uno de sus típicos abrazos de agradecimiento.

«Tal vez sea una buena idea que te intereses en alguien más y olvides a Ethan, como él te olvidó», reflexiona la razón. ¡Pero qué tontería! Por supuesto que nunca actuaría de semejante manera.

Cuando por fin consigo vestirme, ambas bajamos las escaleras: yo a tropezones.

—¡Carl, qué alegría verte!

Mila se abalanza sobre un joven alto, de ojos azules muy límpidos, como el cielo despejado en primavera, y cabello rubio y rizado, que le cae armoniosamente sobre la frente. Es muy atractivo —como todos los ingleses— y va de traje y corbata. Emanada amabilidad, gracia y educación por todos los poros.

Sonríó al darme cuenta de su lucha por zafarse de los brazos de su prima.

—También me da gusto verte, primita —murmura con dificultad.

—Mira... Ella es Victoria, mi mejor amiga.

Mila lo suelta y toma mi brazo para acercarme a él. Lo miro recelosa; él me dedica una sonrisa cálida que hace que de inmediato me ruborice.

—Así que tú eres el motivo de la insistencia de Mila para que viniera —me dice en un tono demasiado dulce.

—Mucho gusto, Victoria Masterson —balbuceo.

Vaya... También le ha insistido a él.

—Carl Marx —responde él sin abandonar su angelical sonrisa—. Ahora que la conozco le puedo dar la razón a mi prima. Es verdaderamente encantadora —añade. Vuelvo a ruborizarme.

Los años no han conseguido que domine mis tontas reacciones al recibir un cumplido.

—¿Lo ves? No mentía. ¡Se ven muy bien juntos!

Mila nos abraza a ambos haciendo que nuestras manos, que se habían unido para un saludo cordial, se separen. No me había dado cuenta de que se mantenían juntas.

—Mila, por favor —murmuro entre dientes.

Sus palabras me incomodan y la verdad es que no quiero que su primo se sienta comprometido a permanecer a mi lado por su causa.

—No se preocupe, señorita —me tranquiliza él—. La conozco a la perfección y sé que puede ser un tanto... indiscreta, la mayoría del tiempo.

No respondo. Asiento débilmente y me concentro en ocultar ese incómodo rubor que aparece continuamente en mis mejillas.

\*\*\*

Después de tres días sin ver a Ethan, puedo decir que la calma y la cordura empiezan a volver a mí. Pero, a pesar de eso, no puedo evitar preguntarme cuál es el motivo de su ausencia. Viajes de negocios, imagino.

Lo extraño, pero no verlo alivia un poco mi carga emocional. Solo espero que esté bien. No he tenido el valor de preguntar por él, pero el rostro malhumorado de Mila me hace pensar que se ausentará por varios días más.

Por otro lado, Mila, a pesar de su mal humor, se ha encargado de que Carl y yo no nos separemos en todo este tiempo. Al principio me sentía incómoda, pero él es tan adorable que pronto, la incomodidad se transformó en una dulce sensación de bienestar.

El doctor Marx es un hombre sumamente interesante, nada pretensioso y muy sencillo; en resumen: es una persona fácil de querer, alguien difícil de olvidar y en extremo memorable.

Me ha llevado a recorrer varios de los lugares que anhelaba visitar, como: *la esquita del poeta*, el *Museo de Charles Dickens*, el *Globe de Shakespeare*, *Bath*, en fin, estar con él ha sido liberador y, aunque lo conozco desde hace muy poco, su alma transparente hace que sienta que hemos estado toda una vida juntos.

Sé cuál fue el motivo de la insistencia de mi amiga para que nos conociéramos, y tal vez en otra etapa de mi vida me hubiera encantado la idea de mantener una relación con alguien como Carl, pero, ahora..., no estoy lista para enamorarme de nuevo, y no sé si algún día pueda hacerlo, aunque junto a él es fácil sonreír y dejar de pensar en Ethan, aunque solo sea por un momento.

—La cena está servida —anuncia Lizz, una chica bastante mona que cada vez que mira a Carl, se pinta totalmente de rojo.

No la culpo y la puedo entender, a mí me pasó exactamente lo mismo.

El señor Rushforth, como de costumbre, no se encuentra, así que la casa la ocupamos únicamente Mila y yo puesto que Carl tiene la suya propia y se

marcha cada noche para descansar en ella.

Hacemos lo que nos dice. Abandonamos el salón para ir al lujoso comedor de ostentosas paredes doradas. Carl se apresura a retirar una de las cómodas sillas de roble para ayudarme a sentar, después se acomoda a mi lado.

—¿Qué haremos mañana, señorita? —me pregunta y su enorme sonrisa encantadora adorna sus labios.

—Hay un lugar al que me encantaría ir... —respondo risueña mientras pienso que, gracias a Carl, este viaje no será tan malo después de todo. Él es como una luz en medio de toda mi oscuridad.

Apenas abría la boca para continuar la conversación cuando, con el rabillo del ojo, me percato de la presencia de Ethan en el umbral. Mila sale disparada a abrazarlo. Dios... Mi corazón no puede hacer más que latir con violencia.

—¡Mi amor! Pensé que no vendrías —le dice abalanzándose sobre él para darle un beso en la mejilla.

Su mirada como de costumbre es un tempano de hielo. Frunzo el ceño cuando me doy cuenta de que no le devolvió el saludo a Mila; ahora que lo pienso, no es muy cariñoso con ella, de hecho, son muy reservados. Bueno, él lo es.

—Espero no ser inoportuno —espetea él, con voz gélida.

—Por supuesto que no eres inoportuno. Sabes que te quiero todo el tiempo para mí.

Mila vuelve a abrazarlo, sin recibir respuesta por parte de Ethan.

La situación se me antoja incómoda. La atmosfera pasó de una tranquila cena en un acogedor comedor a una habitación en donde caen rayos y se escuchan truenos.

Carl es el primero en desenmarañar la tensión, se pone de pie para saludar y yo hago lo mismo, a regañadientes.

Maldición, pensé que hoy también podría descansar de él, pero no; aquí estoy, temblando como una hoja al viento bajo su fría mirada.

—Miren quién está aquí... —dice Carl—. El afortunado futuro esposo de Mila. Ethan, es un gusto volver a verte.

—Carl, estoy sorprendido. Nos has acostumbrado a la particularidad de tus visitas. ¿A qué debemos el honor? —replica él, con desapego.

—Tienes razón y me disculpo por eso. Pero debo confesar que, además del deseo de ver a mi prima favorita, lo que me motivó a venir fue la promesa de que conocería a una persona muy especial, y, después de tres días junto a ella,

pude comprobar que, en efecto, lo es. —Ambos se vuelven a mirarme, pero las palabras de Carl hacen que me ruborice y baje la mirada—. Imagino que conoces a Victoria.

—Sí, ya tuve ese placer. Victoria, ¿cómo está?

La voz de Ethan me obliga a levantar la vista y a permitir que él clave sus oscuros e impenetrables ojos en los míos.

¿Por qué me siento como si hubiera cometido el peor de los crímenes?

—Señor Mills. —Hago una reverencia—. Estoy bien. ¿Y usted cómo se encuentra? —inquiero temblorosa. No sé cómo he conseguido articular palabra.

—Bien —se limita a responder, cortante, diría que hasta grosero.

—¡Tranquilo, futuro primo! —interviene Carl entre risas—. Sé que en ocasiones pasadas he sido un mal tercio para la feliz pareja, pero esta vez no será así. Durante mi estancia, la cual pienso prolongar, voy a estar acompañado por la mujer más hermosa y dulce que he conocido. Si ella está de acuerdo y me concede el privilegio de su compañía, por supuesto.

¿Hermosa? ¿Se refiere a mí?

Carl extiende su mano frente a mí y espera a que la tome.

¿Qué se supone que haga? Siento que algo cambió en Ethan desde la última vez que lo vi. ¿Mantendrá aún las ideas que me comentó esa noche? Si es así, quizá si muestro interés por Carl, las deseche del todo.

Hago lo que en mi opinión me parece sensato. Tomo la mano de Carl, consciente de que somos objeto de atención de todos los presentes.

—Pienso acaparar todo tu tiempo, Victoria.

—¡Cuánta familiaridad! ¿Cuánto hace que se conocen, un par de horas? —pregunta Ethan con desprecio o es lo que me parece.

¿Qué demonios le pasa?

—¡Mi amor! Victoria y Carl no se han separado desde que se conocieron, hace tres días. Han salido y recorrido toda la ciudad en solo setenta y dos horas, ¿lo puedes creer? Dime, ¿no crees que se ven muy bien juntos?

La emoción de Mila aumenta mi incomodidad.

Bajo la mirada sintiendo que el corazón sube hasta mi garganta.

—¿Nos sentamos? —espeta Ethan, con sequedad, y eso es suficiente para que todos decidamos que es mejor hacerlo.

Durante la cena decido no prestarle atención. Si quiero olvidarme de él debo hacer méritos, sobre todo ahora que tiene esa extraña actitud, que no

consigo comprender.

Carl se la ha pasado lanzándome piropos toda la noche, lo que extrañamente no me molesta, de hecho, me resultan bastante agradables y me relajan. Eso me hace pensar que, si consiguiera cerrar definitivamente mi historia con Ethan, Carl sería el candidato ideal para enamorarse.

—¿Qué te parece si damos un pequeño paseo por el jardín? —Carl sujeta mi mano con delicadeza—. La noche es hermosa, pero no más que tú —susurra en mi oído antes de ponerse de pie y capturar la atención de nuestros acompañantes—. Prima... Primo... Ha sido un placer compartir la mesa con ustedes, pero, ahora, quisiera disfrutar de una caminata nocturna con esta bella señorita.

—Bien, ¿vamos Mila? —se apresura a decir Ethan, invitándose solo con fingido entusiasmo.

Esto debe ser una broma...

—Amor, creo que Carl y Victoria desean estar solos —repite Mila.

—Estoy seguro de que algo de compañía no podría incomodarles, o ¿sí? —Me mira fijamente.

¡Qué pretendes, Mills!

Por supuesto que no lo quiero junto a mí y mucho menos ahora.

—Deben estar agotados. Creo que deberían quedarse y descansar...

Tras decir mi última palabra me parece ver un brote de decepción en los ojos de Ethan, pero no estoy segura. ¿Por qué sentiría eso?

—A mí me parece una idea estupenda —añade Carl, despreocupado—. Quería estar a solas contigo, pero será interesante que Ethan y Mila vengán con nosotros. —Carl le sonríe a Ethan como si le desafiara. ¿Pero qué está pasando aquí? ¡Esta situación me molesta y mucho! —. ¿Vamos? —Carl me ofrece su brazo arqueado, lo tomo y salimos seguidos por Mila e Ethan.

Es una noche verdaderamente hermosa y sería perfecta de no ser porque mi corazón está lleno de incertidumbre, la misma que se desborda y me impide respirar con tranquilidad.

Todos estamos sentados alrededor de una amplia mesa de jardín. Risas van y risas vienen, sobre todo de Carl y Mila. Yo no he dicho más que un par de palabras e Ethan no hace más que mirarme fijamente sin siquiera disimularlo. Es un verdadero milagro que Mila y Carl no lo hayan notado.

Dios... Ayúdame a entender qué sucede, porque ahora mismo me siento acorralada. ¿Eso es lo que pretende? ¿Incomodarme? Pues, si es así, lo

consiguió.

No aguanto ni un minuto más, necesito escapar de aquí. Su presencia me hace daño, su mirada me lastima y su actitud me desconcierta.

—Voy por algo de tomar. ¿Alguien desea que le traiga algo? —digo ansiosa por entrar a la casa.

—De ninguna manera, Victoria. Voy yo —replica Carl, solícito.

—Te lo agradezco, pero puedo hacerlo.

—Bueno, Victoria, ya que vas... podrías traer algo de té para todos —me pide Mila que parece no notar la tensión que hay entre Ethan y yo.

—Claro.

Doy media vuelta y camino rápidamente, sin detenerme, hasta que me veo sola en la oscura estancia de la cocina.

Sí... Necesitaba un poco de espacio. Por fin me es posible sentir algo de alivio y respirar con calma. No sé cuánto tiempo más podré soportar esta situación.

¿Qué le sucede a Ethan? Su forma de actuar es... muy extraña.

Cierro los ojos e intento relajarme hasta que me parece escuchar pasos que se acercan. Los abro enseguida, víctima de un pánico sofocante, para confirmar que mis temores se volvían una realidad. Ethan me observa impassible desde la puerta.

¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué me siguió?

Me apresuro a abrir la nevera y empiezo a sacar una a una las pequeñas botellas de té helado, que coloco en orden sobre las encimeras de mármol.

—¿Necesita algo, señor Mills? —inquiero con voz ronca, sin mirarlo.

¡Contrólate!

—Lo recuerdo —me dice con la voz apagada.

¿Recuerda? ¿Qué quiere decir con eso?

Abandono mi tarea y lo miro inquisitiva. Sus ojos no hacen más que centellear. Lucen ansiosos..., confusos...

—¿De qué habla, señor?

—Eras tú esa parte que olvidé. No sabía por qué me perturbaba tanto tu presencia, hasta esta mañana; entonces lo tuve todo muy claro. Recuerdo el día en que nos conocimos, el lugar en que te propuse matrimonio... Lo recuerdo todo, Victoria.

## CAPÍTULO 21: MEMORIA DEL CORAZÓN

Empiezo a parpadear de una forma maratónica intentando controlar las lágrimas que se aglomeran en mis ojos. No, esto no es bueno. No puede ser bueno.

Ethan se acerca a mí y yo soy incapaz de apartarme. Estoy totalmente paralizada.

—Recuerdo que te amo y que ese amor es mucho más grande que hace dos años. Me faltaba algo esencial para vivir y ahora lo encontré.

¡Dios mío, Ethan recuperó la memoria! ¡No, no, no!

—Está confundido. Usted y yo no tenemos nada que ver —miento.

—Jamás estuve tan seguro de algo en mi vida, señorita Masterson; excepto aquella noche en la playa, cuando le pedí que se casará conmigo —murmura con súbita dulzura, sujetando mi rostro con las manos—. Por favor, no lo niegues. Sé que eres la mujer que elegí para compartir mi vida, y tú sabes que me amas tanto como yo a ti.

Me pierdo en su mirada angustiada y llena de confusión.

Mi Ethan... ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Te amo con todo mi corazón. Te amo más que hace dos años porque no sé cómo dejar de hacerlo.

Sus pulgares acarician mis sienes tormentosamente. Lo sabe todo y yo no puedo seguir negándolo.

—Ahora es tarde —consigo susurrar—. Te vas a casar y yo... Lo nuestro quedó en el pasado. Lamento mucho lo que te sucedió porque fue duro para ambos, pero ya no somos los mismos. Nuestras vidas están planeadas...

Ethan coloca su pulgar sobre mis labios para silenciarme.

Este quizá sea el momento más dulce y amargo de mi vida. Estoy frente al hombre que amo y que me ama, diciéndole que no podemos estar juntos, que todo quedó atrás. No es así. Ethan, si supieras lo mucho que me lastima esta situación, lo mucho que me lastima verte sufrir.

—Siento tu amor... —continúa, pegando su frente a la mía—. Sé que deseas besarme porque yo lo deseo también. Te deseo, Victoria. Mi Victoria...

¡Oh no! Estamos tan cerca...

Ethan acaricia mi cuello muy despacio, después mis labios... Su mirada está llena de asombro e incredulidad, como si admirara a una aparición divina.

Me es imposible apartarme. Mi corazón tomó control total de mi cuerpo y mi alma se niega rotundamente a abandonar al amor.

Dejo escapar un leve suspiro antes de sentir a su boca adueñándose de la mía, antes de sentir sus manos recorrer y reconocer cada parte de mi cuerpo en su trayecto hasta mi cintura. Le devuelvo el beso.

Mis manos acarician su cuello con vehemencia, mis sentidos despiertan y mi piel arde, revive con el deseo y la necesidad de él; de su cuerpo, de su calor, de su aroma... Como la primera vez, todo ha desaparecido a mi alrededor, el tiempo se ha detenido y solo estamos él, nuestro amor y yo.

Este beso es el soplo de vida que necesitaba... Nuestro amor vuelve a estar vivo y tiene más fuerza que antes, lo puedo sentir.

—Solo dilo... —jadea entre beso y beso—. Pídeme que lo deje todo y lo haré sin dudarlo ni un solo segundo.

—No puedo, Ethan. No puedo... Te vas a casar con mi mejor amiga y jamás te perdonaría si la haces sufrir.

—Pero te amo a ti. ¿Eso no te importa?

Claro que me importa, mi amor. Mi corazón se rompe, llora, se desespera cuando te veo junto a ella... Pero no puedes saberlo.

Me escabullo de sus manos, de su mirada tormentosa y me planto lo más lejos que puedo de él.

—¡Esto está mal! ¿Es que no lo entiendes? Ya todo está muerto entre los dos. Ya no hay nada que rescatar. Rehíce mi vida, Ethan. Yo... te pido que me dejes en paz, por favor, déjame.

Doy media vuelta y con las pocas fuerzas que me quedan salgo corriendo hasta mi habitación, hecha un mar de lágrimas, sin poder apenas respirar, ni pensar; deseando únicamente desaparecer, porque siento que estoy engañando a Mila, que es una de las personas que más amo en mi vida y no se lo merece.

Ethan recordó todo y eso me obliga a marcharme cuanto antes.

¡Maldición! Sé que Mila no dejará que me vaya sin una explicación convincente y sé también que, antes de tomar cualquier decisión y aunque no quiera, debo hablar con él y convencerlo de no decir nada para que las cosas sigan como hasta ahora. Ellos deben casarse y yo... debo tragar mi dolor y estar con Mila en ese momento que para ella es importante.

¡No hay salida para mí! Estoy condenada a quedarme y hacer hasta lo imposible por sacarlo de mi corazón. Debo terminar mi historia con él de una vez por todas.

Hasta aquí llegaron mis sueños, mis ilusiones...

¡Dios, soy tan débil! ¡Tan tonta! Estoy aquí, llorando como una magdalena y seguramente Mila y Carl deben preguntarse qué sucede. Quizá sospechen. ¡No, no! ¡No pueden enterarse de nada!

Respiro profundo intentando tranquilizarme para regresar al jardín. Me cuesta, pero no hay opción. Mi repentina huida y el que Ethan me siguiera debió parecerles extraño.

Camino vacilante, presa de una repentina paranoia hasta que me veo de nuevo sobre el verde y bien cuidado césped del cual escapé.

—¡Victoria! Pensamos que no vendrías. ¿Estás bien?

Mila se acerca con delicadeza y me examina como si fuera una muñeca de cristal que se puede romper en cualquier momento, pero así me siento: frágil, vulnerable e indefensa.

Mis ojos se desvían rápidamente hasta donde se encuentra Ethan mirándome con preocupación y un deje de tristeza. Carl está a su lado, también preocupado.

—No me sentía muy bien —le digo a Mila—, pero creo que estar aquí y tomar un poco de aire me puede ayudar.

—Deberías ir al médico. Es más, te voy a acompañar.

—No es necesario, amiga. De verdad estoy bien. Sobreviviré.

«O intentaré sobrevivir», pienso para mí.

—¡Por supuesto que lo es! Desde que llegaste te he notado extraña. Sé que algo te pasa.

—Sabes que soy débil y en extremo torpe; toda mi vida lo he sido, así que no tienes por qué preocuparte. Vamos con Carl.

La tomo del brazo antes de que pueda insistir con el tema.

—Y con Ethan —agrega entornando los ojos.

¿Es que tengo otra opción? Soy consciente de que tendré que aprender a manejar mis sentimientos, sobre todo porque mis encuentros con Ethan serán inevitables.

—Sí, con él también.

Sonrío falsamente y ambas regresamos a la mesa.

—Empezaba a extrañarte. —Carl se pone de pie y toma mi mano para ayudarme a sentar—. ¿Dónde estabas?

—Fui un momento a mi habitación —contesto e intento parecer serena.

—Me refiero a todo este tiempo. A toda mi vida. ¿Dónde estabas, que no

te pude encontrar?

Frunzo el ceño.

—¿Me buscabas? —la pregunta que hacía en mi mente se me escapa en voz alta antes de que la pudiera detener. ¿Qué quiere decir?

—Buscaba a la mujer de mi vida. Te buscaba a ti, Victoria —me dice él con voz tierna.

Sus palabras me dejan perpleja, totalmente sorprendida y sé que no soy la única.

Miro nerviosa a Mila, que tiene los ojos fuera de su órbita y la boca muy abierta. Ethan, por el contrario, lo mira con rabia. Sus ojos echan chispas, su mandíbula parece tensa y sus manos se han convertido en puños.

¡Oh, no!

Empiezo a temblar cuando recuerdo la última vez que lo vi así, cuando golpeó brutalmente a Brad.

—¡Uau!, primo. ¡Sabía que terminarían juntos! Ustedes son la pareja más linda; después de la mía, por supuesto.

Mila está totalmente encantada. Yo no consigo salir del asombro.

Lo que dijo Carl aumenta mi carga emocional porque sé que la culpa es mía. Yo soy la única culpable y seré la única responsable si esto no termina bien. Debo aclarar el malentendido antes de que esta situación se me salga de las manos.

—Estás equivocada, Mila. No estamos juntos. Acabamos de conocernos... —digo a modo de explicación, después mis ojos regresan al encantador primo de Mila para buscar otra explicación—. Carl, lo que dices me toma por sorpresa, pero yo...

Antes de que pueda continuar, él toma mi mano y la besa. Eso me deja fuera de base.

—Es verdad que no estamos juntos, pero también es verdad que quiero tener la oportunidad de ganarme tu corazón. Sé que eso lleva tiempo y estoy dispuesto a esperar el que sea necesario —agrega sin titubeos.

La sinceridad en sus palabras es abrumadora. Parece no importarle que todos nos miren, solo dice lo que siente mientras yo me pregunto ¿qué es lo que vio en mí? Nos conocemos hace tan poco..., y aunque yo sienta que es de toda la vida, es imposible que él sienta más que ese apego circunstancial en consecuencia a todo lo que hemos vivido en estos días.

—Carl, yo...

—No digas nada —me interrumpe—. No estás obligada a nada. Solo te pido que me permitas permanecer a tu lado y ganarme un lugar en tu corazón.

Aparto mis ojos de los suyos para mirar mis manos, que ahora tienen los dedos entrelazados.

¿Cuál debería ser mi respuesta? Tal vez no sea mala idea darle una oportunidad, eso podría ayudarme a olvidar a Ethan y, quizá, pueda llegar a quererlo de una forma diferente, después de todo, es el hombre que toda mujer desea, pero, tristemente, no sé si yo esté incluida.

—Me parece que no es el momento ni el lugar para ese tipo de declaraciones.

Las palabras amargas de Ethan me devuelven al presente, a mi triste realidad. Parece querer fulminar a Carl con la mirada.

¿Qué demonios es lo que pretende? ¿Que todos se den cuenta de lo que sucede?

Empiezo a temblar, pero esta vez, víctima del miedo. Conozco a Ethan y sé que no le importaría armar un espectáculo de boxeo aquí mismo.

Palidezco.

—¿Qué pasa primo? ¿Es que no te has enamorado a primera vista de alguien? —replica Carl a modo de broma.

Inevitablemente mi mente regresa un par de años atrás. Ethan y yo nos enamoramos a primera vista y, aunque ambos luchamos por escapar de ese sentimiento, esa fuerte conexión estuvo desde el primer momento y la sentimos incluso ahora. Ahora que todo es imposible.

Carl parece no notar el fuego en la mirada de Ethan y, realmente, no puedo entender cómo es que no se ha dado cuenta si es tan evidente.

El temor crece en mi interior.

¡Cielos! Tengo que hablar con él lo antes posible, pero, por ahora, me encargaré de romper todas las esperanzas que guarde de retomar la relación. No importa que al hacerlo mi corazón termine de romperse.

«Perdóname, Ethan, pero esto es necesario», me digo para mí.

—Me parece que es el momento adecuado, Carl. Nadie me había obsequiado palabras tan dulces y sinceras como las tuyas. —Oprimo su mano que aún sostiene la mía y le dedico la sonrisa más sincera que puedo ofrecer en este momento—. Eres un ser humano increíble y me encantaría seguir siendo tu amiga. Quizá, con tiempo y paciencia, podamos llegar a ser algo más.

¿Qué es lo que estoy diciendo? No puedo creerlo.

Miro de reojo a Ethan. Sus ojos están llenos de dolor, furia e impotencia, lo puedo ver. Sé que está sufriendo y eso no hace más que despedazar mi corazón, que sube rápidamente a mi garganta cuando lo ve levantarse exasperado de la silla con el firme propósito de apartar a Carl de mi lado.

No...

Busco su mirada con desesperación y, cuando la encuentro, le suplico con la mía que se detenga. No soportaría que todo se descubriera.

Ethan se detiene en seco, parece haber captado el mensaje, pero sé que lucha contra él mismo. Pasa ambas manos por su cabello, alborotándolo, y finalmente se va, sin decir una palabra; solo se marcha con brusquedad y Mila sale corriendo detrás de él para alcanzarlo.

Dios... No sé si voy a poder aguantar esta situación por mucho más tiempo.

—Seguramente tiene muchas cosas que hacer —me apresuro a decir. Inconscientemente lo disculpo.

Carl menea la cabeza en negación, abstraído.

—¿Sabes...? Quiero mucho a mi prima, pero no estoy de acuerdo con su relación. Ethan es frío e indiferente con ella. A veces pienso que la única que siente amor es Mila —admite con tristeza.

Sus palabras no me sorprenden. Es muy evidente la diferencia de sentimientos que hay entre los dos.

—Y... ¿él siempre fue así? Quiero decir, ¿desde que se conocieron?

Necesito saberlo. Mi corazón necesita saber si de verdad llegó a enamorarse de Mila. Aunque sé que me ama, no puedo evitar preguntarme si siente algo por ella también.

—Bueno, imagino que estás enterada del accidente. —Asiento—. Se conocieron entonces. Sabes también que Mila puede ser muy convincente cuando quiere —agrega entornando los ojos. Por supuesto que lo sé, de no ser así jamás habría venido—. Fueron amigos por un tiempo. Ella lo ayudo a recuperarse del todo y cuando eso pasó, empezaron a salir. La verdad es que nunca lo vi realmente comprometido. Los negocios parecían ser su prioridad.

—Y si fue así, ¿cómo es que llegaron a comprometerse?

—Eso es algo que aún me pregunto. Tal vez la quiere, a su manera, o quizá Mila insistió tanto que terminó por convencerlo. Sé que ella lo ama, pero, si me lo preguntas, preferiría que la deje si no siente lo mismo. En fin... —

suspira con resignación—, es su asunto —añade finalmente, dejando su preocupación de lado para dedicarme una mirada dulce.

—Gracias por permitirme estar cerca de ti, Victoria. Tengo muy claro lo especial que eres... Creo que nunca he conocido a alguien como tú.

«¡Arpía!», me grita la razón, «¿te atreves a jugar con él? Sí, jugar, porque sabes muy bien que, aunque lo desearas de verdad, no te puedes sacar de la cabeza a Ethan Mills, y que aceptaste sus galanterías con el único fin de desilusionarlo».

Carl no se merece algo así, lo sé. Debo ser sincera con él, pero no puedo contarle mi historia con Ethan. Sin embargo, debe saber que hay alguien más en mi corazón.

—Carl... —titubeo—. Estos días han sido fantásticos gracias a ti, por eso no quiero mentir. No puedo mentirte. —Tomo una bocanada de aire para darme valor. ¡Vamos, Masterson, dílo! —. Hay alguien que ocupa un lugar importante en mi corazón, alguien que, sin importar cuánto luche por desterrarlo de ese lugar, no se va. No quiere irse... Eso me impide prometer algo más que dejar que las cosas fluyan sin forzarlas.

—Respeto tus sentimientos, princesa. Si hubo alguien que te lastimó, puedes estar segura de que no haré lo mismo. Esperaré todo el tiempo que haga falta porque ahora lo más importante eres tú.

—Gracias, pero quiero que tengas claro que las cosas que tengan que suceder, sucederán, y si no, siempre seremos amigos, ¿verdad?

—Por supuesto, pero sé que seremos más que eso, estoy convencido.

En medio de mi abatimiento consigo sonreír.

Definitivamente, Carl, es un hombre encantador, capaz de volver loca a cualquier mujer. Desearía haberlo conocido antes, entonces la historia sería distinta, quizá...

—Hay algo más que quiero contarte, algo más que debes saber, pero lo haré en el momento correcto.

—No estás obligada a nada, lo sabes. Mi único deseo es ayudar a que tu corazón sane.

—Y yo... deseo que lo haga pronto. No sabes lo mucho que significa que me entiendas y que estés conmigo, sobre todo ahora que me siento tan sola.

Abrazo a Carl en un acto fortuito. Me siento tranquila y protegida a su lado y, aunque suene egoísta de mi parte, deseo que se quede junto a mí porque me hace sentir bien. Tengo claro que sus deseos van más allá de una simple

amistad y nada me encantaría más que corresponder a ese sentimiento, porque merece que lo amen mucho, pero... desgraciadamente... creo que eso nunca sucederá.

Es raro y extraño que sienta esta conexión tan profunda y fuerte con él. Es algo diferente y a la vez tan similar a lo que siento por Ethan, porque él es como una tormenta seductora que me estremece y me vuelve loca, pero Carl, es el alivio, la calma, que me ayuda a encontrarme conmigo misma.

\*\*\*

Me levanto muy temprano, preparada para poner todo en su lugar, o eso es lo que creo. Sé que llegó el momento de hablar con Ethan y rogarle que olvide por completo lo que un día tuvimos. ¡Es ahora o nunca!

Después de una ducha rápida y de vestirme con lo primero que encuentro —un vestido gris de falda tipo A y zapatos bajos—, desciendo por las escaleras hasta el vestíbulo. Por fortuna, Mason entra a la casa en ese mismo momento. Me apresuro hacia dónde está.

—¡Mason! Necesito que me haga un favor.

—Señorita Victoria —me saluda con una reverencia—. Dígame, ¿qué necesita?

Estoy que tiemblo. Totalmente nerviosa porque, aunque solo sea para finiquitar lo nuestro, siento culpa por verlo a espaldas de Mila.

—Necesito reunirme con Ethan —le digo en un susurro para que nadie más que él, me escuche—. Por favor entréguele esta nota y dígame que lo estaré esperando en ese lugar. De verdad, es muy importante, Mason.

—No se preocupe. Me encargaré de darle su mensaje —responde—. Con su permiso, señorita.

—Gracias.

La cita es dentro de tres horas, en una cafetería muy discreta que descubrí en una de mis caminatas a solas por la ciudad. No se encuentra cerca de aquí y parece ser un lugar tranquilo; ideal para lo que pienso hacer: alejar para siempre al amor de mi vida.

No puedo controlar mis nervios. Camino, temblorosa, hasta encontrarme frente a la cafetería. Una pequeña y muy discreta casa victoriana de ladrillo será el escenario del más doloroso acontecimiento de mi vida.

¡Cielos! Siento lo mismo que aquel día, después de nuestro primer beso, solo que ahora no tengo sueños de felicidad.

Me asomo con timidez tras la acristalada puerta de entrada y veo que Ethan ya se encuentra esperándome, sentado en una de las mesas más apartadas.

Me tomo unos minutos para observarlo con tranquilidad. Tal vez sea la última vez que pueda hacerlo. Sus brazos, con las manos entrelazadas, están apoyados sobre la superficie de una de las mesas de madera oscura, caoba me parece. Se ve muy guapo; siempre lo ha sido, sobre todo cuando va de traje, como ahora; el gris le sienta bien y ese cabello revuelto... Parece que ha estado en la oficina.

Mis ojos empiezan a nublarse cuando me asalta la infeliz idea de que jamás volveré a besar esos labios, ni a mirar esos ojos con la ternura que nace en mi corazón cuando lo tengo cerca.

«Cálmate, Victoria. Sabes que es lo mejor para todos», resuelve la razón. Yo asiento, sumisa.

Inspiro hondo y hago un esfuerzo sobrehumano para controlar a mi corazón que me pide que corra a sus brazos y le diga que todo estará bien, que lo amo y que podemos estar juntos sin ningún miedo. Pero eso es imposible.

Ethan levanta la mirada, capturando la mía de inmediato. De pronto me lleno de zozobra mientras siento que el dolor se hace cada vez más difícil de soportar.

Bien. Aquí voy.

Camino con torpeza y lo veo ponerse en pie para recibirme.

—Hola. ¿Cómo estás? —pregunta con voz cauta y tímida, y retira la silla para que me siente.

Siento que de pronto se ha vuelto un niño indefenso pidiendo un poco de amor. Se me encoge el corazón.

¡No, no te atrevas a flaquear, Victoria! Debes mantenerte firme en tu decisión.

—Bien. Gracias por estar aquí. Temía que no vinieras. —Mi voz es gélida. Creo que es algo que aprendí de él—. ¿Alguien sabe que estás aquí?

No puedo evitar mirar a todos los lados, sintiéndome culpable por nuestro encuentro.

—No. Esto no es un juego para mí, Victoria —dice ofendido—. No pienso seguir ocultándolo por más tiempo. Te perdí por ese maldito accidente que tuve, pero, ahora que recuerdo todo, lo único que deseo es recuperar el tiempo.

Dios... ¡cómo amo a este hombre! ¿Cómo decirle que todo acabó?

—¡No! —exclamo—. Nadie debe saber lo que hubo entre los dos.

—¿Lo que hubo?

Frunce el ceño.

—Ethan, si te pedí que vinieras fue para rogarte, para suplicarte, que olvides todo de una vez. Estás comprometido con mi mejor amiga y así debe ser. No quiero que sufra de ninguna manera.

—¡Me estás diciendo que no te importa que yo esté con otra mujer cuando a mí me mata que ese imbécil te toque o siquiera te mire!

Ethan echa chispas por los ojos.

Por supuesto que me importa. Por supuesto que me duele verlo con ella. Tendría que ser de piedra para no sentir.

—Eso es algo que no debe importarte.

—¡Maldita sea! ¡Me importa y lo sabes! —replica descargando su enojo contra la mesa con un golpe.

Las pocas personas que están a nuestro alrededor voltean a mirarnos, pero, como de costumbre, a él eso no le interesa.

—Debes calmarte o no podremos hablar —murmuro entre dientes.

—¿¡Que me calme!? ¿¡Es que no sientes lo mucho que te amo!? ¿¡No sientes mi rabia al verte con ese imbécil!? —vuelve a gritar.

—No somos nada, Ethan. Lo que haga con mi vida no es asunto tuyo. ¡Te vas a casar!

—¡Me importa una mierda esa boda! No pienso atarme a una mujer que no me inspira nada. ¡Te amo a ti! ¿Es que no lo entiendes? ¿No lo sientes?

Sus palabras son como cuchillos que se clavan en lo más profundo de mi corazón provocando un agonizante daño. Ethan lo sé y lo siento, pero no lo debes saber. Debo matar todo lo que sientes por mí.

—¡No! ¡No lo entiendo y ya no lo siento! —contesto.

Sus ojos se abren como platos al escucharme.

—¿Qué es lo que quieres decir? —inquire en un susurro.

¡Ethan, esto me está matando, por favor, no lo alargues más!

Bajo la mirada. No soporto verlo sufrir de esa manera.

—Eso... Que ya no te amo. Que debes continuar tu relación con Mila, porque entre tú y yo no puede haber nada. No te amo más.

Incluso sin mirarlo, me es posible sentir su frustración. Sé que es cruel lo que hago, pero, si le sirve de consuelo a alguien, yo me siento morir al verlo

así.

» Debo irme. Por favor, no arruines lo bueno que tienes con ella por algo que ya no vale la pena. Deseo que sean felices juntos —le digo finalmente y me levanto, lista para marcharme.

Ethan, sin embargo, me toma del brazo para ponerme de nuevo frente a él. Estamos tan cerca que me es posible escuchar el débil latido de su corazón, además de apreciar su mirada destrozada, que evito a toda costa.

—No te creo. Sé muy bien que lo que dices es falso y que me amas tanto como yo a ti. Y si es verdad, quiero que me lo digas mirándome a los ojos. ¡Vamos, dímelo! —me ordena a gritos, ignorando a toda la gente a nuestro alrededor.

No... Por favor, no. No puedo hacerlo. No puedo mirarlo porque si lo hago...

¡Dios, esto me está matando!

Saco fuerzas de donde no tengo y hago lo que me pide. Mis ojos verdes vuelven a encontrarse con los suyos para destruir toda esperanza que mantenga en su corazón.

—Ya no te amo... —musito—. Ya no significas nada para mí... Lo que un día tuvimos quedó en el pasado y lo olvidé. Por favor, déjame en paz y has feliz a Mila —concluyo con las pocas fuerzas que me quedan.

Ethan me mira incrédulo, con la cara cenicienta, lo que me confirma que creyó cada una de mis palabras. Bien, eso era lo que quería.

—¿Quieres que desaparezca de tu vida?

—Es lo que deseo —sollozo, pero mi interior grita que no es así, que todo es una mentira.

—Bien.

Ethan me suelta, él y sus dolidos ojos negros se alejan sin intención de volver. Pronto desaparecen tras la puerta de la cafetería.

El rostro se me llena de lágrimas de impotencia, dolor y frustración, por tener que dejar ir al único hombre que me he permitido amar.

Me creyó. Debería sentirme feliz por eso, pero no es así. Sufro como él, y no soporto ser la causante de su sufrimiento más que del mío.

Es lo mejor, mi amor. Tienes que olvidarte de mí y yo de ti. Para siempre.

## CAPÍTULO 22: INICIO DEL CAMBIO

Los días han transcurrido de una forma extraña. Como una rara mezcla de tristeza, nostalgia, tranquilidad e inquietud y, de ese modo, una semana completa pasó frente a mis ojos desde la tarde en la que puse punto final a mi historia con Ethan.

No he sabido nada de él. Mila dice que está de viaje, pero no parece muy convencida. Siento que algo está mal y tengo miedo. Tengo miedo de que algo malo le pueda suceder.

¿Cómo saberlo? ¿Cómo preguntar por él si fui yo quien lo apartó?

Repaso por décima vez el último párrafo de «*Agnes Grey*<sup>[xvii]</sup>», pero no consigo comprenderlo. Una ansiedad terrible nubla mis sentidos.

Estoy sola en el pequeño salón del piano, intentando leer, cuando Mason me sorprende entrando presuroso a la estancia, haciendo que inmediatamente abandone mi inútil tarea.

Lo observo con atención mientras él se aproxima.

—Es necesario que me acompañe, señorita —me pide en voz baja.

De pronto siento que el alma me abandona completamente.

—¿Es Ethan? ¿Le sucedió algo?

No puedo ocultar mi desazón, pero, por la mirada angustiada que me dedica Mason, sé que no es momento para explicaciones.

—Lléveme con él —le pido y ambos salimos hasta el auto.

No soy capaz de preguntar nada. El miedo me consume. El silencio es ahora mi mejor amigo, pues todo él está lleno de esperanza; la esperanza de encontrarlo sano y salvo.

¿Cuánto más tardaremos? Necesito verlo. Necesito saber que está bien. Han sido veinte minutos de una infernal zozobra que se me antoja insoportable.

—Es aquí —me informa Mason, que baja del vehículo para abrirme la puerta también.

No me siento capaz de dar un solo paso, pero tengo que hacerlo. Bajo mecánicamente y espero a que Mason me conduzca al interior de un moderno edificio residencial, después al interior de un frío y elegante ascensor que nos conduce a la última planta de la edificación de veinte pisos.

Las puertas de metal del elevador se abren ante mis ojos, que ahora son

cristalinos porque se han anticipado, pero no sé a qué, para darnos paso a un pequeño vestíbulo de paredes grises.

—Pase, por favor. —Mason me indica el camino. Lo hago y pronto me encuentro en otra estancia aún más grande: la sala de estar.

El salón está muy bien acondicionado con varios sofás negros de piel, una chimenea rectangular, que ahora está apagada, y pequeñas plantas ornamentales distribuidas por toda la estancia. Todo luce impecable y aséptico.

Un hombre moreno, alto, de cabello cobrizo, se acerca desde uno de los ventanales panorámicos y me observa con inquietud antes de esbozar una sonrisa cordial.

—Eres real... —murmura como si hubiera hecho un gran descubrimiento—. ¡Existes!

¿Quién es este sujeto y en dónde está Ethan?

—Disculpa mis modales —agrega ante mi mirada perpleja—. Soy el Doctor Seymour Hamilton, amigo de infancia de Ethan.

¿Doctor? ¡Oh, Dios! ¡Ethan!

Palidezco.

—Ethan está...

Apenas tengo fuerza para balbucear ese par de palabras.

—Tranquila, él está bien. Bueno, en lo que cabe. Te llevaré con él, pero antes me gustaría hablar contigo, si no tienes inconveniente, por supuesto.

¿Hablar? No he venido para una estúpida visita social. ¡Quiero ver a Ethan!

—Yo quisiera...

—Quisieras verlo, lo sé. Permite que te tranquilice: él está estable ahora. Fue una suerte haberlo encontrado. —Seymour me mira fijamente—. Te pido que te sientes un momento, por favor. Hay varios asuntos de los que debemos hablar.

Hago lo que me pide. Me siento erguida en el sofá intermedio y él se acomoda a mi lado.

—Te conozco desde hace mucho, Victoria —continúa.

—Ah, ¿sí? Discúlpeme, pero no lo recuerdo.

—Es apenas natural puesto que es la primera vez que nos vemos en persona. Cuando digo que te conozco desde hace mucho me refiero a que tu nombre no me es ajeno. Voy a ser directo porque así debe ser un psiquiatra. —

¿Psiquiatra? Levanto las cejas con sorpresa—. Veo que te sorprendes. Deja que despeje tus dudas, pues, además de ser un buen amigo de Ethan, soy él médico que lo trató cuando tuvo el accidente de coche y es de ahí de donde te conozco.

—¿Cuando perdió la memoria?

—Así es. Mientras trabajábamos para que la recupere, tu nombre saltó de sus labios en reiteradas ocasiones. Al principio no eras más que eso para mí: un nombre, pero cuando hablé con Mason y lo persuadí para que me contara un poco sobre la vida que había llevado Ethan en América, tuve claro que eras mucho más que un nombre. Victoria, eres una parte fundamental en la vida de Ethan.

—Él me recordó —le informo.

«Demasiado tarde», pienso para mí.

—Lo sé. Él no ha dejado de mencionarte y es por eso por lo que estás aquí. Le pedí a Mason que te trajera.

Frunzo el ceño. No entiendo nada de lo que me dice. Eso quedó atrás; el accidente, su pérdida de memoria... ¿De qué sirve todo eso ahora?

—Doctor Hamilton, yo...

—Él me comentó, hace algunos días, que había conocido a una amiga de su prometida que llevaba el nombre que tanto le perturbaba y lo que sintió al verte por primera vez. Me pidió consejo y se lo di. Le dije que tenía que hablar contigo y averiguar si ustedes se conocían. Por supuesto que tú lo negaste. ¿Por qué lo hiciste?

—Creo que ese es un tema muy íntimo, Doctor —replico algo fastidiada.

—Tienes razón, disculpa. —Esboza una media sonrisa—. En todo caso, cuando por fin recuperó la memoria, volvió a buscarme. Ethan estaba muy confundido; abatido por su nueva verdad, pero, sobre todo, estaba decidido a recuperar el tiempo contigo. Imagino que volvió a buscarte. Lo conozco y sé que no siguió mi recomendación de dejar ese asunto reposar por unos cuantos días. —Asiento—. Ya me lo temía. —El Doctor Hamilton carraspea—. Corriendo el riesgo de que te molestes por mi impertinencia, como médico, te pido que me platiques todo lo que pasó, Victoria. Es importante.

¡Maldita sea! ¿Por qué insiste con esto?

—Se terminó todo entre los dos —espeto—. Él está comprometido y debe continuar con su vida.

—Ya veo, y así lo creo también. Él retomó su vida tras el accidente y mi

deseo es que esa estabilidad que encontré se mantenga.

Frunzo el ceño.

—Lo que me quiere decir es que...

—Que hiciste bien en alejarte, Victoria. La vida de Ethan se desestabilizó cuando tu recuerdo volvió a ocupar un lugar en su mente. Mi recomendación, para su bienestar emocional, es que mantengas tu decisión de apartarlo. Ahora cometió esta locura, cegado por el enojo, quizá, pero pronto volverá a ser el mismo, lo sé. Sin embargo, tu cercanía, me temo, no le hará ningún bien.

Siento una punzada de dolor en el corazón. ¿Ahora no soy buena para él? Sí, sé que es así. Jamás debí aparecer en su vida, pero lo hice y ya no hay marcha atrás.

—Tiene razón. Me mantendré firme en mi decisión. Pero, si no le importa, me gustaría verlo. Quiero estar segura de que está bien.

—Ethan se metió en problemas, hace mucho que no lo hacía, y, aunque está consciente, por así decirlo, está ahogado en alcohol. No recordará nada de lo que suceda hoy —agrega Seymour y suena a negativa.

Le dedico una mirada glacial.

Estoy de acuerdo con que debo desaparecer de su vida, pero él no tiene derecho a decidir si debo verlo o no.

—No me importa. Quiero verlo.

—Muy bien. Ven conmigo —conviene intimidado y me invita a que lo siga.

El corazón se me desboca mientras avanzamos por un amplio corredor cubierto de arte abstracta y nos detenemos frente a una puerta de madera oscura.

Hamilton la abre para que entre primero. Inspiro hondo y me adentro en la habitación.

De lo primero de lo que me percató es de la chimenea encendida que inunda la habitación de un calor agradable. Las cortinas permanecen cerradas, así que la visibilidad que obtengo del lugar es casi nula. Solo las llamas de la chimenea y un par de velas encendidas me obsequian algo de claridad.

Continúo el recorrido con la mirada hasta que mis ojos encuentran una gran cama matrimonial y, sobre ella, alguien recostado. Me acerco para distinguirlo mejor. Mis pasos sobre el piso alfombrado son apenas perceptibles.

«¡Dios mío!», exclamo en voz alta cuando consigo ver el rostro de Ethan, bajo la luz de la vela.

Está totalmente golpeado, lleno de moretones. Su boca, su nariz, sus sienes lucen irreconocibles. Hay pequeños rastros de sangre en su nariz y en su boca, evidenciando que alguien ha intentado limpiarlos con poco éxito.

—¿Qué pasó? —le pregunto a Hamilton, que permanece de pie detrás de mí. Mi voz es apenas audible, pues intento, con todas mis fuerzas, ahogar un sollozo.

—Como te dije, Ethan desapareció durante varios días. Se dedicó a beber sin control. Lo encontré hoy, en un bar de las afueras de la ciudad. Varios tipos estaban sobre él, golpeándolo. —Gimoteo imaginando la escena—. ¿Te parece que Ethan se ha llevado la peor parte? No es así. Debiste ver a esos sujetos. Estaban hecho polvo.

—¿Por qué?

Ya no consigo contenerme. Las lágrimas salen solas, sin tregua.

—La gente del lugar me supo decir que fue Mills quien empezó el lío. Al parecer le importaba muy poco conservar su vida. ¿Lo ves ahora? Él necesita retomar el camino, Victoria.

Ha sido mi culpa... Yo lo empujé a esto.

—Por la cantidad de alcohol en su organismo, me fue imposible suministrarle calmantes para el dolor. No hay costillas rotas ni daños internos, lo que ha sido una suerte. Ahora debo marcharme, pues he de ocuparme de mis asuntos. Ha sido un gusto conocerte. Mason te llevará de regreso cuando así lo decidas. Adiós, Victoria.

—Doctor... —le detengo hasta que su mirada gris regresa a la mía—. Como usted dijo, también creo que lo mejor es que Ethan y yo nos mantengamos alejados, por eso le ruego que no le diga que estuve aquí. Por favor... Él no debe saberlo.

Seymour me dedica una mirada inquisitiva y parece sopesar al respecto por unos segundos, después, me regresa su sonrisa tranquilizadora.

—Cuenta con ello, Victoria. Hasta pronto —concede y lo veo desaparecer tras la puerta con su maletín marrón en mano.

«¿Qué es lo que has hecho, Ethan? ¿Qué?», le recrimino en mi interior y caigo de rodillas, sin fuerzas, frente a él. Me dejo ir en llanto mientras nuestra última conversación regresa a mi mente: «¿Quieres que desaparezca de tu vida?»

No, Ethan, no era lo que quería. No es lo que quiero. Pero así debe ser. Te hago daño.

—Mírate... —dice Ethan con la voz arrastrada por el alcohol y el dolor. Se ha despertado—. Vete aquí, llorando por un imbécil que no supo hacerte feliz. Por un desgraciado que no es capaz de hacer feliz a nadie.

Ríe con debilidad y enseguida hace una mueca de dolor.

—Por favor, no hables...

—Y te preocupas por mí. —Vuelve a reír burlonamente, pero hasta su risa se ve interrumpida por su embriaguez. Jamás lo había visto así—. ¿Qué demonios haces? Vete, Victoria. Aún estás a tiempo de escapar. ¡Vete de una puta vez! Ya no te quiero. ¡Vete!

Su voz demanda y suplica. En medio de mi dolor por verlo así, siento que la ira estalla en mi interior. ¿Me pide que me vaya? ¿Él me lo pide?

—Quieres que me vaya... —sollozo—. Pero ¿cómo he de hacerlo si cuando me doy la vuelta tú haces cosas estúpidas que me regresan de nuevo a ti? ¡Me lo impides, Ethan!

—Eso... Soy tu jodido dolor de cabeza, el de mi madre..., el de mi familia. Maldita sea, creo que también soy el de Mason. Nunca debí haber nacido... Debí haber muerto en ese estúpido accidente.

—¿Es lo que quieres? ¿Esa es tu salida? No. Nunca lo digas. ¿Acaso no te das cuenta de que mi vida tiene sentido por ti?

Ethan se incorpora con dificultad y toma mi rostro entre sus manos para mirarme con los ojos encendidos. Dios... Los golpes en su cara se vuelven más visibles. ¿Cómo han podido hacerle esto?

—Y la mía... —susurra—. ¿Qué voy a hacer ahora que no te tengo? ¡No quiero nada! Ni dinero... ni poder... Todo lo cambiaría por tenerte. Para que me vuelvas a amar. Pero ya no es así. —Me suelta y regresa a la cama cubriendo los moretones, que ahora adornan las comisuras de sus ojos, con el brazo—. Te enamoraste de ese infeliz. El muy imbécil... Lo voy a matar, ¿sabes? Él no es digno de ti.

No puedo creer que en medio de todo esto recuerde a Carl.

—¿Y tú sí?

—No. Yo menos que nadie. No... No te merezco.

Ethan, ¿cómo puedes decir eso?

Oculto el rostro entre mis manos. Quiero dejar de llorar, pero no puedo hacerlo.

—Basta ya. No sabes lo que dices —consigo decir cuando me sereno.

Tomo el filo de la manta e intento cubrirlo, pero Ethan atrapa mi muñeca y

la sostiene con firmeza.

—Ese es su destino, señorita Masterson: derramar lágrimas por mí. ¿Y sabe cuál es el mío...? Mi destino es y será amarla y nunca poder tenerla. —Ethan meneaba la cabeza y una breve carcajada irónica sale de su boca—. ¡Ahora váyase! —ordena—. Y no vuelva, aunque le suplique que lo haga. ¡Váyase!

Decido escuchar sus palabras. Me incorporo y salgo de la habitación, porque no tolero verlo en ese estado, porque sus palabras me hieren, porque sé que no dice más que la verdad y reconocerlo me mata de a poco.

\*\*\*

Tres semanas más..., es el tiempo que ha pasado desde que conocí al Doctor Hamilton y que él me recomendara mantener distancia con Ethan. Lo he cumplido. Nuestros encuentros no han sido constantes desde entonces. Después de su regreso, hace dos semanas, he tratado de evitarlo con toda clase de excusas e invenciones, pero cuando inevitablemente sucede, su frialdad e indiferencia son evidentes. Ya no me mira, no me habla y, en ocasiones, a duras penas me saluda. Supongo que es así como deben ser las cosas, y eso me confirma que no recuerda nada de lo que hablamos ese día.

Por mi parte, además de mantener una distancia prudencial con él, he procurado pasar el mayor tiempo posible con Carl. Porque estar con él es como recibir el soplo de aire fresco que me ayuda a olvidar el dolor y que, de alguna manera, me da fuerza para mantenerme en pie.

Cuando estoy a su lado consigo olvidar todo, y esa alegría y vitalidad que desborda su ser, se me contagia con una facilidad inaudita. Claro que, cuando se va, vuelvo a ser ese zombie que simula estar bien frente a los demás, pero que, a solas, se ahoga por dentro cada vez que Ethan besa a Mila, cada vez que la toca. ¿De qué me quejo? Él solo está cumpliendo con lo que le pedí. Quería que fueran felices, pero no imaginé que me dolería tanto presenciarlo.

—¿Entonces vamos juntos?

Carl interrumpe mis pensamientos y toma mi mano que hasta hace poco reposaba sobre la pequeña silla de jardín en la que estoy sentada.

—Eh... Yo...

—¿Olvidaste el baile? —Frunzo el ceño.

¡Rayos!, sí lo olvidé.

—Por supuesto que no —miento—. Estaré encantada de ir contigo.

El dichoso baile. Había olvidado que Mila empleó más de una semana en organizarlo todo para que nos despidiéramos de Londres por todo lo alto.

Sí, mañana regreso, o, mejor dicho, regresamos a Estados Unidos; ellos, a concretar su empresa en Nueva York, Carl piensa trabajar una temporada en el hospital principal de Athens, y yo..., regreso a buscar mi camino; al menos eso es lo que planeo para dentro de cinco meses porque, hasta entonces, estaré ocupada con los preparativos de boda de mi mejor amiga, que está programada en ese tiempo, en la casa de Ethan, en Manhattan, y claro... como soy una de las damas de honor de Mila, tengo que estar al pendiente.

Ni siquiera pude negarme. Al parecer mi destino está escrito y, realmente, no siento que sea prometedor.

Después de una rápida despedida de Carl, subo a mi habitación a prepararme para el baile. Preferiría quedarme aquí y dormir, dormir mucho, pero sé que Carl no me lo permitiría, me lo advirtió cuando notó que no me entusiasmaba la idea. Dice que debemos disfrutar de nuestra última noche en este maravilloso lugar y quizá tenga razón.

Miro con recelo al obsequio de Mila amoldarse sin problema a mi figura. Es un hermoso vestido rojo, sencillo y muy descubierto, sobre todo en la espalda. Tal vez no debería usarlo, pues no es para nada algo que me pondría por voluntad propia, pero ella se empeñó tanto en que se me vería bien... ¡Estúpida manía de no poder decir que no!

Me arreglo lo mejor que puedo para hacerle justicia al costoso pedazo de tela que cubre mi cuerpo. Recojo mi cabello en un gran moño y me pongo los pendientes en forma de aro que compré hace unos días, en uno de los múltiples paseos con Carl por la ciudad.

Mientras examino lo corto que me queda el vestido e intento alargarlo con las manos, no puedo evitar recordar el día en que me arreglaba de una forma similar; la única diferencia es que en aquella ocasión lo hacía para acompañar a Ethan a una cena benéfica. Cuán diferente me veía... Definitivamente me veía con más vida. ¿Dónde está esa Victoria? Ya lo sé. Está dormida en el sueño del amor y no creo que tenga intenciones de despertar pronto.

Unos leves golpes en la puerta me sacan de mi conversación interna. La abro y veo a Carl, con una mano recargada en la pared y la otra en el bolsillo de su pantalón, mirándome con la boca abierta, sin siquiera pestañear.

Me ruborizo.

Él se ve guapísimo con un sencillo traje negro de tres piezas y el cabello

perfectamente peinado hacia atrás. Parece salido de la portada de alguna revista.

—Preciosa... —murmura con admiración—. Eres la mujer más bella que he visto en mi vida.

—Basta... —Golpeo su pecho con suavidad y él finge dolor—. Tus comentarios me ponen nerviosa.

—¿Te pongo nerviosa? Estoy seguro de que eso es bueno para mí —me dice con voz tierna y empieza a acercarse de a poco.

—Por favor, Carl... —le pido con voz ronca.

Lo quiero como un amigo, estoy segura, pero hay momentos en los que de verdad logra descolocarme, como este, por ejemplo.

—Lo sé. Tiempo al tiempo. ¿Vamos?

Respiro con tranquilidad cuando se aparta.

Tomo su brazo y caminamos por el largo pasillo para ir a la fiesta. Cuando bajamos las escaleras hasta la primera planta nos encontramos en el vestíbulo a Ethan y a Mila.

Mis ojos se concentran rápidamente en el rostro enfermo de mi amiga.

—Mila, ¿estás bien? ¿Qué te sucede?

Corro hacia ella.

—Vic, me vas a tener que disculpar, pero no estoy nada bien. Todo me da vueltas.

Es evidente, su rostro luce más pálido que el mío y eso ya es decir demasiado. Verla así es extraño.

—No te preocupes, me quedaré contigo. Voy a cuidarte.

La tomo del brazo lista para llevarla de vuelta a su habitación, pero ella se escabulle dando un paso al costado.

—¡De ninguna manera! —replica—. No quiero arruinar nuestra última noche aquí. Ethan también se ofreció a cuidarme, pero no lo acepté. Lo único que deseo es que se diviertan. Victoria, por favor... has que mi novio se divierta, y cuídalo de todas esas mujeres que lo acechan —suplica.

Palidezco.

¡Esto debe de ser una broma!

Miro a Ethan llena de nerviosismo, pero él permanece inexpresivo, como si fuera ajeno a todo.

¡Qué guapo está! Traje oscuro, camisa blanca y pajarita.

Paso saliva.

—Mili, no creo que sea una buena idea. Deberías dejar que te acompañe. No es bueno que te quedes sola si...

—Quiero que se divierta. ¡Por favor, por favor, por favor!

¿Que lo cuide?

¡No!

¿Por qué cada vez que siento que puedo olvidarme de él tiene que suceder algo que nos acerca?

—No tienes fiebre y tu pulso es normal —dice Carl tras una rápida revisión—. No es más que agotamiento físico. Estarás bien si te recuestas. No te preocupes, cuidaremos de tu novio —añade con un aire juguetón.

¡No!

—¡Gracias a ambos! —exclama Mila, emocionada. Ni siquiera su malestar hace que olvide sus escandalosas reacciones—. Mi amor, pórtate bien, y si deseas bailar, únicamente puedes hacerlo con Victoria. ¿Entendido?

¿¡Bailar!? ¡Por supuesto que no voy a bailar con él! Esa no es una opción.

—Descansa —le dice él con su habitual frialdad—. Subiré más tarde a acompañarte.

Ethan le da un beso breve en la frente, Mila le da otro igual y pronto desaparece por las escaleras.

Genial. Ahora estoy atrapada durante horas con el indescifrable Ethan Mills y su cambiante humor.

«Todo irá bien. Todo irá bien», me repito mentalmente mientras nos encaminamos al salón.

Por fortuna, la noche transcurre sin incidentes, hasta el momento. Aunque la tensión entre Carl e Ethan es palpable, ¿o soy yo la que lo ve así? No sería raro que me lo estuviera imaginando, pues me siento muy presionada, sobre todo por la mirada depredadora que Ethan me ha dedicado toda la noche.

¿Dónde quedó su indiferencia? ¿Es que no puede ser menos obvio? ¿O lo hace para incomodarme? Eso es algo que esperarí de él. A veces se comporta de una manera tan infantil...

Estoy sentada en medio de ambos, bebiendo mi tercera copa de vodka, que no siento que haya contribuido a relajarme como esperaba. Lo único que ha logrado el alcohol es un par de miradas reprobatorias del señor Mills.

—¿Me concede esta pieza, señorita?

Carl extiende su mano, como todo un caballero, invitándome a la pista de

baile, que está a reventar. No conozco a la mayoría de las personas que están aquí, pero al parecer Ethan y Carl sí. Han saludado a muchos de ellos.

—Encantada —le contesto aliviada.

Lo que sea para apartarme de Ethan.

Un hombre con una voz maravillosa canta: «*I've Got a Crush On You*». Vaya... hace mucho que no escuchaba algo de Sinatra.

Cuando empezamos a bailar, momentáneamente me invade un sentimiento de bienestar, pero, en medio de esa breve tranquilidad, está Ethan. Mi corazón lo siente. Siente su desesperación. Lo siente a él.

—Una bella canción, como tú —susurra Carl en mi oído y yo me pinto totalmente de rojo. ¿Cómo es que consigue ponerme nerviosa con un par de palabras? —. Me encanta cuando te ruborizas —añade.

Sonríó en un intento desesperado por relajarme.

—¿Por qué no le aconsejaste a Ethan que acompañara a Mila? Estoy muy preocupada por ella.

—Me pareció que no tenía ninguna intención de hacerlo, además, quise comprobar algo —masculla con una media sonrisa misteriosa dibujada en sus labios.

—¿Qué?

—Tonterías. Te lo contaré cuando me cerciore de que es cierto.

De pronto una ansiedad imperiosa se adueña de mí.

¿Y si lo sabe? ¿Y si notó todas las intensas miradas que me ha dedicado Ethan?

Bajo la mirada.

—¿Te puedo contar un secreto? —me dice Carl con su habitual tono de voz juguetón, lo que me hace dudar de mis suposiciones.

—Puedes contarme lo que quieras, lo sabes —contesto y mis palabras son como un permiso para que él se acerque aún más hasta que me es posible sentir su respiración.

Antes de que pudiera decirme nada, mis oídos captan una melodía familiar y especial que me remonta dos años atrás.

—¿Me permites?

Ethan aparece a nuestro lado y mira a Carl con displicencia.

¿Qué demonios hace?

—Por supuesto. Victoria, te dejo en buenas manos —concede Carl, con la misma sonrisa de tener la llave de la caja de pandora, después desaparece en

medio de la gente.

Me quedo paralizada. Atrapada por las dulces notas de la canción que un día fue capaz de describir con exactitud mis sentimientos; la canción que él y yo bailamos hace mucho tiempo, cuando pensé que nada podría separarnos.

—¿Puedo?

Ethan intenta ocultar una sonrisa de triunfo, pero no lo consigue. Es increíble que logre cambiar su estado de ánimo en segundos.

Le doy mi mano a regañadientes y empezamos a bailar.

—No creo que esto sea una buena idea.

—¿Qué? —Arruga la frente fingiendo no saber a lo que me refiero—. Señorita Masterson, ¿acaso recuerda aquella noche? Recuerda que la tenía entre mis brazos... muy pegada a mi cuerpo. Su corazón junto al mío bailaba inmerso en...

—Por supuesto que lo recuerdo, Ethan. No entiendo a qué estás jugando.

—¿Creyó que dejaría que la baile con ese imbécil?

—Ethan, por favor. ¡Es solo una estúpida canción!

Entorno los ojos. Él menea la cabeza en negación y me sujeta con más fuerza.

—Permítame decirle que su vocabulario se ha vuelto algo extenso, para mi gusto —replica con una sonrisa bobalicona en el rostro—. Usted dijo que había olvidado todo lo que sucedió hace años, pero su cuerpo... me dice todo lo contrario. —Ethan desliza su mano unos centímetros bajo mi cintura. Me estremezco—. Me recuerda.

—¿Qué crees que estás haciendo? —susurro con dificultad.

Mi respiración se acelera y mi cuerpo se tensa al sentirlo.

Dios... Esto es...

—Bailando.

¡Maldición! ¿Acaso él...?

—Tú pediste esta canción, ¿no es así? —Vuelve a sonreír, lo que me hace saber que, en efecto, lo hizo—. Ethan, sabes que no puedes hacer esto. Pensé que lo entendiste.

—Baila muy bien —murmura ignorando mis palabras.

¡Maldita sea! ¡Qué frustrante! Pero lo amo. Debo reconocer que eso es lo que más amo de él.

—¡Te comprometiste!

Ethan me dedica una mirada glacial.

—¡Sí, lo hice! —levanta la voz—. Lo hice cuando no podía recordar esa parte tan importante de mi vida, pero la recordé. ¿Quieres que sea infeliz? ¡Dímelo!

—No. Quiero lo mejor para ti, pero también quiero lo mejor para Mila, y sé que si la dejas ella morirá de tristeza porque en verdad te ama.

—¿Y tú? ¿Serías feliz viéndome casado con ella? —pregunta entornando los ojos. Me quedo callada—. Sé que no lo serías. ¡No entiendo por qué deseas el sufrimiento de todos!

—Sabes muy bien que no es así.

—Entonces no te apartes de mí.

Sentirlo tan cerca... Sentir sus manos en mi piel, su respiración tan acelerada como la mía me vuelve muy débil. Lo amo y no importa el tiempo que pase, él está en mí, en cada parte de mi ser.

—¿Por qué me haces esto? —reclamo entre sollozos que ya no pude contener.

—No llores, por favor...

—Es que solo lo complicas todo. Te niegas a entender que ya no somos los mismos de hace dos años. Por favor, déjame ir —suplico, pero en el fondo lo que no quiero es que me deje.

Puedo ver su preocupación, confusión y amor reflejados en sus ojos. Cierro los míos cuando sus dedos se atreven a recorrer lentamente mi mejilla.

—No quiero que sufras y verte llorar es lo que más odio, pero, por favor, no me pidas que me case con alguien que no amo. ¡Maldita sea! Sé que estamos envueltos en una situación difícil, pero debemos luchar por lo que sentimos.

—No hay nada porqué luchar...

Con esa destreza que solo él posee, toma mi mano para hacerme girar al ritmo lento de la canción, nuestra canción, y me canta al oído la última parte del tema, tal y como lo hizo en la isla. Su voz resuena dulcemente en mi interior.

Ethan se inclina despacio dispuesto a besarme y, aunque no hay nada que desee más en este momento, consigo reaccionar a tiempo y apartarme. Lo dejo en la pista de baile y salgo corriendo, casi a tropezones, hasta que pronto me veo en el jardín, consciente de que él me sigue.

—¡Espera! —me detiene cuando estamos lo suficientemente alejados del ruido y de todo—. ¿Lo olvidaste? Victoria, te amo. Te amo y sé que te voy a

amar hasta la muerte, incluso más allá de ella.

Esas palabras...

—Eso quedó en el pasado.

—¡Para mí no es así! ¿Es que no lo ves? Eres la única mujer que puede volverme loco...

Ethan se planta frente a mí y sus manos vuelven a acariciar mi rostro sin intención de tenerse. Cierro los ojos en respuesta a su dulce tortura y él apoya su frente a la mía.

—Por favor —susurra—. Dime que me amas tanto como yo a ti. Dímelo y así me devolverás la vida. Hazlo, Victoria... Dilo.

Me siento débil ante él. Mi corazón me pide que me deje llevar y yo ya no tengo fuerza para negarme a su súplica.

Abro los ojos, ansiosa por perderme en los suyos; en esos ojos de un negro profundo que me atrapa y me sumerge en su abismo.

—Te amo... —susurro también, rendida a él—. Te amo más que hace dos años. Te amo y creo nunca dejaré de hacerlo.

Sus labios necesitados aprisionan los míos; absorbentes y salvajes. Me besa con tanta vehemencia que me hace daño. Sus manos recorren mi cuerpo por completo, como si al hacerlo intentarían reconocermme, como si no pudieran creer que es a mí a quien tocan.

Está conmigo y ahora sé que jamás se apartó, porque beso tras beso, caricia tras caricia, me lo confirma. Es él quien me devuelve la vida.

Este contacto inesperado me hace pensar que no debo renunciar al amor, que no soportaría verlo con nadie más, porque, a pesar del tiempo y la distancia, nuestro amor es fuerte y ahora sé que estoy dispuesta a luchar contra todo por los dos.

Cuando nos separamos ambos estamos sin aliento. Sin embargo, su mirada llena de amor y luz me atrapa y me bloquea por unos segundos.

—Gracias... Gracias... —repite—. Saber que me amas me da fuerza para enfrentar lo que sea. Te amo a ti. Solo a ti.

—También te amo, Ethan, pero tengo mucho miedo. No quiero que nadie sufra.

—Mila tendrá que entender. Esto no fue algo que planeáramos.

—No hablo solo por Mila. Carl...

Ethan se tensa al escuchar su nombre. Ahora me mira inquisitivo.

—Sé que él siente algo por ti, pero ¿tú? Victoria, ¿qué sientes por él?

Sus ojos más negros que nunca se clavan en los míos esperando una respuesta.

¿Qué siento por Carl? Lo quiero, eso es seguro, y es importante para mí. Muy importante.

—Ha sido muy bueno conmigo —murmuro sintiéndome totalmente culpable por ser la causante de su futuro sufrimiento.

Ethan parece confundido, como si luchara incansablemente por adivinar lo que pienso.

—Lo entenderá —dice finalmente—. Enfrentaremos lo que sea.

Asiento. Estoy conmovida por su fortaleza y por todo lo que ha sucedido en mi vida desde que llegué a Londres. Y sé que después de todo lo que hemos sufrido, merecemos ser felices.

—Eres mía... Solo mía —repito hundiendo la nariz en mi cabello.

Sonrío. La necesidad de Ethan por la pertenencia no ha cambiado, y a mí me sigue encantando hacerle saber que así es.

—Jamás dejé de ser tuya. Incluso cuando no supe nada de ti, lo era.

—Eres tan dulce, tan sublime..., que quiero evitar que el sufrimiento te mancille. No quiero que nadie te hiera ni te ofenda, así que seré yo quien se encargue de hablar con Mila.

Me aparto para mirarle.

—Pero...

Ethan coloca su pulgar sobre mis labios para silenciarlos. Su vieja táctica de distracción. Sé que no me lo está pidiendo y supongo que no hay nada que pueda decir o hacer para que cambie de opinión.

Asiento a regañadientes.

Quizá eso me dé oportunidad de hablar con Carl, aunque soy consciente de que tarde o temprano tendré que enfrentar a Mila.

—Está bien. Yo hablaré con Carl.

Ethan frunce el ceño y su mirada vuelve a ser fría. Es evidente que no le hace gracia que hable con él, aunque no parece tener intención de oponerse.

—Bien —conviene con voz gélida—. Lo haremos hoy mismo.

—¡No, por favor! Hoy no... —le ruego—. Mila no se siente bien. No quisiera importunarla. Hay que esperar hasta que mejore. Quizá mañana...

Él pasa ambas manos por su cabello y me mira meditabundo por unos instantes.

—No quisiera esperar, pero tienes razón.

Siento un evidente alivio. El señor Mills está complaciente esta noche.

—Gracias...

—No me lo agradezcas, pues estoy haciendo un gran esfuerzo por contenerme. Ahora —rodea mi cintura con sus brazos, pegándome a él, sin abandonar esa mirada seductora que me fascina y hace que cada parte de mí se derrita—, la voy a besar señorita Masterson. Porque sus besos me devuelven la vida y me encantan.

No estoy segura de quién le da vida a quién, pero, ahora que estoy entre sus brazos, puedo decir que me siento como nueva. Me siento feliz. En el lugar correcto. Junto al amor de mi vida.

Entre besos y abrazos nos olvidamos del tiempo. No sé cuánto hemos permanecido sentados en el borde de la hermosa fuente que adorna el jardín, pero aquí estamos, mirando el agua caer. Siento que no hay nada que pueda empañar nuestra felicidad.

¿Dónde estará Carl?

¡Carl! ¡Debe estar buscándome, y a Ethan!

—¿Qué sucede? —me pregunta cuando ve mi rostro turbado.

—Hemos estado aquí por mucho tiempo. Carl debe buscarnos.

—Tienes razón. Debemos regresar.

Ethan toma mi mano, listo para entrar conmigo al salón.

—Ethan, por favor. Lo hablamos... No quiero lastimarlo. —Encojo mis hombros como disculpa. De pronto siento que he dicho algo malo—. Voy a encontrar la manera de decirle, pero tengo que hacerlo sola.

—No confío en él. Lo haremos juntos —replica.

—No va a pasar nada, por favor...

No estoy segura de obtener una respuesta positiva. Ethan parece no querer darme el tiempo que le pido, pero es necesario. No me siento capaz de enfrentar la verdad. No hoy.

Después de una breve batalla interna, Ethan asiente, aunque su exasperación es supremamente evidente.

—Gracias, amor... Te veo luego. Te amo.

—Y yo a ti.

Mi Ethan... Puede ser muy dócil cuando se lo propone.

Le doy un último beso y regreso al salón.

Pensar en resolverlo todo parece más fácil que convertirlo en una realidad.

Carl... ¿Cómo va a tomarlo? Quizá me vea como una traidora, o aún peor, como una mala mujer que es capaz de engañar a su mejor amiga. Pero ¿acaso no lo soy? ¿Soy una mala persona por seguir a mi corazón? ¿Por querer ser feliz después de años de sufrimiento?

Ethan tiene razón, merecemos algo de felicidad.

Me abro paso con la mirada, entre la gente, buscando a Carl hasta que doy con él. Está sentado en una de las mesas del fondo, la más apartada.

Inspiro hondo y voy con él. Sé que esta noche no puedo decirle nada y quizá hasta mañana se me ocurra la mejor forma de hacerlo.

—¡Hola! —le digo con una sonrisa tímida que se esfuma tras la mirada congelada que él me devuelve. Su rostro luce encendido. ¿Está ebrio?

—¿Desde cuándo? —pregunta sin ninguna expresión y bebe todo el contenido de su copa de un solo bocado.

—No entiendo lo que...

—¿Desde cuándo engañan a Mila!

Palidezco.

—¿De qué estás hablando?

Mi mente trabaja a mil por hora intentando adivinar cómo se enteró de todo.

—¿¡Crees que soy estúpido!? ¡Maldita sea, Victoria! ¡Los vi! Salí a buscarte y los vi... besándose.

Siento que el alma se me cae a los pies cuando me doy cuenta de la magnitud del enojo y decepción que veo en sus ojos. ¡No! Él es muy importante. No resisto su mirada llena de ¿desprecio?

—Carl, escúchame. Las cosas no son como las piensas...

—¡Por supuesto que no son como las pensaba! Creí que eras transparente...

—Lo he sido, contigo más que con nadie.

—¿¡Crees que soy un idiota enamorado que va a creer todo lo que dices!?

¡Dios, no! No quise lastimarlo.

Las insulsas lágrimas vuelven a desfilar por mi rostro.

—Por favor, deja que te explique —susurro casi sin poder respirar.

—No. Y no quiero ser grosero así que déjame. Hoy no quiero hablar.

Carl se levanta abruptamente y desaparece entre la gente sin dirigirme mirada alguna.

«¡Carl! ¡Carl! Espera, por favor», grito inútilmente en mi interior.

Me dejo caer en la silla. No tengo fuerzas para mantenerme en pie.

Este fue un golpe muy duro. No imaginé que verlo marcharse de esa manera pudiera lastimarme tanto. Sin embargo, soy consciente de que, por ahora, no puedo hacer nada para que me escuche y que será mejor que le dé tiempo. Tal vez después quiera hablar conmigo y entonces podré explicarle como son las cosas realmente.

Tiemblo al pensar que esto no fue más que una parte de lo que tendremos que enfrentar Ethan y yo, aunque, en el fondo, una extraña sensación de alivio me embarga, como si me hubieran quitado un gran peso de encima; el peso de guardar un secreto y de vivir una mentira.

Subo a mi habitación sin poder apartar las lágrimas de mis ojos. Sin dejar de sentirme la peor de las mujeres. Sin dejar de sentirme destrozada.

«Ethan, te necesito conmigo», pienso en voz baja, «necesito que me des fuerza para enfrentar lo que se avecina. Pero sé que hay una tormenta que calmar antes de que podamos estar juntos, y que ya comenzó».

Me recuesto bajo las sábanas, totalmente agotada emocionalmente, sin poder dejar de pensar en el sufrimiento de Carl y en lo que va a sufrir Mila cuando lo sepa todo. No se lo merecen y yo... estoy tan confundida...

Una parte de mí está devastada, pero la otra, está feliz. Brinca dichosa, porque Ethan y yo decidimos luchar por estar juntos y recuperar el tiempo perdido.

¿Acaso no tengo derecho a ser feliz? ¿Acaso no tengo derecho a recuperar lo que es mío?

¡Sí, mío! Porque a pesar de todo lo que se interpuso entre los dos, jamás dejamos de pertenecernos el uno al otro.

Quizá el panorama no luzca alentador, pero sé que, cuando todo pase, lograremos ser felices.

\*\*\*

Me despierto en medio de gritos y gotas de sudor que corren descontroladas por mi frente.

«Fue una pesadilla. Fue una pesadilla», repito en mi mente intentando tranquilizar a mi agitado corazón.

¿Qué fue ese sueño tan horrible? Lo perdía todo. Me quedaba sola...

Seco las lágrimas que ruedan por mis mejillas a causa del tormentoso

sueño y voy al cuarto de baño a prepararme para el difícil día que me espera.

Todo será distinto a partir de hoy. Quizá pierda a personas muy queridas e importantes para mí. No. Ya las perdí. Ya perdí a Carl y a Mila, porque Ethan no debe de tardar en hablar con ella, pero necesito explicarle. Necesito que sepa que la quiero, aunque mis acciones demuestren lo contrario.

Bajo a la sala principal para buscar a Mila, pero, en su lugar, me encuentro con Carl. Él está sentado en uno de los sofás, con los brazos apoyados sobre sus muslos y las manos cubriéndole el rostro.

Carl...

Levanta la mirada y la clava en la mía.

Intento adivinar lo que piensa, pero sus ojos no me dicen nada. Permanecen inexpresivos. Lleva la ropa de ayer, solo que ahora luce desaliñada.

Me quedo inmóvil, incapaz de emitir palabra.

¿Qué puedo decir?

—Quiero entender. Necesito entender... —murmura y pasa las manos por su cabello, alborotándolo aún más—. Cuando los vi me sentí traicionado. Tan dolido...

¡Oh, no! Su voz suena destrozada, herida. De verdad lo lastimé y saberlo hace que la culpa me recorra completamente sin dejar un solo poro de mi cuerpo sin llenar. Odio verlo así y me odio por ser la causante de todo.

—No entendía lo que estaba sucediendo. —Hace una pausa y cierra los ojos, como si se arrepintiera de algo—. No soy amigo del alcohol, pero mírame... Tuve la necesidad de beber.

Mi alma se va al piso y mis ojos se llenan de lágrimas cuando percibo con más claridad la tristeza en su voz. ¡Bebió por mí!

—Yo jamás...

—Por favor, no digas nada. No hasta que te lo pida. —Carl se pone de pie y empieza a caminar lentamente por todo el salón—. Mientras estaba en el bar comprendí por qué Ethan enfurecía cada vez que me acercaba a ti y entendí también que era eso... Era eso lo importante que te faltaba por contarme. Quiero saberlo —me dice mirándome directamente a los ojos, pero no como solía hacerlo; ahora solo hay frío en lugar de la calidez que en ellos encontraba.

—Tienes razón. Debo decir la verdad, y no por obligación, o porque te hayas enterado de todo de la peor manera. Lo voy a hacer porque te quiero y

porque, aunque no me creas, te has convertido en alguien muy importante para mí.

—Entonces...

Señala el sofá para que me siente, lo hago y él hace lo mismo, pero a cierta distancia.

Paso saliva e inspiro profundo para darme valor.

¿Cómo podría empezar? Ni siquiera sé si deba decírselo. No quiero lastimarlo más.

—Ethan y yo nos conocimos hace un par de años atrás. Mantuvimos una relación muy fuerte; tan fuerte que... estuvimos a punto de casarnos. —Dejo escapar un profundo suspiro de tristeza al recordarlo. Los ojos de Carl permanecen impassibles y su boca cerrada herméticamente sin intención de pronunciar palabra. Continúo—. Un día tuvo que viajar para atender ciertos problemas en una de sus empresas, así que nos separamos, después..., no supe más de él. —Se me quiebra la voz—. Pensé que se había burlado de mí. Me sentí engañada... Pensé que me había olvidado y literalmente así fue.

Me horrorizo al pensar en el accidente que por poco le quita la vida. ¿Qué habría hecho si eso hubiese ocurrido? Lo sé. Me habría muerto con él. No puedo siquiera imaginar una vida o un mundo en el que Ethan no exista.

—El accidente que tuvo me borró de su vida —añado—. Sufrí mucho sintiéndome una tonta burlada... El tiempo pasó y, de alguna forma, aprendí a vivir con ese dolor. —Me levanto y camino por toda la habitación intentando ocultar el malestar que me producen mis propias palabras—. Nunca imaginé volver a verlo. Nunca imaginé que estaría comprometido con mi mejor amiga.

—Pero aún lo está —replica él en tono acusatorio.

—¿Crees que no soy consciente de eso? Intenté alejarme. Dejé de pensar en mí para pensar en Mila, pero entonces recuperó la memoria y... ya no pude apartarme de él. Entendí que no puedo obligarlo a estar con alguien que no ama y que no puedo matar lo que siento.

Carl se frena junto a la ventana. Me acerco e intento mirarlo a los ojos, pero él evade los míos, se aleja y me da la espalda.

Oh, Carl, perdóname.

—Sé que no tengo derecho de lastimar a nadie, pero esto que siento es mucho más grande que mi voluntad de hacer lo correcto.

Cuando por fin voltea a mirarme veo sus ojos llenos de tristeza. Mi corazón se encoge y de pronto lo único que deseo es poder borrar todo el

dolor que siente.

—No sé qué decir.

—¡Nunca quise lastimarte, a ti menos que a nadie! ¡Perdóname, por favor!

No puedo más. Me siento en donde puedo y me cubro el rostro con las manos para que Carl no me vea llorar.

Esto es mucho más de lo que puedo soportar...

De inmediato siento sus brazos rodeándome la espalda, consolándome.

—Victoria, no tengo nada que perdonarte —musita y me acaricia el cabello—. Puedo entender lo que te sucede. Tú... no eres culpable de nada.

—¡No! ¡Yo soy la culpable de la tristeza que sientes y de la que sentirá Mila cuando Ethan hable con ella!

No soy capaz de mirarlo. Mantengo la cabeza gacha mientras intento expulsar toda la frustración que siento.

—No voy a negar que tenía grandes sueños contigo. En el fondo sentía que estaríamos juntos. —Carl suspira con demasiada tristeza—. Pero no me amas y mucho me temo que nunca lo harás. Tu corazón le pertenece a... —Hace una pausa dejando en el aire el nombre de Ethan—. Tienes derecho a luchar por tu felicidad.

—Carl...

—Espero que él te haga feliz, porque lo buscaré hasta por debajo de las piedras si no lo hace. Tendrá que vérselas conmigo, te lo aseguro —me dedica una sonrisa débil antes de continuar—. Eres un tesoro precioso que encontré demasiado tarde, pero que siempre, sin importar el tiempo, estará en mi corazón. Lo sabes, ¿cierto?

Asiento y me tomo la libertad de abrazarlo.

Me duele su dolor. Aprendí a quererlo y ¿cómo no hacerlo si es el mejor ser humano que he tenido la oportunidad de conocer?

—Y tú siempre estarás en el mío. Siempre serás el ángel que llegó cuando más lo necesitaba.

Carl seca mis lágrimas con su immaculado pañuelo sin dejar de mirarme.

—Sabes dónde encontrarme y ahí estaré para ti. Siempre.

—¿Entonces viajarás a Georgia?

—Firmé un contrato —responde con el ceño fruncido. Es evidente que preferiría quedarse y mantenerse lejos de mí. No lo culpo.

—Carl...

—Ahora debo irme. No he preparado nada para el viaje y el vuelo sale en

menos de cinco horas. Cuídate mucho, por favor. Y recuerda: no debes sentir culpa por buscar tu felicidad. Te amo, Victoria —me dice finalmente antes de desaparecer por el umbral.

Sus últimas palabras me dejan helada.

¿Me ama? ¿Un hombre tan especial como él me ama? A pesar de todo lo que le oculté y de lo que ahora está sufriendo por mi causa, me ama.

La culpa se hace más grande después de escuchar su repentina confesión, dejándome claro que ahora más que nunca debo darle su espacio, aunque una parte de mí no desee apartarlo... saber que estaremos en la misma ciudad extrañamente me da tranquilidad.

Enfrentar la verdad ante Carl ha sido demasiado duro; un golpe casi mortal para ambos, pero eso no ha sido nada comparado con lo que imagino será decírselo a Mila. Quizá esté hablando con Ethan en este momento.

Seco mis lágrimas y me armo de valor para ir a verla, porque, después de todo, es mi amiga y sé que Ethan no es el único que debe enfrentarla.

Mis piernas se han convertido en temblorosas masas de gelatina conforme avanzo, a un paso por minuto, hasta su habitación.

¿Qué es lo que le voy a decir? ¿Cómo lo va a tomar? Seguramente como una traición, pero no lo es... Él nunca fue suyo.

—¿Mila, puedo pasar?

Intento tocar la puerta de su habitación que está entreabierta. No está.

Genial. ¿A dónde habrá ido? Necesito encontrarla.

Antes de iniciar mi búsqueda voy a mi habitación y coloco sobre mi cuello el collar de oro que fuera el regalo de compromiso de Ethan hace años. Estoy segura de que podré usarlo como amuleto de fuerza y buena suerte.

Bajo corriendo las escaleras hasta el recibidor y los veo entrar a la casa. Están juntos. Mila emana felicidad, inmensa felicidad, por todos los poros, lo que me hace saber que Ethan no le ha dicho nada aún.

Le dedico una fugaz mirada confusa a Ethan y advierto su sorpresa cuando ve que llevo el collar. De pronto su mirada se vuelve sombría y triste. Parece llena de impotencia.

¿Qué es lo que está pasando?

—¡Victoria! ¡Amiga! ¡Debes ser la primera en saberlo! —exclama Mila llena de júbilo y se abalanza sobre mí para abrazarme.

—¡Mila! —replica Ethan con voz gélida.

Ella lo ignora.

—¿De qué estás hablando? ¿Estás bien?

—¡Mejor que nunca! Vamos, mi amor... Vamos a darle la buena noticia.

Mi corazón se acelera totalmente por la anticipación. Contengo el aliento.

—No entiendo... ¿Buena noticia?

Ethan permanece petrificado, sin emitir palabra. Solo me mira como si estuviera muerto en vida.

—Bueno, en vista de que mi futuro esposo se quedó sin palabras por la sorpresa te lo diré yo —sentencia Mila.

Esto no puede ser bueno. Siento que el alma se me cae de a poco a los pies, no solo porque Ethan no terminó su compromiso con ella; sino también porque su mirada anticipa un duro golpe.

—¡Vamos a ser padres! —revela ella finalmente.

—¿Qué? —es lo que consigo susurrar.

Entro en una especie de trance mientras Mila me estrecha fervientemente entre sus brazos y ríe llena de felicidad.

No... No es cierto.

—Ethan y yo estamos esperando un bebé —repite—. ¿Lo puedes creer?

Miro a Ethan sin poder dar crédito a lo que acabo de escuchar. Sus ojos negros, inertes, se mantienen fijos en los míos.

¡No! ¡Dios, esto debe ser un mal sueño, una pesadilla!

«¡Que alguien me despierte!», grito en mi interior.

Siento que caigo en un agujero oscuro, gritando a todo pulmón sin lograr que nadie me escuche.

¿Embarazada? ¿Van a tener un bebé?

Las lágrimas empiezan a caer por mi rostro sin que yo lo pueda evitar. Me quedo muda.

—¿Victoria, estás bien? Supongo que la noticia te emociona.

—Sí, Mila —sollozo—. Te felicito. Yo... estoy feliz por los dos, de verdad...

Siento que ya no puedo mantenerme en pie, que ya no tengo fuerza para nada. De pronto todo empieza a girar a mi alrededor. Mi cuerpo no responde; mis manos y mis pies no logran moverse...

Me dejo caer al piso escuchando la voz de Ethan gritando mi nombre como un eco que se aleja poco a poco de mi mente.

## CAPÍTULO 23: CRUDA REALIDAD

El dolor, la impotencia, la rabia y la desesperación son sentimientos que consumen el alma y la transforman. De un vuelco todo lo que creías, todo lo que soñabas se rompe en mil pedazos, dejando en su lugar nada más que un lienzo en blanco, corroído, y una pluma desgastada, que únicamente te ofrece la opción de grabar la vida o la muerte. En ese momento aparecen dos caminos frente a ti; dos caminos con nuevas posibilidades, quizá mortales, quizá esperanzadoras. ¿Cuál es la que se me ofrece?

Abro los ojos muy despacio; me arden, y la cabeza me da vueltas como si acabara de bajar de un enorme carrusel de un menudo parque de diversiones. Pero no es así, lo sé.

¿Dónde estoy?

Intento moverme, pero mis extremidades no responden. Lo único que puedo sentir es un agradable calor sobre mi mano derecha. Giro la cabeza con dificultad hacia ella y la veo a salvo, bajo los largos dedos de Carl, que, sentado en un sillón marrón, duerme a mi lado.

¿Qué hace aquí?

Analizo todo lo que me rodea por un par de segundos.

¿Estoy en un hospital? No. No parece que sea uno.

¡Maldición! ¿Por qué no consigo recordar?

—¡Victoria! —Carl pronuncia mi nombre con desmedida emoción. Se ha despertado gracias a mis movimientos—. Al fin despiertas bella durmiente.

¿Bella durmiente?

—Carl... ¿Qué... me... pasó...? —consigo preguntar.

—En términos médicos: sufriste una importante baja de presión que te indujo al desmayo. Has estado inconsciente por más de doce horas. Ahora tu estado es estable, pero debo decir que me preocupaba que no quisieras despertar.

Frunzo el ceño.

¿Doce horas?

—¿Que no quisiera despertar?

Me sobo la cabeza, que parece querer explotar.

—Esa fue la única explicación que pude encontrar. No querías despertar. Es común cuando un paciente sufre algún tipo de impacto emocional.

¿Impacto emocional?

Vuelvo a mirar a mi alrededor.

Bien, Victoria, recuerda... Esto no es un hospital. Estás en casa de Mila... Mila e Ethan... ¡Mila está embarazada!

Los recuerdos caen sobre mí como un balde de agua helada.

¡Ethan tendrá un hijo con ella!

El dolor vuelve a apoderarse de mí y las lágrimas, una vez más, enjuagan mis ojos. Esto está mal.

—¡Carl, por favor! ¡Sácame de aquí! ¡Quiero irme! ¡Sácame de aquí! — grito desesperada. Necesito desaparecer en algún lugar lejano donde nadie pueda encontrarme.

Carl me mira con compasión, como si yo fuera un animalito herido que busca refugio. Yo me abandono al llanto sin poder contenerme, sin poder pensar con claridad.

—Tranquila... —Me abraza—. Estoy al tanto de lo que sucedió y entiendo lo que debes estar sintiendo, pero no eres de las que huye. Eres fuerte y vas a poder superar esto. Te voy a ayudar a hacerlo. No estarás sola, lo prometo — me dice en medio de un abrazo de contención que me cubre por completo, que me protege.

—No... No soy fuerte... Quiero irme a donde nadie pueda encontrarme. Por favor... ¡No soporto este sentimiento asfixiante!

Carl acaricia mi cabello con delicadeza y yo hundo mi cabeza en su pecho. No digo ni una sola palabra porque no puedo articular ninguna. Solo aprieto los ojos con toda la fuerza con que me es posible hacerlo, guardando la esperanza de que al abrirlos todo sea una pesadilla.

«Que sea una pesadilla. Que sea una pesadilla», me repito en voz alta. Carl, al escucharme, me abraza con más fuerza.

—Saldremos de esto juntos, Victoria —me dice con convicción.

Sentir su apoyo es como un soplo de vida, el pequeño soplo de vida que tanto necesito. Es increíble. Lo lastimé y a pesar de eso está conmigo. Vuelvo a sentirme como una arpía, quizá mucho peor que eso. No sé si merezco su preocupación, pero sí que la necesito.

—Promete que estarás conmigo. Promete que no te irás.

—Nadie podrá separarme de ti. Lo prometo.

Sus brazos vuelven a rodearme por completo, y aunque sus palabras me ofrecen una leve tranquilidad, mi interior grita y grita sin poder dejar de

hacerlo. El corazón reclama a Ethan con desesperación y la razón, que siempre se había mantenido cuerda, se niega a creer lo que pasó, porque cuando se había formado una idea de felicidad recibió el peor golpe, uno mortal, y no lo pudo soportar.

Miro con desgano la bandeja con fruta que se acomoda sobre la mesita de caoba, junto a la cama.

No quiero comer. No tengo hambre.

Ahora estoy sola, en la habitación que se me antoja inmensa, esperando a Carl, que tuvo que marcharse para atender una emergencia en el hospital en el que trabaja. Aseguró que no tardaría, así que me aferro a su llegada como lo haría una tortuga a su caparazón, sin poder dejar de sentirme indefensa y desprotegida sin él.

Me levanto de la cama y voy al cuarto de baño. Dejo caer mi ropa al piso y, mientras lo hago, me doy cuenta de que aún llevo el collar de Ethan enredado en mi cuello. El corazón se me llena de rabia, de impotencia. En un ataque de rabia lo arranco y lo arrojo al piso. No quiero tenerlo más conmigo. Ya no es para mí.

Cierro los ojos bajo el agua y dejo que esta caiga por todo mi cuerpo, limpiando lágrimas y dolor a su paso.

«Vamos, Victoria, por favor, no te dejes morir. Has superado cosas peores», intento animarme.

¿Es que de verdad he vivido algo peor que esto? Dios, ¿cuándo terminará?  
—¡Victoria!

Carl golpea la puerta del baño con fuerza. Su voz suena desesperada.

Regreso a la realidad.

—¡Sí! ¡Salgo en un momento! —contesto en tono conciliador.

Se preocupa por mí. ¿Cómo puede preocuparse después de lo que hice?

Salgo de la ducha, cepillo mis dientes y me visto a toda prisa. Mi reflejo en el espejo es como el de un fantasma: estoy pálida, demasiado delgada y unas ojeras monstruosas adornan las comisuras de mis ojos. Ya no queda nada de la Victoria de hace doce horas atrás; aquella tenía vida y esta: no.

Cuando salgo, Carl se aproxima rápidamente para ayudarme a volver a la cama.

—No debiste levantarte. ¿Cómo te sientes?

—Mejor. Gracias a ti, me siento mejor.

Me sorprende darme cuenta de que, en efecto, me siento más calmada.

—Bien —es su corta respuesta. Carl se ha puesto muy serio.

—¿Sucede algo?

Me dedica una mirada cauta.

—Victoria, debemos hablar de lo que pasó. Sé que te duele, pero llegó el momento de tomar decisiones. Debes pensar con cabeza fría qué es lo que vas a hacer —me dice y se sienta a mi lado dedicándome una mirada cálida y tranquilizadora.

Ni siquiera tengo que pensarlo tanto para saber que lo que tengo que hacer es marcharme inmediatamente.

—¿Cómo te enteraste?

—Mila me llamó. Pensó que te desvaneciste por la emoción de saber que serías «tía».

Entorna los ojos.

—¿Y él?

La pregunta se me escapa antes de que pudiera detenerla.

Carl menea la cabeza, seguramente ocultando su irritación. Debe parecerle patético que, a pesar de todo, lo primero que haga sea preguntar por él.

—Ethan sabe que estoy al tanto de todo lo que pasó entre ustedes. Se lo tuve que decir para que entienda que no puede estar cerca de ti.

—¿A qué te refieres?

—Vino varias veces con la intención de verte, pero se lo impedí. Tuvimos una pequeña pelea —añade encogiendo los hombros.

—¿¡Qué!? ¿¡Te hizo daño!?! —Lo examino con la mirada.

¡Maldita sea! Ethan y sus estúpidos impulsos salvajes. ¿Cómo se atrevió?

—Nada que lamentar. Estaba furioso porque no le permití verte. Se le veía preocupado. Al parecer le importas, y mucho.

—A Ethan no le importa nadie más que él.

—Victoria, sabes lo que siento por ti, y que soy el más interesado en que su relación se termine de una vez, pero... —Carl cierra los ojos con fuerza y cuando los abre parece exasperado— debo ser justo. Él no te recordaba. El embarazo de Mila sucedió entonces. Creo que se siente igual que tú, lo vi en sus ojos.

¿Ahora lo defiende?

—¿Por qué me dices todo esto?

—Porque verte feliz es todo lo que me importa.

—Quizá tengas razón, pero ahora es imposible que estemos juntos. No voy a dejar a ese niño sin su padre.

Mis palabras son firmes y decididas. Un hijo es algo que nos separa de por vida y que a ellos los une.

—Estoy de acuerdo contigo, pero si él decidiera no casarse, nadie podrá persuadirlo de lo contrario.

—Lo sé, y aunque desista de su boda con Mila, nunca podría estar con él. No podría ser feliz sabiendo que destruí la vida de un ser inocente. Por eso quiero irme. ¡Por favor, Carl! Hay que irnos de aquí, juntos.

Me sorprende la actitud de Carl. ¿Justificar a Ethan? Tal vez tenga razón e Ethan no sea culpable después de todo. Entiendo que no me recordaba y ahora, aunque ninguno de los dos seamos culpables, jamás podremos estar juntos.

Carl me sonrío con ternura.

—Eso me encantaría; no sabes cuánto, pero huir no es la manera de resolver las cosas. Debes enfrentar tus problemas y yo te voy a ayudar a que lo hagas de la forma correcta, para que así tu corazón pueda sanar y ser libre.

—Siento que eso no va a suceder... —susurro con tristeza.

Si fuera posible, hace mucho habría olvidado a Ethan. Pero él está impregnado en mí y no se va...

—Pasaré. Ahora debes descansar y reunir la fuerza necesaria para enfrentar lo que viene. Regreso luego.

Carl me da un beso en la frente.

—Gracias por lo que haces. No sé qué sería de mí si no estuvieras conmigo. —Con las pocas fuerzas que tengo lo envuelvo con mis brazos—. Te quiero, Carl.

—Lo hago porque eres lo más importante para mí y quiero verte bien. Siempre voy a estar para ti, princesa.

Tras esas últimas palabras sale de la habitación.

De inmediato siento una inmensa tristeza y una sensación de vacío insoportable. Cómo desearía poder quererlo... Amarlo como él se merece. Está aquí, conmigo, secando las lágrimas que derramo por Ethan, dejando de lado sus sentimientos y yo... no quiero que se aleje porque me da la fuerza que necesito para soportar todo lo que me está pasando.

Recuesto mi cabeza sobre la almohada y me hago un pequeño ovillo bajo las sábanas. No puedo pensar en nada, solo cierro los ojos y me dejo llevar por el más profundo sueño.

\*\*\* Estoy de pie frente a una enorme iglesia de piedra estilo gótico, que tiene las puertas abiertas de par en par. Entro con recelo, aunque no quiero hacerlo, y veo a muchísimas personas que no conozco; todos vestidos de ¿negro?

¿Qué pasa? ¿Qué hago aquí?

Mi corazón late con tanta fuerza que casi puedo verlo salir del pecho.

Camino despacio, con el corazón en la garganta. Todos me miran con desdén. ¿Por qué lo hacen? Y de pronto entiendo por qué: Ethan y Mila están en el altar. Ella lleva un vestido hermoso de un blanco luminoso; parece una princesa, y él... No consigo distinguirlo.

Dejo de respirar.

«¿Mila Annette Rushforth, acepta por esposo a Ethan Joseph Mills, para amarlo, cuidarlo y respetarlo a lo largo de su vida y hasta que la muerte los separe?», pregunta el sacerdote. «Sí, acepto», responde Mila y justo en ese momento voltea a mirarme con una enorme sonrisa dibujada en el rostro, mientras me desbordo en lágrimas y gritos que nadie parece escuchar. «¿Ethan Joseph Mills, acepta por esposa a Mila Annette Rushforth, para amarla, cuidarla y respetarla a lo largo de toda su vida y hasta que la muerte los separe?»

¡Ethan, no, por favor! ¡Por favor! ¡Me amas a mí! ¡Por favor!

Mi corazón pierde de a poco la vida. Caigo de rodillas cuando escucho un tormentoso «sí, acepto», salir de su boca.

«Los declaro marido y mujer, puedes besar a la novia».

¡No lo hagas, por favor! ¡No la beses!

Todo a mi alrededor se derrumba y solo escucho risas. Se ríen de mí. Ethan parece no escucharme. No me mira. La besa.

Grito más fuerte. Siento que me clavan miles de cuchillos frente a todo el mundo, pero nadie me ayuda.

¡Ethan, no! ¡Por favor! ¡No! \*\*\*

Me despierto sobresaltada por los gritos de Carl, que me abraza con fuerza.

¡Dios, fue una pesadilla!

Mi cara está empapada de lágrimas y mi corazón late desbocado. Apenas

reacciono completamente me aferro a los brazos de Carl. Soy incapaz de emitir palabra, lo único que hago es abrazarlo con todas mis fuerzas.

Fue una pesadilla... Todo esto es una pesadilla.

Cuando consigo apaciguar mi miedo, levanto la mirada y me percató de que una lágrima rueda por la mejilla de mi protector. ¡No! Ha estado llorando. ¿Por mí? La idea me estremece.

Con algo de debilidad levanto mi mano y seco su llanto con mis dedos.

—Has llorando —murmuro sin dejar de acariciarlo.

—No es nada.

—¿Has llorado por mí?

—Tuviste una pesadilla —susurra—. Gritabas su nombre. —Me quedo callada. ¿Qué le puedo decir? Mentir sería inútil; él sabe perfectamente lo que siento. Me aparto y contemplo mis nudillos, sintiéndome estúpida por no poder sacarme a Ethan del corazón—. No tienes que contarme nada que no quieras. Lo único que te voy a pedir es que trates de salir adelante. Olvídalo, Victoria. No me gusta verte sufrir.

Asiento débilmente y vuelvo a sus brazos.

El calor que emana su cuerpo me resulta tranquilizador. Mi respiración se normaliza de a poco y mis deseos de llorar pronto se esfuman.

¿En qué momento llegué a quererlo tanto?

—Gracias por estar aquí.

—No deseo estar en otro lugar —sonríe, y a mí se me encoje el corazón. Mi ángel salvador—. ¿Y esa sonrisa? —pregunta con dulzura.

No me había dado cuenta de que lo hacía.

—Es por ti. Porque eres mi caballero de armadura blanca. No me creo que estés aquí después...

Antes de que pueda seguir hablando Carl coloca su pulgar sobre mis labios y besa mi frente.

—Victoria, créeme que aquí voy a estar siempre. Te voy a proteger del mundo entero si es necesario. El pasado no importa porque sé que es ahora cuando empieza tu vida —me dice como si tuviera la certeza de ello—. El primer paso es enfrentar a tus demonios, a tu dolor.

¿Enfrentarlo?

Me levanto de un salto de la cama y voy junto a la chimenea que está encendida y observo ensimismada como las llamas anaranjadas consumen la madera.

¿Cómo lo haría? ¿Hablando con Ethan? ¿Hablando con Mila?

—No me siento preparada.

—Lo estás. Eres fuerte, valiente, y voy a estar contigo.

Me conmueve su apoyo. Tal vez sola no sería capaz de hacerlo, pero lo tengo a él y eso es suficiente.

—Tienes razón. Tengo que acabar con esto de una vez. ¿Has hablado con Mila?

—Está muy preocupada por ti. Le diré que venga y así podrán hablar con calma.

Carl me mira esperando aprobación.

Bien. Llegó el momento.

—Está bien. Gracias, Carl.

—Gracias a ti por permitirme estar a tu lado —me dice antes de darme otro beso cálido en la frente y salir de la habitación.

Gracias a Carl me siento más o menos preparada para enfrentar lo que sea que venga. Está claro que Mila no sabe nada de todo este desastroso enredo y será mejor que nunca lo sepa. Lo que menos quiero es que otra persona salga lastimada por esto.

Inspiro hondo varias veces para darme valor.

Mila entra después de un par de minutos.

—¡Victoria! —exclama efusiva, abalanzándose sobre mí—. ¿Estás bien? —pregunta después, revisándome de pies a cabeza.

La miro y enseguida sé que no podría sentir nada negativo por ella. Es mi mejor amiga, mi hermana y ahora está embarazada. ¿Cómo es que estuve a punto de traicionarla de esa manera? Estaba dispuesta a hacerla sufrir porque pensaba que tenía derecho a hacerlo. ¿Cómo pude siquiera considerarlo?

—Estoy bien, Mili. Ahora que te veo me siento mejor.

—¡Doce horas! ¿Te parece justo? —me regaña y sé que está preocupada de verdad—. Por fortuna mi primo es el mejor médico de Londres y te cuidó todo el tiempo —asegura con su típica sonrisa traviesa mientras me guiña uno de sus ojos azules—. No quiso separarse de ti ni un solo segundo.

—¿De verdad?

—De verdad. ¡Y cómo iba a hacerlo si el amor que siente por ti se le sale por los poros!

Ignoro sus indirectas porque me interesa más su estado.

—Dime, ¿cómo estás?

—¡Estupenda! —asegura con la sonrisa más amplia—. Tal vez no debería contarte. No quiero que permanezcas otras doce horas inconsciente. La noticia te pegó fuerte, ¿eh?

Un dolor agudo empieza a crecer en mi pecho, pero lo freno antes de que pueda salir a la superficie.

—Estoy bien. ¿Con que... estás embarazada?

Un hijo. Un hijo de Ethan. Un niño al que puedo imaginar con su padre, con una hermosa sonrisa y unos bellos ojos negros, jugando en el jardín de esta casa. El hijo que pudo ser nuestro.

—¿Recuerdas que no me sentía bien? Pues apenas salió el sol, Ethan me acompañó al médico y resultó que el malestar se debía a mis siete semanas de embarazo.

¿Siete semanas? Solo un par de semanas antes de que yo llegara. Cuando Ethan no me recordaba.

Las palabras de Carl resuenan en mi cabeza: «Debo ser justo. Él perdió la memoria y no te recordaba. El embarazo de Mila sucedió entonces. Creo que él se siente igual que tú, lo vi en sus ojos». Tal vez sea así, pero eso ya no importa. Lo hecho está hecho. Las cartas de nuestras vidas están sobre la mesa y en ellas no se refleja un futuro juntos.

—Estoy feliz por ti. Un hijo...

—¿Lo dices de verdad?

Mila me dedica una mirada extraña. Frunzo el ceño.

—¿No me crees?

—¡Es broma! —Se echa a reír y yo siento un alivio instantáneo. Por un momento pensé que lo sabía todo.

—No lo vuelvas a hacer, ¡me asustaste! —Le doy un pequeño empujón—. Mila, mereces toda la felicidad del mundo y te aseguro que nadie se va a interponer en ella. Ya lo verás.

—Eso espero. Mi hijo y yo no tenemos por qué sufrir. Ethan me ama y está muy feliz con la noticia.

—Ah, ¿sí? —Está feliz. Cómo no iba a estarlo si un hijo es la bendición más grande que se puede recibir—. Es natural, ¿no crees?

Mila asiente.

—Hemos pensado en adelantar la boda. Ya sabes, no quiero llevar un enorme vientre de embarazo bajo el hermoso vestido que, por cierto, ya está en camino. Pero bueno, basta de abrumarte con esto. Sé que estás cansada y

que ahora te sientes fatal. —Hace una pausa para mirarme directamente a los ojos, luego sonrío—. Espero que puedas recuperarte del todo.

¿Por qué siento que no se refiera a mi salud?

Es la conversación más extraña que hemos tenido y si no fuera porque sé que ella ignora todo, diría que está disfrutando de mi sufrimiento.

¡No! ¿Qué estás pensando, Victoria? ¡Eso es imposible!

Aparto esos malos pensamientos de un manotazo.

—También lo espero —contesto y Mila sale de la habitación.

Tengo una sensación extraña atravesada en el pecho. Hablar con Mila me dejó un mal sabor de boca.

Será mejor que regrese cuanto antes a Estados Unidos. Ya no me siento cómoda en este lugar. Las cosas cambiaron bruscamente, se revolvieron, se destruyeron. Si tan solo pudiera olvidar... Olvidar la mirada de Ethan cuando Mila me dio la noticia. Era triste, desesperada y estaba llena de miedo.

Oh, Ethan... A pesar de todo te sigo amando más que el primer día y no sé si podré dejar de hacerlo, y lo peor es que ahora sí, todo terminó.

«Quizá volver a Georgia me haga bien. Debo poner en orden mi vida, como dice Carl, recuperar mi norte», pienso cuando termino la llamada con la agencia de viajes para reservar un boleto de regreso en el primer vuelo disponible.

Definitivamente es lo que debo hacer. Sin embargo, me gustaría despedirme de este maravilloso lugar que, aunque me trajo más sinsabores que alegrías, no deja de ser mágico. Bueno, no todo fue malo. Aquí conocí a Carl y eso es lo mejor que me llevo de Londres.

La tarde es cálida, aunque el cielo permanece nublado, como la mayoría del tiempo en Londres. La gente es escasa, por lo menos en la calle Willoughby, lo que agradezco porque eso me permite caminar despacio y respirar con tranquilidad mientras repaso en mi mente los últimos acontecimientos; todo lo que he vivido en este tiempo: el reencuentro con Ethan, su pérdida de memoria, su recuperación, el compromiso que tiene con Mila, su hijo... y Carl, que me ha hecho sentir bien desde el primer momento, con su sinceridad, su sonrisa, que está presente incluso en los peores momentos; su fuerza y su cariño. A pesar de que ha tenido que sufrir por mi causa, que es lo que me reprocho constantemente, sigue conmigo, apoyándome.

Recuerdo sus palabras: «Victoria, créeme que aquí voy a estar siempre. Te

voy a proteger del mundo entero si es necesario. El pasado no importa porque sé que es ahora cuando empieza tu vida». Es increíble... Quiere protegerme, cuidarme y, yo... no puedo quererlo como él desea.

¿Cómo va a ser mi vida a partir de hoy?

Doy paso tras paso mientras mis oídos se inundan de las melodías tristes de mi iPod. ¿Por qué tengo música tan deprimente? La respuesta salta inmediatamente. «Porque así ha sido tu vida. Ha sido triste y deprimente». Eso no está bien. No me hace bien. Apago el reproductor y lo guardo en el pequeño bolso de cuero que cruza mi cuerpo.

Y aquí estoy, de nuevo en el puente de Richmond, quizá con el mismo ánimo que la primera vez, pero con una perspectiva diferente. Hay gente; parejas recargadas en el borde admirando el río que fluye bajo nuestros pies. Puedo entender por qué. Es un lugar extraordinario.

Continúo mi camino por la acera, admirando las nubes y a las personas, hasta que mis ojos vislumbran, consternados, una figura muy querida y familiar.

¿Carl? ¿Está aquí?

Me tomo mi tiempo para asegurarme de que no se trata de una alucinación y una vez que compruebo que no es así, vuelvo a examinarlo con detenimiento. Está ahí, con su impecable forma de vestir: vaqueros negros, camisa blanca sin arrugas y zapatos a juego. Sus brazos con las manos entrelazadas reposan sobre el borde del puente y su mirada, la tiene centrada en algún punto lejano, en el infinito. Se le ve relajado, perdido en sus pensamientos. Quizá no sea buena idea interrumpirle. Tal vez está aquí porque quiere estar solo.

Carl voltea de repente y sus ojos azules se encuentran con los míos impidiéndome escapar.

Examino su expresión: primero abre los ojos como platos por la sorpresa, después frunce el ceño, imagino que se pregunta qué es lo que hago aquí, y, finalmente, después de segundos que me parecen eternos, sonrío.

—Victoria... —pronuncia mi nombre con calidez, como es su costumbre, aunque noto un deje de inquietud en ella.

—Pasaba por aquí. —Encojo los hombros—. Decidí salir a recorrer las calles de Londres por última vez y te vi.

Vuelve a sonreír.

—Al parecer tuvimos la misma idea —dice. Ya más confiada me acerco para admirar la vista a su lado—. ¿Cómo estás? —pregunta algo preocupado.

Le dedico una sonrisa tranquilizadora.

—Bien. Me siento extrañamente bien.

—¿Extrañamente? —Arquea una ceja—. ¿Eso es bueno?

—Sí que lo es. Deja ya de preocuparte por mí. Si estoy bien es por ti. Me ayudaste mucho. Me diste fuerza.

Levanto la mirada. La suya es ahora perpleja.

—Es todo lo que quiero. Que estés bien.

—Y lo estoy.

—¿Hablaste con Ethan?

Su pregunta me toma por sorpresa.

No, aún no hablo con él, pero sé que debo hacerlo hoy mismo. La idea no me hace feliz.

—Lo haré en cuanto regrese a casa de Mila —suspiro.

—Disculpa si te incomodé.

Intento ocultar mi malestar, pero no puedo. Sé que no tengo más remedio que enfrentarlo.

—Una mujer no puede escapar de su destino —le digo resignada y ambos nos echamos a reír sin motivo. Supongo que para liberar la tensión que amenaza con arruinar nuestro último día en Londres.

La atmósfera tensa desaparece en el acto. Empezamos a hablar de los planes que tenemos al volver. Le cuento acerca de mi idea de abrir una pequeña agencia de publicidad; a él le parece fantástica. Él me cuenta de su próximo trabajo como médico titular en el hospital más importante de Georgia y que vivirá en Athens, en casa de Mila, por un tiempo, hasta establecerse, lo que me resulta fantástico, pues podré visitarlo de vez en cuando.

Mientras habla no puedo dejar de admirar ese modo tan puro que tiene de ver el mundo. Es un hombre tan fácil de querer... Y, al mirarlo, lo único que deseo con todo mi corazón es que este alejamiento de Ethan pueda, de alguna forma, acercarme a Carl.

—Es precioso.

Admiro encantada todo lo que nos rodea. Las nubes que se esparcen lentamente por el manto azul celeste que nos cobija... El vaivén de los árboles con cálidos colores otoñales y los pequeños botes que navegan por el Támesis.

—Son pocas las personas que se detiene a admirar cosas tan simples.

—¿Simples? ¿¡Llamas a esto simple!?! —exclamo mientras que con mis

manos intento hacer una serie de movimientos para explicarle mejor que no estoy de acuerdo con él—. ¡Esto es maravilloso! Espero poder volver algún día y disfrutar de verdad de todo.

—Lo haremos. —Lo miro extrañada. ¿Lo haremos? —. La próxima vez que vengas, será conmigo.

Carl sonrío al ver mi expresión perpleja. Yo solo asiento. No me desagrada la idea, aunque quién sabe si de verdad llegue a pasar.

—Por favor, Victoria..., seca ya esas lágrimas. No ha estado tan mal.

Carl intenta consolarme cuando abandonamos la sala de cine. Creo que no fue una buena idea persuadirlo para ver una cinta dramática, pero lo hice.

El sol, casi invisible, empieza a ponerse y yo no soy más que sollozos. Durante las dos horas que duró la película ha sido así. Supongo que el ver a dos personas con un amor tan grande que termina en muerte, no es algo que haga feliz a nadie. La historia tocó mi corazón, pero mis lágrimas no se deben únicamente a eso. En realidad, se deben a que, al verla, recordé los planes que Ethan y yo teníamos: nos casaríamos, tendríamos hijos y seríamos felices. Ese sería nuestro final de cuento.

—Shhh... Está bien. No pasa nada.

Mi llanto es desbordado. No me detengo porque necesito deshacerme de toda la frustración. Pensé que lo había hecho, pero al parecer no.

—Disculpa. Es que fue muy triste. Muy triste... —gimoteo y me limpio la nariz con el brazo, sin pena.

—Vamos, mi niña. Te invito a tomar un café —sonríe acariciándome la mejilla, secando con sus dedos mis lágrimas. Asiento—. Te ves hermosa incluso cuando lloras, pero prefiero que no lo hagas. —Sus palabras logran hacerme sonreír. ¿Hermosa? ¿Yo? —. Así está mejor.

Carl pasa su brazo sobre mis hombros y así nos dirigimos a una de las cafeterías más conocidas e importantes de Richmond.

La decoración está muy bien cuidada. Hay mesas de madera bien pulida, sillas delicadas y elegantes, y hermosas plantas que adornan el lugar. Las paredes son de un sobrio color beige decoradas con sobriedad y buen gusto.

Un hombre alto y corpulento nos recibe con amabilidad y suficiencia.

—Bienvenidos, acompáñenme, por favor. —Carl toma mi mano para seguir al joven que nos conduce a una mesa algo apartada—. Regresaré en un momento para tomar su orden —añade dejándonos dos tarjetas con el menú.

—Este sitio es fabuloso. Leí muy buenas reseñas de él. Acostumbro a informarme sobre los sitios que visito y siempre quise venir aquí —le digo a modo de explicación.

—¿De verdad? Eso es excelente. —Sonríe satisfecho—. ¿Qué quieres tomar?

Le echo un vistazo a la carta.

—Los precios son fantásticos.

—Bueno, es un alivio para mi bolsillo ya que yo he invitado —bromea.

—Déjame a mí. Pagaste el cine, así que es justo.

—Tranquila. ¡Quiero hacer tus sueños realidad! No olvides que acabas de decirme que deseabas venir aquí.

—Pero...

—Pero nada. —No me permite hablar—. Si no te importa, ordenaré yo.

Asiento.

Carl le hace una seña al joven de ojos marrones y este enseguida está junto a nuestra mesa tomando la orden: macchiatos y brownies con helado.

El servicio es exageradamente rápido, pero eso es bueno. Carl y yo charlamos de cosas sin sentido mientras comemos. Los brownies están exquisitos, de hecho, todo estuvo delicioso, más que delicioso diría yo. Las reseñas que leí sobre este lugar son reales; el ambiente, el servicio, la comida... Todo es de primera.

Al salir de la cafetería nos encontramos con un manto negro azulado lleno de estrellas titilantes. No hay nubes; solo una media luna y la benevolente brisa de otoño, que golpea suavemente mi rostro, nos acompañan. Cierro los ojos para disfrutar mejor del dulce aroma de Richmond al anochecer.

—«*La despedida es la pena más dulce*» —murmuro con nostalgia citando a Shakespeare—. Voy a extrañar esto. Mi vuelo sale mañana a primera hora.

—Yo tengo que resolver algunos pendientes, pero imagino que estaré allá, a más tardar, la próxima semana. Espero poder encontrar a una bella guía que me enseñe todo lo maravilloso que hay en Georgia —dice y me guiña un ojo. Me ruborizo.

—Espero que la encuentres —bromeo.

—Bueno, tengo una candidata en mente, pero... veremos. ¿Caminamos a casa?

—Es una gran idea, señor.

Cuando estamos frente a la casa, frente a la puerta, que pronto me devuelve

a la realidad y me recuerda que debo afrontar mis problemas, me doy cuenta de que por algunas horas olvidé a Ethan y que pude volver a sonreír gracias a Carl. Ahora la triste existencia me embarga. Tengo que hablar con él.

—Victoria, es algo que tienes que hacer para poder seguir adelante —apunta Carl, que parece haber leído mis pensamientos.

—Lo sé.

Suspiro.

—Tengo algo para ti. Cierra los ojos —me pide él, con dulzura.

—Carl...

—Ciérralos, por favor —suplica y yo no tengo más remedio que cerrarlos.

Escucho con atención cada uno de sus movimientos, pero no consigo adivinar qué es lo que trama. Después de varios segundos escucho que me rodea hasta quedar detrás de mí. Recoge mi cabello, apartándolo de mi cuello y siento que coloca un collar sobre él, después, vuelve a plantármelo en frente.

—Puedes abrirlos.

Lo hago y veo a Carl, que en este momento es todo sonrisas. Me llevo la mano al cuello y levanto la joya para mirarla. En efecto, es un hermoso collar de oro con un precioso dije de ángel.

Me quedo mirando extrañada el dije.

—Esta es mi promesa. —Carl me mira fijamente a los ojos. ¿Promesa? No entiendo—. Una vez me dijiste que era tu ángel. No considero que lo sea, pero, si tú lo crees... Prometo que, por medio de este dije, te cuidaré siempre. No habrá ningún dolor que no pueda curar. No habrá ningún miedo que no te ayude a desechar. Estoy y estaré para ti. Siempre.

Debo contenerme para no llorar. ¿Puede ser más dulce?

Le doy un abrazo que él me devuelve enseguida.

—Oh, Carl... Gracias por esto. Por estar conmigo. Por este día maravilloso... Y, sobre todo gracias por ser mi amigo. Te quiero tanto...

Le doy un beso en la mejilla y entro a la casa, sonriendo como una boba. Sé que una despedida no es necesaria, pues volveremos a vernos.

«Por supuesto que es mi ángel», pienso en voz alta cuando cruzo el umbral del recibidor. Pero, en medio de la breve ensoñación que me permito vivir, recuerdo que dejé abandonado el collar que Ethan me regaló. Sí, sé que debería tirarlo de una vez por todas, pero no puedo hacerlo. No puedo.

Salgo corriendo a mi habitación y entro precipitadamente al cuarto de baño.

¡No! ¡No está! ¡No puede ser que haya desaparecido!

Regreso a seguir buscando dentro de la habitación, pero lo único que consigo es detenerme en seco cuando veo a Ethan sentado en el borde de la cama con el collar colgando de su mano. Me mira sin expresión alguna.

¿Qué diablos hace aquí?

—¿Buscabas esto?

## CAPÍTULO 24: NUEVOS COMIENZOS

Le miro desconcertada. Mi corazón amenaza, por enésima vez, con salirse del pecho. Ethan está ahí, tan tranquilo, quizá ignorando todo lo que sufrí y lo que sufro.

Lleva pantalones de franela color azul marino, camisa blanca de lino perfectamente planchada con el primer botón abierto, zapatos oscuros y, esta vez, no hay corbata. Su cabello luce alborotado, evidencia de que ha pasado las manos varias veces por él.

Se ve tan guapo... Y pensar que hubo un tiempo en el que pensé que me casaría con él. Ahora todas esas ilusiones yacen en un basurero.

—No —miento cuando consigo articular palabra—. ¿Qué haces aquí?

—Quería asegurarme de que estás bien —responde demasiado bajo, tanto que no sé cómo consigo escucharle. Sus ojos ahora emanan preocupación y miedo—. Si te hubiera sucedido algo... —susurra y se pone de pie para plantarse frente a mí.

—Estoy bien, ya me ves.

Me aparto.

—No me permitieron verte.

—No tenías por qué hacerlo. Mi estado de salud es algo que a ti ya no debe importarte. —He subido unos cuantos decibeles a mi voz para dejarle claro que será mejor que se vaya—. Ahora debes centrar tu atención en alguien más.

«Contrólate, Masterson», me digo internamente cuando siento que la sangre empieza a subirme a la cabeza imaginando la pelea que tuvo con Carl.

—Victoria...

¿Qué es lo que quiere de mí? No, no quiero escucharle. Ahora es mi turno de hablar y poner los puntos claros.

—Ethan... —Hago una pausa para poder tomar aire—. No deberías estar aquí. Ya no hay nada entre los dos. ¿Lo entiendes? —Vuelvo a mirarlo. Sé que libra una batalla interna. Él cierra los ojos, apretándolos muy fuerte, y yo, para no decaer, continúo—. Vas a ser papá, y me alegro por ti y por Mila. Tu vida, tu dirección... es clara ahora y la mía lo es también.

Tomo aire para controlar las lágrimas que empiezan a acumularse en mis ojos.

Ethan por fin me mira, y sus ojos son tristes, demasiado tristes y temerosos. Después se deja caer al piso, de rodillas, y pasa ambas manos por su cabello hasta que estas también se desvanecen sobre la alfombra gris, como si se dieran por vencidas, como si no tuvieran fuerzas para continuar.

Mi corazón se encoge en el acto porque puedo sentir su dolor; siento su impotencia, siento su amor... Quisiera abrazarlo ahora mismo. Besarlo hasta que el mundo se acabe. Sí, necesito sus besos. Los necesito más que a nada, porque él es mi todo.

Hago lo imposible para controlarme. Me acerco despacio a él hasta que ambos quedamos de rodillas, frente a frente.

Oh, Ethan, todo irá bien.

—Perdóname, Victoria. Sé que no tengo derecho a esperar nada de ti, pero te amo. ¡Te amo solo a ti! —Ethan lanza un golpe fuerte contra el piso, liberando algo de la frustración contenida—. ¡Maldita sea! ¡Nunca debí dejarte sola! —Vuelve a cerrar los ojos, pero los abre enseguida para dejarme ver la impotencia de su alma—. Estoy atado de pies y manos a una mujer que no amo, que me va a dar un hijo. Un hijo... —repite como si a pesar del tiempo que ha pasado, aún no pudiera asimilar la noticia—. No puedo luchar contra eso.

La compasión y el amor se mezclan en mi interior. Cuando me doy cuenta mi mano está acariciando su mejilla. Él recibe la caricia como lo haría un cachorrito necesitado de amor. Mi corazón vuelve a encogerse porque, ahora, el hombre fuerte, decidido y seguro ha desaparecido y en su lugar hay un niño lleno de miedo y dolor.

Lo vuelvo a sentir, mi piel lo vuelve a sentir, y de pronto lo tengo todo claro: lo amo. Infinitamente lo amo. Lo deseo con todas mis fuerzas y me muero por besarlo una y otra vez hasta quedarme sin aliento. Pero también tengo claro que no podemos estar juntos, que mi mejor amiga está esperando un hijo suyo y que debo hacerme a un lado. En el fondo sé que Ethan también tiene claro lo que debe hacer y por eso lo admiro mucho más.

—Lo sé, Ethan. Lo sé. Sé que no me recordabas, pero las cosas sucedieron así y no hay nada que podamos hacer.

—Sé que me costará la vida, pero tengo que dejarte ir para que seas feliz. Dios... No tienes idea de lo mucho que me duele decir esto. Solo quiero que estés bien. Voy a dejar de lastimarte —declara con una mirada tormentosa mientras sus dedos secan las lágrimas que ya han empezado a rodar por mi

rostro—. Pero si no es demasiado lo que pido, necesito algo que me de fuerza para alejarme. Victoria, necesito saber que me amas. Dime que tu corazón me pertenece, aunque ya no pueda estar junto al mío.

¿Es que no es evidente? Ethan, te amo. Te amo más que a nada en el mundo. ¿Es que no lo puedes ver?

—Mi corazón es tuyo, Ethan. Lo fue desde el primer momento y lo será por siempre. Para siempre.

Mi voz es apenas un susurro que va acompañado de sollozos de un corazón que se rompe en mil pedazos una y otra vez.

Ethan inspira profundamente antes de aprisionarme con sus manos y obsequiarme un beso intenso del que no puedo escapar.

Al fin puedo sentir sus labios, su aliento, su necesidad de mí... Quizá no sucedió de la mejor manera, pero, aun así, este beso lleno de pasión, de amor, de tristeza y de impotencia porque tenemos que separarnos, es exactamente lo que necesitaba.

Decido no apartarlo, porque sé que será la última vez que podré sentirlo de esta manera y porque también lo necesito. Necesito esa fuerza para continuar al igual que él.

Lo escucho susurrar mi nombre, casi sin aliento, entre beso y beso.

Dios... ¡Cuánto lo amo! Dejarlo es quitarme la vida.

Cuando nos separamos ambos respiramos con dificultad. Ethan pega su frente a la mía y coloca el collar en mi mano; yo la cierro con fuerza.

—Solo tú lograste que mi corazón abra sus puertas. Estaba perdido. Vivía para otros y hoy vivo para ti... Seguiré viviendo para ti y seguiré amándote hasta el final de mis días. Te amo, Victoria.

Ethan me mira fijamente; sus ojos brillan, pero este brillo es distinto... Es un brillo que no tolero apreciar en esos ojos negros que tanto amo. Finalmente me da un beso tierno en la frente, se incorpora y se marcha sin mirar atrás.

Yo me quedo de rodillas, sin poder controlar el llanto.

También te amo y siempre te amaré, Ethan. Siempre.

No hay mucho movimiento en *Heathrow*, a pesar de ser el aeropuerto con más conexiones internacionales de todo Reino Unido. En parte, eso me da algo de tranquilidad, porque así serán menos las personas que escruten mi rostro demacrado por el llanto.

Frunzo el ceño cuando recuerdo la actitud de Mila al despedirnos esta

mañana. Me sigue pareciendo que oculta algo. Su mirada era distinta a como siempre ha sido. Era fría, inquieta... Pero, a pesar de eso, fue duro decir adiós, sobre todo a Ethan. Fingir que nada sucedía entre nosotros resultó más difícil de lo que pensé. Casi no tuve el valor de mirarle a los ojos. Un estrechón de manos fue suficiente para reafirmar nuestros sentimientos, pues esa corriente, que ya es algo habitual entre nosotros, se hizo presente una vez más, recordándome que no habrá nada que consiga que lo olvide.

Supe que esperarían un par de meses antes de volver a Estados Unidos y casarse. Un par de meses... Sí, quizá en ese tiempo mi corazón logre sanar y así, cuando lo vuelva a ver, el dolor será menos intenso. Eso espero.

Es de noche y llueve en Athens. Puedo ver las pequeñas luces del Ben Epps Airport, que me reciben brillantes, sin intención de apagarse. De pronto, el aire de Estados Unidos me resulta vivificador. Lo siento como la promesa de una vida nueva, de un nuevo comienzo. Sé que tiene que ser así porque es lo que me he propuesto. Voy a enfocar mi vida, a encontrarme de nuevo conmigo y con mis objetivos.

Escucho a *Katy Perri* cantar a todo pulmón: «*Y en otra vida desearía ser tu chica, para mantener nuestras promesas de ser solo nosotros en contra del mundo*» mientras el taxi me lleva de regreso a casa.

«Sí, quizá en otra vida, Ethan», susurro y cierro los ojos.

\*\*\*

«Nieve... Frío... Lluvia... Viento... El invierno parece decidido a congelar las ilusiones de los amantes que buscan con desesperación la calidez del fuego, que abraza con pasión a su fuente de vida: un par de leños que se consumen en una reluciente chimenea. Parecen estar decididos a sobrevivir a costa de las impetuosas llamas. Luchan, se defienden y gritan a todo pulmón que nadie podrá contra ellos. Ni siquiera el sofocante ardor que devora su cuerpo».

Esos son los pensamientos que abordan mi mente mientras lleno una copa de vino y voy hacia la ventana para abrirla y dejar que le helada brisa golpee mi rostro.

Han pasado dos meses desde que volví de Londres, y un poco menos desde que decidí mudarme a Nueva York y poner en marcha mis planes.

Ahora vivo sola en Manhattan, aunque no estoy sola en la ciudad. Carl se

instaló hace tres semanas en un apartamento cercano al hospital donde trabaja.

Aquí, apenas y hemos tenido tiempo de vernos, por su trabajo y el mío, aunque me llama seguido. Sé que le va excelente y que logró ganarse el respeto de sus colegas en poco tiempo. Me alegro por él, y me alegro por mí. Tenerlo cerca ha sido un aliciente para no decaer.

Ahora, *VMedia*<sup>[xvii]</sup> está lista para abrir sus puertas. Estamos a una noche de su inauguración y yo estoy vuelta una loca, corriendo de aquí para allá, ultimando detalles para que todo sea un éxito.

Recuerdo lo emocionada que estaba cuando se colocó el letrero gigante y sobrio con el nombre de mi agencia. Mi propia agencia de publicidad... Valió la pena todo lo que trabajé para conseguirla. Realmente tengo un buen presentimiento al respecto.

Contesto el móvil que suena desde la mesa de café, en medio de la pequeña sala de estar.

—Julia... ¿Cómo va todo?

—Estupendo, Victoria. Estamos listos para arrancar. ¡No es perfecto! Estaba pensando en el lugar en el que ubicaremos a los empresarios que vienen desde Los Ángeles... ¿Qué te parece en la tercera mesa junto al escenario?

—Está bien. Quiero que todo quede impecable. ¿Confirmaste los servicios?

—Lo hice. No te preocupes por nada.

—Bien. Es todo Julia. Te veré mañana.

Cuelgo.

Julia es mi asistente, estudia publicidad y tiene un par de años menos que yo. Ha sido de gran ayuda todo este tiempo. A pesar de su corta edad, es muy eficiente.

Inspiro hondo y miro el bonito portarretratos de madera que adorna el borde de la chimenea: Mila y yo unidas en un abrazo. Recuerdo que esta fotografía la tomó mamá en nuestro primer día como estudiantes universitarias. Suspiro.

No he recibido noticias tuyas desde que volví de Londres.

¿Estará bien?

Intentar comunicarme con ella ha sido inútil. Imagino que con su embarazo y la boda debe estar vuelta una loca, además, deben estar por regresar a

Estados Unidos. Ya casi se cumple el plazo.

¿Por qué siento que nada volverá a ser como antes entre las dos?

El despertador me saca del hermoso sueño que tenía: prados verdes, ríos y mariposas que revoloteaban sobre un desbordante río lleno de espuma blanca.

Son las siete menos diez de la mañana y yo me levanto mecánicamente — como un robot programado— para ir directamente a la ducha y dejar que el agua tibia haga lo suyo y termine de despertarme.

Aún queda mucho por hacer.

«Será mejor que me ponga algo ligero y en la noche, antes del evento, regrese aquí a cambiarme», reflexiono mientras hurgo en mi ropero. Opto por un vestido holgado color beige y zapatos bajos del mismo color. Después recojo mi cabello en una gran coleta y bajo a desayunar.

Mi casa no es muy grande, pero está bien para mí. Tiene lo que una joven, próxima a cumplir veintidós, necesita para vivir cómodamente, y lo mejor es que pude decorarla a mi gusto. Mi propia casa... Se siente bien saber que tienes un espacio propio en el mundo.

Mientras termino mis cereales con yogurt griego, escucho el sonido del móvil anunciando una llamada: es Carl.

—¿Cómo está la empresaria del año?

Me dice con su habitual tono de voz reconfortante y divertido.

—Diría que la empresaria del año se siente agotada, pero saca fuerza para estar de pie y no correr de vuelta a su cama.

Río.

—Me alegra oír eso. Escucharte reír es maravilloso.

Me ruborizo.

—¡Basta, Carl! —Es increíble que siga teniendo ese efecto en mí, incluso por teléfono—. Dime, ¿a qué hora vendrás?

—Te hablo por eso. Surgieron asuntos que debo resolver... No voy a poder acompañarte, princesa.

¡No! ¡Carl!

No puedo evitar que me invada un enorme sentimiento de tristeza. Esperaba verlo y contar con su apoyo, como siempre.

—¿De verdad no puedes venir? —pregunto sin poder ocultar mi decepción.

—Me temo que no, hermosa. Perdóname.

—No... No te preocupes. Entiendo.

—Todo saldrá perfecto, ya lo verás. Lo tienes todo para triunfar, Victoria —me dice con tanta dulzura, que me parece estar viendo su bella sonrisa tranquilizadora, que es tan típica en él.

—Eso espero. Gracias, Carl. Te quiero.

Cuelgo.

No me esperaba algo así. Deseaba que esté conmigo en este día tan importante, pero no. No estará él, no estará Mila, ni mamá y tampoco... Ethan. De pronto me siento tan sola...

Oprimo con todas mis fuerzas el dije que cuelga de mi cuello: la promesa de Carl, y dejo escapar un profundo suspiro de resignación.

En la agencia el día se esfuma en un abrir y cerrar de ojos. Son las cinco treinta de la tarde cuando me cercioro por última vez de la perfección de cada detalle, después recojo mi bolso y abandono el edificio.

Cuando estaciono, junto al pequeño porche de la casa, descubro un bello y enorme arreglo de rosas rojas bien acomodado frente a la puerta.

«Carl...», pienso enseguida en voz alta. Imagino que fue la única forma que encontró para disculparse. Pero tendrá que hacer más que esto para redimirse después de abandonarme en un día como este. Sonrío y las recojo. Hay un pequeño sobre en medio del ramo. Lo abro sin poder ocultar mi sonrisa de encanto y leo.

Un momento... Ésta no es la letra de Carl.

*Mereces todo el éxito del mundo. Eres la luz más bella y así vas a brillar esta noche. No hay minuto en el día en que no piense en ti y desee estar contigo.  
Te amo.*

*E.M.*

Me quedo boquiabierta un par de segundos mirando la nota.

¿Es Ethan? Las rosas me las envió él. Palidezco y el corazón se me sube inmediatamente a la garganta. ¿Está aquí? ¿Cuándo volvió? ¿Cómo sabe mi dirección?

Miro a todos lados esperando verlo, pero no hay rastro de él. Mi respiración es ahora débil y trabajosa. No puedo creer que aún sea capaz de hacerme sentir así, lo que me confirma que nada ha cambiado dentro de mí; el

amor que siento por él sigue estando intacto.

Entro a la casa con el arreglo de rosas entre mis pálidas manos, que no hacen más que temblar.

¿Debería tirarlas?

«¡No te atrevas!», me grita el corazón, que no ha terminado de volver a su lugar. Le hago caso. Después de todo sería un crimen condenarlas a un basurero. Además, son preciosas y huelen delicioso.

¿Cómo supo del evento? Y ¿qué pretende con esto? Pensé que lo que hablamos la última vez en Londres había sido algo definitivo. ¿Es que no se da cuenta de que solo lo complica todo? Evidentemente no y eso es muy frustrante.

Inhalo por última vez el delicioso aroma de las rosas y subo como un rayo a mi habitación.

Mi atuendo consiste en un vestido largo, plateado, con la espalda descubierta y un escote algo atrevido, pero elegante; zapatos de tacón medio, que parecen de cristal, y pendientes largos a juego con el vestido. Recojo mi cabello en un moño y cubro mi rostro con una delicada capa de maquillaje.

¡Ya está!

El vestido me queda pegado al cuerpo, acentuando mi figura. Me doy cuenta de que el corre y corre de los últimos meses me ha sido beneficioso. No luzco demasiado delgada; es más, diría que he ganado algo de músculo.

Tomo el bolso de mano que descansa sobre la cama y guardo el móvil y las llaves de la casa. Extrañamente, antes de salir, siento la imperiosa necesidad de darle un rápido vistazo a las flores para asegurarme de su existencia. En efecto, ahí están, sobre la mesa de cristal, tan imponentes como la persona que las envió. Inmediatamente me apresuro hasta la puerta y examino la calle con la mirada.

¿Es que espero encontrar a Ethan?

Meneo la cabeza, fastidiada por no poder controlar mis deseos, y subo a trompicones al auto.

Cuando cruzo el umbral del salón de eventos de la agencia me percató de que varios de los invitados ya han llegado y se encuentran cómodamente sentados en los lugares destinados para ellos. Me apresuro a saludarlos y a darles las gracias por venir, después advierto que el grupo de jazz que Julia contrató ya se encuentra sobre el escenario, ultimando detalles, y que los meseros empiezan a servir champán y pasabocas.

«Bien», suspiro internamente, aliviada.

Enseguida veo a Julia acercarse totalmente azorada. Su rostro pasó de un bonito rosa pálido a un rojo escarlata.

—¿Qué sucede, Julia? Dime que todo está bien, por favor.

Los nervios se apoderan de mí. No toleraría que algo salga mal.

—Bueno... Hay alguien que espera por ti, Victoria. Lo hice seguir a la oficina.

—¿Quién?

—No quiso dar su nombre, pero es un hombre muy apuesto —asegura sonrojándose aún más.

Entonces lo tengo todo claro. No puede ser nadie más que Ethan.

Palidezco.

Se atrevió a venir.

—Gracias, Julia. ¿Te ocuparías de recibir a los invitados por mí?

—Claro, Victoria. No te preocupes.

Mis pies se han convertido en plomo y, conforme me acerco a la oficina, mi corazón late más y más fuerte, negándose rotundamente al sosiego.

Sí, sé que solo puede ser él.

Contengo el aliento cuando giro el pestillo y abro la puerta. Hay un hombre de traje oscuro, que espera de espaldas, de pie junto a mi escritorio. La luz es terriblemente tenue por lo que me es difícil distinguirlo, pero mi corazón grita vehemente una sola palabra y cuando estoy a punto de pronunciarla, la silueta se vuelve para permitirme descubrir con claridad su identidad. Enseguida agradezco la sensatez de mis labios al abstenerse de dejar escapar sonido alguno, porque en lugar de encontrarme con penetrantes ojos negros, me encuentro con unos bellos y brillantes ojos azules: es Carl.

De pronto, un pequeño destello de decepción cruza brevemente por mis ojos, pero consigo apartarlo antes de que pueda intensificar su presencia.

—¡Carl! —exclamo en medio de sonrisas y un fuerte abrazo. Él me hace girar un par de veces en sus brazos—. Dijiste que no vendrías.

—Una pequeña mentira piadosa. Quería sorprenderte y creo que lo conseguí.

Me tomo unos segundos para admirarlo. Lleva un sencillo traje negro, camisa blanca y pajarita. Se ve espectacular. Muy atractivo. El color de su vestido resalta armoniosamente sus ojos, que ahora lucen más límpidos y angelicales de lo habitual.

—No podría dejarte sola —me dice y acaricia mi mejilla. Yo me hundo en sus brazos nuevamente.

—No sabes lo feliz que me hace que estés...

Las lágrimas se aglomeran en mis ojos.

¡Qué sensible me encuentro hoy! Pero imagino que saber que Ethan está en la ciudad pone a mi corazón a mil.

—No, por favor. No llores. Es tu día especial y todo va a salir bien. Estoy aquí, contigo.

Asiento e inspiro hondo un par de veces para controlar mis alborotadas emociones.

—Tienes razón. Ven, vamos al salón.

—Antes quisiera...

Carl me detiene y saca una pequeña caja blanca del bolsillo derecho de su pantalón. La abre muy despacio mientras mis ojos vislumbran intrigados el interior y su contenido: una sortija de plata con diamantes que forman una corona. Él toma mi mano con delicadeza y coloca la sortija en mi dedo índice.

—Una corona para la princesa más bella del reino, que hoy va a triunfar.

—Carl... —esbozo una sonrisa sincera—. Estaría perdida sin ti. No sabes lo mucho que significa que... Gracias...

Me quedo sin palabras, y contenerme resulta imposible, sobre todo después de este gesto tan dulce, así que una lágrima traicionera resbala sin pereza por mi mejilla. Cuando Carl se percata de ella, me aparta y la elimina con su immaculado pañuelo.

—Victoria, te lo mereces todo —murmura con dulzura y vuelve a rodearme con sus brazos.

Después de un par de minutos, cuando consigo reponerme, ambos regresamos al salón, que ahora está repleto. Los músicos han empezado a tocar y todo parece avanzar sobre ruedas.

Los medios de comunicación se han instalado para cubrir el evento. Son las ocho menos diez, lo que me indica que es hora de comenzar con el ceremonioso discurso que tanto he practicado. Entrelazo los dedos y me preparo para subir al escenario, que ahora tiene el aspecto de una extraña criatura que amenaza con devorarme.

¿Y si lo hago mal?

—Puedes hacerlo —asegura Carl, adivinando mis pensamientos.

—Hablar en público no es mi fuerte.

—Creo en ti —replica.

Él cree en mí. ¿Qué otra cosa necesito para darme valor?

Respiro profundo tres veces antes de subir al escenario y capturar la atención de todos los asistentes. Una vez arriba, busco desesperada la mirada de Carl, que se encuentra en una de las mesas del centro. Él me dedica una sonrisa tranquilizadora que me anima a empezar con el discurso inaugural.

—Buenas noches —empiezo temblorosa, pero consigo recuperarme—. Gracias por estar aquí, acompañándome en este, que es uno de los días más importantes de mi vida. Soy Victoria Masterson y quiero decir que me complace formar parte de este equipo de visionarios que esperan y desean triunfar en este mundo tan competitivo. Es un sueño y un reto que compartimos todos los que hoy iniciamos el camino, y estoy convencida de que, dentro de unos años, podremos mirar atrás y sentirnos orgullosos por lo que hemos conseguido; por todo el trabajo, el amor y los sueños que hemos invertido en esta nueva empresa. Tengo una larga lista de personas a las que quiero agradecer... ¡Vaya..., la lista es interminable! Pero comenzaré por agradecer a Dios, que es quien me permite estar aquí, frente a ustedes... A mi madre, que, aunque hoy no pudo estar, siempre acompaña mi corazón. A mi equipo de trabajo, que no se dio descanso para hacer todo esto posible; gracias, de verdad. Y finalmente a alguien muy especial; a la luz que supo guiarme y brindarme palabras de aliento cuando sentía que no podía avanzar. Carl, gracias por acompañarme... No sabes el bien que me hace tu presencia.

De pronto me absorbe una imperiosa necesidad de dirigir la mirada hacia la puerta principal; es como si una voz supremamente seductora reclamara mi atención. La obedezco sin pensarlo y enseguida me encuentro con los brillantes ojos negros de Ethan, que me observan con frialdad y ardor al mismo tiempo.

¿Qué hace aquí? ¡Maldita sea! ¿Acaso busca volverme loca?

Lo esquivo y miro nerviosa mis manos hasta que me encuentro con la sortija que me regaló Carl, y sus palabras regresan a mi mente: «Es tu día especial y todo va a salir bien. Estoy aquí, contigo».

Inspiro hondo, animada por la fuerza que me da su presencia, y decido continuar a pesar de la ansiedad que se ha adueñado de mí.

—Muchas veces sentimos que la vida nos golpea arrebatándonos aquello que más amamos, pero la verdad es que... solo nos ofrece la oportunidad de comenzar de nuevo y mejorar.

Paso saliva.

No puedo creer que Ethan esté aquí. ¿Regresó para la boda? Sí. Debe ser eso.

«Concéntrate, Masterson», me regaño.

—Solo me queda por decir que pondremos dedicación, esfuerzo y, sobre todo, mucho corazón en todo lo que hagamos. Y, de este modo, con esta actitud, estoy segura de que alcanzaremos el éxito anhelado. ¡Larga vida a VMedia! Bienvenidos.

Todo el mundo se levanta de sus asientos para aplaudir, pero yo solo soy capaz de mirar a Ethan. No he podido apartar mis ojos de los suyos.

—Disfruten de la velada. ¡Salud! —concluyo y levanto mi copa llena de champán, para brindar.

Me apresuro a bajar del escenario mientras los músicos vuelven a lo suyo con una melodía suave que me parece sumamente nostálgica.

Varias personas me abordan para saludarme y felicitarme. Tengo que conceder un par de entrevistas y uno que otro abrazo antes de llegar a la mesa con Carl. Él me recibe sonriente y, antes de que pudiera ocupar mi lugar a su lado, me estrecha entre sus brazos.

—Ha sido excelente, Victoria —me felicita—. Te dije que brillarías.

—Gracias, Carl. No lo habría logrado sin ti.

Sonrío, pero enseguida frunzo el ceño al ver que su mirada cambia de cálida a fría.

Me vuelvo inmediatamente para descubrir a Ethan plantado detrás de mí.

Lleva un traje oscuro de tres piezas, camisa de lino blanca y pajarita. Su pelo luce alborotado, lo que le hace ver más sexi y atractivo de lo habitual. Sus ojos aún son un tempano de hielo, un tempano que congela directamente a Carl, creando una tensión insoportable que fácilmente podría romperse con solo una respiración. Después de un par de segundos finalmente me mira y sus ojos se relajan un poco.

«¿Qué está haciendo aquí?», vuelvo a preguntarme mentalmente porque no puedo emitir palabra. Me he quedado muda.

Carl pasa su brazo por mis hombros y por fin rompe el silencio.

—Ethan... ¿Cómo estás? ¿Qué te trae por aquí? ¿Mila vino contigo?

Ethan no aparta su mirada de la mía e ignora a Carl. Mi respiración es demasiado baja. Siento que el alma se me cae a los pies.

—No —espetea con frialdad dirigiéndose a Carl, después me devuelve la

mirada—. Fue un magnífico discurso, señorita Masterson. Yo le habría quitado un par de frases, pero, por lo demás, fue óptimo. La felicito —comenta con media sonrisa e inmediatamente sé que se refiere a lo que dije de Carl.

¡Para ya con tu juego, Mills!

—Se lo agradezco, señor Mills, pero lo que dije fue todo lo que quise decir, se lo aseguro —replico cuando por fin logro recuperar la serenidad.

—Ethan, ¿necesitas algo? —le pregunta Carl, que no ha abandonado la media sonrisa que adorna sus labios.

—Te aseguro que no necesito nada de ti.

Entorno los ojos, irritada.

¿Qué demonios les sucede? Parecen un par de chiquillos retándose a un juego. No soporto la tensión. Estoy a punto de dejarlos a los dos e irme a mi oficina, pero entonces llega Julia al rescate. Parece haberse dado cuenta de la situación. Sin embargo, antes de intervenir y ayudarme, se toma su tiempo para admirar a Ethan con la boca abierta. Vuelvo a entornar los ojos. La reacción que las mujeres tienen hacia él no ha cambiado.

Siento un pequeño fastidio.

—Sí, Julia, ¿ocurre algo? —le pregunto de mala gana. Ella se ruboriza.

—Victoria, hay personas que desean saludarte. ¿Me acompañas?

¡Sí, era lo que necesitaba para escapar de este par!

—Disculpen —musito y me voy antes de que puedan responderme.

Agradezco tanto que Julia me sacara de ahí... No toleraba más esa situación.

Saludo a un par de hombres entrados en años, que al parecer están interesados en nuestros servicios y les prometo visitar sus empresas para concretar el negocio. Hablamos un poco más, y yo intento concentrarme en lo que dicen, pero es imposible; mi mente está lejos de ahí, se encuentra con Ethan y Carl. Tengo tanto miedo de lo que Ethan pueda hacer... Quizá no fue buena idea haberlos dejado solos.

Decido volver a la mesa antes de que ocurra algo que lamentar.

Emprendo el camino de regreso, llena de nervios, mirando mis pies. No recuerdo la última vez que lo hice. Cuando levanto la vista hacia la mesa de la que escapé, veo a Carl e Ethan sumidos en una conversación. El rostro de Carl tiene una expresión de incredulidad muy marcada.

Frunzo el ceño.

¿Qué pasa ahí?

Apresuro el paso y en un par de segundo estoy con ellos. Carl me mira con ansiedad y miedo, e Ethan... No sabría decirlo.

—¿Todo bien por aquí? —inquiero un poco alarmada, pero es obvio que nada está bien.

—Victoria, tenemos que hablar —me dice Ethan con una mirada suplicante.

—Dime —contesto con frialdad. Él mira ceñudo a Carl—. Carl se queda.

Por supuesto que no quiero quedarme sola con él. Ethan cierra los ojos, lleno de fastidio, pero parece resignado.

—Lo mejor es que hablen a solas —indica Carl mientras abandona su silla.

¿¡Qué!? ¿¡Solos!?

—¡Espera, Carl...! No te irás, ¿verdad?

—No, Victoria. No voy a ninguna parte. Estaré por ahí, esperando a que terminen de hablar —asegura acariciando mi mejilla—. Te veo luego —añade y se marcha.

Los nervios vuelven a apoderarse de mí, pero me armo de valor y levanto la mirada hasta que la vuelvo a encontrar con la de Ethan.

—Bien, hablemos —mi voz es gélida—. Para empezar, no debiste enviarme flores. No tienes por qué hacerlo.

Mi intención de aferrarme al enojo se frustra cuando lo veo esbozar una sonrisa. ¡Maldita sea! ¿Por qué no puedo resistirme a sus encantos?

—Las flores te las envié porque quise y punto. Pero eso no es importante ahora, Victoria. Veo que tú y Marx han estrechado su amistad.

Sus ojos vuelven a congelarse haciendo que por un momento me sienta culpable.

—Carl es una persona muy especial para mí. Y sí, su apoyo ha sido fundamental en todo este tiempo.

Perfecto. ¿Cómo te quedó el ojo, Mills?

—Eso me queda claro —se limita a responder e inspira hondo intentando ocultar su enfado, pero no lo consigue. Sé muy bien que está furioso.

—Si es todo, iré a atender a los invitados.

Me levanto, frustrada por su hermetismo.

¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Por qué vino?

Ethan se acerca con rapidez y me detiene tomándome del brazo. Siento arder mi piel cuando me toca, pero me aparto enseguida, con brusquedad.

—Lo que tengo que decir es muy serio —replica ceñudo.

—Entonces dilo de una vez.

Solo dilo para que pueda irme y escapar de tu mirada que no hace más que torturarme.

—Se trata de Mila.

¿Mila?

—¿Está bien? ¿Le sucedió algo al bebé? —Mi voz es ahora una alarma. No... Mila. Ethan suspira con tristeza y eso me desespera más—. ¡Ethan! —insisto.

—Nunca estuvo embarazada.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo que no está embarazada?

—El embarazo fue un invento —musita, y bebe todo el contenido de la copa de un solo bocado.

—¿Un invento? —No entiendo—. Ethan, será mejor que hables claro porque me siento perdida en este momento.

Antes de responder pasa ambas manos por su cabello con exasperación.

—Insistía mucho en que nos casáramos inmediatamente después de tu partida. Su comportamiento me pareció extraño, así que le dije que le acompañaría al médico para asegurarnos de que el bebé estuviera bien. —Miro con tristeza su bello rostro —ahora ceniciento— mientras él se sumerge en el silencio por un par de segundos—. Se negó. Me dio largas un par de meses hasta que finalmente la obligué. La semana pasada fuimos con el médico de la familia y este me confirmó lo que en el fondo sospechaba. No existía ningún embarazo.

Palidezco.

—Me volví loco de rabia —continúa, con los ojos sombríos y llenos de dolor—. No podía concebir la idea de que alguien pudiera ser capaz de jugar con algo tan delicado. La enfrenté, le pedí explicaciones y me las dio.

¿Cómo pudo? ¿Por qué lo hizo? Realizo un millón de preguntas en mi mente antes de recordar su actitud extraña. ¿Era eso lo que ocultaba? No me lo creo... Mila...

Ethan está perdido en sus pensamientos.

—¿Por qué? —pregunto en un susurro.

—La noche de la fiesta... nos vio juntos. Escuchó todo. —¡No! —. Fue entonces que decidió inventar el embarazo, para retenerme.

## CAPÍTULO 25: FUTURO INCIERTO

Dios, no... ¡No, no, no! ¡Mila no es así! Ella no haría algo así. Miles de sentimientos pasados vuelven a cernirse sobre mí: el dolor que sentí cuando me dijo que esperaba un hijo de Ethan, la culpa que me carcomía el alma por el último beso que nos dimos, el tiempo que pasé encerrada llorando en mi habitación, las doce horas perdidas por el impacto... ¡No, Mila!

Todo se derrumba a mi alrededor, mi vida entera. Siento que no la conozco. Ella no es la persona que yo conocí.

Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas. Saco fuerzas no sé de dónde y voy a mi oficina para que nadie me vea llorar. Carl e Ethan me siguen.

Entro, pero no cierro la puerta, solo me siento en la silla de mi escritorio, me cubro la cara y me abandono al inquebrantable llanto. En ese momento ambos irrumpen en la oficina, pero Carl es el primero en acercarse.

—Victoria, por favor, cálmate —me pide.

¿Calmarme? ¡No puedo! ¿Cómo iba a hacerlo? Esto no es cierto.

Me levanto y miro a Ethan; sus ojos son pura desesperación y sé que es porque no sabe cómo acercarse.

—¡Mientes! —le grito, porque aún no puedo creerlo—. Mila no haría algo así. Ella es mi mejor amiga. Ella es...

Mi voz va perdiendo fuerza hasta que se transforma en un lúgubre sonido.

—Victoria, es verdad —replica Carl, alarmado por mi reacción.

—¿Lo sabías?

—¡Por supuesto que no! —apunta, sorprendido por mi pregunta—. Ethan me lo dijo hace un momento. No le creí y decidí llamar a Mila. Lo aceptó todo.

¡No! Me cubro de nuevo con mis brazos.

—Cuando me lo confesó... —continúa Ethan—. No lo podía creer. Se escudó diciendo que la habíamos traicionado. Entre gritos le expliqué lo que había entre nosotros, los planes que teníamos, las veces que me rechazaste para no lastimarla... Entonces se dio cuenta de que era yo el hombre con el que te ibas a casar hace años.

Ahora todo tiene sentido. Ahora entiendo por qué sentía que me escondía algo y que mi sufrimiento le...

—Sé que todo esto es un shock para ti, pero debes ser fuerte —susurra

Carl, arrodillándose frente a mí para acariciar mi cabello.

—No puedo. Ya no tengo fuerza... Ya no la tengo.

—Tú puedes, princesa. Lo vas a conseguir, lo sé. —Carl toma mis manos para besarlas y yo —de forma inconsciente— miro a Ethan. Está arrinconado y sé que lucha contra él mismo para no saltar sobre Carl y golpearlo—. ¿Recuerdas? —Carl acaricia la sortija que se ajusta en mi dedo—. No te rindas. Hoy no.

Es imposible no sentir que la vida se te acaba cuando te enteras de que una de las personas que más amas en la vida quiso hacerte daño. Pero ¿acaso no estuve dispuesta también a lastimarla? Cuando acepté retomar mi relación con Ethan, sabía que Mila sufriría al enterarse y no me importó. Merezco lo que me está pasando. Ella solo actuó de la misma forma.

A pesar de tener claro el panorama, sé que Carl tiene razón. Me duele lo que hizo Mila, pero no puedo desmoronarme.

Asiento entre sollozos y desvío la mirada hacia Ethan. Está mal, lo sé.

Me vuelvo hacia Carl; él enseguida comprende que deseo hablar a solas con Ethan. Me da un beso en la frente y abandona la oficina.

No puedo imaginar todo lo que debió sufrir al enterarse de la verdad. Quizá más que yo.

Me acerco con timidez, sin saber qué decir, pero, antes de que pudiera llegar a su lado, Ethan se abalanza sobre mí, como un animalito herido que busca cuidados, y deja salir en un abrazo todo el dolor contenido en su interior.

Se me parte el corazón al verlo llorar. Es la primera vez que lo siento tan frágil e indefenso. Yo solo lo acuno entre mis brazos con todas mis fuerzas.

Mi amor... ¿qué haremos ahora?

Acaricio su cabello y, por un instante, vuelvo a sentir que es mío.

Cuando consigo un poco de sosiego, me aventuro a levantar su hermoso rostro, que ahora solo refleja fragilidad y temor. ¡Dios, esto es nuevo! Siento compasión por él... Siempre ha sido tan fuerte, tan seguro y ahora...

—¿Te sientes mejor? —le pregunto en un hilo de voz.

—Soy yo el que debería contenerte.

—No puedes controlarlo todo, Ethan. A veces es válido ser vulnerable y dejar salir todo nuestro dolor para liberar el alma. Créeme, lo sé.

Ethan parece confundido. Su mirada está llena de sentimientos encontrados. Sentimientos nuevos, que evidentemente no sabe manejar.

—Perdóname —gimotea y baja la mirada.

—No tengo nada que perdonarte. —Levanto nuevamente su rostro para que me mire—. Esto no es tu culpa. ¿Lo entiendes?

Ethan acaricia lentamente mi sien y yo cierro los ojos para saborear esa increíble sensación que dejan sus dedos en mi piel.

Nada... Absolutamente nada ha cambiado. El amor que siento por él vuelve a salir de donde se había escondido. Me dejo llevar por él, por sus ojos, por su aroma... hasta que me encuentro con la sortija de Carl.

¡No, Carl!

Me aparto rápidamente de Ethan, como si estuviera a punto de cometer un delito. Él se queda inmóvil, desconcertado.

—Necesitamos tiempo para sanar las heridas.

—Victoria, te amo. Te amo más que antes —murmura, y se acerca cauteloso—. Ya no me amas. ¿Es eso?

—Por supuesto que te amo, Ethan. No he dejado de hacerlo, pero siento que no es momento para volver a estar juntos. Debemos estar libres de toda tristeza, de todo rencor, y eso solo podrá ser posible con el tiempo. ¿Lo entiendes?

Me dedica una mirada confusa y triste que me es imposible tolerar.

¡Victoria, sé fuerte!

—Lo sé —responde en voz baja—. Sé que nuestro amor debe volver a ser el mismo. Puro. Sin malicia. Lo sé, Victoria. Pero no me pidas que me aleje porque no estoy dispuesto a hacerlo.

—Ethan...

Su pulgar roza mis labios lentamente, silenciándome.

—Permíteme volver a empezar. Vamos a ir lento... Vamos a hacer las cosas bien...

Oh, mi Dios... Sentir su aliento sobre mi piel es mortal. Inspiro profundamente para controlar mis ansias de él. Me conozco este juego, pero esta vez no pienso ceder.

—Lo haremos a mi manera. —Me aparto—. Será mejor que regresemos al salón.

—Como usted diga, señorita Masterson —conviene dedicándome una sonrisa sexi. Ahí está de nuevo el Ethan que conocí, dominándome con su voz y su sonrisa juguetona—. Somos amigos, ¿verdad? —pregunta arqueando una de sus bellas cejas.

Qué tierno es... Volvería loca a cualquier mujer, pero, aunque así sea, él me ama y eso me llena de felicidad.

—Sí, Ethan. Somos amigos —contesto y lucho por ocultar la alegría que siento por tenerlo de nuevo conmigo.

Estoy abrumada por todo, pero tener a Ethan aquí hace que me sienta fuerte. Capaz de lograr lo que me proponga.

—Por el momento —aclara, y su súbita dulzura me hace sonreír—. No sabes cómo amo tu sonrisa —susurra seductor.

—Salgamos de aquí, galán de pacotilla —le digo sin poder ocultar mi diversión. Abandono la oficina y él me sigue.

Ya en el salón busco a Carl con la mirada, pero no lo encuentro. De repente, un fuerte carraspeo al micrófono capta la atención de todos los presentes. Es Carl, que está en el escenario.

La música cesa, y yo miro llena de nervios a Ethan, que de nuevo se ha convertido en un tempano. Es tan frustrante...

—Su atención, por favor —pide y enseguida todos lo miran, sobre todo las mujeres, que lo hacen con la boca abierta—. No quiero dejar pasar la oportunidad de felicitar a mi gran amiga, Victoria, por tener el valor de cumplir uno de sus sueños. —Apenas menciona mi nombre los papeles se invierten. Me ruborizo al darme cuenta de que ahora soy el centro de atención—. Te admiro y te respeto. Eres una luz brillante y hermosa que va iluminando el camino de todos nosotros. Tu sonrisa es como una brisa refrescante que da vida. Piensas en los demás antes que en ti misma y eso te convierte en una mujer excepcional. Gracias por permitirme estar a tu lado. ¡Damas y caballeros, pido un fuerte aplauso para esta maravillosa mujer!

La gente empieza a aplaudir mientras Carl baja del escenario y camina con paso firme hacia mí. Sus brazos pronto me rodean, cariñosos, cálidos. Hago lo mismo, y la gente aplaude con más fuerza ante nuestra demostración de cariño.

—Todo va a estar bien —me susurra al oído y sé que se refiere a la tristeza que resurgió en mi alma al enterarme del engaño de Mila.

Asiento.

—No sabía que eras un experto orador —espetea Ethan en tono burlón. Evidentemente no le hizo gracia que Carl hiciera lo que hizo.

—No lo soy. Lo que dije salió del corazón. Deberías intentarlo alguna vez. Carl le devuelve una sonrisa tensa y desafiante.

No lo puedo creer. ¡Se comportan como niños!

—¡Basta, por favor! No quiero discusiones.

Levanto un poco la voz para intentar calmar los ánimos. De pronto me siento como la madre de ambos.

—Disculpa, Victoria —contestan en coro.

Sonrío con ternura, porque en este momento es lo que siento por ellos.

—Bien.

\*\*\*

Fue un día agotador en todos los sentidos. Tantas emociones... Tantos sentimientos... Sonrío al recordar la discusión tan infantil entre Ethan y Carl para decidir quién debía acompañarme a casa. Al final vine sola. No podía permitir que la discusión continúe.

Estoy feliz por tenerlos a los dos. A uno lo quiero como mi mejor amigo, porque lo es..., y al otro... Al otro lo amo con todo mi corazón.

Sin embargo, aunque la inauguración haya sido todo un éxito, no todo es alegría, sobre todo cuando pienso en Mila... ¿Cómo pudo hacer algo así? ¿Hacerle algo así a Ethan? Bueno, en el fondo sé por qué. Está enamorada de él, pero un amor que recurre a la mentira para mantenerlo no puede ser sano. Tal vez en este momento esté deseando no volver a verme. Entiendo que debió sentirse traicionada al enterarse de lo que hubo entre los dos. Me pregunto si volveré a verla algún día. Sé que no podré sentirme completamente feliz si no la tengo a mi lado, pero es el tiempo quién dirá si volveremos a ser las de antes.

Ethan... Mi Ethan. Es tan temperamental... Tan cambiante... Pero lo amo, de eso estoy segura. Pero también estoy segura de que tiene que pasar un tiempo para que podamos estar de nuevo juntos y recuperar lo que teníamos.

¡Ethan, Ethan, Ethan! Te amo en todas tus facetas, y te amo mucho más después de descubrir tu lado vulnerable. Eres tan indefenso y frágil en el fondo. Tan humano... ¡Pero no! No me gusta verte así. No me gusta verte sufrir. Te prefiero ególatra y autoritario, aunque eso llegue a exasperarme, la mayoría del tiempo.

Cierro los ojos para, poco a poco, dejarme llevar por su imagen, por su rostro, por su sonrisa..., que la tengo grabada en mi mente como si estuviera tallada en piedra.

Admiro los débiles rayos de sol que entran por la ventana de mi

habitación, iluminando los rincones oscuros.

El reloj marca las ocho menos diez y yo me levanto con el mejor de los ánimos, lista para empezar mi sábado. Me siento revitalizada. Por primera vez en años siento que pude descansar.

Mientras termino el cereal con fruta y yogurt, decido echarle un vistazo al periódico local, esperando leer buenas reseñas sobre la inauguración. Lo tomo y enseguida me quedo con la boca abierta al ver que una fotografía de Carl, Ethan y yo, adorna la primera plana. El titular pone: «*VMedia, una fiel promesa de éxito*». Sonrío, porque es exactamente lo que espero que sea. Leo el pie de foto: «*Victoria Masterson, presidenta de VMedia, acompañada del exitoso empresario Ethan Mills y el reconocido médico inglés, Carl Marx*».

Sí, esa soy yo.

Recuerdo perfectamente el momento en que tomaron la fotografía. A Ethan no le hizo ninguna gracia que me retrataran junto a Carl, así que se metió en medio de ambos.

Este es un recuerdo que quiero tener siempre presente.

Busco la nota en internet e imprimo la imagen en papel fotográfico, después voy a mi habitación y la coloco en un pequeño marco de plata que tengo junto a la cama.

Se ve bien.

Sé que Ethan no odia a Carl, de hecho, ninguno de los dos se odia. El problema soy yo. ¿Cómo lidiar con eso? Estoy segura de que, en otras circunstancias, podrían haber sido amigos. Quizá aún no sea tarde para conseguir que lo sean.

Tomo una ducha reflexiva, disfrutando de cada gota de agua que resbala por mi piel cargando promesas de días mejores. Al terminar cepillo mis dientes y me envuelvo en una toalla. Me siento al filo de la cama y, con cuidado y paciencia, seco mi cabello largo y rebelde, froto crema hidratante por todo mi cuerpo y busco algo que ponerme. Opto por vaqueros negros, blusa rosa corte princesa y zapatillas a juego. Por último, recojo mi cabello en una coleta alta y busco en mi viejo joyero el collar que me obsequió Carl, pero, en su lugar, encuentro el que me dio Ethan. Me quedo mirándolo por unos cuantos segundos.

¿Y si lo uso? O tal vez podría combinarlos, después de todo, los dos provienen de personas sumamente importantes para mí.

Le hago caso a mi corazón: busco el otro collar, le quito cuidadosamente

el dije y se lo coloco en el primero.

¡Ahora sí!

Luce un poco extraño, pero me gusta mucho más. Mi ángel guardián y el corazón de Ethan en un solo lugar. Es todo lo que necesito para comenzar de nuevo.

Estoy en el piso principal, sumida en la lectura, cuando escucho el agudo sonido del timbre de la puerta anunciando una visita.

«¿Quién podrá ser?», me pregunto mientras voy a abrir.

Carl y su sonrisa angelical aparecen detrás de la puerta. Lleva vaqueros negros, camisa blanca clásica y americana negra de corte sencillo.

—¡Carl! —exclamo.

—Hola, princesa. Espero no ser inoportuno, pero pasaba por aquí y pensé que podríamos festejar tu triunfo —me dice encogiendo los hombros—. Te invito a comer.

Sonrío.

—Acepto encantada... —contesto—. Pasa. Estaré lista en un minuto.

Carl entra a la casa, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Ethan aparece con una botella de vino, que reconozco perfectamente, en las manos.

¿Es enserio? Dejo escapar una pequeña risa. Toda esta situación me resulta divertida.

—Ethan. ¡Qué sorpresa! —lo saludo intentando ocultar mi diversión.

Parece venir directamente de su oficina. A diferencia de Carl, que viste casual, Ethan va de traje y corbata, como la mayoría del tiempo.

—No estoy familiarizado con el término amistad, señorita Masterson. Sin embargo, dado que eso es lo que somos, me tomé la libertad de venir hasta su casa para saludarla. Creo que es lo que un buen amigo acostumbra a hacer.

¡Es tan adorable!

—En efecto. Un buen amigo hace este tipo de visitas, señor Mills —murmuro.

Me pregunto ¿cómo va a reaccionar al ver a Carl aquí? Lo conozco. Estoy segura de que no le va a gustar.

—¡Ethan...! —Carl aparece de nuevo y pasa su brazo sobre mis hombros, sin darme tiempo a decir nada—. ¿Cómo estás? No te esperábamos —añade con su habitual tono juguetón.

Miro nerviosa a Ethan. Su sonrisa pícaro ha desaparecido dejando en su

lugar una hermética línea horizontal en los labios. Mira a Carl con displicencia.

—Estoy bien. Te aseguro que tampoco esperaba encontrarte aquí. —Ethan me dedica una fugaz e intensa mirada congelada.

¡Maldición! ¿Por qué me siento culpable?

—Bueno... es perfecto que estemos los tres. Podemos pedir algo de comer... Tal vez pizza... —Intento desesperadamente romper la tensión. Espero que esto no se convierta en un caos más adelante—. Pasarán el juego de los *Yankees*. ¿Lo vemos?

No responden, pero ambos me miran unos segundos y asienten. Carl se adelanta. Será mejor que aproveche este minuto a solas para domar a la fiera.

—Gracias por el vino —musito, y tomo la botella de sus manos—. Es mi favorito.

Ethan esboza media sonrisa mientras que con su mano me invita a pasar primero.

El ambiente se pinta relajado de a poco. Carl es pacífico y parece que la situación le resulta tan divertida como me lo parece a mí, pero Ethan... A pesar de la media sonrisa que se esfuerza por mantener en el rostro, sé que no está nada feliz.

Falta una entrada para que el juego termine y todo parece apuntar a la victoria de los Yankees. Ni siquiera me gusta el béisbol, pero al parecer a ellos sí. Miro de reojo a Ethan, está cien por ciento concentrado en el juego, al igual que Carl.

«Hombres», pienso para mí.

Estamos sentados en el sofá de tres puestos que se encuentra frente al televisor. Ethan a mi derecha y Carl a mi izquierda. No puedo evitar sonreír. Se ven tan tiernos...

El sonido repentino del móvil de Carl nos sobresalta a los tres.

—Disculpen —dice él y se aleja unos cuantos pasos para contestar.

Ethan y yo nos mantenemos en silencio hasta que Carl regresa con un deje de preocupación en la mirada.

—¿Sucede algo? —me apresuro a preguntar, un poco alarmada.

—Surgió una emergencia en el hospital. Me temo que tengo que marcharme. Discúlpame, Victoria. Te llamaré después.

—Está bien. No te preocupes —intento tranquilizarlo—. Te acompaño —le digo y ambos salimos hasta la puerta.

Sé que no le hace gracia dejarme sola con Ethan, lo que hace que me pregunte si eso es una buena idea.

—¡Deberías irte también! ¡Es tarde! —le grita Carl a Ethan desde la entrada.

—¡Después! ¡No planeo perderme el juego! —responde Ethan de la misma forma. Carl entorna los ojos, exasperado; me da un beso en la mejilla y se marcha.

Cuando vuelvo a la sala de estar me doy cuenta de que Ethan ha cambiado su semblante por completo. Ahora tiene una enorme sonrisa de oreja a oreja perfectamente enmarcada en el rostro. Su típica sonrisa de triunfo.

—Así es como imaginaba nuestra tarde —murmura entrando en el papel de galán seductor, que le queda perfecto; debo admitirlo.

—No se emocione demasiado, señor Mills. El juego no ha terminado. —Bien, ahora la situación es complicada, por lo menos para mí. Estar a solas con él, no es lo que quiero. Bueno, sí... No... Realmente tengo miedo de no poder contenerme—. Me podrías servir más vino, por favor.

—Será un placer —musita con una voz deliciosamente seductora y hace lo que le pido.

El juego terminó otorgándole el triunfo a los Yankees. Eso se veía venir. Pero... ¿en qué terminará este? Ethan no ha dejado de dedicarme su intensa mirada depredadora y sé que intenta ponerme nerviosa. Es lo que siempre hace conmigo y, muy a mi pesar, he de reconocer que lo consigue.

Apago el televisor. Son las cuatro menos diez y ha comenzado a llover.

—Es tarde —advierto mientras miro por la ventana al cielo cubierto por nubes negras.

—Si no te importa..., me gustaría quedarme hasta que la lluvia haya cesado. No traje coche y Mason tardará un poco. —Frunzo el ceño.

Eso es una novedad. Ethan jamás saldría sin su coche o sin Mason. A menos que... ¿Acaso lo planeó? ¡Claro! Él planeaba quedarse. Es tan evidente...

—Bien. ¿Vemos una película?

Aparento la tranquilidad que no tengo.

—En realidad... estoy deseando conocer su habitación, señorita Masterson. Si no tiene inconveniente, o siente temor, por supuesto.

Me mira desafiante.

Así que quieres jugar, Mills. Perfecto. También puedo hacerlo.

—¿Por qué habría de sentir temor? Le aseguro que es el último de mis sentimientos —replico con naturalidad. Sé que no pasará nada que yo no quiera.

Ethan sonrío y me sirve otra copa de vino. Él bebe también.

—¿Vamos?

—Sígueme —le digo a modo de orden.

—Es lo que pretendo hacer siempre —contesta y suena a promesa. Una promesa que llena mi interior de felicidad.

Cada escalón que subo me dificulta la respiración. ¡Estúpidos nervios! Tal vez no fue buena idea permitir que se quedara o aceptar mostrarle mi habitación, pero ahora no puedo hacer nada.

Me planto en el umbral y espero a que Ethan entre primero. Lo hace. Camina a pasos cortos observando todo con interés y detenimiento hasta que sus ojos encuentran la fotografía que enmarqué esta mañana.

—Te ves muy bien en ella —murmuro encogiendo los hombros, disculpándome no sé por qué. Él frunce el ceño y continúa con su inspección. Llega al pequeño reproductor de sonido.

—¿Le importaría escuchar algo de música, señorita Masterson?

No respondo.

Mi mente trabaja a mil por hora intentando recordar lo que escuché la última vez en el reproductor.

¡No! Ya lo recuerdo. Es...

Ethan lo enciende y la voz de *Frank Sinatra* inunda la habitación con «*It had to be you*». Él esboza una sonrisa llena de satisfacción mientras yo me pinto totalmente de rojo.

—Interesante —musita con voz ronca—. ¿Bailamos?

—No creo que sea una buena idea.

Me observa impasible por unos segundos, después con paso firme se acerca y toma mi mano.

—Creí escucharla decir que no sentía temor.

¡Maldita sea! Sí que lo siento y a sabiendas de que junto a él pierdo la voluntad, acepté entrar en su juego. Ahora no tengo salida.

—Por favor... —susurra en mi oído.

Me estremezco.

—Qué remedio —concedo fingiendo irritación.

Valor, Masterson. Valor.

Empezamos a bailar al ritmo lento de la canción.

Sus dedos se deslizan por mi cintura con suavidad, adueñándose de mí por completo. Con una destreza impresionante, Ethan me hace girar un par de veces. Ahora parece que la música va a mi ritmo. Así, continuamos, sin emitir ni una sola palabra, dejándonos llevar por la suave melodía. Esto es reconfortante... El miedo desaparece y, en medio de toda la adrenalina que siento, por fin consigo relajarme. Giro por última vez para terminar muy pegada a su cuerpo. Atrapada en la oscuridad de sus penetrantes ojos negros. Mi mundo se detiene en ellos. Mientras su mano izquierda me mantiene inmóvil, la derecha acaricia mi cuello y desciende lentamente por mis hombros. Contengo el aliento y cierro los ojos para disfrutar de la dulce sensación que dejan sus dedos en mi piel.

Ethan se acerca peligrosamente a mi rostro. Yo ardo de deseo por un beso. Mis labios se preparan para recibir a los suyos en medio de la oscuridad de mis ojos que se mantienen cerrados. Pero no sucede. Ethan se aparta y me deja en medio de una especie de trance hipnótico.

—¿Más vino? —pregunta con evidente diversión.

¿Qué es lo que pretende?

Asiento con dificultad, y él desaparece de mi vista para bajar a la cocina por la botella.

Me siento en el borde de la cama e intento recuperar el aliento.

Mills... ¿Qué crees que haces? Pensé que ibas a besarme. ¡Diablos! Odio no tener el control, pero amo a Ethan y sus infantiles juegos de seducción. ¡Lo deseo y mucho! Con cada poro de mi piel...

Vuelve a entrar a la habitación con la botella de vino y dos copas en las manos.

—¿A qué estás jugando, Ethan Mills? —inquiero.

Siento su sonrisa, aunque no la veo porque está de espaldas llenando las copas. Se vuelve y me entrega una.

—Solo llevo las cosas a su ritmo, señorita Masterson.

¿Qué? ¡Debe ser una broma!

Bebo el vino de un solo bocado, manteniendo la esperanza de que me dé el valor suficiente para seguirle el ritmo. Dejo el recipiente vacío en la mesita de madera que está junto a la ventana y me asomo para ver si la lluvia cesó. En efecto, ya no cae ni una sola gota de agua. Me vuelvo. Ethan sigue mirándome inamovible desde el rincón derecho de mi habitación.

«Sé valiente», repito una y otra vez en mi cabeza.

—Dejó de llover.

—¿Me está echando? —Su voz suena incrédula.

—Solo llevo las cosas a mi ritmo, señor Mills.

Ethan menea la cabeza en negación y deja su copa de lado.

—En ese caso, será mejor que me vaya —conviene entre dientes.

Se acerca, toma mi mano y la besa con seductora cortesía. Sin embargo, pronto me veo entre sus brazos, disfrutando del delicioso sabor de su boca, de la suavidad de sus labios que besan los míos con pasión, necesidad y amor.

Sus manos vuelven a transitar por mi piel como una dulce tortura que soy incapaz de tolerar. El deseo revive en mí, extenuante e incontrolable. También lo acaricio. También lo necesito. Anhele sentirme completamente suya.

Con algo de torpeza empiezo a desabrochar uno por uno los botones de su camisa, pero Ethan detiene mis manos, frustrando su propósito, y se aparta.

Mi mirada perdida se encuentra con la suya, desesperada.

¿Qué sucede? ¿Por qué se aparta de mí? ¿Ya no me desea? ¿Es eso?

La sola idea me aterra y estruja mi corazón. Aparto mis ojos de los suyos, totalmente avergonzada por mi falta de control y lo que este desencadenó. Cuando me doy cuenta, Ethan está junto a mí, acariciando mi sien.

—No sabes lo mucho que te deseo —gruñe.

—Entonces... ¿Por qué...?

—No quiero que hagas algo de lo que después te arrepientas. —Lo miro confundida. ¿Arrepentirme? ¿Por qué habría de hacerlo? —. Cuando tú y yo hagamos el amor... quiero que estés completamente segura.

—Ethan, yo... —Me quedo sin palabras.

¿Cómo reacciona una mujer cuando la rechazan? Yo estoy segura de hacerlo, o ¿no?

Su frente cálida se apoya en la mía.

—Shhh... No digas nada. Victoria, te amo, por eso deseo que te sientas completamente segura de dar cada paso. No quiero cometer errores, porque no toleraría volver a perderte.

Ahora lo entiendo. Es cierto. No estaba segura. Solo me dejaba llevar por el momento. Me sorprende darme cuenta de lo bien que me conoce.

Ethan me da un beso tierno en los labios y otro en la frente.

—Tienes razón. Perdóname. Yo...

Vuelve a besarme.

—No tienes que pedir perdón por nada. ¿Sabes lo mucho que me está costando no hacerte el amor en este momento? —gruñe y yo me ruborizo—. Si me detuve fue porque sé que no estás segura de dar este paso. No todavía. Será mejor que me vaya —dice finalmente, dedicándome una hermosa sonrisa tranquilizadora, después recoge su saco y sale de la habitación.

Corro a la ventana para verlo subir a su auto y marcharse mientras dejo escapar un profundo suspiro.

Me dejo caer sobre la cama, sonriendo como una boba.

¡Me ama! ¡Ethan, me ama! Tener la certeza de esa realidad deja frente a mí un camino lleno de posibilidades. Quizá muy pronto podamos retomar lo que dejamos pendiente hace años. Eso espero. Aunque soy consciente de que antes necesito estar en paz conmigo, resolver el tema de Mila y hablar con Carl.

Carl... No sé si podré enfrentarlo. Siento que tenga una gran deuda con él por todo lo que ha hecho y lo que hace para ayudarme. Estoy convencida de que cualquier mujer podría enamorarse de él con mucha facilidad, cualquiera menos yo.

Acaricio su dije, recordando su promesa. «Tal vez no me perdonará si sabe lo de Ethan», suspiro en voz alta. La idea me pone triste y me transporta enseguida a mi último paseo por las calles de Richmond, cuando me encontré con él. Ese día fue fantástico... Carl consiguió que por una sola vez en la vida me olvide de Ethan, y eso ya es hacer mucho. Ha estado en los momentos más difíciles para mí, tanto, que a veces pienso que es como un ángel guardián que llegó para aliviar mi tristeza. Mi ángel de la guarda.

Me siento envuelta en una maraña de sentimientos y emociones. No sé ni siquiera cómo llamar a lo que Ethan y yo tenemos. Nos besamos y fue maravilloso, pero él tenía razón. No estoy lista para retomar la relación. ¿Lo estaré algún día?

\*\*\*

Febrero está por terminar, y el invierno va pasando con lentitud, congelándolo todo a su paso. Limpio con mis dedos, la nieve acumulada en el borde de mi ventana.

La agencia ha ido bastante bien en su primer mes. Hemos tenido contratos importantes, y hace un par de días firmamos con una multinacional, lo que nos dejó ganancias millonarias. Las cosas han ido mejor de lo que imaginaba.

En un mes cumpliré veintidós, aunque no es algo relevante para mí. El año

pasado estaba tan concentrada en mi carrera que mi cumpleaños pasó por alto.

¡Qué rápido ha pasado el tiempo! A los diecinueve, ni siquiera imaginaba conocer a Ethan, pero sucedió. Él no ha cambiado mucho desde entonces. Sigue siendo guapo, interesante y sexi, aunque para sus treinta años, a veces actúa como un chiquillo de quince; igual que Carl... Durante este tiempo he logrado que ambos mantengan una convivencia cordial. Ha sido difícil en varias ocasiones, pero su relación es buena y hasta ahora la llevan bien.

Me alegra mucho que las cosas marchen bien para todos. En especial para Carl, que, desde hace algunas semanas, sale con una de sus jóvenes colegas. Samantha, así se llama, es bonita e inteligente, aunque por alguna extraña razón nuestra relación no ha sido tan buena como me gustaría. Siento que ella ha levantado una enorme barrera irrompible entre las dos.

Después de estacionar el coche, entro a la agencia, lista para un nuevo y productivo día de trabajo.

Me alegra ver a Alice recibirme desde su escritorio.

—Hola, Victoria —me saluda con una enorme sonrisa que deja ver su perfecta dentadura.

—Buen día, Alice. ¿Cómo va todo?

—Sin novedad. ¡Que tengas un buen día!

—Gracias. Igual tú —le respondo sin detenerme. Tengo mucho trabajo pendiente.

Fuera de mi oficina ya se encuentra Julia, esperándome con una sonrisa de oreja a oreja y una humeante taza de café en la mano, lo que agradezco porque eso terminará de despertarme.

—Gracias, Julia. La necesitaba. —Se la recibo y le doy el primer sorbo. Está delicioso—. Dime qué tenemos para hoy.

Me sigue a la oficina y se sienta en una de las sillas para visitantes que hay frente a mi escritorio. Saca la agenda y empieza a recitar todos los pendientes.

—Para arrancar, en media hora tienes una reunión con el presidente de Telefónica DRH, Robert Davis. A las diez en punto debemos visitar la sala de edición para checar el trabajo final que se le entregará a Sport. A las once se realizará una conferencia de prensa de uno de los artistas que patrocinamos. A las dos...

Cielos... Tengo el día copado.

Julia no para de hablar mientras yo miro por la ventana que da a la calle.

Extraño salir a caminar y olvidarme de todo por un momento. La última vez que lo hice fue en Londres, hace meses.

—Eso es todo —sentencia Julia entornando los ojos. Le sonrío.

—Sí, vamos a estar ocupadas todo el día.

—Lo sé. Te avisaré cuando llegue el señor Davis.

—Gracias, Julia —le digo. Ella asiente, cierra la agenda y sale de la oficina.

Bueno, Victoria... Es agotador, pero es tu sueño que se está convirtiendo en una realidad.

Recuerdo que al principio lo único que quería era ser diseñadora de campañas, pero con el tiempo mis deseos crecieron. Ahora estoy sentada en la oficina de presidencia, haciendo cualquier cosa excepto diseños. Debería contratar más ejecutivos. Algo así como un vicepresidente o un gerente... Estos días nos hemos manejado bien solos, pero en muchas ocasiones, como hoy, el trabajo es extenuante.

Son las cinco menos diez, y apenas he podido probar la ensalada que me trajo Julia. Estoy demasiado cansada y todavía espero la última cita programada en la agenda con el creativo de otra agencia de publicidad.

Acaricio los dijes de mi collar, preguntándome si veré a Ethan. Ha estado ocupado todo el fin de semana con sus negocios. La última vez que lo vi fue en un par de entrevistas en televisión, hace un par de días. Lo extraño... Tal vez podría enviarle un texto rápido, solo para saber cómo está.

«Hola. Espero no interrumpir tu trabajo, aunque, si lo hago, por favor no respondas. No quiero distraerte. En fin..., me preguntaba cómo te encuentras. Un beso».

¡Qué tontería! ¿Yo escribí eso? ¿Un beso? Ni siquiera tenemos una relación como para decirle algo así.

Espero nerviosa su respuesta, que no demora en llegar.

«Hola, nena. Recibir un mensaje tuyo es lo mejor que me pasó hoy. Estoy bien y estaré encantado de recibir ese beso personalmente, cuando nos veamos, pero ahora, imaginar que no puedo hacerlo es una tortura que prefiero evitar. ¿Cómo va tu día?»

¿Nena? No me había dicho así en años.

«Quizá para entonces el beso no continúe vacante. Veremos... Mi día ha sido agotador. En unos minutos tengo la última reunión programada para esta tarde, así que será mejor que me ponga a trabajar. Me alegra saber que estás bien; es todo lo que quiero».

Mientras espero su respuesta, Julia entra y me devuelve a la realidad.

—Victoria, disculpa... Alice me acaba de informar que hay una mujer que desea verte.

—¿Una mujer? ¿No tenía cita con el creativo de Medians? Pensé que sería un hombre.

—No. No se trata del creativo... Es una mujer llamada Mila Rushforth.

La mandíbula se me va al piso. ¿Mila? ¿Aquí? No hemos sabido de ella desde Londres.

Frunzo el ceño por el desconcierto, pero, en el fondo, sé que deseo verla. Tenemos muchos temas pendientes, y el que haya venido hasta aquí facilita las cosas.

—Hazla pasar, Julia, y ocúpate de atender al creativo.

—Bien.

¡No puedo creer que Mila esté aquí! Siento náuseas por el pánico, pero también alegría, porque, a pesar de todo, la quiero y sé que no podría sentir nada negativo por ella.

Espero ansiosa hasta que veo a Julia entrar.

—Por aquí, señorita Rushforth —le indica. Enseguida entra Mila, que me clava una mirada nerviosa—. ¿Desea algo de tomar? —pregunta amablemente Julia. Mila niega con la cabeza—. ¿Victoria?

—No, gracias. Déjanos solas y que nadie nos interrumpa, por favor.

—Sí. Permiso —responde y sale de inmediato.

Empiezo a sentir tensión. La mirada de Mila es fría e inexpresiva, y la verdad es que no sé cómo actuar con ella después de lo que pasó.

Después de varios segundos, por fin las palabras empiezan a ordenarse para salir de mi boca.

—¿Cómo estás? Ha pasado mucho tiempo —murmuro—. Toma asiento, por favor.

Hace lo que le digo mientras echa un rápido vistazo a la oficina con una de sus típicas sonrisas de felicidad.

—Estoy bien, y veo que también lo estás.

—No me puedo quejar. Cumplí uno de mis sueños —contesto.

La miro cautelosa. Antes con solo mirarla podía saber qué pensaba o cómo se sentía, pero ahora no hay nada. Ya no puedo saberlo.

—Victoria... —Respira profundo antes de continuar—. Supongo que estás enterada de todo.

El silencio se apodera de la oficina. No sé si estoy preparada para lo que tenga que decir.

—Me gustaría escucharte a ti. Si te parece —le digo.

Cruzo las piernas y los brazos. Mila está nerviosa, lo sé porque no ha parado de jugar con sus manos. Eso es nuevo.

—Antes que nada... —musita, pero la conversación se ve pausada por el sonido de mi móvil anunciando una llamada entrante.

¡No, ahora no! Mila me mira inquisitiva.

—¿Es Ethan? —pregunta en un susurro. ¿Cómo lo supo? Asiento y lo apago enseguida—. Deberías responder. Ethan no es un hombre paciente.

¿Ahora quiere que hable con él? Mila, no creo que quieras pisar ese terreno.

—Estará bien. Continúa —le pido e intento relajarme.

¿Qué pensaría Ethan si supiera que Mila está aquí? No creo que le agrade la idea. Solo espero que no haya sucedido nada malo. No podía responder. No con Mila a mi lado.

—Bien. La verdad es que... Victoria, yo... Quería pedirte perdón por todo —murmura entre dientes, con la cabeza gacha—. Por inventar el embarazo y hacerte sufrir...

Me quedo sin palabras. ¿Qué se supone que diga? Entiendo por qué lo hizo, pero no apruebo cómo lo hizo.

—Todos cometimos errores y, realmente, no creo que tenga nada que perdonarte. Sin embargo, me gustaría poder entenderte. Saber todo.

—Los vi besándose y escuché sus planes. ¡Me volví loca! ¡Me sentí traicionada!

Era obvio. ¿Cómo pude hacerle eso a mi mejor amiga? Vuelvo a sentirme la peor mujer del mundo, la única culpable de todo este drama.

—Cuando sentí que perdía a Ethan —continúa—, se me ocurrió inventar el embarazo. Sabía que él sería incapaz de abandonarme. Ethan es un hombre frío, la mayoría del tiempo, pero tiene un gran sentido de la responsabilidad.

—Lo sé.

—Y sabes también que no existe manera de engañarle... —Mila vuelve a

apartar la mirada—. Él empezó a sospechar y... ya sabes cómo termina la historia. Lo descubrió todo.

—Mila...

La compasión y la culpa se apoderan de mí. Ella no es la única responsable de lo que sucedió. Creo que los tres lo somos.

—Me sentí mal porque lo lastimé y te lastimé a ti —susurra sin mirarme—. Él me lo contó todo, y me sentí peor porque sabía lo que tu sufriste pensando que Ethan te había abandonado. Victoria..., ¿por qué no me lo dijiste? —pregunta con lágrimas en los ojos.

—Porque no quería que sufras. Él no me recordaba y... te veías tan feliz... Yo estaba dispuesta a dejar todo como estaba, pero entonces recuperó la memoria y no lo pudimos controlar.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos. Mila vuelve a apartar la mirada.

—¡No sabes cómo lo siento...! Porque, cuando Ethan me dejó, me di cuenta de... —Hace una larga pausa y duda un poco antes de continuar—. Me di cuenta de que no lo amaba —concluye.

¿Qué? Mis ojos se abren como platos en respuesta a su confesión. ¿Cómo que no lo amaba?

—Él era para mí como el más grande de los trofeos. Me hacía sentir bien, pero en el fondo siempre supe que no me amaba. A pesar de eso quise retenerlo. Lo entendí, cuando se marchó.

No puedo creer lo que escucho. Se me revuelve el estómago al pensar en todo el sufrimiento que desencadenó su capricho.

Oh, Mila.

—Decidí tomarme un tiempo para mí. Viajé, recorrí cada lugar del mundo..., pero nada de eso fue suficiente. Nada me hacía feliz. Enseguida supe que te necesitaba, y supe también que debía pedirte perdón.

¿Qué debo decir? Siento compasión por ella. La veo ahí, llorando, y sé que sus palabras son sinceras, pero saber que todo fue un capricho que lastimó a Ethan...

Me quedo callada buscando la forma de entenderla y disculparla.

—Victoria, perdóname, por favor —suplica entre sollozos.

¡Dios! Me duele todo lo que pasó. Me duele su forma de actuar. Incluso diría que me enoja lo que le hizo a Ethan. Sobre todo, cuando recuerdo aquella noche en la que se desmoronó, en esta misma oficina. Sin embargo, verla en ese estado me rompe el corazón. Ella es mi hermana... y si pudiera volver el

tiempo haría todo para evitar su dolor.

Hago lo que me dicta el corazón. Me levanto y camino hacia ella para abrazarla con todas mis fuerzas.

Sé que esto era lo que necesitaba para poder darle carta blanca a mi felicidad. Necesitaba a mi mejor amiga a mi lado.

—No tengo nada que perdonarte, Mili. Eres mi hermana y no sabes lo feliz que me hace verte de nuevo.

—A mí también, Vic —responde.

## CAPÍTULO 26: RUTA CORRECTA

Mi mente resume todo lo acontecido en los últimos treinta días, en especial el regreso de Mila. Tenerla a mi lado es refrescante. Ambas pudimos superar lo que pasó, aunque no puedo decir que sucedió lo mismo con Ethan. A pesar de que dijera que la perdonaba, todavía sigue mostrándose frío y distante cuando inevitablemente se encuentran. Quizá con tiempo y paciencia, la situación deje de tornarse incómoda entre los dos. Eso espero.

Mila decidió quedarse a vivir en Nueva York, lo que es fantástico porque ahora trabaja conmigo como mi mano derecha. Al final resultó que sí necesitaba que alguien más se ocupara de mis asuntos, y debo decir que el trabajo que mi amiga desempeña es excepcional. Me alegra mucho tenerla todo el tiempo a mi lado, como antes. Es un deleite verla tranquila y entusiasmada con George, uno de los creativos de la agencia, que es con quien sale. Él es un hombre maduro, serio y formal, aunque en el fondo, me atrevería a decir, muy divertido. Me parece que es el hombre indicado para ayudarla a sentar cabeza.

Yo no puedo ser más feliz. Retomar mi relación con Ethan ha sido la mejor decisión de mi vida. ¿Cómo iba a negarme después de todo lo que hizo? Hace un par de semanas viajé a Georgia con el único fin de cerrar tratos importantes, sin imaginar que, a la vez, cerraría el trato para mi felicidad.

\*\*\*\*

—¿Me dirás por fin a dónde vamos? —inquiero totalmente ansiosa.

Tengo los ojos cubiertos con la delicada tela del immaculado pañuelo de Ethan.

—Señorita Masterson, debería investigar la definición de la palabra sorpresa —contesta él, con evidente diversión.

Ethan y sus juegos.

—Créame que la conozco perfectamente, pero la definición de sorpresa no hace referencia a vendas, ni nada por el estilo, señor Mills.

—Llegamos —anuncia.

El auto se detiene y lo único que consigo escuchar es a Ethan bajar y abrir

la puerta para que también lo haga. Ahora vamos de la mano, avanzando unos cuantos metros antes de detenernos.

—Ahora, por su buen comportamiento, merece salir de la oscuridad — susurra en mi oído y yo doy un respingo al sentirlo.

Ethan desata el pañuelo con mucho cuidado, liberándome de él por completo. Abro los ojos y enseguida me paralizó al reconocer el lugar en dónde estamos.

¡No lo puedo creer! Nos encontramos en el puente donde nos dimos nuestro primer beso, claro que ahora luce mucho más hermoso. Está totalmente cubierto por rosas blancas y luces del mismo color que titilan y se reflejan en el agua del lago, acompañadas por las estrellas.

De pronto escucho a una melodiosa voz masculina cantar «*Tell me you'll wait for me*». Desvío la mirada hasta el sitio de donde proviene la melodía. Un hombre afroamericano, que lleva esmoquin, y un par de músicos, con las mismas vestiduras, están perfectamente instalados al final del puente.

Ethan me mira con ternura mientras que con su mano me invita a bailar. La tomo.

Esto es hermoso. Solo él consigue hacer cosas como esta y dejarme sin aliento. Descanso mi cabeza en sus hombros, inhalando su aroma, disfrutando de su calor mientras bailamos al ritmo de la canción.

Esto es... maravilloso.

Me siento feliz; la mujer más dichosa del universo. En este preciso momento no tengo miedo de lo que pueda traer el futuro. Nada importa si estoy a su lado.

Levanto la vista con nerviosismo. De pronto siento que es la primera vez que estoy entre sus brazos. Nuestros ojos se encuentran y, cuando me doy cuenta, sus labios están sobre los míos, robándome el aliento de una forma dulce y angelical.

¿Puede ser más perfecto?

Acaricio su rostro en medio del beso para atraerlo hacia mí. De nuevo siento que el tiempo se ha detenido y que todo a nuestro alrededor se ha esfumado.

Aquí estamos. En el mismo lugar en el que hace años descubría lo que él sentía por mí. Lo que aún siente y que el tiempo no ha podido desaparecer.

—Sé mi novia —me pide en un susurro, con la mirada suplicante.

—Sí —respondo de la misma forma y vuelvo a besarlo.

\*\*\*\*

Desde entonces cada momento que hemos pasado juntos ha sido mágico. ¡No puedo creer que al fin podamos disfrutar de nuestro amor con libertad! Me siento dentro de un maravilloso sueño del que no quiero despertar jamás.

—Victoria. —Julia me baja de mi nube de recuerdos hermosos—. Te ves muy feliz —dice sonriendo—. Me alegro por ti.

—Lo estoy, Julia. Siento que mi vida transita en la dirección correcta y... eso me hace supremamente feliz. Pero dime, ¿sucedió algo?

—Sí. Trajeron esto para ti.

Julia me entrega una caja mediana color marrón.

—¿Quién la trajo?

—Podrías averiguarlo tú misma —contesta con una sonrisa cómplice y sale de la oficina.

Me quedo mirando la caja misteriosa por varios segundos.

¿Qué será? La agito un poco intentando adivinar su contenido. Está demasiado liviana.

Por fin me decido a abrirla, y lo hago con algo de torpeza por la ansiedad acumulada en mi cuerpo.

La caja está llena de corazones de papel de todos los colores y tamaños, como confeti, que se desbordan por los costados. Busco en el fondo y encuentro otra caja más pequeña, pero esta es de cristal y contiene una hermosa rosa roja y una tarjeta.

Leo.

*No hay rosa que supere tu belleza. No hay sol que sea capaz de brillar más que tú. Y no hay nada que ame en el mundo más que a ti.  
Mañana será tu cumpleaños; el primero de muchos que celebraremos juntos.  
Sé que deseas festejarlo con todas las personas que quieres, así que me permití reservar esta noche para los dos. Te quiero solo para mí ;)  
Paso por ti a las ocho.  
Te amo.*

*Ethan Mills (El hombre más enamorado e inmensamente feliz del universo.)*

Sonríó como una boba y beso la nota.

Ethan es tan romántico y seductor... Su personalidad cambiante... Su dulzura, su sinceridad, su valentía... Esa fragilidad que no muestra a menudo, pero que conozco perfectamente..., me vuelven totalmente loca. Nunca pensé que podía amar de esta manera. Ethan es perfecto en todos los sentidos. Y es mío. Completamente mío.

Faltan quince minutos para las ocho. Recargo mi espalda en la silla y cierro los ojos. Ha sido un día agotador. No pude darme un solo respiro para descansar en todo el día, excepto cuando recibí el obsequio de Ethan.

¡Ethan!

Me levanto de un salto de la silla y corro al baño para darme una manita de gato. Debe estar por llegar. Es muy puntual.

Me miro en el espejo y saludo con un movimiento de cabeza a la chica pálida de ojos verdes y cabello rebelde que tengo frente a mí. Sigue tan delgada como siempre lo ha sido, solo que mejor vestida, y no tan desgarrada. ¿Cómo pudo enamorar al hombre más atractivo, dulce y codiciado de Estados Unidos? Eso es un misterio.

A veces es intimidante ser su novia. Sobre todo, cuando recuerdo que su vida privada es de interés público. Cuando se filtró la noticia de nuestra relación, llegar a trabajar se convirtió en un verdadero calvario. Los reporteros parecían hormigas alrededor de un cubo de azúcar, fuera de la agencia. Todos preguntándome cómo lo «atrapé», y desde hace cuánto nos conocemos. Más de una vez tuve que salir por la parte trasera del edificio para evadirlos. Las cosas se han calmado un poco, pero no del todo.

Bien. Voy bastante decente. Me alegro de llevar puesto el vestido de cintura alta color negro sin mangas. Quiero creer que me favorece. Cepillo rápidamente mi cabello y me pongo un poco de brillo en los labios. Sí, eso servirá.

—¿Lista para celebrar? —la voz de Ethan me toma por sorpresa cuando salgo del cuarto de baño.

Está sentado en la gran silla de mi escritorio. ¿Hace cuánto llegó?

Lleva traje gris y el cabello revuelto.

¡Qué guapo es! ¿Voy a dejar de admirarlo algún día?

Sus ojos tienen un brillo especial y seductor que me deja helada.

—¡Ethan! Estás aquí... —Me ruborizo.

¡Maldición! Me siento estúpidamente nerviosa.

Su boca se curva un poco hasta convertirse en una media sonrisa que

me derrite por completo. Con su habitual elegancia se pone de pie para pronto plantarse frente a mí y colocar un mechón de mi cabello detrás de la oreja, después, roza mis labios lentamente con su pulgar. Yo no puedo hacer más que contener la respiración y temblar bajo su penetrante mirada.

—Eres preciosa, Victoria. Soy un hombre con mucha suerte —me dice con voz ronca.

—¿Suerte?

—Sí. Por tenerte.

—Mucha gente opina que la afortunada soy yo, por haber «atrapado» a uno de los solteros más codiciados del país.

—¿Codiciado? —inquire con una sonrisa incrédula.

—Sí, Ethan, codiciado. —Entorno los ojos—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que todas las mujeres se derriten por ti?

—Eso no me interesa. Eres la única para mí. La bella mujer que consiguió «atraparme».

Sonríe despreocupado.

—Bueno... —murmuro arreglándole la corbata—. Imagino que tendré que ahuyentar a un par de admiradoras una que otra vez, pero... está bien.

Su mirada se dulcifica y a continuación me da un beso tierno y suave en los labios.

—¿Nos vamos, señorita Masterson?

—Nos vamos, señor Mills —respondo encantada.

Estamos en medio de Central Park. Ethan sostiene mi mano mientras caminamos bajo el manto de estrellas típico de una noche primaveral. Es una suerte que el invierno no se extendiera más allá de inicios de marzo. Los rastros de su paso son casi imperceptibles y eso nos permite disfrutar mejor de este hermoso lugar.

Que extraño... Mi casa y la agencia no se encuentran lejos de aquí, sin embargo, es la primera vez que vengo en todo este tiempo viviendo en Nueva York. ¿Por qué no lo habré visitado antes?

—He pensado que podríamos cenar y hacer algo en el agua.

Ethan me mira con dulzura.

—¿En el agua?

Asiente y me dedica una mirada que me dice: «ya te enterarás».

Caminamos un par de metros más, hasta que llegamos a un restaurante con vistas a una especie de lago. Ethan le hace una seña a uno de los camareros

que enseguida está junto a nosotros. ¡Qué eficiente!

—Bienvenidos. Por aquí, por favor.

Ethan no suelta mi mano ni un segundo mientras avanzamos seguidos por el joven de ojos azules y uniforme impecable, que nos guía hasta una mesa ubicada junto a una baranda cubierta por pequeñas flores rojas desde donde podemos apreciar de mejor manera el lago.

Es precioso...

Ethan retira la silla para ayudarme a sentar, después toma su lugar frente a mí.

—Aquí tienen las cartas. ¿Desean algo de tomar?

—Dos copas de *N...*, por favor —pide Ethan.

Imagino que debe ser algún tipo de vino, delicioso y seguramente costoso. Él tiene un excelente gusto en cuanto a vinos se refiere. Bueno, tiene buen gusto para todo.

—Excelente elección, señor. Regresaré en un momento para tomar su orden. Con su permiso.

El camarero se retira haciendo una breve reverencia.

—Es un lugar precioso, Ethan.

Precioso y romántico. Pero cualquier lugar lo es si estamos juntos.

—Estoy seguro de que no hay nada en el mundo que se compare con tu belleza —me dice con un deje de orgullo y una mirada traviesa que me ruboriza. Siempre tan galante...

—Bueno, señor conquistador. Le puedo decir que las damas de este lugar, no me admiran a mí, sino a usted.

Arquea una ceja y echa una rápida y discreta ojeada a todas las mujeres que, en efecto, no han dejado de mirarlo desde que entramos.

No es algo que me moleste. Puedo decir que he aprendido a vivir con ello. Dejo escapar una pequeña risita por lo divertida que me resulta la situación.

—¿Te parece gracioso? —inquire arrugando la frente sin comprender lo que me divierte.

—Lo es. Siempre lo es.

—Bueno... Si te lo parece y te hace feliz. No tengo problema con eso.

Vuelvo mis ojos al lago pensando en lo inocente que es el hombre que tengo en frente. Por lo menos en este aspecto, lo es.

El camarero regresa con dos copas y la botella de vino.

—¿Listos para ordenar? —pregunta.

—Sorpréndeme —le digo a Ethan.

La verdad es que no tengo ni la más remota idea de qué pedir. No vengo con frecuencia a sitios como este, además, la comida parece tan sofisticada...

—Magret de pato y granada, y queso artesanal. Para ambos.

—¿Algo más?

—Sí. Deje la botella, por favor.

—Señor —dice el joven con amabilidad y se retira.

—Sabes tanto de todo —murmuro sin poder ocultar mi admiración.

Es un hombre competente, inteligente, decidido y, en varias ocasiones, sabio.

—Solo lo necesario.

—No sabía qué ordenar —confieso—. Y tú lo has decidido en un segundo.

—Eso no es importante, Victoria. Quisiera brindar. —Toma ambas copas y me entrega una—. Por ti. Porque eres maravillosa y me haces inmensamente feliz. Siento que esperé una eternidad por este momento y no estoy dispuesto a esperar más —me dice con una mirada tierna.

Sus palabras llegan al fondo de mi corazón. A mí también me parece que la espera para estar juntos ha sido eterna y, por ese motivo, estoy segura de que nada podría arruinar nuestra felicidad.

Levanto mi copa y brindamos.

—Hay que navegar —sentencia Ethan, una vez que terminamos de cenar.

—¿Navegar?

No comprendo. Miro a mi costado derecho y veo una flota de botes de remo anclados en un pequeño muelle. Así que a esto se refería con eso de «hacer algo en el agua».

—Me encantaría —contesto con una sonrisa, seguramente ridícula, en el rostro.

Ethan toma mi mano y salimos en dirección a los botes.

Ahí se encuentra otro joven rubio con el mismo uniforme, solo que este lleva un sombrero de marino color blanco. Nos dedica una cálida sonrisa como recibimiento.

—Bienvenidos. ¿Se inclinan por el bote o quizá la góndola?

—Bote, por dos horas —responde Ethan sin titubear. Siempre parece saber lo que quiere.

—Enseguida, señor. Pónganse esto, por favor. —El joven nos entrega un par de chalecos salvavidas. Ethan me coloca el mío, ajustándolo con tanta

fuerza que casi siento dificultad para respirar—. Los remos están listos. Disfruten de su paseo —nos dice y vuelve a su lugar de trabajo.

—¿Porque elegiste el bote?

Ethan me ayuda a subir.

—No deseo más compañía que la tuya. En góndola, eso no sería posible —murmura guiñándome un ojo.

Una vez a bordo, avanzamos unos cuantos metros para alejarnos de la vista de los comensales del restaurante y poder disfrutar de algo de privacidad. Ethan maneja los remos estupendamente. ¿Hay algo que no sepa hacer?

—¿Dónde aprendiste?

—Mi padre y yo solíamos ir a pescar con frecuencia. Me dejaba a cargo de los remos.

—Debe ser muy bueno —murmuro imaginándolo junto a su padre.

Ahora que lo pienso es la primera vez que Ethan me habla de él. ¿Por qué? Su mirada se clava en algún punto lejano que solo él puede ver.

—Lo era —susurra.

—¿Lo era?

La pregunta se me escapa en voz alta. ¡Maldición!

—Murió cuando tenía quince —me dice en voz baja.

Vaya... Su padre está muerto.

«¡Ya estarás satisfecha! Lograste que recordara un momento amargo de su vida», me regaña la razón. Dios... Me siento como una idiota que no sabe dónde esconder la cabeza.

—Habla de eso otro día. —Ethan me salva del incómodo silencio en que me vi sumergida. Asiento con timidez—. Extrañas a tu madre, ¿cierto? —me pregunta con voz más dulce.

Es muy perceptivo, lo que es un alivio en este momento.

—Sí. Bueno..., hace más de tres meses que no la veo —suspiro con tristeza. Me parece demasiado tiempo sin un cálido abrazo maternal—. Imagino que no ha tenido tiempo de venir, por su trabajo. La entiendo. Quizá la vea pronto.

—Seguramente —dice dedicándome una sonrisa tierna que me derrite el corazón.

\*\*\*

Aparcamos frente a mi casa. Ethan baja del auto y se apresura a abrirme la

puerta. Una inmensa tristeza me embarga cuando pienso que tengo que separarme de él.

—Ha sido una noche estupenda. Gracias, amor.

—Te lo mereces todo, nena. Esto no fue nada.

—¿No fue nada? —refuto con incredulidad—. Fue mucho más de lo que me imaginé.

Le doy un beso casto que pronto se convierte en uno apasionado.

Lo deseo tanto... Deseo estar entre sus brazos y ser suya. No hemos vuelto a hacer el amor. Desde esa última vez en la que Ethan se negó, se ha mostrado cauteloso en lo que a sexo se refiere.

Muerdo sus labios. Él gruñe y desliza sus manos por mi espalda. Mi cuerpo pide a gritos que me deje llevar por todas esas sensaciones que solo él despierta en mí. Obedezco.

—En-tre-mos... a... la... ca-sa... —le pido entre beso y beso. Este hombre hace que pierda el control con mucha facilidad.

—Victoria... —susurra.

—Ethan, te deseo, y mucho —insisto, pero él, al escucharme, se detiene y se aparta, dejándome perdida por unos segundos.

¡No! Otra vez no.

—Te veré mañana.

¿¡Qué!?

—Ethan. ¿Qué sucede? ¿Es que no me deseas?

Me sorprenden las palabras que acaban de salir de mi boca, pero me sorprende mucho más su actitud. ¿Qué puedo pensar? Es la segunda vez que me rechaza.

—¡Por supuesto que te deseo! —exclama alarmado y toma mi rostro entre sus manos para acariciarlo—. No tienes idea de cuánto, Victoria...

Me siento vulnerable, al borde del llanto. Después de una noche tan perfecta esperaba que...

Una lágrima se me escapa y cae por mi mejilla, evidenciando mi frustración y desesperación por su actitud amorosa y a la vez hostil. Es muy confuso.

—No llores, por favor.

—Déjalo. —Le aparto—. Tienes razón. Nos veremos mañana.

Giro sobre mis talones y saco las llaves de mi casa a la velocidad del rayo. No deseo que Ethan me detenga. No miro atrás, solo escucho mi nombre

salir de sus labios.

Subo a mi habitación y me asomo cautelosa por la ventana.

Ethan sigue ahí, mirando a la puerta de la casa. Camina de un lado a otro pasando de vez en cuando las manos por su cabello. Finalmente se detiene y mira de nuevo a la puerta. Después de un par de minutos, se va.

Las lágrimas hacen acto de presencia nuevamente. No entiendo. ¿Qué le sucede? ¿Por qué esa renuencia? La respuesta es obvia: no me desea. Es eso. No hay otra explicación. Y saberlo deja a mi autoestima por los suelos.

Lo sé... Era mucho lo que recibía de él. Del hombre asediado por las mujeres más bellas del país. No soy como ellas. No soy una modelo y seguramente no me parezco en absoluto a ninguna, o a su exnovia.

¿Y si es por ella? ¿Y si todavía la quiere?

La idea me desgarrar el corazón, pero en el fondo sé que no es del todo descabellada, después de todo iban a casarse.

Me tumbo sobre la cama con las rodillas pegadas al pecho, intentando buscar otra explicación, pero no la hay. Ethan sigue enamorado de ella.

El llanto no da tregua. Era demasiado perfecto para ser verdad. Después de todo, ¿quién soy yo? Solo una chica común sin nada más que mi corazón para ofrecer. Un corazón que ahora está destruido.

Son las siete menos veinte de la mañana, y no he logrado dormir ni siquiera por un instante. Mi mente ha estado muy ocupada intentando encontrar la forma de entender a Ethan sin llegar a conclusiones dolorosas

Es una locura pensar que pudiera seguir enamorado de una mujer que no ha visto en años y, por otro lado, sé que me ama. Es solo que no puedo comprenderlo. Su rechazo me asusta.

Me levanto mecánicamente y empiezo mi rutina: desayuno, baño, cepillo mis dientes, seco mi cabello, me visto y me miro en el espejo.

«¿Qué le puede gustar de ti?»

Nada —me respondo en voz alta y vuelvo a sentirme como la pequeña pieza que no encaja en el rompecabezas.

Alice me recibe con una enorme sonrisa cuando llego a la agencia. Una sonrisa que se esfuma en el instante en que ve mi rostro.

¿Mi malestar es tan evidente?

—Victoria, ¿estás bien? —indaga con preocupación.

Eso responde a mi pregunta. Debería esforzarme por ocultarlo.

—Sí. No te preocupes. Que tengas buen día. —Le dedico media sonrisa

forzada.

Solo deseo llegar a mi oficina y estar sola.

Julia no ha llegado. Me parece que tenía varias cosas por hacer, me lo dijo.

Genial... Menos preguntas.

Entro a mi oficina y checo la agenda. No hay nada hasta pasado el mediodía. Estupendo.

Reviso mi móvil. No hay llamadas perdidas, ni mensajes de Ethan. ¡Maldición, quizá lo arruiné todo! ¿Debería llamarlo? No. Será mejor que deje que las cosas sigan su curso sin forzarlas. Esperaré hasta que él quiera darme esas explicaciones que tanto necesito.

Alice toca la puerta de la oficina y asoma la cabeza con recelo.

—Victoria, siento molestar, pero hay una mujer que quiere verte.

Frunzo el ceño. ¿Una mujer?

—¿Te dijo su nombre? —averiguo, irritada por la visita inesperada de sea quien sea. Odio los imprevistos.

—Sí. Catherine Brown.

—No conozco a nadie con ese nombre. ¿Qué quiere?

—Dijo que hablar contigo. ¿Quieres que le diga que no la puedes recibir?

—pregunta al ver mi expresión de desdén.

—Hazla pasar, Alice. Veamos qué es lo que quiere.

Asiente y desaparece de mi vista.

¿Catherine Brown? En mi vida había escuchado ese nombre. Seguramente se trata de algún nuevo cliente. Eso espero.

Alice regresa seguida de una mujer guapa, alta, rubia, de ojos azules y sonrisa perfecta. ¿Quién es? Definitivamente no la conozco.

Me levanto como toda una profesional para saludarla.

—Bienvenida. Soy Victoria Masterson. Alice me informó que desea hablar conmigo. ¿Le puedo ayudar en algo? —le digo con suficiencia, extendiéndole mi mano que estrecha de inmediato.

—Soy Catherine Brown. Es un gusto conocerte, Victoria —contesta examinándome con detenimiento—. Seguramente has escuchado de mí.

Estoy totalmente perdida. ¿Quién demonios es?

—Me temo que no, señorita.

—¡Qué tonta! Lo olvidé... Soy Cathy. Así es como me llama Ethan. Espero que no te incomode que venga a presentarme sin previo aviso, pero le advertí

que, si él no lo hacía, lo haría yo.

Palidezco. ¿Cathy? Esta mujer es su exnovia...

Mi alma termina de abandonar el cuerpo. ¿Estuvo con Ethan?

—Eres...

Las palabras se quedan atoradas en la garganta, porque el nudo que empieza a formarse en ella les impide pasar.

—Creo que ya lo sabes. Llegué hace un par de días por trabajo. Bueno..., la verdad es que me moría por ver a Ethan, así que lo visité y él muy amablemente me ofreció su casa como hospedaje durante mi estancia en Nueva York. ¿No te lo dijo?

¡Maldita sea, Ethan!

—No. Seguramente no le pareció importante hacerlo —replico con sequedad, intentando ocultar mi dolor.

Saber que han estado juntos y que él no tuvo la decencia de decírmelo ha sido la explicación que tanto esperaba. Era esto.

¿A eso vino? ¿A restregarme la noticia en el rostro?

No puedo desmoronarme. Debo mantenerme serena. ¡Vamos, Victoria! ¡Sé fuerte!

—¿Deseas algo de tomar?

—No, gracias. Solo pasaba para saludar y conocerte. Se habla mucho de ti en Londres.

—Ya veo —me limito a responder—. Espero que tu estancia sea agradable.

—Lo es. Ethan es un excelente anfitrión —me dice con un aire de satisfacción—. Bueno, tengo que irme. Ya nos veremos otro día, Victoria. Ha sido un gusto conocerte.

Se despide sin abandonar su sonrisa de triunfo y sale de la oficina.

Me dejo caer de nuevo en la silla, sin aliento.

Ethan ha estado con ella y no me lo dijo. Este es el motivo de su rechazo. Fue por ella.

Las lágrimas desfilan una tras otra por mi rostro.

Me mintió. Pasaron la noche juntos...

De pronto la idea que me martirizó toda la noche se convierte en una dolorosa realidad ante mis ojos: él aún la ama.

## CAPÍTULO 27: ¡SORPRESA!

¿Cómo pudo hacerme algo así? Ha estado jugando conmigo durante todo este tiempo, haciéndome creer que soy la única mujer en su vida. ¡Ilusa!

Voy hacia el minibar y busco la botella de whisky que hasta ahora servía como decoración. Necesito algo fuerte para serenarme.

Después de tres tragos ya estoy más relajada y algo entonada, imagino que se debe a mi intolerancia al alcohol. Sin embargo, la tristeza prevalece.

Tomo el móvil y busco el número de Ethan.

Debería llamar y decirle todo lo que pienso de él.

Tardo un par de minutos en decidirme, pero al fin presiono marcar. Me responde al instante.

—Victoria —contesta. Me quedo en silencio sin saber qué decir. Escuchar su respiración aumenta mi pesar—. ¡Victoria! —insiste alarmado.

Hay tanto que quiero gritarle también, pero no encuentro las palabras. Solo puedo imaginarlo con ella, riéndose de mí.

—Ya no puedo, Ethan —sollozo—. Lamento mucho no haber podido conseguir que la olvidaras.

—¿Olvidar? ¿De qué hablas?

—Renuncio a ti. Renuncio a lo que más quiero...

—¿¡Qué carajos sucede!?! Victoria, por favor... ¿Es por lo de anoche?

—Por eso y por todo.

—No es el medio para hablar de esto —replica.

—¿Qué? ¿Acaso mis palabras le incomodan al señor? —Articulo las palabras con dificultad por los grados de alcohol que tengo encima—. Pues me va a tener que disculpar, porque es así como me siento ahora. No lo entiendo, señor Mills, y lo único que soy capaz de pensar es que no me ama y que me engaña. Así que..., será mejor que todo esto termine.

—No hagas esto, Victoria —susurra con la voz quebrantada.

—¿Hacer qué? ¿Dejarte? Es que ya no tiene caso. Se acabó.

Cuelgo.

Sí, lo hice. Dejé al amor de mi vida para que él pueda ser completamente feliz con ella. Con la mujer con la que se iba a casar y que ahora tiene en su casa.

Sé que hice lo correcto y no me arrepiento.

Bebo otra copa.

Lo único que deseo es estar sola. Tomo el teléfono y llamo a Alice.

—Victoria, ¿necesitas algo?

—Cancela todas mis citas de hoy, y que nadie me moleste, por favor.

Alice guarda silencio un momento antes de responder.

—Enseguida... Victoria, ¿todo está bien? —inquire con timidez.

—Sí. Solo has lo que te he dicho.

Cuelgo.

Siento que me asfixio...

Quizá este sea un buen momento para visitar a mamá en Barcelona. Necesito alejarme un tiempo de todo. Alejarme de él. Sé que la agencia quedará en buenas manos. Tal vez pueda irme mañana mismo. Sí, tengo que irme cuanto antes. No soportaría verlo con ella.

Hago un par de llamadas a la agencia de viajes y reservo un pasaje a España para mañana por la tarde. Eso me dará tiempo de dejar todo en orden.

Recargo mi espalda en la silla para descansar.

Dios... que este día termine pronto. ¡Que termine ya!

En medio de mis suplicas escucho un fuerte alboroto. Me levanto alarmada para ver qué sucede, pero Ethan entra de golpe haciendo que de un brinco por el susto y que el efecto del alcohol desaparezca por completo.

—¡Dios, Ethan!

Coloco mi mano sobre mi pecho para que mi corazón no lo abandone.

—Así que te vas de viaje —dice con brusquedad.

¿Cómo lo sabe? Su mirada es fría, pero desesperada a la vez. Alice entra enseguida detrás de él.

—Disculpa, Victoria... No pude detenerle.

—No te preocupes, Alice. Déjanos solos —contesto, ya más calmada.

—Como digas. Permiso. —Se retira dedicándole una mirada congelada a Ethan.

Ethan permanece en silencio, lo que me deja saber que está furioso. Pero ¿a él qué demonios le importa si viajo o no? Además, ¿con qué derecho averigua mi vida privada?

—¿Qué necesitas? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Me muestro despreocupada, esquivando su intensa mirada mientras finjo revisar los papeles que están sobre mi escritorio.

—Necesito entender. Primero. ¡Por qué carajos no me dijiste que te ibas

del país! Segundo. ¡Qué diablos fue esa llamada!

Le dedico una mirada de desaprobación. Estoy segura de que sus gritos se escuchan en todo el edificio, pero claro, al señor no le importa armar escándalos donde sea.

—No creo que...

—Victoria. ¿Me estás dejando? —susurra.

—Ethan, por favor. Este es mi lugar de trabajo y hay gente que necesita quietud y silencio, así que te...

—¡Me importa una mierda lo que necesite la gente! —Doy un respingo por sus gritos—. ¡Lo único que quiero es que me respondas de una puta vez!

—Muy bien. Sí, me voy de viaje, y sí, te estoy dejando.

El corazón se me sube hasta la garganta mientras lucho por ahogar las lágrimas que ya se agolpan en mis ojos. Sé fuerte. Sé fuerte.

—¿Por qué?

Oh, Dios, no pensé que esto sería tan difícil.

—Por ti. Porque no puedo entenderte. Porque siento que...

—¿¡Qué, Victoria!?! —Su mirada es abrazadora. La evado porque no quiero acobardarme. No ahora cuando debo ponerle los puntos claros.

—Siento que no me amas y no quiero volver a sufrir. No otra vez.

Sus ojos se cierran y sé que está perdido. Cuando los abre se acerca a mí.

—¡No! —grito y él se detiene en seco—. Ethan... lo que pasó ayer me orilló a tomar esta decisión. Tal vez actúas así porque no estás convencido de estar con alguien como yo. —Empiezo a gimotear—. Tal vez porque no sé escoger qué vino tomar, qué comida pedir, o simplemente porque no soy Cathy.

Los ojos de Ethan echan chispas, me miran incrédulos antes de que su mano derecha golpee con fuerza la superficie de mi escritorio haciendo que de otro respingo.

—¡Maldita sea, Victoria! ¿¡Qué estás diciendo, Cathy!?! —

—Sí —levanto la voz—. Hoy estuvo aquí y me hizo saber que se hospeda en tu casa.

¿Qué dices a eso, Mills?

—No me pareció importante comentártelo. Victoria, ella es una amiga. No sucede nada de lo que te estás imaginando. ¡Por Dios! —responde exasperado.

—Claro. Entonces seguramente fue mejor que ella viniera a decírmelo. Ethan, te ibas a casar con ella y tu familia la adora. Es de tu clase y seguramente a ella nunca la rechazaste.

—Así que de eso va todo. —Sus ojos se convierten en dos llamas que arden—. Bien. —Ethan se acerca a mí y me toma con brusquedad por la cintura, clavando sus ojos en los míos—. Te voy a demostrar que no hay ninguna Cathy. Que me importa una mierda mi clase. Y que solo hay una mujer a la que amo. —Inspira con fuerza—. Te voy a demostrar que te deseo con todas mis fuerzas.

Ethan empieza a besarme los hombros y va subiendo lentamente por mi cuello hasta llegar a mi rostro donde se detiene para mirarme.

—¿Esto es lo que quieres, Victoria? Pues te lo voy a dar. —Respira profundamente antes de besarme con demasiada fuerza.

Su lengua invade mi boca y sus dientes muerden mis labios. ¡Uau! Jamás me había besado así. Me lastima... Su mano izquierda recorre mi espalda hasta mi trasero mientras que su mano derecha empieza a desabrochar los botones de mi blusa de encaje. No... No de esta forma.

—¡No quiero! —grito y le aparto de un empujón. Mis lagrimas no paran, y él se queda congelado ante mi reacción—. Vete, Ethan.

—Victoria... —Sus ojos, que ahora son más negros que nunca, se clavan en los míos—. Quiero que entiendas que no hay otra mujer. No hay nadie más importante que tú para mí. Pensé que estaba haciendo las cosas bien... ¡Maldita sea, quería hacer las cosas bien por ti! Pero todo se me fue de las manos —gruñe mientras camina desesperado por toda la habitación—. Perdóname, por favor. No me di cuenta de que te hacía daño. Perdóname.

Ethan se deja caer en la silla, escondiendo el rostro entre sus manos. Dios... Está llorando. ¡No! ¡No quiero verlo así!

Me acerco hasta quedar de rodillas frente a él, pero no me mira.

—Ethan... Ethan, mírame —suplico entre sollozos. Él levanta la cara y por fin puedo ver esos ojos que me vuelven loca, solo que ahora lucen tristes y perdidos por mi culpa—. Perdóname, por favor. No quiero hacerte daño. No quiero que sufras por mí. Yo... me asusté. Pensé que no me amabas. Sentí que debía dejarte para que seas feliz y se me pasó por la cabeza que no habías olvidado a Cathy.

Ethan me mira perplejo por unos cuantos segundos, después, levanta sus manos y las coloca sobre mi rostro, acariciando mis mejillas.

—¿Cómo pudiste pensar eso? Victoria, eres mi mundo. Mi vida empieza y termina contigo.

—Me asusté. Cuando ella me dijo que estaba contigo yo... enloquecí. No

sé qué haría si te pierdo.

Inspiro hondo para ahogar el llanto.

—Mi niña... —murmura con dulzura, y de pronto lo tengo todo muy claro. Esta era la intención de esa mujer al venir a verme. Quería que Ethan y yo discutiéramos y lo logró. Todo por mi estúpida inseguridad—. Te amo a ti. Necesito que me creas. Te amo, y no hay nadie ni nada que cambie eso. ¿Lo entiendes?

Asiento.

Ethan me da un beso tierno. Un beso que me hace olvidar las estupideces que pensé durante todo el día.

Me ama. Por fin lo entiendo. Me ama más que a nada en su vida, porque soy eso, su vida.

Nos quedamos abrazados por largo tiempo. Yo me sumerjo en su aroma dulce y varonil mientras agradezco haberle pedido a Alice que cancelara todas mis citas, así puedo estar más tiempo con él.

—¿Dónde estabas cuando te llamé?

—En la oficina —responde acariciando mi cabello con la nariz. Me vuelvo rápidamente para poder mirarlo—. Una reunión sin importancia —dice despreocupado.

—Ethan, lo lamento. Soy una tonta...

Y al decir eso me quedo corta. Me siento culpable por no poder controlar mis impulsos absurdos.

—No te preocupes. No es nada que no tenga solución. Además, si me preguntas, prefiero estar aquí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Realmente no lo sé —murmura con la mirada perdida—. Le pediré que se vaya. Te lo prometo.

—No lo hagas. —Ethan me mira ceñudo. Sé lo que ella quería, pero ahora que por fin entendí que me ama, eso ya no me molesta. Es más, siento que tenga que recurrir a métodos sucios y deshonestos—. No es necesario. Ethan, sé que la conoces de toda tu vida y por eso te pido que no lo hagas.

—Victoria, intentó separarnos y por poco lo consigue. No voy a dejarlo pasar.

Está furioso y sé que nada de lo que diga lo hará cambiar de opinión, así que me limito a darle un beso tierno que enseguida lo relaja. Supongo que Cathy tendrá que darle explicaciones más tarde.

—Acompáñame a casa —le pido con una sonrisa maliciosa.

—Excelente idea, señorita Masterson, pero antes me gustaría que usted me acompañe a un lugar.

Frunzo el ceño. ¿Qué es lo que oculta?

—¿A dónde?

—Un lugar no muy lejos de aquí, se lo aseguro.

—Bien, pero que sea rápido. Quisiera ir a casa. —Creo que nada puede ser más importante que estar a solas con él. Después de este horrible día, es todo lo que quiero—. Solo dame un minuto.

—Está bien —murmura, dándome un beso en la frente—. Te amo.

Lo veo salir de la oficina. Estoy totalmente inmersa en amor y admiración por el hombre que es capaz de enloquecer a cualquier mujer. Sin embargo, está aquí, conmigo, repitiéndome una y otra vez que me ama tanto como yo a él. Mi Ethan.

Voy al cuarto de baño a retocarme un poco el maquillaje y salgo en un par de minutos. Ethan está sentado en el sofá que está junto al escritorio de Julia. Es cierto... Julia no ha llegado. Jamás había hecho algo así. En fin... ya hablaré con ella mañana.

—Estoy lista.

Ethan se levanta y toma mi mano para besarla. Siempre galante...

—Perfecta —musita, y enseguida empezamos a caminar.

—¿Me dirás a dónde vamos? —indago ansiosa.

Cruzamos varias puertas dentro del edificio.

—La curiosidad mató al gato, Victoria —contesta con una sonrisa realmente sexi.

—¿El salón de eventos?

Asiente.

¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué vamos al salón de eventos?

Debo admitir que ahora me siento mucho más ansiosa que antes. Pensé que iríamos a cenar o a otro lugar, pero al parecer no será así.

Al fin llegamos.

Ethan me suelta para abrir las puertas de par en par, pero todo está oscuro. De pronto las luces se encienden y escucho al unísono un grito ensordecedor que aviva un ¡Feliz cumpleaños!

Me quedo paralizada. ¿Cumpleaños? Mi cumpleaños... Se me había olvidado.

Hay demasiada gente. Todos con enormes sonrisas. Mis compañeros de trabajo, mis amigos y... ¡mamá!

—Sorpresa... —Ethan besa de nuevo mi mano y yo no puedo pensar con claridad. Esto sí que es una verdadera sorpresa—. Feliz cumpleaños, nena.

—Oh... Ethan.

Me abalanzo sobre él con todas mis fuerzas para envolverlo con mis brazos y darle un beso lleno de amor. Después, sin pensarlo dos veces corro a abrazar a mamá, que está a unos metros de nosotros.

Estoy tan feliz de verla... Hace meses que está fuera del país. Meses que han sido como siglos para mí. Sigue tan guapa como siempre y su sonrisa es igual de tranquilizadora.

—¡Mamá! —La rodeo con mis brazos sin medir mi fuerza.

—Feliz cumpleaños, mi amor —me dice ella con su típica sonrisa maternal mientras seca mis lágrimas con sus dedos—. Mírate... Estás preciosa.

—Te extrañé mucho, mami —gimoteo—. Pensé que no te vería por mucho más tiempo.

—Mi vida, también te extraño, pero debes agradecerle a Ethan. Movié cielo y tierra para que yo pudiera estar aquí —musita, llena de admiración—. Es un muchacho estupendo, Victoria. El amor que siente por ti se le sale por los poros.

—Sí, mamá. Él es... mi mundo —confieso con timidez.

—Es obvio, mi vida. Tu rostro luce radiante, y eso solo lo consigue el amor. Te felicito. Supiste elegir.

Miro a Ethan. Está junto a Alice, imagino que hablan de algo. Bueno, ella lo hace. Sonríó mirando la expresión de mi amiga, al parecer la desaprobación y mala cara que antes tenía para Ethan han desaparecido para dejar en su lugar solo sonrisas y atenciones.

Dejaré que disfrute de la compañía de mi novio, solo un poco más.

Miro a mi alrededor. Mi madre y yo somos el centro de atención. Veo a Julia, Mila y George, a todo el personal de la agencia, a algunos clientes con los que hemos trabajado en varias ocasiones y a Carl... Incluso Samantha está aquí.

—Ve a saludarlos —me dice dulcemente mi madre—. Me da mucho gusto saber que tienes a varias personas que te quieren, mi amor.

—No quisiera separarme de ti, pero tienes razón. Regreso enseguida,

mamá. —Le doy un beso en la mejilla y voy encantada a saludar a mis amigos.

Saludo a varias personas en mi trayecto. Algunos minutos se van en abrazos de felicitaciones antes de que pueda llegar a Mila.

—¡Feliz cumpleaños, Vic! —exclama en medio de un abrazo—. Mira esto... Tu novio sí que sabe organizar a la gente.

Entorna los ojos y yo la imito. Es cierto. Él sabe cómo sorprenderme.

El salón está perfectamente decorado con globos, flores y varias mesas elegantemente distribuidas. En el escenario hay un piano y varios músicos que ya empezaron a tocar.

—No esperaba esto. Me siento... anonadada —confieso con timidez.

—Te lo mereces, amiga. Te mereces toda la felicidad del mundo.

—¡Gracias, Mili!

Vuelvo a estrecharla en mis brazos por última vez y continúo con el siguiente en la fila de felicitaciones.

—Felicidades, Victoria —me dice George, el adorado tormento de Mila. Le abrazo.

—Gracias, George. Qué bueno que pudiste estar aquí. Sé que no sueltas tu trabajo con facilidad.

—Conoces a Mila. Decirle que no es difícil, además no podía perderme esto. —Suelta una risita y le guiña un ojo a Mila. Son realmente adorables juntos.

—Lo sé. —Sonrío—. Disculpa.

—Adelante.

Mis ojos se enternecen al ver a Carl. Está ahí, mirándome con esos hermosos ojos azules y su sonrisa encantadora. Me acerco, sonriendo también, pero él me sorprende primero. Antes de que pueda abrazarlo me toma de la cintura y me hace girar un par de veces entre sus brazos.

—¡Carl! —chillo entre risas hasta que por fin me baja.

—Felicidades, princesa —susurra con dulzura—. Un día como hoy nació la estrella más bella del universo. Esa estrella llena de paz y amor, que es capaz de iluminar hasta la más terrible oscuridad.

—Carl... No sabes cuánto te he extrañado. —Vuelvo a abrazarlo.

Tenerlo aquí me hace sentir completa. Lo quiero tanto... Estaría perdida sin él.

Mi mirada risueña pronto se cruza con la de Samantha, que está a nuestro lado mirándome con desdén. Me alejo de Carl.

—Samantha —le saludo. Ella se acerca como si sus pies fueran de plomo y me da el abrazo más frío que he recibido en toda la noche.

—Feliz cumpleaños, Victoria —me dice sin ánimos. Evidentemente está enfadada conmigo y con Carl.

—Gracias —respondo.

Enseguida siento unas manos cálidas deslizarse por mis hombros. Me vuelvo y me encuentro con unos preciosos ojos negros. Ethan... Respiro llena de alivio. Siempre me salva de las peores situaciones, y esta, ya empezaba a resultar incómoda. Me sonrío, y a la vez le dedica una fría sonrisa a Carl. Sí, sé que vino para que no estuviera sola con él, aunque, bueno..., también está su novia, a la que no le agrado.

—Si me disculpas... Quisiera bailar un poco con mi novia —dice haciendo énfasis en la palabra «mi». Encojo mis hombros a manera de disculpa con Carl. Él entorna los ojos.

—Espero que no te moleste que te la robe más adelante —replica mirando directamente a Ethan. Él me pega con fuerza a su cuerpo.

—Si solo son unos minutos... creo que no habrá inconveniente.

Por fin vamos a la pista de baile.

El grupo toca «*For Once In My Life*» de *Frank Sinatra*. Me sorprende lo mucho que conozco de él, o quizá sea porque sé que a Ethan le encanta su música.

Ethan coloca sus manos sobre mi cintura. Yo rodeo su cuello con las mías. Empezamos a bailar con todas las miradas sobre nosotros, supongo que admiran la destreza de mi amado novio y la torpeza de mis pasos, pero eso no me importa en este momento. Solo deseo estar con él.

—¿Cuándo vas a dejar de pelear con Carl como si fueras un niño? —le regaño al oído.

—Cuando él deje de mirarte de la forma en que te mira.

—Ah, ¿sí? Y ¿cómo me mira?, señor experto en miradas.

En un segundo me hace girar. Acto seguido me inclina sosteniéndome con su brazo, haciendo que mi cabello por poco toque el piso.

—Con deseo, señorita Masterson —añade, con la mirada fría y juguetona a la vez. ¿Cómo puede mantener dos emociones al mismo tiempo?

Me levanta y continua con sus movimientos perfectos al ritmo de la música.

¿Deseo? No, claro que no. Carl tiene novia. Además, hace mucho que

entendió que no puede haber más que amistad entre los dos.

Busco a Carl con la mirada por todo el salón, que ahora está repleto de gente bailando a nuestro alrededor. Cuando doy con él me doy cuenta de que luce molesto. Está hablando con Samantha, o ¿discuten?

No. Él no puede seguir enamorado de mí, lo sé.

—¿En qué piensas? —inquire Ethan al percatarse de mi inquietud.

—En lo que me dijiste y creo que estás exagerando. Carl es muy feliz con Samantha.

—Bueno... Tal vez exagere, pero vamos a olvidarnos de eso. ¿Te dije que te ves hermosa? —me dice en voz baja mientras su mano baja un poco más por mi espalda.

—¡Ethan! —le riño y él me devuelve una sonrisa maliciosa.

—Quizá más tarde —susurra en mi oído, lo que hace que se estremezca cada parte de mi cuerpo.

Observo todo a mi alrededor hasta que me encuentro a mi madre sentada en una de las mesas cercanas a la pista de baile, mirándonos con una sonrisa cálida de oreja a oreja que yo le devuelvo.

—No te agradecí por haber logrado que mi madre esté aquí. Gracias, amor.

Los ojos se le dulcifican al instante.

—No es nada, nena. Sé que la extrañas y ella también te extraña.

—No sabes lo bien que me hace verla.

Pego mi cara a su pecho. Sólo él puede hacer cosas como esa.

Cuando terminamos de bailar, vamos a la mesa, junto a mamá. Ella está entretenida charlando con Carl, de medicina, me imagino. Mila está junto a ellos sosteniendo la mano de George, pero no veo a Samantha por ningún lado.

Mi madre levanta la vista.

—Ethan, hijo..., ven, siéntate con nosotros. Ven tú también, cariño. Carl me contaba sobre los últimos avances médicos en Inglaterra. —Sonríe encantada—. No me habías dicho que tenías un amigo tan encantador.

—Amor, quédate con mamá y Carl mientras voy al tocador.

Le guiño un ojo, y antes de que pueda decir que no, me alejo en dirección al baño.

Mi cara está un poco colorada. Debe ser por todas las copas de champán que he tomado, aunque debo decir que estar a tono me favorece. Así no me veo tan pálida.

Regreso después de unos minutos y veo a mamá enfrascada en una conversación con Ethan y Carl. Se les ve muy entretenidos... Será mejor que no les interrumpa.

—¡Victoria! Al fin estás libre. —Julia me sorprende por la espalda. Al parecer también tiene un par de copas demás—. Felicidades, amiga. Aunque sé que ya eres muy feliz. Mira que tener a un hombre que sea capaz de hacer estas cosas por ti es como sacarse la lotería, además, es encantador.

Se ruboriza aún más.

—Gracias, Julia. Tienes razón, soy la mujer más afortunada por tenerlo y por tener amigos como ustedes.

—¡Brindo por eso! —exclama entregándome una copa de vino. Sí que está a tono.

Después de un par de brindis con mi ebria amiga Julia, puedo volver a la mesa. Mi madre, Ethan y Carl siguen hablando. Me siento junto a mi novio y oprimo su mano. Él me sonrío y suspira, aliviado.

—Ambos son hombres exitosos —dice mi madre. Otra que se pasó de copas. Sus manos aprietan con fuerza los hombros de Ethan y Carl; yo sonrío compadecida de ambos—. Y realmente guapos —continúa—. Han logrado mucho, cada uno en su rama, pero lo han logrado. —Mi madre me dedica una dulce mirada maternal—. Igual que mi pequeño sol. Les diré que estoy muy orgullosa de ella. Es una mujer que sabe salir adelante y logra lo que se propone —añade bebiendo otro sorbo de su copa—. Además..., es encantadora. ¿No lo creen? —pregunta y ambos fijan sus ojos en mí.

—Lo es —convienen en coro, y mi madre se echa a reír.

—¡Son encantadores también!

Ríe de nuevo.

La gente parece estar contenta. Todos bailan y beben. La música no es tan formal como al principio, lo que le da un toque de frescura al lugar. Mila baila con George. Es obvio que ambos se adoran y me hace feliz que ella lo sea.

—Bueno, creo que llegó el momento.

Carl se pone de pie y extiende su mano, invitándome a bailar, pero antes mira a Ethan, esperando su aprobación. Él asiente a regañadientes.

—Por qué no bailas con mamá. Sé que le encantaría —le susurro a Ethan antes de que Carl me lleve a la pista.

Bailamos un par de canciones mientras miramos divertidos a Ethan lidiar con mi madre, que lo tiene bien sujeto en la pista de baile. Es una buena

distracción para él, porque, de otra forma, estoy segura de que no habría podido bailar con mi mejor amigo por tanto tiempo.

La música da un giro brusco. De divertida a romántica. De «*Everybody Needs Somebody*» a «*Say you Say me*». Carl rodea mi cintura con sus brazos —lo que me pone nerviosa, no sé por qué. Quizá por lo que me dijo Ethan— y me pega a su cuerpo tanto, que siento el calor que emana. Poso mis manos en sus hombros, con timidez, y seguimos bailando.

Me siento tan cohibida en este momento..., pero imagino que se debe también a que tenemos la mirada, nada amable, de Ethan sobre nosotros. Sé que no debe estar pasándosela muy bien.

—Samantha no está. ¿Tuvo que irse?

Intento desesperadamente que mi mente se distraiga.

—Creo que no la volverás a ver.

¿Qué? Miro a Carl totalmente extrañada.

—¿Qué sucedió?

—No era para mí.

Carl parece resignado. Felizmente resignado.

—¿Por qué dices eso? ¡Se les veía tan bien juntos!

—Las apariencias engañan, Victoria. —El silencio se apodera de nosotros unos segundos—. No puedo estar con alguien que no amo —añade finalmente.

—¿No la amas? —Frunzo el ceño intentando comprender. Esto sí que es una sorpresa—. Juraría que sí.

—Mi corazón le pertenece a alguien más —me dice con vacilación.

Sus ojos azules se clavan en los míos con intensidad e inmediatamente siento un frío que me estremece.

—Ah, ¿sí?

Dios, que no sea lo que estoy pensando.

—Sí, Victoria. La verdad es que...

Justo en ese momento, antes de que Carl me dijera que todavía estaba enamorado de mí, escucho la voz de Ethan al micrófono. De pronto siento un alivio evidente. Todo el mundo deja de bailar para prestarle atención al príncipe que siempre me saca de apuros.

—Victoria, mi amor —dice—. La mujer que llegó a mi vida hace años con el único fin de rescatarla. ¿Recuerdas? Tropezamos en una pequeña plaza de Georgia... Después arrojaste whisky en mi rostro. —Todo el mundo ríe. Supongo que eso lo enganchó—. Quién diría que eso podría volver loco a un

hombre. Pero a mí me sucedió, y no hay día en que no agradezca ese momento, porque te amé desde entonces y te amo más cada día que pasa —añade y hace una breve pausa que causa expectación entre los asistentes—. Bien... Esto es para ti, nena.

Ethan camina con elegancia y se acomoda frente al reluciente piano, y sus habilidosos dedos empiezan a bailar en cada una de las teclas.

Contengo la respiración al escuchar su melodiosa voz cantando «*How would you feel*».

Todos lo observan, encantados con su forma de cantar. Pero él apenas parece notarlo; solo se concentra en hacer lo suyo. Toca y canta a la vez, y la letra parece querer decir tantas cosas...

Finalmente deja de cantar y se pone de pie. El silencio se cierne en el lugar, porque todos nos quedamos mudos cuando las luces se apagan y finalmente vuelven a encenderse de una forma muy tenue, creando una atmósfera romántica. La canción vuelve a empezar, pero esta vez a cargo de los músicos. Ethan baja del escenario y se aproxima lentamente hacia mí sin apartar sus brillantes y seductores ojos de los míos.

No puedo mirar a nadie más. En este momento solo estamos él y yo, como aquel día en la playa. Cuando al fin llega a mi lado me dedica una sonrisa tierna acompañada de una mirada que no soy capaz de describir; solo sé que está llena de luz. De pronto lo tengo frente a mí, con una rodilla apoyada en el suelo y una pequeña caja roja, que se apresuró a sacar del bolsillo de su pantalón de franela que complementa su impecable vestidura, en la mano. La abre y mis ojos descubren maravillados un hermoso anillo de dos diamantes en oro blanco.

¡Dios! ¿Esto de verdad está pasando?

—Cásate conmigo, nena —me pide con voz ronca.

Me inclino y tomo su rostro entre mis manos para pegar mi frente a la suya.

—Sí... Por supuesto que sí... —contesto en un susurro.

Él esboza una hermosa sonrisa y yo lo beso. No me importa que haya gente mirando. Quiero disfrutar al máximo de esta felicidad que no me cabe en el pecho. Sus brazos me rodean para devolverme el beso, haciéndolo más profundo, después, ambos nos ponemos de pie. Ethan toma mi mano y coloca el anillo en mi dedo.

Enseguida se escuchan aplausos, risas, gritos, chiflidos y suspiros. No me lo creo. Este es como el final de un hermoso cuento de hadas.

—Te amo —me susurra al oído.

—Te amo —le digo también y lo beso de nuevo.

Los músicos siguen tocando mientras todos se acercan a felicitarnos por turnos. Primero mi madre, que está hecha un mar de lágrimas.

—Oh, mamá... —gimoteo entre sus brazos.

—Cariño, estoy tan feliz por ti. —Acaricia mi espalda intentando sosegar—. Serás muy feliz con Ethan. Es un muchacho fantástico. Mira que hacer todo esto...

Es verdad. Esto ha sido increíble. Y pensar que hace unas horas estuve a punto de arruinarlo todo.

De pronto siento que un enorme letrero con la palabra CULPABLE, cuelga en mi frente. Mientras yo me hacía una película idiota y sin sentido, él reunía a mis amigos, a mi madre, y preparaba todo para proponerme matrimonio.

«Genial, Victoria. Te acabas de llevar el premio a la novia más idiota de todos los tiempos», me reprendo internamente.

Miro a mi derecha y veo a Ethan recibiendo abrazos de felicitación de algunos de sus amigos empresarios que también están aquí. Se ve feliz. ¿Cómo pude pensar que no me ama?

—Sí, mamá. Ethan es... de otro planeta.

—Mi amor... —Vuelve a abrazarme—. No puedo creer que te vayas a casar.

—No sabes lo feliz que me hace compartir este momento tan especial contigo.

—Serás dichosa, Victoria. De eso estoy segura.

Suelto a regañadientes a mi madre para atender a Julia, que se acerca para felicitarme.

—¡En hora buena, Victoria! Te deseo toda la felicidad del universo.

—Gracias, Julia. Y créeme que en este momento ya soy la mujer más feliz del universo.

Abrazos van y vienen. Mis brazos parecen gigantes ahora, capaces de abarcar a todo el mundo en ellos. Mila se acerca con su típica sonrisa de oreja a oreja, lo que me alivia instantáneamente. Por un momento temí que se sintiera incómoda, pero parece no importarle, o no en el sentido que yo pensaba.

—¿Puedo felicitar a mi mejor amiga? —pregunta fingiendo timidez.

Abro mis brazos de par en par para recibirla.

—¡Quiero verlo! —insiste emocionada, y sé que se refiere al anillo. Estiro mi mano para que lo aprecie con detenimiento—. ¡Vic, es precioso! Una pequeña fortuna... ¡Oh, Vic! Estoy feliz de poder compartir este día tan importante contigo. Serás muy feliz, tanto como lo soy yo ahora. —La miro con ternura. Mi amiga, mi hermana... No se le puede pedir más a la vida—. Por supuesto que organizaré tu despedida de soltera. ¡Será sensacional! —me advierte, ebria de emoción.

Entorno los ojos mientras río. Seguro será una despedida inolvidable.

Cuando por fin consigo zafarme de Mila y de su divertido novio, George, busco a Carl por todo el lugar hasta dar con él. Está apartado, bebiendo champán. Cuando se percató de que lo observo sonrío y se acerca.

—Ethan es... —sus labios se curvan en una sonrisa que no le alcanza los ojos— un imbécil con suerte —añade al fin—. Te felicito, princesa.

Sus brazos me rodean con fuerza y, por alguna extraña razón, mientras lo hace, siento una punzada de dolor en el corazón. Tal vez porque puedo sentir el suyo. Sé que en la pista de baile estuvo a punto de confesarme su amor, pero, aunque lo hubiera hecho, yo no podría sentir más por él que un cariño sincero de amigos.

—Lo sé... —sollozo—. Y sé también que en algún lugar está alguien esperando por ti.

Le miro directamente a los ojos mientras acaricio su mejilla. Él me devuelve una mirada triste que se esfuerza por disimular. No lo consigue.

—Quizá... —susurra—. Pero eso no interesa ahora. Este es tu momento. Serás muy feliz, lo sé. Pero ahora será mejor que vayas con tu prometido —añade arrugando el entrecejo.

Volteo y veo a Ethan acercarse, después vuelvo mis ojos a Carl. Parece irritado.

—Te veo luego. —Le sonrío y le sorprendo con un abrazo rápido y un beso en la mejilla—. ¡Te quiero, Carl!

Me alejo para encontrarme con Ethan. Ya a unos metros vuelvo la mirada hacia Carl. Sus ojos permanecen sobre mí. Él me sonrío al verse descubierto y con un movimiento de cabeza me indica que no me detenga y así lo hago. Le doy la espalda nuevamente y me quedo inmóvil en medio de toda la gente pensando en cómo debe sentirse. Quisiera poder quitar todas las tristezas de su corazón, pero creo que soy la menos indicada para hacerlo.

Ethan avanza elegantemente hacia mí y, enseguida, en medio de mi

abatimiento por Carl, consigo sonreír. No puedo creer todo lo que ha sucedido, y no puedo imaginar todo el trabajo que le debió haber costado organizar a todo el mundo. Mi amado, guapo, sexi, temperamental, amoroso, dulce, cariñoso y siempre impecable futuro esposo. ¡Lo amo tanto!

Sus brazos rodean mi cintura pegándome a su cuerpo para darme un beso tierno y corto en la frente.

—Al fin puedo tener un momento con mi futura esposa —suspira aliviado.

—Tendrá toda la vida, futuro esposo.

—Eso no será suficiente. —Sus dedos juegan con mi cabello lentamente

—. Pero supongo que está bien para empezar.

—¿Desde hace cuánto estuviste planeando todo esto?

Lo miro inquisitiva.

—Solo el tiempo necesario.

—Cantas muy bien.

De hecho, bastante bien, aunque eso ya lo sabía.

Rodeo su cuello con mis brazos.

—Hoy no me importó hacer el ridículo. Quería sorprenderte. ¿Lo logré?

—indaga encogiendo los hombros.

¿Puede ser más dulce?

—Siempre lo logras.

Le doy un beso en la comisura de los labios y ambos nos abrimos paso en la pista de baile para unirnos a todas las personas que disfrutaban alegremente de la fiesta.

## CAPÍTULO 28: DESLIZ

La noche transcurrió con tranquilidad. Todo el mundo reía y parecía estar relajado. Incluso mi madre que no soltó a Carl ni un segundo, ni siquiera cuando me cantaron el feliz cumpleaños y soplé las velas. Recuerdo que cuando era niña odiaba que me cantaran porque me resultaba incómodo. Nunca supe qué cara debía poner mientras terminaba la canción. Además, siempre me gustó pasar desapercibida. Nunca fui el centro de atención, pero me doy cuenta de que, desde que conocí a Ethan, de alguna forma, eso cambió. ¡Todo cambió! Pasé de ser una chica invisible a una mujer triunfadora. Bueno, así me siento, y no digo que sea por Ethan, pero todo lo que viví, todo lo que pasé y sufrí a raíz de que lo conocí me hizo fuerte. Fuerte para luchar por lo que quiero y cumplir mis sueños. Lo amo, sí; lo amo como nunca he amado a nadie, pero ahora sé que no importa si tengo o no a quien amar. No importa si no hay nadie apoyándome. Lo único que importa es que sepa que puedo sola, que me ame a mí misma y que siga a mi corazón; el resto... viene por añadidura.

Aparcamos fuera de mi casa. Mason se apresura a bajar para abrirle la puerta del auto a mi madre. Ethan y yo bajamos después.

—Te veo adentro, cariño —dice sonriendo—. Los felicito. Mi querido Ethan, sé que sabrás cuidar a mi niña. Bienvenido a la familia hijo —murmura, abrazándolo.

—Ha sido un placer conocerla, Andra. El avión está totalmente a su disposición.

Sé que mi madre siente admiración por él, su cara la delata, después de todo... ¿quién no la sentiría?

—Te lo agradezco, hijo. Descansa.

Después de darle un beso en la mejilla a Ethan entra a la casa. Al instante Mason también desaparece dentro del coche.

—Parece que se ganó a su suegra, señor Mills.

—Lo que me complace. —Sus ojos brillan centellantes de dulzura y amor. Me rodea con sus brazos—. Dígame, señorita Masterson, ¿cómo la pasó hoy?

—Mmm podría decir que...

Encojo mis hombros y hago una mueca fingida que dice que tuve noches mejores. Ethan frunce el ceño, después su expresión se vuelve inquisitiva.

—¿La pasaste mal? —inquire alarmado e incrédulo. ¡Es tan inocente!

—¡Nooo! —sonríó—. Amor, esta noche ha sido una de las más importantes de toda mi vida.

—Victoria, Victoria, Victoria... ¿Qué voy a hacer contigo?

—Te vas a casar conmigo —contesto, y beso la sortija en mi dedo.

—La mejor decisión de mi vida —asegura, acariciando mi rostro con delicadeza.

—Gracias por hacerme la mujer más feliz del mundo —susurro antes de besarlo como si el mañana no existiera. Como si el mundo se acabara. Con pasión, con amor, con deseo...

Es una lástima que no podamos cerrar este día tan perfecto haciendo el amor. Me gustaría que así fuera, pero mi madre regresa muy temprano a España y no puedo dejarla sola.

—Te veo mañana, nena.

—Hasta mañana, amor.

Me quedo en el porche de la casa hasta que el auto desaparece por la carretera. ¿Quién lo creería? Después de todo lo que hemos vivido por fin vamos a casarnos.

Cuando entro a casa veo a mi madre sentada en el sofá, esperándome con una enorme sonrisa. Sí. Sé que vamos a hablar largo y tendido.

—Mamá, pensé que estarías descansando...

—Mi cielo, sabes que no podría dormir después de todo lo que sucedió hoy. —Palmea el sofá para que me siente a su lado. Lo hago—. No puedo creer que te vayas a casar —añade, y una lágrima de felicidad rueda por su mejilla.

—Tampoco lo creo. No imaginé que Ethan...

—Sí, amor. Tu prometido es un hombre sensacional. Supiste elegir muy bien. Estoy tan orgullosa de la mujer en la que te has convertido. ¿Sabes que me pidió tu mano cuando me recibió en el aeropuerto?

—¿Lo hizo?

—Hubieras visto. Esa forma tan galante que tiene de expresarse... Es evidente que te adora. Caí rendida, lo admito. Es un muchacho encantador.

—Mamá, amo a Ethan. Lo amo tanto, que a veces siento miedo.

—Cariño, el amor es un sentimiento maravilloso. No pierdas el tiempo sintiendo miedo, solo disfrútalo.

—Lo sé... Gracias, mamá. —La abrazo—. Pero ya no quiero hablar de mí. Te vas mañana y apenas hemos podido ponernos al día en todo. Cuéntame,

¿cómo te va en Barcelona?

—Estoy bien, mi amor. Todo parece marchar sobre ruedas en el hospital. Saber que eres feliz es lo único que necesito.

Ahora que la tengo junto a mí, que la siento conmigo, me pregunto cómo es que soporté todo este tiempo sin ella. La extrañaba demasiado.

—¿Y en lo demás?

—Bueno... Conocí a un hombre muy apuesto. —Sonríe vacilante y su rostro se ilumina—. Samuel Bianchi. Es arquitecto. Nos conocimos en el hospital cuando acompañaba a uno de sus amigos a una consulta.

—¿Salen?

—Sí, cariño. Desde hace un mes.

Sus palabras son toda una revelación. Sabía que en algún momento sucedería, que encontraría el amor, y no puedo estar más feliz por ella. Siempre me preocupó que no encontrara a alguien de quien enamorarse, pero lo hizo.

—¿Por qué no me lo habías contado, mamá? —Encoge los hombros a manera de disculpa. Yo le dedico una sonrisa tranquilizadora para hacerle saber que lo único importante es ella—. Mami, estoy muy feliz por ti. Seguro que Samuel es un hombre estupendo.

Después de varios minutos de charla y abrazos, contemplo a la mujer que más amo subir por las escaleras para descansar. La quiero mucho. Es una persona de ejemplo, que supo salir adelante sola, con una niña a cuestas. La admiro, pero muchas veces me pregunto cómo sería mi vida si papá no se hubiera ido.

Tal vez sería diferente o... tal vez no. Nunca lo conocí. Mamá evitó y evita hablar de él, y yo..., solamente tengo una vieja fotografía que encontré un día, cuando tenía diez años y jugaba en el ático de nuestra casa en Georgia. Desde entonces la guardo como un tesoro en un diario con las páginas en blanco, porque nunca tuve tiempo de escribir en él.

Miro de reojo al reloj. Es media noche, así que decido subir a mi habitación y buscar el retrato de mi padre.

Debe estar por alguna parte, en el armario. Busco y busco hasta que por fin doy con mi viejo diario rosa con páginas perfumadas. Lo abro y la encuentro enseguida.

Era un hombre atractivo. Su cabello es negro y está tan alborotado como el mío, sus ojos son tan verdes... como los míos, y una enorme sonrisa adorna su

rostro. Me parezco mucho a él. Se le ve feliz y relajado en esta fotografía, incapaz de abandonar a su familia, pero las apariencias engañan. Sin embargo, aunque no sé la razón de su partida, lo quiero, y sé que me va a hacer mucha falta el día de mi boda. Digo, es una tradición que el padre de la novia la entregue en el altar.

Una lágrima se me escapa y baila en mi mejilla.

«Vamos, Victoria. Sé fuerte. Sé feliz», me repito y guardo todo de nuevo antes de cubrirme con las sábanas para que los sueños más dulces me atrapen.

Varias veces imaginé cómo sería mi vida. Cómo se cristalizarían mis sueños y quiénes serían parte de ella a mis veintidós años. Bueno, es exactamente a como esperaba.

Ahora estoy sentada frente a mi escritorio, en mi oficina, en mi agencia de publicidad, que se posicionó rápidamente, y que ahora gana miles de dólares. Tengo a mi mejor amiga a mi lado, a pesar de todo, a Carl, que es muy importante para mí, a varios amigos y compañeros que trabajan a mi lado día a día, a mi madre, que es feliz..., y a Ethan, el gran amor de mi vida. Hemos pasado por tanto que, cuando miro el precioso anillo en mi dedo, todavía no lo puedo creer.

El sonido del móvil me devuelve a la realidad. Miro la pantalla. Es un mensaje de Ethan.

«Buen día, señorita. Le informo que estuvo presente toda la noche en mis sueños. Dígame, ¿estuve en los suyos? Un beso».

Resulta difícil no amar a este hombre. Sobre todo, cuando es más dulce que la miel. Contesto enseguida.

«Buen día, señor Mills. Usted me acompaña en todos mis sueños, aunque desearía que no solo estuviera en ellos por las noches».

La respuesta llega inmediatamente.

«Su respuesta me complace, no tiene idea de cuánto. Le confieso que libro una batalla interna. No sé si cumplir con mis obligaciones laborales, o con mis deseos, que me piden que vaya hasta su oficina y la rapte. ¿Qué me aconseja?»

«La segunda opción», responde el corazón. Deseo tanto verlo, pero el trabajo es primero, por lo menos por ahora. Entorno los ojos porque también tengo una reunión en diez minutos para cerrar un contrato importante.

«Aunque me encantaría recibir su visita, me temo que no es lo más apropiado. Tenemos que cumplir con nuestro trabajo, y digo “tenemos” porque, como usted, debo estar en una reunión en pocos minutos. No sea holgazán, señor Mills».

Mientras espero su texto, recojo todos los documentos necesarios para la importante reunión que tengo entre manos.

«Un consejo muy acertado, como todo lo que usted dice. ¿Holgazán? No lo había pensado así. La verdad es que no me importaría serlo, siempre y cuando usted comparta mi “holgazanería”. Suerte en la reunión».

«Quizá esta noche. ;) Tengo que irme. Solo espero poder concentrarme, porque si no, gracias a usted, perderé miles de dólares. Lo amo, señor Mills».

«Eso no sucederá. Su mente es demasiado brillante como para perder dinero. Estoy deseando que llegue la noche, nena. Vamos a trabajar. Te amo».

Dejo el móvil sobre el escritorio mientras intento controlar las ansias locas de llamar a mi sexi prometido. Julia entra en la oficina y frunce el ceño cuando ve mi rostro lleno de tristeza y fastidio por no poder estar con Ethan.

—Eh... Victoria. ¿Todo bien?

—Sí, Julia. Dime, ¿llegó Williams?

—Hace un minuto. Te espera en la sala de reuniones.

—Bien. ¡Vamos por ese contrato!

Salgo de la oficina decidida a cerrar con éxito uno de los negocios más importantes que hemos tenido hasta ahora. Me alegra contar con Julia, es muy eficiente y un gran apoyo.

Cuando entramos a la sala de reuniones mis ojos se dirigen amablemente a los de Jeremy Williams, el presidente de la multinacional *Resort Sport*, la compañía de ropa deportiva e implementos de la misma gama más importante de América y Europa. Mila consiguió interesarlo en la agencia, planteándole una mega campaña para el lanzamiento de sus nuevos productos. Si logramos

firmar nuestro trabajo se conocerá en todo el mundo, lo que me emociona y me estremece a la vez.

—Señor Williams. Bienvenido. Es un placer tenerlo con nosotros.

Le dedico la más amable de mis sonrisas.

—Victoria, puedes llamarme Jeremy. Señor Williams es en extremo formal.

—Bien, Jeremy. Toma asiento, por favor. —Lo hace y hago lo mismo—. Veo que ya te ofrecieron algo de tomar. —Miro agradecida a Julia, que me sonrío con suficiencia—. ¿Deseas algo más?

—No, gracias. El café será suficiente —responde, y le da otro sorbo a la bebida. Julia se sienta a mi lado con su libreta de apuntes—. Será mejor que empecemos, no dispongo de mucho tiempo. Debo pasar por mis hijas en una hora.

Jeremy Williams es un hombre afroamericano. Alto, pelinegro y fornido. Muy amable en lo personal, pero receloso en los negocios. Debe tener alrededor de treinta y cinco, y, por lo que sé, lleva diez años felizmente casado, además tiene dos niñas gemelas de ocho.

—Estupendo. Dime, ¿qué te pareció nuestra propuesta?

Intento parecer serena y profesional, pero la verdad es que en este momento me tiembla todo el cuerpo.

—Mi equipo y yo revisamos todo a detalle —asegura, sosteniendo su mirada impenetrable, que hace más difícil que pueda adivinar lo que piensa.

—Y ¿qué me dices?

—Bueno... —Me mira profundamente y guarda silencio por unos cuantos segundos, lo que me mata—. Creemos que es estupenda —continúa al fin—. Estamos fascinados con la proyección que desean darle a la campaña.

—Entonces...

—Entonces, queremos trabajar con ustedes.

«Sí, sí, sí», celebro internamente.

—¡Es estupendo, Jeremy! ¡Hiciste la mejor elección!

No puedo contener la felicidad que me embarga. ¡Aceptó! No lo puedo creer.

—No voy a decir que no tenía más propuestas, pero la suya fue insuperable. Además, he recibido buenos comentarios sobre ustedes. Creo que será beneficioso para ambas partes.

—Lo será, te lo aseguro. Nos pondremos enseguida en eso.

No he dejado de dar pequeños saltitos en mi interior. ¡Lo logramos!

—Bien. Aquí está el contrato firmado. No hay objeción alguna.

Recibo la carpeta con el contrato.

—¡Excelente! Te lo agradezco.

Williams abandona la silla de piel y se dirige hacia mí con elegancia. Lo imito hasta que nos encontramos a mitad de la habitación.

—Ahora debo marcharme. —Estrecha mi mano—. Sé que todo resultará bien.

—Eso te lo aseguro. Gracias por todo.

—A ustedes. Hasta pronto, y felicidades por tu próxima boda.

Frunzo el ceño. ¿Cómo se enteró?

—Gracias, Jeremy. Te acompaño.

—No hace falta, Victoria. —Su sonrisa es contagiosa—. Espero que Mills sea consciente del tesoro que se lleva. Así te llamaría mi esposa —sonríe—. Hasta pronto.

Me ruborizo tras el cumplido de Williams.

—Julia, acompaña al señor, por favor —le pido y ella se apresura a alcanzarlo para salir con él.

Me dejo caer en la silla, totalmente aliviada. No puedo creer que lográramos cerrar el trato con una compañía de esa magnitud. Así debe sentirse ganar la lotería.

—¡Lo conseguimos! —celebra Julia cuando está de vuelta.

—Lo conseguimos —repito, y suena a que logramos lo imposible. Aunque eso es lo que sucedió. Las probabilidades de conseguir la cuenta de Williams eran de una en un millón, sobre todo por el poco tiempo que llevamos ejerciendo.

Quiero pensar que es una buena señal. Todo lo que estoy viviendo parece confirmar que los malos tiempos pasaron.

—¡A festejar! ¿Qué te tal esta noche en Clock's?

—¿Es un restaurante?

Julia me mira llena de incredulidad. ¿No lo es?

—¡Te va a encantar, Victoria! Podremos bailar y bailar hasta que mis costosos tacones se rompan. Se lo diré a todos...

Antes de que pudiera decir algo, Julia sale corriendo.

Evidentemente no es un restaurante, y aunque no esté acostumbrada a esos sitios, creo que es válido que salgamos a festejar, después de todo, hemos

trabajado muy duro para conseguir esta cuenta.

Me pregunto si Ethan querría acompañarnos. Imagino que el lugar debe ser todo menos tranquilo y seguramente a él no le agradaría. Es tan serio... Ahora que lo pienso es un experto en baile, pero en lo que a música un poco más elegante se refiere. No sé si disfrutaría del ambiente chacotero de un bar o algo parecido. Será mejor que le pregunte.

Le escribo un mensaje rápido para informarle las buenas nuevas.

«¡Cerramos el trato! ¡Williams firmó! ¡No lo puedo creer!»

Su respuesta no demora.

«Felicidades, señorita Masterson. Se lo dije. Tiene buen ojo para los negocios, pero eso ya lo sabía».

Imagino que se refiere a cuando lo convencí de firmar con GAA. Ha pasado tanto desde entonces que ya no lo recordaba. Me alegra no haber tenido que arrojarle nada a Jeremy.

Sonrío divertida mientras respondo el mensaje.

«Por fortuna, no tuve que arrojarle alcohol en el rostro a Jeremy. Resultó ser más dócil que cierto enfadoso empresario que conocí en Georgia. Saldremos a festejar esta noche en un bar de la zona. Ven conmigo».

«Puedo imaginar lo imbécil que fue ese sujeto, en su momento. Espero que haya conseguido redimirse con los años. Pensé que esta noche sería para los dos».

Sí, también deseaba tener una noche tranquila con él, pero ¿qué puedo hacer? Quizá después.

«Lo sé, pero no puedo negarme. Es un triunfo para todos... Quizá podamos hacer algo después. ¿Vendrás? ;))»

No estoy segura de que la respuesta sea positiva, así que espero ansiosa su mensaje, cruzando los dedos por que sea un sí.

«Preferiría pasar por ti. ¿Está bien a las diez?»

Un destello de decepción cruza por mis ojos. Me hubiera encantado que estuviera conmigo, pero lo entiendo. Eso creo.

«Imagino que está bien. Nos veremos más tarde. Te amo. :\*»

Quizá debí escribir algo más alegre. Algo que oculte mi decepción. Ni modo.

«Diviértete, pero no bebas demasiado. Envíame la dirección del bar. Te amo, nena».

Me quedo mirando la pantalla del móvil por mucho tiempo, más de lo habitual, mientras pienso si podré salir alguna vez con Ethan a divertirme como una pareja normal, una pareja de nuestra edad.

Sé quién sí se la pasaría bien en un lugar así.

Le pregunto a Julia la dirección del club, y antes de que pudiera darme cuenta, se la envió a Carl en un mensaje.

«Clock's. 18 Little West 12th St. Festejaremos la firma de un contrato. Me encantaría que estuvieras».

No recibo respuesta, lo que hace que me arrepienta de haber enviado el mensaje.

¿Cómo podría querer verme después de mi compromiso con Ethan? Sé que fue un golpe muy duro para él, y yo no tengo derecho a pedirle que siga siendo mi amigo. Sin embargo, no consigo imaginar mi vida sin él.

Son las ocho cuando termino de arreglarme, y no he sabido nada de Ethan ni de Carl.

—¡Vamos, Victoria!

Mila y Julia están de pie en la puerta de mi oficina, esperándome. Temían que me echara para atrás.

—Todos se adelantaron, faltamos nosotras —dice Mila sonriendo. Yo hago lo mismo para ocultar un poco mi frustración.

Bien, será mejor que olvide por un momento a Ethan y su apatía por la diversión juvenil, o todo lo que no tenga nada que ver con jazz o música

clásica. Aunque, si lo pienso mejor..., cantó una canción de *Ed Sheeran* en mi cumpleaños. Eso es un gran avance.

Cantamos «*Daylight*» a todo pulmón mientras avanzamos en mi auto, rumbo al bar. Es refrescante estar con Mila y Julia, son muy divertidas y eso es lo que necesito en este momento. Diversión.

Llegamos veinticinco minutos después. El lugar es bastante amplio y está a reventar. Nos dirigimos a una gran mesa en donde nos esperan George, Alice y el resto del equipo con varias cervezas y otro tipo de bebidas.

—¡Miren quién está aquí! —grita David, ejecutivo de ventas de la agencia, lleno de entusiasmo—. ¡Nuestra jefa!

—No podía dejar de festejar nuestro triunfo —le digo mientras recibo la primera copa de sus manos.

—¡Salud por VMedia! —La voz de Mila se impone a la música—. Y por nuestra jefa, que se dio tiempo en su ocupada agenda para celebrar con nosotros.

—¡Salud! —gritamos todos al unísono levantando las copas.

Decidí divertirme como nunca lo había hecho. Quizá hasta perder la conciencia, aunque no creo que eso le haga ninguna gracia a Ethan, pero qué importa. Él no está aquí.

Después de una hora, perdí la cuenta de cuántas copas de tequila he bebido. Lo único que tengo claro es que estoy mareada y muy animada. ¿Quién diría que Victoria Masterson puede ser divertida?

—¡Me encanta verte así! —exclama Mila.

—¡Y a mí me encanta sentirme así! ¡Libre!

—¡Vamos a bailar!

—¡De acuerdo! —convengo, y ambas nos dirigimos a la pista de baile.

Ambas bailamos al ritmo de «*Strip that down*», en medio de mucha gente. Me sorprende darme cuenta de que no bailo tan mal con unas copas demás. Todos están animados saltando y divirtiéndose junto a nosotras. Es un alivio llevar encima algo ligero: un vestido negro corto; de otro modo moriría del calor.

El rostro de Mila luce un apaciguado color escarlata. Imagino que el mío no se ve diferente. No hemos parado de reír sin motivo, solo bailamos y bailamos, y ahora «*Scared to be lonely*» controla mi cuerpo. Voy a su ritmo, alegre y suave a la vez.

¡Que mareada estoy! Me pregunto si el señor Mills aprobaría mi

comportamiento. «Él no está aquí, Victoria», me recuerda la razón, que empieza a tambalearse de un lado a otro. De pronto vuelvo a sentirme una chica de mi edad. Una ebria y despreocupada joven de veintidós.

En medio de nuestro baile, Mila hace un movimiento con la cabeza para que mire en dirección a la mesa en la que pocos de nuestros compañeros de trabajo aún se encuentran. Lo hago y pronto me encuentro con la mirada divertida de Carl, que no observa desde ahí. No lo pienso dos veces —o quizá el alcohol no me permite pensar— y corro a abrazarlo.

Pego un brinco hasta que prácticamente quedo colgada de su cuello. Él corresponde encantado y así nos quedamos varios segundos, pegados el uno al otro.

Sentir su aroma y esa sensación de protección que me embarga cuando estamos juntos, me anima aún más. Me aparto para poder mirarlo y asegurarme de que no es un espejismo, pero no lo es. Aquí, frente a mí, están su cabello rubio y rizado, sus penetrantes ojos azules y esa hermosa sonrisa encantadora.

—¡Viniste! —grito para que pueda escucharme.

—Quería festejar tu triunfo —sonríe aún más—. Sí que sabes divertirte —añade burlón.

—¡Lo estoy descubriendo! —Le guiño un ojo y tomo una cerveza de la mesa para que beba conmigo—. ¡Espero que el doctor pueda permitírselo, solo por hoy, por su amiga!

—No hay nada que no pueda permitirme por ti, Victoria —contesta, y recibe la botella—. Dime, ¿cuánto has bebido?

—Lo suficiente. Por favor... no quiero chaperones. No hoy —le suplico.

Ahora parece que soy capaz de hacer cualquier cosa. «Efecto del alcohol», me recuerdo internamente.

La música es muy pegajosa. Ahora *Fifth Harmony* se adueña de la pista con su canción «*Worth It*». Tomo a Carl de la mano y lo arrastro a la pista de baile, abriéndonos paso entre la multitud.

—No sabía que te gustaba este tipo de música —dice riendo.

—¡Yo tampoco!

Estoy feliz de que esté aquí. Ahora todo parece mejor. El serio y profesional médico inglés, sí que sabe moverse, lo que me hace reír; no porque lo haga mal sino porque, a primera vista, nadie pensaría que es tan divertido, pero lo es.

Mila da saltos frente a nosotros, como una pequeña niña. Ambos reímos a

carcajadas al verla. He reído demasiado, tanto, que me duele el estómago. Pero me encanta la sensación de libertad que un par de copas y la compañía de amigos puede brindarte. Creo que merezco sentirme así. Se acabó la vida de sufrimiento y martirio. Ya no tengo por qué estar triste.

El ritmo lento de «*Attention*» nos obliga a pegarnos un poco más, además de que la pista está muy llena.

Miro nerviosa a Carl cuando sus manos se posan en mi cintura. No puedo apartar mis ojos de los suyos; es como si ejercieran cierto poder de control sobre mí. De pronto empiezo a sentir mucho más calor... Mi cuerpo se tensa en respuesta a su contacto. Él se acerca despacio y pega su frente a la mía. Yo soy incapaz de apartarme. Solo sé que ahora tengo sus manos sobre mi cuello, sosteniéndolo con mucha suavidad.

No...

Carl acaricia mis labios con su pulgar, después, me besa. Carl me besa...

Un extraño sentimiento de confusión me invade de repente antes de que la imagen de Ethan cruce mi mente y mi corazón. ¡Esto está mal!

Intento apartarme, pero Carl no me lo permite, y yo no tengo fuerzas para hacerlo. Estoy muy ebria. Demasiado ebria. En ese instante alguien lo aparta violentamente de mí, dejándome en un constante tambaleo.

¡Oh, no! Es Ethan. Ethan empuja lejos a Carl y le ordena a gritos que no vuelva a tocarme.

¡Dios, no!

De pronto todo empieza a girar a mi alrededor. Por el alcohol, por la adrenalina, o quizá por el pánico, pierdo el control de mi cuerpo y me desmayo en medio de toda la gente.

## CAPÍTULO 29: VOTO DE CONFIANZA

Abro los ojos con dificultad. Tengo la garganta seca y un dolor de cabeza espantoso. La luz que entra por la ventana me molesta.

¿Dónde estoy?

Me quedo un momento mirando al techo hasta que me percató de que no estoy en mi casa. ¿Qué pasó?

De pronto una avalancha de recuerdos de lo sucedido en las últimas horas se cierne sobre mí. Bailaba con Carl y... ¡No! ¡El beso! Recuerdo a Ethan empujarlo para apartarlo de mí.

Me levanto lentamente por el dolor y veo a Ethan sentado en una especie de sillón, mirándome sin expresión alguna. Su boca es una línea firme y hermética. Me mira, solo me mira, y sus ojos golpean mi corazón. Nunca lo había visto así. Tan enfadado. Tan decepcionado... No es difícil adivinar lo que debe estar sintiendo por mí. Seguramente odio. ¡No! ¡Odio, no!

—Ethan —susurro su nombre. Él permanece inmóvil, sin decir nada. ¡Dios! Esto me mata—. Ethan, perdóname —suplico con voz temblorosa.

Él cierra los ojos con fuerza momentáneamente y cuando los vuelve a abrir son más fríos que antes.

—¿Lo amas? —pregunta con sequedad.

—¡No! —exclamo alarmada. ¿Cómo puede pensarlo? Corro hasta quedar de rodillas frente a él y le miro directamente a los ojos que permanecen impassibles—. Ethan, lo siento. ¡No sé qué pasó! Yo... Por favor, perdóname.

¡Estúpida! ¡Estúpida! ¿Qué es lo que has hecho? ¡Míralo! Lo lastimaste. Ethan...

¿Qué más puedo decir? ¿Qué puedo hacer para que me perdone? Lo herí, lo sé. Herí al único hombre que he amado en toda mi vida. ¿Cómo le hago entender que ese beso no significó nada para mí? Ethan, no quiero que otros labios me besen, si no son los tuyos. No quiero que otras manos me toquen, si no son las tuyas. Fui tan tonta. Tan débil...

—¿Por qué? —Me quedo callada. No tengo justificación. No hay respuesta para eso—. Vístete —ordena y se pone de pie—. En esas bolsas hay ropa limpia —añade sin mirarme, y sale de la habitación.

Mi mundo se cae a pedazos. ¿No quiere saber nada de mí?

Las lágrimas caen una tras otra por mi rostro. El dolor que siento es

asfixiante, oprime mi corazón y me impide respirar. Ethan, mi Ethan... ¿Qué hice?

Permanezco de rodillas, acariciando el anillo de compromiso.

Lo eché todo a perder. Acabo de perder mi felicidad, y en lo único que soy capaz de pensar es que quisiera volver en el tiempo para no ir a ese estúpido bar. ¡Lo arruiné, lo arruiné todo!

¡Tengo que hablar con él! Necesito explicarle.

«Quizá... Quizá no todo esté perdido», me anima la razón.

Tal vez...

Me levanto envuelta en llanto y camino mecánicamente al cuarto de baño. Entro a la ducha y continúo mi auto tortura bajo el agua. Cada gota que cae sobre mi piel es como un trozo de carbón encendido. Me quema. Me quema su dolor, su impotencia y su decepción, que es peor que cualquier herida de muerte. Esa mirada... Si no me perdona, será esa mirada la que condene mi vida a un continuo sufrimiento.

Salgo de prisa, cepillo mis dientes y me visto en un abrir y cerrar de ojos.

«¡Vamos, Victoria! ¡Debes calmarte! Ethan volverá pronto», me animo. Lo mejor que puedo hacer es quedarme y esperarlo. Quedarme en su ¿casa? Debe serlo. Y esta debe ser su habitación.

Le doy un vistazo a lo que parece ser su vestidor. Su ropa está perfectamente limpia, planchada y guardada. Me acerco el brazo de una de sus chaquetas e inhalo su maravilloso perfume. Huele a él... Ese olor que siempre me ha resultado reconfortante.

Vuelvo al dormitorio y empiezo a recorrerlo. Es muy grande. Las paredes son negras, el techo y el piso: blancos y relucientes. Hay una televisión de pantalla plana pegada a la pared y, bajo ella, una mesa de mármol gris; todo eso frente a la enorme cama matrimonial en la que desperté... Y el sillón negro en la esquina. Ethan me miraba con frialdad desde ahí.

Me siento un momento al borde de la cama y observo la mesita de noche que se acomoda a su costado derecho. Enseguida me quedo petrificada. Sobre ella hay un hermoso marco de plata y en él, estoy yo. ¡Hay una fotografía mía! Frunzo el ceño. No recuerdo habérmela tomado, o que Ethan me fotografiara alguna vez, pero si reconozco el atuendo que llevo. Es el vestido que usé el día de la inauguración de la agencia. ¡Sí! Esta foto fue tomada cuando encontré las flores de Ethan en la puerta de mi casa. ¡Pero claro si las tengo en las manos! ¿Cómo no me di cuenta? Tomo el retrato e intento recordar. Tal vez

hubo algún momento en que yo pudiera notar que una cámara se disparaba.

—La tomó Mason.

Me vuelvo rápidamente al escuchar la voz de Ethan. Está de pie en el umbral de la habitación. Examino su rostro. Su mirada ya no contiene el mismo frío de antes, pero aún lo siento lejano.

—No lo noté —murmuro.

—Te ves hermosa.

Se acerca y se sienta a mi lado, aunque no me toca... Guarda distancia.

—Mason debe ser un buen fotógrafo. Solo así se explica que haya obtenido una buena foto mía —digo, y él sonrío.

¡Sí! Sonríe. Ahí está de nuevo esa sonrisa que tanto amo. Pero ¿qué significa?

—Lo lamento —susurra, y baja la mirada.

¿Qué? ¿Me está pidiendo perdón?

—¿Qué? —pregunto sin dar crédito a lo que dijo.

—Debí estar contigo. Era un momento importante para ti... y no estuve —contesta con amargura, cerrando los ojos con fuerza—. Él sí lo hizo.

—Ethan...

—Hablé con Carl. Me hizo ver muchas cosas, y finalmente se disculpó. —¿Fue a ver a Carl? Mi cerebro trabaja a mil por hora intentando comprender lo que dice—. Sé que estabas ebria. Solo había que mirarte para notarlo.

Ethan sonrío de nuevo.

—Eso no me justifica. Lo recuerdo todo. Todo hasta el momento en que me desmayé. Pude haberlo evitado, pero no lo hice.

Las largas yedras de la culpa tiran de mis pies y me arrastran a las profundidades del remordimiento. ¿Le fallé y es él quien me pide perdón?

—Vi que intentaste apartarlo. Victoria, necesito estar seguro de que ese beso se dio porque tenías copas demás y no porque sientes algo por él.

—¡Por supuesto que no! Quiero a Carl. Es un buen amigo y no voy a negar que es muy importante para mí, pero a ti... A ti te amo, y nada se compara con ese sentimiento.

¡Oh, Ethan! Tienes que creerme.

Me pongo de pie frente a él y tomo su rostro entre mis manos. Lo miro. Miro sus bellos ojos que aún son tristes.

—Ethan sé que te fallé, pero créeme cuando te digo que me arrepiento desde el fondo de mi corazón. Quisiera poder volver en el tiempo y no...

Ya no puedo soportarlo más, las lágrimas vuelven con fuerza como resultado de mi falta.

—Cuando los vi me volví loco. Por un breve instante sentí que te perdía. No puedo describir cuán horrible fue ese sentimiento —me dice con voz amarga y tormentosa.

—Ethan...

—Entonces vi que luchabas por apartarte y no lo pensé. Cuando me di cuenta Carl estaba en el piso y tú en mis brazos. Te traje conmigo y no hice más que contemplarte toda la noche. Cuestionaba mi proceder. ¿Qué haría si estuvieras enamorada de él? Y al plantearme esa pregunta el mundo entero se me vino encima. No había respuesta sensata. Al menos no para mí. La idea de matarlo a golpes gobernó mi mente hasta que otra tomó su lugar. Era extraña e impropia de mí. —Ethan sonríe con ironía—. Esperaría a que despertaras y te lo preguntaría. Si la respuesta era positiva... yo me haría a un lado y te dejaría tranquila, y a Marx. ¿Quién era yo para interponerme entre los dos? ¿Lo entiendes? Estaba dispuesto a dejar ir a mi razón para existir. A ti. Ahora estoy seguro de que, si eso ocurriera, lo más importante sería tu felicidad. Lo más importante es tu felicidad.

—Jamás vas a tener que apartarte, porque mi razón de vivir y mi felicidad eres tú. Ethan, te amo. Por favor, mírame.

Levanta la mirada, dejándome ver sus ojos tristes, desconcertados y a la vez dulces.

—Victoria..., puedo entender lo que pasó. Sé que me amas. Lo sé porque te amo con la misma intensidad.

Vuelvo a vivir cuando mis labios tocan los suyos. Cuando mi corazón vuelve a latir junto al suyo. Ethan es un hombre extraordinario. El miedo que lo atormenta me atormenta también. Mi amor... Si hay algo de lo que estoy segura en este momento es que te amo y que deseo pasar la eternidad junto a ti.

El deseo crece en mi interior. Después de tanto tiempo y de todo lo sucedido, mi único anhelo es sentirlo completamente y hacerle sentir que soy suya y que eso jamás va a cambiar. No importa lo que suceda, o si pasan cien años antes de que podamos estar juntos —espero que no sea así—, nuestro amor es más grande que todo lo que se interponga entre los dos.

Acerco mi cuerpo al suyo, aprisionándolo con mis piernas, que ahora rodean su cintura. Él me sostiene con ambas manos, con fuerza, mientras muerde mis labios una y otra vez. Somos solo amor, pasión, caricias y besos...

¡Lo necesito tanto! Y siento su necesidad de mí. Con un movimiento rápido termino en la cama, indefensa bajo su musculoso cuerpo, víctima de su boca, que recorre cada centímetro de mi piel mientras sus manos se deshacen de mi vestido lentamente.

—Eres mía —susurra en mi oído, y su respiración es trabajosa.

—Solamente tuya —contesto sin aliento, y mis palabras son como una especie de permiso para continuar y dejarnos llevar por toda una ola de sentimientos y emociones contenidas.

Sí, Ethan, soy tuya... Fui tuya desde que nací y lo seré hasta que muera.

Cierro los ojos para disfrutar plenamente de él. Me abandono en sus brazos e Ethan en los míos. Esto era lo que necesitaba. Lo necesitaba a él. Sus besos, sus caricias, su cuerpo...

—Te amo.

Acaricio su pecho desnudo.

—Es todo lo que me importa —dice, y con un movimiento rápido se gira para mirarme con ternura—. Tener tu amor.

—Lo tendrás para siempre. Aunque no quieras.

—Eso no sucederá, Victoria. Eres mi vida.

Yo lo abrazo y ambos quedamos tumbados en la cama. Mi cabeza descansa en su pecho y mi pierna inmoviliza a las suyas. ¡Qué momento tan perfecto! La paz que me inunda es embriagadora. Y él se ve tan sereno... Sin embargo, hay algo que me molesta y que sé que le molesta también.

Es un crimen arruinar este soplo de conciliación tan bello, pero debemos hablar de Carl. Bueno, tengo que buscarlo y arreglar las cosas, pero no quiero hacerlo a espaldas de Ethan.

—Tengo que hablar con Carl —musito, recelosa.

Ethan se remueve incómodo.

—No entiendo de qué —replica e intenta parecer indiferente, pero el disgusto en su voz es evidente. ¡Diablos! Esto me puede costar su buen humor—. Está todo claro, ¿no?

—Por favor... Sé que puede resultar incómodo después de lo que pasó, pero... Carl es importante.

—Lo sé —murmura entre dientes, irritado y resignado—. Es importante en tu vida. Más de lo que quisiera.

—No quiero que todo termine mal. Entiéndeme —suplico.

—No me hace feliz que lo hagas.

—Pero...

—Pero no puedo prohibírtelo. Confío en ti.

Confía en mí. Es asombroso lo mucho que me satisface escuchar esas palabras.

Me pongo a horcajadas sobre él y empiezo a cubrirlo de pequeños besos. Ethan ríe. Se ve tan relajado y feliz... Es un verdadero deleite verlo así.

El juego de besos enseguida se convierte en caricias vehementes. La inocencia se transforma en seducción; una seducción que nos lleva a hacer el amor por segunda vez.

El que pensé que sería el día más gris de mi vida terminó siendo el más increíble y feliz. Valió la pena ceder a su petición y tomarme un día de descanso para estar juntos. Aunque consentir sus deseos es algo natural en mí.

Tuve que llamar a la oficina para dejar a Mila al frente de la agencia. Estaba preocupada por lo sucedido en el bar, pero se tranquilizó cuando le conté que todo resultó bien, al menos con Ethan.

Miro a mi prometido bajo los lentes de sol. Está enfrascado leyendo el *New York Times*<sup>[xviii]</sup>, en la tumbona continua a la mía. Se ve tan sexi con ese bañador negro, que le queda ajustado. Su cuerpo es espectacular y musculoso. No puedo dejar de mirarlo.

Estamos en la piscina de su impresionante casa, bajo un espectacular sol primaveral. Es un día espléndido.

Vuelvo la mirada hacia mi diminuto bikini. ¡Qué pequeño es! Hace algunos años no me habría puesto algo tan escandalosamente pequeño y caro. Vaya... ni siquiera pude discutir el hecho de que Ethan haya derrochado su dinero en este pedazo de tela sin consultarme. No estaba en posición para eso.

Quizá dentro de poco me mude aquí, o Ethan a mi casa, o no lo sé. No hemos hablado de la boda. Ni siquiera tenemos una fecha en mente.

—¿Qué te parece mañana? —Ethan me mira divertido. ¿A qué se refiere?  
—. La boda —aclara al ver mi expresión de confusión.

Siempre parece leer mi mente.

—¿Lo dices en serio?

—Bueno..., no tenemos que esperar si no queremos —añade, y encoge los hombros.

—¿Qué pasó con eso de hacer las cosas bien? Pensé que era importante para ti.

—Lo es. Pero no por mí. Es por ti. —Frunzo el ceño sin comprender—. Seguro deseas compartir ese día con todas las personas que quieres y tener una boda de... ¿cuento?

—Ethan, la fiesta, o quien esté en ella, es lo de menos. Por supuesto que me encantaría que mi madre esté presente, y mis amigos, pero no hay nada que desee más que estar a tu lado. Para siempre.

—Eres increíble —dice lleno de orgullo—. Pero será mejor que hagamos las cosas bien. No quiero que te pierdas de nada.

Entorno los ojos, y él parece encerrarse en sus pensamientos.

No es una mala idea la de casarnos mañana. No quisiera esperar, porque siento que ya lo he hecho por demasiado tiempo. Me sorprende que la idea haya salido de él. Suele ser tan estricto con este tema...

La verdadera razón del porqué de sus palabras me cae como un balde de agua helada. Tiene miedo. Lo que pasó con Carl, aunque no lo acepte, todavía lo inquieta. ¡Es mi culpa! Soy la responsable de su temor.

—Hagámoslo —le animo. No me importa toda la ceremonia tediosa de las bodas, solo deseo ser su esposa.

Ethan deja de lado el periódico y se sienta para mirarme pensativo.

—El tema ya no está a discusión. Tendremos una boda tradicional. Habrá primer baile, fotografías con la familia... Cortaremos juntos el primer trozo de la torta nupcial...

—Ethan...

¿Acaso es posible razonar con él? No. Ahora no. Ethan me riñe con la mirada, y enseguida sé que no quiere discutirlo.

—¿Qué tal un chapuzón? —pregunta.

Se levanta con rapidez y me toma entre sus brazos. Chillo, pero me ignora. Ambos caemos a la piscina haciendo que el agua salpique fuera de ella por el impacto.

Me toma unos segundos volver a la superficie y recuperar la respiración. Ethan está al extremo opuesto.

—¡Ethan! —grito divertida, y él vuelve nadando hacia mí.

—Debe estar más atenta, señorita Masterson.

Ríe, y cuando está lo bastante distraído lo salpico con agua.

—Debo darle el mismo consejo, señor Mills.

Fin de la discusión. Cumplió su objetivo, distraerme.

Ethan me envuelve en un abrazo y me da un beso dulce en los labios.

—¿Te he dicho cuánto te amo? —inquire, y me mira profundamente.

—Lo has hecho, pero no me importa escucharlo todo el tiempo.

—Te amo —me dice, y su voz suena increíblemente seductora.

Enseguida mi respiración se agita. Jamás me voy a cansar de escuchar esas palabras salir de su boca.

Le abrazo más fuerte. Es tan agradable sentir su calor, su amor... En sus brazos me siento protegida.

—Te amo, Ethan. Y siempre te voy a amar —le digo, y vuelvo a besarlo.

\*\*\*

Miro nerviosa mis pies y mis manos, que ahora tienen los dedos entrelazados, mientras espero a Carl en su oficina. Sé que Ethan no aceptó del todo que hablara con él, pero es necesario. Después del maravilloso día que tuvimos ayer, de alguna forma siento que nuestra relación se fortaleció.

Me ruborizo recordando lo que hicimos después del agradable juego en la piscina. Ethan es un hombre capaz de enloquecerme y llevarme al extremo.

Carl entra a la oficina, sacándome de mi ensoñación. Puedo apreciar la sorpresa en su rostro.

—¡Hola! —exclama, y mira su reloj—. Me sorprende recibir tu visita tan temprano.

—Hola, Carl... —murmuro nerviosa—. Necesito hablar contigo.

Él guarda silencio, y por primera vez la atmósfera entre los dos se torna incómoda.

¿Qué es lo que debo decir? ¿Ese beso fue un error? ¿Debes olvidarlo? Eso es tonto. ¡Habla, Carl! Por favor...

—Victoria... Soy yo quien debió buscarte para pedirte perdón por lo que pasó. —Sus ojos me observan cautos unos segundos—. No sé en qué estaba pensando. Tal vez en que no tendría otra oportunidad para... No lo sé. Pero no debí hacerlo. No estabas en tus cinco sentidos.

Su súbita sinceridad me deja fuera de base.

—Lo recuerdo todo. No eres el único que... Lo que quiero decir es que... no hice nada para detenerte.

Bajo la mirada.

Quisiera ser más valiente en este momento, pero no lo soy. No puedo siquiera mirarlo a los ojos como siempre lo he hecho.

—¿Por qué no? —pregunta. Frunzo el ceño.

No esperaba eso; de hecho, ni yo sé por qué. Quizá fue la emoción de verlo, o todos los grados de alcohol que tenía encima.

—El punto es que no debió suceder —respondo al fin—. Estoy comprometida. Eres mi mejor amigo y de esa manera te quiero. Pensé que lo entendías.

—Lo sé —masculla. Está triste. ¡Oh, Carl! —. Victoria..., no tienes idea de lo feliz que me haría escucharte decir que ese beso significó lo mismo para ti que para mí. Pero sé que no fue así. No será así. Nunca.

—Carl, yo... estoy segura de que si te...

—No lo digas —me dice con sequedad, interrumpiéndome.

Su mirada se vuelve amarga. No soporto esa mirada.

De pronto, sin apenas darme cuenta de lo que hago, voy junto a él y tomo su mano.

—¡No quiero perderte! Eres muy importante para mí, y siento que si te alejas no podría ser completamente feliz.

—¿No crees que eso es algo egoísta? —pregunta, y se aparta. Mis ojos se abren como platos al escucharlo—. ¿Pretender que me quede a tu lado viendo lo feliz que eres con un hombre que no soy yo? Victoria, lo he intentado, pero no puedo. Cada vez que Ethan te abraza o te besa... me siento miserable por no ser yo el que lo hace.

Su confesión me deja de nuevo fuera de la jugada. No esperaba que dijera eso. No estoy preparada para escucharlo confesar sus sentimientos abiertamente. Me quedo muda.

¿Estaba siendo egoísta? Sí. Era egoísta. Lo soy. Sabía que me amaba e incluso así lo mantuve cerca. Pero es que se ha convertido en una parte fundamental de mi vida. No sabría qué hacer sin él.

—Y lo peor de todo es que no puedo odiarlo, aunque lo deseo. Ethan es... un gran hombre y merece tu amor.

—No sabía que te hacía sentir así —susurro.

¡Qué tonta! Por supuesto que lo sabía. Pero no hice nada para aliviar su sufrimiento.

—No eres tú —me dice alarmado, y toma mi mano para acariciar mis nudillos. Yo lo miro. Sus ojos lucen llenos de una tristeza que jamás había visto en ellos—. Es lo que siento, y la única forma de superarlo es alejándome, aunque sea lo último que desee.

¿Alejarse? ¿Dejarme sola? Me odia. Pero no puede ser de otra manera. Él

ha sido tan bueno conmigo y yo... Yo no he hecho lo mismo.

Sollozo, incapaz de contener el llanto.

—Entiendo que ya no desees estar cerca de mí, y te prometo que no voy a interferir en tus decisiones si su fin es tu felicidad.

Por solo un breve instante pienso que va a consolarme y a decirme que se quedará a mi lado, pero no lo hace. Se mantiene firme. Se aparta.

—Creo que es lo mejor —replica con frialdad.

—Entonces será mejor que me vaya.

Camino hacia la puerta, dispuesta a marcharme, pero antes de cruzar el umbral me vuelvo para mirarlo por última vez.

Está de pie, con la espalda recargada en la pared y la mirada perdida. Sus manos se esconden en los bolsillos de su bata de médico, blanca y luminosa.

Voy a guardar esta imagen en mi corazón por siempre. Pero no puedo irme así. Necesito hacerle saber que lo quiero...

No lo pienso dos veces, solo corro hasta donde está y lo abrazo con todas mis fuerzas, y le susurro al oído que lo quiero. Después me marchó sin mirar atrás.

«¿Qué es lo que hago?», me pregunto en voz alta mientras intento encender el auto. No puedo ir a la agencia en este estado, las preguntas serían interminables, y tampoco puedo volver con Ethan, porque se disgustaría si me ve llorar por Carl y sé que no podría dejar de hacerlo. Siento que me arrancaron una enorme parte del corazón, y ese dolor es insoportable. No. No puede verme así.

Conduzco sin rumbo y apago el móvil. Necesito pensar, estar sola...

Me detengo frente a un pequeño parque, que luce desierto. No sé dónde estoy, pero eso qué importa. Bajo lentamente y empiezo a caminar abrazada a mi cuerpo.

Lo perdí. Perdí a Carl. Él tiene razón. No puedo ser egoísta y pretender que se quede mientras sufre.

Dios... Me va a hacer mucha falta. Estuvo conmigo en los momentos más difíciles y duros de mi vida. «Es por su bien», me repito internamente mientras acaricio con mis dedos el dije que me regaló y que aún conservo. Mi ángel de la guarda... Recuerdo el día en que me lo dio y sus palabras exactas: «Prometo que, por medio de este dije, te cuidaré siempre. No habrá ningún dolor que no pueda curar. No habrá ningún miedo que no te ayude a desechar. Estoy y estaré para ti. Siempre».

«No será así», me digo en voz alta, y mi corazón vuelve a encogerse al recordar las palabras de consuelo que me obsequió cuando me enteré del supuesto embarazo de Mila: «Victoria, créeme que aquí voy a estar siempre. Te voy a proteger del mundo entero si es necesario. El pasado no importa porque sé que es ahora cuando empieza tu vida. El primer paso es enfrentarte a tus demonios, a tu dolor».

«Sí, Carl. Siempre estarás conmigo, en mi corazón. Voy a enfrentar el dolor que siento y voy a vivir todo lo bueno que tengo, por ti y por mí, porque me enseñaste a ser fuerte y a superar todo lo malo. Gracias, amigo. Gracias por nunca perder la fe, y por creer en mí, en que puedo con el mundo entero si me lo propongo. Gracias por todo».

Inspiro profundo, y no sé cuántas veces le he hecho. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado desde que me senté en esta victoriana banqueta de cemento. Pero aquí estoy. Y ya anocheció. Ni siquiera lo noté. No tengo ánimo para ver a nadie. Quizá solo a Ethan, pero no quiero que me vea así. No hay opción más que ir a casa. Mañana será otro día.

Cuando llego, lo primero que veo es al lujoso auto de Ethan aparcado frente a la casa. Él está junto a él, y enseguida me doy cuenta de que está furioso, aunque su mirada se relaja un poco cuando me ve bajar del coche. Seguramente estaba preocupado por mí.

Ya no soy capaz de pensar en nada. Solo corro a sus brazos y lo abrazo con todas mis fuerzas, haciendo caso omiso a su enfado. Siento que se tensa y no me devuelve el abrazo por unos segundos, pero después lo hace.

—Sé lo que sucedió —me dice, y acaricia mi cabello—. Carl me lo contó todo. —Su voz contiene preocupación e irritación—. Sé que él es muy importante para ti, pero es su decisión, nena —intenta tranquilizarme.

—Lo sé —susurro contra su pecho—. Disculpa.

—No te disculpes. Entiendo... No me gusta verte llorar —añade ceñudo— y mucho menos por otro hombre, pero te entiendo.

—Gracias.

—Ahora, señorita Masterson. ¿Me puede explicar dónde se metió? Todo el mundo se volvió loco buscándola. Estoy furioso, ¿sabe?

Le dedico una sonrisa débil para suavizar la situación.

—Necesitaba estar sola. Solo decidí desconectarme del mundo.

—Victoria, no lo vuelvas a hacer. Me volví loco pensando que te pudo pasar algo. No sabía dónde buscar...

Entorno los ojos, algo irritada por su preocupación desmedida.

—¿De verdad? —inquiero irónica—. ¿Usted, señor Mills? El hombre que es capaz de encontrar una aguja en la arena... ¿no pudo dar con su prometida?

Sonrío.

—Tal vez porque mi prometida es mucho más difícil que una aguja en la arena, y porque tiene la capacidad de hacer que pierda la cabeza, lo que me impide razonar.

—¿Eso es bueno?

Acaricio su mejilla con suavidad.

—Bueno para ti. —Cierra los ojos y niega con la cabeza—. Malo para mí.

—Ah, ¿sí?

Me aparto para mirarle a los ojos.

—Me tienes en tus manos, Victoria. Soy incapaz de respirar sin ti. Eres la única que puede apretar el nudo de la cuerda que me ahorcaría.

Tomo su corbata y aprieto el nudo un poco. Él ríe y enseguida todo rastro de mal humor desaparece.

—Quizá desee apretarlo un poco más hoy. ¿Entramos?

Le dedico una sonrisa maliciosa. Él asiente.

Mi adorado tormento... Solo él es capaz de hacerme olvidar el dolor que siento por perder a Carl.

Abro los ojos a causa de la luz tenue que entra por la ventana. Miro a Ethan. Está profundamente dormido, y una media sonrisa se dibuja en su perfecto rostro. ¡Qué guapo es! ¿Alguna vez me voy a cansar de mirarlo? Creo que no.

Pasar la noche con él me renovó completamente. Es un excelente amante, en eso no hay discusión. Sabe qué hacer y lo hace muy bien.

Cierro los ojos recordando sus caricias y besos. Es mío...

Me levanto muy despacio, me pongo la bata y salgo de la habitación en puntillas para no despertarlo. Me gustaría sorprenderlo con un delicioso desayuno. Sería la primera vez que lo hago.

Voy a la cocina pensando en qué le prepararé a mi futuro esposo: tortitas, algo de café, jugo de naranja y fruta picada. Creo que eso estará bien.

Saco rápidamente los ingredientes y los coloco en perfecto orden sobre las encimeras de la cocina. Bato la mezcla para las tortitas mientras escucho a *Rihanna* cantar a todo pulmón «*Umbrella*», la canción perfecta para arrancar

el día. Me muevo con mucha destreza por toda la cocina cantando el coro de la canción una y otra vez. Media hora después todo está listo y ordenado. Sonrío complacida por lo bien que huele y se ve todo.

Bien. Será mejor que despierte a mi bello durmiente o llegaremos tarde al trabajo. No... El trabajo. Me encantaría tomarme el día, pero sería demasiado. Prácticamente me he tomado libre la semana completa.

Justo cuando estoy a punto de subir las escaleras veo a Ethan sentado en uno de los sofás de la sala. Únicamente lleva vaqueros, y va descalzo. Su mirada divertida me hace saber que lleva rato ahí. Se pone de pie con su típica sonrisa encantadora y camina hacia mí, pero no me toca, pasa de largo hasta la barra de desayuno.

—Veamos que hay por aquí —murmura divertido, y yo me quedo de pie, sin decir ni una palabra—. ¿Me acompañas? —Se vuelve y me extiende su mano.

—¿Desde hace cuánto estás despierto, y aquí?

—Solo el tiempo suficiente. Por cierto, señorita Masterson... canta muy bien.

Me ruborizo.

—No tan bien como tú —replico recordando su nada convencional propuesta de matrimonio.

—No podría competir con usted, se lo aseguro.

Después de esa rápida conversación, nos sentamos a desayunar. Un enorme sentimiento de orgullo se apodera de mí cuando veo la cara de satisfacción de Ethan. Sí, todo estuvo delicioso.

—Sorprendente. ¿Hay algo que no haga bien? —pregunta mientras bebe el último sorbo de jugo de naranja.

—Muchas cosas, pero, gracias a mi madre, la cocina no es una de ellas.

—Me hará muy feliz disfrutar de esto todos los días, cuando estemos casados.

—No se acostumbre, señor Mills. Seguramente su amada esposa querrá descubrir también sus habilidades culinarias.

Sonríe divertido.

—Estaré encantado de que mi preciosa y amada esposa me enseñe. Entonces podré complacerla.

—Pero ya la complaces.

Le guiño uno de mis ojos verdes.

¡Qué descarada me he vuelto!

—En lo que a cocina se refiere —aclara con una sonrisa juguetona.

Son las ocho de la mañana cuando aparco frente al imponente edificio de EMDC. Ethan está impecable, como siempre. Lleva un traje gris, camisa de lino blanca y corbata gris. Se ve sensacional. Sobre todo, después de la ducha que tomamos juntos.

Decidimos salir en mi coche o, mejor dicho, lo convencí. Fue difícil, pero accedió a que lo trajera hasta su oficina.

—Podría acostumbrarme a este ritmo de vida. Despertar a tu lado, un delicioso desayuno, hacerte el amor en la ducha... —me ruborizo— y besos y más besos fuera de la oficina —añade, y me da otro de sus besos apasionados. Cuando se aparta me toma unos segundos recuperar el aliento—. Te veré luego, nena.

Sonríe y baja del auto.

Me quedo boquiabierta mirando su elegante forma de caminar. Lo hace como si fuera el dueño del mundo. ¡Tan seguro y varonil!

«También podría acostumbrarme a esto», pienso en voz alta, y voy a la agencia.

La cara de alivio de Alice, al verme entrar sana y salva al edificio, es extremadamente exagerada.

¡Bienvenida al mundo real, Masterson!

—¡Victoria! —me saluda efusiva—. Bienvenida.

—Gracias, Alice. Que tengas un buen día.

—Igualmente, Victoria.

Cuando no me ve entorpecido los ojos, porque sé que tendré que soportar ese tipo de reacciones durante todo el día, pero no importa, porque hoy estoy feliz.

Me toma medio día explicarle a Julia y a Mila todo lo que sucedió desde la noche de copas en *Clock's* y el por qué no me presenté a trabajar. Casi estaba irritada por todo su extenso interrogatorio.

Cuando por fin consigo trabajar, me concentro en resolver un par de problemas con algunos clientes. Para las cuatro de la tarde estoy libre y puedo respirar un poco.

Recargo mi espalda en la gran silla de piel y cierro los ojos, intentando relajarme, pero la imagen de Carl no quiere irse de mi cabeza. Tiene razón en todo lo que dijo. Imagino cómo debe estar sintiéndose ahora mismo. Me pregunto si algún día podremos volver a ser los mismos; es decir, a ser tan

amigos, a contar el uno con el otro.

Perderlo me parte el corazón, pero sé que debo dejarlo ir, por su bien.

El sonido del móvil me sobresalta. Es Ethan. Siempre oportuno.

—¡Amor! —respondo sorprendida. Últimamente solo nos escribíamos textos.

—Hola, nena. ¿Cómo va tu día?

—Mmm —ronroneo.

—Me lo imaginaba...

—Todo mejorará cuando esté contigo.

Tengo tantas ganas de verlo, pero el silencio que guarda, ya por varios segundos, me hace pensar que no será así.

—Es lo que más deseo, pero tengo que salir de viaje.

Otro incómodo y largo silencio se cierne entre nosotros mientras proceso lo que acaba de decir.

—¿De viaje? ¿Por qué?

La última vez que nos separamos por uno de sus viajes de negocios, Ethan tuvo un accidente, perdió la memoria y estuvo a punto de casarse con mi mejor amiga.

—Tranquila... —intenta apaciguar el pánico que me embarga—. Será una ausencia rápida. Estaré de vuelta, a más tardar, el martes por la tarde.

—No me pidas que me tranquilice, Ethan. La última vez que nos separamos así...

Me quedo sin palabras, y un enorme nudo se forma en mi garganta.

—No volverá a suceder, amor. Confía en mí.

—¿A dónde irás?

—A Seattle.

No..., eso está muy lejos.

—Entiendo. —¿Acaso puedo evitarlo? No, y sé que lo único que puedo hacer es resignarme—. Promete que tendrás mucho cuidado, por favor...

—Lo tendré, nena. Estaré en contacto permanente. —Su voz es triste, y sé que trata de disimularlo, pero lo conozco bien y lo noto—. Te amo.

—También te amo. —Es todo lo que soy capaz de decir antes de que mi voz se quiebre totalmente—. Piensa mucho en mí.

—Es lo que hago siempre —responde—. Te veré pronto, amor.

—Lo estoy deseando.

Cuelgo.

¡Genial! Otra preocupación para agregar a la lista. Sé que no podré estar tranquila hasta que Ethan esté de vuelta. Después de lo que pasó, imagino que es normal que sienta terror cuando él tenga viajes imprevistos; aunque, de alguna forma, lo puedo entender, porque ahora sé lo que es tener ese tipo de responsabilidades, aunque no al mismo nivel que mi amado prometido. Yo no tengo todo un imperio a mi cargo.

Siendo uno de los hombres más importantes del país, me sorprende lo bien que hemos manejado nuestra vida privada. He recibido llamadas solicitando entrevistas, sobre todo en estos días, por lo del compromiso, pero las he rechazado totalmente, y sé que él también lo ha hecho. En fin..., ahora eso no interesa. Lo único que deseo es que el fin de semana termine pronto para poder estar entre sus brazos y besarlo de nuevo, pero faltan dos días completos para que eso suceda.

Dejo escapar un suspiro de tristeza. Será mejor que vaya a casa.

—¿Julia?

La llamo por la línea interna.

—Dime, Victoria. ¿Necesitas algo?

—Sí... ¿Tenemos pendientes importantes para esta tarde?

—No. Solo un par de confirmaciones para la próxima semana.

—Perfecto. Quisiera ir temprano a casa.

—¿Te sientes mal?

—No. Solo un poco agotada.

—Vete tranquila y descansa, Victoria. Me haré cargo de todo.

Es un alivio contar con ella. Siempre resuelve todo cuando Mila o yo no estamos.

—Gracias, Julia.

Cuelgo.

Son las seis menos diez cuando llego a casa.

«Será un fin de semana muy largo», pienso mientras busco un libro que leer.

Ethan debe estar en su avión en este momento, así que supongo que no tendré noticias suyas durante algunas horas más. Ahora que lo pienso nunca he visitado Seattle, de hecho, no conozco casi nada del país. Quizá podría tomarme unas vacaciones para recorrerlo. Eso sería fantástico.

Me siento en el sofá y empiezo a leer, decidida a desvelarme, mientras espero noticias de Ethan, después de todo, mañana es domingo y podré

levantarme tarde.

\*\*\*

El ruido del libro golpeando el piso me despierta. Son las nueve de la mañana. Me quedé dormida...

Lo primero que hago es revisar rápidamente el móvil, esperando tener alguna noticia de mi sexi prometido.

«¡Si!», grito en voz alta cuando veo un mensaje de Ethan de hace cinco horas.

«Hola, nena. Acabo de llegar al hotel. Tuve que contenerme para no llamarte. Supuse que estarías dormida. Te amo».

Suspiro de alivio al saber que llegó bien, y respondo inmediatamente.

«Buen día, amor. Es un alivio saber que llegaste sin novedad. No tienes idea de cuánto te extraño. Nueva York es aburrida sin ti. Espero no interrumpir tu trabajo. Besos. (Tu futura esposa)».

«Futura esposa... No sabe lo mucho que disfruto de esas dulces palabras. Me encantaría recibir sus besos personalmente, por lo que ansío regresar. No se preocupe por mi trabajo, sabe que soy un hombre que se jacta de conseguir lo que quiere. También la extraño, señorita Masterson, y mucho».

También desearía que estuvieras aquí. Es extraño el vacío tan grande que siento cuando no hablo con él o no lo veo. Ethan es mi vida.

«Creo que, si no se concentra, perderá mucho dinero, señor Mills, y me sentiré culpable el resto de mi vida. Tendré que compensarlo de alguna manera —lo que no me desagrada—, pero prefiero que haga bien su trabajo y cumpla con sus obligaciones».

«Puedo imaginar cómo podría compensarme. Quizá lo haga a propósito. Solo por curiosidad».

Leo divertida su texto. Estoy segura de que lo haría, después de todo, eso no significaría gran pérdida para él.

«No lo haría... o ¿sí? De todos modos, prefiero no distraerle más. No por ahora. Estaré esperando noticias tuyas cuando no se encuentre ocupado. Le amo, señor Mills. ;)»

Enciendo el equipo de sonido mientras preparo el desayuno y espero un nuevo texto de Ethan.

«Me desagrada la idea de no saber de usted durante el día, pero lo acepto. Puede ser muy convincente cuando se lo propone. Prometo intentar concentrarme a partir de este momento. Le amo mucho, señorita mandona».

Mandona ¿yo? Creo que es todo lo contrario. Ethan siempre consigue lo que quiere y maneja muy bien a todo el mundo.

Mientras le doy el último sorbo a mi café, pienso en cómo será mi vida de casada. Feliz, por supuesto, pero me aterra pensar que todo cambie una vez que demos el sí en el altar, o que un día despierte sin Ethan a mi lado. Que se vaya, como lo hizo papá.

La idea me entristece.

Quizá sea mejor que no nos casemos...

«¡Estás loca!», me grita el corazón.

¡Maldición! Me sorprende y me asusta la dirección que están tomando mis pensamientos. Necesito hablar con alguien y sé exactamente a quién debo llamar.

Responde al instante.

—Victoria, cariño —musita con cierto tono de alarma—. ¿Sucedió algo?

Es raro que llame a mamá, así que puedo entender su sorpresa.

—No... No te preocupes. Solo quería hablar contigo, mami.

—¡Oh, cielo! Me tomaste por sorpresa —murmura con alivio.

—¿Estás ocupada?

—No, mi amor. Dime... ¿cómo estás?

Su voz de alarma desapareció, dejando en su lugar su habitual calidez maternal, lo que me da más valor para preguntarle lo que quiero.

—Bien, pero... quería preguntarte algo.

—¿Sucedió algo con Ethan?

—No. Ethan es perfecto... Es solo que... —Bien, aquí voy—. Mamá, sé que no te gusta hablar del tema, pero esto es importante para mí.

—¿Se trata de tu padre?

Contengo la respiración al escuchar a su voz volverse fría.

—¿Ustedes se amaban? —inquiero con dificultad. Esto es difícil. Quizá más para ella que para mí, pero necesito saberlo—. Es decir... ¿cómo supiste que estabas lista para casarte con él?

—Cariño, amaba a tu padre —responde después de segundos eternos—. Estaba segura de que él también me amaba. Cuando decidimos casarnos sabíamos que eso queríamos. Estábamos felices. Yo veía por los ojos de tu padre.

—¿Y te arrepientes?

Imagino que sí. Él la dejó y no sería extraño que lo odie y desee no haberse casado con él.

—No me arrepiento de nada, mi amor. Gracias a él, te tengo a ti. —Mi alma vuelve al cuerpo. Por un momento temí que dijera que sí—. Victoria, jamás debemos arrepentirnos de amar. No importa lo que suceda. El amor es lo que nos hace ser mejores personas, y yo amé a tu padre, aun después de su abandono.

—Gracias, mamá. Es solo que...

—Los nervios y las dudas antes del matrimonio son naturales, cariño, pero Ethan... es un muchacho maravilloso y te ama. Eso es evidente.

—Lo sé, pero tengo miedo de que todo cambie cuando estemos casados.

Eso me aterra, y solo de pensarlo se me parte el corazón.

—Cariño, mentiría si dijera que no habrá momentos difíciles, pero son las dificultades las que ponen a prueba el amor, y verás que solo superándolas podrás ir construyendo un hogar firme y armonioso. Lo lograrás porque eres luz, mi vida.

—Gracias, mamá. Te amo.

—¡Oh, mi niña...! Lamento no poder estar contigo en este momento —susurra con tristeza.

—Pero si estás. —Antes de que pudiera decir algo más escucho una voz masculina llamando a mi madre—. Será mejor que te deje trabajar. Te hablo luego.

—Está bien, cariño. No olvides que siempre debes dar lo mejor de ti —añade con ternura. Casi puedo ver su sonrisa tranquilizadora y maternal—. Salúdame a Ethan.

—Lo haré. Adiós, mamá.

Cuelgo.

Siento un inmenso alivio después de hablar con ella. Siempre sabe qué decir. Tiene razón. Ethan es un gran hombre. Lo amo y él me ama, eso será suficiente para superar todo lo que venga.

Olvidé contarle que decidimos casarnos en otoño.

Entorno los ojos recordando la discusión que surgió por la fecha de la boda. No quería esperar tanto tiempo, ni deseaba una ceremonia elaborada, pero Ethan no quiso que me perdiera de nada. Es demasiado estricto con eso.

No he revisado ninguna de las revistas para novias que Mila me obsequió. Creo que tengo mucho tiempo antes de finales de septiembre. Me alivia saber que nos casaremos en la mejor temporada del año. Frescura y sequedad. Acordamos que la boda se llevaría a cabo el veintisiete de septiembre, pero el lugar todavía es un misterio.

Son las ocho de la noche de lunes. Estos días han transcurrido con normalidad, a excepción del acoso de un grupo de reporteros fuera del supermercado. Buscaban, desesperados, detalles del compromiso y la fecha de la boda. ¿Cómo supieron que me encontraba ahí? Mi intención de comprar comida para la semana con tranquilidad, se convirtió en una odisea horrible por escapar de ellos.

«Acostúmbrate», me digo en voz alta. De nuevo se me ocurre que podríamos comprar una casa en las afueras de la ciudad para evitar este tipo de acontecimientos desagradables. Debería comentárselo a Ethan cuando regrese. Acabo de hablar con él por teléfono, pero preferí no contarle nada de lo que sucedió para no preocuparlo. Además, llegará mañana, lo que me hace muy feliz. Deseo tanto sus besos y sus caricias... Su compañía y sus pláticas interesantes...

\*\*\*

Este anillo es precioso, como el primero. —Acaricio la sortija de compromiso—. Tal vez hace años no era el tiempo indicado para casarnos, por eso sucedió todo lo que sucedió.

No puedo evitar sentir pánico por la vida desconocida que empezaré dentro de seis meses. No porque no quiera casarme —es lo que más deseo—. Creo que mi temor se debe a la experiencia de mis padres. Imaginar que eso pudiera sucederme, me paraliza.

—Vic, encontré este paquete para ti. —Mila agita una pequeña caja blanca

—. Le dije a Alice que te lo traería.

—¿Para mí? —Recibo la caja, extrañada, pero enseguida sonrío—. Seguramente es de Ethan. Tal vez ya está en Nueva York.

—Bueno, no sabrás si es de él hasta que la abras. Iré a comer con Julia. ¿Vienes?

—No, aún tengo trabajo pendiente y quiero adelantar todo lo que me sea posible, pero te agradeceré si me traes una ensalada —le pido dedicándole una sonrisa de agradecimiento adelantado.

—Amiga, deberías tomarte un descanso —me regaña—. De otra forma enfermarás y eso sí que sería mi muerte.

—No te preocupes, Mili. Estoy bien. Más que bien.

¿Mi malestar emocional es evidente? Como sea, será mejor que la tranquilice para que abandone su papel de madre preocupada, aunque es tierno que lo haga.

—Ok. Te veré luego —dice sonriendo, y sale de la oficina.

Si Mila lo notó es porque el estrés de estos días se refleja notablemente en mi rostro. Traté de desconectarme del trabajo el fin de semana, pero fue imposible. Revisé contrato tras contrato, campaña tras campaña, sin llegar a un feliz término. Todo mejorará cuando vea a Ethan. ¿Por qué no me avisó que llegaría temprano? Supuse que lo haría por la noche y apenas son las doce del día.

Abro la caja con mucho cuidado y descubro dentro otra caja, pero más pequeña.

Me quedo con la boca abierta al ver lo que contiene: un brazalete con eslabones de cadena y diamantes en oro amarillo.

¡Dios! —dejo escapar un pequeño silbido—. Es hermoso y seguramente caro.

Frunzo el ceño preguntándome cuándo entenderá que hay cosas más simples que no requieren de tanto dinero, además, no uso joyas. No me siento cómoda con ellas.

Las únicas que tenía en Georgia eran de fantasía y permanecían olvidadas en un rincón. Ahora lo único que llevo es el collar que contiene los dijes de Ethan y Carl; el anillo que mi querido amigo me regaló el día de la inauguración de la agencia y mi anillo de compromiso. No necesito más que eso.

¿Todas las mujeres de dinero van por la vida cubiertas de joyas? Bueno,

las pocas con las que he tratado, sí. Debe ser tedioso preocuparse por usarlas, además, ¿con qué objeto?

Dejo de lado el brazalete, que me resulta intimidante, y abro el sobre que también está dentro de la caja. ¿Una carta? «No es su estilo», pienso en voz alta.

Titubeo un poco mientras la abro y, al hacerlo, me doy cuenta de que no es la letra de Ethan. ¡Es Carl!

Mi corazón se acelera.

Hace días que no sé de él. He preferido no buscarlo, porque no quiero seguir lastimándolo. No después de lo que me confesó esa mañana en su consultorio. Ahora tengo miedo de leer lo que está escrito en el papel. ¿Y si son palabras de desprecio? ¿Si me dice que no quiere volver a verme en la vida? Eso sería algo muy duro para mí, algo que no podría soportar. Carl es sumamente importante. No lo conozco de toda la vida como a Mila, pero siento que es así. Él es... diferente. Si no estuviera segura de que es humano, pensaría que es un ángel que bajó del cielo para ayudarme a salir adelante y a ser fuerte. Mi ángel de la guarda...

Mi cuerpo empieza a temblar por la anticipación. No sé si debería leerla. «¡Deja la cobardía!», me regaño internamente.

¡Bien, lo voy a hacer!

Extiendo la hoja de papel con lentitud y delicadeza, como si fuera de cristal y amenazara con romperse en cualquier momento. Tomo una bocanada de aire para darme valor y empiezo a leer.

## CAPÍTULO 30: DESPEDIDA

*Princesa.*

*Voy a comenzar disculpándome por la forma en la que actué la última vez que nos vimos. Diría que fui demasiado fuerte, me controlé y contuve las ganas locas que tenía de besarte. Lo que sucedió en aquel bar fue la confirmación de algo que no había querido aceptar y que creí superado, pero mucho me temo que no fue así. No sé si lo que estoy a punto de escribir te incomode o te enfade, y si es así te pido perdón, pero necesito expresar lo que ha guardado mi corazón por tanto tiempo; si no lo hago, temo que no podré vivir en paz. Victoria, estoy enamorado, profundamente enamorado de ti; de tus ojos, de tu dulzura, de tu inocencia y de tu irritante timidez, y siento que ya no puedo luchar contra eso, porque me vuelvo loco cada vez que él te besa o te toca. Es un infierno soportarlo.*

*Perdóname por no ser capaz de aceptar que lo amas a él y no a mí. Por desgracia, tus ojos me ven como un amigo, y lo acepto, aunque debo confesar que, por un minuto, cuando mis labios tocaron los tuyos, sentí que era mucho más que eso. Fui inmensamente feliz por un minuto.*

*Ahora solo puedo hacer una cosa por el bien de los dos: regresar a Londres. Sé que es una decisión cobarde, pero no encuentro otra solución. No intentes buscarme, por favor. Necesito tiempo.*

*Deseo que seas muy feliz con Mills; es un gran tipo, tengo que aceptarlo, y te merece.*

*No creas que he olvidado la promesa que te hice, pues planeo cumplirla. Tal vez después de algunos años, cuando pueda mirarte sin sentir la imperiosa necesidad de estrecharte entre mis brazos. Mientras tanto, quiero que cada vez que mires este brazalete pienses en mí, como el hombre que daría todo por tu felicidad.*

*Cuídate, princesa, y sé muy feliz. Mereces ser dichosa sin sentir ningún tipo de remordimiento.*

*Hasta pronto.*

*Con amor.*

*Carl.*

Me quedo helada, sin fuerzas, sin reacción alguna; y mientras intento

comprender lo que sucede, las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas.

Lo perdí. Perdí a Carl, y ahora es para siempre. Sabía que necesitaba tiempo, pero en mi interior me repetía que lo volvería a ver en unos días... Y ahora se fue, no lo veré más, ni podré hablar con él.

Tomo el brazalete y lo pego a mi pecho, a mi corazón.

Perdí a una de las personas más importantes de mi vida. ¿Que no sienta remordimiento? Pues sí, lo siento. Me siento la peor de las mujeres por hacerlo sufrir. Es tan bueno y puro... ¿Qué voy a hacer sin él?

Respirar se vuelve un reto. El aire de la oficina se me antoja escaso, pero no quiero ir a ninguna parte. Solo deseo quedarme aquí, sola, sin que nadie me moleste. No deseo ver a nadie.

Me levanto despacio y coloco el seguro en la puerta. Después me hago un pequeño ovillo en el sofá de tres puestos, que está al fondo derecho de la habitación. Pego las rodillas a mi pecho y abrazo la carta con todas mis fuerzas.

Hasta ahora me doy cuenta de lo mucho que significa Carl en mi vida... Ya no estará más en ella.

No puedo contener las lágrimas, que fluyen como ríos en mi rostro. De pronto todo lo que me había inquietado en estos días se me viene encima: la partida de Carl, el estrés del trabajo, los miedos por la boda, el abandono de mi padre, la ausencia de Ethan... Esto es demasiado. Incluso para mí.

Cierro los ojos y, en medio del llanto, voy dejándome llevar por el sueño hasta que pierdo la conciencia.

Me despierto desorientada y sobresaltada por los gritos de Julia, Mila e Ethan. Me toma unos segundos recuperar el norte.

—¡Maldita sea, Victoria! Abre la puerta —gruñe Ethan.

Está histérico, y golpea la puerta con fuerza.

—¡No puede ser que no tengan una réplica de la llave! —gruñe de nuevo.

Limpio mis lágrimas y me levanto para quitar el seguro. Después abro la puerta y regreso como si nada a sentarme en la silla detrás de mi escritorio, ignorando la mirada furiosa de Ethan y los ojos llenos de preocupación de Mila, Alice, Julia y varios de nuestros colaboradores.

Maldición... Estoy segura de que Ethan armó todo este alboroto.

—Victoria, ¿estás bien? —pregunta Alice, cautelosa.

—Sí. Quería descansar un poco y me quedé dormida —contesto sin mirar a Ethan, aunque sé que está furioso—. Julia, ¿tenemos pendientes?

Le dedico una mirada fría al no recibir respuesta.

Tiene la boca totalmente abierta, imagino que se debe a mi comportamiento tan despreocupado. Pero es la única forma en la que puedo proceder. Frunzo el ceño.

—No, Victoria.

—Bien.

Ethan me mira, ahora con recelo, pero sé que todavía está enfadado. Me sorprende que no me haya dicho nada aún. A pesar de lo enfadada que estoy con él por armar todo este espectáculo, me alegro de que haya vuelto, y que esté sano y salvo.

Se siente tensión en el aire.

—Amiga, sí que sabes preocupar a la gente —bromea Mila entre risas—. No lo vuelvas a hacer.

—Creo que no fue para tanto —replico.

—Déjenos solos —ordena Ethan, y su voz fría es suficiente para que todos desaparezcan como ratas que huyen del agua.

De pronto siento que una corriente helada me recorre toda la espalda mientras miro la puerta cerrarse. Dios... No estoy de humor para lidiar con el señor furia.

Ordeno con torpeza algunos papeles que hay sobre mi escritorio, sin mirar a mi futuro esposo. Después de unos segundos de pie, Ethan se sienta en una de las sillas para visitantes, que está frente a mi escritorio.

Decido que es hora de enfrentarlo. Levanto la vista. Él está cómodamente sentado, con los codos apoyados en los brazos de la silla y las manos pegadas a los labios, formando un triángulo perfecto. Sus ojos intentan no mostrar ninguna expresión, pero me doy cuenta de que no sabe qué hacer.

Ethan... Ethan... Ethan... Será mejor que dé el primer paso para salir de esta situación tan incómoda.

—¡Vaya que sabes dar espectáculos! —le riño. No hay respuesta—. ¿Cómo te fue? —pregunto indiferente, pero él solo se limita a observarme. Será mejor que intente otra cosa si quiero que hable—. Te extrañé —murmuro, y cambio completamente mi táctica. Ahora le hablo con dulzura.

Su mirada se suaviza al instante.

—También la extrañé, señorita Masterson. —Al fin... Dejo salir el aire que contenía en la boca—. Creo que la que sabe dar buenos espectáculos es usted. Todo el mundo se movilizó por usted —replica, y suena a regaño.

¿Yo?

—¿Todo el mundo se movilizó o tú los movilizaste? —inquiero, algo irritada por su acusación.

Él arquea una ceja y sonrío divertido.

—Puede ser que haya algo de eso. Pensé que te había sucedido algo.

—Estoy bien, Ethan —le tranquilizo.

Él se pone de pie y rodea el escritorio hasta que queda frente a mí. Después toma mis manos y se las lleva a los labios.

—Estuviste llorando —musita. Imagino que debo de estar demacrada. Meneo la cabeza y me alejo de su mirada escrutadora. ¿Debería contarle que Carl se fue? —. ¿Qué sucede?

Creo que no tengo salida.

—Carl se fue. —Las palabras salen solas—. Regresó a Londres. Me dejó una carta. No se despidió. —Mi voz se quiebra.

No puedo creer que lo haya hecho.

Ethan se acerca de nuevo y me rodea con sus brazos mientras su nariz acaricia mi cabello con dulzura.

—Cálmate, nena. Seguramente le fue difícil tomar esa decisión y por eso no se despidió.

Ahora que estoy entre sus brazos, todo parece menos negro.

—Lo sé —susurro contra su pecho—. Y lamento que tengas que verme así por él. Sé que no es fácil para ti.

—No te preocupes. Sé lo que Marx significa para ti. Lo entendí y ya no me molesta.

—¿De verdad? —pregunto incrédula. Asiente.

—Es un gran tipo —murmura, sopesando sus propias palabras—. Y de alguna manera tengo que agradecerle que haya estado contigo cuando yo no pude.

Vaya... Esto es tan impropio de él...

—¿Qué pasó con Ethan?

Sonrío.

—Por fin entendió que lo amas.

—Y mucho.

Cada día más. ¿Cómo no hacerlo?

—Lo que me hace el hombre más afortunado del mundo —murmura.

Le sorprendo con un beso tierno, que él hace más profundo. Un beso largo,

lleno de necesidad y amor, que nos quita todo a ambos. Lo necesitaba.

\*\*\*

Mis manos se deslizan lentamente por el pecho desnudo de Ethan. Ambos estamos tumbados en mi cama, tratando de recuperar el aliento después de hacer el amor.

—Podría permanecer así eternamente —musita, y acaricia mi espalda.

—Mmm —respondo. Él sonrío.

—Pero creo que hay cosas importantes de las que tenemos que ocuparnos —continúa—. Por ejemplo...: la boda. He pensado que deberíamos viajar a Londres. Deseo que conozcas a mi familia.

La sonrisa que tenía en el rostro se esfuma rápidamente al escucharlo.

—¿Y si nos les agrado?

—Encontrar a alguien que no te ame es más difícil que encontrar agua en el desierto.

—Pero no imposible.

Samantha no me soportaba, aunque ahora puedo imaginar por qué.

—Eres encantadora, nena. No tienes de qué preocuparte.

La idea me aterra. No solo el hecho de conocer a la familia de Ethan, bueno, sí es por eso. Estoy segura de que mucha gente piensa que soy una cazafortunas, dado el solvente estado financiero de mi prometido. No me preocupan esos comentarios si vienen de otras personas, pero... ¿qué tal si su familia también lo cree? No puedo negarme a hacer ese viaje, eso lo sé. Solo quisiera posponerlo. Quizá más adelante, cuando me sienta mejor con el tema de Carl.

Los últimos cinco meses han sido los más agotadores de mi vida. No sabía que una boda requería de tantas cosas. Por fortuna, tengo a mis amigas, que se dieron tiempo después del trabajo para ayudarme a organizar todo.

Así que... la ceremonia se realizará en un precioso jardín, a las afueras de Brooklyn, y debo admitir que me encanta la idea. Es el lugar perfecto, romántico y hermoso. Natural. Mila movió cielo y tierra para conseguirlo y reservarlo totalmente para nosotros. No pensé que lo lograría, pero lo hizo. Aunque al principio tenía mis dudas, pues es un lugar abierto y la lluvia de reporteros podría arruinar el día más importante de mi vida. Sin embargo, Mila me aseguró que no tenía de qué preocuparme, así que... solo me queda confiar.

He tenido que soportar largas reuniones de videochat con mi madre y mis amigas hasta altas horas de la madrugada, para decidir el color de los manteles, de las mesas, las flores, los detalles de las sillas y la decoración de todo.

Por otro lado, están las invitaciones. Puedo decir que, aunque es mi boda, he dejado que Mila se encargue de la mayoría de los preparativos. De todos, en realidad. No sé mucho de lo que es tendencia, según ella. Así que las invitaciones son preciosas; doradas, de corte láser y foil —que no sé qué signifique—. Un pequeño broche en forma de árbol sella cada una de ellas, lo que las hace únicas y elegantes —bueno, eso dice Mila—. No serán muchos invitados. Solo amigos, familia, algunos clientes de VMedia, y un par de socios de Ethan, además de su familia en Londres, que ya debió haber recibido la invitación.

La próxima semana viajaremos a visitarlos —en mi caso, a conocerlos—. Nos quedaremos quince días, para poder tener tiempo de volver y ultimar detalles.

—¡Despierta, Victoria! —exclama Mila, y truena los dedos frente a mí—. Llegaremos tarde a la última prueba.

Lo había olvidado. Se supone que iríamos a la última prueba del vestido de novia. Julia, Alice y Mila me acompañarán.

—Está bien. —Levanto las manos derrotada—. Vamos ya.

Tomo dirección hacia el sureste, por la calle 76 hacia la avenida Park. El tráfico es fluido y no me toma mucho tiempo llegar a Long Island.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dice Mila, dando saltitos.

Me sorprende su emoción y entrega para con mi boda. Lo que me hace pensar que, en el fondo, sigue sintiéndose culpable por lo que pasó con Ethan, y ahora quiere asegurarse de que nos casemos.

Claro que ambos forman un gran equipo en la planeación de la boda. Mila se aseguró de conseguir varios diseños, todos hermosos, pero excesivamente costosos. Al final, me decidí por un vestido sencillo; un estilo que va más conmigo. Por supuesto, Ethan, quería correr con los gastos totales de la boda, incluyendo el vestido, lo que obviamente no se lo permití. Este fue otro tema de discusión entre los dos; sin embargo, después de utilizar mis métodos de persuasión, conseguí pagar el vestido y todo el ajuar de bodas con mi dinero. Fue a lo único que accedió. Es un hombre muy tozudo la mayoría del tiempo.

Una mujer alta, guapa y rubia nos recibe con una sonrisa impecable.

—Bienvenidas. Soy Isabella Smith. ¿En qué puedo ayudarlas?

—Estamos aquí para la última prueba.

Mila responde antes que nadie.

—Bien. Su nombre, por favor.

Isabella revisa una larga lista de nombres en el ordenador.

—Victoria Masterson —musito, recelosa.

Después de varios segundos levanta la mirada hacia mí y me recorre de arriba hacia abajo con la boca abierta.

—¿El matrimonio Mills Masterson? —pregunta incrédula.

—Sí —contesto, irritada.

Esa ha sido la reacción de todas las personas al enterarse que me voy a casar con él. ¿Es tan increíble?

—Por aquí, por favor —se apresura a decir cuando recupera la compostura. La seguimos—. Ustedes pueden esperarla aquí. —Se dirige a mis acompañantes y señala un sofá de piel color negro que está en el salón. Después llama a otra chica con sus mismas características y le pide que se haga cargo de recibir a otros clientes—. Le atenderé personalmente, señorita Masterson. Venga conmigo.

Lo hago hasta que llegamos a los probadores.

—El señor Mills es un hombre muy importante y reconocido en el país —murmura con recelo y admiración mientras me entrega el vestido para que me lo ponga. Yo me limito a hacer un movimiento de afirmación con la cabeza—. Estaré por aquí si me necesita.

—Gracias.

¿Cómo es que Ethan puede desarmar a las mujeres incluso sin estar presente? Todas lo admiran, y sé que tienen motivos. Él es un hombre interesante y cautivador en todos los aspectos.

Bien, será mejor que me ponga por tercera vez el vestido con el que caminaré al altar dentro de un mes. Mi vestido de novia... ¡No lo puedo creer!

Me demoro un par de minutos antes de regresar al salón, con Isabella detrás de mí.

Entro con timidez, y veo a Julia, Alice y a Mila quedarse con la boca abierta. ¿Eso es bueno?

—Te ves hermosa —masculla Julia, sonriente.

—¿De verdad?

Julia entorna los ojos y me lleva frente a un gran espejo con marco blanco

para que pueda mirarme.

El vestido es precioso..., romántico y, a pesar de su sencillez, luce angelical, sobre todo por esa hermosa columna de encaje chantilly que se extiende a lo largo de él. Además, es uno de los pocos modelos que no me hacen ver pálida, como todo lo que me pongo.

—Es perfecto —susurro antes de que las lágrimas empiecen a desfilan por mi rostro.

—No llores... —suplica Mila, y se apresura a rodearme con sus brazos. Es imposible no llorar. Mis emociones están a flor de piel.

—Es que ahora es una realidad —gimoteo—. No lo puedo creer...

—¿Qué te casarás con el hombre más sexi y rico de Nueva York? —pregunta Alice, divertida.

—De Estados Unidos —le corrige Julia.

—Que me vaya a casar con el amor de mi vida —musito finalmente entre sollozos, y eso es suficiente para que todas se abalancen sobre mí para abrazarme.

Llego a casa con la caja que contiene el vestido a cuestas. Era lo único que faltaba para completar el atuendo para el día más importante de mi vida.

Subo a mi cuarto y lo coloco sobre la cama, después busco los zapatos de tacón de aguja y pedrería, de *J.C.*, y los pendientes largos bañados en oro blanco y diamantes, que me regaló Ethan la semana pasada. Estaba realmente emocionado cuando me los dio, que terminó por conmoverme tanto, que por primera vez decidí no discutir por su exagerado valor. Nunca había tenido algo tan costoso, excepto... el brazalete que me regaló Carl cuando se fue.

Siempre lo llevo conmigo. Siento que, si lo utilizo ese día, podré sentirlo cerca, aunque no sepa dónde está. ¿Estará bien? No ha escrito ni ha llamado, pero espero que haya encontrado la paz y la tranquilidad que necesitaba.

La prueba de peinado fue hace dos días. ¿Quién necesita probarse un peinado? Al parecer las novias. Decidí que sería mejor llevar el cabello recogido puesto que la boda se realizará al aire libre, no quise arriesgarme a que mi rebelde cabellera cubriera completamente mi rostro en medio de la ceremonia.

Prácticamente todo está listo. Ethan ha estado al pendiente de los preparativos, siempre con su eterna letanía: «No quiero que te pierdas nada». Él se ha cerciorado muy bien de que eso no suceda. Debo decir que estoy contenta por ello, pues, gracias a su estricto control, ahora ya cruza un par de

palabras con Mila, lo que es un gran avance. A veces la situación entre los dos era sumamente incómoda.

El sonido del móvil me regresa a la tierra. Es Ethan.

—Amor... —respondo con una enorme sonrisa de felicidad. Después de este día tan agotador, hablar con él es lo único que quiero.

—Hola, nena. Hablé a tu oficina y Julia me informó que estabas en casa. ¿Todo en orden? —pregunta con serenidad.

Vaya... Es la primera vez que su voz no suena como una alarma de incendios. Siempre se preocupa demás.

—Sí. Es solo que tuve un día agotador y en la tarde, la última prueba del vestido. Preferí quedarme en casa ya que no tenía pendientes en la oficina —le explico.

—Así que ya tienes el vestido en tus manos. —Noto la emoción en su voz —. Me gustaría verlo.

—Pues no lo verás hasta que lo lleve puesto de camino al altar.

—Falta una eternidad para que al fin seas mía —suspira.

—Ethan, soy tuya.

—Prefiero asegurarme. —Su voz es seductora. Bueno, siempre lo es—. Quería invitarte a cenar, pero, en vista de que tuviste un día ajetreado, ¿qué te parece si voy a tu casa?

—Eso me encantaría... Muero por verte.

Mi rostro se ilumina en el acto. Saber que vendrá hace que cualquier señal de cansancio desaparezca.

—Te veré en un par minutos, nena.

—Te espero —le digo, y cuelgo.

Me apresuro a guardar todo mi atuendo de bodas. No soy muy tradicional como Ethan, pero, por las dudas, no puedo dejar que vea el vestido hasta que llegue el día.

No pasan ni diez minutos cuando escucho el timbre de la puerta. Bajo corriendo, casi sin tocar el suelo, y la abro. Ethan está en la entrada, con su bella sonrisa sexi y una botella de vino en la mano.

—He pensado que podrías tener sed —explica, y levanta la botella.

—Hay algo llamado agua.

Sonrío.

—Esto es mucho mejor.

Ethan entra, y yo cierro la puerta y lo sigo hasta la sala de estar.

Sin previo aviso me toma entre sus brazos y me da un beso apasionado que yo respondo de la misma forma. Es como si estuviera liberando todo el estrés de los últimos días.

—Te necesito —susurra en mi oído haciendo que me estremezca por completo.

También lo necesito, pero, para variar, creo que jugaré un poco con el señor Mills.

—Tengo sed.

Me suelto de sus brazos que aprisionaban mi cuerpo, tomo la botella de vino y voy a la cocina por vasos.

—Excelente idea.

Ethan sonrío mientras se libera de su corbata gris.

Me apresuro a servir el vino. Después enciendo el equipo de sonido. Pronto la habitación se inunda con la voz de *Jessie J* cantando «*Casualty Of Love*». Me acerco sin apartar mis ojos de los de Ethan, consciente de que voy a un ritmo lento con las copas en mis manos. Cuando llego a su lado le dedico una sonrisa tímida.

—Por nosotros —le digo, y le entrego su copa. Levanto la mía para brindar. Él hace lo mismo—. Por todas las noches maravillosas que hemos pasado juntos y por las que vendrán.

—Contigo quiero tropezar, eternamente —murmura con una sonrisa encantadora.

Chocamos las copas y bebemos. Ethan solo toma un bocado mientras que yo bebo todo el contenido de la copa.

—Te dije que tenía sed —me defiende de su mirada acusadora.

—Entonces será mejor que te sirva un poco más.

Ethan toma mi copa y vuelve a llenarla.

—¿Intentas embriagarme?

—Señorita Masterson, lo mejor de que vayamos a casarnos es que no tengo que recurrir al alcohol para conseguir lo que quiero —responde, y vuelve a concentrarse en el vino.

Se ve tan sexi con traje... Bueno, se ve sexi con cualquier cosa. No puedo hacer otra cosa más que admirarlo.

—Tienes la misma expresión que en numerosas ocasiones has censurado en otras mujeres.

Parece divertirse con mi desmesurada admiración.

Me acerco a él, le quito lo que lleva en las manos y se las sujeto.

—La diferencia es que yo puedo hacerlo cuando quiera... Ellas no. Yo puedo tocarte... Ellas no. —Le acaricio la sien—. Yo puedo hacer esto... Ellas no.

Me acerco con lentitud hasta que mis labios tocan los suyos. Después muerdo su labio inferior y se lo estiro con los dientes. Sus ojos, que hasta hace un momento eran divertidos, ahora son ardientes y oscuros. Cuando noto que está a punto de tomarme entre sus brazos y hacer más profundo el beso me aparto y le entrego su copa.

Esto es muy excitante. Tener el control es divertido.

Ethan cierra los ojos, y sé que intenta controlarse. Cuando los vuelve a abrir, tienen un brillo que me hace saber que me seguirá el juego.

—¿Bailamos?

Extiende la mano invitándome a bailar.

—Me encantaría.

Ethan apaga la luz, así quedamos en completa oscuridad en un rincón apartado de la sala de estar. Después me toma de la cintura y me pega a su cuerpo. Siento su calor..., cada parte de su musculoso cuerpo y su delicioso aliento. Empieza a moverse y yo hago lo mismo. Ahora es *Jason Mraz* quien canta «*I Won't Give Up*».

No veo absolutamente nada.

La habilidad de Ethan para el baile es impresionante. Me pregunto si tomó clases o cómo es que aprendió a ser tan buen bailarín. Me hace girar un par de veces hasta que termino muy pegada a él. Sus manos acarician mi espalda lentamente, como si intentaran dibujar sobre mi piel. Cielos... Intento mantener la compostura, pero todo su contacto me resulta abrumadoramente intenso. Ya no puedo contenerme más. Rodeo su cuello con mis brazos para atraerlo y besarlo, pero, con un movimiento rápido, Ethan toma mi mano derecha y me hace girar de nuevo.

Escucho su risa en medio de la oscuridad.

El juego que al principio era mío, ahora es de él. Contengo el aliento cuando sus labios rozan levemente mi cuello. Segundos después se aparta de mí completamente. Enseguida mi respiración se agita por esa sensación de estar indefensa, sin poder mirar, sin poder adivinar lo que hará. De pronto sus manos vuelven a mí, toman por sorpresa mi rostro, lo acarician, y finalmente sus labios envuelven los míos con una fuerza frenética y sensual.

Ahora sus manos acarician todo a su paso, dejando una estela de sensaciones maravillosas, que no hacen más que enloquecerme hasta que pierdo el control.

Le rodeo la cintura con mis piernas, sin apartar mi boca de la suya ni un solo segundo. Él me las sujeta y me lleva a uno de los sofás —no sé cómo puede movilizarse sin chocar con nada—. Se sienta y yo quedo a horcajadas sobre él.

Ethan empieza a desabrochar uno por uno los botones de mi blusa hasta quitármela por completo y continuar con mi falda negra con cierre al costado. Lo imito. Me deshago de su camisa, después de su pantalón de lino y de todo lo demás, hasta que ambos estamos completamente desnudos, entregados a la pasión y al enorme amor que sentimos el uno por el otro.

Hacemos el amor en mi sofá, en medio de la más deliciosa oscuridad, conscientes de que no hay felicidad que se compare a la que se nos permite disfrutar en este momento.

—Eso fue... interesante —murmuro.

—Jaque mate —dice él, riendo, y sé que se refiere a que me salió el tiro por la culata.

Es cierto. Perdí el control de la situación, pero no me importa perder si el juego termina de esta manera.

—Estoy encantada de perder —replico—. Siempre y cuando el resultado sea el mismo.

—Quizá te deje ganar alguna vez.

—Que amable, señor Mills.

Ethan no responde. Solo me sorprende con un beso muy dulce en la frente y me rodea con sus brazos.

\*\*\*

—¿Están seguras de que no me necesitarán? Tal vez surja un contrato importante, o se presenten problemas en la producción. Creo que me quedaré.

Mis palabras salen una tras otra de mi boca sin parar mientras intento desesperadamente encontrar cualquier motivo que impida el viaje a Londres para conocer a la familia de Ethan.

—¡Ya basta, Victoria! —me riñe Mila—. Toda la mañana no has hecho más que buscar excusas para quedarte.

—¿Nos dirás por qué no quieres viajar?

Julia levanta una de sus perfectas y bien definidas cejas.

—Bueno, la verdad es que tengo miedo. La familia de Ethan es diferente a la mía —confieso con timidez—. ¿Qué voy a hacer si no me aceptan?

—¿Era eso? —Mila entorna los ojos totalmente irritada por mi falta de confianza—. Victoria, te van a adorar.

—Así es. Y suponiendo que pase lo que tanto temes. Te vas a casar con Ethan, no con su familia. El viaje es una mera formalidad —agrega Julia, intentando tranquilizarme.

—Basta de nervios. Toma esto, después irás a casa y terminarás de empacar.

Mila me entrega una copa de tequila, que yo bebo de un solo bocado.

—Bien. —Inspiro hondo. Esto tenía que pasar algún día y mejor que sea ya—. ¡Que pase lo que tenga que pasar!

De camino a casa intento calmar y desaparecer mis nervios por completo. No quiero que Ethan me vea así.

Las maletas están listas. Hago un repaso en mi mente para ver si no olvido nada.

«¡El brazaletes!», digo en voz alta, y voy a buscarlo en mi viejo joyero. Me lo quité esta mañana para ducharme y olvidé ponérmelo de nuevo. Es muy importante para mí, porque, de alguna forma, siento que me da suerte y fuerza para enfrentar lo que sea; además, me recuerda a Carl. Estoy segura de que si él estuviera aquí sabría exactamente qué decir para tranquilizarme.

Viajaremos en menos de dos horas en uno de los aviones privados de Ethan. Toda la semana me ocupé de dejar las cosas en orden en la agencia, y mi amado prometido hizo lo mismo en sus múltiples empresas. Serán dos semanas en Londres. Como una luna de miel anticipada.

Mientras espero a que Ethan pase por mí, recuerdo aquella vez que fuimos a Savannah, cuando hicimos el amor por primera vez. Me alegra haber esperado, fue lo correcto; es decir, no me imagino a nadie más tocándome, solo a él; solo sus manos... Sus habilidosas manos.

Cierro los ojos para recrear la fascinante sensación de sentir sus caricias. Mi amado novio... Mi amado prometido y, dentro de poco, esposo. Hemos vivido tantas cosas... Tantos cambios... Pero todo ha valido la pena para alcanzar la felicidad que hoy disfrutamos.

Dejo de lado mis ensoñaciones y contesto el móvil.

—Hola, nena. ¿Lista?

Me tomo unos segundos para analizar lo que esa palabra implica.

—Sí. Estoy lista —respondo, y enseguida siento su sonrisa, aunque no la veo.

—Entonces será mejor que bajas. Estoy frente a tu casa. —Pego un brinco de la cama para correr a la ventana. Ethan tiene el móvil pegado al oído derecho y está recargado sobre su auto. Él levanta la vista y me dedica otra de sus sonrisas encantadoras. Yo no puedo hacer más que quedarme callada, admirándolo—. Señorita Masterson, estoy seguro de que tendrá más de seis horas para mirar todo lo que desee, y, aunque me encanta esa mirada, creo que deberíamos irnos.

—Bajo enseguida. —Cuelgo, y voy por mi maleta.

En minutos me veo junto a la puerta, dándole un último vistazo a mi casa.

«Aquí voy», afirmo con decisión en voz alta, y salgo.

## CAPÍTULO 31: LONDRES

Llegamos al aeropuerto *LaGuardia* en Queens. Mason abre la puerta para que baje e Ethan me alcanza para llevarme de la mano hasta la escalerilla de abordaje. Demonios... Siento unos pequeños retorcionos en el estómago. Sí, aún tengo miedo a volar.

Ethan saluda a un hombre de no más de treinta y cinco años. Debe ser el piloto —deduzco al ver su uniforme—.

—Bienvenido, señor Mills —saluda con una sonrisa profesional.

—Gregory —responde él, estrechando su mano—. Mi prometida, Victoria Masterson.

—Mucho gusto, señorita.

Hace una reverencia a manera de saludo.

—Hola, Gregory.

—Todo está listo. Suban, por favor.

Ethan deja que lo haga primero. Subo por la escalerilla hasta que, en la entrada, nos encontramos con una mujer rubia y muy guapa, que también lleva uniforme.

—Bienvenidos. Adelante, por favor —saluda ruborizándose al ver a Ethan. Otra que cedió a sus encantos...

Le sonrío agradecida por su exagerada amabilidad y me interno en el avión.

¡Cielo santo! Es enorme... Muy grande y espacioso. Mis ojos se desvían directamente a los asientos de piel color beige: hay demasiados; algunos juntos, uno frente a otro, o ubicados frente a dos pequeñas mesas, que están correctamente distribuidas en la estancia. El piso es de color marrón, brillante y reluciente. Más adelante hay una pequeña sala con un televisor de pantalla plana, un minibar y una pequeña estantería con varios libros, y, al fondo, una puerta de madera oscura. Me pregunto ¿que habrá ahí?

—Aquí. —Ethan señala uno de los asientos solitarios. Frunzo el ceño. ¿No nos sentaremos juntos? —. Me sentaré frente a ti —responde a la pregunta que hacía en mi mente.

Siempre parece adivinar lo que pienso.

—Solo durante el despegue. Después podremos hacer otras cosas juntos —añade, y me guiña uno de sus preciosos ojos negros.

—Es muy grande.

Quizá demasiado.

—Solo para albergar lo necesario —replica, despreocupado.

¿Lo necesario?

—Sí. Supongo que es vital un minibar, un televisor, una estantería y muchos asientos —le digo con ironía.

—Una habitación y una cama —agrega con una sonrisa de oreja a oreja—. Está detrás de aquella puerta. —La señala con un movimiento de cabeza—. Ya te la enseñaré después.

La puerta se cierra y, mientras escucho las indicaciones de la asistente de vuelo para un despegue seguro, no puedo evitar pensar en lo mucho que deseo estar cerca de Ethan. Tal vez podamos estrenar la habitación...

Meneo la cabeza. ¿Pero en qué estoy pensando? Me ruborizo por la dirección que toman mis pensamientos.

Después del largo repertorio de seguridad los motores se encienden, y en menos de diez minutos el avión empieza a tomar vuelo. Me hundo en mi confortable asiento ante la mirada llena de compasión de Ethan. La última vez que volé fue de regreso a Georgia, hace poco menos de un año, pero entonces estaba triste... Tan triste, que el miedo pasó desapercibido.

Cierro los ojos con fuerza cuando despegamos.

—Tranquila —susurra Ethan intentando calmar mis nervios, pero no lo consigue. Estoy muerta de miedo.

Al poco tiempo alcanzamos altitud, lo que consigue relajarme, aunque no del todo.

La rubia de piernas largas nos informa que podemos movilizarnos libremente por el avión, y yo suspiro de alivio. El aterrizaje y el despegue son los momentos más críticos de los vuelos. Bueno, eso he leído.

—Por fin —suspira Ethan. Parece contento.

Me gusta verlo así. Es todo un deleite para los ojos de cualquiera, y supongo que se debe a que vamos a encontrarnos con su familia.

—Ahora, señorita Masterson, ¿puedo ofrecerle algo de tomar?

—Sí, por favor. —Mi garganta está seca, pero sé que algo ligero no va a calmar mi sed—. Dame una copa de lo más fuerte que tengas.

Ethan levanta las cejas, sorprendido, pero no pone objeción.

—Sus deseos son órdenes. Literalmente.

Sonríe y enseguida se le forman esos hoyuelos que tanto amo.

Me lleva de la mano hasta la sala del televisor. Después de que me deja cómodamente sentada en el sofá, se dirige al minibar y saca un par de vasos de una elegante encimera de bambú.

—Vodka. —Levanta la botella para que la mire. Leo la etiqueta: *Devil's Spring*. Debe ser fuerte... Digo, el nombre ya te da un indicio. Pero sí, es lo que necesito para relajarme.

Él llena solamente un vaso.

—¿No beberás un poco también?

—Oh, no, señorita Masterson. Mis nervios están bastante bien. Tomaré whisky.

—Porque eso no es fuerte —replico entre risas.

—No como el vodka.

Con los dos vasos en la mano se sienta a mi lado. Cuando me entrega el mío, lo bebo de un solo bocado. Ethan se limita a observarme con perpleja diversión.

—¿Mejor?

—Algo. —Siento que la garganta me quema, como fuego—. Ahora entiendo el significado de su nombre —musito, y acaricio mi garganta.

—Supongo que es una advertencia.

Ethan deja de lado su copa y se acerca lentamente, sin apartar los ojos de los míos, que se rinden en su profundidad. Enseguida dejo de respirar. Ese es el efecto que tiene sobre mí desde que lo conocí.

—Eres preciosa —susurra en mi oído, y yo me estremezco cuando su aliento roza mi piel—. Hermosa... —añade—. Soy un maldito afortunado —continúa, mientras cubre mi cuello desnudo con pequeños besos, que bajan hasta mis hombros.

Mi respiración se acelera y el deseo envuelve totalmente mi cuerpo. Cuando me doy cuenta, mis labios se encuentran sobre los suyos, saboreando encantados cada parte de su boca. Es tan dulce...

Me levanto despacio para ponerme a horcajadas sobre él, pero me detiene.

—No queremos dar un espectáculo, señorita Masterson —gruñe.

—Llévame a la habitación —le ordeno entre jadeos.

—Es usted muy mandona.

Mirar su sexi sonrisa aumenta mi deseo.

—Solo quiero lo que es mío. Te deseo a ti.

Mis palabras son como un permiso para él. Me toma en brazos, ignorando

mi grito de sorpresa, y camina conmigo a cuestas hasta que cruzamos la puerta de la habitación. Cuando la cierra, me deposita cuidadosamente en el piso. Quisiera examinar mi nuevo entorno, pero lo deseo más a él, así que continúo el juego.

Rodeo su cuello con mis brazos; él hace lo mismo, pero en mi cintura. Yo busco su boca con desesperación y, cuando por fin la encuentro, me adueño de ella.

De pronto siento sus manos deslizándose por todo mi cuerpo. Lo necesito... Lo deseo como una loca. Cada parte de mí grita su nombre y reclama su contacto.

Bajo mis manos para desabrochar uno a uno los botones de su camisa hasta que consigo quitársela por completo. Él solo me observa. Deja que continúe al mando de la situación. Yo deslizo suavemente mis labios por su pecho musculoso y por sus bien definidos abdominales. Sabe tan bien... Cuando vuelvo a mirarlo me percató de que tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta, absorbiendo la sensación de mi boca sobre su piel.

Subo nuevamente hasta su boca, pero no lo beso.

—Quítame la ropa —jadeo, y levanto los brazos para facilitar su trabajo. Sus ojos brillan como dos faros encendidos e inmediatamente hace lo que le pido.

Baja las manos hasta mis muslos y las vuelve a subir junto con mi vestido, para quitármelo de un tirón. Después se deshace de una forma ceremoniosa de mi ropa interior; primero del sujetador, finalmente de mis bragas.

Ahora estoy completamente desnuda bajo su ardiente mirada, que recorre detenidamente mi cuerpo.

—Un maldito afortunado —repito antes de tumbarme sobre la cama y hacerme el amor.

Abro los ojos, y por un momento me siento perdida, hasta que recuerdo que me encuentro en un avión rumbo a Londres. Ethan está profundamente dormido, así que, como ya es costumbre en mí, aprovecho la oportunidad para observarlo a detalle. Me levanto sobre mi codo y repaso su perfil con la mirada. Es muy bello. La barba le sienta bien. Tal vez debería dejársela. Me gusta. Adoro verlo dormir... Se ve tan sereno e indefenso. Como si fuera un pobre niño desvalido.

Es perfecto a pesar de su carácter cambiante, y yo me voy a casar con él. En este momento no hay dudas ni miedos. Cuando estamos así, se me olvida

hasta mi nombre. Quizá la afortunada sea yo. Sí, estoy segura de que soy muy afortunada.

—Siempre había querido hacerte el amor en este avión —murmura.

—¡Estabas despierto! —chillo entre risas al verme descubierta.

—No sé por qué me miras así.

—Eres muy guapo. —Ethan entorna los ojos—. Y no solo yo lo creo.

—¿De verdad?

Finge incredulidad.

—Todas las mujeres que te conocen lo piensan. Incluso la rubia exuberante que viaja con nosotros.

—Eso no me interesa —responde con desinterés y sinceridad.

—Lo sé. Es que a veces siento que no notas cuando las mujeres se quedan mirándote con la boca abierta. Es el efecto que produces.

Ethan se abalanza sobre mí, aprisionando mi cuerpo bajo el suyo, para lanzarme una mirada depredadora.

—Solo quiero causar ese efecto en ti.

—Yo no soy la excepción, te lo aseguro.

—Y menos después de esto —dice, y me besa con vehemencia.

Son las seis de la mañana. Londres luce tan bella... De nuevo vuelvo a respirar su aroma maravilloso, aunque el panorama es diferente. La que se casa soy yo.

Cuando bajamos del avión, en Heathrow, hay un lujoso auto esperándonos. Se parece mucho a una limusina, pero es más pequeño y no tan escandaloso. Un hombre alto y rubio está de pie junto al coche.

—Bienvenido, señor —dice. Ethan le abraza.

¿Lo abraza? Lo miro boquiabierto, sin poder ocultar mi sorpresa. Es la primera vez que veo a Ethan abrazar tan afectuosamente a alguien que no soy yo.

—Me alegra verte, Henri. Ella es mi prometida, Victoria Masterson.

El amable hombre hace una reverencia.

—Es un placer conocerla, señorita Masterson —me saluda—. Bienvenida a Londres.

—El placer es todo mío, Henri —respondo, imitando su cortés saludo.

—Henri es un buen amigo. Lo conozco de toda la vida —me explica Ethan.

—Desde que el señor Mills era un niño —añade Henri.

Un niño... Puedo imaginar a un pequeño hermoso, dulce y feliz, yendo de

pesca con su padre, a cargo de los remos. Sonrío.

—Suban, por favor.

Después de veinticinco minutos nos abrimos paso por Kensington High St. Los nervios, que habían desaparecido en el avión, vuelven con más fuerza, impidiendo que la serenidad aflore en mi interior. Kensington es una de las zonas más exclusivas de Londres, lo que me da una idea de cómo debe ser la familia de Ethan.

—Tranquila, nena —me dice Ethan con una mueca de fingido dolor. No me había dado cuenta de que le apretaba la mano con demasiada fuerza.

—Lo siento.

—Cariño, debes relajarte. No vamos a la guerra —añade con evidente diversión.

—Quisiera otra copa de vodka —bromeo, pero la verdad es que no me vendría mal.

—Te amo —me dice él con dulzura, y acaricia mi cabello.

De repente una inclemente necesidad de él invade todo mi cuerpo. No lo pienso dos veces, solo subo a su regazo y lo beso apasionadamente. No me importa la presencia de Henri. Necesito a mi novio.

En medio del beso veo que Ethan presiona una especie de botón que tiene al costado izquierdo del asiento e inmediatamente un cristal oscuro se alza frente a nosotros, dándonos privacidad.

—Deberíamos visitar a mi familia más seguido —murmura sin apartar sus labios de los míos. No respondo. Solo lo beso con pasión, deseando sentirlo completamente—. Sé que estás nerviosa, pero te aseguro que todo irá bien.

—Lo sé. Cuando estoy contigo todo es mejor.

—Esto quedará pendiente —susurra, seductor, deslizando el índice por mi pierna.

—Estoy de acuerdo, señor Mills. Será mejor que se comporte —aparto su mano traviesa— y me comporte.

Regreso a mi asiento, y finjo ser una novia amorosamente recatada.

Ethan sonrío y vuelve a presionar el botón hasta que la ventana oscura baja. Lo primero que hago es mirar a Henri; él tiene una media sonrisa dibujada en el rostro. Me ruborizo, totalmente avergonzada. «Definitivamente te has convertido en una descarada, Masterson», me regaña la vocecita de la razón.

Después de un par de minutos más, una imponente puerta de rejillas negras

se abre frente a nosotros, permitiendo que el auto entre y avance en medio de una extensa área verde con árboles en los costados del camino.

Aparcamos frente a una enorme casa de piedra, estilo rústico-victoriano, con grandes ventanales. Solo por fuera, la casa es un sueño.

—¿Lista?

Ethan me mira inquisitivo.

Recuerdo las palabras de Julia cuando me decía que esto era una mera formalidad. De acuerdo. No seré cobarde.

—Lista —contesto.

Henri abre la puerta para que pueda bajar.

—Gracias, Henri —le digo sin mirarlo, porque todavía estoy avergonzada por mi comportamiento de camino aquí.

Una mujer mayor, con el cabello blanco, y muy bien vestida, nos sonríe desde la puerta de la casa. ¿Será su madre? Ethan toma mi mano y me lleva hasta donde está.

—Helen.

Ethan la abraza con efusividad. Es evidente que la quiere mucho.

—Hijo... ¡qué alegría verte de nuevo! Pensé que moriría antes de que mis ojos volvieran a encontrarse con los tuyos —le dice la adorable mujer mientras lo envuelve en sus brazos.

—Quiero que conozcas a alguien muy importante. —Ethan se vuelve y toma mi mano para acercarme—. Ella es Victoria, mi prometida.

La sonrisa de Helen se hace mucho más amplia cuando me ve, lo que calma en gran parte mi ansiedad.

—Siempre supe que la mujer que sería tu esposa debía tener algo muy especial. Que tendría la misma luz que tú tienes. No me equivoqué —dice ella, y un par de lágrimas se le escapan.

Helen es una mujer robusta, y diría que no tiene más de sesenta años. Lleva una falda larga de color blanco, que hace juego con su cabello, y una blusa suelta, que le cubre el cuello. Se ve muy elegante.

—Victoria, ella es Helen, la mujer que me cuidó desde pequeño. Desde que nací —explica, encogiendo los hombros, con media sonrisa tímida.

—Me da mucho gusto conocerla...

—Ven aquí, hija. Dame un abrazo. —Hago lo que me pide—. Eres muy bonita —dice, mirándome con sus profundos ojos grises—. Todos ansiábamos conocerte. Eres el tema de todas las conversaciones de la familia desde que

recibimos la invitación a la boda. —Me habla muy animada, y me lleva del brazo al interior de la casa. Ethan viene detrás de nosotras—. Estamos muy contentos y emocionados. Una boda es un maravilloso acontecimiento.

—Helen, ¿podrías devolverme a mi prometida?

Ethan la mira ceñudo, como un niño al que le quitaron su juguete favorito.

—¡Oh! Disculpa, cariño. Informaré a todos de su llegada. Con permiso.

Mientras Helen desaparece tras un gran arco de madera, Ethan me rodea la cintura con sus brazos y me da un beso casto en los labios.

—Pensé que era tu madre —musito, y juego con los bordes de su saco.

—Es mi segunda madre. ¿Cómo estás?

—Bueno, Helen fue muy dulce. Es una mujer adorable, y es evidente que te quiere mucho.

—También la quiero —confiesa, sopesando sus palabras. Sí, Ethan, la quieres... ¿Por qué te extraña decirlo?

—No sabía que tenías una nana.

—La mayoría de las familias aquí tienen una. Las señoras se ocupan de los asuntos sociales y las nanas de la crianza de los niños.

—Ya veo.

Una nana... Estoy segura de que eso no podrá aplicarse en nuestro hogar. Quiero que ambos nos ocupemos de nuestros hijos, cuando los tengamos.

Al poco tiempo aparece Helen, seguida de varias personas.

—¡Ethan! —gritan al unísono dos muchachas exactamente iguales, mientras corren a abrazarlo. Imagino que deben ser sus hermanas, pero no me había dicho que fueran gemelas.

Ambas son muy hermosas, rubias, delgadas, con mirada chispeante y despierta... Diría que deben tener mi edad, quizá un par de años menos.

Abrazan efusivamente a Ethan, y él corresponde encantado. Se nota que las adora.

Después de su cariñoso saludo, se vuelven hacia mí.

—Tú debes ser nuestra cuñada —dice una de ellas.

Ethan se planta a mi lado y pasa el brazo por mis hombros.

—Victoria, estas dos señoritas, algo alocadas, son Emma y Camila, mis hermanas. Niñas, ella es la mujer de mi vida.

Vaya... ¿Cómo voy a saber cuál es cuál?

Antes de que pueda decir nada, las gemelas se abalanzan sobre mí para abrazarme por turnos.

—¡No puedo creer que exista una mujer capaz de seguirle el ritmo a nuestro hermano! —exclama una de las gemelas—. Soy Camila. —Sonríe al darse cuenta de mi confusión—. Me reconocerás porque soy la más hermosa —bromea, y la gemela número dos le da un codazo—. Y porque mis ojos son azules.

—Los míos son verdes, como los tuyos. ¿Los ves? —La gemela del codazo abre demasiado los ojos, tanto que parece que van a salir de su órbita. Asiento—. Soy Emma. Estamos encantadas de conocerte al fin.

Las dos vuelven a abrazarme con efusión.

No ha estado tan mal... Creo que, si la madre de Ethan se parece a sus hijos, mi miedo habrá sido injustificado.

En medio del caluroso abrazo de mis cuñadas, mis ojos se encuentran con los de una mujer muy elegante, de alrededor de cincuenta años, de figura esbelta, también rubia, y con una mirada impenetrable que examina con cuidado cada uno de mis movimientos.

—Madre —le saluda Ethan, aproximándose a ella para terminar en un abrazo que no tiene nada que ver con el que le dio a Helen.

—Pensé que habías olvidado que tienes familia —le riñe ella, y le da un beso en la mejilla—. Los hijos visitan a sus padres todo el tiempo y no solo... cuando se van a casar —continúa, y sus ojos azules vuelven a centrarse en mí.

Maldición. ¿Por qué siento que será todo lo contrario a la dulce mujer que nos recibió?

—Quiero que conozcas a Victoria, madre, ella es mi prometida.

La elegante mujer camina decidida hacia mí, sin quitarme los ojos de encima.

—Mucho gusto, señora —murmuro, intentando ocultar mis nervios.

Ella esboza media sonrisa.

—Hola, querida. Soy la madre de Ethan, así que puedes llamarme Irina. Señora es muy formal, ¿no lo crees?

—Mucho gusto, Irina —me corrijo—. Tu casa es muy bonita.

—Gracias, querida. A partir de este momento es tu casa también.

—Te lo agradezco.

No puedo hacer más que contener la respiración. La madre de Ethan resulta más intimidante que él. Parece amable, pero no ha dejado de mirarme como si yo fuera un bicho raro.

—Alec, no está en casa. Él es el hermano mayor de Ethan, pero ya lo

conocerás después —añade, y me lleva del brazo a la sala de estar—. ¿Tienes hermanos?

—No. Soy hija única.

—Lo imaginé. Las familias estadounidenses son pequeñas.

—Sí. Eso creo. Bueno, la mayoría.

—Cuéntame, Victoria... ¿Por qué decidieron casarse? Imagino que no habrá un bebé en camino.

¿Qué? Palidezco al escucharla.

—No, madre. Nos casamos porque nos amamos. Es muy pronto para pensar en hijos. Victoria, está en la cumbre de su carrera.

Ethan parece irritado.

¿Por qué pensó que puedo estar embarazada?

—¿De verdad? ¡Cuéntame, querida! —insiste, cruzando las piernas y dedicándome toda su atención.

¡Sáquenme de aquí!

—Bueno... Hace aproximadamente un año abrí una agencia publicitaria. Parece ir por buen camino.

—Eso es perfecto, y muy importante, sobre todo si en el futuro existe un divorcio. Esas cosas son muy tediosas y requieren de mucho tiempo. Claro que todo se facilita si se firma un acuerdo prenupcial. En nuestra familia, es lo que se acostumbra.

¿Qué? Bien. Es evidente que intenta decirme algo y no creo que sea bueno. ¿Acuerdo prenupcial? No lo había pensado. Pero no tengo problema en firmar lo que sea necesario, aunque me duele su insinuación. ¿Acaso piensa que me caso con su hijo por su dinero? Bueno, imagino que es apenas normal. Ethan tiene demasiado y yo...

Mis ojos tímidos se escabullen hasta donde mi prometido observa ceñudo a su madre.

—Nos gustaría descansar un poco, madre. El viaje fue agotador —espeta Ethan. Está molesto. Quizá por el comentario de doble filo de su madre, que evidentemente no está de acuerdo con la boda, o eso parece.

—¡Es verdad! No lo había pensado. Permíteme, cariño. —El sonido de una pequeña campana me sobresalta. Casi a tropezones entra una muchacha de uniforme gris, que se paraliza al ver a Ethan—. Holly, acompaña a mi hijo y a su prometida a sus habitaciones. —¿Habitaciones? —. Necesitan descansar.

—Enseguida, señora. Por aquí, por favor —indica Holly, centrando toda

su atención en él e ignorándome a mí.

—Muchas gracias, Irina —le digo, dedicándole media sonrisa, que ella alarga con un abrazo.

—De nada, querida. Descansa. Nos veremos en la cena.

Y eso es todo. Ethan toma mi mano para seguir a Holly.

No estoy segura de si notó el extraño y absurdo comportamiento de su madre, y si no lo hizo, será mejor que no le diga nada al respecto.

Excluyendo a Irina, el resto de su familia es agradable. Bueno, no podía ser de otra manera. Dios... ¿Quién habla de divorcio antes de la boda?

«Alguien que no está de acuerdo con esa unión», me respondo internamente, y eso es suficiente para que mi ánimo decaiga.

—Lo lamento.

Ethan oprime mi mano.

—No tengo ningún problema en firmar lo que sea —musito.

Enseguida me dedica una mirada fría y presiona mi mano con más fuerza. No dice nada.

Después de subir las escaleras en completo silencio, estamos en la segunda planta. En una enorme sala con varios sofás, mesitas auxiliares victorianas y varias puertas alrededor.

—La habitación de la señorita es esta —indica Holly, señalando la última puerta al costado derecho. Después se vuelve hacia Ethan—. Su habitación es la misma, señor. —Sonríe—. Henri subió sus cosas.

—Gracias. Retírate —ordena, y Holly se esfuma en el acto.

La atmósfera está cargada de tensión, lo que no ayuda a que logre sentirme cómoda, sobre todo desde que su madre mencionara el dichoso contrato.

—No firmarás nada —dice con sequedad, clavando con intensidad sus ojos negros en los míos.

—Puedo entender a tu madre, y sé que se preocupa por ti. Tienes mucho dinero. Demasiado... —Entorno los ojos intentando calcular la cantidad exorbitante de sus bienes—. Es tuyo, y está bien que lo asegures. ¿No has pensado que podría ser una cazafortunas que solo va tras tu dinero? —bromeo.

—Por supuesto que no —replica sin un gramo de humor—. Todo lo que tengo es tuyo también.

—Pero no lo quiero, Ethan. Solo te quiero a ti. No necesito lujos.

—Lo sé, nena —susurra con dulzura, olvidando su molestia, y me envuelve entre sus brazos—. Sé que eso no te interesa.

—Entonces permite que firme el acuerdo.

—¡No! Fin de la discusión —sentencia, dejándome suspendida en el aire cuando me suelta.

Casi estoy exasperada por su negativa y sus cambios bruscos de humor, pero en el fondo adoro esa fe ciega que tiene en mí. Me hace sentir respaldada.

—No te agrada la idea de tener hijos. ¿Verdad? —musito, cambiando de tema.

Es inútil insistir, porque sé que su respuesta seguirá siendo la misma, además no podía dejar de preguntárselo. Vi su reacción cuando Irina mencionó lo del embarazo, y no creo que haya sido buena.

—Claro que quiero hijos; muchos niños, pero primero quiero disfrutarte completamente. ¿Por qué piensas que no quiero tenerlos?

—Porque vi tu reacción cuando tu madre tocó el tema.

—No es así. Quizá dentro de cinco o seis años —añade—. No hay prisa.

—Supongo que no.

¿Cinco años? Tal vez tenga razón. Cuando estemos casados tendremos otras cosas en que ocuparnos.

—¿Habitaciones separadas? —examino, divertida. Obvio que tenía que ser así.

—Debió ser idea de mi madre —contesta, ya más relajado, y acaricia mis labios con el pulgar—. ¿Cansada?

—Un poco. El vuelo fue agotador.

—¿Qué te parece un baño?

Ethan besa mi cuello.

—¿Juntos?

—No sería la primera vez.

—¡Pero es la casa de tu familia! Recuerda que tengo mi propia habitación.

—Podría escabullirme por las noches.

—Me encantaría que lo hicieras, pero durante mi estancia aquí, planeo comportarme. —Ethan entorna los ojos, y una sonrisa sexi adorna su boca—. Me gustaría conocer tu habitación.

—Si insistes —contesta, fingiendo desinterés.

Toma mi mano y caminamos hasta una puerta ubicada en el costado opuesto de donde se encuentra mi habitación.

—Señorita... —Sostiene la puerta para que pase primero mientras hace

una exagerada reverencia. Yo sonrío.

Estoy sumamente emocionada por conocer el lugar en el que Ethan creció. Ver su habitación... Imaginar cómo era... Seguramente un niño adorable.

Cuando entro me concentro en examinar todo el lugar.

La cama es enorme, pero sencilla. Las paredes son de un sutil color verde, y están adornadas por varios afiches de jugadores de béisbol y grupos de rock. Me acerco para apreciarlos mejor.

—¿*Audioslave*? —Sonrío. No es una banda inglesa.

—Me gustaba la música extranjera —indica, encogiendo los hombros. Se ve tan tierno...

—Ya veo. —Vuelvo a mi inspección y me encuentro con otro afiche, pero de *Pink Floyd*, esta vez—. Tienes un excelente gusto musical. —Pero eso ya lo sabía. He bailado con él cientos de veces, aunque, esto es nuevo.

—Viniendo de usted, es más que un halago.

Sigo caminando por toda la habitación, bajo la mirada expectante de Ethan, que ahora está sentado sobre su cama.

Una vitrina de cristal, repleta de modelos de aviones, barcos y autos a escala, ordenados como si fuera una colección, llama mi atención. Son muy bonitos, y están en perfecto estado.

—Ahora lo entiendo todo. —Recuerdo los autos de lujo, el yate y los aviones reales que ahora tiene.

—Juguetes —agrega a modo de explicación.

—Seguro —replico.

En el costado derecho de la habitación hay una especie de mural, que contiene varias fotografías. Le dedico una sonrisa llena de emoción antes de acercarme a mirar. Hay muchísimas.

—¿Eres tú? —Asiente.

Ethan era muy apuesto desde niño, y en todas las fotografías muestra su hermosa sonrisa. Encuentro una en la que se le ve jugando en un lago, otras con su madre y otras más con sus hermanas.

Me detengo en una en la que está toda la familia reunida. Su madre sostiene en brazos a una de las gemelas. Ethan debe tener como quince años en esta foto, tiene el ceño fruncido y los brazos cruzados. Junto a él se encuentra otro joven no mucho mayor, debe ser su hermano. Un hombre muy parecido a él, con el cabello levemente blanco, sonrío cargando a otra gemela. ¿Su padre?

Me vuelvo nerviosa hacia él. Su mirada es impasible y sus ojos

impenetrables. Me da miedo preguntar si lo es. No quiero arruinar el día.

Ethan se levanta y se acerca hasta rodearme con sus brazos y darme un beso cálido en el cabello.

## CAPÍTULO 32: DOLOR OCULTO

—Es mi padre —responde a la pregunta que hacía en mi mente—. Murió cuando yo tenía quince.

Me quedo callada, sin saber qué decir. Seguramente su muerte le afecta todavía. Eso explicaría su renuencia a hablar de él.

—Ethan... lo lamento.

—Fue mi culpa —susurra con tristeza.

No entiendo. ¿Su culpa?

Ethan se ve confundido y desorientado. Odio verlo así.

Lo abrazo con fuerza.

—No tienes que contarme nada que no quieras, amor. Yo no...

—Quiero hacerlo —me interrumpe—. ¿Recuerdas? Quiero que conozcas todo de mí. —Asiento—. Ven.

Toma mi mano y me lleva a la cama. Ambos nos sentamos en el borde, y yo espero pacientemente a que él empiece a hablar. Sin embargo, puedo sentir su tensión y su incomodidad.

—A los catorce... pasé por una etapa difícil. Estaba fuera de control. Salía a fiestas, bebía..., no iba al colegio, y malgastaba el dinero en banalidades. Ni siquiera llegaba a casa a dormir —masculla, y suena a arrepentimiento—. Como todo adolescente, quería dedicarme a la música, y tener chicas por montones.

Sonríe con desgano. Se ve triste. Muy triste. Como si le doliera cada palabra que sale de su boca.

—Ethan... —susurro, con la esperanza de que desista, pero no me escucha. Parece encerrado en su mundo.

—Creía que eso era lo único que importaba en la vida —continúa—. Mi padre no aprobaba mi comportamiento, así que nos distanciamos. Bueno, yo me distancié de él —se corrige—. Todo empeoró al cumplir quince. Me volví más incontrolable, más rebelde. Aún no consigo entender cómo es que logré aprobar el tercer año de colegio —añade, y sopesa al respecto—. La última vez que hablé con mi padre fue en una discusión. Yo estaba furioso porque él no me quería dar dinero —sonríe con tristeza—. Fue por dinero... —susurra—. Él quería que estudiara, pero eso no me interesaba. Me negaba a terminar la secundaria. Me negaba a obedecerlo. Recuerdo que ese día le grité muchas

estupideces...

Ethan guarda silencio y, de pronto, su mirada se pierde en algún recuerdo triste. Mi Ethan... Sus ojos están inmersos en una tormenta llena de reproches y culpa.

—Le grité que estaría mejor sin él. Que deseaba que estuviera muerto.

Menea la cabeza en negación antes de cerrar los ojos con fuerza.

Cielo santo... Me levanto, alarmada, y tomo su rostro entre mis manos para acariciarlo, pero él no me mira. Se limita a continuar.

—No tenía permiso de conducir... ¿Cómo iba a tenerlo? ¡No era más que un muchacho estúpido! Pero eso no me importó... Subí a uno de los autos de mi padre y salí disparado. Estaba como poseído, lleno de rabia... Dios... Mi padre salió en otro auto, detrás de mí. —Ethan rodea mi cintura con sus brazos, pegándose con fuerza a él—. Yo logré esquivar el auto que venía en contravía, pero él...

Por Dios...

Ethan me suelta y baja la cabeza, en silencio. Enseguida las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos sin darme cuenta.

—Lo que le dije no era verdad. No quería que le sucediera nada malo. No pensé que me seguiría, pero lo hizo y... Yo lo maté —sentencia finalmente en un gruñido lleno de dolor y culpa.

¡Mi amor! Levanto su rostro, con las manos temblorosas, y por fin me deja ver sus hermosos ojos negros, solo que ahora se ven atormentados. Se me encoge el corazón al verlo tan perdido, tan triste...

—¡Por supuesto que no eres el culpable, amor! ¡No lo repitas nunca más!  
—gimoteo.

—De no haber sido por mí, seguiría vivo. Por mi culpa mis hermanos crecieron sin él —replica en voz baja.

—No es así. Ethan, las cosas suceden porque tienen que suceder... Estoy segura de que tu padre, esté donde esté, se siente orgulloso del hijo maravilloso que tiene. Porque eres maravilloso. —Niega con la cabeza—. Lo eres —insisto—. Eres un buen hombre, tienes un gran corazón... Has conseguido cosas increíbles, y muchas personas te admiran por eso. Admiran al hombre valiente, amoroso, cariñoso y honesto, que admite sus errores y los corrige. ¡Ese eres tú!

—No pude corregirlo con mi padre. Nunca he podido hacer las cosas bien.

—Claro que sí. Solo mírate ahora. Hiciste una carrera universitaria. Todo

lo que tienes lo has conseguido con esfuerzo y perseverancia. No tienes vicios... Eres todo lo que tu padre quería que fueras.

¿Cómo hacerle entender que es perfecto, que ese terrible accidente no fue más que una cosa del destino y no su culpa?

Me pongo de rodillas para que su mirada deje de escabullirse de la mía.

—Ethan, eres un hombre de ejemplo, como un día lo fue tu padre. —Sus ojos perdidos se clavan en los míos, como si no comprendieran lo que digo—. Todos cometemos errores cuando amamos, porque somos seres imperfectos, pero ahí está el detalle... Somos seres imperfectos que tienen la capacidad de amar y perdonar. Tu padre te amaba, y estoy segura de que ahora está feliz viendo en lo que te convertiste.

—Yo...

Coloco mi pulgar en sus labios para que no continúe con su auto tortura.

—Basta de cargar con una cruz que no te corresponde. Eres mejor de lo que crees.

Ethan me observa ensimismado, todavía con una inmensa tristeza reflejada en los ojos. Levanta la mano y acaricia mi sien, como si no creyera que estoy aquí, con él.

—Imagino que algo debí de haber hecho bien en mi miserable vida para que un ángel como tú haya aceptado casarse conmigo —dice después de segundos eternos, y me dedica una vaga sonrisa.

—Si estoy aquí es porque vi quién eras desde el primer momento. Ethan... eres un ser humano increíble. Eres todo lo que puedo desear y...

Antes de que pudiera decir algo más me levanta y me sienta sobre sus piernas para rodearme con sus brazos y darme un beso profundo, largo y apasionado. Siento que en él libera todo su miedo, su tristeza y su dolor.

Quisiera hacer mucho más para borrar su sufrimiento por completo, pero, por ahora, solo le devuelvo el beso, para que sepa que aquí estoy y que no voy a ningún lado.

—Victoria... —susurra entre beso y beso—. Te amo...

—Te amo, Ethan. Te amo con todo mi corazón y mi alma. Y así será eternamente.

Verlo vulnerable es... No sé cómo podría describirlo, pero me rompe el corazón. Y ahora, lo único que deseo es protegerlo de todo. Esta es una faceta que difícilmente muestra, pero que amo, al igual que todas.

Cuando me despierto tengo los brazos de Ethan rodeándome

completamente, impidiéndome el movimiento. Duerme profundamente, y se ve sereno. Cielos... A simple vista nadie sospecharía que esconde un gran dolor en el corazón, pero yo lo sé, y siempre lo supe.

Me escabullo despacio hasta que consigo ponerme de pie. Él se hace un pequeño ovillo en la cama. El poderoso hombre, al que todos llaman arrogante, se convierte en un indefenso niño. Se ve tan frágil... Me acerco al armario y tomo una manta para cubrirlo. Después me quedo mirándolo. Contemplándolo.

Lo que me contó fue toda una revelación, pero me alegra que haya depositado su dolor en mí. Mi pobre Ethan... Si supiera que el concepto que tiene de él mismo es errado. Si pudiera verse a través de mis ojos, entendería lo maravilloso que es.

Regreso al mural y lo primero que veo es una fotografía de su padre. Vaya... son idénticos. Se parece tanto a su padre, como yo al mío. Él está sentado en un bote, con un niño muy lindo, de no más de cinco años, sobre su regazo. Es Ethan, lo reconozco por su cabello y su sonrisa. Está feliz, con los remos en las manos, mientras su padre le da un beso en la mejilla.

Ahora que lo sé todo puedo entender muchas cosas. Entiendo por qué se negó a acompañarme aquella vez al bar. Seguramente no ha ido a un lugar así desde la muerte de su padre. Quizá piense que no tiene derecho a divertirse. Dios... Siento un enorme nudo en la garganta cuando pienso en todos los años que ha vivido atormentado. Ahora comprendo su forma de ser, su hermetismo y esa absurda manía que tiene de preocuparse por mí, además de su insistencia por hacer las cosas bien. En el fondo todavía vive ese adolescente lleno de miedo y ávido de amor.

Mis ojos se apartan de él para continuar con su inspección. Tiene muchas fotografías con personas que no conozco; sus amigos, deben serlo. Enseguida me encuentro con una que me llama la atención: en ella está Ethan, que viste de traje, junto a una muchacha muy bonita, que le da un beso en la mejilla y va de su brazo. Es Cathy. No podría olvidar ese rostro, aunque quisiera. Se ven muy contentos... Bueno, ella más que él.

Devuelvo la foto a su lugar y me vuelvo para volver a la cama con Ethan. Pero él está sentado, mirándome con ternura. ¿Hace cuánto despertó?

Me acerco con timidez, y beso su frente.

—No me despertaste.

Acaricia mi vientre con la nariz.

—Te veías tranquilo. No quise arruinar esa imagen tan bella.

Esboza media sonrisa.

—Debemos prepararnos para la cena —me dice, y me suelta a regañadientes—. Es tarde.

—Tienes razón. Iré a mi habitación a vestirme.

—Puedo ir a ayudarte.

Su sonrisa es sexi y seductora. Es tan gratificante verlo de buen humor...

—Recuerdo haberte dicho que planeaba comportarme en la casa de tu familia. —Ethan entorna los ojos, y yo sonrío—. Te veré en la cena.

Le doy un último beso en los labios y abandono la habitación.

No mencionó nada de lo que hablamos, pero no importa. Si quiere hablarlo de nuevo lo hará cuando esté listo. No pienso presionarlo.

Ha sido una confesión muy importante... Una confesión que me demuestra que confía en mí y que desea mi ayuda para sanar su corazón. El corazón que hace años también me confió.

Entro a la que será mi habitación durante quince días. A primera vista es similar a la de Ethan, aunque sin fotos. Es realmente hermosa... y está en perfecto orden.

Me apoyo a uno de los cuatro postes de la cama y empiezo a pensar en que lo peor ya pasó. Ahora conozco el terreno que piso. Tengo claro que la madre de Ethan no está de acuerdo con la boda. ¿Pero de qué me sorprendo? En el fondo sabía que eso sucedería, y no me queda más que lidiar con esa realidad.

Entro al cuarto de baño para tomar una ducha y dejo que mi mente continúe con sus divagaciones: piensa en los días que vienen, en el tiempo que le queda antes de empezar su nueva vida. La vida de una mujer casada... Entonces todo le parece irreal. No puede creer lo que está viviendo, pues es demasiado perfecto.

Mi boda... ¡Qué bien se siente imaginar ese día!

Salgo a vestirme. Opto por un vestido negro, bonito y discreto, con escote sencillo. Uso zapatos de tacón bajo, que van a juego con el vestido. Después seco mi cabello y lo dejo suelto, rogando en mi mente que se mantenga en su sitio.

Cuando bajo las escaleras, con un poco de temor, veo a toda la familia reunida, pero no a Ethan. Él no está por ninguna parte.

—¡Querida! —Irina se acerca con una enorme sonrisa dibujada en el rostro—. Ven —dice, y me lleva del brazo hasta donde se encuentra un

hombre, algo mayor que Ethan, y una joven castaña muy simpática—. Él es Alec, el hermano mayor de Ethan, y Rebecca, su esposa.

Alec es muy parecido a su madre. Tiene sus ojos, su cabello y sus gestos. Le dedico una sonrisa amable.

—Mucho gusto. —Le extiende mi mano.

—¡Cuñada! Bienvenida a Londres —me saluda efusivo, sorprendiéndome con un abrazo—. ¿Estás segura de querer casarte con el ogro de mi hermano? —pregunta entre risas.

Parece un hombre agradable y divertido.

—Por fortuna, Victoria está muy segura —replica Ethan, que entra en la habitación. Ambos se abrazan con cariño.

—Espero que no te haya asustado —bromea Ethan.

—¿Cómo podría? ¡Soy un amor! —responde Alec—. Victoria, ella es mi esposa, Rebeca.

La mujer que hasta hace un momento se encontraba a un costado, se acerca y me da un beso en cada mejilla.

—¡Qué alegría conocerte, Victoria! Nos da mucho gusto que estés aquí.

Rebeca parece ser muy amable, y tiene el rostro más dulce que haya visto jamás. Me pregunto si ella sí firmó un acuerdo prematrimonial.

Le sonrío agradecida por su cálida bienvenida.

—Ethan —le dice antes de darle un abrazo que él corresponde.

—Pasemos al comedor —ordena Irina, señalando el camino.

Ethan toma mi mano para seguir a todos.

Cruzamos un gran umbral hasta llegar a una habitación enorme, decorada con cuadros bellísimos del siglo XVIII. La mesa es gigantesca, y diría que tiene más de veinte lugares.

—Te ves hermosa —me susurra Ethan al oído, haciendo que me ruborice.

—Victoria, te sentarás junto a nosotras —grita Emma, o ¿Camila? Es difícil distinguirlas. Ethan me suelta a regañadientes y le dedica una mirada ceñuda a su hermana—. Tú la tendrás toda la vida —le riñe ella, cuando se percata de su mala cara.

—Imagino que no puedo hacer nada al respecto.

Ethan baja los brazos en clara señal de derrota, después me dedica una mirada llena de compasión.

Voy del brazo de la gemela, sintiéndome su juguete nuevo. A pesar de su nada discreta forma de proceder, debo admitir que son tiernas. Me recuerdan a

Mila. Estoy segura que, de conocerse, se llevarían muy bien.

La mesa pronto se llena de risas y conversación. Ethan y Alec hablan de negocios y la bolsa de valores. Irina platica con Helen y Rebeca. Y Emma y Camila disparan palabras como balas contándome cómo era mi prometido cuando niño.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunta Alec, inquieto porque no se ha servido la cena.

—Sí —contesta una de las gemelas—. Cathy vendrá.

¿Cathy? Miro a Ethan que, a su vez, le dedica una mirada congelada a su madre, lo que me confirma que se trata de su ex.

—Imagino que sabrás quién es Cathy —me pregunta Irina, conservando su aire despreocupado, aunque me parece que está un poco avergonzada.

—Ethan me habló de ella. —Intento ocultar mi molestia—. Nos visitó hace unos meses en Nueva York.

«Intentaba separarme de su hijo», pienso para mí.

—Querida, ella es como una hija más para mí. Espero que no te moleste que la haya invitado.

¿Que si me molesta? Sí, me molesta. Sé que no hay nada entre ella e Ethan, aunque evidentemente a la señorita rubia exuberante le gustaría que hubiera. Me pregunto ¿qué pensaría Irina si supiera lo que intentó hacer durante su visita?

—No, Irina. Por supuesto que no me molesta. Es tu casa.

—¡Una mente moderna! —Alec aplaude—. Una postura muy sabia, cuñada.

No respondo. Me limito a dedicarle media sonrisa mientras reflexiono al respecto. En el fondo sabía que era posible que esto sucediera, pero guardaba la esperanza de que podría ahorrarme el mal momento.

Levanto la vista y me encuentro con la de Ethan. Me doy cuenta de su molestia. La noticia también le cayó de sorpresa a él.

Después de un par de minutos suena el timbre y Cathy hace su entrada triunfal en el comedor. Su cabellera rubia rebota sobre sus hombros con cada paso que da, y un estruendoso ruido, ocasionado por los tacones de sus botas de cuero marrón, que le llegan hasta las rodillas, resuena en la estancia.

Irina se apresura a saludarla.

—¡Cathy, hija! ¡Mira quién está aquí!

Ambas se vuelven hacia Ethan.

—¡Ethan! —grita ella, efusiva—. ¡No lo creo! ¡Estás aquí!

Él se levanta y extiende su mano a manera de saludo, pero ella lo ignora y se abalanza sobre él para abrazarlo.

Enseguida todos voltean a mirarme. ¿Qué esperan que haga?

—Es una tipa de lo peor —me susurra con discreción una de las hermanas de Ethan—. No te preocupes, jamás vi a mi hermano tan enamorado como lo está de ti.

Sé que dije que todo estaba bien, pero cuando recuerdo su visita en la agencia, con el único fin de separarme de Ethan, se me revuelve el estómago. Esta mujer consigue ponerme nerviosa, y el que Irina no me haya mencionado, no ayuda.

—Estaremos unos días por aquí —Ethan se escabulle de los brazos de la caza hombres y me rodea la cintura con su brazo derecho para pegarme a él—. Permite que te presente a mi prometida, Victoria Masterson. Aunque, creo que ya se conocen.

Cuando Cathy se percata de mi presencia, sus ojos amenazan con abandonar su órbita. Imagino que no esperaba verme aquí.

—Me da gusto verte —le saludo, dedicándole media sonrisa forzada.

—Victoria, ¿cómo estás? No tenía idea de que vendrían...

—Es lógico que la novia conozca a la familia del novio antes de la boda —alza la voz una de las gemelas—. Se casan en menos de un mes.

—Vamos a sentarnos. —interviene Irina, que ríe con nerviosismo—. La cena se va a enfriar.

La madre de Ethan toca otra vez la pequeña campana y enseguida aparece Holly junto a otra muchacha y empiezan a servir.

Hay una especie de tensión en el aire. Las risas se transformaron en incómodos silencios desde que esa mujer llegó. Yo me remuevo en la silla intentando relajarme mientras Ethan acaricia mis nudillos con suavidad y me dedica su típica mirada tranquilizadora.

—Cuéntanos, ¿cómo van los preparativos para la boda? —pregunta Rebeca, con amabilidad.

—Bueno, todo está prácticamente listo. La ceremonia se realizará al aire libre, en un jardín a las afueras de Brooklyn, al igual que la recepción —contesto con timidez. No sé si convenga hablar de eso ahora.

—¡Uau! ¡No lo puedo creer! ¡Imagino que debe ser un lugar precioso! —exclama Camila, con emoción.

Asiento. Sí que lo es. Todavía me pregunto cómo es que Mila consiguió el lugar.

—¿No crees que es algo ostentoso? —Cathy interviene, arqueando una de sus bien definidas cejas—. Nosotros nos casaríamos en la capilla de la casa. ¿Lo recuerdas, Ethan?

¿Qué demonios...? Me quedo atónita al escuchar su comentario, que está muy fuera de lugar. Ethan no responde, solo se limita a acariciar mi mano.

«Vamos, Victoria. Tú puedes con ella», me animo internamente.

—Sí, lo creo...

—Victoria no quería una boda de ese tipo. —Ethan interrumpe para saltar en mi defensa—. Tuve que insistir mucho para que aceptara. No quería que se perdiera de nada.

¡Mi caballero de armadura! Un orgullo inmenso crece en mi interior al escucharlo. Estoy tan feliz de que me dé mi lugar.

—Nada de ostentoso, Victoria. No todos los días te casas con el amor de tu vida, y se nota que traes loquito a mi hermano —interviene Emma, y yo le sonrío. Al parecer no soy la única a la que no le agrada esa mujer.

—¡Y el anillo es bellissimo! —Camila toma mi mano para enseñarle el anillo a todos en la mesa—. Cuéntanos cómo te lo propuso —insiste, ávida de información.

Me ruborizo. Esa fue una noche inolvidable...

—Él cantó —musito encantada antes de percatarme de que todos se han quedado con la boca abierta, asombrados—. Lo hizo frente a todos los invitados, en mi fiesta de cumpleaños sorpresa, que también organizó.

—¡Uau! ¿¡Qué le hiciste a mi hermano!?! —exclama Emma, riendo—. ¡Ethan, no lo puedo creer!

Ethan encoge los hombros.

—Es lo que hace el amor —contesta, con timidez. Yo solo puedo derretirme frente a él. Es tan dulce...

La señorita coqueta e imprudente no ha vuelto a abrir la boca desde que Ethan dejó su pregunta en el aire. Ahora está muy callada, limitada a ocupar su lugar en la mesa. Es evidente que la noticia de la boda la tomó por sorpresa. Y debo admitir que siento su malestar. Tal vez aún no se resigna a perderlo... Me gustaría saber qué es lo que está pensando.

—Quiero proponer un brindis. —Ethan se pone de pie, capturando todas las miradas, como lo hace siempre—. Por esta maravillosa mujer, que con su

luz robó mi corazón. Por ti, Victoria. Tu fe en mí es abrumadora. Te amo, y te amaré por siempre.

Mi corazón se encoge y derrama amor en cantidades exageradas.

¿Puede ser más perfecto? Sí, sé que puede, y siempre me sorprende.

Sonríó encantada, intentando contener las lágrimas de felicidad que ya se acumulan en mis ojos. Mientras todos levantamos nuestras copas para brindar, Ethan se acerca y me da un beso tierno en los labios; un beso, que me hace olvidar el malestar de hace algunos minutos.

\*\*\*

El sol brilla con una agradable intensidad veraniega. Sus rayos son cálidos y reparadores... El cielo luce un sereno color azul celeste muy límpido y despejado. Y yo admiro las rosas bien cuidadas de Irina. Es un jardín realmente precioso, como pocos. Me acerco al más grande de los rosales y pienso en todos los días que han pasado, que no han sido distintos al primero. Las visitas de Cathy se hicieron frecuentes. Casi parecía un intento desesperado por llamar la atención de Ethan, con enormes sonrisas, calurosos saludos, atuendos de fulana e insinuaciones descaradas. No me molesta. Aprendí a vivir con eso. Después de todo, así actúan las mujeres que lo conocen.

Pero no todo ha sido malo... Sonríó y recuerdo el día que Ethan me llevó a cabalgar por primera vez. Estaba aterrada antes de subir al caballo, pero, una vez en él, pude manejarlo como si la equitación fuera mi especialidad. Ethan estaba gratamente sorprendido, y emanaba orgullo por todos los poros. Eso me gusta. Hacerlo sentir así...

—Aquí estás.

Ethan me sorprende por la espalda, rodeando mi cintura con sus brazos, y besa suavemente mi cuello.

—Mmm... Sabía que me encontrarías —ronroneo antes de voltear para poder mirar sus preciosos ojos negros.

—Así es. No importa dónde se esconda, señorita Masterson. Siempre voy a dar con usted.

—No lo dudo.

Sonríe.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. Tu familia ha sido muy amable.

—Te amo —murmura, y me da un beso tierno en la frente—. Sé que no ha sido fácil, pero has sabido manejar la situación a la perfección.

—Bueno, si me preocupara por todas las mujeres que se derriten por ti, estaría llena de arrugas, y seguramente ya no me querrías.

—¿Eso crees? —pregunta, y frunce el entrecejo.

De pronto siento que dije algo muy malo. Encojo los hombros.

—La verdad es que aún me pregunto por qué me elegiste. Me doy cuenta de que tienes mejores opciones. Siempre las has tenido.

Ethan menea la cabeza, y se apresura a tomar mi mano.

—¿Es que no te has dado cuenta? Tú me elegiste. No era nada antes de ti. No me sentía vivo... No era feliz. No disfrutaba de nada hasta que te conocí. Me robaste el aliento con solo una mirada... y así me enamoré. Desde entonces intento recordar qué es lo que hice para ser premiado de esta manera. Porque eres mi premio. Eres todo lo que siempre desee. Te amo por cómo eres y porque estando contigo deseo ser mejor. Me haces mejor persona, Victoria.

No puedo hacer más que sonreír encantada por sus palabras. Mi hombre perfecto, que dentro de poco será mi esposo.

—Te amo... —susurro, y me hundo en sus brazos. Él me estrecha con fuerza, como si tuviera miedo de que escape.

—Toda mi vida estuvo cargada de fracasos. No deseaba aferrarme a nada porque sentía que no valía la pena hacerlo. Me volví solitario... Apartaba a la gente que no hacía más que entregarme cariño a cambio de desprecio. Y justo cuando tocaba fondo... te conocí, y supe lo que era desear algo con el corazón. Pero eras demasiado buena para mí. Sabía que alguien como tú no podría estar a mi lado, y no tienes idea de cuánto me torturaba pensarlo. No sabes lo mucho que luché por alejarme de ti, porque por primera vez deseaba hacer las cosas bien. Pero no pude... Fue inútil nadar contra corriente. Y cuando supe que sentías lo mismo, decidí que no iba a perder esa oportunidad.

—Nuestra vida ha estado llena de altibajos, Ethan. Sin embargo, jamás me sentí más feliz de lo que soy desde que te conocí. Ahora puedo comprender muchas cosas, y siento que te amo más cada día. Yo...

Ethan me silencia con un beso tierno y dulce, que yo respondo enseguida.

Así es amor... Nuestra vida no ha sido sencilla, pero estamos a puertas de empezar una nueva, y te prometo que estará llena de momentos increíbles.

## CAPÍTULO 33: MÁS QUE UN SUEÑO

Es la mañana más encantadora que he visto en toda mi vida. Toda la noche soñé con el último día que estuvimos en Londres. Ethan y yo paseando en bote por todo el lago. Se veía tan feliz... Como nunca lo había visto, y así permaneció todos estos días, hasta ayer. No le hizo gracia enterarse de que Mila había organizado mi despedida de soltera. La conoce bastante bien.

Debo admitir que le quedó fantástica. Me divertí mucho, de hecho, todas nos divertimos, incluso Helen, mi madre e Irina, que parece haberse resignado a nuestra boda.

Me pregunto si Ethan se divirtió en su despedida. Se ha vuelto más abierto en estas últimas semanas. Después de lo que hablamos en Londres he notado un cambio radical en él; es más tolerante, más expresivo y parece disfrutar más de la vida. Aunque, en ocasiones, todavía lucho con el Ethan controlador. Sin embargo, para ser sincera, no sé si quiero que se vaya. Esa es una parte que amo. Quizá la conserve, porque después de lidiar con sus manías, siempre hay una reconciliación espectacular, como la de la otra noche, cuando discutimos por el tiempo de duración de la luna de miel y para arreglarlo recibí su visita en la agencia.

\*\*\*\*

—¡Estás loco! ¡Estamos en mi oficina! Se supone que éste es el lugar desde donde controlo la moral de la compañía —le digo con dificultad cuando siento sus labios sobre mi piel.

—¿Eso le preocupa, señorita Masterson? —jadea, y besa mi cuello con más fuerza.

—Tengo principios inquebrantables, señor Mills.

—¿Qué le parece si los olvidamos? Solo por hoy. Intento convencerla de prolongar la luna de miel y no conozco otro método para conseguirlo.

Su mano se desliza suavemente desde mis hombros hasta mi trasero. Contengo la respiración, incapaz de seguir resistiéndome a su delicioso contacto. Me vuelvo con rapidez, ansiosa por besarlo. Mi boca busca desesperada la suya y, cuando la encuentra, se adueña totalmente de ella. Muerdo sus labios... Los succiono... ¡Qué bien sabe! Lo necesito. Lo deseo

aquí. En mi oficina.

—Vamos a ir algo lento —susurra sobre mis labios.

¿Qué? ¿Lento?

—Si lo que quiere es convencerme, permítame decirle que hacerme esperar no es una buena forma de hacerlo.

—Es usted muy demandante.

Me dedica una mirada traviesa y se aparta unos cuantos centímetros.

Sus ojos oscuros se encuentran con los míos antes de volverse y caminar con elegancia y tranquilidad hasta la puerta para colocarle el seguro. Después le da un sorbo a su copa de whisky y regresa a mí.

Empieza a desabrochar uno por uno los botones de mi vestido gris, que enseguida cae al piso, dejándome únicamente en ropa interior, medias y ligero. Sus ojos me recorren ávidamente antes de que su boca empiece a volverme loca de deseo, deslizándose por mi cuerpo, besando y mordisqueando todo a su paso. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlarme.

Veo de reojo que Ethan esboza una enorme sonrisa sexi. La sonrisa que le otorga el control que tiene sobre mí.

—¿Le gusta, señorita Masterson? —inquire, y su voz es entrecortada.

—Sí —contesto entre jadeos. Cada parte de mí disfruta de su contacto, de sus caricias y de sus besos.

—Bien —gruñe—. Será mejor que no me detenga.

Siento su boca por todas partes. Es como una dulce tortura que ya no soy capaz de tolerar. Lo pongo de pie, frente a mí, y lo beso con todas mis fuerzas mientras mis manos se deshacen de su camisa. Después lo tumbo sobre la silla de mi escritorio y me coloco a horcajadas sobre él. Lo deseo tanto, que ya no me importa si nos escuchan o no.

Al poco tiempo somos solo besos y caricias. Ambos nos dejamos llevar por la maravillosa sensación que deja el deseo, el amor y la pasión en nuestros cuerpos. Jamás me voy a cansar de esto. Jamás me voy a cansar de hacer el amor con él.

\*\*\*\*

Eso fue sensacional... Pero todo lo que hace lo es.

Son las ocho de la mañana, y yo bajo a desayunar como si fuera un día

normal y corriente, pero no lo es. Es del día de mi boda. Hoy dejaré de ser Victoria Masterson para convertirme en la señora Mills. ¡No puedo creer que finalmente el día llegó!

Termino mi plato de fruta con yogurt y subo rápidamente a tomar una ducha. Al salir me pongo la bata y espero pacientemente a que llegue todo el equipo que me ayudará a prepararme para este importante día. El ajuar de bodas está listo, al igual que las maletas para la luna de miel y la ropa que usaré después de la ceremonia. No sé a dónde iremos, pero empaqué un poco de todo.

Escucho el timbre de la puerta sonar. Bien... Llegó la hora.

Bajo a abrir y pronto me encuentro con una multitud de personas. Mila, Julia, Alice, Emma, Camila y mi madre. Además de varias personas que se encargarán de peinarnos y maquillarnos. Por un momento me siento aturdida. Hay un gran alboroto a mi alrededor.

—¿Lista?

Mila me ofrece una copa del champán que se apresuró a servir apenas cruzó la puerta. La acepto y bebo hasta que no queda ni una sola gota.

Asiento en respuesta y eso es suficiente para que todo el mundo se movilice frente a mí.

Todo se vuelve una locura. Vestidos y todo tipo de prendas vuelan por todas partes, además de gritos intermitentes solicitando esto y aquello. Yo solo soy una divertida espectadora de lo que sucede mientras Josh y Arthur —estilistas profesionales— me maquillan y peinan.

Dos horas después me encuentro sola, en mi habitación, mirándome por última vez en el espejo en el que me he mirado toda la vida. Me es difícil reconocer a la mujer que ahora se refleja en él. Me veo tan... distinta.

Juego con mis manos, llena de nerviosismo, porque mi corazón no termina de asimilar que dentro de poco seré la esposa del hombre más maravilloso que pueda existir sobre la faz de la tierra. Después de todo lo que hemos vivido... Todo el sufrimiento y los malentendidos, por fin puedo encontrar la luz verde que da paso a nuestra felicidad.

Giro el pestillo de la puerta y descendo lentamente por las escaleras, cuidando de no tropezar ni arrugar el costoso vestido que llevo. Todos se quedan con la boca abierta cuando me ven aparecer. Supongo que eso es algo bueno.

—Cariño... —susurra mamá, y se aproxima con los brazos abiertos de par

en par. Está muy guapa. Más guapa que nunca. Estar enamorada le sienta bien, y Samuel parece ser un buen hombre... Es atento, amable y se nota que adora a mamá—. Te ves bellísima —continúa.

Una lágrima amenaza con caer por mi mejilla antes de encontrarme con los ojos reprobatorios de Mila, que tiene los brazos en jarra.

—¡Victoria Masterson! Tienes prohibido llorar hasta después de la ceremonia —me riñe.

¿Cómo voy a contenerme si hoy mis emociones parecen estar desbordadas?

—Lo sé. Lo sé. Es solo que estoy tan emocionada...

Tomo una enorme bocanada de aire para ahogar el llanto.

—Guarda esa emoción para después —replica, y suena a orden.

Me tomo un minuto para mirarlas a todas. Se ven muy lindas. El color rosa pálido les sienta bien. Dios... En este momento es un verdadero reto no llorar, pero debo contenerme, lo sé.

Alice anuncia que los autos llegaron, así que Mila se apresura a repartir órdenes.

—Bien. Son tres autos. En el primero iré la familia de la novia, que ocupará los lugares que asignamos en el ensayo. En el segundo iremos las damas, y nos quedaremos en la entrada esperando a la novia, que llegará en el último auto y se quedará con nosotras. ¿De acuerdo?

Mi corazón se enternece al ver a Mila al mando de todo. Sabe cómo controlar y organizar a la gente. En eso se parece a Ethan.

Todos empiezan a abandonar la casa, cumpliendo sus órdenes. De a poco me voy quedando sola. Primero mi madre, después mis amigas...

Mis piernas se convierten en gelatina cuando llega mi turno de partir. Estoy tan nerviosa, que siento que el corazón se me sale del pecho. Así debe sentirse un infarto, solo que este es un infarto de felicidad.

Mason aparece en la puerta.

—¿Lista, señorita?

Mason me dedica una amable sonrisa. Yo solo lo abrazo, porque me nace hacerlo. De alguna forma, siento que él ha sido una parte muy importante de mi vida.

—Gracias por todo, Mason. Gracias... —murmuro, y él corresponde a mi abrazo—. Podemos irnos.

Mason sonrío y se adelanta para abrirme la puerta del lujoso auto negro

que me llevará hasta donde seguramente ya se encuentra mi futuro esposo.

Le doy un último vistazo a mi casa, consciente de que hoy empieza una nueva vida para mí. La vida que compartiré con el hombre que amo.

—Señorita —insiste Mason.

—Sí —respondo, y cierro la puerta de la casa.

El camino se hace eterno.

Me revuelvo en el asiento, juego con mis manos, con mis pies y, conforme nos acercamos, mi respiración no hace más que acelerarse.

Cuando hacemos nuestra entrada por un amplio sendero del jardín, puedo ver a un numeroso grupo de reporteros protestando porque el equipo de seguridad les impide el paso. Suspiro de alivio. Mila sí que se ocupó de eso. Solo consiguen tomar fotografías del auto cuando se percatan de que ingresamos.

—Llegamos.

Mason me sonrío por el retrovisor.

Tomo una bocanada de aire mientras él se apresura a bajar para abrirme la puerta. Mis piernas no han dejado de temblar, y no sé si se debe a los tacones que llevo o a los nervios. Aunque en el fondo sé que estoy ansiosa. Lo único que anhelo es estar con Ethan.

—Les deseo felicidad y dicha, Victoria —me dice Mason cuando bajo del auto—. Se lo merecen, por todo lo que han luchado para estar juntos. Lo que ustedes sienten es una prueba fehaciente de que el verdadero amor existe. — Sus palabras son tan dulces, que no puedo hacer más que abrazarlo para expresar lo mucho que lo quiero—. Adelante, señorita. Él la espera.

Sonrío.

Sí, me espera. Siempre lo ha hecho.

Camino, temblorosa, ansiosa, mientras veo a los invitados tomar sus lugares, a los músicos prepararse para comenzar a tocar y a mis amigas recibirme con enormes sonrisas.

«Falta muy poco... Muy poco», recito en mi mente.

—Bienvenida... ¡Llegó la hora! —Mila me obsequia un abrazo tranquilizador y su clásica sonrisa de emoción. Entonces sus palabras cobran sentido: sí, llegó la hora. La hora que he esperado toda mi vida—. Hay alguien que quiso acompañarte, Vic.

¿Alguien? Frunzo el ceño sin comprender. Ella hace un rápido movimiento con la cabeza para que volteé. Lo hago e inmediatamente siento que el corazón

me va a explotar de felicidad. No lo puedo creer... ¡Es Carl!

Carl me mira con timidez desde el arco de rosas que Mila se empeñó en colocar. Lleva un elegante traje gris con corbata, y el cabello perfectamente peinado hacia atrás. Me sonrío, y yo corro a abrazarlo.

¡Está aquí! Por fin lo vuelvo a tener entre mis brazos... ¡Cuánto lo extrañé!

—¡Estás aquí! —exclamo sin poder contener la emoción. Él me oprime contra su pecho.

—Prometí que nunca te dejaría sola. ¿Lo recuerdas?

—Sí. ¡Siempre!

Lo abrazo con más fuerza. Siento que podría desbordarme en lágrimas. Ahora mismo parece que tengo demasiadas. Pero eso me queda imposible, pues antes de ceder a mis deseos, Mila me dedica su ya típica mirada de advertencia de cero lágrimas.

Inspiro profundo.

—Te ves... hermosa —susurra Carl, y me aparta brevemente para mirarme.

¿Se puede morir de felicidad? Porque siento que eso es lo que me va a suceder. Me siento la mujer más dichosa del universo. Tengo tantos sentimientos encontrados, tantas emociones...

Ya no puedo emitir palabra. Solo vuelvo a abrazarlo y disfruto de la agradable sensación de recuperar la pieza que le faltaba a mi corazón.

—Si no estoy pidiendo demasiado, sería un honor poder acompañarte hasta el altar.

Carl espera mi respuesta, y su mirada refleja cierto grado de inquietud.

«Eso me encantaría», respondo en mi mente, pero no puedo exteriorizar mis palabras. Solo me limito a asentir.

El pianista empieza a tocar una hermosa y suave melodía mientras los invitados se ponen de pie para recibir a las damas de honor, que avanzan en formación por el largo pasillo bordeado con hermosas flores de los más cálidos tonos. Primero Alice, seguida de Julia, Camila, Emma y Mila. Todas llevan pequeños *bouquet's* hechos de girasoles, dalias y hortensias.

Yo las observo avanzar. Pensando en que cada vez falta menos para cumplir mi más ferviente sueño. Cuando toman su lugar, frente a los padrinos, es momento de mi entrada.

Bien... Aquí voy.

Oprimo con fuerza el brazo de Carl cuando empezamos a caminar detrás

de Elena, la pequeña hija de seis años de Alice, que va arrojando pétalos de rosa en su trayecto.

Intento mantener un paso firme y sereno, a pesar de que mi cuerpo entero tiembla y, conforme nos acercamos al inicio del corredor que lleva al altar, mis nervios y ansias se elevan hasta las nubes.

¿Por qué me siento de esta forma? ¿Por qué si sé que Ethan me espera para unir nuestras vidas eternamente ante Dios? En el fondo sé la respuesta: tiemblo porque tengo miedo de que todo sea un sueño. Este día... Todo este tiempo ha sido tan perfecto que... me parece irreal.

Pronto me encuentro con las miradas de los invitados, las tengo todas sobre mí; algunas dulces, otras emocionadas y otras con lágrimas.

—¿Lista? —me pregunta Carl en un susurro cuando estamos a escasos metros del altar.

Tomo una bocanada de aire y levanto la mirada. Por primera vez, desde que empecé el recorrido, siento que tengo una respuesta real para la pregunta que más de una vez me han realizado. Cuando me encuentro con los preciosos ojos negros de Ethan, aquellos ojos que me cautivaron desde que tropecé con él, hace años, me doy cuenta de que lo estoy. Finalmente lo estoy.

Sonrío.

—Lista —contesto con seguridad, y eso es suficiente para continuar nuestro camino.

Ver a Ethan con esa enorme sonrisa de felicidad e incredulidad dibujada en los labios y ese brillo deslumbrante e intenso en los ojos, me hace recordar la primera vez que nos vimos. Me impactó desde el primer momento. A pesar de su frialdad y su fingida arrogancia, pude sentir su corazón. Nunca podría haber imaginado que terminaríamos juntos, aunque, entonces, cada parte de mí gritaba que deseaba permanecer a su lado.

Todo comenzó así: yo exigiendo una disculpa; él negándose. Ethan intentando ocultar quién era; yo intentando descubrirlo. Y luego... nuestro primer beso. El beso que consiguió sumergirme en un mar lleno de sensaciones desconocidas y hermosas... Y su extraña y bizarra declaración, que enseguida me hizo saber que mi alma y mi vida le pertenecían. Todo fue inevitable. Mi fe en él aumentó, a pesar de mis miedos y de los suyos. Enseguida supe que lo amaría por siempre. Para siempre.

Ethan lleva un sencillo traje chaqué que le hace lucir espectacular. Me mira con intensidad e incredulidad, y se lleva las manos a la cara hasta que

forman un triángulo perfecto sobre sus labios.

Ahora sé que es real. Sé que no es uno de los múltiples sueños en los que vivía este momento. Este día, este instante, es tan real como lo es nuestro amor.

Cada paso que doy me acerca más a él. El miedo, el temblor y todas las dudas desaparecen ante la fuerza abrazadora de su mirada, y cuando por fin consigo llegar a su lado, sé que no deseo estar en ningún otro lugar. Que es aquí a donde pertenezco.

—Te dejo en buenas manos, princesa.

Carl me dedica una sonrisa dulce antes de volverse hacia Ethan y entregarme mi mano.

—Cuidala —le dice—. Ella es el tesoro más grande y valioso que tú y yo pudimos haber encontrado. Si no lo haces te perseguiré hasta el fin del mundo, y no seré amable —le advierte en tono serio.

Ethan no responde. Se limita a darle un abrazo y un par de palmadas en la espalda, y enseguida me doy cuenta de que es su manera de firmar una especie de tregua.

Cuando Carl se retira y ocupa su lugar junto a Mila, los ojos de Ethan vuelven a encontrarse con los míos a través del velo, atrapándome como siempre lo han hecho, como siempre lo hacen. Creo que eso nunca cambiará, y la verdad es que no quiero que cambie.

Ninguno de los dos dice nada. Una suave presión de manos y una mirada tierna y profunda es todo lo que necesitamos para expresar lo que sentimos el uno por el otro.

Los invitados toman asiento, acatando las órdenes del reverendo, para dar inicio a la ceremonia.

De pronto entro en una especie de trance hipnótico, y lo único que consigo escuchar es la voz de Ethan susurrando lo mucho que me ama. Todo parece ajeno a la burbuja de amor que hemos creado.

—Así pues... Ya que desean contraer santo matrimonio, unan sus manos y manifiesten su consentimiento ante Dios —dice el reverendo Lours.

La pequeña Elena se acerca cargando en sus pequeños brazos el cojín blanco de gamuza en el que reposan los anillos.

Ethan toma el mío y me mira directamente a los ojos de una forma dulcemente seductora.

—Hoy, Victoria Masterson —empieza a recitar los votos, obsequiándome

una hermosa sonrisa angelical, que me derrite el corazón—, te tomo a ti como mi esposa, para amarte, respetarte, protegerte y cuidarte por el resto de mi vida. Prometo que reiré contigo en los momentos de felicidad y que te reconfortaré en los momentos de dolor. Compartiré tus sueños y te alentará a que los alcances, estando siempre a tu lado en cada paso del camino. Te escucharé con compasión, atención y comprensión, y te hablaré con honestidad y sinceridad. Prometo que juntos construiremos y compartiremos un hogar. Seré tu esposo, tu amigo y compañero, desde hoy, hasta el final de nuestros días.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Él coloca la sortija en mi dedo y lo acaricia suavemente. Yo tomo la suya.

—Hoy, Ethan Mills, te tomo a ti como mi esposo, para amarte, respetarte, protegerte y cuidarte por el resto de mi vida. Prometo que reiré contigo en los momentos de felicidad y que te reconfortaré en los momentos de dolor. Compartiré tus sueños y te alentará a que los alcances estando siempre a tu lado en cada paso del camino. Te escucharé con compasión, atención y comprensión, y te hablaré con honestidad y sinceridad. Prometo que juntos construiremos y compartiremos un hogar. Seré tu esposa, tu amiga y compañera, desde hoy, hasta el final de nuestros días.

Coloco la sortija en su dedo, saboreando cada una de las palabras que acaban de salir de mi boca.

Sí, Ethan, prometo que no habrá nada en el mundo que me separe de ti. Nada que cambie mi amor por ti, porque es infinito.

—Ustedes han declarado su consentimiento ante Dios —continúa el reverendo—. Que el Señor en su bondad fortalezca su consentimiento para llenarlos a ambos de bendiciones. Los declaro marido y mujer. Hijo... puedes besar a la novia.

Mi corazón se acelera incontrolable al escuchar esas palabras, que parecen prometer tanto. Ethan levanta el velo y yo me pierdo en sus ojos. Él acaricia mi cuello con suavidad y finalmente sus labios me besan, dejando miles de promesas en los míos. Nuestro primer beso como esposos es todo lo que soñé.

—Te amo —susurra sin apartarse.

Entonces escucho el estruendoso grito de celebración de nuestros seres queridos, que nos saca de nuestra ensoñación. Ethan me sonrío y yo hago lo mismo, totalmente encantada por su dulzura.

Al fin... No puedo dejar de sonreír. ¡Me siento tan feliz! ¡Tan dichosa!

Pronto me pierdo entre abrazos, buenos deseos y felicitaciones. Mamá está hecha un mar de lágrimas. ¡Oh, mamá! Me abraza con fuerza y me dice lo mucho que me quiere, después va por mi esposo. ¡Vaya! No puedo creerlo. Mi esposo... ¡Qué bien se siente pensarlo!

Observo maravillada el lugar de la recepción, que hasta ahora no había podido ver. Hay un gran escenario, adornado con rosas blancas, desde donde toca el cuarteto que contrató Ethan. Después está la pista de baile, que es más baja y brillante, aunque muy amplia. Las mesas están perfectamente ubicadas, arregladas y distribuidas, alrededor de la pista, y los invitados empiezan a ocupar sus lugares.

El maestro de ceremonias nos da la bienvenida con una gran felicitación pública antes de anunciar el primer baile de los recién casados.

Ethan toma mi mano y me lleva a la pista.

«*I belong to you*» resuena en todo el lugar gracias a la melodiosa voz del cantante. Mi esposo me pega a él de un tirón y coloca sus manos en mi cintura. Yo le rodeo el cuello con las mías.

No puedo evitar recordar la primera vez que bailamos. Él elogiaba mis pies izquierdos esa noche, y yo le decía que se debía a su destreza para el baile. La situación no ha cambiado con los años. Aún mantengo mi falta de coordinación, pero él siempre sabe guiarme.

—Ese día fui un idiota —dice Ethan, que por millonésima vez parece haber adivinado mis pensamientos.

—Ese día no sabías que sería tu esposa —contesto con dulzura, acariciando su cuello.

—¡Por fin mi esposa!

—Espero que no se canse pronto de mí, señor Mills.

—Eso nunca sucederá, señora Mills.

Señora Mills... Cierro los ojos saboreando sus palabras.

—Eso me gustó.

—¿De verdad, señora Mills? —repito con una suavidad perfecta.

—No lo puedo creer.

—Esperé este momento desde que te conocí —murmura con un brillo seductor en los ojos.

Lo beso con ternura y ambos nos dejamos llevar por la felicidad del momento, olvidándonos de todo. Solo lo siento a él. Solo lo quiero a él.

De nuevo el ruido ensordecedor de los aplausos nos devuelve a la realidad. Sonríó como nunca lo había hecho y observo a los invitados uniérsenos de a poco en la pista de baile.

Descanso en el pecho de mi esposo para continuar nuestra danza de amor.

¿Cómo es que terminaste aquí, Masterson? ¿Cómo es que te convertiste en la flamante señora Mills? No sé cómo, pero lo logré. Finalmente soy la señora de Ethan Mills.

Veo a Mila bailar feliz con George. Emma baila encantada con Carl. Sé que a ella le gusta; lo sé porque desde que lo conoció no se ha separado de él. Se ven bien juntos... y sería una excelente opción si él decidiera enamorarse. Quisiera que fuera así. No hay nadie en el mundo que merezca ser más feliz que él.

Me ruborizo cuando Carl me descubre mirándolo. Él sonríe y menea la cabeza. Le hago una pequeña mueca en respuesta y vuelvo a descansar en los brazos de Ethan.

—Todos se ven felices —murmuro contra su pecho.

—Estoy seguro de que no hay nadie más feliz que yo.

—Ah, ¿sí? —Sonríó y le doy un pequeño golpe en el brazo.

—¡Qué salvaje, señora Mills!

Finge dolor.

—No hay nadie más feliz que los dos —aclaro, y sé que es cierto.

Mi corazón podría explotar de tanta felicidad.

—Tiene toda la razón. Recuérdeme no equivocarme la próxima vez.

—Creo que no te convendría —le advierto, y él sonríe. Es tan lindo verlo sonreír.

Continuamos así. Bailando como si no existiera nadie más. Nuestro primer baile como esposos. Bueno, nos esperan miles de primeras cosas por hacer como esposos.

Voy a adorar despertar cada día a su lado. Eso es lo que más deseo, prácticamente desde que lo conocí.

—¿No crees que la has acaparado lo suficiente? —le dice Carl a Ethan. No me había dado cuenta de que estaba cerca.

—No lo creo —responde él sin rastro de humor—. Pero supongo que está bien si baila con alguien más por unos minutos. Señora Mills, regreso enseguida —murmura besando mi mano, guiñándome un ojo para después desaparecer entre la gente.

Me quedo mirándolo embobada por unos segundos, después me vuelvo hacia Carl.

—¿Puedo? —pregunta él con fingida timidez.

—Te fuiste... Creí que jamás te volvería a ver.

De pronto siento la imperiosa necesidad de reclamarle. Sé que hemos pasado mucho tiempo sin vernos y que debería limitarme a disfrutar de su presencia, pero una parte de mí exige explicaciones, aunque en el fondo las tenga.

Carl toma mi mano y la coloca sobre su hombro. Empezamos a bailar en silencio, pero sé que reflexiona al respecto.

—Lo sé. Y te pido perdón. Sentí que necesitaba tiempo para... — enmudece un par de segundos, pero sé exactamente lo que estaba a punto de decir, y me siento terrible por eso—. Eso no importa ahora, Victoria. Sin embargo, quiero que sepas que estoy aquí porque me llamaste.

—¿Yo?

¿A qué se refiere con eso?

—Ayer por la mañana sentí una enorme necesidad de salir. No sabía por qué, pero decidí escuchar a mi corazón, así que lo hice. Cuando me di cuenta había comprado un boleto de regreso a Nueva York. Fue extraño... porque no tenía intenciones de volver tan pronto. Tenía el ticket en la mano... y lo miraba y lo miraba mientras caminaba por Hyde park. Entonces, en medio de mis cuestionamientos, me pareció escuchar tu voz —susurra sin mirarme. Yo solo lo observo desconcertada—. ¿Crees que estoy loco? —Sonríe y menea la cabeza—. También lo creo. Pero, Victoria... la verdad es que no podía alejarme. Sentía la imperiosa necesidad de saber que estabas bien y que eras feliz. Tenía que estar seguro de ello.

Siento que las lágrimas vuelven a opacar mis ojos. Sin embargo, no sé qué es lo que debería decir. Quizá también deba escuchar a mi corazón y decir lo que él decida.

—Gracias —susurro contra su pecho.

—¿Por qué?

—Por estar —musito, y levanto la vista para encontrarla con la suya—. No te he preguntado cómo estás. Dios... ¡Soy tan egoísta!

—Estoy bien, Victoria. Ahora lo estoy. Solo necesitaba tiempo para aclarar mi mente.

Y para olvidarte de mí, Carl.

—¿Lo lograste?

Maldición... ¿Por qué pregunté eso?

—Logré ponerme en paz y aceptar varias cosas. —Inspira profundo antes de continuar—. Varias veces te aconsejé que enfrentaras tus problemas, que no salieras corriendo. Yo hice todo lo contrario —acepta fastidiado—. Hui. No lo haré más.

Carl sonrío lacónicamente.

—¿Señora Mills? —cambia de tema—. Suena extraño.

Y aquí marcamos luz roja para el tema de su partida.

—¿De verdad?

—Creo que te llamaré princesa. Si no tienes inconveniente, por supuesto.

Carl encoge los hombros antes de dedicarme una mirada cauta.

—Puedes llamarme como quieras. Y es verdad, si me dices «señora Mills», me sentiría extraña.

—Bueno, princesa. ¿Cómo estás?

—Creo... Creo que soy la mujer más feliz del planeta...

Me ruborizo, pero este es un rubor de culpa. ¿Cómo puedo hablar de mi felicidad cuando sé que él...

—Eso es bueno. Sabes que soy feliz si tú lo eres —contesta Carl, y suena increíblemente sincero.

—Y ¿qué hay con Emma?

Carl se aparta para mirarme con ¿incredulidad? De pronto siento que me salió otra cabeza.

—¿Emma? —pregunta divertido.

—Sí. Creo que... se ven muy bien juntos. —Él aparta la mirada y guarda silencio—. Ella es muy bella —insisto.

—Creo que sí te diré señora Mills, pero únicamente cuando esté molesto o incómodo, señora Mills. —Palidezco. ¿Está molesto?—. No creo que quieras buscarme novia. Ese no es tu estilo, Victoria.

—Solo pensé...

Cielo santo... Ni siquiera pensé lo que dije.

—Shhh... Pensaste mal. —Tiene razón. No soy nadie para buscarle pareja. ¡Qué tonta! ¡Cómo si no supiera lo que él siente!—. Si me enamoro de alguien, serás la primera en saberlo, créeme.

Asiento y decido olvidar el tema.

Acaricio los nudillos de Ethan mientras escuchamos uno a uno los buenos deseos de las personas más allegadas a nosotros. Primero mamá, que habla de mi infancia y de lo mucho que he crecido desde entonces, después Mila, que narra detalladamente nuestras aventuras como estudiantes de colegio. Las hermanas de Ethan y su hermano también aportan lo suyo y describen la sorpresa que se llevaron al enterarse de la boda, pues habían jurado que él jamás se casaría. Creo que fue un momento incómodo para mi esposo. No está acostumbrado a ventilar cosas sobre su vida privada.

Carl sube al escenario y captura la atención de todos los asistentes.

—Bien —carraspea al micrófono—. Aunque ya se ha dicho mucho... Quizá todo lo que se tenía que decir... Supongo que debo agregar algo, princesa, y es que sé lo importante que es este día para ti. Yo... no puedo sentirme más feliz por ti y por... Mills —agrega fingiendo mala cara, lo que nos hace reír a todos—. Sé que serán felices. Lo sé porque nunca fui testigo de un amor como el suyo. Son el uno para el otro, de eso no hay duda. Y estoy seguro de que Ethan te hará inmensamente dichosa; le advertí qué sucedería si no lo hace. —Río de nuevo al igual que el resto de los invitados. Casi puedo imaginar cómo serían sus riñas—. Mills... te llevas el tesoro más grande que puede existir sobre la faz de la tierra, y te lo llevas porque te lo mereces. — Las lágrimas ruedan una tras otra por mi rostro. Sus palabras tocaron mi corazón. Pero no puede ser de otra manera—. ¡Brindo por la feliz pareja! — concluye, y levanta su copa para brindar.

Ethan me da un beso breve en la frente antes de ponerse de pie para subir al escenario y tomar la posta en el micrófono.

—Gracias a todos por sus buenos deseos. Debo decir que estoy de acuerdo contigo Marx. Tengo un gran tesoro entre las manos, y quizá lo tenga porque soy un imbécil con suerte —añade, y cierra los ojos brevemente, como si aún no pudiera creer que estamos casados—. Siento que he esperado toda la vida por este día. Por esta maravillosa mujer que supo dominarme desde el primer momento. Por este ángel que aceptó casarse conmigo, ignorando mis defectos, que son muchos, ayudándome a superar mis miedos... Enseñándome a ser mejor persona. ¿Lo conseguí? No tengo idea, pero cuando estoy con ella siento que lo hice. Señora Mills, usted es la razón por la que hoy puedo estar de pie. Por su coraje, por su valentía, por su fuerza y por sus infinitas virtudes es que estoy aquí. Estaba perdido y usted me ayudó a encontrarme. Ahora solo anhelo disfrutar de este hermoso sentimiento que despertó en mí desde que la

vi por primera vez. —¡Dios! ¡Cuánto amo a este hombre! Es perfecto. Es mío —. Pido a todos que brinden conmigo por mi radiante esposa. Por esa luz que nos regala a diario a cada uno de nosotros. Te amo, nena, y así será hasta el fin de mis días.

## CAPÍTULO 34: MARIDO Y MUJER

Faltan dos días para despedirnos de este maravilloso lugar y volar a Venecia. No puedo creer que nuestra luna de miel esté por terminar. Quisiera quedarme aquí por siempre, sin pensar en volver a la realidad. Aunque amo mi trabajo, debo admitir que no me molestaría dejarlo en manos de Mila por unos cuantos meses más.

Recuerdo mi emoción desmedida cuando Ethan me reveló el itinerario de nuestro viaje de bodas, que consistía en visitar tres lugares de Sudamérica y cerrar en Italia.

Nuestro primer destino fueron las *Cataratas de Iguazú*<sup>[xix]</sup>. Un lugar maravilloso, sin duda. Tuve que leer un folleto completo en el avión de camino. Claro que no lo pude terminar porque mi travieso esposo no me lo permitió. Debí bajar varios kilos por todas las largas caminatas que dimos para conocer el lugar, pero valió la pena. Fue como estar dentro de un sueño...

Después viajamos a *Fernando do Noronha*<sup>[xx]</sup>, en Brasil. Un archipiélago de islas preciosas con aguas cristalinas. El paraíso en la tierra.

Sufrí mucho por el idioma, pero, por fortuna, Ethan lo domina a la perfección. ¿Habrá algo que no sepa hacer? No. No lo hay. ¡Es tan competente! En ese fantástico lugar pudimos bucear, ver delfines... y ni hablar de lo mágicos atardeceres que presenciamos sobre la suave y blanca arena. Me emocionaba con cada pequeño detalle. Pero eso es natural, supongo. Sentía que tenía al mundo en mis manos.

Ahora estamos en las *Islas Galápagos*<sup>[xxi]</sup>, en Ecuador. Otro hermoso paraíso lleno de especies marinas en su hábitat natural. Había leído sobre las tortugas gigantes, pero verlas es de otro planeta.

Desde nuestra llegada nos alojamos en la suite de un lujoso hotel, aunque ahora nos encontramos a bordo de *Angus*, el lujoso yate que mi amado esposo consiguió —que su personal consiguió— para poder desplazarnos de una isla a otra. No comprendo cómo es que mantiene a su personal pendiente de nuestras necesidades, siendo que estamos solos. Bueno... por lo menos logré convencerlo de darle vacaciones a Mason. Debe estar disfrutándolas en este momento.

Por fortuna no estoy tan perdida con el español. Recuerdo haber tomado

clases en la universidad, así que me defiende bastante bien, casi tan bien como Ethan.

—Aquí estás, nena. ¿Por qué no me despertaste?

Me levanto sobre mi codo en la tumbona para ver a Ethan aparecer en la cubierta con sus pantalones grises de chándal, descalzo y sin camisa. Se ve impresionante... Es un alivio saber que soy la única mujer a bordo, de otra forma habría muchas miradas sobre él.

Ayer no tuvimos tiempo de volver al hotel, así que pasamos la noche en medio del mar, acunados por el vaivén de las olas del Pacífico.

—Te veías muy tranquilo dormido —digo ruborizada al ver su abdomen bien marcado. No importa cuántas veces lo haya visto, siempre es un deleite hacerlo.

—Tuvimos una noche muy activa.

Ethan se sienta a mi lado y besa mi cuello.

—No me importaría tener más noches como esa. —Acaricio sus manos, que juegan con mi cabello—. Nos quedan dos días en este lugar.

—Lo que nos dice que debemos disfrutarlos al máximo. Volaremos a Italia el sábado por la tarde.

—Y después... de vuelta a la realidad.

Hago un mohín.

—Tampoco quiero hacerlo, pero hay varios asuntos que requieren mi atención —musita, y creo que se siente culpable.

—Lo sé... Extraño mi trabajo, pero no quisiera separarme de ti.

—Mmm —ronronea, y hunde la nariz en mi cabello—. Sé a qué te refieres. Quizá podamos volver en un par de meses.

Asiento y le doy un beso en la comisura de los labios.

No sé si estoy lista para regresar a la realidad. Ni siquiera sé dónde viviremos. No hemos hablado del tema. Pero me gustaría que fuera en mi casa. Ethan tiene a varias personas que le sirven y se ocupan de todo, pero no es lo que quiero para mí. No estoy acostumbrada, y, para ser sincera, me incomoda.

Quizá pueda hablarle de eso más tarde, o cuando estemos en Venecia. Hasta entonces quiero disfrutar de mi marido relajado y feliz.

\*\*\*

—Sí, Mila, estoy muy bien. Mañana volaremos a Venecia. Estos días han sido sensacionales, y para ser sincera, no me agrada la idea de que nuestra

luna de miel esté por terminar.

He hablado más de diez minutos por teléfono con Mila. Quiere saber cómo va la luna de miel.

—Imagino el bronceado que debes traer, amiga. ¡Qué envidia!

—Bueno, supongo que no regresaré tan pálida —sonríó—. ¿Cómo va todo en la agencia?

—¡Estupendo! Hemos cumplido con las tres campañas que quedaron pendientes, y tenemos otras en puerta. No te preocupes. Es más, podrías tomarte mucho más tiempo y prolongar tu luna de miel.

Un destello de tristeza pasa por mis ojos. Es lo que más deseo...

—Eso me encantaría, pero fui yo quien decidió que solo fuera un mes. Ahora surgieron inconvenientes en una de las empresas de Ethan y debemos regresar en el tiempo establecido —respondo, sin poder ocultar mi decepción. Adoraría prolongar nuestras vacaciones.

—Amiga, ¿no puedes apartar a tu marido de los negocios?

—Sabes que es muy cuidadoso con eso —musito antes de notar que Ethan me observa con atención desde el umbral. Sus manos sostienen dos copas de vino—. Mila, tengo que irme. No creo que pueda llamarte estos días, así que te veré en una semana. Saluda a Alice, a Julia y a Carl, por favor.

—Cuenta con ello, amiga. Sabes que te quiero. Me da mucho gusto que la estés pasando fenomenal.

—También te quiero, Mili. Adiós.

Cuelgo y miro mis manos con nerviosismo. ¿Será que Ethan escuchó toda la conversación? No había notado su presencia. Siempre es tan sigiloso... como un león que acorrala a su presa.

Levanto la mirada cuando él se acerca con su caminar sexi y seguro.

—Era Mila. Quería saber cómo iba todo —le explico.

¡Maldición, me siento estúpidamente tímida en este momento!

Ethan sonrío y me entrega una de las copas.

—¿Brindamos? —Asiento—. Por usted, señora Mills.

—¿Por mí? —La pregunta se me escapa en voz alta. Él frunce el ceño.

—Sí, por usted. —Toma mi mano y me ayuda a poner de pie—. Por su hermosura... —susurra, besándome tiernamente la frente—. Porque me vuelve loco... —Ahora besa mi cuello—. Totalmente loco... —continúa con pequeños besos sobre mis hombros, que hacen que me estremezca.

De pronto se detiene y vuelve su intensa mirada a la mía. Levanta su copa

y ambos bebemos; él un pequeño sorbo y yo —como de costumbre— me termino el vino de un solo bocado, intentando desesperadamente que los nervios desaparezcan.

—Señora Mills, estaba sedienta.

Sonríe maliciosamente.

—Solo un poco —admito.

Le he tomado gusto al vino desde que lo conocí, y a este en particular.

—Bien. ¿Qué le parece si nos ocupamos de eso después? —Ethan me quita la copa de las manos y la deja junto a la suya en una pequeña mesa de madera oscura que está a un costado de la cama—. Ahora... me gustaría... —murmura posando sus dedos en mis hombros para apartar las tiras de mi vestido de playa violeta, que cae enseguida al piso—. Hacerle el amor...

Paso saliva cuando siento que su respiración empieza a volverse trabajosa sobre mi piel.

Estoy en bikini —un muy diminuto bikini— bajo los ojos ardientes y centellantes de mi flamante esposo, que se aparta un poco para poder observarme con detenimiento.

—Eres una belleza —musita, y sus palabras encienden por completo mi cuerpo, que ahora solo desea su contacto.

Me acerco lentamente a él, pero no lo beso. Me limito a subir su camisa, dejando al descubierto su hermoso torso. Ethan levanta los brazos, lo que me permite quitársela por completo. Entonces empiezo a besar su pecho desnudo mientras le repito una y otra vez que lo amo.

Huele sensacional, como siempre... Inhalo con fuerza su delicioso aroma, que me fascina y me hace sentir en casa, después levanto la vista. Ethan tiene los ojos cerrados y la boca ligeramente entreabierta. No me resisto más. Aprisiono sus labios con los míos, se los muerdo, tiro de ellos... Ethan me abraza y hace más profundo el beso mientras sus manos tiran de los delgados soportes de mi traje de baño hasta que este cae al piso y quedo desnuda ante él, después me toma en sus brazos y me lleva a la cama...

\*\*\*

La plaza de San Marcos es preciosa. Si no fuera porque sostengo la mano de mi esposo, juraría que es irreal.

Siempre imaginé que conocería Venecia, pero en mis ensoñaciones nunca me veía casada. Ahora puedo decir que la realidad es mucho mejor que la

imaginación.

—Será mejor que nos mantengamos alejados de esas cosas.

Ethan señala a un par de palomas que caminan sin temor junto a nosotros.

—Amor, están por todas partes. —Entorno los ojos para ocultar la diversión que me produce su absurdo temor—. Son una parte fundamental de la plaza.

—Lo sé, pero será mejor que vayamos a un lugar seguro.

—¿Seguro? —pregunto sin entender, pero enseguida me doy cuenta de que se refiere a un lugar alejado de las aves. Suelto una carcajada—. Ethan, solo son aves.

—Aves que pueden hacer cualquier gracia en el momento menos pensado. Vamos a visitar la basílica.

Al escucharlo mis ojos se iluminan. Hemos recorrido Venecia por cuatro días y me parece perfecto finalizar nuestra luna de miel visitando el lugar en donde todos los duques de Venecia fueron consagrados.

—Una idea estupenda, señor Mills. —Le doy un beso casto y tomo su mano, ansiosa por entrar.

La Basílica de San Marco es una hermosa construcción de más de novecientos años. De estructura románica-bizantina con mosaicos y decoraciones arquitectónicas que mantienen un lenguaje gótico y renacentista.

El piso es de mármol y da forma a varias figuras geométricas. Pero, si bien el exterior de la Basílica es impresionante... el interior lo es aún más. El dorado predomina en él, elegantemente contrastado con varios mosaicos que datan de principios del siglo XIII y representan escenas del Nuevo Testamento. Leí que los mosaicos del atrio fueron realizados en teselas de cristal y pan de oro y que, bajo el altar, que está sustentado por cuatro columnas, reposa el cuerpo de San Marcos, un evangelista considerado tradicionalmente el autor del Evangelio de Marcos y el fundador y primer obispo de la Iglesia de Alejandría.

Me sorprende lo mucho que conozco de este lugar, pero es que siempre quise conocerlo y ahora por fin puedo hacerlo.

Un par de horas más tarde terminamos el recorrido. Todavía es temprano, así que continuamos caminando de la mano hasta que mis ojos encuentran un llamativo letrero en lo que parece ser una heladería.

—¡Helado!

Hago un movimiento con la cabeza señalando la tienda. De pronto me

siento como una niña pequeña pidiéndole a su padre que le compre su postre favorito.

—Excelente idea, amor. ¿Te importaría adelantarte y ordenar? Debo hacer una llamada.

—De acuerdo.

Le doy un beso y voy encantada por esos helados.

Ethan no había llamado a nadie desde que aterrizamos en Italia. Me pregunto si todo irá bien. Espero que los problemas en la empresa no se hayan agravado.

Entro en una menuda y tradicional casa italiana... Su estructura está formada por bloques de granito, que la hace lucir colonial. La habitación en la que me encuentro es amplia, como si anteriormente hubiera sido una especie de salón. Hay mesas de madera blanca por todas partes, y al fondo puedo ver una serie de elegantes mostradores de cristal con una gran variedad de postres.

—*Benvenuto*. —Una joven castaña me saluda con amabilidad—. *¿In che cosa posso servirlo?*<sup>[xxii]</sup>

—*Ciao*. —Sonrío con timidez. Hay tantas cosas que no sé qué pedir. Debería recurrir a la única salida en estos casos—. *È la prima volta che vengo e non ho davvero idea di cosa voglio* —murmuro poniendo a prueba mi italiano. Hace mucho que no lo hablaba, así que espero pacientemente a que me entienda. En momentos como este siempre es Ethan el que me ayuda, pero no ha regresado—. *¿Alcuno raccomandazione?*<sup>[xxiii]</sup>

—*Ho capito. Quindi raccomando il nostro gelato di casa. Un dessert a base di nocciole, a cui aggiungiamo latte e pasta di nocciole. Quindi lo copriamo con uno strato indulgente di crema al cioccolato fondeo. È davvero delizioso*<sup>[xxiv]</sup> —contesta con suficiencia.

Suena a que lo es, y todo lo que dijo fue muy convincente.

—*Due, per favore*<sup>[xxv]</sup> —le pido.

—*Subito*<sup>[xxvi]</sup> —responde ella, y se pone manos a la obra.

Volteo e intento encontrar a Ethan, pero no está por ninguna parte. Empiezo a preocuparme. ¿Qué puede ser tan importante?

Cuando salgo de la tienda me quedo unos segundos esperando a mi amado esposo hasta que por fin lo veo. Camina hacia mí con su habitual elegancia y una enorme sonrisa. Parece un adolescente ocultando una travesura.

—Eso se ve delicioso —me dice cuando nos encontramos.

—Te lo habrías perdido si tardas más. ¿Todo va bien?

—Sí, todo está perfecto —replica. Lo miro intrigada.

Se ve tan risueño... No debe ser nada malo si regresó así.

\*\*\*

—Ethan, tenemos que hablar de dónde viviremos —insisto mientras juego con sus dedos.

Estamos en la habitación del avión, rumbo a Nueva York. Yo descanso sobre su pecho.

—Mmm... —responde.

—Ethan, por favor...

No entiendo por qué no ha querido hablarlo. Llevo horas insistiendo. Primero evadió el tema con besos y caricias, y ahora... No podemos regresar a ciegas.

—Sabes que podemos vivir en mi casa mientras compramos otra. Creo que sería lo indicado —contesta al fin.

—Había pensado que fuera en la mía. Digo, no es tan grande o lujosa como la tuya, pero estaremos bien.

—Victoria, será en la mía. Es algo que no pienso discutir —replica, y suena a orden.

—Sabes muy bien que me incomoda que me sirvan, y tu casa está llena de personas que lo hacen.

—Tendrás que acostumbrarte, nena —agrega despreocupado.

¿Acostumbrarme? No creo que lo logre.

—No creo que pueda. Ethan, por favor... No puedes obligarme a llevar un estilo de vida que no quiero.

—¿Obligarte? —Su voz contiene incredulidad—. ¿Te sientes obligada?

Encojo mis hombros, sintiéndome tonta por haberlo dicho. Ahora suena peor de lo que es.

—Es que tu estilo de vida no es el mío. No quiero que la gente haga por mí lo que yo sola puedo hacer, o que me llenes de regalos exageradamente caros como el brazalete de Venecia.

Ethan se levanta y se sienta en el borde de la cama. Ahora me mira con el ceño exageradamente fruncido.

—Aceptaste sin problema el que te dio Marx —replica con sequedad.

¿Qué?

—Eso es diferente. Se marchó y me dejó eso como despedida.

—¿Entonces tengo que despedirme de ti para que aceptes un detalle de mi parte? —¿Qué? ¡No puedo creer que diga eso! —. Victoria, es algo que quiero hacer. ¿¡Por qué te molesta!?! —gruñe irritado.

—No me molesta... Es solo que deberías saber que nada de eso es necesario para mí. No entiendo por qué te empeñas en hacer esas cosas...

—¡Porque quiero darte todo y porque puedo!

—Estás convirtiendo en una realidad todo lo que piensa la gente de mí. — Arruga la frente sin comprender—. Que me casé contigo por tu dinero.

—¡Eso debería importarte una mierda! —grita.

Está molesto. ¿Por qué no puede entenderme?

—Y no me importa. Es solo que a veces siento que quieres cambiarme... Convertirme en alguien que no soy.

Ethan no responde. Solo me dedica una de sus típicas miradas de «no pienso discutirlo más» y sale de la habitación.

¡Maldita sea! ¿Cómo terminamos discutiendo? Sí. Por dinero.

Solo quisiera que se ponga un momento en mi lugar, así entendería cómo me siento. Por supuesto que no me importa lo que la gente piense, pero no quiero volverme otra persona, después de todo él se enamoró de la Victoria sencilla y desgarrada que conoció en Athens y no de la que está cubierta de lujos innecesarios. No quiero cambiar y necesito que lo entienda, pero, por ahora, será mejor que le dé su espacio. Ambos estamos molestos y si seguimos hablando sé que todo será peor.

Falta poco para aterrizar. Ethan no ha vuelto a entrar en la habitación, lo que me entristece. Es nuestra primera pelea y ha sido por una frivolidad.

Entro a la lujosa ducha del avión. «Sí, es lo que hace el dinero. Puede hacer que haya una ducha en un avión», pienso con amargura y vuelvo a analizar la discusión. No fue para tanto. De hecho, no me siento molesta. Bueno, quizá sí un poco, pero no por ese tema. Me siento molesta porque Ethan no ha intentado hablar conmigo por más de tres horas. No pensé que esas cosas fueran tan importantes para él.

¿Siempre será así? ¿Discutiremos y él se encerrará en su burbuja?

Tengo que pensar muy bien cómo proceder. No quiero que se acostumbre a que sea yo la que dé el primer paso en estas situaciones, pero tampoco puedo dejar que algo tan pequeño se convierte en algo enorme.

Cuando termino de ducharme me pongo los únicos vaqueros que empaque —el resto son vestidos elegantes o pantaloncillos cortos—, mis zapatillas de deporte y una sudadera rosa. Recojo mi cabello en un moño y salgo a busca a mi furioso marido.

Lo encuentro en la sala del televisor, y me parece que lee un libro de economía, creo. Inspiro hondo y me acerco con cautela. Él levanta un momento la vista, y cuando pienso que me va a hablar, no lo hace. Regresa a su lectura sin decir nada.

—¿No me hablarás? —Vuelve a mirarme sin decir nada. Parece un niño malcriado haciendo un berrinche—. Debemos resolverlo —insisto, pero él me ignora y vuelve a su libro. Su actitud me lastima... Sin embargo, debo intentar arreglar la situación—. Lamento lo que dije. Creo que me siento abrumada por todo... Ethan, de verdad lo siento.

Apenas se inmuta con mi disculpa. Ya ni siquiera levanta la mirada, y a mí se me encoge el corazón. Pensé que habíamos superado su etapa de niño obstinado, pero me doy cuenta de que su orgullo es mucho más fuerte que yo. No digo nada más. Solo giro sobre mis talones y voy de vuelta a la habitación.

¿Qué le sucede? No puedo entender su actitud. La discusión no fue gran cosa, pero él la está llevando a otro nivel. Sin embargo, sé que no puedo hacer nada por ahora. Debe entender que no resuelve nada con su comportamiento.

Quizá debería pasar por la oficina. Es un lugar neutral, y, como es domingo, no habrá nadie que me atosigue con preguntas. Sí, necesito estar sola. No me siento con ánimo de lidiar con él en este momento.

Mason se abre camino por la avenida Madison en dirección a la casa de Ethan, que sigue sin hablarme. Ni siquiera lo hizo en el momento del aterrizaje.

—Mason, ¿podrías llevarme a la agencia? Por favor...

Él me dedica una mirada de sorpresa por el retrovisor, después otra a Ethan, pero esta espera aprobación.

—Es domingo —espeta Ethan.

—No importa —le digo, intentando ahogar un sollozo.

¿Ahora le interesa?

—Enseguida, señora Mills —responde Mason.

Ethan se remueve incómodo en el asiento, pero no dice nada. ¿Cómo puede actuar así? ¿No se da cuenta de que me lastima? De pronto siento unas ganas terribles de llorar, recordando la maravillosa luna de miel que tuvimos y cómo

terminó.

Mason aparca frente a la agencia y baja para abrirme la puerta.

—¿Así me escucharás? ¿Con compasión, atención y comprensión? — pregunto mirando a Ethan a los ojos, citando algunas de las palabras de nuestros votos, mientras una lágrima se me escapa y rueda por mi mejilla.

Los ojos de Ethan son como una tormenta abrazadora en la que veo su confusión y una mezcla de sentimientos, pero, aun así, no responde.

¡No puedo tolerarlo más! Bajo y camino con firmeza hasta entrar al edificio.

Voy directamente a mi oficina y me hago un pequeño ovillo en el sofá para dejar salir toda mi frustración.

¡Es ridículo! ¿Cómo terminamos así? Ethan, ¿qué sucede? ¿Todos esos lujos son más importantes que yo?

«¡No!», grita mi corazón, que sale en su defensa. «Ethan te ama y sé que debe estar luchando contra él mismo en este momento».

Quizá deba tomarse su tiempo y reflexionar al respecto, o deberíamos llegar a un acuerdo que nos haga felices a ambos... Pero ¿cómo vamos a hacerlo si ni siquiera quiere hablarme?

Dios... ¡Es tan frustrante!

Me levanto para tomar algo de agua y veo a Ethan recargado en mi escritorio, mirándome. Frunzo el ceño. ¿Cómo no me di cuenta?

Me quedo sentada en el sofá sin saber qué hacer o qué decir. Bueno, intenté hablar con él y no quiso; supongo que es su turno, pero no estoy segura de que quiera hacerlo.

Sus ojos impasibles permanecen fijos en mí.

¡Maldita sea, Ethan! Si vas a hablar, ¡hazlo ahora!

—¿Recuerdas lo mucho que te emocionaste aquella vez que comimos pizza en la casa del bosque? —pregunta.

¿Eso tiene que ver con nuestro problema?

—Nuestra primera cita.

—Nunca entendí tu emoción... —murmura, y arruga la frente, sopesando el recuerdo— hasta ahora. —Ethan guarda silencio y viene hacia mí para terminar de rodillas—. Victoria, te conozco perfectamente. Sé que no necesitas nada de esas mierdas. Pero yo... quiero darte todo, porque te lo mereces todo.

—Eso no es necesario, Ethan. No necesito lujos. Solo te necesito a ti. Sé que debí imaginar o por lo menos comprender que todo eso era parte del

paquete.

—¿Del paquete?

—Sí, contigo. —Sonríe—. No eres un hombre que pase desapercibido en cualquier lugar, además sabía que los lujos eran parte de tu vida. Solo quiero que entiendas que no estoy acostumbrada a eso. Mi vida fue sencilla desde que nací hasta que te conocí. Incluso con lo que gana la agencia, la he mantenido de esa forma.

—Lo sé —susurra y baja la cabeza, avergonzado. Se la levanto y me concentro en acariciar sus sienes.

—Podemos acordar algo que nos haga felices a ambos.

—Una propuesta salomónica —responde, devolviéndome su dulce mirada.

—Ethan, ¿por qué no pudimos hablar así en el avión? Pudimos ahorrarnos todo esto.

—Recuerde que estamos casados —murmura con timidez y yo sonrío.

Imagino que no será la primera ni la última discusión que tengamos a lo largo de este nuevo camino que emprendemos juntos. Ambos tenemos mucho que aprender y superar, pero depende de los dos.

«Matrimonio», me repito internamente.

\*\*\*

—No quiero...

Hago un mohín cuando Mason aparca frente a la agencia.

No hay duda de que lo mejor que puede dejar una discusión, es la reconciliación. Ayer, después de la que tuvimos, acordamos que nos quedaríamos en su casa —por el momento—, siempre y cuando me dé mi autonomía; es decir, cocinar para mi esposo de vez en cuando, conducir mi auto al trabajo y realizar juntos algunas cosas que hacen los matrimonios normales, como ir al supermercado. Fue difícil, pero lo conseguí. Terminamos haciendo el amor, y hoy desperté con el desayuno en la cama. Sé que no lo preparó él, pero la intención es lo que cuenta al final.

—Señora Mills, si continúa con esa negativa voy a terminar raptándola por otra semana.

Entorno los ojos.

—Está bien. —Me suelto de sus brazos a regañadientes porque, aunque estaría encantada de tomarme otra semana para estar con él, no puedo darme ese lujo—. Te veré en la noche.

—Pasaré por ti a las ocho. Te amo.

Le doy un beso tierno en los labios y bajo del auto.

Mi marido... Llevamos un mes de casados y aún no me lo creo.

Cuando entro al edificio me percató de que Alice no está en la recepción. Qué extraño... ¿Dónde estará? Continué mi camino, pero tampoco encuentro a Julia en su puesto de trabajo. Esto sí que es extraño.

Voy a mi oficina y doy un respingo cuando escucho el grito efusivo de mis amigas.

—¡Bienvenida! —gritan en coro Mila, Alice y Julia mientras sostienen un cartel gigante que dice «BIENVENIDA, SEÑORA MILLS». Me quedo estática admirando el pintoresco letrero.

Mila se acerca primero, abalanzándose sobre mí.

—¡Amiga! Bienvenida... Te ves estupenda. —Me hace girar un par de veces para poder examinarme con detenimiento—. ¡El matrimonio te sienta de maravilla!

—¿Señora Mills? —inquiero con una sonrisa bobalicona en el rostro. Escrito todavía me parece mucho más raro que escucharlo.

—Supusimos que querías que te llamáramos así. Te extrañamos mucho, Victoria.

Julia y su perfecta sonrisa se aproximan para darme un abrazo.

—Creo que prefiero mi nombre —murmuro con nerviosismo.

¿Por qué me siento así? Supongo que debe ser porque el que me llamen por mi nombre me hace creer que sigo siendo yo y no la esposa del importante empresario y genio de las finanzas, Ethan Mills.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Victoria. Eso de cambiarnos el apellido por el de nuestros esposos es ridículo —añade Alice.

—Hola, Alice. —La abrazo.

Nos hemos vuelto muy amigas. Es una gran mujer y una excelente madre. La pequeña Elena es un sol, y se veía hermosa en la boda.

—¡Queremos que nos cuentes todo!

Julia y Alice se sientan en el único sofá de la oficina mientras Mila abre una botella de vino, sirve cuatro copas y las reparte.

Me siento en una de las sillas para visitantes, tomo una bocanada de aire y empiezo a relatar las aventuras del último mes con mi maravilloso esposo. Ellas parecen estar encantadas con todo. Ethan sí que sabe capturar la admiración de las mujeres, incluso sin estar presente. Solo hay que ver la cara

de Julia y Alice para notarlo. Mila no muestra ninguna emoción. ¿Será que Ethan fue así con ella? No lo puedo saber y creo que nunca lo sabré.

Al parecer reagendaron todas las citas del día para poder interrogarme con tranquilidad y terminarnos la botella de vino completa. ¡Estoy muy achispada! Lo sé porque he empezado a decir cosas graciosas y eso es muy extraño en mí.

Me siento relajada y contenta de estar de vuelta, aunque una parte de mí quisiera volver a Venecia y caminar de la mano con Ethan sin pensar en nada más que en los dos.

Una vez satisfechas con la información, las tres regresan al trabajo. Son las cuatro de la tarde... Tan solo han pasado unas cuantas horas desde que me separé de mi adorado esposo y ya lo extraño. Siento unas ganas terribles de hablarle, pero quizá esté ocupado y no quiero interrumpir. Creo que lo mejor será enviarle un mensaje.

«Querido y amado esposo, lo extraño demasiado... En este momento no me desagrada la idea de que me rapte y me lleve a un lugar donde solo estemos los dos. Con amor, su esposa. :\*»

Me quedo mirando la pantalla de mi nuevo *iPhone* —regalo de bodas— mientras espero su respuesta.

Puedo imaginarnos en una isla con aguas cristalinas como las de Brasil, o tal vez podríamos volver a aquel lugar a donde fuimos hace años en Savannah. Ahora que lo pienso, ni siquiera sé cómo se llama.

«Mi bella y extraordinaria esposa, si lo desea puedo ir por usted y llevarla al lugar más recóndito del planeta. Recuerde que mi único fin en este mundo es hacerla feliz y, si le soy sincero, también lo deseo. ¿Cargada de trabajo?»

«Usted ya me hace feliz. Muy feliz. Su propuesta suena tentadora, pero la montaña de papeles sobre mi escritorio no parece estar de acuerdo con nuestros deseos, lo que responde a su pregunta sobre el trabajo».

Contratos, cotizaciones, informes y balances. Es todo lo que tengo que revisar. Entorno los ojos, exasperada por la cantidad de trabajo acumulado en lo que a me parece un tiempo extremadamente corto.

«Entiendo, señora Mills. ¿Qué le parece si la invito a cenar? También me hace feliz. Desde que la conocí, es así».

¡Qué dulce! Con un simple mensaje es capaz de transformar todo a mi alrededor. Ahora siento que puedo soportar un poco más si al finalizar el día voy a estar entre sus brazos.

«Acepto encantada. Será mejor que me ponga a trabajar si quiero salir esta noche con el hombre que amo. Debería hacer lo mismo. Hasta la noche, cielo. :\*»

«Lo que usted ordene. Hasta la noche. Le amo».

Dejo el móvil de lado, decidida a concentrarme por unas horas, terminar con mis obligaciones y recibir como recompensa una adorable cena con mi esposo.

La tarde termina lenta y agonizante ante mis ojos. Después de un par de reuniones, por fin estoy libre. Feliz de comprobar que Mila y las chicas hicieron un estupendo trabajo en mi ausencia.

Recargo la espalda sobre la silla y cierro los ojos, deseando estar entre los brazos de mi esposo. Mi esposo... Mi Ethan. ¿Puede ser más perfecto? De ser un hombre ordinario, quizá no, pero no lo es; es extraordinario y dulce, muy dulce.

Abro los ojos para recoger mis cosas y me encuentro a Ethan sentado frente a mí, observándome con atención. Adoro esa manía que tiene de aparecer en el momento menos pensado.

Sonrío, y él me devuelve otra sonrisa llena de amor.

—¿Cuánto lleva aquí, señor Mills?

Me levanto y camino hasta él para sentarme en sus piernas y rodear su cuello con mis brazos.

—El suficiente para admirar por completo su belleza, señora Mills. —Me ruborizo. Creo que no importa cuánto tiempo pase, siempre tendrá ese efecto en mí—. ¿Lista? —pregunta, y hunde la nariz en mi cabello.

Me siento como un pequeño gatito que desea más mimos.

—Para todo —murmuro contra su pecho. Él sonrío maliciosamente.

—Siendo así, será mejor que nos vayamos de una vez.

Su voz es seductora y está llena de promesas. Se levanta despacio,

apartándome con suavidad. Yo recojo mis cosas y salimos de la oficina tomados de la mano.

—Hasta mañana, Julia —me despido.

—Julia. —Ethan se limita a decir su nombre y a hacer un pequeño movimiento de cabeza como despedida.

—Hasta mañana. Que pasen buena noche —le escucho que responde mientras desaparecemos por el umbral.

Mason espera fuera del coche. Al vernos se apresura a abrir la puerta para que suba.

—Hola, Mason.

—Señora Mills. —Hace una reverencia y yo entro al auto. Enseguida Ethan está a mi lado.

—¿A dónde vamos?

El motor del auto cobra vida.

—Pensé que te gustaría conocer nuestro hogar —dice él, encogiendo los hombros.

Lo miro inquisitiva. ¿Nuestro hogar?

—Te refieres a...

Ni siquiera puedo articular bien las palabras.

—Solo espera. —Sonríe y me abraza.

Se refiere a nuestra casa... ¿Compró una casa?

La ansiedad crece dentro de mí a la par de la emoción. ¡Nuestra casa!

No pregunto más y me limito a disfrutar del calor reconfortante que emanan sus brazos.

Avanzamos en dirección sur. Diría que quince minutos después casi hemos salido de la ciudad. El auto se detiene frente a una gran puerta con barrotes negros que se abre.

Miro por la ventana.

—¿West Village?

—No hay muchos lugares tranquilos para vivir aquí en Nueva York. Sé que preferirías un lugar más apartado, pero...

No puedo contenerme más. Solo le doy un beso tierno para silenciarlo.

—Es perfecto —murmuro encantada, contemplando esos preciosos ojos negros que enseguida se llenan de orgullo.

El auto por fin cruza la entrada y avanza por un pequeño jardín hasta aparcar frente a una casa enorme y hermosa. Miro llena de emoción a Ethan y

bajo antes de que Mason pueda cumplir con la ceremoniosa costumbre de abrirme la puerta.

¡Uau! ¡Es maravillosa!

Las paredes exteriores son de piedra y sostienen grandes ventanales de marco de madera de roble.

Mis ojos se desvían al precioso jardín y, por un momento, me permito imaginar a nuestros hijos corriendo en él. Se me encoge el corazón.

Ethan toma mi mano y me lleva al interior.

Por dentro es aún más impresionante. El recibidor tiene un par de sofás a los costados, plantas y mesitas auxiliares de madera oscura y brillante. Las paredes son grises, adornadas con un par de pinturas de arte abstracto.

—Señora Mills, ¿me acompaña a recorrer su casa? —pregunta él con dulzura, pero no tengo palabras, así que solo asiento.

Me dejo guiar.

Cruzamos el primero de los umbrales y llegamos a una pequeña sala de estar con una impresionante chimenea de ladrillo, muy parecida a la de su casa en Athens, solo que sin piano. Deberíamos tener uno.

—Esta es la sala para visitas —me informa, y yo me limito a sonreír.

Así continuamos nuestro recorrido por la casa... Cielos... Es preciosa, y está totalmente amoblada y lista para ser ocupada. No puedo creer que este lugar sea el que nos verá envejecer juntos. Seremos muy felices aquí, lo sé.

Después de echar un vistazo a cada rincón de la primera planta, subimos a la segunda y recorreremos todas las habitaciones —unas cinco o seis— hasta que llegamos al dormitorio principal —nuestra habitación—.

De pronto me siento cohibida y nerviosa cuando mis ojos se encuentran con la inmensa cama matrimonial. Me quedo inmóvil frente a ella, casi sin respiración, cuando los labios de Ethan se deslizan suavemente por mis hombros. Después se aparta y camina con elegancia hasta una de las mesas auxiliares de caoba que está junto a un sofá de piel color café, en la esquina izquierda de la habitación. Hay una botella de champán y un par de copas sobre ella. Ethan las llena y en un par de segundos está de nuevo a mi lado, invitándome a brindar con él.

—Señora Mills, brindaremos por usted. Porque es increíble y porque sé que transformará este lugar en un santuario de felicidad.

—Lo transformaremos —le corrijo—. Ethan... —No consigo contener las lágrimas, así que dejo que rueden descarriadas por mis mejillas—. Es

fantástica... Gracias.

Sus manos se apresuran a acariciarme para calmar mi llanto.

—No me gusta verte llorar —susurra.

—Lo hago porque soy muy feliz.

—Ni siquiera por eso. Amo tu sonrisa y quiero que me la regales cada segundo del día. La quiero ahora —ordena con dulzura. Sonríe levemente porque no he logrado calmarme del todo—. Así está mejor. Ahora baila conmigo.

Me quita la copa de las manos y la coloca sobre la mesa junto con la suya. Después presiona un botón del mando a distancia y enseguida el equipo de sonido cobra vida con *Tony Bennett* cantando «*The way you look tonight*».

Ethan extiende su mano, sonrío y le doy la mía. Me acerca con delicadeza a él, posando su mano izquierda en mi cintura. Cierro los ojos y descanso mi cabeza en su hombro para dejarme llevar por él.

Escuchar el latido de su corazón es como un refrescante soplo de vida que entra en mí. Nuestro primer baile, en nuestro hogar... Siempre atesoraré este momento, así como he atesorado todos los maravillosos momentos que hemos pasado juntos, incluso los dolorosos.

Me aparta para hacerme girar al ritmo de la canción, y yo aprovecho para examinar a detalle su rostro perfecto. Él sonrío.

—¿Le gusta lo que ve, señora Mills?

—Me encanta —respondo.

Estoy como hipnotizada. No consigo dejar de mirarlo.

—¿De verdad?

—De verdad. Eres perfecto —murmuro antes de que vuelva a hacerme girar.

—Usted es perfecta —susurra en mi oído—. Me vuelves loco, Victoria.

Con su destreza sobrehumana me pega más a él para tener acceso a cada parte de mi cuerpo. Su mirada ha pasado de la dulce miel de la ternura al ferviente ardor de las llamas del deseo. Su respiración se vuelve trabajosa cuando acerca mi rostro al suyo. Me besa la frente, la nariz y luego la comisura de los labios, y en solo un par de segundos, sus labios están sobre los míos: exigentes y salvajes. Después me carga en sus brazos musculosos.

—¿Qué le parece si estrenamos la casa? —me dice con cierto aire sexi y juguetón, entre besos.

—Es una estupenda idea, señor Mills —contesto de la misma forma.

Ethan me deposita sobre la cama. Sus manos habilidosas se deshacen por completo de toda mi ropa para después hacer lo mismo con la suya. Enseguida su cuerpo aprisiona el mío y sus manos inquietas me exploran como si fuera la primera vez que lo hacen, ávidas por descubrir cada parte de mi cuerpo, y su boca... Su boca no se apiada de la mía. Me roba el aliento.

## CAPÍTULO 35: SOMBRAS DEL PASADO

El invierno pasó como un rayo frente a nuestros ojos, dejando en nuestras vidas un manto de felicidad y más amor del que jamás habíamos sentido. La vida tiene otro color y mi corazón se regocija ante la dulce mirada que Ethan me dedica cada mañana. Aunque es esa misma mirada la que varias veces se ve turbada por la preocupación, sobre todo en las últimas semanas. Ethan no ha querido contarme lo que sucede, pero sé que se trata de algo grave porque ha contratado seguridad para él y para mí; mucho más para mí.

Ahora tengo conmigo a Owen, un joven afroamericano de treinta y tantos años, y a Lean, que me parece que bordea los veintiocho. Este último es mucho más amistoso; no lleva la seriedad característica de Owen en la mirada.

No he podido dejar de preguntarme ¿qué fue lo que orilló a mi amado esposo a tomar esta decisión? Persuadirlo para que desista resulta una tarea imposible de realizar. Se muestra hermético con el asunto. ¿Nuestras vidas corren peligro? La idea me aterra, pero no por mí. La verdad es que no soportaría que alguien le hiciera daño a él. Pensar en que eso pudiera suceder me enferma.

Dejo el libro que leía en la mesita auxiliar de cristal que está junto a la ventana del salón principal y voy al estudio, donde Ethan se la ha pasado encerrado las últimas dos horas. Entro sin tocar. Está hablando por teléfono, por lo que no se percató de mi presencia.

—¡No me interesa como lo consigan, quiero a ese infeliz tras las rejas! — grita y espera a que le respondan—. Bien. Mantenme informado.

Dice y cuelga.

Evidentemente está furioso, o al menos es lo que parece.

Giro sobre mis pies, lista para salir en silencio antes de que se percate de mi intromisión, pero mi huida no llega a feliz término. Ethan vuelve la mirada y rapta la mía. Levanta las cejas sorprendido, después frunce el ceño. No puedo evitar sentir que cometí un delito al entrar sin tocar.

—Disculpa. No sabía que estabas al teléfono —murmuro, encogiendo los hombros.

No dice nada por varios segundos, que me parecen horas. Al final sonrío y con su mano me invita a acercarme. Lo hago sin dudar. Pronto estoy junto a él

con la cabeza gacha, avergonzada. Ethan acaricia mi barbilla y la levanta para que lo mire.

—Descuide, señora Mills. Siempre es un placer verla. La extrañaba.

—¿De verdad?

—De verdad —asegura, y me da un beso en la comisura de los labios.

¿Cómo puede cambiar de humor con tanta facilidad? Hace un momento estaba hecho una furia al hablar por teléfono y ahora es todo dulzura. Quizá este sea un buen momento para obtener algo de información sobre lo que le atormenta.

—¿Problemas? —indago en un hilo de voz. Ethan vuelve a fruncir el entrecejo y se aparta dándome la espalda.

—Nada que no tenga solución —apunta con cierto aire de irritación.

—Sé que quizá no valga la pena insistir para que me cuentes qué sucede, después de todo, cada esfuerzo que he hecho para que te abras conmigo ha sido en vano, pero quiero que compartas tu carga. Ethan, soy tu esposa.

Menea la cabeza y envuelve los dedos en su brillante cabellera castaña.

—Victoria, por favor, confía en mí. Créeme cuando te digo que no debes preocuparte. Todo se va a arreglar. ¿De acuerdo?

¿Voy a poder hablar abiertamente con él alguna vez? Creo que no, así que será mejor que me resigne a sus secretos y silencios.

Asiento.

—Quedé de verme con Mila en el centro comercial. Ya sabes. Quiere ir de compras. La voy a acompañar.

—¿No puede hacerlo sola? —replica. Le dedico una fugaz mirada de reproche que parece captar enseguida. ¿Ahora no quiere que salga? —. ¿Qué remedio! Bien. No te separes de Lean y Owen —ordena finalmente.

Siento un breve deseo de replicar, pero me contengo. No quiero discutir.

—Está bien. Te veré más tarde. —Me acerco y le doy un beso en la mejilla. Noto que desea decirme algo más, pero se contiene—. Te amo —añado con tristeza y salgo.

¡Qué hombre más tozudo y exasperante! ¿Es que no me tiene confianza? ¿Por qué no entiende que sus problemas también son míos? Sé que no puedo obligarlo a decirme lo que sucede; solo espero que sea lo que sea, se resuelva pronto.

Miro a «mis sombras» por el retrovisor. Me siguen, como es su costumbre, en el auto a una distancia prudencial. ¿Cuánto va a durar esto? Aunque podría

ser peor. Por lo menos logré convencer a Ethan para que me dejara conducir mi auto sin compañía alguna. Ese fue un triunfo como ningún otro, pues quería que Lean lo hiciera.

Aparco en el estacionamiento del centro comercial, después busco la cafetería en donde Mila me espera. Siento que ha pasado una eternidad sin verla. Tenemos tanto de que hablar...

La veo sentada en una de las mesas centrales. Cuando me ve me saluda y me invita a acercarme. Lo hago.

—¡Señora Mills! ¡Por fin pudo escapar de su impetuoso esposo! —bromea en medio de su caluroso abrazo de bienvenida que por poco me corta la respiración.

—Por favor, Mila. No exageres...

—Es que ahora no puedes tomarte un café con tu mejor amiga sin que él te vigile, y lo digo porque desde hace dos semanas que llevas a dos sexis escoltas a cuestas. ¿Me dirás qué sucede?

Me pregunto lo mismo.

—Realmente, no lo sé. Me molesta, pero si a Ethan le tranquiliza, está bien.

—Imagino que sí. Aunque es extraño. Nunca imaginé verte así.

—Ethan no es cualquier persona, lo sabes... —Y yo lo sé.

Muy a mi pesar, nuestro matrimonio es de interés público. Será mejor que cambie de tema. No vine para seguir atormentándome con preguntas que al parecer no tienen respuesta, y sé que, a menos que encuentre una buena salida, Mila no me va a dejar en paz. Por fortuna, sé exactamente qué decir.

—¿Cómo va todo con George?

—¡Excelente! Vic, siento que es el indicado... —profiere con el rostro iluminado. Suspiro con alivio porque parece haber olvidado el tema anterior —. Nos la pasamos tan bien juntos, es...

Después de despedirme de Mila, lo único que deseo es volver a casa y rehabilitar el genio de mi esposo. Ella puede ser extenuante algunas veces. Desde que le pregunté de su relación con George no hubo nada que la hiciera dejar de hablar maravillas de él. Aunque debo admitir que verla tan llena de vida y enamorada, es encantador.

Cuando vuelvo al estacionamiento, me concentro en buscar las llaves de mi auto en medio de todo lo que tengo guardado en la bolsa, y una vez que las encuentro subo al auto, consciente de que no pasará mucho antes de que Owen

haga su aparición para comprobar los neumáticos.

Hace calor... Mucho calor. Intento oprimir el botón para bajar las ventanillas, pero algo extraño me detiene. La ventanilla del conductor está baja. ¿La bajé antes de salir? No, no lo creo. Pero si no fui yo...

—No te atrevas a gritar o te vuelo los sesos —advierte una voz carrasposa que proviene de los asientos posteriores. El alma se me cae a los pies cuando siento la boca del cañón de una pistola en la nuca. Dios... ¡tengo una pistola apuntándome! Palidezco y miro nerviosa por el retrovisor. Un hombre rubio con barba abultada del mismo color de su cabello me devuelve la mirada, solo que esta es desafiante—. ¡Conduce zorra! ¡Pierde a esos cabrones!

—¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué...? —balbuceo con dificultad.

De pronto siento que me falta el aire.

—¡Cierra la boca y has lo que te digo! —ordena lleno de rabia. Obedezco.

Enciendo el auto y veo por los espejos laterales que Owen y Lean apenas están subiendo al suyo. Arranco y acelero a tope hasta que consigo salir del estacionamiento. Las manos me tiemblan y los ojos se me llenan de lágrimas.

—Lo estás haciendo bien —murmura el hombre rubio cuando se percata de que no hay rastro del equipo de seguridad.

Inspiro hondo para ahogar el llanto. La pistola sigue apuntándome.

—Ella es Leslie —dice refiriéndose al arma—. Leslie es muy buena, pero tiene un carácter de mierda, así que te aconsejo que no hagas nada estúpido o podría enfurecer. ¿Entendido? —No puedo responder. El pánico no me lo permite—. ¡Pregunté si entendiste! —grita, y yo no soy capaz de hacer otra cosa más que asentir—. Buena chica.

Salimos por la primera avenida, y varios minutos después nos encontramos en la interestatal 87, en Mott Haven.

El hombre con el arma me indica que entre por una carretera polvorienta. Las casas y las personas empiezan a ser escasas cuando nos adentramos a la nada.

«¡Dios, ayúdame por favor!», consigo rezar en mi mente.

—Supongo que tendrás varias preguntas para mí —me dice—. Seré bueno y responderé tres. ¡Hazlo!

—¿Quién es? ¿Qué quiere de mí?

Mi voz no es más que un susurro apenas audible.

—Quiero diez millones.

—No tengo esa cantidad.

—¡Pero el hijo de puta de tu esposo si los tiene! —Dejo de respirar. ¿Ethan? ¿Qué tiene que ver Ethan con este hombre? —. Me los dará si no quiere ver a su zorra hecha polvo.

¿Planea hacer algo contra él? ¡No, no, no!

El sonido de mi móvil hace que de un respingo. ¡Una llamada! La mano derecha del criminal se desliza por el asiento para tomar el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros. Tiemblo.

—¿Qué rápido es ese imbécil! Al parecer recibió la afectuosa nota en la que le informaba de nuestro encuentro. Espero no ocasionarte problemas con tu esposo —dice con una sonrisa llena de desprecio—. Se lo advertí, pero creyó que estaba jugando.

¿Qué significa eso? Acaso...

De pronto todo tiene sentido. El miedo en los ojos de Ethan en estos últimos días. Sus palabras: «No toleraría que algo te pasara». Era por esto. Por este hombre. «Se lo advertí, pero creyó que estaba jugando». ¿Lo estaba amenazando? ¿Qué es lo que quiere?

Las lágrimas caen incontrolables por mis mejillas. Siento pánico, miedo y muchos otros sentimientos desagradables.

—Ethan Mills. ¡Qué gusto volver a escucharte! —contesta, burlón—. ¡Oh, espera! Te pondré en altavoz para que tu dulce palomita pueda escucharte.

—¡Victoria! —grita Ethan, y su voz suena desesperada.

Ethan..., mi amor.

—Ella está algo ocupada en este momento. Vaya... no la recordaba tan hermosa. Eres un hijo de puta con suerte, Mills.

—¡No te atrevas a tocarla o te mataré con mis propias manos! —le amenaza Ethan.

—¿Es que no lo entiendes? ¡El que da las jodidas órdenes aquí soy yo! Me arruinaste la vida... Te encargaste de joderme la existencia... Bien, es mi turno ahora. Escúchame bien, Mills. Quiero diez millones de dólares en dos horas o me encargaré de que esta dulce palomita no vuelva a volar. Espera mis instrucciones. —Cuelga.

Hago hasta lo imposible por controlar las terribles náuseas que siento. Todo esto sucedió tan rápido... Siento que la cabeza me va a estallar intentando comprender lo que sucede. Sus palabras... ¿Qué lo había arruinado? ¿Por qué?

—Por ahí —indica cuando llegamos a una especie de granero. Hago lo que

me pide y enseguida veo a otro hombre hacerme una señal para que me detenga. Apago el motor—. Ahora baja y recuerda: no hagas ninguna estupidez.

Abro la puerta con las pocas fuerzas que me quedan y el tipo moreno que aguardaba en este lugar se apresura a tomarme del brazo con violencia y llevarme a una silla de madera en donde me ata con una cuerda. No puedo verlo con claridad por todas las lágrimas acumuladas en mis ojos.

—No irás a ninguna parte —susurra muy cerca de mi oído cuando termina de atarme.

—¡Por favor, no me hagan daño! No tienen que hacer esto... —suplico entre sollozos.

—Oh, por supuesto que lo tengo que hacer. Tal vez no lo sepas, pero llevo planeando esto por mucho tiempo. Seguro me recuerdas. Yo no te he olvidado.

¿Recordarlo?

Examino su rostro. Su piel es pálida, casi translúcida. Tiene ojeras monstruosas y su sonrisa es detestable. Lleva un traje sucio y arrugado. Empiezo a remover recuerdos en mi mente hasta que llego a la noche que acompañé a Ethan a su cena benéfica y resuena en mi interior una voz similar a la que ahora me amenaza. «Vamos, nena... ¿te comieron la lengua los ratones?»

¡Dios!

—Eres... ¿Qué es lo que quieres?

—Lo que es mío. Ese hijo de perra me lo debe —responde y empieza a caminar por todo el lugar—. Lo tenía todo planeado. Era un gran golpe, brillante, meticuloso, sin errores... Tendría millones y a esa ramera a mi disposición. Todo era perfecto hasta que ese imbécil decidió meter sus narices y joderlo todo. Me condenaron a quince años por estafa agravada y otros cargos. Por supuesto que no imaginaron que me concederían fianza por mi buen comportamiento —ríe—. Así que mi buen amigo Roy la pagó. Salí en libertad después de ¡tres putos años! ¿¡Tienes idea de lo que se siente!?! —Se acerca a mí—. No hay gente amable en prisión. No he estado con una mujer en todo este tiempo.

Acerca su desagradable rostro al mío y de pronto siento que el estómago se me revuelve cuando desliza sus asquerosos dedos por mis hombros.

—No estoy seguro de que Mills se merezca todo esto —añade y baja la

mano por mi pecho.

—¡No me toques! —le grito, y en un acto reflejo escupo sobre su rostro. Él vuelve a sonreír con desdén.

—¡Maldita ramera! —grita con desprecio y me da un puñetazo en la cara que me envía al piso con la silla a cuestas.

Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas por el dolor y la impotencia.

—¡Acaso crees que ese bastardo tiene más bolas que yo! —Toma mi cabello y lo hala con fuerza para que lo mire—. Oh, cariño. Estoy ansioso por demostrarte que no es así. —Me suelta con fuerza y mi cabeza rebota contra el pavimento. Casi estoy inconsciente. No puedo moverme. Solo soy capaz de saborear la sangre en mi boca.

—Es hora de enviar las instrucciones —dice el otro sujeto.

—Ya lo hice. Le envié un mensaje desde el teléfono de esta puta. Roy estará pendiente, oculto, esperando a que dejen el dinero, después me avisará.

—¿Qué haremos con ella?

Él levanta mi rostro con uno de sus zapatos sucios y acabados.

—Me la cogeré, después la enviaré al cielo, con los angelitos.

¡No! ¡No! ¡No! ¡Me van a matar!

Escucho sus enfadosas risas y veo sus borrosas siluetas a mi alrededor. ¡Me van a matar! ¡No! No quiero morir sin ver el rostro de Ethan por última vez. Ese es mi mayor temor.

Intento desatarme, pero mis esfuerzos son inútiles. No tengo fuerza para hacerlo. Todo mi cuerpo tiembla y no puede dejar de hacerlo. Cierro los ojos con fuerza.

¿Es este el final?

«Hoy, Victoria Masterson, te tomo a ti como mi esposa, para amarte, respetarte, protegerte y cuidarte por el resto de mi vida», la voz de Ethan pronunciando nuestros votos viene a mi mente como un consuelo desgarrador... «Prometo que reiré contigo en los momentos de felicidad y que te reconfortaré en los momentos de dolor». Ethan... «Compartiré tus sueños y te alentaré a que los alcances estando siempre a tu lado en cada paso del camino». Un dolor insoportable me aprisiona el cráneo y la vista se me vuelve borrosa.

—¡Maldita sea, James! ¡La jodida policía viene hacia aquí!

Escucho el sonido de sirenas de policía, pero es lejano... Muy lejano...

—¡Hijo de puta! —grita él y me apunta con la pistola.

—Déjalo ya. ¡Vámonos!

—¡No! Tiene que sentir lo que yo. Tiene que pagar por su estupidez... Es una lástima, hubiera querido divertirme un poco contigo, pero tendré que apresurar esto.

Cierro los ojos con fuerza por la anticipación y repito en mi mente el nombre de Ethan como una oración. Lo último que escucho es el arma detonarse.

## CAPÍTULO 36: SEGUIR ADELANTE

Mi vida se convierte en un carrete grabado de recuerdos que se reproducen a toda velocidad, deteniéndose apenas en unos cuantos: el día de mi boda, el último beso que le di a Ethan... Su sonrisa viene a mí como un sueño dulce y fascinante que se esfuma como el sol al atardecer, dejándome en una completa oscuridad. Una oscuridad que me horroriza.

Abro los ojos y miro a mi alrededor. Estoy en casa. En casa... Reconozco las paredes rosáceas de la habitación, también las cortinas venecianas que Ethan y yo compramos en nuestra luna de miel. Y las mantas... cálidas como siempre. Sí, estoy en casa... ¿Pero por qué me siento tan débil?

—Ethan... —es lo primero que consigo susurrar, y mi voz suena débil. Muy débil.

Al instante siento un calor reconfortante en mi mano derecha. Me vuelvo y veo a Ethan sosteniéndola mientras me dedica una mirada llena de alivio. Su rostro luce pálido y sus ojos cristalinos.

—¿Qué sucedió? —pregunto. Me siento confundida.

Él se lleva mi mano a los labios y le da pequeños besos.

—Pensé que nunca despertarías... —contesta al fin en un hilo de voz.

De pronto los recuerdos vuelven a mi mente como una tormentosa pesadilla, pero sé que no lo es. ¡Santo cielo, estuve a punto de morir! Iba a morir...

Empiezo a sollozar víctima del pánico.

—Ya pasó... —se apresura a arrullarme Ethan, envolviéndome con sus brazos.

—Pensé que iba a morir... Me aterraba pensar que... no podría verte nunca más. —Lo abrazo con todas mis fuerzas. Es lo que necesito. Necesito sentirme a salvo, y el único lugar en el que consigo sentirme así... son sus brazos.

—¡No debí dejarte sola! Si te hubiera sucedido algo yo... —gimotea.

¡Oh, Ethan!

Veo que una lágrima rueda por su mejilla antes de que me aprisione más contra su pecho. Con algo de debilidad levanto mi mano e intento secarla con mis dedos.

—Shhh... Estoy bien. Estoy aquí, Ethan. ¿Lo entiendes? No voy a ninguna

parte.

—No tienes idea del infierno que viví cuando supe que ese enfermo bastardo te tenía. Yo... me sentí perdido. No supe qué hacer... ¡Me volví loco!

Puedo imaginarlo, porque su semblante evidencia su sufrimiento. Mi Ethan...

Beso su barbilla.

—Pero estoy aquí —le tranquilizo—. ¿Cuánto he estado inconsciente?

—Ocho horas.

—Vaya... Es mucho tiempo.

—Lo es —responde con amargura mientras meneaba la cabeza y vuelve a besar mi mano.

Sí, ambos vivimos un infierno, y quizá no sea momento para preguntas fatigosas, pero necesito saber qué fue lo que sucedió.

—¿Ese hombre es la razón por la que contrataste seguridad? —Asiente sin mirarme—. Ethan, ¿por qué no me lo dijiste?

—No quería preocuparte. Mi gente se estaba haciendo cargo.

Le dedico una mirada inquisitiva y espero pacientemente a que la capte y me cuente absolutamente todo. Ethan duda unos segundos, pero pronto empieza a hablar.

—Hace un par de semanas recibí una amenaza anónima. Decía algo como: «Arruinaste mi vida. Estoy deseando devolverte el favor». No entendía. La analizaron y no había huellas. La nota estaba limpia. Entonces, tras varias investigaciones, Mason me informó que James había salido bajo fianza. Enseguida supe que se trataba de él. La amenaza era clara, así que decidí que no iba a exponerte, pero me confié y...

—¿Por qué quiso dañarnos?

—¿Recuerdas la noche que te abordó?

Asiento.

—Dijiste que habían sido socios, pero decidiste romper la sociedad porque acosaba a Erica.

—Lo que no te dije es que mi equipo descubrió que James intentaba robar millones a EMDC, y que había realizado varios fraudes con algunos de nuestros clientes. Me encargué de refundirlo en la cárcel.

Oh... A eso se refería cuando hablo de los millones que tendría.

—Siempre pensé que la razón de peso fue Erica.

—Ella solo fue un cargo más para su condena.

—¿Y qué pasó con él? ¿Está en la cárcel?

—No —dice ceñudo—. No logró sobrevivir al disparo.

—¿Está muerto?

Asiente.

Muerto... Recuerdo el sonido ensordecedor que escuché antes de perder la conciencia. Le dispararon.

—¿Y su cómplice?

—Él... —titubea.

—Ethan, dímelo. Creo que después de lo que hemos vivido ya no caben los secretos entre los dos.

Ethan parecer sopesar mis palabras.

—Tienes razón —conviene, resignado—. Llegué poco después de las patrullas y de inmediato me ocupé de ti. No tenía cabeza para nadie más. Mason se ocupó de todas esas mierdas policiales. Detuvieron al sujeto y este confesó que James le había prometido dos millones... Ese infeliz pasará una buena temporada en la cárcel, te lo aseguro.

James muerto y el otro hombre detenido... Pero no solo eran los dos. Recuerdo que en medio de la confusión escuché a James mencionar algo acerca de un tal... Recuerda, Victoria, recuerda: «Roy estará pendiente, oculto, esperando a que dejen el dinero, después me avisará».

—¡Ethan, hay otra persona implicada! —exclamo con horror.

—¿De qué hablas?

—Los escuché hablar de un sujeto llamado Roy. Ese hombre estaría vigilando la entrega del dinero. Había alguien más, amor. ¡Está libre!

Alguien que puede querer hacerle daño. No, Dios...

Palidezco.

El rostro de Ethan se ensombrece al escucharme. Toma su móvil del bolsillo de la americana gris que lleva y le marca a Mason para pedirle que venga. Después me da un beso en la frente y sale de la habitación.

La pesadilla no ha terminado, lo sé. Ethan está protegiéndome, pero también quiero protegerlo a él. Después de todo, esto sucedió por mi estúpido empeño por no tener a alguien de seguridad conmigo. Si le hubiera hecho caso todo estaría bien y él no tendría otra preocupación sobre sus hombros.

\*\*\*

La luz del hermoso sol otoñal que entra por la ventana me despierta y lo primero que veo al abrir los ojos es la dulce mirada de mi amado esposo que está sentado junto a mí, con una bella rosa roja y una tarjeta en la mano. Parece recién salido de la ducha, aunque ya está vestido. Lleva una camisa blanca con los botones superiores abiertos y vaqueros negros. Sonrío, se la recibo y leo.

*Feliz aniversario, señora Mills.*

*Le amo.*

*Su esposo.*

Lo miro de nuevo con los ojos llenos de amor y le doy un beso tierno en los labios.

—Feliz aniversario, amor. No parece un año, ¿verdad?

—No, bella esposa. Sin embargo, es el tiempo que ha pasado. Hace un año estábamos frente a un sacerdote jurando amarnos para siempre. —Ethan sonrío y acaricia mis sienes con los nudillos—. Victoria, este ha sido el año más feliz de mi vida gracias a ti.

—Y el mío. Te miro y aún me cuesta trabajo creer que estemos casados.

Sonrío con timidez.

Ha pasado un año; el mejor a pesar de la pesadilla que vivimos hace meses.

Debo admitir que ha sido difícil en varias ocasiones, pero el amor que nos tenemos ha sido más fuerte que cualquier desacuerdo. Ahora no puedo ser más feliz. Amo a este hombre dulce y amoroso; lo amo con locura, con cada parte de mi ser y sé que este es el primero de muchos años que nos quedan por delante.

—Bien. Será mejor que mi perezosa esposa se vista, porque quiero llevarla a un lugar muy especial —me pide, dedicándome una sonrisa encantadora—. Te espero abajo, nena. —Besa mi frente y sale de la habitación.

Me quedo embobada mirando la puerta que acaba de cruzar. La rosa es realmente hermosa y huele delicioso. Huele a él.

Ethan es muy detallista y eso me fascina. Por fortuna, después de la discusión que mantuvimos sobre sus regalos costosos, ha intentado medirse. No lo ha logrado completamente, pero sigue trabajando en ello.

Me levanto y voy directamente a la ducha, ansiosa por saber qué es lo que tiene preparado para este día. Es sábado, así que no debo preocuparme por ir a trabajar.

Estos días han sido agotadores en ese campo. Aunque las ganancias de la agencia se triplicaron después de la boda y eso es bueno. Me pregunto si se debe a mi matrimonio. En fin, sea como sea, estoy contenta porque hemos podido ampliar las plazas de trabajo, en especial para migrantes. Siempre he pensado que no se les debería negar oportunidades, pues tienen mucho talento y esas ganas increíbles de salir adelante, lo que no es fácil de encontrar en cualquier persona, pero sí en una que llegó a este país con sueños.

—Buen día, señora Mills. El desayuno está servido —indica Dora, el ama de llaves que contrató Ethan cuando nos mudamos aquí.

Estuve en contra al principio, pero debo admitir que, con el trabajo, apenas y tengo tiempo para ocuparme de la casa. Su presencia ha sido de mucha ayuda, además es adorable. Debe tener alrededor de cincuenta años. Su rostro emana dulzura y su voz es suave y cálida, como la de mamá. Quizá por eso he llegado a consentirle tanto cariño, pues me recuerda a ella.

—Buen día, Dora. ¿El señor está en el comedor?

—No, señora. El señor Mills está en su estudio atendiendo una llamada.

—Gracias —le digo y le dedico una sonrisa sincera.

Dora hace una reverencia y se retira.

Voy al comedor. Tengo mucha hambre, demasiada, pero imagino que es normal después de la noche tan intensa que tuvimos Ethan y yo ayer.

No puedo ocultar mi emoción al ver el desayuno. Dora cocina delicioso y hoy particularmente se lució: tortitas, tostadas francesas, fruta... Todo perfectamente acomodado sobre la barra de desayuno.

Mi estómago empieza a gruñir esperando devorar todo.

¿Cuánto tardará Ethan? Últimamente ha estado pegado a ese teléfono por demasiado tiempo, más de lo habitual.

Muero de hambre, así que como un trozo de sandía mientras lo espero. En un par de minutos hace su entrada en la cocina.

—Lo siento, nena. Tenía que resolver un par de cosas —dice ceñudo.

Parece preocupado.

—¿Problemas?

—Nada que deba preocuparte —contesta y se limita a acariciar mi frente.

Sus ojos se ven tristes, angustiados, pero esa es la mirada que ha tenido

por más de seis meses y sé exactamente cuál es la razón.

—No hay novedades, ¿cierto? —insisto con la esperanza de que me cuente.

Ethan pasa una mano por su cabello antes de dedicarme una mirada que me hace saber que no dirá nada.

—Se ve delicioso —murmura mirando la barra de desayuno, cambiando de tema.

Entorno los ojos. Quizá más tarde pueda insistir. Sé que ahora no podré conseguir más que miradas reprobatorias y silencios, además, estoy segura de que, si hubiera ocurrido algo nuevo, Ethan me lo diría. Tal vez no deba preocuparme demasiado. Él sabe cómo resolverlo todo. Todo excepto las discusiones que rara vez tenemos. Cuando eso sucede se vuelve un niño berrinchudo y muchas veces desorientado.

—Bien. Siéntate para que podamos desayunar. ¡Muero de hambre!

Mis palabras captan su atención y evidentemente lo relajan. Ahora me mira con asombro y algo de diversión.

¿Es tan raro que tenga hambre?

—Señora Mills, últimamente está comiendo demasiado. Me temo que, de seguir así, no podré cargarla más.

—¿Está insinuando que estoy gorda, señor Mills? —replico y pongo los brazos en jarra, fingiendo indignación.

—No me disgustarían unos cuantos quilos más, o muchos.

—¿Me querrías igual?

Lo miro fijamente a los ojos.

Ethan menea la cabeza en negación y esboza una sonrisa tierna.

—Victoria, te amo con mi vida. No hay nada que haga que eso cambie.

—Bien —respondo, y empezamos a desayunar.

Sé que tiene razón. Poco me faltó para arrasar con todo lo que había sobre el desayunador. Debería empezar a hacer ejercicio. Sé que Ethan dijo que me amaría a pesar de todo, pero no quiero descuidar mi salud, aunque, hasta ahora, no parece que haya aumentado de peso.

Miro por la ventanilla desde el asiento posterior del auto mientras Mason conduce por *Grand Central Parkway*, en dirección a Queens. La última vez que estuvimos por aquí fue cuando regresamos de nuestra luna de miel.

Frunzo el ceño. Acaso vamos al...

—¿Vamos al aeropuerto? —Miro inquisitiva a Ethan, que asiente

enseguida con una sonrisa—. ¿A dónde?

—París.

—¿¡París!?! —Mis ojos por poco saltan de su órbita al escucharlo. ¡Vamos a París! No lo puedo creer—. ¿Estás bromeando?

—No —contesta con tranquilidad mientras ojea las páginas del New York Times.

No puede ser... ¡París! Mi corazón se acelera por la emoción.

Le quito el periódico de las manos y me siento sobre sus piernas para darle un beso intenso de agradecimiento. Después de varios segundos lo dejo respirar y me encuentro de nuevo con su hermosa sonrisa mientras recuperamos el aliento.

—¿Recuerdas que una vez te dije que eras como el genio de la lámpara de Aladino? —Asiente—. Bueno, eres mejor que él. —Sonríó—. Siempre quise visitar París. Ethan, gracias.

—Solo quiero hacerla feliz, señora Mills —ronronea, acariciando mi cabello con la nariz.

—Y lo haces. Soy inmensamente feliz cuando estoy contigo, sin importar el lugar.

¡París! La verdad es que visitarla ha sido mi deseo secreto, pero pensé que no lo cumpliría hasta dentro de varios años. Nunca imaginé que podría suceder tan pronto.

—¿Owen y Lean vendrán con nosotros? —pregunto sin abandonar sus piernas. No noté que nos seguían hasta hace poco.

La sonrisa en su rostro desaparece.

—Es nuestro aniversario... No quise arriesgarme a que un grupo de molestos reporteros arruinen nuestro viaje.

—Eso ha sucedido siempre, y sabes que hemos podido manejarlo, amor. Creo que esta es una medida exagerada e innecesaria. Me siento extraña con ellos.

—Por favor, nena. Confía en mí —suplica.

No entiendo que es lo que está sucediendo, y para ser sincera el miedo que veo reflejado en sus ojos desde hace meses me asusta, pero no puedo aceptar de nuevo su hermetismo.

—Confío en ti, amor. Sin embargo, creo que, si todo esto se debe al último cómplice de James, nos interesa a ambos.

Ethan frunce el ceño y parece sopesar mis palabras con seriedad. ¿Lo

estoy abrumando? Por supuesto que no. Sé que si uno de los dos ignora lo que le sucede al otro todo puede estar en peligro.

—Bien —responde sumiso—. Si no hay más remedio... Existen razones para creer que ese sujeto se encuentra en Nueva York y que me sigue la pista.

—¿A ti?

Asiente.

¡Oh, Ethan!

¡Dios! ¿Por qué no puedo proteger a la única razón de mi existencia? Siento que estamos atados de pies y manos, a merced del peor de los males.

Lo abrazo, envuelta en un pavor indescriptible, y empiezo a gimotear sobre su hombro.

—Lo que me suceda me tiene sin cuidado, pero si te llegara a pasar algo...

Deja las palabras suspendidas en el aire, horrorizado.

Me aparto y tomo su rostro entre mis manos. No soporto verlo así. No lo tolero.

—Mientras estemos juntos todo irá bien. Yo te amo tanto... Eres mi razón para vivir, Ethan, y tampoco toleraría perderte.

Le doy un beso casto y vuelvo a descansar en su pecho.

¿Cuándo terminará esta pesadilla? ¿Cuándo podremos recuperar la tranquilidad que nos fue terriblemente arrebatada? A veces pienso que eso no sucederá. He sentido una horrible opresión en el pecho desde el secuestro. Una opresión que se ha vuelto mucho más insoportable ahora que supe que ese sujeto persigue a Ethan. Me siento impotente, inútil... Sin embargo, sé que debo mantenerme fuerte. Él me necesita fuerte.

\*\*\*

Son las cinco de la tarde en mi reloj, lo que indica que son las once de la noche aquí en París. Aterrizamos hace una hora en el aeropuerto *Charles de Gaulle*. Ahora Mason conduce el auto que nos lleva al lujoso hotel donde nos alojaremos, y yo descanso en los brazos de mi amoroso esposo.

Este viaje servirá para relajarnos un poco y, momentáneamente, hará que olvidemos nuestros temores. Es increíble... El equipo de seguridad me ha acompañado desde hace mucho tiempo y es la primera vez que lo valoro en verdad. Y Mason... Es un alivio saber que Ethan lo tiene a él.

Nuestras miradas se encuentran por el retrovisor. Le dedico una sonrisa de agradecimiento y cariño; él me devuelve otra que me tranquiliza. Es como una

respuesta a mis pensamientos.

El auto se detiene frente al hotel después de quince minutos. Ethan me da un beso en la frente y baja para abrirme la puerta.

A primera vista me es posible apreciar el lujo del lugar en donde nos hospedaremos las próximas dos semanas. Sí, dos semanas. Fue una súplica de Ethan a la que no pude negarme.

Ethan toma mi mano para entrar a la edificación. Pronto nos encontramos en el *lobby*, y una simpática mujer, de no más de treinta, nos recibe con su amplia y luminosa sonrisa.

—*Bienvenue à l'hôtel G*<sup>[xxvii]</sup> —nos dice.

—*Merci. J'ai une réservation au nom d'Ethan Mills*<sup>[xxviii]</sup> —responde Ethan, ignorando el ligero rubor que ha aparecido en las mejillas de la rubia francesa.

—*Bien sûr, monsieur Mills. Permettez-moi une carte de crédit et une pièce d'identité, s'il vous plaît.*<sup>[xxix]</sup>

Mientras los dos intercambian diálogos en los que se evidencia su fluido francés, me suelto de la mano de mi esposo y recorro despacio la espaciosa recepción. Es preciosa... Sobre todo, la lámpara de araña que cuelga en medio de la habitación. Y las flores... huelen delicioso y mantienen ese singular color otoñal.

—*Ils sont trois chambres. Et les bagages, au penthouse, s'il vous plaît*<sup>[xxx]</sup> —es la instrucción final que le da Ethan a la joven «sonrisas».

—*Tout de suite, monsieur. Profitez de votre séjour*<sup>[xxxi]</sup> —se apresura a responder ella.

—*Merci.*<sup>[xxxii]</sup>

—*Nous sommes ici pour vous servir, Monsieur Mills.*<sup>[xxxiii]</sup>

Ambos nos encaminamos al elevador, que pronto nos lleva hasta la octava planta: al penthouse.

Me parece demasiado que Ethan lo haya reservado, y aunque no estuve de acuerdo, no quise arruinar nuestro viaje discutiendo por dinero. Además, soy consciente de que esta vez se midió. Es un alivio que no haya reservado la suite presidencial o algo parecido.

Mi mandíbula se va al piso cuando por fin entramos al ático. Es elegante e intimidante, pero imagino que así debe ser una residencia parisina privada.

Las terminaciones y el mobiliario de lujo captan mi atención de inmediato y eso que apenas cruzamos la sala de estar.

Ethan me abraza por la espalda.

—¿Le gusta, señora Mills? —susurra en mi oído.

¿Qué puedo decir? Esto es demasiado, y por supuesto que me encanta. Asiento y lo sigo hasta la habitación.

—Será mejor que descansemos. Mañana saldremos a recorrer varios lugares.

—Realmente no tengo sueño, Ethan —musito y observo rápidamente la habitación.

Todo es impresionante, desde las cortinas en tonos pastel, las frondosas orquídeas blancas, la alfombra de lana suave y las paredes revestidas en seda de tono dorado.

—¿Qué podemos hacer? —Su intensa mirada me atrapa e inmediatamente un frío delicioso recorre mi espalda—. Ven conmigo.

Salimos de la mano hasta la hermosa terraza privada que nos obsequia una vista fenomenal de París a media noche.

—Podemos aprovechar su insomnio —murmura seductor cuando se percata de que he vuelto la mirada a la cama. Me ruborizo inmediatamente. Pero esa es una respuesta natural a sus insinuaciones.

Siento su respiración acelerada sobre mi cuello desnudo. Paso saliva antes de que, con un movimiento ágil, me vuelva hacia él para que lo mire. Sus ojos brillan con una intensidad indescriptible. Es como si vislumbraran lo que tanto habían ansiado ver. Me desarma por completo. Me pone a temblar.

—Me enloqueces, Victoria... Haces que pierda el control —jadea, y yo siento que ardo por dentro.

«Soy capaz de hacerle perder el control...», pienso, y una agradable sensación de orgullo crece en mi interior.

Dejo escapar un profundo suspiro antes de que su boca atrape la mía. Me besa con vehemencia y eso es suficiente para enloquecerme. Le devuelvo el beso. Enredo mis manos en su cabello y jugueteo un poco con él. Lo deseo tanto... Y siento que este es el momento perfecto y el lugar indicado para hacer el amor.

Tomo su mano, sin dejar de besarlo, y lo llevo de vuelta a la habitación. Entonces me aparto y dejo que mi vestido floreado caiga hasta mis pies. Él solo me mira, como si estuviera dispuesto a cederme el control total de la

situación, y yo estoy feliz de tomarlo. Me acerco lentamente y empiezo a desabrochar uno a uno los botones de su camisa hasta que me deshago de ella por completo, después hago lo mismo con el resto de su ropa.

Enseguida estoy sobre él, besando cada parte de su cuerpo fornido y musculoso, acariciando centímetro a centímetro su hermosa piel bronceada... sin detenerme ni un solo segundo.

Cuando despierto me siento desorientada. Solo una leve brisa tibia hace que recuerde que estoy en París, en un ostentoso hotel, junto a mi marido. Mi marido... Me vuelvo y veo que Ethan duerme profundamente a mi lado. Su rostro está adornado por una bella y amplia sonrisa que me deja sin respiración. ¡Es tan hermoso...!

Me levanto despacio, cuidando de no despertarlo. Recojo su camisa del suelo y me la pongo para asomarme al borde de la terraza.

Inspiro profundamente el aire de mi primera madrugada parisina. Deben ser alrededor de las cuatro de la mañana, y mi mente empieza a revivir hermosos momentos, todos enfrascados en aproximadamente cuatro años y seis meses, que es el tiempo que conozco a Ethan, el maravilloso hombre que jamás ha dejado de sorprenderme. No por los viajes ni los detalles costosos, sino por la dulzura de su alma, el romanticismo que al principio se negaba a aceptar y todo el amor que tiene para dar. Siempre preocupándose por mí... No sé qué haría sin él y tampoco quiero imaginarlo. Es mi vida por completo.

Si tan solo pudiera aliviar su carga, sus preocupaciones... Si pudiera terminar con esta pesadilla que no nos permite vivir en paz...

Se me forma un nudo en la garganta cuando la idea de que hay alguien que quiere dañarlo cruza por mi mente.

Mi Ethan...

Estoy aterrorizada. Pensar en perderlo me deja sin aliento. Pero no. Eso no puede suceder, porque jamás lo permitiré.

Regreso a la cama y me acurruco a su lado. Todavía dormido me da un beso casto y me abraza con fuerza.

—Despierte, señora Mills. —Ethan está sentado en el borde de la cama con su típica sonrisa de adolescente—. Nena, te has vuelto una mujer muy dormilona —me regaña con dulzura, acercándose para darme un beso.

No le puedo discutir eso, pues es cierto. He dormido más de lo normal en

estas últimas semanas. El ritmo acelerado del trabajo parece estar agotándome de una forma incontrolable.

—Buen día, amor —murmuro, aún adormilada.

—Buen día, amor —responde él—. Adoro verte dormir, pero si no te levantas me quitaré la ropa y volveré a hacerte el amor —me advierte.

No puedo evitar escandalizarme por sus palabras. Sé que lo haría y, aunque eso me encantaría, no quiero perderme nada de París.

Me levanto a regañadientes.

—Así está mejor —dice y me guiña uno de sus ojos perfectos—. Vamos a desayunar.

Después de vestirnos y desayunar, bajamos de nuevo al lobby, listos para recorrer París hasta el último rincón. Hay tantos lugares que deseo visitar... Claro que Ethan ya había estado aquí antes, pero se finge igual de emocionado que yo, lo que adoro.

Mason está junto al auto, esperando, como siempre, aunque ahora lleva un atuendo que no le había visto antes. Va de vaqueros y luce una colorida camisa a cuadros. Qué extraño... es como si viera a otra persona.

A un costado observo a nuestras sombras, tan intimidantes como de costumbre. Llevan gafas de sol oscuras y elegantes trajes negros. No puedo decir que sean la discreción personificada. Ríe en mi interior.

—Bien, espero sus órdenes. Hoy iremos a donde usted quiera, señora Mills.

Sonrío encantada.

Debo admitir que eso de señora Mills no me gusta viniendo de otras personas, pero cuando él lo dice suena dulce y me gusta escucharlo todo el tiempo. Hace que me sienta más suya.

—A la Torre Eiffel —contesto, y doy pequeños saltos a su alrededor. Sus ojos se enternecen.

—¿Escuchaste, Mason? Será a la Torre.

—Enseguida, señor.

Mason se abre camino por *Quai Branly*. El tráfico es fluido, así que no tardamos en llegar y aparcar en un pequeño estacionamiento cerca de la Torre. Estoy tan ansiosa... que decido saltarme todo el protocolo de tener que esperar hasta que me abran la puerta. Solo bajo con rapidez cuando el motor se apaga. Ethan me sigue, sonriendo encantado.

Sé que puede ser un cliché esto de visitar la Torre, pero es lo que quería.

Además, tenemos mucho tiempo para hacer un recorrido completo por todas las maravillas que París ofrece. En fin, dos semanas nos esperan por delante. Dos semanas para relajarnos y disfrutar.

Mis ojos emocionados se van al cielo, intentando abarcar la magnitud de la torre más famosa del mundo, pero eso es imposible. ¡Es inmensa!

Ethan toma mi mano y nos dirigimos a la base de la torre. Ahí hay varias taquillas dispuestas para la adquisición de boletos. Compramos un par y subimos a un panorámico ascensor de paredes acristaladas, que pronto nos lleva a la tercera planta. La del mirador más elevado.

Cuando llegamos me concentro en disfrutar de la maravillosa vista, que es realmente espectacular y hermosa. Muy hermosa... Es como si pudiera tocar el cielo con las manos, aunque sé que desde que conozco a Ethan, no he hecho más que tocarlo.

Es tan extraño... Nunca había sentido vértigo, de hecho, en ese aspecto, siempre fui más valiente que Mila, pero en este momento tengo que respirar hondo para controlar la terrible sensación de náusea que siento. Supongo que el estar a más de 270 metros de altura puede marear a cualquiera.

Inspiro hondo para desterrarlas.

El ruido de los autos en las avenidas ha desaparecido por completo. Cierro los ojos y disfruto del viento golpeando mi rostro con suavidad.

Esto es perfecto.

Acaricio las manos de Ethan que rodean mi cintura, abrazándome por la espalda.

—Es hermoso... ¡Todo parece tan pequeño desde aquí! No hay preocupaciones ni temores... No podría describirlo porque no creo que exista forma de hacerlo.

—Es un lugar etéreo, como tú —susurra y besa mi cabello.

—Usted siempre encuentra las palabras correctas para todo, señor Mills. Sin embargo, debo decir que esta vez no puedo estar de acuerdo. Este es un lugar que parece estar fuera de este mundo. Pero yo...

—También lo eres. No hay nada que pueda compararse contigo, Victoria —sentencia con una seguridad arrolladora que me es imposible rebatir. Solo soy capaz de mirarlo y agradecer infinitamente por tenerlo conmigo—. Vamos a tomar algo —añade después de darme un beso casto en la frente.

Ambos nos dirigimos a lo que parece ser un bar, y en lo primero que pienso es que realmente deseo brindar con mi esposo en este mágico lugar. Sin

embargo, mi estómago rechaza categóricamente la idea de tomar cualquier cosa que contenga alcohol, y no me puedo arriesgar a agravar el malestar que ya siento.

Unas llamativas letras grandes de color rojo anuncian el nombre del lugar: «*BAR A CHAMPAGNE*»<sup>[xxxiv]</sup>. Entramos y nos sentamos en una de las mesas que se encuentran en el borde de la terraza, ofreciendo una magnífica vista hacia vacío.

De nuevo siento que se me revuelve el estómago.

—¿Qué pasa, nena? —pregunta Ethan, y su voz suena a alarma. Imagino que el malestar ya se refleja en mi rostro.

—Nada, amor. Al parecer tengo algo de vértigo. Estaré bien si no bebo nada que contenga alcohol o azúcar. ¿Me pides agua, por favor? —Relaja un poco la expresión, pero no parece satisfecho con mi explicación. Solo asiente y va a la barra.

¿Qué diablos me pasa? Realmente no me siento bien. ¡Maldita sea! Esto es más frustrante que los cambios de humor de Ethan. Estoy en uno de los lugares que soñé conocer, con el hombre de mi vida y ¡tengo que sentirme fatal!

Ethan regresa en un par de minutos con una botella de agua mineral, un vaso y una copa de Hériot rosado. Vierte con cuidado el agua en el vaso y me lo entrega. La bebo toda de un solo bocado, agradecida.

—Te ves pálida —murmura mientras bebe el champán.

—Siempre lo he sido —bromeo, pero él me mira con el ceño fruncido—. Estoy bien. No te preocupes.

Acaricio su mano en un intento desesperado por calmarlo.

—Quizá no fue buena idea venir aquí —replica en voz baja.

¡No, no, no! ¡No quiero arruinar este viaje! Las últimas horas han sido maravillosas y no quiero que terminen mal.

—Ethan, créeme. Estoy bien. Me encanta estar aquí, contigo. Me siento feliz.

Ethan esboza media sonrisa lacónica y se limita a guardar silencio.

\*\*\*

Estoy furiosa con él, pero aún más furiosa conmigo misma. Se supone que nos quedaríamos en París por dos semanas, sin embargo, estamos en Nueva York, de regreso por el malestar que sentía y que ahora desapareció.

Sé que Ethan se preocupa, y lo entiendo de alguna forma, pero no era para

tanto. Cancelar lo que era como nuestra segunda luna de miel por un leve mareo y pequeñas amenazas de vómito, me parece exagerado.

No hemos hablado desde que decidió que teníamos que volver. Han sido horas y horas de silencio en el avión, y en el auto de regreso a casa.

Cuando Mason estaciona, bajo y cierro la puerta del auto con fuerza. Entro a casa y me encierro en una de las habitaciones para visitas.

Puede que también esté exagerando con mi enfado, después de todo él no hace más que preocuparse por mí y eso debería darme gusto, pero en lugar de eso estoy hecha una furia. Creo que será mejor que no hablemos hasta que sea capaz de controlar mis alborotados sentimientos, y sé que Ethan es consciente de eso y me dará mi espacio.

Me recuesto en la cama y me cubro con las mantas. Los recuerdos de París regresan a mi mente para infringirme una contundente tortura. Fue un sueño hecho realidad y ¡mira cómo terminó!

Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas. Yo solo las dejo salir.

Después de dos horas creo que me he quedado sin lágrimas, lo que ha contribuido eficazmente a que me sienta más relajada y serena. Ahora la culpa se cierne sobre mí como la inminente capa de nieve de una avalancha. Traté mal a Ethan. Debería ir a buscarlo y pedirle disculpas.

«Sí, es lo que debo hacer», sentencio en mi mente y salgo a buscarlo en nuestra habitación. No está. ¿Dónde puede estar a esta hora? Ya pasa de media noche.

Bajo a la primera planta y me concentro en revisar cada habitación, sin obtener resultado satisfactorio. No está.

El último lugar que queda es su estudio. ¿Por qué no se me ocurrió revisar ahí primero? Entorno los ojos.

«Debe estar aquí», pienso sin atreverme a tocar la puerta. ¿Y si está molesto? Debería estarlo... Mi comportamiento no fue ejemplar. Tal vez debería esperar hasta que amanezca. O tal vez debería arreglar mi desastre de una vez. Santo cielo... ¿Por qué no puedo atreverme?

«¡Entra de una vez!», exclama la razón, que me mira ceñuda.

Inspiro hondo y giro el pestillo. Cuando entro a la habitación lo veo sentado frente a su escritorio con la vista prendida en el ordenador. Ethan me escucha y levanta la mirada. Frunce el ceño, después sus ojos se vuelven cautos.

—Hola —murmuro con timidez. No responde—. ¿Interrumpo?

Niega con la cabeza.

Dios... ¡Es tan frustrante cuando no habla!

Me vuelvo valiente y me acerco para terminar sentada en su regazo. Le doy un abrazo, rodeando su cuello con mis brazos. Él duda unos segundos antes de responder a mi muestra de cariño, pero finalmente me abraza también.

—Lo lamento —susurro contra su cuello.

—Yo también. —Levanto la cara para mirarlo—. Tal vez esté exagerando como dices, pero... no toleraría que algo te pasaría.

Encoge los hombros e inmediatamente sus ojos se vuelven tristes.

—Estoy bien, amor. Me siento mejor.

—Tengo tanto miedo de perderte... —dice en un susurro, rodeándome con sus brazos con más fuerza—. Mi vida no tendría sentido sin ti.

—Amor, estoy aquí. No pienso ir a ningún lado. No hay nada que haga que me separe de ti, porque eres mi vida.

—Quiero que vayamos a que te revise un médico.

Entorno los ojos porque sé que no me lo está pidiendo, me lo está ordenando.

—Ethan, me siento mejor —intento persuadirlo. Él pasa una mano por su cabello cuando me escucha, haciéndome notar su exasperación. Tengo que hacer algo para que mejore su humor, o por lo menos para que ese miedo infundado desaparezca—. ¿Qué te parece si la próxima vez que sienta la más mínima molestia voy corriendo al médico? Ahora estoy bien. De verdad, amor.

Cierra los ojos unos segundos y finalmente asiente.

—Será mejor que vayamos a la cama. —Me carga en brazos sorpresivamente y yo chilló—. Bueno, puedo decir que su peso es el correcto, señora Mills —bromea fingiendo dolor en sus brazos mientras sube conmigo a cuestras por la escalera.

Le doy un pequeño golpe en la espalda y ambos nos echamos a reír, olvidándonos completamente de todo.

\*\*\*

Ethan estuvo más que amoroso esta mañana. Aunque me molestó que no haya querido tocarme. Me trataba como si fuera una delicada muñeca de porcelana que puede romperse en cualquier momento.

Entorno los ojos. No entiendo su desmedida preocupación. ¿Qué es lo que teme?

—Vic, tienes que autorizar la compra de estos equipos para empezar la nueva campaña.

Mila me entrega varias cotizaciones.

Debería concentrarme en el trabajo.

—Sí, Mili. Solo dame un minuto. Tengo presupuestos de otros lugares. Creo que... están por aquí...

Me levanto y voy hacia el archivador a buscar los documentos, pero, cuando intento deslizar la llave en la rendija del seguro, siento un mareo espantoso que por poco me envía al piso.

—¡Victoria! —grita Mila, apresurándose a auxiliarme para llevarme con cuidado al sofá—. ¿Estás bien!? ¿Qué te sucede!? —pregunta alarmada mientras me sirve un vaso con agua.

—No fue más que un pequeño mareo, Mili. Seguramente porque no pude retener el desayuno de hoy y no he comido desde entonces. Estaré mejor si como algo de fruta. Gracias —le digo cuando me entrega el agua.

—Ah, ¿sí?

—Estos días no han sido los mejores para mí.

—¿Estos días? —vuelve a preguntar con un desmesurado interés.

—Ethan y yo fuimos a París el sábado. Se suponía que nos quedaríamos por dos semanas, pero tuvimos que volver antes porque me sentía mal. Me mareaba todo el tiempo y quería devolver todo lo que comía. —La tristeza en mi voz es evidente. Creo que nunca lo superaré, pero París estará ahí, esperando si decidimos volver y supongo que eso sirve—. Sabes lo intenso que es Ethan con eso.

Mila me mira con la boca abierta. ¿Qué le sucede?

—Vic. —Sujeta mis hombros con sus manos—. ¿Y tú periodo?

Frunzo el ceño.

¿Qué demonios tiene que ver eso en este momento?

—Supongo que debe estar por llegar... ¿Qué sé yo! Eso no interesa, Mila.

—¡No lo puedo creer! —exclama—. Victoria Masterson, eres la mujer más distraída que he conocido. —Arrugo la frente sin comprender a lo que se refiere. ¿Distraída? —. Tienes mareos, náuseas y tu periodo no ha llegado.

—¿Y?

—¿Es que no sabes lo que te sucede?

Mareos, náuseas...

Palidezco.

Estoy...

—¡Estás embarazada! —grita, y yo me quedo petrificada. ¿Embarazada?  
— ¡Vic, es obvio! Tienes todos los síntomas característicos del embarazo.

—¿Sí?

—Estoy casi segura, pero para cerciorarnos debemos ir al médico.  
¡Amiga, espera a que todos se enteren!

Ni siquiera su desmesurada emoción consigue sacarme del shock.

Embarazada ¿yo?

—¡No! —exclamo inconscientemente—. Mili, aún no se lo digas a nadie, por favor. Quiero estar segura antes. Y si no te molesta... me gustaría hacer esto sola.

—Está bien, Vic, pero debes prometer que, después de tu marido, seré la primera persona a la que se lo contarás. ¿Lo prometes? —Asiento—. Entonces te veo luego. Tengo una cita con un cliente. ¡Te quiero, amiga!

Mila besa mi frente y sale de la oficina.

Recargo la espalda en el sofá, intentando procesar lo que me está pasando.

¿Embarazada? Lo sabría si fuera así. Mi periodo jamás fue regular, así que no es raro que se retrase, incluso varias veces no ha llegado. Y los síntomas... Sí, estos días me he sentido extraña, con más sueño de lo normal, con náuseas y mareos, aunque no he tenido antojos. Quizá sí deba ir al médico.

Tomo el teléfono y me comunico con Julia, que me responde al instante.

—¿Julia?

—Dime, Victoria.

—¿Podrías cancelar todas las citas pendientes para hoy, por favor? —le pido intentando ocultar la ansiedad en mi voz.

Embarazada... ¿Es verdad?

—Por supuesto que sí, amiga.

—Gracias.

Cuelgo, tomo mi bolso y salgo con paso firme hacia mi auto.

## CAPÍTULO 37: BENDICIÓN Y PÉRDIDA

La última vez que visité al ginecólogo fue hace un par de meses, para un chequeo de rutina. He estado tan ocupada que me descuidé, pero no he olvidado tomar las pastillas anticonceptivas, así que no creo que mi malestar se deba a un embarazo.

Estaciono frente al consultorio de la reconocida Roxanne Evans, mi ginecóloga. Una mujer de no más de treinta, morena, guapa y, como he dicho, con muchos reconocimientos a pesar de su juventud. Desde que me mudé a esta ciudad he podido comprobar que es merecedora de toda mi confianza, por lo que estoy segura de que, sea cual sea el resultado, sabrá guardarlo con discreción.

Sara, la recepcionista me recibe con una gran sonrisa de bienvenida.

—¡Señora Mills! ¡Qué gusto verla! ¿Tiene cita?

Sara se apresura a revisar su ordenador.

—Hola, Sara... No. Lo lamento, pero... ¿Crees que Roxanne pueda recibirme? Es... urgente.

—Tome asiento, por favor. Le preguntaré.

Me siento en una de las sillas de piel más cercanas mientras veo a Sara desaparecer por el largo pasillo que lleva al consultorio de Roxanne.

«Embarazada... Embarazada...», repito en mi mente, y siento que mi corazón amenaza con salirse del pecho. Lo sabría si fuera así. Dios... ¿es verdad?

Después de minutos eternos, Sara aparece de nuevo.

—Puede seguir, señora. La doctora Evans la recibirá enseguida.

—Gracias —murmuro entre dientes.

Mis pies no parecen querer colaborar en mi trayecto hasta el consultorio. Parecen gelatina: temblorosos e indecisos.

Tomo una bocanada de aire antes de golpear la puerta.

—Adelante —la voz tranquilizadora de la doctora Evans me invita a pasar. Yo asomo la cabeza con temor—. Señora Mills, pase, por favor —dice y señala una de las sillas que se acomodan frente a su escritorio. Me siento—. No es usual que reciba pacientes sin cita previa, pero hice una excepción con usted. Imagino que viene al control de rutina —inquieta, mirándome con atención detrás de sus lentes redondos.

El consultorio de Roxanne es amplio. Su escritorio de cristal, como el de todos los médicos, está situado frente a la puerta y sobre él hay una hermosa fotografía familiar —ella, su esposo Mark y sus dos hijos—, que se impone a su portátil, lápices y a todos los pequeños implementos típicos de un ginecobstetra. Aunque no sé qué más pueda abarcar.

Las paredes son blancas y limpiadas; muy asépticas, adornadas apenas con un par de cuadros modernistas que hacen alusión a su profesión.

—Sí... No... En realidad... —titubeo, pero ¿cómo no hacerlo si siento que la ansiedad me carcome las entrañas? — me gustaría saber si estoy embarazada.

¡No puedo creer lo que estoy diciendo! ¿Embarazada?

—Por supuesto, señora Mills. Dígame, ¿se realizó una prueba de farmacia? —Niego con la cabeza en respuesta—. ¿Ha sentido náuseas, mareos, ascos, antojos o alguna clase de síntoma que le haga pensar que está en estado? —pregunta mientras llena lo que parece ser un formulario.

Entorno los ojos. ¡Si estoy aquí es porque los he sentido!

—Últimamente he sentido náuseas y mareos, además de mucho sueño.

—Ya veo. ¿Ha menstruado?

Se limita a seguir escribiendo sin mirarme.

—No. —Juego con mis dedos—. Roxanne, me gustaría saber con certeza si estoy embarazada y necesito un resultado inmediato.

—Le detectamos una irregularidad menstrual, señora Mills, lo que hacía muy difícil que usted pudiera quedar en estado, por eso le receté los anticonceptivos, para regularizarlo. Normalmente las mujeres con ese tipo de problema tienen que seguir un estricto tratamiento si desean embarazarse. Por otro lado, no es imposible. Dígame, ¿ha tomado las píldoras anticonceptivas con regularidad?

Asiento. He tratado de ser constante. No se me había pasado por la cabeza embarazarme.

—Le tomaré una muestra de sangre, la llevaré al laboratorio y en treinta minutos sabremos con certeza si está o no esperando un bebé. ¿Le parece? — Vuelvo a asentir. Treinta minutos es mejor que esperar un día o una semana.

Mis pies no han dejado de chocar contra el piso. Han pasado varios minutos desde que Roxanne salió para llevar las muestras al laboratorio.

Encojo los hombros. Un embarazo es algo bueno, aunque no sé cómo lo vaya a tomar Ethan. De nuevo siento náuseas, pero las controlo cuando veo a

Roxanne entrar. La miro con ansiedad mientras ella vuelve a sentarse en su silla acolchonada.

—Bien, los resultados están listos —declara y abre un pequeño sobre blanco del que saca una hoja del mismo color. Después de examinarla, por lo que me parece mucho tiempo, por fin me mira y sonrío—. ¡Felicidades, señora Mills! ¡Usted espera un bebé!

Mi mandíbula se va al piso.

¡Estoy embarazada! Espero un hijo de Ethan...

Un sentimiento extraño me invade por completo. Es una mezcla de emoción, alegría y miedo. Sobre todo, miedo. No lo puedo creer...

—¿Embarazada? —susurro.

—Sí, sus sospechas eran ciertas. Ahora vamos a ver al bebé, así que pase al baño, quítese los pantalones y la ropa interior; póngase esta bata y recuéstese en la camilla.

—¿Verlo?

—Vamos a realizar una ecografía transvaginal para determinar el tiempo de gestación del feto —explica, pero casi no la escucho. Mi cerebro trabaja a mil por hora intentando entender lo que sucede.

Camino mecánicamente y entro al baño para ponerme la bata de lino rosa que me entregó. Enseguida salgo y me recuesto sobre la extraña camilla, cumpliendo con sus instrucciones. Roxanne coloca un preservativo y algo que parece ser un gel en un aparato similar a un micrófono de ordenador.

—Relájese y abra las piernas. Sentirá una leve molestia, pero pasará enseguida.

Hago lo que me pide. Me incomoda un poco cuando empieza a mover el «micrófono» dentro de mí, pero, como me advirtió, el malestar pasa en el acto.

—Ahí está. ¡Ese es su bebé! —me informa la doctora Evans.

Yo miro la pantalla, pero lo único que consigo ver es un fondo gris y negro.

—Aquí.

Roxanne señala una mancha muy parecida a una habichuela.

¿Ese es mi bebé?

—Es muy pequeño —murmuro.

—Por los datos que me proporcionó y el tamaño, diría que tiene alrededor de cuatro o cinco semanas de gestación. Aún no es posible escuchar latidos, pero dentro de un par de semanas más podremos hacerlo —continúa moviendo

el transductor, tomando varias capturas de la pequeña habichuela—. Ya tenemos la primera fotografía de su bebé, Victoria —me dice, y a mí me suena a algo ilusorio.

Su primera fotografía... La primera fotografía de mi bebé.

Sonrío sin poder contener las lágrimas.

Ahora es real. ¡Estoy embarazada! Aquí está mi bebé.

Acaricio mi vientre con cariño.

—Puede vestirse, señora Mills —me indica Roxanne.

Me levanto y regreso al cuarto de baño, esta vez, con miles de preguntas y emociones atenazando mi cerebro y mi corazón. Mi bebé... Nuestro bebé... ¡Pero he seguido tomando los anticonceptivos! ¿Y si le afectaron? ¡No, mi bebé!

Me apresuro de vuelta al consultorio y lo primero que hago es buscar una respuesta a mis temores.

—Las pastillas anticonceptivas... Las he tomado todo este tiempo —le digo con voz temblorosa.

¿Cómo es que no me di cuenta de que estaba embarazada? Dios... Si le pasa algo a mi hijo, no me lo voy a perdonar jamás.

—No se preocupe, Victoria. No hay ningún estudio que demuestre que afecte al bebé, eso sí, debe dejar de tomarlas a partir de hoy —me tranquiliza, y yo suspiro de alivio.

No he podido dejar de mirar la primera fotografía de mi bebé. De nuestro bebé. Es tan pequeño... Se ve tan frágil... Roxanne dijo que tenía que cuidarme porque en los primeros meses hay riesgo de pérdida. Lo haré. No quiero que le suceda nada.

Junto al auto se encuentra Lean, que se apresura a abrirme la puerta posterior. Ahora es algo así como mi chofer.

—Señora —me dice con una reverencia, invitándome a subir. Lo hago.

Mientras Lean se incorpora al tráfico, me pregunto cuál será la reacción de Ethan cuando le dé la noticia.

¿Cómo se lo digo? ¿Cómo lo va a tomar? Recuerdo la única vez que hablamos al respecto. Fue cuando visitamos a su familia, antes de la boda. No parecía emocionarle mucho la idea, aunque tampoco la odiaba. Además, ha pasado más de un año desde entonces.

¡Cuánta incertidumbre! Pero sé lo que debo hacer para relajarme.

—Al centro comercial, por favor —le pido a Lean.

—Enseguida, señora.

Tal vez debería llamarlo y decirle: ¡Ethan, vamos a ser papás! ¿O no?

Camino despacio, ensimismada, mirando tiendas de artículos para bebé..., pensando en la mejor forma de darle la noticia a Ethan.

Me detengo frente a una gran vitrina para apreciar un diminuto conjunto de prendas de algodón mientras acaricio mi vientre, imaginando como será tenerlo en mis brazos.

«¿Serás niño o niña?», le hablo en voz alta. «Bueno, eso no importa, porque te voy a amar incondicionalmente. Tu padre también lo hará, lo sé. Y juntos te enseñaremos todo lo bueno del mundo», gimoteo.

Vaya... Mis emociones están totalmente alborotadas. Imagino que se debe al embarazo. Cielos... Todavía no lo puedo creer.

Mi móvil empieza a vibrar en el bolsillo de mi chaqueta gris. Es Ethan.

—Amor —respondo, intentando ocultar mis sollozos.

—¿De compras? —Sueno sorprendido.

¿Cómo lo...? ¡Claro, el equipo de seguridad! Entorno los ojos y volteo. Lean y Owen esperan, como dos estatuas, en la entrada de la tienda. Esto es incómodo. No se han separado de mí ni un solo segundo. Me siento presa, y ahora acosada.

—Necesitaba algunas cosas. Después iré a casa.

—Bien. No te separes del equipo de seguridad —me advierte con dulzura.

—¿Acaso tengo opción? —pregunto con ironía, y él ríe.

Se me encoge el corazón. Amo su risa e imagino lo mucho que reirá con nuestro hijo. ¡Oh, Ethan! Si supieras lo feliz que me siento. ¡Seremos padres!

—¿Vendrás a casa temprano?

—Sí, nena. No planeo perderte de vista por mucho tiempo.

—Ya lo creo, señor Mills. Te prepararé la cena.

—Sueno bien... Estoy deseando que llegue la noche.

—Igual yo. Te estaré esperando, cielo. Te amo.

—Y yo a usted, señora Mills.

Cuelgo y me quedo mirando el fondo de pantalla de mi iPhone. Ethan y yo, en la cubierta del yate, en las islas Galápagos.

Es un hombre inteligente, dulce y lleno de virtudes que ni el mismo sabe que posee. Río en mi interior. Eso sí que es exasperante algunas veces. Sin embargo, estoy convencida de que será un excelente padre. Lo sé.

Bajo en el ascensor hasta el estacionamiento. Owen y Lean me acompañan.

Frunzo el ceño cuando recuerdo su indiscreción. Evidentemente mantienen una constante comunicación con Ethan, de otro modo no se habría enterado de mi visita a este lugar. Aunque no mencionó nada sobre la tienda en la que me encontraba.

¿Y si lo sabe y me lo ocultó?

—¿Le informan a mi esposo sobre todos los lugares que frecuento?

—Es una disposición suya, señora —responde Owen, que parece discretamente avergonzado.

—¿Y sabe también en qué tienda me encontraba?

—No creí necesario informarle.

¡Vaya, es un alivio!

—Bien. No quiero que lo sepa. ¿Entendido?

—Entendido, señora Mills —murmura él con evidente nerviosismo.

¿Habré sido muy dura con él? Ahora me siento mal por la autoridad que ejerció mi voz. No soy así. Pero supongo que algo se me debe estar pegando de la personalidad de mi autoritario esposo. Además, no podía permitir que arruinen la sorpresa que tengo en mente.

Las puertas del ascensor se abren y, como de costumbre, Lean se adelanta a revisar el auto y abrir la puerta para que entre. Owen va solo en otro coche. Siempre siguiéndonos los pasos.

«¡Un bebé!», me repito internamente. No tengo certeza de saber cuál va a ser la reacción de Ethan. Tal vez no sea el momento correcto. Todavía estamos en vueltos en el estrés y el pánico por tener que cuidarnos de un fantasma que se nos aparece por todas partes. Por otro lado, no hay alegría más grande que la de ser padres, al menos yo lo veo así.

Acaricio mi vientre con ternura.

«Tu papá te va a adorar, bebé», pienso para mí. «Puede que sea algo exasperante en varias ocasiones, pero te aseguro que su corazón es enorme y bondadoso. Se pondrá feliz cuando sepa que existes».

Cuanto llego a casa me pongo manos a la obra para llevar a cabo mi plan. Será una noche mágica, lo presiento.

Voy a la cocina y preparo la mejor de las cenas que haya hecho, o eso creo: *Bogavante* con salsa de verduras, y de postre, copas de chocolate. Un menú sencillo, pero digno de una noche especial.

Una vez que compruebo que todo está listo, subo a la habitación para cambiarme. Un vestido rosa corto y sencillo, y zapatos bajos, estarán bien. No

creo que sea una buena idea utilizar tacones. No durante los próximos ocho meses. Debería preguntárselo a Roxanne. Estaba tan emocionada cuando recibí la noticia que olvidé realizar las mil y una preguntas que una futura madre debe hacer.

¡No me lo creo! Hay una parte de Ethan creciendo dentro de mí.

Bajo las escaleras y me concentro en poner la mesa y preparar la sorpresa para mi sexi esposo.

Todo está listo. ¡Dios! Estoy temblando. «Relájate, Mills», intento tranquilizarme, y enseguida me hecho a reír. ¿Mills? Suena aún más increíble viniendo de mí.

Ethan aparece en el comedor y se toma su tiempo para observar todo a detalle. Parece extrañado.

—Señora Mills, ¿es que olvidé alguna fecha importante? No lo creo.

—Bueno, mi amado esposo trabaja tanto, que pensé que sería una excelente idea consentirlo. Solo un poco... —Me acerco y le doy un beso casto en la barbilla. Ethan sonrío—. Ahora, señor, permítame su saco y tome asiento para que pruebe lo que su amada esposa preparo para usted.

Hace lo que le pido sin decir una palabra. Sus ojos emanan dulzura y amor.

Ardo en ansias por darle la noticia, pero ¿cuál es el momento indicado? ¿Después de la cena? Imagino que sí.

—Iré por el vino —me dice y se levanta para ir a la cava.

—¡Espera! —le detengo—. Yo... no puedo... —Bien, Masterson. Es ahora o nunca—. Amor, antes quiero darte algo. Espera, por favor.

Salgo del comedor bajo la mirada perpleja de Ethan y voy a la sala, en busca de la caja que preparé para él. Paso saliva e inspiro hondo antes de volver al comedor. Las piernas me tiemblan y el corazón parece querer abandonarme a toda costa, pero no puedo echarme para atrás.

—Esto es para ti.

Coloco la caja en sus manos. La envolví cuidadosamente con un lazo sencillo de tul color blanco. Ethan me mira intrigado por unos cuantos segundos, después desvía su atención al objeto que tiene entre las manos.

—¿Un regalo? —pregunta, evidenciando su confusión. Asiento—. Nena, no debiste...

—Ábrelo, Mills —le ordeno con dulzura, y él hace lo que le digo.

Desata el lazo con mucho cuidado, después levanta la cubierta y la deja a un costado. Enseguida miles de corazones de papel de todos los colores se

desbordan por todas partes. Ethan sonrío encantado. Seguramente porque recuerda que él hizo lo mismo por mí, solo que en la caja que yo recibí había una hermosa rosa, y en esta... En esta está nuestra felicidad.

—Busca en el interior —le animo.

Ethan lo hace. Empieza a revolver el fondo de la caja, removiendo su contenido, hasta que da con el pequeño jersey blanco para bebé que compré. Lo toma y lo inspecciona como si se tratara de la estructura más compleja que haya visto en su vida. Después de varios segundos vuelve a mirarme, extrañado.

—Esto... —murmura y vuelve a explorar la prenda.

Desearía tanto saber lo que piensa. Lo que veo en sus ojos es totalmente distinto a lo que he visto antes.

—Es...

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Sí, Ethan. Es para bebé. Estoy... embarazada —susurro entre sollozos.

Él continúa inmóvil, mirándome como si yo fuera una especie de criatura extraña que apareció de repente.

¡Di algo, por favor!

—¿Esto es real?

Me mira fijamente y en sus ojos me es posible apreciar su incredulidad.

Ethan se acerca a mí, pero no me toca. Se limita a observarme, esperando mi respuesta.

¿Esto es bueno?

—Lo es. Vamos a tener un bebé, Ethan. Estoy embarazada.

Mi voz es apenas un susurro. Un susurro que pronto se convierte en emoción cuando me veo girando entre sus brazos.

¡Está feliz! ¡Está feliz! Y no existen palabras que describan todo lo que siento en este momento.

Ethan toma mi rostro entre sus manos y me da un beso profundo, lleno de amor, que me deja flotando en las nubes. Después se pone de rodillas y besa mi vientre.

—Así que tenemos a una bella personita creciendo aquí —susurra.

El corazón me estalla por la dulzura que veo en sus ojos. ¡Está feliz! Ama a este bebé tanto como yo. Pero no podía ser de otra manera.

—¿Quieres verlo?

—¿Verlo?

Asiento y a regañadientes me desprendo de él para buscar la ecografía en mi bolso.

Regreso enseguida y se la entrego.

—Está justo aquí. —Señalo a la pequeña habichuela oscura. Él se limita a contemplarla.

—Es muy pequeño.

—La doctora dijo que tenía cuatro o cinco semanas.

—Eso explica muchas cosas —añade sonriente—. Gracias... —susurra, rodeándome con sus brazos—. Este es el mejor regalo que he recibido en toda mi vida, además de ti. No sabes lo feliz que me haces, nena.

—Ethan... esta es nuestra recompensa —sollozo, y coloco su mano sobre mi vientre—. Nuestro hijo va a iluminar nuestras vidas, y te amaré con todo su corazón. Aquí crece una parte de ti y de mí. El fruto de nuestro amor.

De pronto me parece estar dentro del más hermoso sueño. Un sueño en el que soy la mujer más dichosa del universo. Lo tengo a él y ahora a nuestro hijo. Un pequeño que llega a nuestras vidas para sanarnos y devolvernos la paz que tanto anhelábamos.

Acaricio el típico cabello alborotado de Ethan, después de hacer el amor. Él hace lo mismo con mi vientre.

—¿Tienes alguna preferencia? —Levanta la cabeza para mirarme con las cejas elevadas—. Niño o niña —aclaro cuando me doy cuenta de que no sabe a qué me refiero.

—Todo lo que quiero es que esté sano —dice y vuelve a descansar en mi pecho—. Aunque sé que será niña.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué está tan seguro, señor Mills?

—Así es como lo imagino.

—¿Y podrá lidiar con dos niñas en su vida?

Vuelve a levantarse y niega con la cabeza.

—Será un verdadero reto, pero me encantará asumirlo. Sabe que puedo lidiar con eso y mucho más, señora Mills.

—Lo sé. —Entorno los ojos.

Sí que puede ser controlador la mayoría del tiempo, pero no imagino como lidiaría con una adolescente de dieciséis años. Se volvería totalmente loco. La idea me hace reír.

—¿Se está riendo de mí? —Finge indignación.

No puedo contenerme más. Amo a este hombre con todas mis fuerzas y no

hay nada en el mundo que desee más que hacérselo saber.

Imito sus ágiles movimientos y en cuestión de segundos lo tengo debajo de mí, riendo feliz mientras yo lo lleno de besos.

\*\*\*

Ha pasado un mes desde que supimos que seríamos padres. El mes más dulce de nuestras vidas.

Tengo nueve semanas de embarazo y no puedo sentirme más dichosa. Ethan ha sido maravilloso, bueno, siempre lo es, pero siento que, con el embarazo, se ha abierto por completo. Se ve tan joven y risueño... Se ve feliz.

Gracias a Mila, toda la agencia se enteró del feliz acontecimiento. Al día siguiente, al ir a trabajar, encontré mi oficina totalmente cubierta por enormes arreglos florales de todos los colores, tarjetas de felicitación, osos de peluche y varios abrazos. Definitivamente vivo mi mejor momento, aunque no por completo. Desde hace tiempo siento que a mi corazón le hace falta una pieza indispensable para sentirse dichoso, y esta se encuentra muy lejos de aquí.

Carl no se ha comunicado conmigo desde la boda, y gracias a Mila supe que había viajado a Sudamérica. A Brasil, para ser más exactos. Los largos correos que le he enviado han sido en vano, pues no ha respondido a ninguno. ¿Es que el motivo de su repentina desaparición es mi matrimonio?

¡Cuánto lo extraño! Y lo que más anhelo es compartir con él toda la felicidad que siento.

Las rosas del jardín huelen delicioso. Adoro estar en casa, pero no imagino que sería de mí si hubiera accedido al pedido de Ethan de quedarme aquí durante todo el periodo de gestación. Estoy segura de que me volvería loca. Fue necesaria una consulta muy larga con Roxanne para que se convenciera de que no había problema con que continuara con mi vida normal, claro, tomando ciertas precauciones. A regañadientes aceptó y entendió que adoro mi trabajo y que nada me podía separar de él. Aunque hubo una condición: el equipo de seguridad aumentó en número. Ahora tengo a otro joven siguiéndome los pasos. Brandon, así se llama, y es más bien del equipo de Owen: serio, mirada impenetrable y alerta hasta al más mínimo movimiento. Creo que eso es bueno ¿no?

—¿Cómo están las princesas de la casa?

Ethan me sorprende abrazándome por la espalda.

—Amor... puede ser un niño.

Entorno los ojos.

¿Cuándo entenderá? Desde que supo del embarazo no ha parado de decretar que será niña. Ha sido tanta su insistencia que empieza a convencerme. Únicamente he buscado nombres para niña; bueno, tengo claro que si es niño se llamará como su padre: Ethan.

—He estado pensando en algunos nombres para mi hija —añade sin prestar atención a mis palabras.

No tiene remedio. Será mejor que le siga la corriente.

—¿De verdad? ¿Alguno que te guste?

—Bueno... pensaba en algo que tuviera un significado especial, entonces recordé el día en que mi vida empezó a tener un significado especial. ¿Sabes de qué hablo?

Me mira escrutador.

—No, amado esposo. Realmente no lo puedo imaginar.

—Hablo del día en que te conocí —murmura, encogiendo los hombros—. Fui a Georgia por trabajo. No imaginé que ese viaje cambiaría mi vida por completo, pero así fue. Eres la mujer más bella y maravillosa del planeta, Victoria. Me enseñaste a ser feliz, a superar mis miedos, a olvidar mis absurdas ideas sobre el amor. Me enseñaste a luchar por lo que quiero. —La sonrisa tímida que me dedica encoge mi corazón, y sus palabras acarician lentamente mi alma. Regreso en mi mente a aquel día—. Deseo seguir atesorando ese momento y pensé que nuestra hija podría llamarse Georgina. Ese nombre me gusta mucho.

Las lágrimas empiezan a rodar por mi rostro —lo que sucede con frecuencia—. Es dulce. Es perfecto. Es mío.

—¿Fue tan malo? —pregunta y se apresura a secar mi llanto con su immaculado pañuelo.

—Es perfecto... —respondo y le doy un beso.

—Adoro esto. —Ethan acaricia mi vientre con delicadeza. Empieza a crecer, pero no sé si se deba al embarazo o a todo lo que he comido en estas semanas—. Victoria, quiero contarte algo.

—Lo que usted quiera, señor Mills —le digo risueña.

Él toma mi mano y me lleva hasta uno de los sofás de jardín que están bajo un enorme parasol.

—¿Recuerdas cuando nos volvimos a ver, después de esos dos años?

Frunzo el ceño.

—Ethan, eso es algo que no deseo recordar. No la pasamos muy bien entonces.

—Lo sé, pero quiero decirte lo que pensé al verte. —Sus ojos abrazadores me miran fijamente—. Cuando entraste en la habitación. Cuando te vi... me quedé sin respiración. Eras como una especie de aparición divina que me atrajo de inmediato. Tenía frente a mí a la mujer más bella que había visto y quería decir tanto..., pero las palabras se escabullían de mis labios todo el tiempo. Solo podía contemplarte —sonríe—. Recuerdo que te quedaste inmóvil, sin decir nada. Sé que querías salir corriendo.

—¿Sí? Y ¿cómo lo sabes? —Lo miro escrutadora. Él sonríe.

—Era evidente. No sabes ocultar tus sentimientos. —Vuelve a mover la cabeza en negación—. En fin... Solo sé que me hipnotizaste. Deseaba besarte con unas ansias locas. Cuando recuperé la memoria me di cuenta de que sentí exactamente lo mismo que la primera vez que nos vimos. Dios... De verdad te veías tan hermosa... ¡Eres hermosa! No pude sacarte de mi mente desde entonces y pronto descubrí que nunca había podido hacerlo. Lo que quiero decir con esto es que no importa dónde esté, ni el tiempo que estemos separados; mi corazón estará contigo, eternamente.

—Y el mío, señor Mills. —Lo abrazo—. Pero ¿a qué viene todo esto?

—Quiero que sepas lo que significas para mí y lo feliz que me haces. Lograste sacar lo mejor de mí, nena. No puedo pedirle más a la vida porque me lo ha dado todo. Hemos pasado por muchas cosas antes de alcanzar la felicidad que hoy disfrutamos, ¿y te digo algo? Lo volvería a vivir todo, sin omitir ni el más mínimo detalle... Lo haría para poder disfrutar de nuevo de este momento.

Sonríe. El señor Mills está mucho más sentimental que yo, pero me encanta. Adoro los momentos que tiene.

—Cuando te conocí en aquella plaza en Georgia, pensé que eras un idiota. —Ethan deja escapar una pequeña risita—. Pero cuando vi tus ojos... supe que no era así. Mi corazón latía como un loco y me odié por no poder sacarte de mi mente. Por pensar noche y día en ti; en un completo extraño que solo había sido...

—Un idiota —termina la frase.

—Sí, pero resultó que no podía dejar de pensar en ti porque me había enamorado. Yo también volvería a vivir todo con tal de tenerte conmigo. Amor, eres un hombre extraordinario. Te admiro, y no puedo estar más

orgullosa de ti. Sé que este bebé sentirá el mismo orgullo porque te va a amar con todo su corazón.

—Mi Victoria... —susurra y me aferra a su pecho—. Eres extraordinaria. Una mujer valiente, luchadora... Una mujer que no se rinde. Te amo, nena, y te voy a amar por siempre.

—Y yo a usted, esposo mío —contesto con dulzura.

¿A qué se debe este repentino ataque de sentimentalismo? Aunque debo admitir que sí ha sufrido un cambio radical desde aquel día, pero ¿fue de verdad un cambio? No. No lo fue. Lo único que sucedió es que al fin pudo aceptar todo lo bueno que posee y ahora lo comparte. Mi Ethan... Si pudieras tener una idea de todo lo que me has enseñado. De lo dichosa que soy por ti.

—Tengo que irme —dice y me deposita de vuelta en el sofá.

Lo había olvidado. Ethan tiene una comida de negocios.

—Podrías cancelar... —Le dedico una mirada tierna con la esperanza de que se quede conmigo.

—Eso me encantaría, nena, pero no puedo hacerlo. Debo ir.

Cruzo los brazos, derrotada. No puedo luchar contra eso. Es muy responsable en ese aspecto.

—Tenía que intentarlo. —Hago un mohín—. Es solo que odio separarme de ti.

—No sabes lo mucho que me está costando marcharme. Cuando me miras así... —Niega con la cabeza y cierra brevemente los ojos, como si estuviera luchando con su voluntarioso sentido del deber—. Te prometo que volveré pronto —susurra en mi oído y me da un abrazo cálido y reconfortante.

Lo acompaño hasta la puerta y lo veo caminar con elegancia hasta el auto. Pero antes de subir se vuelve y me mira de una forma que no consigo descifrar, pero es tierna y diría que nostálgica, después gira sobre sus talones y regresa para terminar de rodillas frente a mí.

—No puedo irme sin darle un beso a mis princesas —musita y levanta mi blusa para besar tiernamente mi vientre. Se pone de pie y me da un beso profundo... Sus labios dulces me dejan sin aliento—. No sabes cuánto te amo... ¡Cuánto las amo a las dos! —añade con dulzura, apoyando su frente en la mía—. Adiós, nena.

Ethan me guiña uno de sus preciosos ojos negros y finalmente sube al auto.

Odio cuando se va. Y lo he odiado mucho más ahora que la sensibilidad se ha magnificado en mí, sobre todo cuando estoy sola. Lo extraño a cada minuto,

y cómo no hacerlo si es un hombre extraordinariamente maravilloso y frecuentemente sentimental. Como hoy.

Entro a la casa cuando el auto desaparece tras las rejas de la puerta del jardín, deseando que el día termine pronto para poder estar de nuevo entre sus brazos.

\*\*\*

Son más de las diez de la noche cuando miro por millonésima vez el reloj de la chimenea. Ethan no ha llegado ni ha llamado. Y yo ya perdí la cuenta de cuántas veces he intentado comunicarme con él.

Empiezo a impacientarme. Me siento extremadamente ansiosa. No hago más que caminar de un lado a otro, sentarme, ponerme de pie y volver a caminar. Juego con mis manos y con mis pies, intentando apaciguar mi angustia. Nada funciona.

«Volverá... Volverá», repito en mi mente hasta que el sonido del móvil me sobresalta.

Es ¿Carl?

Contesto.

—¡Carl! —exclamo con alegría. A pesar de la inquietud, el regocijo de volver a saber de él, me devuelve una breve calma.

—Victoria —susurra—. ¿Estás en casa?

—¡Mi corazón brinca de contento por escucharte! No he tenido noticias tuyas y... bueno, sí, estoy en casa. Disculpa si mis frases son incoherentes, pero la verdad es que tu llamada me hace muy feliz.

—Voy para allá —dice con seriedad y cuelga.

¿Qué fue eso? Nunca había sido tan frío conmigo. Quizá está molesto por la boda. Pero su voz... Su voz no era la de una persona enfadada. Era más bien como la de una persona que carga un gran dolor en el alma.

Me siento en el sofá, me cubro el rostro con las manos y empiezo a contar los minutos, uno tras otro. La ausencia de Ethan y la repentina visita de Carl a tan altas horas de la noche dejan mi alma pendiendo de un hilo.

¿Qué es este sentimiento tan desagradable que empieza a crecer dentro de mí? Sí, es preocupación, lo sé, pero hay algo más que no consigo explicar.

Me acerco a la ventana y espero pacientemente. Los minutos siguen corriendo, aunque a mí me parece que se estancan en horas de una hosca incertidumbre hasta que veo a Mason aparcar frente a la casa.

«Por fin...», suspiro y salgo corriendo con una enorme sonrisa hacia la puerta.

Cuando la abro me encuentro con Mason y Carl. Ambos tienen los rostros cenicientos.

De pronto el sentimiento extraño que tanto me había atormentado, se convierte en un agudo dolor que oprime mi corazón hasta el punto de la asfixia.

—Mason... ¿Dónde está Ethan? —inquiero con la voz apagada.

Carl le dedica una mirada congelada a Mason y él regresa al auto sin responder.

—¿Dónde está Ethan!?! —vuelvo a preguntar, esta vez en un grito.

Carl me toma del brazo y me lleva al interior de la casa.

—Ethan...

No dice más que eso, pero sus ojos afligidos anticipan un duro golpe.

—¡Maldita sea, Carl! ¿Dónde está Ethan? —grito sin poder contener los sollozos.

Dios... ¿Qué es lo que sucede?

—Perdóname, Victoria —susurra y esquivo mi mirada—. No pude hacer nada... Yo no pude hacer nada... Ethan está...

El alma se me cae a los pies.

—¿Qué estás diciendo...? ¡No! ¡No es cierto! Está afuera, ¿verdad?

Instintivamente abro la puerta y salgo corriendo, buscándolo con la mirada en medio de la oscuridad y la tenue luz de la luna.

—¡Ethan! ¡Esto no es divertido! ¡Sal ahora de donde sea que estés! —grito con todas las fuerzas que me quedan. Siento que me desgarran por dentro. Como si alguien se ocupara en la tarea inhumana de hacer trizas mi corazón.

Mason baja del auto, alarmado. Su cara está totalmente roja, empapada de lágrimas.

Carl me rodea por la espalda, abrazándome, pegándose a su pecho.

—Victoria, él está...

—¡No lo digas! ¡No te atrevas a decirlo! —sollozo y lo aparto de mi lado—. Ethan va a llegar pronto. ¿Verdad, Mason? —Le dedico una mirada suplicante—. Dile que vendrá. ¿Irás a recogerlo? Vete ya. Es tarde y seguramente te estará esperando. ¡Debes traerlo, Mason! ¡Debes regresarlo a casa! Por favor... Por favor...

Mis palabras se ahogan bajo la mirada de compasión que me dedica

Mason.

Por favor...

¡No! ¡No! ¡No! ¡No es verdad! ¡Él no está muerto!

Ethan... Mi Ethan.

Niego una y otra vez con la cabeza. Solo puedo sentir que mi corazón se rompe lenta y agónicamente. No puedo respirar. No puedo pensar. Lo único que hago es llorar.

No... No es cierto...

—¡Ethan, dijiste que volverías! ¡Lo prometiste! —Me dejo caer de rodillas al piso y cubro mi rostro con mis manos, oprimiéndolas con fuerza contra mi cara. Esto es solo una pesadilla... Quiero despertar. ¡Quiero despertar! —. Prometiste que siempre estarías conmigo...

Siento que miles de manos me asfixian. No lo tolero. No tolero este inmenso dolor que me carcome el alma. Esto no es real. No es real... No es...

Todo se torna oscuro y lúgubre a mi alrededor. Todo se vuelve ajeno a mí. Esta no es mi vida. No es mi realidad.

«Lo que quiero decir con esto es que no importa dónde esté, ni el tiempo que estemos separados; mi corazón estará contigo, eternamente».

¿Te estabas despidiendo?

De pronto siento un fuerte golpe en la cabeza. Escucho gritos y veo sombras. Gritos y sombras. Veo sombras. Sombras que corren hacia mí. ¡No! ¡No me toquen! Quiero escapar... Quiero descansar...

## CAPÍTULO 38: DESPEDIDA

\*\*\* Una bella cascada se alza ante mis ojos. El agua golpea las rocas con fuerza. La estela de espuma recorre varios metros hacia el sur. A los costados del río veo una hermosa cerca de madera blanca y un hermoso puente cubierto por rosas del mismo color. El césped, de un verde impresionante, cubre el inmenso campo que parece no tener fin.

¿Qué lugar es este?

De pronto unas manos cálidas y familiares me cubren los ojos desde la espalda. Me giro y veo que Ethan está a mi lado. Me sonrío.

—¡Ethan! —exclamo y lo abrazo con fuerza. Él me envuelve con sus brazos, y yo disfruto de su contacto, de su calor—. Te amo. Te amo. Te amo — repito y siento que podría repetirlo eternamente.

—Y yo a usted, señora Mills —contesta con su habitual voz seductora.

—¿En dónde estamos?

—En un lugar muy especial.

—Es maravilloso. —Levanto la vista para encontrarme con sus hermosos ojos—. Ethan, te extrañé mucho.

—Y yo a ti, nena. Pero no puedes quedarte.

—Quiero quedarme contigo. Lo deseo...

—Victoria, te amo más que a mi vida, pero debes irte.

—¿No me quieres a tu lado?

Ethan sonrío.

—Quiero que me prometas algo —me pide y toma mi mano para llevársela a los labios.

—Lo que tú quieras.

—Prométeme que serás fuerte. Que no te dejarás vencer. Promete que saldrás adelante.

—¿Eso? Ethan... —rodeo su cuello con mis brazos— por supuesto que saldremos adelante.

—Promételo —insiste, y sé que es una orden.

—Lo prometo, señor Mills. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Sí. Quisiera hablar con mi hija.

Ethan me aparta con delicadeza y levanta mi blusa para dejar mi vientre al

descubierto.

—O hijo.

¿Cuándo va a entender que puede ser un niño?

Él sonrío y vuelve a lo suyo.

—Georgina, mi cielo. Tú serás la fuerza y el motor de tu madre. Le ayudarás a ver la vida de una manera distinta, y llenarás cada vacío que tenga en el alma. Sanarás su corazón, así como sanaste el mío. —Sus palabras contienen una dulzura indescriptible. Le habla a nuestro hijo, y es todo lo que necesito para que las lágrimas afloren. Hundo las manos en su cabello, acariciándole la cabeza. Ethan cierra los ojos, encantado.

—Dios... No sabes lo feliz que me has hecho. Lo feliz que me haces. Conocerme es lo mejor que me ha pasado, Victoria. He cometido error tras error, pero tú te has mantenido firme, soportándolo todo. No te has dado por vencida. Hay tanto que...

Le doy un beso casto en los labios para silenciarlo.

—Shhh... Te amo, Ethan. Es todo lo que importa. —Ethan asiente—. Ahora... ¿qué tal si damos un paseo por este hermoso lugar?

—Quiero cargarte —dice, y en cuestión de segundos estoy sobre su espalda, riendo como una niña pequeña.

—Ahora llevas el peso de dos. ¿Podrás con eso?

—¿Lo duda, señora Mills?

¿Dudarlo? Creo que eso jamás sucederá. Sé que Ethan puede con el mundo entero. Aunque él piense lo contrario.

—No. Sé que eres un hombre muy fuerte y confío en ti —contesto con seguridad. La seguridad que me da su amor.

—Siempre tuviste una fe desmedida en mí. —Se detiene cuando llegamos al puente sobre el río. Hay muchas mariposas revoloteando a su alrededor, formando una increíble obra de arte en el lienzo verde de la naturaleza. Ethan me baja con cuidado y se vuelve para poder mirarme—. Siempre creíste en mí.

—Porque te vi con los ojos del alma, ¿recuerdas? Por eso me enamoré. Por eso creo ciegamente en ti, porque te lo has ganado.

—Entonces créeme cuando te digo que todo pasará.

—¿Todo pasará?

No entiendo a qué se refiere.

—Sí. Ahora debes despertar —susurra en mi oído—. Pero antes... —

Ethan aprisiona mi cuello con delicadeza, inmovilizándome para tener mejor acceso a mi boca. Sus labios se funden con los míos en un beso profundo, tierno y lleno de amor—. Te amaré eternamente —musita con los ojos cerrados y la frente pegada a la mía.

—Te amo —respondo de la misma forma, y mis palabras jamás se habían sentido tan sinceras y reales como en este momento.

—Despierta, Victoria. Debes despertar... —insiste. ¿Despertar? —. Por favor, escúchame. Debes despertar... \*\*\*

Una luz intensa y brillante me ciega momentáneamente cuando abro los ojos. A mi alrededor todo es blanco, a excepción de una fina cortina azul celeste que tengo a un costado. Enseguida me doy cuenta de que mi brazo derecho está conectado a una bolsa de suero, además tengo una especie de vía de respiración en la nariz. El sonido del monitor de signos vitales llega a mis oídos, distrayéndome con su arrullador tintineo. Estoy en un hospital.

Intento moverme, pero algo aprisiona mi mano izquierda, impidiéndomelo. Muevo ligeramente la cabeza y me doy cuenta de que alguien la sostiene. Hay alguien que mantiene la cabeza gacha sobre la cama. Escucho sus sollozos. Está llorando...

Me tomo unos minutos para analizarlo detenidamente. Es un hombre rubio, de cabello rizado y lleva una bata de médico.

—¿Carl? —susurro, y mi voz es apenas audible, pero eso es suficiente para hacer que él levante la cabeza.

—¡Victoria! ¡Volviste!

Casi está gritando. Frunzo el ceño sin comprender su emoción desmedida.

—¿Qué me pasó? ¿Por qué estoy aquí?

Me doy cuenta de que tengo varios tubos conectados a mi cuerpo. Me duele mucho la cabeza. Estoy sedienta. Y siento una especie de opresión insoportable en el corazón.

Entonces lo recuerdo. Recuerdo el embarazo. Sí, estoy embarazada. Recuerdo la visita de Carl y...

—¡Ethan! —grito de forma inconsciente cuando consigo recordar su muerte. ¡No, no, no! ¡No está muerto! Empiezo a llorar con desesperación y Carl se acerca inmediatamente para sujetarme—. Dime que no es verdad... — murmuro entre sollozos. «Que no sea verdad. Por favor que no sea verdad»,

rezo en mi mente. Él no dice nada. Se limita a oprimirme contra su pecho—. ¡No! ¡No está muerto! No puede estar muerto... Por favor, dime que él está bien. —Carl intenta contenerme con arrullos, pero es imposible encontrar paz. No lo puedo creer. No lo puedo asimilar—. Quiero verlo. Por favor, llévame con él.

Lo miro con ojos suplicantes.

—Victoria, debes calmarte...

—¡No quiero calmarme! ¡Solo quiero verlo!

Carl niega con la cabeza.

—No puedes —responde en un susurro.

—¿De qué hablas? ¿No puedo verlo?

La cabeza empieza a darme vueltas. Mi corazón llora y no quiere parar de hacerlo. Me falta el aire.

—No es el momento, Victoria —insiste—. Acabas de despertar y...

—¡Y quiero verlo! ¿¡Es que no lo entiendes!?! ¿Por qué no me lo permites, Carl?

—Por favor...

—¡Dímelo! —le ordeno con exasperación. Él suspira discretamente y empieza a hablar.

—Cuando te enteraste sufriste un shock emocional, similar al que tuviste en Londres. —Guarda silencio por unos segundos, examinando mi reacción—. Has estado en una especie de coma por más de un mes.

¿Qué? ¿Un mes? No, eso no puede ser.

—Carl, por favor. No me digas eso... Quiero verlo... Quiero que sepa cuánto lo amo. Quiero decirle que mi vida no tiene sentido sin él. Por favor...

Lo único que consigo hacer es cubrirme el rostro con las manos para seguir llorando.

No puedo vivir sin él. No soy nada sin...

—Victoria, puedo entender tu dolor, pero...

—¡No! ¡Nadie lo puede entender! ¡Nadie sabe cómo me siento! Porque ¿cómo podrían saberlo? Éramos felices... Íbamos a tener un bebé. Ethan estaba muy feliz...

Mi voz no es más que un triste susurro. Intento comprender lo que sucede, pero no lo consigo. No quiero hacerlo.

—Y es por ese bebé por el que debes salir adelante.

Niego con la cabeza. ¿Cómo voy a salir adelante? No... No puedo...

—Ya no tengo fuerzas para seguir sin él —sollozo.

—Pero tu hijo te las dará. Mírame. —Carl toma mi rostro entre sus manos y lo levanta—. Saldrás de esto. Lo vas a superar, así como has superado muchas cosas. Victoria, Ethan va a vivir por siempre en tu corazón, y vivirá en tu hijo.

Me dejo ir en llanto en sus brazos mientras repito en mi mente el nombre de Ethan como una oración. Ethan... Ethan...

\*\*\*

—Quisiera estar sola, por favor —le digo a Carl.

Estoy frente a su lápida. La lápida de Ethan, que se torna borrosa por todas las lágrimas agolpadas en mis ojos.

Conseguí que me dieran de alta después de una semana de haber despertado. Y ahora estoy aquí... junto al amor de mi vida. En un insulso cementerio.

No puedo creer que esté aquí. En este lugar. En la tumba del hombre que...

—Prométeme que estarás bien —me pide a modo de ruego.

¿Bien? No creo poder estar bien. Nunca podré estarlo. Sin embargo, asiento para que él se quede tranquilo.

Pronto lo veo desaparecer en medio de todas las edificaciones de piedra, que son el reposo eterno de miles de personas.

Yo me vuelvo, y lo único que consigo hacer es ponerme de rodillas frente a la placa en la que se graba su nombre. Frente a su tumba.

«Mi amor...», empiezo a sollozar en voz alta, imaginando su rostro y los preciosos ojos en los que adoraba perderme. Los ojos que no podré ver nunca más. «No puedo creer que estés aquí. No puedo creer que nos hayas dejado... ¡Nunca debí permitirlo! Debí insistir para que te quedaras, pero no lo hice... ¡Háblame! Dime que todo estará bien. Que llegaré a casa y te veré. Que seremos felices para siempre. ¡Solo dilo! Por favor...».

Me quedo en silencio esperando la respuesta que sé nunca llegará.

Siento que estoy muerta en vida. Siento que nunca voy a poder superar todo este desgarrador sufrimiento. ¡Este dolor es inmenso y me está matando! Me mata saber que no volveré a besarlo. Me mata saber que no volveré a escuchar su risa...

Ni siquiera pude despedirme. No le pude decir que mi vida tuvo sentido gracias a él. Y que si hubo alguien que cumplió el papel de salvador... fue él.

No le pude decir cuánto lo amo.

Las manos de Carl se posan en mis hombros.

—Debemos irnos —me dice.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero no quiero separarme de Ethan. Sin embargo, hay algo que ha estado dando vueltas en mi cabeza, y sé que Carl es el único que puede hablar al respecto.

—¿Cómo fue? Necesito saberlo —pregunto. Carl me mira con recelo—. Por favor —insisto.

Después de una breve lucha interna, suspira y empieza a hablar.

—Ethan no iba a ninguna comida de negocios. Iba a encontrarse conmigo.

—¿Contigo?

Carl encoge los hombros.

—Acababa de llegar a la ciudad. No me explico cómo pudo saberlo. Nadie conocía de mi llegada... Sin embargo, me habló para decirme que me extrañabas y que sabía que te haría bien verme. Nos encontraríamos en un restaurante para hablar y planear una especie de sorpresa. Sabes que le gustaban las cosas en grande —sonríe con tristeza—. Llegué antes. No había mucha gente en el lugar, así decidí esperarlo en la calle. Te juro, Victoria, que no sé en qué momento sucedió todo... Escuché un disparo y lo siguiente que vi fue a Ethan tendido en el piso.

Lo mataron. Mataron a Ethan.

Tengo que inspirar hondo para mantener mis pies firmes, porque siento que estoy al borde de un abismo siniestro, que amenaza con devorarme.

—¿Quién fue? —pregunto casi sin aliento.

—No lo conocía. Después supe que se trataba del hermano de un tal James. Se llamaba Roy.

¡Dios mío!

Me quedo inmóvil y dejo que las lágrimas resbalen por mi rostro antes de que la voz de Ethan vuelva a mis oídos, reviviendo la conversación que mantuvimos sobre él: «Existen razones para creer que ese sujeto se encuentra en Nueva York y que me sigue la pista».

—¿Se llamaba?

—Mason le disparó. También murió —susurra, y yo me estremezco—. ¡Perdóname, por favor! ¡Perdóname! —exclama con desesperación y se deja caer de rodillas frente a mí—. No pude hacer nada. Fue mi culpa.

Carl está llorando.

De pronto me siento impotente. Tampoco pude protegerlo. ¡No pude hacerlo! La sombra que nos atormentó todo este tiempo me lo arrebató.

—No tengo nada que perdonarte —murmuro entre sollozos—. Carl, no eres culpable de nada.

—Perdóname, Victoria —repite haciendo caso omiso a mis palabras.

Solo lo abrazo, porque no puedo hacer más que eso.

El vacío que siento en mi interior se acrecienta a la medida en que voy comprendiendo la realidad. Esa realidad que solo se me puede antojar turbia y sin sentido.

Estoy aquí, pero no logro sentir la presencia de Ethan. Este lugar no está impregnado de él. Necesito sentirlo y sé dónde puedo hacerlo.

—¿Me llevas a casa? —le pido con un intento de sonrisa en el rostro cuando ambos conseguimos un poco de sosiego, el mío, superficial. Carl asiente y enseguida se marcha, dándome tiempo a solas para despedirme.

Vuelvo a ponerme de rodillas frente a la tumba de Ethan.

«Sé que siempre estarás conmigo, cuidándome. Cuidando de nuestra hija. Porque será niña, ¿verdad?», gimoteo en voz alta. «Te amo, Ethan. Las dos te amamos con todo el corazón. ¿Recuerdas que, en el altar, el día de nuestra boda, prometí que te amaría hasta el fin de mis días? Pues ahora prometo que te amaré por toda la eternidad. Porque no hay nada que apague la llama que se encendió cuando nos conocimos. Te amaré eternamente... Hasta pronto, mi amor. Hasta cuando nos volvamos a encontrar».

Nos alejamos de *Woodlawn*<sup>[xxxv]</sup>, hacia el sur. A casa. ¿Realmente quiero volver? Será extraño estar sola en ese lugar, pero lo necesito. Necesito un tiempo de soledad.

—¿Por qué ahí?

—Luché un poco para que Irina desistiera de la idea de llevárselo a Londres.

¿Irina?

—No había pensado en ella. Debe estar devastada.

Si el dolor que siento es insostenible, no puedo imaginar cómo debe estar sintiéndose ella.

—Lo está. Fue muy difícil y doloroso el proceso, pero accedió a sepultarlo aquí.

—Todavía no puedo creerlo... —¿Sepultarlo? La visión que esa palabra

me obsequia es aterradora—. Gracias por intervenir —sollozo—. ¿Hace cuánto se fueron?

Carl frunce el ceño.

—Las gemelas regresaron hace dos semanas, al igual que Alec y su esposa. Dijeron que te visitarían pronto.

—¿Irina?

—Helen, Irina y...

—¿Y quién? —le animo a continuar.

—Cathy —responde en un hilo de voz. Palidezco. ¿Esa mujer?

—¿Están aquí?

Asiente.

—Están en tu casa. —Carl me dedica una mirada cautelosa. Creo que siento que no puedo manejar la situación. Siento lo mismo—. Victoria, sé cómo te sientes, pero debes ser aún más fuerte porque... Irina tomó una actitud que no es nada buena. —Arrugo la frente sin comprender lo que dice—. Ella se quedó esperando a que despertaras para resolver el asunto de los bienes de Ethan.

¿Los bienes? Después de lo que sucedió ella piensa en dinero.

Aparto mis ojos llenos de rabia, incredulidad y lágrimas para volverlos hacia la carretera.

Sé que en el fondo nunca estuvo de acuerdo con nuestra boda, por eso invitaba constantemente a Cathy a su casa durante nuestra estancia en Londres. Pero esto...

—No saben que despertaste. No quise que te atosigaran con todas esas mierdas. Tampoco saben de tu embarazo. No creí conveniente que se enteraran por mí.

—Hiciste bien, Carl. —Inspiro hondo para controlar el llanto—. Y agradezco que estés aquí, apoyándome. No te preocupes. Sé que debo ser fuerte, por Ethan y por nuestro bebé.

Seré fuerte, mi amor. Seré fuerte... Sé que lo que me espera no es fácil. Seguramente Irina piensa que deseo quedarme con todo. Pero no la culpo. El dolor es un veneno cegador que mata las virtudes y revive los defectos.

Ethan, por favor..., dame fuerza para enfrentar lo que viene.

Dios... ¡Cuánto te necesito! ¡Cuánto te extraño!

El motor se apaga frente a la puerta de la casa. De pronto siento un dolor agudo en el pecho cuando recuerdo la última vez que lo vi. Fue aquí. En este

lugar me dijo adiós.

Carl baja y me abre la puerta.

—¿Me acompañas? —le pido en un susurro cuando volvemos a encontrarnos.

—Siempre —contesta con convicción, y suena a una promesa eterna.

Ambos entramos a la casa y lo primero que veo en el recibidor es la mesita auxiliar de cristal, que me resulta muy familiar. Sobre ella hay un hermoso marco de plata que contiene una fotografía de nuestra boda: Ethan me carga en brazos y me da un beso en la mejilla mientras yo sonrío encantada. Siento que no volveré a sonreír así nunca más.

Me acerco con debilidad y la oprimo contra mi pecho. Empiezo a llorar desconsoladamente, víctima de miles de recuerdos que hacen referencia a uno de los días más felices de mi vida. Carl se acerca, pero no dice nada. Se limita a posar su mano en mi hombro en señal de contención.

—Hija... —Escucho una voz dulce y cálida que proviene del umbral que da paso a la sala de estar.

Es Helen, que se aproxima también con lágrimas en los ojos. Me abalanzo sobre ella y la abrazo con todas mis fuerzas. Ambas nos dejamos ir en llanto.

—Tranquila, mi niña. Tranquila... —susurra y acaricia mi cabello—. Todo estará bien.

—¿Cómo voy a vivir sin él? —sollozo—. Era mi vida y ahora... simplemente ya no está.

—Lo harás porque eres una mujer fuerte, y porque él te enviará resignación para que salgas adelante —dice y toma la fotografía de mis manos para mirarla con una sonrisa—. Ahora debes ser más fuerte que nunca, mi amor, porque...

Antes de que pudiera continuar, Irina aparece con Cathy en el umbral del recibidor. Helen oprime mi brazo y me dedica media sonrisa.

—Irina... —susurro. Ella me mira con frialdad—. Yo... lo siento mucho —continúo entre sollozos, ignorando su proceder.

—No hay nada que me devuelva a mi hijo. Ni siquiera un lo siento. Ethan no debió casarse contigo.

—¡Irina! —le riñe Helen con desaprobación.

—No intervengas, Helen. Tú eres igual de culpable que esta mujer. Me convenciste de que él sería feliz con ella y mira cómo terminó todo.

Siento que el alma se me cae a los pies. Tambaleo un poco hasta que Carl,

percatándose de mi malestar, me sostiene.

—Señora, no le permito que le hable así. Victoria amaba a su hijo y le puedo asegurar que Ethan fue muy feliz a su lado.

Casi está gritándole. Nunca lo había visto así.

—Yo entiendo por lo que...

—¿Entiendes qué, Victoria? —interviene Cathy—. De no ser por ti, Ethan seguiría vivo. ¡Apareciste en su vida y lo destruiste!

Enseguida me doy cuenta de que Carl aprieta los puños y que está a punto de ir contra esa mujer. Lo detengo.

Esta es mi lucha, Carl. Pero agradezco tu apoyo. Me hace sentir respaldada.

«Vamos, Victoria... Sé fuerte», me animo.

—Respeto tu opinión, pero no me interesa. Ethan y yo nos amábamos. Nos amamos. Y nuestro amor es fuerte y así seguirá hasta que volvamos a encontrarnos. Sé que no lo entenderás porque no conoces ese sentimiento puro y sin malicia, pero nosotros sí. Ahora, si no te importa, preferiría que te mantengas al margen de todo esto.

Le regreso la mirada a Irina, que me mira con la boca abierta.

—Sé lo que las detuvo aquí, pero no se preocupen. No quiero ni un solo centavo de lo que Ethan tenía, aunque la ley me lo otorgue. Lo más valioso ya lo tengo y eso es suficiente para mí. Llamaré a mis abogados para arreglarlo todo, señora. Y puede estar segura de que le entregaré absolutamente todo. Ahora, si me disculpan, quisiera estar sola, en mi casa.

¿Yo dije eso?

Ambas me miran con frialdad. Sorprendidas y algo ofendidas. Las ignoro y me vuelvo hacia Helen, que desborda dulzura y orgullo por todos los poros.

—Helen, me gustaría que te quedaras conmigo, si no tienes inconveniente.

—Eso me encantaría, hija —contesta con lágrimas en los ojos.

—¡No puedes quedarte con esta mujer, Helen! —exclama Irina, que echa fuego por la boca.

—¡Por supuesto que puedo y lo voy a hacer! ¿No te das cuenta de que si alguien amo de verdad a tu hijo es Victoria? Estás ciega por todo el odio que la mujer que tienes a tu lado te ha metido en la cabeza. Esa mujer que no fue capaz de hacer feliz a tu hijo, y en buena hora porque gracias a eso, él conoció a esta preciosa niña.

—¡La niña que se casó con él por su dinero! —replica Cathy a gritos.

—¡Ya basta! ¡No voy a permitir que sigas ofendiendo a Victoria!

Carl camina con paso firme hasta ella, la toma del brazo y se la lleva a jalones a la puerta, ignorando sus gritos de protesta. Cuando consigue sacarla de la casa, cierra la puerta tras de sí. Luego se dirige a Irina.

—Señora, usted merece todo mi respeto, pero no toleraré ni un solo insulto más —le amenaza.

—Esperaré a tus abogados —replica ella con mala cara—. Helen, está demás decir que ya no trabajas para la familia. Enviaré por nuestras cosas más tarde.

Tras decir sus últimas palabras y dedicarme una mirada llena de desprecio, Irina se va.

¿Qué fue todo eso?

Me dejo caer en el sofá del recibidor y me cubro la cara con las manos para dejar salir toda la tensión contenida.

Helen se sienta a mi lado y me obsequia un cálido abrazo de consuelo.

—Lo hiciste muy bien —musita con dulzura—. Y tú —le dice a Carl—. Esa mujer no tenía nada que hacer aquí, solo deseaba destilar veneno. —Sus palabras, extrañamente, me hacen sonreír—. Así tienes que sonreír, mi niña. Serás muy feliz, te lo aseguro.

—Lo seré, Helen. Lo seré porque tengo algo que nadie me va a poder arrebatar. Algo que me dejó Ethan, y que vale más que todo el oro del mundo. —Helen me mira extrañada. Yo tomo su mano y la coloco sobre mi vientre—. Tengo esto.

—No me digas que...

—Sí. Estoy embarazada. Por eso deseo que te quedes conmigo, para que estés cerca de nosotros, así como lo estuviste de Ethan, toda su vida.

—¡Oh, mi niña! No sabes lo feliz que me haces. Por supuesto que me quedaré. No lo puedo creer. ¡Estás embarazada! —exclama con emoción antes de envolverme entre sus brazos.

\*\*\*

Han sido días duros. Sobre todo, cuando estoy sola, en las noches, en la habitación que era nuestra. En el día me entretengo en la oficina, o con Helen, Mila o Carl. Aunque aún tengo sobre mí las miradas llenas de compasión de la gente y las preguntas incómodas e indiscretas de los reporteros que aguardan fuera de la casa y de la agencia. Mason ha tenido que ahuyentarlos en

repetidas ocasiones. Agradezco tanto que haya decidido quedarse a mi lado... De alguna forma, tenerlo cerca, me hace sentir que Ethan está.

Mamá se fue hace un par de semanas. Regresó a Barcelona. Fue difícil despedirme de ella, porque no quería separarse de mí y mucho menos después de saber que se convertiría en abuela, pero logré convencerla para que continúe su vida junto a Samuel. Se fue más tranquila sabiendo que tengo a Helen y amigos que me quieren a mi lado.

¿Cómo he podido sobrevivir todo este tiempo? Ayer se cumplieron cinco meses de la muerte de Ethan. Cinco meses de llanto silencioso en mi habitación y de fingirme fuerte frente a los demás. Pero la verdad es que... ni siquiera he sido capaz de guardar sus cosas. Me gusta cubrirme con sus sacos e imaginar que son sus brazos los que me rodean. Duermo en su lado de la cama y abrazo su almohada, hablándole, como si fuera él. Se ha vuelto un ritual el sentarme cada noche en la silla en la que él solía sentarse a leer, frente a la ventana, para leerle a nuestro bebé las notas de internet que hablan de los triunfos de su padre. Quiero que sepa quién es y que lo admire, como lo admiro yo.

Sé que debo superar este dolor. Lo debo hacer por mi bebé y por mí, pero es que es tan difícil... Me cuesta demasiado. No creo que pueda deshacerme de sus cosas, de sus recuerdos, aunque Helen me diga que es lo que debo hacer. Sé que conservarlas no lo regresará a mí, pero me gusta imaginar que así será.

Mi vientre ha crecido de una forma inconmensurable. Hoy sabré el sexo del bebé, aunque siento que será niña. Como Ethan..., lo imagino así.

Bajo con cuidado al recibidor y veo a Carl sentado en el sofá, esperándome. Él levanta la mirada al escucharme y enseguida me dedica una sonrisa tranquilizadora.

—¿Lista? —pregunta después de darme un breve abrazo.

—Ansiosa.

Esa sería la palabra correcta.

—Sé a lo que te refieres —murmura y toma una honda bocanada de aire.

Carl me acompañará a la consulta. Él ha estado a mi lado incondicionalmente durante todos estos difíciles meses. Ha sido algo así como mi bastón, mi soporte.

—¿Estás nervioso?

Carl encoge los hombros en respuesta. Se ve tan dulce así...

Aparcamos fuera de la clínica de Roxanne. Carl baja con prisa para abrirme la puerta mientras yo intento no entornar los ojos. Me trata con demasiado cuidado, como si fuera una muñeca de cristal que puede romperse en cualquier momento.

—Hola, Sara.

Saludo a la amable recepcionista de la doctora Evans.

—Señora Mills. —Sonríe y hace una reverencia—. Doctor Marx. ¡Qué gusto verlos! La doctora los está esperando. Por aquí, por favor.

Ambos la seguimos hasta el consultorio.

—¡Señora Mills, bienvenida!

Roxanne se acerca y me estrecha la mano.

—Carl. —Le da un beso en la mejilla—. ¡Qué alegría verte!

Al parecer se conocen desde hace muchos años, bueno, eso fue lo que me contó Carl la primera vez que me acompañó aquí. Fue como un reencuentro, lo recuerdo bien.

—Y me verás seguido, Roxanne. No quiero perderme nada del proceso.

—Ya lo creo —responde ella—. Bien, Victoria. Me alegra que por fin se haya decidido a descubrir el sexo del bebé. Recuéstese en la camilla, por favor.

Con la ayuda de Carl hago lo que me pide.

—No hay margen de error, ¿verdad? —pregunto. Ella me dedica una sonrisa dulce.

—No. El que veamos en la pantalla será el sexo definitivo de su bebé. Así que después de hoy usted podrá decorar su habitación y comprarle toda la ropa que quiera.

Miro de reojo a Carl mientras Roxanne coloca una especie de gel frío sobre mi vientre y lo esparce con cuidado, él está pendiente de cada movimiento.

—¿Desea que grabemos este momento?

—¿Se puede?

—Por supuesto. Es lo que la mayoría de pacientes desea hacer. —Asiento. Nada me gustaría más que poder ver a mi bebé cada vez que quiera—. Ahora relájese y mire la pantalla, Victoria.

Roxanne empieza a mover el transductor por todo mi vientre. Miro nerviosa la pantalla y enseguida escucho los latidos del corazón de mi bebé.

Los había escuchado antes, pero siempre me parece que es la primera vez. Lo veo.

—Bien, aquí tenemos la cabeza. —Aparece una flecha que la señala—. Al parecer el bebé supo que hoy lo verían, está en perfecta posición. Sé exactamente lo que es. ¿Lo quieren saber ya?

Nos mira a ambos.

El corazón me late con fuerza. Siento que puede explotar de ansiedad en cualquier momento.

—Sí —balbuceo.

—¡Felicidades, Victoria! Me alegra informarle que usted tendrá una niña. Una niña...

«Hablo del día en que te conocí. Fui a Georgia por trabajo. No imaginé que ese viaje cambiaría mi vida por completo, pero así fue. Eres la mujer más bella y maravillosa del planeta, Victoria. Me enseñaste a ser feliz, a superar mis miedos, a olvidar mis absurdas ideas sobre el amor... Me enseñaste a luchar por lo que quiero. Deseo seguir atesorando ese momento y pensé que nuestra hija podría llamarse Georgina. Ese nombre me gusta mucho».

—Georgina —susurro entre sollozos.

Carl toma mi mano y la oprime con suavidad.

—Es un nombre hermoso —me dice con dulzura.

Me quedo mirando la pantalla, que ahora se ve borrosa por todas las lágrimas que hay en mis ojos, y solo puedo pensar en Ethan y en las veces que me molesté por su insistencia en que tendríamos una niña. Tenía razón. Siempre la tuvo.

—Siempre tuvo razón —gimoteo.

—Debe estar feliz, Victoria. Sé que es así.

Tengo el ultrasonido entre mis manos y en todo el trayecto de regreso a casa no he dejado de pensar en él, pero hoy, siento que algo cambió dentro de mí. Es como si por fin hubiera entendido que debo salir adelante. Debo seguir con mi vida por mi hija y por mí. Debo dejar ir a Ethan, aunque eso me mate. Sé que no puedo seguir aferrándome a sus cosas, porque no me hace bien hacerlo. El llorar cada noche, percibir su perfume y ver sus fotos no me lo va a devolver. Quisiera que así fuera, pero no. No será así.

—No has dicho ni una sola palabra desde que salimos del consultorio de Roxanne. ¿Qué ocurre, Victoria? —me pregunta Carl cuando entramos a la casa.

—Al ver a mi hija y escucharla... —susurro—, entendí que ella es lo más valioso que tengo y que no puedo condenarla a verme llorar día y noche. Me quedé en este lugar porque quise creer que un día Ethan entraría por esa puerta y me diría que me ama y que todo va a estar bien. Sentía que iba a regresar... Sin embargo, siempre tuve presente que eso no sucedería —continúo, ignorando la mirada de compasión que me dedica Carl—, porque no importa cuánto rece o cuánto lo desee... él no volverá. Nunca lo hará. Sé que debo salir adelante por mi hija y sé también que él vivirá en ella.

—Sabes que así será —me dice vacilante.

—¡Es que tengo miedo de despertar un día y darme cuenta de que lo olvidé! ¡No quiero que eso suceda!

—Princesa, eso no va a pasar. Ethan es parte de ti...

—Y así lo voy a recordar. Con amor... Como el hombre fuerte y dulce que fue... Un hombre capaz de darlo todo sin esperar nada a cambio. ¡Dios... esto es muy difícil!, pero sé que es tiempo de dejarlo ir, de dejarlo descansar. — Carl se acerca con timidez y toma mi mano, oprimiéndola con la suya—. Quiero mudarme. Compraré otra casa.

—¿Estás segura?

Carl parece sorprendido. Asiento.

—Sé que piensas que estoy escapando, pero no es así. Es solo que necesito empezar de nuevo y dejar de aferrarme a las cosas materiales que me recuerdan a él. —Coloco mi mano sobre la suya, imitándolo—. Pero no puedo hacerlo sola... Necesitaré de un buen amigo que me dé aliento como siempre lo ha hecho. Carl, ¿me ayudarías? —sollozo.

—No hay nada que haga que te deje sola. No hay nada que me separe de ustedes —responde y le dedica una mirada tierna a mi vientre—. Por supuesto que estaré contigo.

Lo abrazo con todas mis fuerzas. ¡Estoy tan agradecida de que esté conmigo! Cuando estamos juntos vuelvo a sentirme yo misma, aunque sea por solo un momento. Después, cuando se va, toda la realidad me sorprende como un balde de agua helada cayendo sobre mí, pero creo que eso no cambiará por un rato. Sin embargo, prometí intentarlo y es lo que voy a hacer.

\*\*\*

El tiempo no da tregua a la realidad. Después de siete meses de estar sin él, no puedo decir que lo haya superado, pero sí he conseguido un poco de

sosiego. Supongo que se debe a la emoción que siento al saber que en contados días tendré a mi bebé en mis brazos. Mi bebé... Mi pequeña Georgina.

Acaricio su ropita mientras la doblo para guardarla en el pequeño armario de roble que le regaló Carl.

Ella ha sido esa fuerza extra que tanto necesitaba para seguir adelante. Cada una de sus pataditas son como un premio, como una compensación a todo el sufrimiento.

Me levanto de la silla mecedora para asomarme por la ventana y mirar las rosas del jardín. Están preciosas. Dora ha hecho un estupendo trabajo con ellas.

Recuerdo lo difícil que fue empacar y donar las cosas de Ethan, pero lo hice. Ahora lo único que conservo de él son nuestras fotos.

Todo el dinero y las empresas que le pertenecían están a nombre de su familia, y me alegra que así sea. No necesito eso. La agencia genera ingresos altos y sé que con ellos podremos vivir cómodamente, además le aseguran un futuro sin problemas a mi hija. Fue mejor así. El dinero de Ethan jamás me interesó, pero al parecer a su familia sí, o quizá lo reclamaron porque en el fondo piensan que soy una oportunista. Mucha gente lo pensaba.

No he decidido si debería decirle o no a Irina sobre su nieta. Helen no ha querido opinar al respecto, dice que es mi decisión, pero yo... realmente no sé qué hacer. He comenzado una nueva vida, una vida que no admite equivocaciones, es por eso que siento que debo meditar mucho al respecto. No quiero que nada enturbie el nacimiento de mi hija.

Salgo de mi habitación y voy a la Georgina. Carl pinta los últimos conejitos rosa en las paredes. ¿Quién lo diría? El reconocido médico inglés, se convirtió en un talentoso pintor. Sonrío con ternura.

Sé que él la quiere, me lo ha demostrado. Ha estado al pendiente de nosotras, procurándonos, asegurándose de que no nos falte nada...

—¿Y bien? —pregunta expectante.

—Es hermoso. Hizo un excelente trabajo, doctor. Es por eso que su querida amiga lo premiará con un delicioso vaso de limonada. Iré por él.

—Deja. Bajaré por...

Me detiene.

—¡Por favor, Carl! Estoy embarazada, no inválida.

Tras esta breve reprimenda baja los brazos en señal de derrota y asiente.

Río en mi interior. Es tan dulce..., pero se preocupa demasiado.

—Regreso enseguida —añado y abandono la habitación.

Bajo las escaleras para ir a la cocina por lo prometido, pero, en cuanto piso el último escalón, un dolor agudo en el vientre me sorprende, haciéndome gritar.

De pronto Helen aparece a mi lado.

—Victoria, ¿qué sucede?

Su voz suena a alarma.

—No lo sé... Sentí un dolor fuerte y... ¡Ay! —vuelvo a gritar cuando el dolor se repite con más intensidad.

—¡Se te rompió la fuente! —grita Helen con emoción—. ¡Va a nacer!

Contengo la respiración.

—¿¡Ahora!?! ¡Ay! —vuelvo a gritar.

«Va a nacer... Va a nacer», repito en mi mente mientras intento controlar la ansiedad.

—¡Carl! ¡Carl! —lo llama Helen. En cuestión de segundos él aparece junto a nosotras.

—¿¡Qué ocurre!?!

Palidece.

—¡La bebé viene en camino! ¡Vamos, debemos llevarla al hospital!

Todos gritan como locos ignorando mi intenso dolor, que se vuelve más frecuente e insoportable.

—Ven, cariño. Solo respira profundo.

Hago lo que Helen me pide hasta que salimos al auto. Carl nos alcanza enseguida, llevando a cuestas la maleta de la bebé y la mía. Se ve tan gracioso que en medio del dolor consigo sonreír.

\*\*\*

Roxanne me lleva en una silla de ruedas hasta la sala de partos. Yo solo observo, con lágrimas en los ojos, a todo el mundo correr de un lado a otro, preparando máquinas y otros instrumentos médicos.

Tengo mucho miedo.

¿Para qué son todas esas cosas?, me pregunto mientras miro todo el arsenal que preparan las enfermeras. El terror al imaginar que algo pudiera salir mal me estremece. Empiezo a temblar.

—¿Desea que alguien le acompañe? —pregunta una enfermera que viste

totalmente de azul.

—¡Carl! —consigo decir entre gritos—. ¡Llámelo!

La enfermera se apresura y sale de la habitación.

¡Dios! No agunto el dolor. ¡No lo tolero!

—Venga conmigo. —Otra enfermera vestida también de azul me ayuda a subir a la camilla—. Ahora abra las piernas. —Obedezco. Atrás quedó la vergüenza y el pudor. El dolor no me permite pensar con claridad. Solo quiero tener a mi bebé en brazos y acabar con esta agonía—. ¡Tiene ocho de dilatación! ¡No hay tiempo para una epidural! —grita, y de pronto me convierto en una especie de atracción cuando todos se acercan a mí.

—Tenemos que hacerlo ahora —dice la doctora Evans, que toma el mando de la situación.

—¡No! ¡Quiero que Carl esté conmigo! —suplico en medio del dolor insoportable, que es como si clavaran miles de cuchillos en mi interior.

—Señora Mills, no hay tiempo —replica Roxanne. ¿Qué sucede? ¿Por qué Carl no está aquí? —. ¡Debemos hacerlo ahora!

En ese momento Carl aparece con la enfermera número uno. Él también está totalmente cubierto con un traje parecido al de ellas. Al verlo siento un inmenso alivio. Él se acerca a mí y toma mi mano, yo la oprimo con todas mis fuerzas.

—Muy bien, Victoria. Ahora, a la cuenta de tres, va a pujar. ¿Está bien? — me explica Roxanne. Asiento—. Uno, dos, ¡tres! —cuenta, y yo pujo con todas mis fuerzas—. Eso ha sido excelente. Lo haremos de nuevo. Uno, dos, ¡tres! — Lo vuelvo a hacer entre gritos mientras escucho la dulce voz de Carl diciéndome que lo estoy haciendo bien—. ¡Está coronando! Vamos otra vez. Uno, dos, ¡tres!

Casi estoy inconsciente, al borde del desmayo. Siento que no puedo más... El dolor es insoportable.

«Lo estás haciendo bien, nena», escucho la voz de Ethan como el suave canto de un pajarillo.

¿Es real?

Me vuelvo y miro el lugar del que proviene la voz, y entonces lo veo. Veo a Ethan a mi lado, sonriéndome, y yo siento que el corazón se me acelera de una manera inefable. ¡Está aquí! Ethan está...

—Solo una vez más. ¡Puje con fuerza, Victoria! Uno, dos, ¡tres!

Ese último esfuerzo fue suficiente para que, casi en tinieblas, escuche el

llanto de Georgina como la más dulce melodía que jamás haya llegado a mis oídos. El corazón se me encoje, y con las pocas fuerzas que me quedan, la miro. Las enfermeras la limpian y la envuelven en una especie de manta azul. Se la llevan.

—¿A dónde se la llevan? —susurro sin aliento.

—La van a limpiar y asegurarse de que esté bien —responde Carl, que tiene lágrimas en los ojos—. ¡Felicidades, mamá!

Regreso la mirada hacia el lugar en donde vi a Ethan, pero no hay nada. No está. Pero estoy segura de lo que vi. ¡Él estaba aquí!

De pronto siento una inmensa sensación de paz en el alma. Es como si me recostara en un campo lleno de flores, en donde corre una vivificante brisa otoñal.

Sí, Ethan. Ya nació nuestra hija...

—Ahora sé que todo está bien —le digo a Carl, dedicándole una sonrisa débil—. Gracias por estar conmigo.

Carl oprime mi mano en respuesta, y eso es lo último que recuerdo.

—¡Mi bebé! —grito de forma inconsciente cuando despierto.

Carl, que hasta hace un momento estaba sentado en una silla junto a mi cama, se levanta y viene a mí.

—Tranquila, princesa. La traerán enseguida —me tranquiliza.

Me relajo un poco y vuelvo a recostarme. Estoy agotada. Sin embargo, a pesar de mi debilidad, me doy cuenta de que la habitación está repleta de flores y obsequios.

—¿Y eso?

—Varias personas vinieron a visitarte mientras dormías. Mila, Julia, algunas personas de la oficina...

—¿Cuánto dormí?

—Medio día —contesta encogiendo los hombros.

Frunzo el ceño. Eso es mucho tiempo.

—¡Hay alguien que quiere conocerte! —Roxanne entra con mi hija en brazos—. Felicidades, Victoria, es una niña preciosa.

Con mucho cuidado la coloca sobre mi pecho y yo no puedo hacer más que llorar de felicidad al verla.

Es lo más perfecto que puede existir. Es hermosa, tan pequeña, tan frágil... «Dios, gracias por esto», repito una y otra vez en mi mente. Mi hija. Mi bebé. ¡No puedo creer que ya esté conmigo!

El corazón se me encoge cuando toco sus pequeñas manitas, sus pequeños dedos... Acaricio su cabecita, que apenas tiene cabello. Georgina es perfecta, y si de algo estoy segura en este instante es que no hay nada que no haría por ella. Ahora es el centro de mi vida. Es mi felicidad completa.

—Es bellísima —susurra Carl con ternura—. Como tú.

—Es una niña sana y fuerte —interviene Roxanne antes de volverse hacia Carl—. Será mejor que salgas. Sabes que podrás verlas después. Necesitan descansar.

Él asiente a regañadientes.

—Te veré luego, princesa.

Carl me da un suave beso en la frente y desaparece tras la puerta.

—¿No se la volverán a llevar?

—No, Victoria. Ella se quedará con usted. Debería descansar. Dentro de dos horas vendré a despertarla para que la alimente. No se preocupe, Georgina estará bien.

—Gracias.

—De nada. Con permiso —murmura y desaparece de la habitación.

¿Cómo podría dormir? No puedo dejar de admirarla. Es hermosa, perfecta y se parece tanto a...

Los recuerdos borrosos vuelven a mi mente. Lo vi. Sé que lo vi. Estaba a mi lado y escuché su voz. No lo pude haber imaginado o ¿sí?

No lo puedo creer... Victoria, ¡te estás volviendo loca! Sonrío.

Sí, seguramente el dolor me provocó alucinaciones. Aunque sé que él me acompaña en todo momento.

«Y así te acompañará a ti, mi amor», le hablo en voz alta a Georgina, que duerme como un angelito. «¿Recuerdas lo que te leí sobre él? Ahora será tu ángel guardián y te protegerá. Sé que lo hará».

## CAPÍTULO 39: DEJAR IR

—¿Por qué no puedes ser mi papá? —le pregunta Georgina a Carl, que la tiene sobre su regazo.

Me ruborizo.

—Porque ya tienes uno, princesa —le responde él, con ternura.

—Pero mi papito está en el cielo y no puedo verlo. Tú estás aquí — replica ceñuda, y al verla no puedo dejar de pensar en lo idéntica que es a Ethan.

Mañana cumplirá cuatro años, y no deja de sorprenderme de lo inteligente que es. Tal vez no esté bien que yo lo diga, porque soy su madre, pero es muy lista y despierta para su edad. Además, tiene sus ojos, sus gestos... Diría que es una réplica exacta de su padre. Incluso cuando se enfada o cuando sonrío, se le forman los mismos hoyuelos que a él. Su cabello es suave, cobrizo y brillante, como la seda, su piel se parece a la de una muñeca de porcelana por lo lozana que es; sus mejillas son adorablemente redondas, teñidas de un ligero rubor manzana, que le atribuyen una buena salud, y sus ojos... son negros y profundos, tan profundos como lo suyos. Es hermosa...

—¿Por qué no me dices que es lo que quieres para tu cumpleaños?

Carl cambia de tema y los ojos de Georgina se iluminan al instante.

—No sé si sea buena idea que se lo preguntes —le advierto a Carl.

—Mmm —Acaricia su mentón con sus pequeños dedos, sopesando la pregunta—. ¡Muchos globos!

—Entonces serán globos. Globos de todos los colores.

—¡Sí! —exclama emocionada antes de que Helen entre para anunciar que es hora de cenar.

—¿Qué dices si vamos a lavarnos las manos?

Georgina baja a tropezones de las piernas de Carl y corre a los brazos de su abuela postiza. Pronto las veo desaparecer tras el umbral, rumbo a la cocina.

—Victoria, tu hija es... un sol. Lo ilumina todo con una sonrisa —murmura Carl, que también las sigue con la mirada hasta que desaparecen.

—Es mi mundo por completo. No puedo creer que esté a pocas horas de cumplir cuatro años. Me parece que fue ayer cuando me encontraba en esa cama de hospital, contigo a mi lado. Eres muy importante para ella.

—Y ella lo es para mí —asegura sonriente, y sé que es verdad. Él la adora —. No hay nada que no haría por ustedes.

Carl abandona su lado del sofá y se acerca hasta donde yo estoy, después toma mi mano y acaricia lentamente mi sien, con adoración. Yo contengo la respiración mientras intento controlar el temblor involuntario que se adueña de mis piernas.

¿Qué es lo que me sucede? Siento que mi corazón late desenfrenado ante él.

—Carl, no... —susurro, pero ya es tarde.

Él sujeta mi cabeza con suavidad y destreza, mientras me dedica una mirada dulce, que es como una fuerza atrayente e hipnotizante, y en ese momento, cuando me pierdo en ella, siento que es la primera vez que me permito mirar sus ojos de verdad. Siento que es la primera vez que me permito hundirme en su intenso azul cielo, límpido y sereno, y ahora, al hacerlo, no quiero escapar de él. De esa paz que poseen.

Poco a poco voy inhalando su dulce aliento, que está cada vez más cerca al mío, anunciando que está pronta la llegada del momento que me parece que he esperado por mucho tiempo. Entonces sucede, sus labios se posan en los míos en un beso dulce y tierno. Un beso que hace estallar miles de fuegos artificiales en mi interior. Yo me dejo llevar por él y por ese desbordante cosquilleo que últimamente abordada a mi corazón, cuando estamos cerca.

Cuando se detiene pega su frente a la mía.

Me siento perdida, confundida... ¿Qué es lo que estoy sintiendo?

—Victoria —susurra—. Sabes lo que siento por ti. Y sabes también que adoro a esa pequeña hermosa y brillante... Sé que estoy siendo demasiado pretencioso al suponer que tú...

—Por favor, no sigas. Carl, no puedo. Esto no está bien.

—¿No está bien sentir amor?

—No lo entiendes... No puedo sentir nada por nadie, mucho menos por ti.

—Pero lo sientes, ¿verdad? Mírame y dime que no está sucediendo nada entre los dos.

Carl levanta mi rostro con sus manos y yo no puedo hacer más que paralizarme bajo sus penetrantes ojos azules.

Intento apartarme, pero mi cuerpo no responde. Es como si no quisiera separarse de él.

—Dímelo, Victoria —insiste.

Entonces advierto que Georgina cruza el umbral del salón y que corre a toda prisa en mi dirección, con los brazos abiertos.

—¡Mami! —grita cuando llega a mí. Yo la envuelvo en un abrazo—. ¡Es hora de comer!

—Vamos, cariño.

Ella asiente y le extiende la mano a Carl, invitándolo a unírseles en nuestro trayecto hasta al comedor.

Miro mi sortija de bodas, enfrascada en mis pensamientos. No puedo negarlo, siento algo por Carl. Él ha sido increíble con nosotras y quiere a Gina como un padre lo haría. Ha estado conmigo incondicionalmente, pero yo... ¿me estoy enamorando de él? ¡No! ¡Eso no puede ser! No puedo amar a nadie. Mi corazón le perteneció a un solo hombre, a Ethan, y no puedo traicionarlo. ¡No puedo!

Me asomo despacio por la puerta de la habitación de Gina. Ella está sentada en el borde de su cama, charlando animadamente con Carl.

—Él es mi papito, y está en el cielo, con Dios. —Gina le enseña la fotografía que enmarqué para ella—. ¿Lo conoces?

—Sí, lo conocí. Te platicaré de él, pero primero... —Carl la toma en brazos y la acuesta bajo las mantas, arropándola—. Es hora de dormir, señorita.

—Háblame de él —le pide ella antes de prorrumpir en un gran bostezo.

—Tu padre era un hombre íntegro...

—¿Qué es íntegro? —pregunta arqueando su pequeña ceja.

—Una persona íntegra es una persona correcta, buena, honesta...

—¿Mi papito era bueno y honesto?

—Sí, princesa. Él era un hombre de ejemplo. Capaz de darlo todo por amor. ¿Sabes...?, siempre lo admiré. Ethan fue un hombre difícil, pero tenía un gran corazón, y estoy seguro de que te cuida todo el tiempo. Sé que no sería capaz de dejarte sola, pues era muy controlador.

Ríe sin darse cuenta de que Georgina se quedó dormida.

Me escabullo en silencio y bajo de nuevo a la sala de estar. Después de un par de minutos lo veo bajar también.

—¿Se durmió? —inquiero, intentando buscar conversación. Él asiente.

—Como un angelito. Tengo que irme. Estaré aquí temprano para ayudar con la fiesta.

—Bien —es lo único que consigo decir. Me siento estúpidamente

nerviosa. No sé cómo tratarlo después de lo que pasó.

Carl se acerca y me da un beso casto en la mejilla.

—Hasta mañana, princesa —susurra en mi oído, haciendo que inmediatamente me estremezca por el frío que me recorre la espalda.

—Hasta mañana —contesto con voz ronca y lo acompaño hasta la puerta principal.

Intento pasar saliva, pero se me ha formado un enorme nudo en la garganta, que me impide hacerlo.

«¿¡Qué demonios me sucede!?!», me riño mentalmente mientras voy camino al estudio y me encierro en él.

Lo primero que hago es tomar entre mis manos la fotografía de mi boda, aquella que adornaba el recibidor de nuestra antigua casa.

Sonrío con nostalgia.

Éramos tan felices... Ese día fue maravilloso. Parecía que todo era posible. Sentía que mi vida avanzaba por la senda correcta, pero ahora... ¡Ahora estoy tan confundida! ¡Me siento tan perdida! ¿Qué es lo que debo hacer?

Las lágrimas empiezan a rodar, una tras otra, por mis mejillas, y una estremecedora impotencia se apodera tormentosamente de mí.

—Aquí estás.

Seco rápidamente mi llanto cuando veo a Helen aparecer en el estudio.

—Sí, ¿necesitas algo? —Escondo mi rostro de su mirada inquisitiva.

Helen se acerca despacio y toma la fotografía de mis manos para observarla a detenimiento.

—Nunca lo vi tan feliz como en ese día, pero me imagino que tuvo muchos días más de felicidad.

Asiento.

—Cuando supo del embarazo, él... no lo podía creer —recuerdo y empiezo a gimotear.

—Lo puedo imaginar. Pero dime, ¿a él le gustaba verte llorar?

Niego con la cabeza.

—No. Él lo odiaba.

—Entonces ¿por qué lo haces? No tienes motivos para hacerlo, cariño.

—Los tengo, Helen. Me siento confundida... ¡Atrapada en algo que no debería!

En un estrujante sentimiento que me hace sentir culpable.

—¿Es Carl? —pregunta con dulzura. ¿Es tan evidente? No respondo—. Mi niña, conozco la batalla interna que libras, porque he visto la forma en que ustedes son cuando están juntos. Carl es un buen muchacho y adora a tu hija. ¿Cuál es el problema?

¿Qué?

—¿¡Es que no lo ves!?! No quiero traicionar a Ethan. Por eso no puedo enamorarme. —¡No! ¡No puedo hacerlo! Prometí que no me volvería a enamorar nunca más—. Él es y será el amor de mi vida.

—Yo lo conocí desde que era un bebé, ¿sabes? Siempre se preocupaba por el bienestar de los demás, incluso cuando atravesó esa etapa de rebeldía por la que pasan todos los adolescentes. Cuando murió su padre, él se sentía como tú: culpable. Solía atormentarse así mismo. No salía, no se divertía... Se volvió un muchacho frío, incapaz de demostrar sus sentimientos, que encerró bajo siete llaves. —Helen sonrío con nostalgia y acaricia el rostro de Ethan en la foto—. Un día se fue y no volvió por mucho tiempo, pero cuando lo hizo, tenía una mirada distinta. Entonces me di cuenta de que era feliz... Recuerdo que fui la primera en saber que tú estabas en su vida.

—¿Antes del accidente? —murmuro en un hilo de voz.

—Así es. Lo único que hacía era sonreír. Sus ojos brillaban como nunca lo habían hecho. Con el accidente, cuando despertó y olvidó todo, volvió a ser un tempano, pero en el fondo sabía que no se había olvidado de ti. Yo veía esa chispa en su interior.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto?

La exasperación en mi voz es evidente. ¿Por qué me dice esto? Sus palabras no hacen más que atormentarme.

—Quiero que entiendas que él te amaba, incluso cuando no podía recordarte, y estoy segura de que, esté donde esté, ese amor sigue intacto. Él te ama tanto, que no desea que seas infeliz —me dice oprimiendo mi mano con las suyas—. Mi amor, no hay nadie que se sienta tan conmovida como yo por tu fidelidad hacia él, y por tu amor, pero han pasado más de cuatro años. Él no volverá y ¡tú estás viva! No puedes condenarte a una vida de soledad por un recuerdo.

—No quiero seguir hablando de esto. No puedes entenderme. ¡Nadie puede hacerlo!

Casi estoy gritando por la frustración. ¿Cómo es que me dice todas estas cosas y pretende que rehaga mi vida, como si nada?

Me levanto con la fotografía en mis manos y voy a la puerta, dispuesta a abandonar la habitación.

—¡Victoria! —me detiene Helen—. No te niegues la oportunidad de ser feliz. Tú más que nadie sabe que nada es eterno.

Con lágrimas en los ojos salgo y subo corriendo a la habitación de Georgina. Ella está dormida.

Me acerco despacio y le doy un beso en la frente.

Es mi paz. Mi refugio.

—Mami, ¿estás llorando? —musita adormilada.

—No, nena. Tengo una basurita en el ojo. —Parpadeo un par de veces para controlar las lágrimas—. ¿Ves?, ya no está. Discúlpame, cielo, no quise despertarte.

—Quédate conmigo —me pide con su dulce voz.

—Está bien —contesto y me recuesto a su lado, rodeándola con mis brazos.

—No me gusta que llores, mami —murmura contra mi pecho antes de volver a quedarse dormida.

Yo acaricio su pequeña frente y vuelvo a acurrucarme junto a ella.

\*\*\*

—¡Mami! ¡Mami! ¡Despierta! ¡Hoy es mi cumpleaños!

Las pequeñas manos de Georgina tiran de mi vestido. Abro los ojos y la veo aún en pijama, mirándome con impaciencia.

—Está bien, mi amor. Mamá se levantará enseguida —respondo, y ella regresa corriendo a la pequeña mesa rosa que está en medio de su habitación.

Está pintando algo, me parece. Me levanto y voy a acompañarla.

—Dime, ¿qué es lo que pintas?

—Es nuestra familia —me dice, dejándome ver su dibujo.

En él estamos Carl, ella y yo tomados de la mano, y a un costado está... Ethan.

—Es papi —aclara al percatarse de que lo miro extrañada.

Lo pintó como un ángel sonriente. Dios... Es increíble lo parecido que es a él.

—Es un dibujo muy bonito, mi amor. Dime, ¿cómo se te ocurrió?

Frunce el ceño, pero después sonrío.

—Lo hice para que no estés triste, mami.

Gina se levanta, toma el dibujo y regresa a la mesita para terminarlo.

Me arrodillo junto a ella y la observo pintar. Está tan concentrada en lo que hace. Me recuerda a Ethan cuando leía. Tenía la misma expresión.

No puedo creer lo mucho que ha crecido.

—No llores —me pide cuando se percata de mis lágrimas. Se acerca despacio y las seca con sus pequeños dedos.

—Estoy feliz, mi amor. Las personas lloramos también porque somos felices —le explico y beso su manita—. ¡Feliz cumpleaños, mi vida!

La envuelvo entre mis brazos, disfrutando de su sonrisa y su mirada tierna y brillante, cálida como el sol de verano, capaz de iluminar todo a su paso.

—¡Vamos! —Georgina me saca de mi ensoñación—. ¡Tenemos que prepararlo todo, mami!

—Sí, mi amor, vamos.

Después de terminar el desayuno especial que preparó Dora para Gina, subo a mi habitación para tomar una ducha.

Cada gota que cae sobre mi piel me resulta curativa. Sin embargo, no he podido sacar de mi mente el beso que Carl y yo nos dimos. Fue... especial. Hace mucho que no me sentía así, viva... Él logró despertar de nuevo mis sentidos, pero de una forma totalmente diferente. No sabría cómo explicarlo, pero lo que estoy sintiendo me asusta.

¿En qué momento cambió mi forma de ver a Carl? Imagino que el que haya estado pendiente de nosotras influyó, pero ¿hasta este punto? Dios... Estoy en vuelta en una maraña de confusión. Siento que perdí el control de mí y que podría cometer un grave error si no pongo mis ideas en orden. Sin embargo, en medio de todo, sí hay algo que tengo claro, y es que, para mí, Carl ya no es solo un amigo.

Miro por la ventana hacia el jardín. Es un cálido domingo veraniego, y el sol asciende de a poco hasta que alcanza su punto más alto, acompañado de la mansa brisa que lleva consigo un delicioso aroma a flores maduras.

—¡Princesas! —exclama Carl cuando cruza la puerta de la cocina.

Georgina se desprende de mí y corre a abrazarlo. Él la levanta en sus brazos y la hace girar en ellos.

—¡Viniste! —celebra ella entre risas.

—Nunca me perdería el cumpleaños de la niña más hermosa del planeta —contesta Carl y besa su frente. Después se acerca a mí con una enorme sonrisa en el rostro—. Hola.

—Hola —respondo a su saludo con timidez.

—Pensé que podrían necesitar ayuda.

—Pensaste bien —interviene Helen, que se acerca presurosa y carga a mi hija—. Pueden ocuparse de los globos. Son las diez y todavía tenemos varias cosas por hacer y tan solo un par de horas antes de que lleguen los amigos de Gina —agrega con una sonrisa ridícula en el rostro—. Ven, cariño. Vamos al jardín a terminar de decorar.

—¡Sí! —grita Gina, emocionada, y ambas salen dejándome sola con Carl.

Carl me mira fijamente. Yo esquivo su mirada y busco desesperada la bolsa con globos en medio de todos los utensilios decorativos que descansan sobre las encimeras.

—Y ¿cómo estás? —le pregunto fingiendo la serenidad que no tengo.

No soporto este incómodo silencio que hay entre los dos.

—Bastante bien —contesta con una pequeña sonrisa—. ¿Buscas esto?

Carl levanta la bolsa con globos y yo me ruborizo.

¿Desde hace cuánto la tiene?

Asiento.

¿Cómo se supone que debo actuar después de lo que pasó?

Camino moviendo cosas de un lado a otro hasta que Carl me alcanza y me detiene.

—Victoria, debes calmarte —me dice, acariciando mis hombros desnudos con sus dedos. Me estremezco.

¡En mala hora decidí utilizar vestido!

—Lo l-l-lamento —tartamudeo.

¡Maldición! No lo había hecho en años. Él sonríe.

—¿Estás nerviosa?

—¡Por supuesto que no, Carl! Bueno, quizá un poco. Mi hija cumple cuatro años.

Aseguro, alejándome de su contacto.

—Bien. Sé que no me dices la verdad, así que por qué no hacemos un trato. —¿Trato? No sé a lo que se refiere, pero asiento—. Vamos a olvidar lo que sucedió ayer. Para mí no fue nada.

¿Nada? Frunzo el ceño. ¿Para él no fue nada?

Un ápice de decepción cruza por mis ojos al escucharlo.

Sí. Quizá así sea mejor.

—No quiero que te sientas obligada a nada, Victoria. Lo pensé mucho

anoche y tienes razón. Nunca pasará nada entre los dos, porque no puedes sentir nada más que amistad por mí. Así que decidí dejarte en paz. —Levanta los brazos en señal de derrota—. Me rindo. La próxima semana viajaré a Irlanda y pienso radicarme ahí por un par de años.

¿Qué? ¿Se va? Me quedo totalmente atónita ante su confesión.

Pero yo...

Soy incapaz de emitir palabra por el nudo enorme que tengo en la garganta. Solo me quedo ahí, frente a él, totalmente muda.

—Iré a buscar algo para inflar esto —añade refiriéndose a los globos y desaparece de mi vista.

Se va...

Siento que mi corazón se rompe de a poco ante la idea.

«Cálmate, Victoria. Respira hondo», me repito internamente.

Es lo mejor. Él se irá y será feliz con alguien más. Con alguien que no seré yo. ¿Acaso esperaba que se quedara a mi lado por siempre? No. Sé que Carl tiene derecho a buscar su propia felicidad... Sin embargo, no puedo siquiera imaginarlo con otra mujer. Se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

¿Qué es lo que siento?

¡Nada! ¡Por supuesto que no puedo sentir nada por él! Es y siempre será mi mejor amigo.

—¡Amiga! —exclama Mila cuando por fin consigue entrar a la casa.

Lleva a la pequeña Iana en brazos, su hermosa hija de dieciocho meses. Mila se ve feliz y radiante. Como aquella vez, cuando nos participó la noticia de su boda en Las Vegas. Ahora es mamá también. Iana tiene sus ojos, sus gestos, su sonrisa... Es una bebé preciosa.

—¿Cómo estás? —me abraza.

—Estoy bien, Mili. ¡No sabes cómo me alegra verte! —La saludo antes de distraerme con mi sobrinita—. Hola, Iana... Estás preciosa —le digo mientras juego con sus manos—. Hola, George. —Le sonrío al afortunado esposo de Mili; él hace lo mismo.

Está unos pasos detrás de Mila con la pañalera rosa a cuestas.

—Amor, ¿te encargas de Iana? Tengo que hablar con Victoria —le pide Mila a George.

Entorno los ojos mientras George se lleva a la niña al jardín. Sé que me espera otro infinito interrogatorio, hace mucho que no lo hace.

—No parece estar bien —asegura ceñuda—. ¿Me contarás?

—En realidad...

Antes de que pudiera responder veo a Julia, Alice y su hija, y a mamá, atravesar la puerta de entrada.

De pronto me invade una extraña sensación de ansiedad. Una enorme necesidad de protección que hace que, sin pensarlo siquiera, me lance a los brazos de mi madre.

—¡Mamá!

Me dejo ir en llanto, víctima de un ataque de vulnerabilidad.

No la había visto desde navidad y de eso ya son seis meses. No importa cuánto tiempo pase, siempre la voy a necesitar como si fuera una niña.

—Mi amor... —susurra en mi oído, acariciándome la espalda en un intento de tranquilizarme. No la suelto. En este momento necesito sentir su protección. Necesito sentir que está conmigo—. ¿Qué sucede? —pregunta alarmada.

—Te extrañé mucho —consigo responder entre sollozos.

Miro de reojo a Alice y a Julia, que me observan con compasión. Seco mi rostro y me acerco a saludarlas brevemente.

—Andra, tu hija no está bien —indica Mila, interrumpiendo los abrazos de mis otras amigas—. Creo que esto amerita una reunión de emergencia.

Mamá me mira con preocupación. Supongo que no tengo salida.

—Dora, ¿te encargarías de ultimar los detalles para la fiesta? Por favor.

—No te preocupes, me encargaré —contesta con una sonrisa y se pone enseguida en ello.

—Vamos al estudio —les digo y me adelanto con toda la corte de investigación siguiéndome.

Una vez en el estudio inicia una contundente tormenta de preguntas que me es imposible responder.

¿Por qué siento que toda mi vida depende de las decisiones de los demás?

He estado sentada por más de diez minutos, escuchando a mis mejores amigas elucubrar sobre lo que debería hacer, sobre lo que es mejor para mí, pero ¿qué es lo mejor para mí? Carl se irá y quizá sea lo mejor. Poner distancia entre los dos me ayudaría a saber con certeza lo que siento. Y es que ¿acaso puedo sentir algo después de todo lo que he vivido? La respuesta es obvia y en el fondo sé que tengo miedo de que la vida vuelva a arrebatarme la felicidad, así como lo hizo con Ethan. Parece un ciclo repetitivo que me condena al sufrimiento. Ya lo viví y no sé si pueda soportarlo de nuevo.

—¡Ya basta! —grito irritada, y pronto se cierne el silencio en la habitación —. Sé que intentan ayudarme, pero estoy bien. Tomaré mis propias decisiones.

—Mi amor, ¿estás segura? —indaga mamá, que se acerca con cautela para tomar mi mano.

—Sí, mamá. Yo... necesito hacerlo sola. Ahora me gustaría ver cómo va todo.

Salgo antes de que alguien diga algo más. No quiero pensar en mí en este momento, porque lo más importante es mi hija.

Me adelanto al jardín y la veo correr escapando de Carl, que la persigue por todos lados. Gina, está feliz. Lo ama. Y ¿cómo no iba a hacerlo? Él ha estado con ella desde su nacimiento, en cada etapa... Es natural que lo vea como a un padre, porque es lo que ha sido. No obstante, Carl jamás ha intentado ocupar el lugar que le corresponde a Ethan; es más, siempre le habla de él y lo mantiene presente en su memoria.

—Es como su padre de verdad.

Helen me sorprende por la espalda. Asiento.

—Lo quiere demasiado.

—Y él a ella.

Sí, la adora, lo que me hace imaginar lo difícil que será la despedida.

—Carl se irá en un par de semanas a Irlanda.

Helen guarda silencio unos segundos antes de hacer un movimiento de negación con la cabeza.

—Y tú, ¿estás de acuerdo con esa decisión?

¿Que si estoy de acuerdo? No. No lo estoy. Pero no puedo detenerlo. Él merece ser feliz.

—Debe buscar su propia vida, Helen. Seguramente desea casarse y tener familia.

Las palabras que salen de mi boca me hacen daño. Ni siquiera puedo imaginar a Carl con otra mujer sin sentirme herida.

—Supongo que tienes razón, cariño. Es un gran hombre y no puede dejar pasar su vida esperando a que abras los ojos y le des una oportunidad — continúa a modo de regaño—. Solo ten presente que, en el momento en el que él se vaya, lo habrás perdido.

Vuelvo la mirada hacia él. Ahora tiene a Gina en sus brazos haciéndola girar en ellos.

¿Perderlo? No lo había visto de esa manera. Pero soy consciente del vacío

que sentiré si eso sucede, porque ya lo he vivido, solo que ahora puede ser mucho más doloroso que hace años atrás.

\*\*\*

—Será mejor que vaya a la cama, señorita.

Beso la frente de Georgina tras su último bostezo.

Acabamos de despedir a mamá, que regresa esta misma noche a Barcelona. Todos los invitados se han marchado y la casa... vuelve a ser un sitio donde reina la calma y, ahora que Georgina está agotada, el silencio.

—No te preocupes, Victoria, la llevaré. —Helen se apresura a tomarla de mis brazos—. Ven conmigo, Gina.

—Buenas noches, mami —se despide ella, dándome un beso en la mejilla desde los brazos de Helen—. Buenas noches, Carl. —Le da otro beso y se van.

Dora también se despide y desaparece, dejándome sola de nuevo con Carl. Últimamente es lo que hacen. Parece que se pusieron de acuerdo para dejarnos a solas todo el tiempo.

Me miro los pies, consciente de que tengo los ojos de Carl sobre mí. Genial... No tengo ni la más remota idea de lo que debo hacer.

Me levanto y lleno dos copas con vino, después le entrego una a Carl.

—Gracias por estar aquí. Es importante para Gina —murmuro, sentándome en el sofá, a una distancia que yo creo prudente. Él sonrío.

—¿Solo para ella? —pregunta arqueando una ceja antes de acercarse para tomar mis manos.

—Carl, por favor...

—No tengo voluntad. Sé que dije que me daba por vencido, pero cuando te miro... siento que si lo hago me voy a arrepentir toda la vida. —Cierro los ojos cuando sus dedos rozan mis labios—. Victoria, ¿de verdad no te importa que me vaya?

—Carl...

—Dímelo. Haré lo que te haga feliz.

Abro los ojos y lo miro. Los suyos se clavan en los míos, tiernos y suplicantes. Me pierdo en ellos, incapaz de pedirle que se aleje porque no es lo que quiero.

—No. No quiero que te vayas, pero tienes derecho a buscar tu felicidad.

—Y si te dijera que mi felicidad es estar contigo y con Gina.

Niego con la cabeza y dejo escapar un par de lágrimas.

—¿Qué es lo que te espera junto a mí? ¿Vivir con una mujer que no es capaz de darte lo que mereces?

—Vivir con las dos mujeres que más amo en mi vida —susurra—. Sé cómo te sientes y te entiendo, pero también sé que me amas tanto como yo a ti.

—Yo...

—No. —Carl coloca su pulgar en mis labios para silenciarme—. No lo niegues, por favor.

Antes de que pudiera reaccionar sus labios saltan sobre los míos, tan dulces y apasionados como él. De nuevo me siento incapaz de apartarme, de apartarlo... Solo sé que, cuando me besa, me siento la mujer más feliz del planeta. Carl se detiene para mirarme mientras acaricia mis sienes.

—Quiero que leas esto. —Me entrega un pequeño sobre blanco. Lo miro inquisitiva, esperando una explicación, pero no me la da—. Adiós, princesa —se limita a añadir antes de marcharse.

Examino el sobre con detenimiento.

¿Una carta? La última vez que me escribió algo parecido fue cuando se... despidió.

Palidezco.

¿Esto es una despedida? No. No puede hacerlo de esta manera. No es lo que nuestra relación se merece.

Voy al estudio, sintiendo el corazón en la garganta. Necesito saber de una vez qué es lo que está escrito aquí —sacudo el sobre—, aunque lo puedo imaginar.

Me siento en el sofá de piel marrón, que se acomoda junto a mi escritorio, y empiezo a leer:

*Victoria.*

*Tal vez esta no sea la mejor forma de hacerlo, pero supongo que no encontré el valor para decírtelo mirando esos bellos ojos que tanto me enloquecen. Lo que intento decir es que adelanté mi viaje. Saldré del país dentro de dos días. Decidí hacerlo porque, en el fondo, guardo la esperanza de que suceda algo que me haga desistir. Esa esperanza eres tú.*

*No te pido que obligues a tu corazón a ir contra sus deseos; es más, mi anhelo es que haga lo que sienta. Por eso esperaré... en el único lugar que no hace falta mencionar, pues tú sabes cuál es, a la hora que no hace falta*

*citar. Ahí esperaré a mi esperanza. Si la veo llegar, significará que la vida decidió darme una oportunidad para ser feliz, lo que me haría el hombre más dichoso del universo. Pero, si mi esperanza decidiese abandonarme..., sabré comprender y esa será la luz verde que me indique que debo partir y dejar que todo siga su curso. Dejaré de insistir, dejaré de perseguir. ¡Dios! No sabes lo mucho que me duele imaginar que eso pudiera llegar a suceder, pero si ocurre..., quiero agradecerte por todo lo que me has regalado en estos años. Gracias por permitirme ser parte de tu vida y de la vida de Georgina. Ustedes han sido como un soplo de aire fresco para mí.*

*Dile a mi pequeña princesa que la quiero y que, esté donde esté y pase el tiempo que pase, no la voy a olvidar; que es la luz más brillante que he visto en mi vida y que estoy muy orgulloso de ella.*

*Quizá dentro de algunos años pueda volver, pero, hasta entonces, mi corazón seguirá a su lado.*

*Te amo y te amaré por siempre.*

*Carl.*

Se va... o ¿no? Al parecer soy yo quien decide, pero ¿no sé qué debo hacer! Pensar en que puedo perderlo me rompe el corazón y me lastima el alma porque no puedo imaginar mi vida sin su compañía, sin su amor...

¿Por qué me haces esto, Carl? ¿Por qué lo hace si sabes muy bien que estoy perdida!

\*\*\*

Leo la carta por décima vez mientras bajo del taxi. Tuve que viajar toda la noche para llegar a este lugar, pero no importa. Ahora que estoy aquí siento que recuperé algo que había perdido desde hace mucho tiempo. Necesitaba respirar su aire. Necesitaba escuchar sus sonidos... Necesitaba recordar.

Recordar...

«Señorita Masterson, ¿usted cree que todos nuestros encuentros serán accidentados?»

Esas fueron las palabras de Ethan la noche que nos encontramos por primera vez en este puente.

«No soy bueno para estas cosas y aún no logro comprender del todo lo que estoy haciendo aquí; solo sé que quiero tenerte conmigo».

Acaricio con nostalgia la sortija de compromiso que aún tengo en mi dedo y recreo en mi mente su dulce voz cantando esa canción que no era nada propia de él e imagino verlo ponerse de rodillas frente a mí.

«Cásate conmigo, nena».

La felicidad que sentí cuando Ethan me pidió que sea su esposa fue abrumadora. Pensé que moriría de alegría, pero luego vino la boda y...

«Señora Mills, usted es la razón por la que hoy puedo estar de pie. Por su coraje, por su valentía, por su fuerza y por sus infinitas virtudes es que estoy aquí. Estaba perdido y usted me ayudó a encontrarme. Ahora solo anhelo disfrutar de este hermoso sentimiento que despertó en mí desde que la vi por primera vez».

Sí, Ethan. Sé que no importa el tiempo que pase o lo lejos que te encuentres... No importa porque estarás en mi corazón eternamente. Porque te amo y te amaré a pesar de todo. Porque me enseñaste a creer en mí. A creer en ti... Me enseñaste a creer.

«Quiero que sepas lo que significas para mí y lo feliz que me haces. Lograste sacar lo mejor de mí, nena. No puedo pedirle más a la vida porque me lo ha dado todo. Hemos pasado por muchas cosas antes de alcanzar la felicidad que hoy disfrutamos, y ¿te digo algo? Lo volvería a vivir todo, sin omitir ni el más mínimo detalle... Lo haría para poder disfrutar de nuevo de este momento».

Yo también, amor... Volvería a tropezar contigo toda mi vida. Sin embargo, sé que no puedo retenerte más. Debes seguir y yo también. Te amo y prometo que a partir de hoy sonreiré como tú querías que lo hiciera. Lo haré por ti y por nuestra hija. Ahora puedes irte, mi amor. Ahora puedes descansar en paz.

«Toda mi vida estuvo cargada de fracasos. No deseaba aferrarme a nada porque sentía que no valía la pena hacerlo. Me volví solitario... Apartaba a la gente que no hacía más que entregarme cariño a cambio de desprecio. Y justo cuando tocaba fondo... te conocí, y supe lo que era desear algo con el corazón. Pero eras demasiado buena para mí. Sabía que alguien como tú no podría estar a mi lado, y no tienes idea de cuánto me torturaba pensarlo. No sabes lo mucho que luché por alejarme de ti, porque por primera vez deseaba hacer las cosas bien. Pero no pude... Fue inútil nadar contra corriente. Y cuando supe que sentías lo mismo, decidí que no iba a perder esa oportunidad».

Las lágrimas corren como ríos por mis mejillas mientras me quito la sortija de compromiso junto con la de bodas.

«Yo... te amo. Me daba miedo aceptarlo. Me daba miedo aceptar que eras capaz de alterar mi mundo, porque nadie lo había hecho hasta ahora. Pero me da mucho más miedo vivir sin ti. Lo padecí estos días y no quiero volver a eso».

Les doy un tierno beso y las arrojó a las profundas aguas del lago que en múltiples ocasiones fue testigo de nuestro amor.

«Victoria, te amo. Te amo y sé que te voy a amar hasta la muerte, incluso más allá de ella».

\*\*\*

Miro a todos lados, pero no consigo ver a nadie. De pronto, una luz tenue se enciende, cegándome por unos segundos, mientras escucho una suave y melosa melodía. No consigo reconocer la canción, pero es hermosa y habla de promesas y amor eterno.

—Hola... —balbuceo cuando lo veo aproximarse a mí.

Él me silencia con su pulgar, que acaricia mis labios con suavidad. Después extiende su mano, invitándome a bailar.

La tomo.

Sus cálidos dedos acarician los míos mientras su otra mano se adueña de mi cintura. Mi respiración se vuelve trabajosa cuando nuestros ojos se encuentran, deteniendo el tiempo, apartándonos de la realidad. Yo solo inhalo el reconfortante aroma de su perfume, siento su calor... y escucho a su corazón latir tan vehemente como el mío.

Y aquí estoy. Bailando con el hombre que estuvo a mi lado en los momentos más difíciles de mi vida. El hombre que lo entregó todo sin esperar nada a cambio. El hombre que pensé que nunca podría amar, pero que se ha convertido en mi mundo. Lo amo. Por fin puedo y quiero decirlo. ¡Lo amo!

No existe un manual que nos enseñe la forma en la que debemos amar, mucho menos uno que nos diga cómo podemos dejar de hacerlo. No existe un manual que nos ayude a sobrellevar una pérdida, cuando esta ha sido trágica e inesperada, y nos ha arrebatado la vida. Nadie tiene la fórmula para superarla, para volver a sonreír, para volver a tener fe, cuando nos han cortado las alas. Lo sé, porque tuve que descubrirlo sola, y en ese camino de autodescubrimiento aprendí que el dolor, aunque insoportable y asfixiante, es

una etapa por la que todos atravesamos alguna vez en la vida, y que afrontarla está en nuestras manos. Lo sé, porque me tomó mucho tiempo aprenderlo. Lo sé, porque finalmente decidí superarla y dejarme llevar.

Solía sentir que, si me permitía sentir algo por Carl, estaba traicionando la memoria de Ethan, pero, quizá no pronto, entendí que él, esté donde esté, es feliz si yo lo soy.

¿Que si lo olvidé? No. Eso jamás sucederá. Es imposible olvidar a un hombre como él. ¡Lo amé tanto! Con locura..., con desesperación y una pasión que me consumía. Ethan me enseñó mucho. Con él aprendí que luchar es sinónimo de felicidad y que felicidad implica sacrificio, aunque en realidad no implica eso cuando se trata de amor.

No imagino cómo sería mi vida si no lo hubiese conocido, y tampoco quiero hacerlo. Sufrí mucho por su muerte y lloré su ausencia por muchos años hasta que acepté que eran así como debían suceder las cosas. Hacerlo fue un verdadero reto, pero lo conseguí. Conseguí abrir mi corazón y volver a ser feliz.

Y ahora estoy aquí, junto al hombre que amo, deseando estar a su lado por siempre.

No puedo renegar de todo lo que he vivido porque todas las alegrías y el sufrimiento, todas las penas y los momentos de felicidad, me condujeron a este momento. Me condujeron a él.

—Gracias por estar aquí —susurra en mi oído.

—No quiero estar en otro lugar. —Me detengo y tomo su rostro entre mis manos para buscar su mirada—. Te amo.

Necesito que lo sepa. Necesito que lo sienta.

Carl me dedica una sonrisa tierna.

—¿Por siempre?

—Por siempre. Lo prometo.

## EPÍLOGO

14 de diciembre de 2013.

Victoria salía de la universidad. A partir de ese día tendría tres largos meses completos de descanso. La idea no le hacía feliz, pues amaba ir a clases y estar con su mejor amiga a quien, por cierto, no podría ver en todo el invierno, pues su padre se la llevaba de viaje a una de las mejores playas del mundo.

Dejó escapar un profundo suspiro y tomó el autobús que la llevaría al hospital en el que su madre trabajaba. Iba a visitarla.

Entró a la recepción. Ahí se detuvo para saludar con amabilidad a Ketzia, la encargada de ese departamento. Ella era una mujer joven que estudiaba enfermería y se encontraba realizando sus prácticas entonces.

Había cierta estimación entre las dos debido a las múltiples visitas que Victoria realizaba al hospital.

—Hola, Ketzia. ¿Cómo estás? —preguntó Victoria, recobrando su buen humor, olvidándose por un momento de lo que la molestaba.

—¡Genial! —respondió Ketzia mientras colgaba el teléfono tras agendar la última cita del día—. ¿Vienes a ver a Andra?

—Sí. ¿Le podrías avisar que estoy aquí, por favor?

—Es su hora de comer —contestó Ketzia, echando un vistazo a su reloj de pulsera con correas de cuero marrón—. Debe estar en la cafetería. Ve a verla —añadió sonriente.

—¡Gracias, te veo luego! —exclamó Victoria, llena de emoción, y se encaminó a la cafetería sin perder tiempo.

Conocía el camino a la perfección. Sabía que tendría que pasar por el ala de pediatría, donde se detendría un momento para jugar con algún pequeño paciente, después tomaría el ascensor que la llevaría hasta la tercera planta; entonces, una vez ahí, solo le bastaría atravesar un menudo corredor para encontrarse en el comedor del personal del hospital.

Así lo hizo.

Llegó al corredor y volvió a suspirar, pensando en que todo mejoraría una vez que se encontrara con su madre. Avanzó ensimismada, sin prestar atención a nada de lo que le rodeaba, hasta que una figura, extraña para ella, la indujo a levantar la mirada, que hasta entonces había permanecido fija en el

marmoleado y aséptico piso.

Aquella figura le pertenecía a un hombre alto, corpulento, de tez blanca y cabello rubio con elegantes rizos que le caían casi hasta la altura de los hombros. Él vestía una immaculada bata blanca de médico y caminaba en dirección opuesta a la suya.

«Debe ser un nuevo médico», pensó ella, pues conocía prácticamente a todo el personal que laboraba en el hospital y estaba segura de no haberlo visto antes.

Sin darle mayor importancia, apartó la vista y volvió a lo suyo. Continuó su camino, consciente de que tendría que encontrarse forzosamente con el desconocido en medio de aquel corredor que tantas veces había recorrido.

Ambos avanzaban por igual, él en su mundo y ella en el suyo, hasta que llegó el momento del encuentro. Victoria no pudo evitar levantar la vista, encontrándose así con la penetrante mirada del extraño, que había decidido hacer lo mismo. Sus miradas se cruzaron por espacio de un nanosegundo, antes de que cada uno continuara con su camino.

Era extraño... El joven le había dejado una infrecuente impresión a Victoria, porque, de pronto, sintió que él la llamaba. A ella le pareció escuchar su voz pronunciando su nombre. Así que, tras avanzar un par de pasos más, decidió regresarle la mirada, pero se percató de que él no hacía lo mismo. El joven estaba distraído presionando los botones del ascensor.

Meneó la cabeza, como si quisiera deshacerse de una idea absurdamente tonta que cruzaba por su mente y soltó una pequeña risa para sí. Después volvió a bajar la mirada, en el preciso instante en el que él la levantaba hacia ella.

Victoria entró a la cafetería y el desconocido tomó el ascensor.

Después de la visita a su madre, Victoria volvió a recorrer el mismo corredor. Pero esta vez algo había cambiado. De pronto sentía el imperioso deseo de volver a ver al joven de bata blanca y caminar seguro que se había cruzado una hora antes. Levantó la vista y observó con atención en todas las direcciones posibles, pero no había rastro de él. ¿Por qué habría?

Volvió a suspirar, pero este era más bien un suspiro lleno de nostalgia. Un suspiro que contenía sentimientos profundos y desconocidos, que ella no conseguía comprender.

Ya en casa, todavía extrañada por la ansiedad que la consumía por dentro, se sentó en el sofá marrón, principal atracción de su sala de estar, y empezó a

leer; olvidándose así de aquel encuentro que tanto le había perturbado.

Como es de entender, querido lector, aquel hombre que había impresionado a nuestra heroína, no era nadie más que el reconocido médico inglés Carl Marx; el mismo que estaba de pasó por Georgia, llevando a cabo una serie de visitas por los principales centros médicos de la región. Cuando sucedió el encuentro él terminaba su última visita, así que, tras tomar el ascensor, abandonaría el hospital e iría al aeropuerto para abordar el avión que lo llevaría de regreso a Londres.

Ambos cruzaron miradas. Ambos sintieron cómo sus corazones se aceleraban, y ese temblor que sacude el cuerpo de una forma muy especial cuando nos hallamos frente a... En fin, ambos lo sintieron, aunque ninguno lo notó en ese instante. Pero me basta decir que ese fugaz nanosegundo, en el que sus miradas se cruzaron, fue suficiente para que, en secreto, el amor floreciera entre dos extraños que, sin saberlo, estaban destinados a estar juntos.

Como bien sabes, lector, nuestra heroína encontró el amor unos meses después. Por supuesto que este fue intenso y profundo. Sí, sí, fue un amor tan verdadero como la persona que redacta estas líneas. Verdadero en toda la extensión que pueda otorgar esta palabra. Sin embargo, no era un amor destinado. Su porvenir estaba escrito... Y estaba escrito que aquellos desconocidos que enlazaron miradas debían estar juntos. Así pues, el destino actuó y como ya pudiste descubrirlo a lo largo de estas páginas, las cosas se acomodaron y finalmente ocuparon su lugar.

No te apenes, lector. Te ruego que abordes la idea de que todos tenemos un futuro marcado que, aunque parezca incierto, no lo es, pues todas nuestras acciones tienen un fin determinado. Es así que nuestra heroína cumplió con ese fin, constándole este penas, alegrías y sufrimientos; obstáculos y aprendizajes. Pero así es como debe ser. Así encontró su camino, y el amor... por fin pudo alcanzar su destino.

\*\*\*\*\*

—¡Ethan! ¡Ethan! ¡Cariño! ¿Dónde estás? —gritaba ella con una enorme sonrisa de felicidad, pues veía enternecida, tras los pequeños arbustos, una melena alborotada y rubia que delataba el escondite del pequeño.

—¿Dónde estará mi pequeño? —volvió a preguntar, acercándose a él.

—¡Mami! —gritó el niño, apareciendo de entre los rosales, corriendo a los amorosos brazos de su madre, envuelto en risas.

Reía y reía.

Era feliz.

De pronto ambos volvieron la vista al escuchar una dulce melodía proveniente del interior de la casa.

—¡Ina! —exclamó el pequeño con emoción.

—¿Vamos a verla? —le preguntó Victoria con el más dulce tono de voz que, siendo una madre amorosa, pudo emplear. El pequeño asintió.

Entraron a la casa, al salón del piano, y sorprendieron a Georgina frente al bien conservado instrumento, el mismo que había pasado de generación en generación por más de cien años, tocando una hermosa pieza musical. Ethan, presuroso, se escabulló de los brazos de su madre y corrió a acomodarse junto a su hermana. Él adoraba escucharla. Y ahí se quedó, mirándola.

Victoria fue junto a su esposo y se acurrucó en sus brazos.

—Toca de maravilla —murmuró él, encantado.

Amaba a Georgina y le había criado como si fuese su hija de sangre. Pero así lo sentía.

—Se ha esmerado por aprender. Creo que Ethan planea seguir sus pasos. Le gusta mucho escucharla.

—Bueno, tendremos dos músicos en la familia —añadió Carl, con una sonrisa tierna—. Una hermosa niña de ocho y un pequeño de dos.

—Faltan tres meses para que los cumpla. Sin embargo, es muy inteligente y despierto. Se parece a ti —sentenció ella y le dio un beso casto en la comisura de los labios.

Él la abrazó con fuerza y, en medio de esta cálida demostración de amor, levantó la mirada para encontrarla con la de Victoria.

Al ver sus ojos recordó aquel encuentro que había permanecido dormido en lo más profundo de su alma y corazón. Esa mirada, esos ojos... eran los mismos que le habían deslumbrado aquella vez. La evocación más significativa de su vida llegó a su mente con tal claridad, que parecía un suceso reciente. Sonrió y le dedicó una mirada llena de amor a la mujer que había amado, incluso sin conocerla. La mujer con la que había soñado varias noches y que la vida se había encargado de precisar en su camino. Se acercó a su oído y en un susurro le obsequió un «te amo», ella respondió con otro igual y lo besó.

**¡GRACIAS!**

Ha sido un placer compartir mi sueño contigo. Espero que hayas disfrutado de este fabuloso viaje tanto como lo he disfrutado yo.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, seguirme en redes sociales o dejarme tu comentario puedes hacerlo aquí:

Facebook: <https://www.facebook.com/Elizabeth.F.Escritora/>

Twitter: <https://twitter.com/elizafarinango>

Instagram: <https://www.instagram.com/elizabethf.autora/>

Correo electrónico: <mailto:elizabethfarinango.escritora.ec@gmail.com>

**¡Besos!**

**Elizabeth.**

# NOTAS DE LA AUTORA

---

[i] Ciudad ubicada en el condado de Clarke, al este del estado estadounidense de Georgia.

[ii] Personaje de la mitología griega de apariencia hermosa, llamativa y bastante atractiva.

[iii] Personaje de la exitosa sátira en prosa “Los viajes de Gulliver”, escrita por el clérigo irlandés Jonathan Swift, en 1726.

[iv] Nación insular ficticia en donde se ambienta la primera parte de la obra de Swift.

[v] Tragedia romántica escrita por el dramaturgo, poeta y actor inglés William Shakespeare en 1597.

[vi] Empresa ficticia creada para el desarrollo de la historia.

[vii] Siglas de *Greene Advertising Agency*, empresa ficticia creada para el desarrollo de la historia.

[viii] Término utilizado para referirse tanto al mercado financiero estadounidense como a las instituciones financieras.

[ix] Estructura de hierro pudelado, construida por el ingeniero francés Alexandre Gustave Eiffel y sus colaboradores en 1889. Ubicada en la ciudad de París, Francia.

[x] Fragmento de la obra literaria «*La Abadía de Northanger*», escrita por la novelista británica Jane Austen; publicada en 1817.

[xi] Obra narrativa escrita por el guionista, dramaturgo y modelador de datos, Graeme Simsion, de origen neozelandés. Publicada originalmente en 2013.

[xii] Frase célebre del escritor y periodista estadounidense, Stephen Crane. Influyente en la literatura del siglo XX.

[xiii] Vladimir Nabokov (1899-1977) Escritor ruso.

[xiv] Extracto de la obra *Villette*, escrita por la novelista inglesa Charlotte Brontë. Publicada originalmente en 1853.

[xv] Río del sur de [Inglaterra](#) que nace en el [condado de Gloucestershire](#), pasa por [Oxford](#), [Eton](#) y [Londres](#) y desemboca en el [mar del Norte](#).

[xvi] Novela escrita y publicada en 1847 por la autora inglesa Anne Brontë.

[xvii] Agencia de publicidad ficticia creada para la recreación de la historia.

[xviii] Periódico publicado en la ciudad de Nueva York por el periodista Arthur Ochs Sulzberger Jr., que se distribuye en los Estados Unidos y muchos otros países. Fundado el 18 de septiembre de 1851 por Henry Jarvis Raymond y George Jones.

[xix] Conjunto de cataratas que se localizan sobre el río Iguazú, en el límite entre la

provincia de Misiones (Argentina) y el estado de Paraná (Brasil).

[xx] Archipiélago volcánico ubicado a unos 350 km de la costa noreste de Brasil, en el océano Atlántico.

[xxi] Archipiélago del océano Pacífico ubicado a 972 km de la costa de Ecuador. Conformado por trece islas grandes, seis islas medianas y otros 215 islotes de tamaño pequeño.

[xxii] Bienvenida. ¿Cómo puedo servirle?

[xxiii] Hola. Es la primera vez que vengo y realmente no tengo idea de lo que quiero. ¿Alguna recomendación?

[xxiv] Entiendo. Entonces le recomiendo nuestro helado de la casa. Un postre con base de avellana, al que le añadimos leche y pasta de avellana. Después lo cubrimos con una indulgente capa de crema de chocolate negro. Es realmente delicioso.

[xxv] Dos, por favor.

[xxvi] Enseguida.

[xxvii] Bienvenido al hotel G...

[xxviii] Gracias. Tengo una reserva a nombre de Ethan Mills.

[xxix] Por supuesto, señor Mills. Permítame una tarjeta de crédito y una identificación, por favor.

[xxx] Son tres habitaciones. Y el equipaje, en el ático, por favor.

[xxxi] De inmediato, señor. Disfrute su estadía.

[xxxii] Gracias.

[xxxiii] Estamos aquí para servirle, señor Mills.

[xxxiv] Bar ubicado a 276 metros de altitud, en la última planta de la Torre Eiffel, en París-Francia.

[xxxv] Uno de los cementerios más grandes de la ciudad de Nueva York.